

La alegría de vivir

Émile Zola



FUNDACIÓN
Carlos Slim



La alegría de vivir

Zola, Émile

Novela

Se reconocen los derechos morales de Zola, Émile.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Cuando sonaron las seis en el reloj de cuco del comedor, Chanteau perdió toda esperanza. Levantóse entonces penosamente del sillón donde recalentaba sus aletargadas piernas de gotoso, al amor de un fuego de cok. Hacía dos horas que esperaba a su mujer, quien, después de una ausencia de cinco semanas, acompañaba aquel día desde París a la primita Pauline Quenu, una huérfana de diez años, cuya tutela había aceptado el matrimonio.

—Resulta inconcebible, Véronique —dijo Chanteau, al tiempo que empujaba la puerta de la cocina—. Ha debido ocurrirles algo.

La criada, una solterona de treinta y cinco años, con manos hombrunas y cara de gendarme, separaba en aquel momento del fuego una pierna de carnero que, sin duda alguna, iba a estar demasiado cocida. No refunfuñó lo más mínimo, pero una sorda cólera hacía palidecer sin embargo, el áspero cutis de sus mejillas.

—A lo mejor, la señora se ha quedado en París —dijo la sirvienta con sequedad—. ¡Andará metida en todos esos cuentos que parecen no tener fin, pero mantienen a la casa en vilo!

—No, no —aclaró entonces Chanteau—, el telegrama de ayer noche, anunciaba el arreglo definitivo de las cuestiones relacionadas con la pequeña... La señora debió llegar esta misma mañana a Caen, donde se habrá detenido para pasar por casa de Davoine. A la una, volvió seguramente a coger el tren; a las dos debió bajar en Bayeux; a las tres, el ómnibus del tío Malivoire la dejaría en Arromanches, y aunque Malivoire no haya ido rápido en enganchar su vieja berlina, la señora podría haber estado muy bien aquí a eso de las cuatro o cuatro y media todo lo más... Apenas si hay diez kilómetros desde Arromanches hasta Bonneville.

La cocinera, con la mirada puesta en su asado, escuchaba todos aquellos cálculos, moviendo la cabeza. Y, después de una breve vacilación, añadió el señor Chanteau.

—Véronique, debieras acercarte hasta el recodo de la carretera para echar un vistazo.

La criada le dirigió una mirada, poniendo una cara aún más pálida que antes, debido a la disimulada y creciente cólera que contenía.

—Y eso ¿con qué objeto?... Puesto que el señorito Lazare salió ya a su encuentro, no creo que valga la pena de que salga yo ahora a salpicarme de barro hasta las narices.

—Es que —murmuró entonces Chanteau con dulzura— acabaré incluso por estar intranquilo respecto de lo que pueda haberle pasado a mi mismo hijo... Tampoco se explica que no haya vuelto. ¿Qué puede estar haciendo en la carretera, desde que se marchó hace una hora?

Entonces, sin añadir una sola palabra, Véronique descolgó de un clavo un viejo chal negro de lana, con el que se cubrió la cabeza y los hombros. Luego, cuando observo que su dueño la seguía por el corredor, le dijo bruscamente.

—Vuelva a sentarse delante del fuego, si no quiere pasar mañana todo el día vociferando con sus dolores.

Y ya en la terraza, después de haber cerrado la puerta con un golpe seco, se puso los zuecos y gritó airadamente mirando al cielo:

—¡Ah! ¡Válgame Dios! ¡Habrased visto mocosa! ¡Se permite el lujo de mofarse de todos nosotros y hacernos andar de cabeza!

Chanteau no se inmutó por ello. Estaba acostumbrado a las salidas e intemperancias de aquella mujer, que había entrado en la casa para servir, a la edad de quince años, el mismo año de su matrimonio. Cuando ya no oyó el ruido de los zuecos, huyó Chanteau como pudiera hacerlo un escolar que estuviera de vacaciones y fue a estacionarse en el otro extremo del pasillo, ante una puerta vidriera que daba al mar. Allí permaneció un rato absorto, con su corta estatura, abultado vientre y coloreada tez, contemplando el cielo con sus abiertos y azulados ojos saltones, que brillaban bajo el niveo casquete de sus cabellos cortados al rape. Apenas si contaba cincuenta años de edad, pero los ataques de gota de que era víctima hicieron que envejeciera antes de tiempo. Distráido por unos momentos de su inquietud, con la mirada perdida en lontananza, se hacía la ilusión de que la pequeña Pauline acabaría por conquistar a Véronique.

Además, ¿era acaso suya la culpa? Cuando aquel notario de París le escribiera diciéndole que su primo Quenu, viudo desde hacía seis meses, acababa de morir a su vez, encargándole testamentariamente de la tutela de su hija, él no se sintió con valor suficiente para negarse a ello. El caso no era por lo demás frecuente, la familia se hallaba dispersa, el padre de Chanteau había ya establecido en Caen un comercio de maderas del Norte, después de haber abandonado el Midi y recorrido toda Francia como simple operario carpintero; en tanto que el menor de los Quenu, después de morir su madre, había desembarcado en París, en donde otro de sus tíos llegó a cederle más tarde una magnífica tocinería en pleno barrio de las Halles. Apenas si se habían visto en dos o tres ocasiones, cuando Chanteau, forzado por sus dolencias a abandonar su establecimiento, realizó una serie de viajes a París, con el fin de hacerse

visitar por celebridades médicas. Lo cierto es que los dos se querían, y el moribundo, quizá soñara para su hija las ventajas del aire salubre del mar. Ésta, además, como heredera del establecimiento de tocinería, no iba a constituir una carga. La señora Chanteau, en fin, había aceptado por su parte, haciéndolo con un ímpetu y una viveza tales, que incluso puso especial empeño en evitar a su marido el peligroso cansancio de un viaje; decidiéndose a marchar sola, corriendo de un lado para otro, solucionando problemas que se le presentaban al paso y dando además satisfacción de ese modo a su continuo afán de actividad; y, a todo esto, le bastaba a Chanteau con que su mujer estuviera contenta.

—Pero ¿por qué no llegaban aún las dos? Sus temores renacían, frente a aquel cielo lívido sobre el que el viento del Oeste iba acumulando nubes enormes, negras como harapos tiznados de hollín, cuyos desgarrones arrastrábanse a lo lejos por encima del mar. Se trataba de una de esas tempestades propias del mes de marzo, cuando las mareas del equinoccio baten furiosamente las costas. El oleaje, que sólo empezaba a subir, no proyectaba todavía sobre el horizonte más que una franja blanca, semejante a una línea espumosa, delgada y perdida; y la playa, tan ampliamente al descubierto aquel día, ese lugar sembrado de rocas y de oscuras algas, aquella llanura rasa plagada de sucios charcos, adquiriría un tinte melancólico y horrible bajo el crepúsculo agonizante que aceleraba la espantosa huida de las nubes.

—Bien pudiera haber ocurrido que el viento las hiciera volcar en algún hoyo — murmuró Chanteau.

Una acuciante necesidad de verlo todo, impulsaba su ánimo. Abrió la puerta vidriera y, calzado con sus zapatillas ribeteadas, se aventuró a poner pie sobre la grava de la terraza, desde la que se dominaba el pueblo. Algunas gotas sueltas de lluvia, arrastradas por el huracán, le azotaron el rostro. Una fuerte ráfaga de viento hizo chasquear su chaquetón de gruesa lana color azul. Persistió sin embargo en su empeño, con la cabeza al descubierto, la espalda encorvada y fue a apoyarse de codos en el parapeto, para vigilar así la carretera que se divisaba abajo. Esa carretera descendía por entre dos acantilados. Hubiérase dicho que se trataba de un hachazo dado en la roca, de una hendidura que había permitido que se deslizaran por allí los escasos metros de tierra en donde figuraban plantadas las veinticinco o treinta casuchas de Bonneville. Cada golpe de mar parecía que iba a aplastarlas fatalmente contra la rampa, sobre su estrecho lecho de guijarros. A la izquierda había un puertecito, algo así como un varadero; una franja de arena, en donde unos cuantos hombres, lanzando acompasados gritos, procedían a izar una docena de barcas. No llegaban a los doscientos habitantes; vivían del mar, muy mal por cierto, pegados a su peñón, con la misma estúpida terquedad de los moluscos. Y bajo sus miserables techumbres, hundidas cada invierno por las olas, no se veía otra cosa sobre los acantilados y en medio de la pendiente, que la iglesia, a la derecha, y la casa de los

Chanteau, a la izquierda, separadas por el barranco de la carretera. Todo Bonneville era aquello.

—¡Qué tiempo más endemoniado! —gritó una voz.

Y, habiendo levantado los ojos, Chanteau reconoció al cura, el abate Horteur, un hombre rechoncho, con porte de campesino y cuyos cincuenta años no habían hecho palidecer aún sus rojos cabellos. Delante de la iglesia, sobre el terreno destinado al cementerio, el sacerdote se hizo reservar un huerto; y allí estaba, contemplando sus primeras lechugas, con la sotana recogida entre las piernas, para que el huracán no la pusiera sobre su cabeza. Chanteau, a quien le resultaba imposible hablar y hacerse oír, por tener el viento en contra, hubo de contentarse con saludarle agitando la mano.

—Creo que no se equivocan retirando sus barcas —dijo a renglón seguido el cura, forzando su garganta—. Hacia las diez, habrá empezado el baile.

Y, cuando en un momento dado la sotana acabó decididamente por cubrirle la cabeza, el sacerdote desapareció por detrás de la iglesia.

Chanteau se había vuelto, abombando los hombros y aguantando el golpe. Con los ojos llenos de agua, echó una ojeada sobre su jardín, abrasado por el mar, y sobre la casa de ladrillos, compuesta de dos pisos de cinco ventanas, cuyas persianas, a pesar de estar bien sujetas, amenazaban derrumbarse; pero, a todo esto, Véronique regresaba ya, agitando los brazos.

—¿Cómo se ha atrevido usted a salir?... ¡Haga el favor de entrar enseguida, señor!

Le agarró estando en el pasillo y se puso a reprenderle, como si se tratara de un niño al que hubiera sorprendido cometiendo una fechoría. ¿No se da usted cuenta?; cuando al día siguiente se encontrase baldado, ¡ella y no otro sería la encargada de cuidarle!

—¿No alcanzaste a ver nada? —preguntó él entonces, en tono sumiso.

—Desde luego, no; nada en absoluto... La señora debe haber buscado cobijó en cualquier parte.

Chanteau no se atrevía a decirle que debió llevar su búsqueda hasta más lejos, pues, en aquellos momentos, era la ausencia de su hijo, sobre todo, lo que le tema preocupado.

—Lo que sí he podido ver —siguió diciendo la criada es que toda la gente del pueblo ha huido hacia las alturas. Esta vez tienen miedo a quedarse... Ya en septiembre ocurrió que la casa de los Cucho se agrietó de arriba abajo, y Prouane, que subía a tocar el Ángelus, acaba de asegurarme que mañana ya estará derruida del todo.

Pero, en aquel momento, un muchacho de diecinueve años franqueó de un solo salto los tres peldaños de la escalinata, con su mentón cubierto por una suave pelusilla de color castaño, que servía de marco a su alargada taz, de ancha frente y ojos muy claros.

—¡Ah! ¡Menos mal! ¡Aquí tenemos a Lazare! —dijo Chanteau, sintiéndose tranquilizado—. ¡Cómo te has mojado, pobre hijo mío!

El muchacho, mientras tanto, colgaba en el vestíbulo su gabán, empapado de agua por el chaparrón.

—¿Y qué? —preguntó de nuevo el padre.

—Pues ¡que no encontré a nadie en el camino! —respondió Lazare—. Me llegué hasta Verchemont y allí estuve esperando bajo el cobertizo del albergue, sin dejar de vigilar la carretera, que está convertida por cierto en un autentico río de barro. ¡Nadie!... Temí entonces que estuvieras impaciente, y por eso he vuelto.

Había abandonado el instituto de Caen en el mes de agosto después de haber aprobado el bachillerato; y desde hacía ocho meses trepaba por los acantilados, sin decidirse a escoger una ocupación, apasionado únicamente por la música; circunstancia ésta que tenía desesperada a la madre. Se fue disgustada, por haberse negado el muchacho a acompañarla a París donde creía poder encontrarle un empleo. Toda la casa semejaba ir un poco a la desbandada, en un ambiente de involuntaria acritud, que la vida en común, propia del hogar contribuía a agravar más.

—Y ahora que ya te he avisado —continuó diciendo el muchacho—, conste que mi propósito en este momento es llegarme hasta Arromanches.

—No, no, se echa la noche encima —exclamó Chanteau—. Es imposible que tu madre nos tenga sin saber nada. Espero algún despacho... ¿Oyes?, parece como si se acercara un coche.

Véronique había vuelto a abrir la puerta.

—Es el cabriolé del doctor Cazenove —anunció la sirvienta—. ¿Tenía acaso que venir, señor? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Pero si es la señora!

—Bajaron todos la escalinata. Un perro grandote de montana mezcla de terranova, que dormitaba en un rincón del vestíbulo se abalanzó seguidamente, dando unos ladridos furiosos. En aquel desconcierto, una gatita blanca, de delicado aspecto, apareció asimismo bajo el umbral; sin embargo al llegar el animalito ante ese patio cubierto de barro, su cola reflejó como un estremecimiento de desagrado, y se limitó a acurrucarse en lo alto de los escalones, para contemplar desde allí lo que pasaba.

Entretanto, una señora de cincuenta años aproximadamente, había saltado del cabriolé con la misma ligereza que una jovencita. Era de baja estatura y delgada, con los cabellos todavía muy negros y de agradable semblante, que echaba sin embargo, a perder hasta cierto punto una grande y ambiciosa nariz. De un salto, el perro había colocado las patas delanteras sobre sus hombros, como para abrazarla; ella por su parte, hizo gesto de incomodarse.

—Vamos a ver, Mathieu, ¿quieres dejarme tranquila de una vez?... Animalote, ¿acabaste ya?

Lazare, que seguía al perro, atravesaba el patio en aquel momento. Y gritó desde lejos para preguntar:

—¿No ha ocurrido nada, mamá?

—No, no —respondió la señora Chanteau.

—¡Dios mío!, ¡estábamos con una inquietud! —dijo el padre, que, a pesar del viento reinante, había seguido tras el hijo—. ¡Por fin llegasteis!

—¡Oh! Todo han sido entorpecimientos y molestias —se puso entonces a explicar la recién llegada—. Para empezar, están los caminos tan intransitables, que se han hecho precisas más de dos horas para llegar de Bayeux. Luego, en Arromanches, mira por dónde un caballo de Malivoire tiene la desgracia de romperse una pata; no le ha sido posible proporcionarnos otro, y hubo incluso un momento en que pensé tendríamos que pernoctar en su casa... Finalmente, el doctor ha tenido la amabilidad de prestarnos su cabriolé. Y ese bravo Martin nos trajo hasta aquí...

El cochero, un viejo que llevaba una pata de palo, un antiguo marinero, operado en su día por el cirujano de la marina, Cazenove, que luego le retuvo a su servicio, se dedicaba en aquellos instantes a amarrar el caballo. La señora Chanteau interrumpió su relato para decir a este último.

—Martin, haga el favor de ayudar a bajar a la pequeña.

A nadie hasta entonces se le había ocurrido pensar en la niña. Y como la capota del cabriolé caía muy baja, únicamente resultaba visible su falda de luto y sus pequeñas manos enguantadas de negro.

Por lo demás, la chiquilla no esperó a que el cochero la ayudase y saltó a su vez con suma ligereza. El fuerte viento agitaba su vestimenta y sus mechones de morenos cabellos echaron a volar bajo la gasa de luto de su sombrero. Tenía un aspecto muy sano y desarrollado para sus diez años, los labios gruesos y la cara repleta y blanca, de esa blancura propia de las jovencitas crecidas en las trastiendas de París. Todos la contemplaban. Véronique, que llegaba en aquel instante para saludar a la dueña, se había colocado a un lado, poniendo una adusta cara de envidia. Pero Mathieu, entonces, que distaba mucho de sentir semejante reserva, se echó a los brazos de la niña y se puso a lamerle la cara.

—¡No tengas miedo! —gritó la señora Chanteau—, no tiene malicia.

—¡Oh!, si no tengo ningún miedo —respondió Pauline con dulzura—. Me gustan mucho los perros.

Y permanecía, en efecto, completamente tranquila entre las fuertes arremetidas de Mathieu. Su seria carita se aclaró entonces con una sonrisa, a pesar de su luto; luego, dio un expresivo beso en el hocico del terranova.

—Y a las personas que te rodean ¿no les das un abrazo? —continuó diciendo la señora Chanteau—. ¡Mira!, éste es tu tío, puesto que a mí me llamas tía... Y aquí tienes

en tal caso a tu primo, un bribonzuelo ya mayor, pero aún con menos sentido común que tú.

La niña no daba muestras de sentirse violenta. Abrazó a todo el mundo y encontró además la frase adecuada para cada uno de ellos, con un encanto y una gracia de pequeña parisiense, habituada ya a las normas de urbanidad.

—Le agradezco mucho, tío, que me haya dado acogida en su casa... Ya verás, primo, como hacemos buenas migas...

—¡Me está resultando encantadora! —exclamó Chanteau entusiasmado.

Lazare la contemplaba sorprendido, pues lo cierto es que se la había imaginado más pequeña y de una niñería asustadiza de rapazuela.

—Sí, sí, encantadora de veras —repetía la señora—. ¡Y resuelta, despabilada además, como no tenéis idea!... El viento nos cogió de frente mientras íbamos en ese coche, cegándonos de salpicaduras de agua y de barro. En más de una y de dos ocasiones, creí que la capota, que oscilaba como la vela de un barco, iba a partirse en pedazos. Pues bien, ella, lejos de inmutarse, se lo tomaba a broma y encontraba la cosa divertida... Pero ¿qué es lo que estamos haciendo aquí? Me parece tonto que sigamos mojándonos; estoy viendo que se pone otra vez a llover.

Y al decir esto, volvióse buscando a Véronique. Cuando la percibió medio arrinconada y con semblante hosco, le dijo en tono irónico:

—Buenos días, hija ¿cómo te encuentras?... Mientras espero que te decidas a preguntarme algo, vas a hacerme el favor de ir a buscar una botella para Martin, ¿no es eso?... No hemos podido recoger nuestros baúles; mañana a primera hora los traerá Malivoire...

Se interrumpió entonces unos momentos, yéndose trastornada hacia el coche.

—¡Y mi bolsa!... ¡Me asusta pensarlo!, temo no haya caído rodando por la carretera.

Se trataba de una voluminosa bolsa de cuero negro, emblanquecida ya en sus ángulos por el uso, y que se negó en absoluto a confiar a su hijo. Se dirigían por fin todos ellos hacia la casa, cuando la borrasca les detuvo de nuevo, dejándoles casi sin resuello ante la misma puerta. La gata, sentada con aires de curiosidad, se dedicaba a contemplar cómo luchaban contra el viento; y la señora Chanteau quiso saber entonces si Minouche se había portado bien durante su ausencia. El nombre aquel de Minouche, constituyó asimismo motivo de risa para Pauline. Se agachó y acarició a la gata, que se apresuró a acudir hacia ella, con el rabo levantado para frotarse contra sus faldas. Mathieu, entretanto, se puso a ladrar violentamente como para significar que regresaba a su albergue al ver que la familia subía la escalinata para ponerse al abrigo en el vestíbulo.

—¡Ah!, que bien se está aquí —dijo la madre—. Acabé por creer que no llegábamos nunca... Sí, Mathieu, ya sé que eres un perro modelo, pero ahora déjanos tranquilos. ¡Oh!, te lo ruego, Lazare, haz que se calle: ¡me está dejando sorda!

El perro seguía no obstante en sus trece, y la entrada de los Chanteau en su comedor tuvo lugar entre los estallidos de aquella música de acogedora alegría. Hicieron pasar delante a Pauline, la nueva niña de la casa; y detrás de ellos iba Mathieu, sin cesar de ladrar, seguido a su vez de la gatita Minouche, cuyo nervioso pelambre se estremecía a cada paso con aquel alboroto.

Ya en la cocina, Martin se había bebido de un trago, uno tras otro, varios vasos de vino, y ya se iba de allí golpeando el suelo con su pata de palo, mientras a grito pelado iba dando las buenas noches a todo el mundo. Véronique acababa de colocar en el horno su pierna de carnero, que se había quedado fría. Hizo acto de presencia seguidamente y preguntó:

—¿Les parece que sirva la comida?

—Lo estimo acertado, puesto que ya son las siete —dijo Chanteau—. Sólo que, hija mía, tendríamos que esperar aún a que la señora y la pequeña se hayan mudado de ropa.

—El caso es, sin embargo, que no tengo el baúl con las cosas de Pauline —recalcó entonces la señora Chanteau—. Afortunadamente, no nos hemos mojado por dentro... Quitate el abrigo y el sombrero, querida. Véronique la ayudó a hacerlo... Y quítale el calzado, ¿no te parece? Tengo aquí todo lo preciso.

La criada hubo de arrodillarse entonces ante la niña, que estaba sentada. Durante ese tiempo, la señora sacó de su bolsa un par de zapatillas de fieltro, que ella misma calzó a la chiquita. A continuación hizo que también la descalzaran a ella y se puso a rebuscar de nuevo en la bolsa, de la que acabó extrayendo un par de zapatos para sí misma.

—¿Le parece entonces que sirva la cena? —preguntó Véronique una vez más.

—En cuanto quieras... Pauline, ves a la cocina a lavarte las manos y a mojarte un poco la cara... Estamos muriéndonos de hambre; más tarde tendremos tiempo de asearnos a fondo.

Pauline fue la primera en volver a aparecer por allí, dejando a la tía con las narices metidas en un lebrillo. Chanteau se había colocado otra vez delante del fuego, arrellanado en su gran sillón de terciopelo amarillo; y se frotó maquinalmente las piernas, con el natural miedo a una próxima crisis, en tanto que Lazare se dedicaba a cortar rebanadas de pan, de pie ante la mesa donde habían sido dispuestos cuatro cubiertos desde hacía más de una hora. Los dos hombres, un tanto violentos, sonreían a la niña, sin saber qué decir. Entretanto, ella, con curiosa tranquilidad, examinaba la pieza, amueblada en nogal, pasando del aparador y de la media docena de sillas a los diversos objetos de cobre barnizado, suspendidos en la pared, atraída sobre todo por cinco litografías enmarcadas, las Estaciones y una Vista del Vesubio, que destacaban sobre el fondo marrón del papel de la pared. Indudablemente, el falso artesonado, pintado de color nogal, salpicado de rasguños que dejaban la cal al descubierto y el

entarimado, sembrado de sucias manchas y no precisamente recientes, el abandono de aquella habitación de uso común donde prácticamente vivía la familia, le hicieron echar de menos la hermosa tocinería cuajada de mármoles que abandonara la víspera, pues sus ojos se entristecieron y pareció como si, por unos instantes, adivinase las sordas acritudes ocultas bajo la amable apariencia de aquel medio ambiente, nuevo para ella. Finalmente y después de haberse interesado por un barómetro muy antiguo y un reloj de pared de madera sobredorada, sus ojos fueron a fijarse sobre una extraña construcción que ocupaba toda la repisa de la chimenea, recubierta toda ella con una caja de cristal, en cuyas aristas aparecían pegadas unas tiras de papel azul. Hubiérase dicho que se trataba de un juguete, de un puente de madera en miniatura, pero de un puente cuyo armazón era extraordinariamente complicado.

—Eso lo hizo tu tío abuelo —explicó entonces Chanteau, satisfecho de haber encontrado un tema de conversación—. Sí, mi padre empezó siendo carpintero... Quise conservar siempre su obra maestra.

Su humilde origen no le sonrojaba en absoluto, y la señora Chanteau, por su parte, consentía que el puente figurase encima de la chimenea a pesar del desagrado que le producía aquella embarazosa curiosidad, que venía a recordarle a cada momento su matrimonio con el hijo de un obrero. La pequeña, sin embargo, ya no escuchaba a su tío: asomándose a la ventana, acababa de percibir la inmensidad del horizonte y, atravesando la pieza a toda prisa se plantó delante de la vidriera, cuyas cortinas de muselina aparecían levantadas por unos cordones de algodón. Desde que saliera de París, el mar había constituido su preocupación constante. Soñaba en ello y, yendo en el vagón no cesaba de preguntar a su tía, cada vez que pasaban una colina, si no estaría el mar detrás de aquellas montañas. Por fin, cuando ya estuvieron en la playa de Arromanches, la niña se quedó como muda, con los ojos abiertos de par en par y el corazón hinchado por un gran suspiro; luego, de Arromanches a Bonneville, vino sacando la cabeza del cabriolé a cada momento, pese al viento reinante, para ver el mar que parecía seguirles. Y, ahora en aquel momento, allí delante seguía el mar, le tendría a su alcance como algo propio. Lentamente, de una mirada, parecía estar tomando posesión del mismo.

Caía la noche como desprendida de aquel lívido cielo, en el que las borrascas semejaban fustigar el descabellado galope de las nubes. En el fondo del caos creciente de las tinieblas, ya no se distinguía más que la palidez de la marea que iba subiendo. Era una espuma blanca que se ensanchaba cada vez más, una sucesión de franjas corriendo una tras otra, que iban inundando los campos de algas marinas, recubriendo las rocosas lonchas en un deslizamiento dulce y arrullador, cuya proximidad parecía realmente una caricia. A lo lejos, sin embargo, el clamor de las olas iba en aumento, se formaban enormes crestas y un crepúsculo de muerte parecía pesar, al pie de los acantilados, sobre un Bonneville desierto, encerrado tras de sus

puertas, en tanto que las barcas, abandonadas en lo alto de los guijarros, yacían como cadáveres de grandes peces encallados. La lluvia anegaba el pueblecito con humeante neblina y sólo la iglesia se destacaba aún con limpieza, en un pálido rincón de las nubes.

Pauline estaba sin hablar. Su corazoncito habíase hinchado de nuevo; se sentía sofocada, respiró hondo y todo su aliento pareció salirle de los labios.

—¡Caramba!, resulta más ancha que el Sena, ¿no te parece? —dijo Lazare que fue a situarse detrás de ella.

Aquella rapazuela continuaba teniéndole sorprendido. Desde que se hallaba ella allí, experimentaba algo así como una timidez de muchachote torpón.

—¡Oh!, sí —respondió la niña muy bajito, sin volver la cabeza.

Iba ya a tutearla, pero se contuvo.

—¿No le asusta?

Ella, entonces, le miró con gesto de asombro.

—No, ¿por qué?... Con seguridad que el agua no va a llegar hasta aquí.

—Pues... no lo sé —contestó el muchacho cediendo a un impulso de mofarse de ella—. En algunas ocasiones, el agua pasa por encima de la iglesia.

Pero la niña se echó a reír de buena gana. En la intimidad de su incipiente pero reflexivo ser, aquello era como un arranque de sana y vibrante alegría, el regocijo de una persona razonable a quien el absurdo proporciona gozo. Y fue ella quien primero tuteó al joven, cogiéndole las manos como para jugar con él.

—¡Oh!, primo, ¡estoy viendo que me imaginas tonta del todo!... ¿Es que acaso permanecerías aquí, si el agua pasase efectivamente por encima de la iglesia?

Lazare reía a su vez mientras tomaba las manos de la niña, como buenos camaradas que eran ya los dos. Y cuando se hallaban precisamente en tales estallidos de alegría, apareció de nuevo por allí la señora Chanteau. Su aspecto era de contento, y mientras se enjugaba las manos dijo:

—Ahora ya os conocéis... Ya sabía yo que os entenderíais.

—¿Sirvo la cena, señora? —interrumpió Véronique, de pie en el umbral de la cocina.

—Sí, sí, hija mía... Sólo que, harías mejor empezando por encender la lámpara. Aquí no se ve nada.

La noche, en efecto, se precipitaba de tal forma que el oscuro comedor no tenía más iluminación en aquellos momentos que la procedente del rojo reflejo del cok. Aquello implicó un nuevo retraso. Por fin la criada encendió la luz y la mesa servida apareció bajo el redondel de viva claridad proyectado por la lámpara. Y ya estaba todo el mundo sentado a la mesa, Pauline, entre su tío y su primo, enfrente, su tía, cuando esta última se levantó de nuevo con su vivacidad de mujer madura pero delgada y que no puede permanecer quieta en su sitio.

—¿Dónde está mi bolsa?... Espera, querida, que voy a darte tu cubilete... Retira el vaso, Véronique. La criatura está acostumbrada a su cubilete.

A todo esto la señora había sacado un cubilete de plata, ya abollado, que enjugó con su servilleta y que colocó delante de Pauline. Luego puso la bolsa detrás suyo, en una silla. La criada servía una sopa de fideos empezando por advertir con su aire hosco que estaba desde luego demasiado cocida. Nadie osó quejarse, era mucho el hambre que teníanse oía el silbido de las cucharadas de caldo. Vino a continuación la carne del cocido. Chanteau, que era muy glotón, apenas si la probó, tratando de reservarse para la pierna de carnero. Pero, cuando ésta llegó a la mesa, surgió una protesta general. Parecía más bien cuero desecado; aquello no se podía comer.

—¡Pardiez!, eso ya me lo sabía yo —dijo tranquilamente Véronique—. ¡A fuerza de tanto esperar!

Entretanto, Pauline procedía alegremente a cortar su pedazo de carne en trocitos pequeños y se la comía como si tal cosa. En cuanto a Lazare, jamás se fijaba en lo que tenía en el plato, y hubiera engullido rebanadas de pan creyendo que se trataba de pechugas de ave. Y a todo esto, Chanteau contemplaba el asado con mirada mohína.

—Y aparte de eso, Véronique, ¿qué es lo que tienes?

—Patatas salteadas, señor.

Puso él entonces un gesto de desespero y fue a tumbarse en su sillón. La criada, por su parte, siguió diciendo:

—¿Si el señor quiere que vuelva a traer la carne de buey?

Pero Chanteau rehusó con un melancólico movimiento de cabeza. Mitad pan, mitad cocido. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Valiente cena! ¡El mal tiempo había impedido incluso aprovisionarse de pescado! La señora Chanteau, que era muy poco comedora, le contemplaba con lástima.

—Pobrecillo mío —dijo repentinamente—, créeme que me das pena. Guardaba allí un regalo para mañana; pero, puesto que es esta noche cuando hay apetito.

Y mientras hablaba así volvió a abrir y sacó de ella un tarro de foie-gras. Los ojos de Chanteau se encendieron.

¡Foie-gras! ¡La fruta prohibida!, una golosina adorada que su médico le tenía prohibido en absoluto.

—Sólo que, eso si —siguió diciendo su mujer—, no te permito que tomes más que una rebanada... Sé razonable o no volverás a probarlo.

El marido había cogido la rebanada y se servía con mano temblorosa. Terribles luchas se entablaban con frecuencia por lo mismo entre su terror a un ataque de gota y el ímpetu violento de su glotonería; y casi siempre, además, era la glotonería la que salía triunfante. Si le hacía daño, ¡tanto peor!, el atractivo era demasiado fuerte. ¡Se aguantaría!

Véronique, que estuvo observando cómo cortaba una ancha rebanada, se volvió hacia la cocina murmurando:

—¡Ah! ¡Cuán segura estoy! ¡Lo que llegará a vociferar el señor!

Aquella frase salía de su boca del modo más natural y sencillo; los dueños la aceptaban ya, dados precisamente la ingenuidad y buena fe con que era pronunciada. El señor comenzaba a vociferar, en efecto, cuando tenía un ataque; y tan verdad era lo que la sirvienta decía, que ni se soñaba con llamarla al orden.

El final de la cena resultó muy alegre. Lazare, entre broma y broma, acabó por quitarle al padre la rebanada que tenía entre las manos. Pero cuando apareció el postre, un queso de Pont-l'Éveque y los biscuits, el mayor regocijo consistió en una brusca aparición de Mathieu. Hasta entonces, el perro había permanecido durmiendo en algún sitio, debajo de la mesa. La llegada de los biscuits acababa de despertarle, parecía haberlos adivinado entre sueños; y, todas las noches, en aquel preciso momento, se sacudía y empezaba a hacer su ronda, acechando los corazones a través de los rostros. Era Lazare por lo general quien se dejaba enternecer antes; aquella noche, sin embargo, al dar su segunda vuelta, Mathieu contempló fijamente a Pauline con sus buenazos ojos humanos; luego, adivinando en ella una gran amiga de los animales y de las personas, apoyó su enorme cabeza sobre la rodillita de la niña, sin quitarle de encima su mirada llena de tiernas súplicas.

—¡Oh! ¡Aquí tenemos al pedigüeño! —dijo la señora Chanteau—. ¡Poco a poco, Mathieu! ¡Procura no lanzarte con tanto ímpetu sobre los alimentos!

El perro, de un solo bocado se zampó el pedazo de biscuit que le diera Pauline; y volvía a colocar su cabeza sobre su rodilla, en demanda de otro pedazo, con los ojos siempre fijos en su nueva amiga. Ella, entretanto, reía, le besaba; le encontraba extraordinariamente divertido y encantador con sus orejas gachas y su mancha negra sobre el ojo izquierdo, la sola mancha que aparecía en su blanca vestimenta, a lo largo de su rizada pelambre. Pero, a todo esto, se produjo un incidente: la Minouche, movida por los celos, acababa de dar un ligero salto hasta el borde de la mesa; y ronroneando con el espinazo flexible, con la misma gracia que un cabritillo, daba fuertes golpes de cabeza en el mentón de la niña. Era ésa su forma de hacer caricias, se notaba su morrito frío y el ligero roce de sus puntiagudos dientecillos, mientras danzaba sobre sus patitas traseras, lo mismo que hace un pastelero que está amasando su pasta. Entonces Pauline se mostró encantada, así, entre los dos animales, la gata a la izquierda y el perro a su derecha, materialmente asediada por ambos, explotada indignamente por ellos hasta el extremo de tener que darles todo su postre.

—Quítatelos de encima —le dijo su tía—. Acabarán no dejándote nada.

—¿Y eso qué importa? —respondió la niña simplemente, en su contento por sentirse despojada.

La cena había terminado. Véronique empezaba a quitar los cubiertos. Los dos animales, al ver que la mesa quedaba limpia de todo manjar, se fueron sin dar las gracias, relamiéndose por última vez.

Pauline se levantó, y de pie ante la ventana, trataba de ver. Ya desde que sirvieron la sopa, estuvo contemplando cómo aquella ventana se oscurecía, hasta convertirse poco a poco en un negro idéntico al de la tinta. Ahora ya, era un verdadero e impenetrable muro, una masa de tinieblas donde todo se hacía sombrío, el cielo, el agua, el pueblecito, la misma iglesia; le atormentaba el deseo de saber hasta dónde aquella agua podía subir; y no oía a su alrededor más que el clamor creciente, una voz elevada, monstruosa, cuya continua amenaza parecía hincarse a cada minuto, en medio de los aullidos del viento y del zumbido de los aguaceros. Ni la más tenue luminosidad, ni tan siquiera la palidez de la espuma sobre aquel caos de sombras; nada que no fuera el galopar de las olas, fustigado por la tempestad, en el fondo de aquella nada.

—¡Caramba! —dijo Chanteau—, veo que se acerca inflexible... ¡Y todavía tiene dos horas para seguir subiendo!

—Si el viento soplaste del norte —dijo Lazare—, tengo la impresión de que significaría la perdición de Bonneville. Afortunadamente nos coge de soslayo.

La niñita se había vuelto y escuchaba lo que estaban diciendo, con sus ojos enormemente abiertos y llenos de inquieta compasión.

—¡Bah! —repuso la señora Chanteau, por lo que a nosotros se refiere, estamos al abrigo, y no hay más remedio que dejar a los demás que salgan por sí mismos del apuro; cada uno tiene sus propias preocupaciones... Dime, pequeña, ¿quieres una taza de té bien caliente? Y, después, iremos a acostarnos.

Véronique, una vez desembarazada la mesa, había echado sobre la misma un hule de color rojo adornado con grandes flores, y alrededor del cual pasaba la familia sus veladas. Cada uno volvió a ocupar su sitio. Lazare salió un instante regresando con un tintero, una pluma y un puñado de papeles; procedió a instalarse bajo la lámpara y se puso a copiar música. La señora Chanteau, cuya tierna mirada no se apartaba de su hijo desde que había vuelto, mostróse de repente con malhumor.

—¡Todavía estás con tu música! ¿No puedes dedicarnos una velada, ni siquiera el día de mi regreso?

—Pero, mamá, si no me voy, me quedo aquí contigo... Bien sabes tú que esto no me impide conversar. Anda, dime alguna cosa y verás como te contesto enseguida.

Continuó pues en su empeño, cubriendo de papeles la mitad de la mesa. Chanteau se había tumbado cuidadosamente en su sillón, dejando las manos colgantes. Delante del fuego, Mathieu se quedaba adormecido; en tanto que Minouche, que se había subido de un salto al hule, comenzó a hacerse un lavado general, una pata levantada, y lamiendo con precaución el pelambre de su vientre. Una acogedora intimidad parecía

proyectarse desde la lámpara colgante de cobre, y, muy pronto, Pauline, que no dejaba de sonreír con los ojos medio cerrados a su nueva familia, no pudo soportar el sueño, rendida de cansancio, aletargada por el calor. Dejó resbalar su cabeza, se amodorró sobre el hueco de su doblado brazo, dándole de lleno la tranquila claridad de la lámpara. Sus finos párpados eran como un velo de seda echado sobre su mirada; un ligero y regular soplo salía de sus labios puros.

—No debe seguir levantada —dijo la señora Chanteau, bajando el tono de voz—. La despertaremos para que tome su taza de té y la acostaremos enseguida.

El silencio imperó entonces. Entre el gruñido de la tempestad, no se oía otra cosa que el rasgar de la pluma de Lazare. Era aquélla una gran paz, la somnolencia de los viejos hábitos, la vida rumiada cada noche en el mismo sitio. Durante largo rato, el padre y la madre se estuvieron contemplando sin decirse nada. Por fin, preguntó Chanteau vacilante:

—Y en Caen ¿conseguirá Davoine un buen balance?

Ella entonces se encogió furiosamente de hombros.

—¡Ah!, desde luego, sí, ¡un buen balance!... ¡Cuándo yo te decía que te dejabas involucrar!

Ahora que la pequeña dormitaba, era posible conversar. Hablaban en voz baja; no quisieron comunicarse, para empezar, más que las principales novedades, haciéndolo además escuetamente. Pero la pasión les arrastraba y, poco a poco, salieron a relucir todas las preocupaciones del hogar.

A la muerte de su padre, el antiguo obrero carpintero, que dirigía su comercio de madera del Norte mediante golpes de audacia propios de una cabeza aventurera, Chanteau había encontrado una casa comprometida en extremo. Poco activo, de una prudencia rutinaria, se había contentado con salvar la situación, a fuerza de buen orden y de ir viviendo con estrechez, honradamente y partiendo siempre de beneficios seguros. La sola novela de su vida fue su matrimonio, se casó con una institutriz, a quien conoció en una casa amiga. Eugénie de la Vignière, huérfana de hidalgos campesinos arruinados del Cotentin, contaba con infundir en su corazón su propia codicia. Pero él, de una educación incompleta, enviado con retraso a un pensionado, retrocedía invariablemente ante las vastas empresas, oponía la inercia de su temperamento a la voluntad dominante de su mujer. Cuando tuvieron un hijo, ésta puso nuevamente sobre ese hijo su esperanza de alcanzar una gran fortuna; le llevó al instituto y le hizo trabajar ella misma cada noche. Sin embargo, un último desastre había de echar a perder sus cálculos: Chanteau, que desde la edad de cuarenta años, sufría de gota, acabó por tener ataques tan dolorosos que incluso habló de vender la casa. Aquello significaba la mediocridad, las escasas economías comidas aparte, el niño lanzado más tarde en la existencia, sin el sostén de los primeros veinte mil francos de renta que la madre había soñado para él.

Entonces, la señora Chanteau quiso por lo menos ser ella quien se ocupase de la venta. Los beneficios podían alcanzar una decena de miles de francos, con los que el matrimonio vivía un amplio tren de vida, pues ella sentía especial atractivo por las recepciones. Ella fue quien descubrió a un tal señor Davoine y concibió la idea de la combinación siguiente: Davoine compraba el negocio de maderas en cien mil francos, pero sólo desembolsaba cincuenta mil; dejando de percibir los otros cincuenta mil los Chanteau quedaban como asociados suyos y los beneficios irían a medias. Ese Davoine daba la impresión de ser hombre de una inteligencia atrevida y aventurera; e incluso dando por sentado que no hiciera rendir más a la casa, siempre eran cinco mil francos seguros, que, unidos a los tres mil que rentaban los cincuenta mil colocados en hipotecas, integraban una renta total de ocho mil francos. Con eso por delante, sería cuestión de tener paciencia y de esperar a que los éxitos del hijo les sacasen finalmente de su vida mediocre.

Y así fueron, en efecto, convenidas las cosas. Chanteau había comprado precisamente, dos años antes, una casa al borde del mar, en Bonneville, una ganga surgida con motivo del desastre sobrevenido a un cliente moroso. En lugar de volverla a vender, como había pensado en principio, la señora Chanteau tomó la decisión de retirarse a vivir allí, por los menos hasta los primeros triunfos de Lazare. Renunciar a las recepciones, enterrarse en un agujero perdido, significaba para ella un verdadero suicidio; pero como cedía la casa entera, a Davoine le hubiera hecho falta para ello alquilar un vivienda en otro sitio, y de ahí su empeño en hacer economías, siempre con la idea obsesiva de realizar más tarde una entrada triunfal en Caen, cuando su hijo ocupase allí una posición acomodada; Chanteau, decía que sí a todo. En cuanto a su gota se refiere no le quedaba más remedio que acomodarse a la proximidad del mar; además, de tres médicos a quienes había consultado, dos de ellos tuvieron la cortesía de manifestar que, el viento de la costa constituiría un poderoso tónico para su estado general. Así pues, una mañana de mayo, dejando en el instituto a Lazare, que entonces tenía catorce años, partieron para instalarse definitivamente en Bonneville.

Desde que tuvo lugar aquella partida heroica, habían transcurrido cinco años, y los problemas del matrimonio iban de mal en peor. Cuando Davoine se lanzaba a grandes especulaciones, decía necesitar continuos anticipos, arriesgando de nuevo los beneficios, de modo y manera que los balances se saldaban casi con pérdidas. En Bonneville habían quedado reducidos a vivir con los tres mil francos de rentas, tan estrechamente además, que fue preciso vender el caballo y que Véronique cultivase el huerto.

—Vamos a ver, Eugénie —aventuró Chanteau—, conste que si me metieron en todo eso, fue por culpa tuya.

Pero ella no aceptaba en absoluto semejante responsabilidad, e incluso olvidaba a conciencia que la asociación con Davoine había sido obra suya.

—¿Cómo dices?, ¿culpa mía? —respondió con voz seca—. ¿Soy yo acaso quien está enferma?... Si no te aquejara esta maldita enfermedad, acaso fuéramos millonarios a estas horas.

Cada vez que la amargura de su mujer se desbordaba en aquella forma, el marido bajaba la cabeza, molesto y avergonzado de abrigar en sus huesos el enemigo de la familia.

—Es preciso esperar —murmuró él entonces—. Davoine tiene absoluta seguridad respecto al golpe que está preparando. Si el pino abeto sube de precio, tenemos una fortuna a la vista.

—Y después ¿qué? —interrumpió Lazare, sin dejar de copiar su música—, siempre estamos con lo mismo... Hacéis muy mal torturándoos. ¡El único que sabe burlarse del dinero soy yo!

La señora Chanteau se encogió de hombros por segunda vez.

—Harías mejor, sin embargo, burlándote algo menos y no perdiendo el tiempo con tonterías.

¡Y decir que era ella quien le había enseñado a manejar el piano! Y hoy, en cambio, la sola visión de una partitura la exasperaba enormemente. Su última esperanza rodaba por tierra: ese hijo que había soñado con que llegara a ser prefecto o presidente de un tribunal, sólo pensaba en escribir óperas; y le imaginaba ya más adelante yendo a dar clases a domicilio lo mismo que hiciera ella, por entre las enfangadas calles.

—En fin —continuó diciendo—, he aquí una exposición sumaria que me ha facilitado Davoine, referida a los tres últimos meses. Si esto sigue así, en julio deberemos dinero.

Mientras, ella puso su bolso sobre la mesa y sacó un papel que hubo de cogerlo el marido, le dio la vuelta y acabó por ponerlo delante suyo, sin tomarse la molestia de leerlo. En aquel preciso instante, Véronique traía el té. Se hizo un prolongado silencio, las tazas permanecieron vacías. Cerca del azucarero, la Minouche, que había puesto las patas como si llevara un manguito, apretaba los párpados beatíficamente; en tanto que Mathieu, tumbado ante la chimenea, roncaba como un hombre. Y a todo esto, la voz del mar seguía subiendo de tono en el exterior, lo mismo que si se tratara de un formidable bajo instrumental, acompañando y sirviendo de música de fondo a todos aquellos pequeños y apacibles ruidos de ese somnoliento interior de la casa.

—¿Y si la despertases, mamá? —dijo Lazare—. En ese sitio y en esa postura, no puede dormir cómodamente.

—Sí, sí —murmuró la señora Chanteau, preocupada y mirando a Pauline.

Los tres se habían puesto a contemplar a la amodorrada criatura. El ritmo de su respiración se había calmado más aún, sus blancas mejillas y su sonrosada boca tenían una dulzura inmóvil de ramillete de flores bajo la claridad que proyectaba la lámpara. Sólo sus largos cabellos color castaño, despeinados por el viento motivaban una

sombra sobre su delicada frente. Y el espíritu de la señora Chanteau se trasladaba de nuevo, entonces, a París, en medio de las molestias que acababa de sufrir, asombrada ella misma de su entusiasmo en aceptar aquella tutela, presa de una consideración o cálculo instintivo respecto de una pupila rica, de una honradez estricta además, y sin segundas intenciones con relación a una fortuna de la que sólo ella sería guardiana.

—Cuando penetré en aquella tienda —se puso a explicar la señora pausadamente—, la criatura estaba con un vestidito negro y me abrazó entre grandes sollozos... ¡Oh!, una tienda preciosa, una salchichonería, con grandes cristales y decorada en mármol toda ella; situada además enfrente mismo de las Halles... Y allí tuve ocasión de conocer a una buena moza, una criada alta como un pino de tez fresca y colorada, que se había encargado de avisar al notario para que hiciera poner los correspondientes sellos, y que continuaba tranquilamente vendiendo morcillas y salchichas... Adéle fue quién me contó la muerte de nuestro pobre primo Quenu. Desde que perdiera a su mujer, hacía seis meses, la sangre parecía ahogarle; se llevaba siempre la mano al cuello como para aflojarse la corbata; finalmente, una noche se le encontró con el rostro de un color violáceo y las narices metidas en un pote de grasa... Su tío Gradelle había muerto de la misma manera.

Callóse entonces, y se impuso de nuevo el silencio. Sobre la adormecida carita de Pauline, un sueño pasaba en aquel momento, quedando súbitamente reflejado a través de una rápida sonrisa.

—Y, por lo que se refiere al apoderamiento ¿salió todo bien? —preguntó Chanteau.

—Muy bien... Pero tu notario tuvo razón que le sobraba dejando el nombre del mandatario en blanco, pues parece ser que yo no podía reemplazarte: las mujeres están excluidas de esta clase de asuntos... Como ya tuve ocasión de escribirte, en cuanto llegué, fui a ponerme de acuerdo con ese notario de París que te había enviado un extracto del testamento, en el que se te nombraba tutor. Inmediatamente, puso el apoderamiento a nombre de su primer oficial, cosa que se hace con frecuencia, según me dijo. Y entonces pudimos irnos... En el despacho del juez de paz tuve que designar, para que integrasen el consejo de familia, tres parientes por el lado de Lisa, dos primos jóvenes, Octave Mouret y Claude Lantier, y un primo político, el señor Rambaud, que vive en Marsella; luego, por la parte nuestra, de la rama de los Quenu, designé a los sobrinos Naudet, Liardin y Delorme. Como puedes ver, se trata de un consejo de familia que no puede ser más apropiado, y del que dispondremos como nos parezca con vistas a lograr la felicidad de la niña... Entonces, en la primera sesión de ese consejo, se nombró al protutor, que tuve que escoger forzosamente entre los parientes de Lisa; siendo designado para el desempeño de ese cargo el señor Saccard...

—¡Silencio!, parece que se despierta —interrumpió Lazare.

Y en efecto, Pauline acababa de abrir los ojos de par en par. Sin moverse, contempló con aire asombrado a todas aquellas gentes que hablaban a su alrededor; luego, con una sonrisa inundada de sueño, volvió a cerrar los párpados, bajo el peso de un invencible cansancio; y su inmóvil rostro recobró la lechosa transparencia de camelia que había tenido unos momentos antes.

—Ese Saccard ¿no es el famoso especulador? —preguntó Chanteau.

—Sí —respondió su mujer—, le vi y estuvimos conversando. Un hombre encantador... Son tantos los asuntos que tiene en la cabeza, que ya me advirtió no contáramos con su colaboración... Compréndelo, en realidad no necesitamos a nadie. Desde el momento en que nos hacemos cargo de la pequeña, la tenemos bajo nuestros auspicios ¿no es eso? Bien sabes que a mí no me gusta mucho que la gente meta las narices en casa... Y, desde entonces, por consiguiente, todo lo demás han sido y serán puros formalismos. Tu apoderamiento, especificaba además, por suerte, todas las facultades que son del caso. Fueron levantados los precintos, formalizando el inventario de la fortuna y vendida en pública subasta la tienda. ¡Oh!, ¡hubo verdadera suerte a este respecto! Concurrieron dos licitadores con verdadero encono en las pujas; en suma, ¡noventa mil francos pagados al contado! El notario, por su parte, había encontrado ya sesenta mil francos en títulos, metidos dentro de un mueble. Entonces le rogué yo que comprase todavía más valores, y aquí tenemos ciento cincuenta mil francos en títulos sólidos, que celebré traerme enseguida, después de haberle enviado al primer oficial del notario la renovación del mandato y el recibo del dinero, cuyo envío hube de pedirte a vuelta de correo... ¡Míralo, ahí lo tienes todo!

Entretanto ella había rebuscado en su bolsa, de donde sacó un voluminoso paquete, el paquete de los títulos, colocados entre dos láminas de cartón de un viejo libro registro de la tocinería, cuyas tapas había arrancado. Las tales cubiertas, con grandes jaspeados de color verde, aparecían salpicadas con manchas de grasa. Y el padre y el hijo contemplaban absortos aquella fortuna, que tan súbitamente caía sobre el hule usado de su mesa.

—Va a enfriarse el té, mamá —dijo Lazare, dejando por fin su pluma—. Lo sirvo, ¿no es eso?

Se había levantado y empezó a llenar las tazas. La madre, con la mirada fija en los títulos, ni siquiera había respondido al hijo.

—Naturalmente —dijo poco después con voz pausada—, en una última reunión del consejo de familia, provocada por mí misma, pedí ser indemnizada por mis gastos de viaje, y se acordó la pensión que correspondía pagar a la pequeña, por su estancia en casa, en ochocientos francos... Somos menos ricos que ella, y no podemos por consiguiente, hacerle limosnas. Ninguno de nosotros pretende lucrarse a costa de la criatura, pero sí nos resultaría difícil, en cambio, poner dinero encima. Se repondrán los intereses de sus rentas, y se duplicará como aquel que dice su capital durante el

tiempo que transcurra hasta su mayoría de edad... ¡Dios mío!, no hacemos otra cosa que cumplir con nuestro deber. Hay que respetar la voluntad de los muertos. Y si ponemos en ello empeño por parte nuestra, quizás eso nos traiga suerte, que bien la necesitamos... Ha sufrido tanto la pobrecilla. ¡Sollozaba tan fuerte al abandonar a su criada! Quiero que sea feliz entre nosotros.

Los dos hombres acabaron por sentirse presa de ese mismo enternecimiento.

—Desde luego, y no seré yo precisamente quien le motive mal alguno —dijo Chanteau.

—Es encantadora —añadió Lazare. Sólo puedo decir que la quiero ya con toda el alma.

A todo esto, y habiendo olfateado el té en medio de su sueño, Mathieu, previa sacudida de todo su cuerpo, había puesto de nuevo su voluminosa cabeza en la esquina de la mesa. Minouche desperezábase también por su parte y arqueaba su espina dorsal entre bostezo y bostezo. Fue aquél un despertar completo, la gata acabó alargando el cuello, para husmear el paquete de títulos, metidos en aquel grasiento cartón. Y cuando los Chanteau volvieron sus ojos hacia Pauline, comprobaron que tenía los ojos abiertos, fijos en aquellos papeles, sobre ese viejo registro pringoso, que encontraba allí de nuevo.

—¡Oh! ¡La criatura sabe perfectamente lo que hay allí dentro! —continuó diciendo la señora Chanteau—. ¿No es así, querida? Te lo enseñé todo cuando estábamos allá abajo, en París... Es lo que te han dejado tu pobre padre y tu pobre madre.

Resbalaron las lágrimas por las mejillas de la pequeñuela. Su profunda pena surgía aún en ella en esta forma, a través de brucas ondulaciones de primavera. Sonreía ya, no obstante, en medio de sus lloros, la divertía y agradaba la Minouche que, después de haber husmeado los títulos durante largo rato, atraída sin duda por el olor, se puso a darles vueltas y a ronronear, sacudiendo con fuertes golpes de cabeza los ángulos de aquella cubierta de registro.

—Minouche, ¿quieres dejar eso en paz? —gritó la señora Chanteau—. ¡Con el dinero no se juega!

Chanteau se había echado a reír; Lazare también. Al borde de la mesa, Mathieu, muy excitado, devorando con sus llameantes ojos los consabidos papeles, que debió tomar por una golosina, ladraba contra la gata. Y toda la familia se regocijaba alborotadamente. Pauline, entusiasmada con aquel juego, había cogido entre sus brazos a Minouche, meciéndola y acariciándola como si fuera una muñeca.

Por miedo a que la niña no volviera a dormir, la señora Chanteau hizo que tomara su té apresuradamente, y luego llamó a Véronique.

—Alcánzanos las palmatorias... Seguiríamos conversando indefinidamente y no nos acostaríamos nunca. ¡Pensar que son las diez! ¡Yo que suelo dormirme comiendo!

Pero una voz de hombre llegaba desde la cocina, preguntándole a la criada cuando ésta se trajo las cuatro palmatorias encendidas.

—¿Con quién estás hablando?

—Es Prouane, señora... Viene a comunicar al señor que las cosas no marchan como debieran. Por lo visto, la marea lo destroza todo.

Chanteau había tenido que aceptar ser el alcalde de Bonneville, y Prouane, un borracho que servía de sacristán al abate Horteur, desempeñaba además las funciones de escribano. Tenía un grado en la Armada y escribía como un maestro de escuela. Cuando le hubieron gritado para que entrase, apareció por allí, con su gorra de lana en la mano; su traje y sus botas chorreaban agua por todas partes.

—¿Qué es lo que ocurre, pues, Prouane?

—¡Señora!, señor; se trata de la casa de los Cuche, que ha sido barrida por el golpe... Y ahora ya, si la cosa continúa, preveo que va a tocarle el turno a la de los Gonin... Todos estábamos allí, Tourmal, Houtelard, y los demás. Pero ¡qué quiere usted!, nada puede hacerse contra esa bribona; está visto que cada año tiene que llevársenos un pedazo de nuestro territorio.

Se impuso el silencio. Las cuatro velas ardían con sus llamas altas y a lo lejos se escuchaba la mar, esa bribona que batía con furia los acantilados. A aquella hora, la marea se hallaba en su apogeo, cada ola, al estrellarse, estremecía la casa. Semejaban detonaciones de una artillería gigantesca, con profundos y regulares golpes en medio de la desgarradura de los guijarros rodando sobre las rocas, que recordaban así el chasquido continuo de una descarga de fusiles. Y, entre aquella batahola estrepitosa, el viento lanzaba el rugido de su queja y la lluvia redoblando su violencia por momentos, daba la impresión de estar fustigando los muros con una granizada de plomo.

—Esto es el fin del mundo —murmuró la señora Chanteau—. Y los Cuche ¿dónde piensan refugiarse?

—Habrá que encontrarles cobijo —respondió Prouane—. Entretanto ya están en casa de los Gonin... ¡Si usted hubiera presenciado la escena!, el pequeño, que tiene sólo tres años, ¡mojado como una sopa!, la madre en enaguas, mostrando todo lo suyo, dicho sea guardando el debido respeto, y el padre, con la cabeza medio partida por una viga, empeñándose en querer salvar sus cuatro harapos.

Pauline había abandonado la mesa. Situada de nuevo cerca de la ventana, escuchaba atentamente, con la misma seriedad de una persona mayor. Su cara dejó traslucir la más ingenua de las bondades, una fiebre de simpatía que hizo temblar sus abultados labios.

—¡Oh!, querida tía —dijo— ¡pobres gentes!

Y sus miradas se dirigieron hacia afuera, sumergiéndose en aquel negro abismo en donde las tinieblas se habían espesado aún más. Se notaba que el mar había galopado

hasta la misma carretera, que estaba allí en aquellos momentos, hinchado, dando alaridos; no se le veía sin embargo en absoluto, parecía como haber anegado con oleadas de tinta, el pueblecito, los peñascos de la costa, el horizonte entero. Todo aquello constituía para la niña una dolorosa sorpresa. Aquella agua que tan bella le parecía, se lanzaba luego de tal forma que ocasionaba grandes destrozos.

—Bajo con usted, Prouane —exclamó Lazare—. Quizá pueda hacer algo.

—¡Oh, sí, querido primo! —murmuró Pauline, cuyos ojos brillaban de impaciencia.

Pero el hombre meneó la cabeza.

—No vale la pena de que se moleste, señor Lazare. No conseguiría hacer más de lo que ya están intentando los compañeros. Allí estamos, dedicados a contemplar cómo sigue su demolición, mientras ello le plazca; y hasta que se canse; pues bien, entonces, deberemos aún darle las gracias. Mi solo propósito ha sido prevenir al señor alcalde.

Chanteau entonces sacó a relucir su enfado, aburrido como estaba con aquel drama que iba a echarle la noche a perder y del que tendría que ocuparse al día siguiente.

—Por otra parte —exclamó enojado—, ¿no se sabe de pueblecito alguno que se castigue de modo tan salvaje! Os habéis introducido bajo las mismas olas, ¡palabra de honor!, y no es nada asombroso que la mar vaya devorando vuestras casas, una a una... Y, además, ¿por qué tanto empeño en permanecer en ese agujero? Se va uno y en paz.

—Pero ¿dónde? —preguntó Prouane, que escuchaba con aire de estupefacción—. Aquí está uno, señor, y en este lugar hay que permanecer... Hay que estar en alguna parte.

—Ésa, ésa es la única verdad —dijo para terminar la señora Chanteau—. Y, aquí o más lejos, siempre estará acechando el mal. Subimos a acostarnos. Buenas noches. Mañana amanecerá.

Se marchó el hombre después de saludar, y se oyó a Véronique echar los cerrojos tras él. Cada uno aguantaba su correspondiente palmatoria; hubo aún unas caricias para Mathieu y la Minouche, que dormían juntos en la cocina. Lazare había recogido su música, en tanto que la señora Chanteau apretaba bajo el brazo los títulos metidos en las tapas del viejo libro de registro. Recogió asimismo de encima de la mesa el balance de Davoine, que su marido había olvidado. Aquel papel que le oprimía el corazón, resultaba tonto verlo arrastrar por todas partes.

—Subimos a acostarnos, Véronique —exclamó la señora—. Supongo que a estas horas no te dedicarás a dar vueltas.

Y, como de la cocina sólo llegaba un sordo gruñido, continuó diciendo la señora en voz más baja:

—¿Qué es lo que le pasa? No creo que le haya traído ninguna niña a punto de destetar.

—Déjala tranquila —dijo Chanteau—. Sabes perfectamente que la pobre mujer tiene sus lunas... ¡Vaya!, veo que estamos los cuatro. Entonces buenas noches.

Chanteau dormía en los bajos, al otro lado del pasillo, en el antiguo salón transformado en dormitorio. De aquella manera, cuando se encontraba impedido, podía fácilmente arrastrar su sillón hasta la mesa o sobre la terraza. Abrió la puerta y aún estuvo quieto unos momentos, con las piernas abotargadas, bajo la amenaza sorda de un ataque próximo, que la rigidez de sus articulaciones, venía anunciándole desde la víspera. Decididamente había cometido una gran equivocación comiendo foie-gras. Aquella certidumbre, por el momento, le tenía desesperado.

—Buenas noches —repitió él con voz doliente—. Vosotros dormís siempre... Buenas noches, pequeña. Descansa bien, estás en la edad.

—Buenas noches, tío —dijo a su vez Pauline dándole un abrazo.

Volvióse a cerrar la puerta. La señora Chanteau hizo que la pequeña fuera la primera en subir. Lazare les seguía.

—El caso es que esta noche no habrá necesidad de mecirme —declaró la respetable señora—. Y, además, si he de decir verdad, ese estrépito hace que me duerma antes, no me es desagradable del todo... En París echaba de menos lo de sentirme sacudida estando en la cama.

Los tres llegaban al primer piso. Pauline, que aguantaba firme su palmatoria, se divertía contemplando el ascenso de aquella hilera de luces, cada uno aguantando su vela, cuya luz hacía danzar las sombras. Ya en el rellano, como la niñita se detuviera vacilante, por ignorar dónde la llevaba la tía, ésta la empujó suavemente mientras dijo:

—Sigue adelante... Aquí hay una alcoba destinada a los amigos y enfrente tienes la mía... Entra un momento, quiero enseñártela.

Tratábase de un dormitorio ornamentado con una cretona de color amarillo y ramajes verdes, muy sencillamente equipada con muebles de caoba: una cama, un armario y un tocador. En medio veíase un velador sobre una alfombra roja. Y, cuando ya hubo paseado su vela por todos los rincones, la señora Chanteau se acercó al mueble escritorio, donde levantó el tablero que servía de cobertura.

—Ven a ver lo que hago —continuó diciendo.

Entretanto había abierto uno de los cajoncitos, en donde, entre suspiros introdujo el desastroso balance de Davoine. A continuación vació otro cajón situado encima, lo sacó de su sitio, procedió luego a sacudirlo para despojarlo de residuos y antiguas migajas, y se dispuso a encerrar allí los títulos delante de la niña que estaba contemplando la operación:

—Ya lo estás viendo, los meto ahí; sólo serán tuyos... ¿Quieres colocarlos tú misma?

Pauline se sintió entonces avergonzada, de una forma que ella misma no hubiera sabido explicarse; e incluso se sonrojó.

—¡Oh!, querida tía, no vale la pena.

Cuando quiso darse cuenta, la criatura ya tenía el viejo libro registro en la mano, y hubo de depositarlo en el fondo del cajón, en tanto que Lazare, con la palmatoria tendida, iluminaba el interior del mueble.

—De esta manera —siguió diciendo la señora Chanteau— sabes ahora que está en sitio seguro, y además puedes vivir tranquila, pues aunque nos muriéramos de hambre a tu alrededor... Recuérdalo, el primer cajón a mano izquierda. Se sacarán únicamente el día en que seas lo bastante crecida como para poder disponer de ellos tú misma... ¿Conformes?, no será precisamente Minouche quien venga a comérselos ahí dentro.

Aquella idea de la Minouche abriendo el mueble escritorio y comiéndose los papeles, hizo que la niña se desternillase de risa. La tristeza que experimentara durante unos instantes, había desaparecido ya; ahora jugaba con Lazare, quien, para distraerla, ronroneaba como la gata, haciendo ver que se disponía a saltar sobre el cajón. El muchacho reía también de buena gana y con el corazón abierto. Pero su madre entretanto había vuelto a cerrar solemnemente el mueble, dándole dos vueltas a la llave con mano enérgica.

—Asunto acabado —terminó diciendo—. Estate quieto, Lazare, no hagas tonterías... Y ahora, subo para asegurarme de que no le falta nada.

Y los tres, nuevamente en fila, volvieron a encontrarse en la escalera. Al llegar al segundo piso, Pauline, volviendo a vacilar, había abierto la puerta de la izquierda, cuando su tía le gritó:

—No, no, ¡por ese lado, no!; ésa es la alcoba de tu primo. La tuya está enfrente.

Pauline se había quedado inmóvil, seducida por la grandiosidad de la pieza y por el confusionismo de desván que reinaba allí, un piano, un diván, una mesa inmensa, montones de libros y estampas. Empujó finalmente la otra puerta y entonces su impresión fue de embeleso, aunque su alcoba le pareciera desde luego reducida en comparación con la otra. El papel de la pared era de un fondo color crudo, sembrado de rosas azules. Había allí una cama de hierro adornada por cortinajes de muselina una mesa-tocador, una cómoda y tres sillas.

—Aquí hay de todo —murmuraba la señora Chanteau— agua, azúcar, toallas, jabón... Y duérmete tranquila; Véronique ocupa la habitación de al lado. Si sientes miedo, no tienes más que golpear contra la pared.

—Además, aquí estoy yo —añadió entonces Lazare—. Si surge algún aparecido, enseguida llegaré con mi gran sable.

Las puertas de las dos habitaciones, situadas una enfrente de la otra, habían permanecido abiertas. Pauline paseaba su mirada de una a otra pieza.

—Los aparecidos no existen —dijo la chiquilla con su aire jovial—. El sable sólo sirve para los ladrones... Buenas noches, querida tía. Buenas noches, primo.

—Buenas noches, queridita... ¿Sabrás acostarte, verdad?

—¡Oh!, sí... Ya no soy ninguna criatura. En París me lo hacía todo yo.

Diéronse un abrazo; y mientras se retiraba, la señora Chanteau le dijo que podía cerrar la puerta con llave. La criatura, sin embargo, se había precipitado ya hacia la ventana, impaciente por saber si la misma daba al mar. La lluvia se desplomaba con una violencia tal a lo largo de los cristales, que Pauline no se atrevió a abrir la ventana. Estaba muy oscuro, pero se sintió sin embargo dichosa al oír el mar golpeando a sus pies. Luego, a pesar de la fatiga que hacía que se durmiera de pie, se dio una vuelta por la habitación y estuvo contemplando los muebles. La sola idea de tener una alcoba propia, una habitación separada de las demás, donde se la autorizaba a permanecer encerrada, la llenaba de un orgullo de persona mayor. Sin embargo, en el momento de darle la vuelta a la llave, cuando ya se había quitado la ropa y se encontraba en enaguas, tuvo unos momentos de vacilación y se sintió presa de un cierto malestar. Sintió como un escalofrío y volvió a abrir la puerta. Enfrente, en medio de la otra habitación, Lazare aún se encontraba allí contemplándola.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó—, ¿necesitas alguna cosa?

Se puso ella entonces muy encarnada, empezó queriendo mentir, pero luego cedió a su natural impulso de franqueza.

—No, no... Verás..., es que, cuando cierro las puertas con llave, entonces me entra miedo. No voy a cerrar, ¿comprendes?, y si golpeo, será para que vengas... Pero, tú, entiéndeme, no la criada.

Entretanto él, seducido por el encanto de aquella infancia tan firme y tan tierna a la vez, se fue acercando a ella.

—Buenas noches —repitió el muchacho tendiéndole los brazos.

Ella, entonces, se le echó al cuello y le estrechó entre sus delgados bracitos, sin inquietarle lo más mínimo su desnudez de rapaza.

—Buenas noches, querido primo.

Cinco minutos más tarde, la niña había apagado valientemente su vela y se arremolinaba en el fondo de su lecho, dispuesto con sábanas de muselina. Su laxitud impuso durante largo rato a su sueño la ligereza de un verdadero ensueño. Al principio oyó a Véronique subir sin precaución alguna arrastrando los muebles como si quisiera despertar a todo el mundo. Inmediatamente después ya no se escuchó allí más que el ruido de los truenos retumbando en medio de la tempestad: la persistente lluvia batía las pizarras de la techumbre, el viento azotaba las ventanas, bramando bajo las puertas; y durante una hora aún, aquel cañoneo continuó; cada ola que iba a romper en aquel lugar, sacudía la casa de un modo profundo y sordo. Le parecía como si la edificación entera, anonadada, hundida por el mismo silencio, marchase sobre el agua a la deriva, cual si fuera un navío. Notaba ahora un calor medianamente húmedo, su vacilante mentalidad volvía de nuevo, con una piedad compasiva, hacia aquellas

pobres gentes a quienes, allí abajo, el mar despojaba de sus cobijos. Luego, todo se hizo sombrío y se durmió sin un suspiro.

II

Desde la primera semana, la presencia de Pauline significó la aportación a la casa de un motivo de alegría. Su hermoso y razonable temperamento, su tranquila sonrisa consiguieron calmar la sorda acritud en que vivían los Chanteau. El padre había encontrado en ella a una enfermera, la madre estaba más que contenta de que su hijo permaneciera por tal razón más horas en el hogar. Véronique era la única que seguía refunfuñando. Parecía como si los ciento cincuenta mil francos encerrados en el mueble escritorio, dieran a la familia un empaque de riqueza, aunque nada se tocara de todo aquello. Un nuevo vínculo se había creado indudablemente, y en medio de aquella ruina nacía una nueva esperanza, sin que se supiera, no obstante, en qué consistía la misma.

Dos días después, por la noche, el ataque de gota que Chanteau presintiera llegar, estalló, en efecto. Desde una semana antes experimentaba picotazos en las articulaciones, continuos escalofríos que sacudían sus miembros, sintiendo un horror invencible por todo lo que significase ejercicio o movimiento. Sin embargo, al llegar la noche se había acostado más tranquilo, cuando, a las tres de la mañana, el dolor se manifestó en el dedo del pie izquierdo. Le pasó enseguida al talón y acabó por invadirle el tobillo. Hasta que amaneció, se estuvo quejando suavemente, sudando bajo las sábanas, sin querer molestar a nadie. Sus ataques eran el terror de la casa, y por ello esperaba hasta el último minuto para llamar como avergonzado de su recaída e impaciente por el furioso recibimiento que se dispensaría a su enfermedad. Sin embargo, cuando Véronique pasaba por delante de su puerta, a eso de las ocho, le resultó imposible contener el grito que hubo de arrancarle una punzada más profunda que las anteriores.

—¡Vaya por Dios!, ya volvemos a estar en las mismas —refunfuñó la criada—. Otra vez le tenemos vociferando. La sirvienta entró y, mientras contemplaba los movimientos que hacía con la cabeza, quejándose, no supo encontrar otra frase de consuelo que la siguiente:

—¡Pues sí que va a ponerse contenta la señora!

Y, en efecto, cuando prevenida la esposa acudió a su vez, dejó caer los brazos con gesto de exasperado desaliento:

—¿Otra vez? —dijo—. ¡Apenas si acabo de llegar y ya empezamos de nuevo!

Y es que, la gota, almacenaba en ella un rencor de quince años. La execraba como al enemigo número uno, la bribona que había frustrado su existencia, arruinado a su hijo y matado todas sus ambiciones. Sin la gota, ¿habrían tenido acaso que exiliarse en aquel pueblecito perdido?; y, a pesar de su buen corazón, aparecía trémula y hostil ante los ataques que sufría su marido, y se consideraba a sí misma torpe, incapaz de cuidarle.

—¡Dios mío!, ¡lo que estoy llegando a padecer! —balbuceaba el pobre hombre... Este ataque será más fuerte que el último, lo presiento... No permanezcas aquí, puesto que te contraría, pero manda enseguida a buscar al doctor Cazenove.

Desde entonces, la casa anduvo patas arriba. Lazare había partido para Arromanches, aunque no fuera mucha la esperanza que la familia tenía en los médicos. Durante quince años, Chanteau había probado toda clase de drogas; y, a cada nueva tentativa, la enfermedad iba de mal en peor. Débiles y esporádicos al principio, los ataques se habían ido multiplicando enseguida, creciendo al mismo tiempo en violencia; y, ahora, los dos pies se veían ya afectados, e incluso amenazaban extenderse a una rodilla. En tres ocasiones, el enfermo había visto cambiar su medicación; su triste cuerpo acabó por ser un campo de experiencias en donde luchaban remedios y propagandas. Después de haberlo sangrado copiosamente, acababan de purgarle sin prudencia, y ahora se le atiborraba de cólico y de litina. De esa manera, con el agotamiento de su sangre empobrecida y de sus debilitados órganos, su gota aguda se transformaba poco a poco en gota crónica. Los tratamientos locales no lograban mayor éxito; las sanguijuelas habían dejado rígidas las articulaciones, el opio prolongaba los ataques, los vejigatorios ocasionaban úlceras. Wiesbaden y Carlsbad no le produjeron ningún resultado, y una temporada en Vichy estuvo a punto de costarle la vida.

—¡Dios mío! ¡Lo que estoy llegando a sufrir! —repetía Chanteau—. Es como si una manada de perros me devorase el pie.

Y, presa de ansiosa agitación, con la esperanza de que el cambiar de postura le tranquilizaría, daba vueltas y más vueltas a su pobre pierna. Pero el ataque iba constantemente aumentando y cada movimiento que hacía le arrancaba nuevas quejas. Bien pronto aquello fue un alarido continuo, en el paroxismo de su dolor. Tenía escalofríos, fiebre, y una sed ardiente le quemaba por dentro.

Mientras tanto, Pauline acababa de deslizarse en la alcoba. Parada delante del lecho, contemplaba a su tío, con aire muy serio, sin llorar. La señora Chanteau perdía materialmente la cabeza, enervada por los gritos. Véronique quiso arreglar la manta, cuyo peso no podía soportar el enfermo; pero cuando se acercó para hacerlo con sus manos hombrunas, éste, se puso a gritar más aún, prohibiéndole que le tocara. Le

inspiraba verdadero terror y la acusaba de sacudirle como si fuera un paquete de ropa sucia.

—Entonces, señor, haga el favor de no llamarme —dijo la criada marchándose furiosa—. Cuando se rehúsa la ayuda de la gente, debe cuidarse uno mismo.

Lentamente, Pauline se había aproximado; y, con sus dedos infantiles y hábil ligereza, procedió a levantar la colcha. El enfermo experimentó un corto alivio y aceptó sus servicios.

—Gracias, pequeña... ¡Anda!, tira de allí, de aquel pliegue. Lo menos pesa quinientas libras... ¡Oh! ¡No tan deprisa! Me diste miedo.

Por lo demás, el dolor volvió a comenzar, sólo que esta vez más intenso. Cuando su mujer trataba de poner orden en la habitación, iba a echar las cortinas de la ventana, o volvía para poner una taza encima de la mesilla de noche, Chanteau se irritaba más aún.

—Te lo ruego, no andes caminando por ahí, haces que todo retumbe... A cada uno de tus pasos, parece como si me dieran un martillazo.

Ella, por su parte, ni siquiera trató de excusarse ni satisfacerle. Aquello siempre acababa así; dejándole sufrir solo.

—Vente, Pauline —dijo simplemente la esposa—. Ya estás viendo que tu tío no puede tolerar que permanezcamos alrededor suyo.

Pero Pauline continuó allí. Caminaba con un movimiento tan suave que sus piecitos apenas si rozaban el entarimado. Y, desde aquel momento, se instaló al lado del enfermo, que no soportaba a nadie más en la habitación. Como él mismo decía, hubiera deseado estar atendido por un soplo. La pequeña tenía bastante inteligencia para adivinar el mal y conseguir tranquilizarle; se adelantaba a sus deseos, cuidaba de él durante el día dándole a beber tazas de agua de cebada, que Véronique llevaba hasta la puerta. Y lo que sobre todo apaciguaba al pobre hombre era verla sin cesar delante suyo, con gesto inteligente e inmóvil, sentada en el borde de una silla, con sus abiertos y compasivos ojos que no dejaban de mirarle. Él trataba asimismo de distraerse contándole sus sufrimientos.

—Ves tú, en este momento es como si un cuchillo mellado estuviera desarticulándome los huesos del pie; y, al mismo tiempo, juraría que me están vertiendo agua tibia sobre la piel.

Luego, el dolor que experimentaba era distinto: sentía como si le liasen el tobillo con un alambre y le estiraran los músculos hasta rompérselos, igual que si fueran cuerdas de violón. Pauline escuchaba con aire de complacencia, pareciendo comprenderlo todo, vivía sin turbación en el alarido de su queja, preocupada únicamente por la curación. E incluso se comportaba alegremente, hasta lograr hacerle reír, entre gemido y gemido.

Cuando el doctor Cazenove llegó por fin, quedó realmente maravillado y depositó un fuerte beso sobre los cabellos de la pequeña enfermera. Era un hombre de cincuenta y cuatro años, seco y vigoroso, que, después de servir treinta años en la marina, acababa de retirarse a Arromanches en donde un tío suyo le había dejado una casa. Se hizo amigo de los Chanteau desde que tuviera ocasión de curar a la señora Chanteau una torcedura inquietante.

—Bien, aquí me tienen otra vez —dijo el doctor—. Me apresuré a venir para estrechar su mano. Pero de sobra le consta que no podré hacer por usted más de lo que está haciendo esta niña. Mi querido amigo, cuando la gota viene de herencia y se han sobrepasado los cincuenta años, debe uno tomárselo con filosofía. Añádale a eso la circunstancia de hallarse como está, acabado por el montón de drogas que pesan sobre su cuerpo... Ya sabe, pues, en qué consiste el único remedio: ¡paciencia y franela!

Y, mientras se expresaba así, daba muestras de un gran escepticismo. Eran tantos los miserables que había visto agonizar durante treinta años bajo todos los climas y con relación a toda clase de enfermedades, que acabó por convertirse en un médico de modestas pretensiones: por lo general, prefería dejar que la vida obrase por sí misma. Examinó, sin embargo, el inflamado dedo del pie, cuya reluciente piel era de un color rojo sombrío, observó luego la rodilla, invadida ya por la inflamación y comprobó en el borde de la oreja derecha la presencia de una perlita, dura y blanca.

—Pero, doctor —decía el enfermo quejumbrosamente—, ¿usted no puede dejarme que sufra de esta manera!

Cazenove se había puesto serio. Aquella perla de materia tofoidal le interesaba sobremanera; parecía como si volviese a recobrar su fe ante aquel nuevo síntoma.

—¡Dios mío! —murmuró el doctor—, trataré de ensayar los alcalinos y las sales... Evidentemente, la enfermedad se está haciendo crónica.

A continuación, y en un arranque de nervios, le dijo al enfermo:

—Y al margen de los demás, gran parte de la culpa la tiene usted; usted, que no sigue el régimen que le tengo indicado... No hace nunca ejercicio, está siempre tumbado en su sillón. Y por lo que se refiere al vino y a la carne, apostaría a además... ¿no es eso? Confiese usted que ha comido alguna cosa irritante.

—¡Oh!, sólo un poco de foie-gras —confesó débilmente Chanteau.

El médico levantó entonces los brazos, como si quisiera tomar por testigo al Cielo. Entretanto, sacó unos frascos de su enorme levita y se puso a preparar una poción. Como tratamiento local, se contentó con envolver el pie y la rodilla en la guata y hacer que ésta se mantuviera después sujeta con una venda de hule. Y, cuando estuvo a punto de partir, se dirigió a Pauline, a quien repitió sus consabidas recomendaciones: una cucharada de la poción cada dos horas, tanta agua de cebada como el enfermo quisiera beber, y, sobre todo, una dieta absoluta.

—¡Si usted se imagina que va a impedir que coma...! —dijo entonces la señora Chanteau mientras despedía al doctor.

—No, no, querida tía, ya verás como es prudente —se permitió afirmar Pauline—. Yo haré que obedezca.

Cazenove la contemplaba, entretanto, atraído por la gracia que le hacía el gesto reflexivo de la criatura. Y la besó de nuevo en las dos mejillas.

—Bien puede decirse que esta rapazuela nació para consagrarse a los demás —añadió el médico con el ojo clínico sobre el que afirmaba sus diagnósticos.

Chanteau estuvo dando alaridos durante una semana. El mal se había trasladado al pie derecho, en el momento en que el ataque pareció terminado; y los dolores habían reaparecido con redoblada violencia. Toda la casa vivía en un continuo temblor; Véronique se encerraba en el fondo de su cocina para no oírle. La señora Chanteau y Lazare procuraban también ausentarse a veces, en su nerviosa angustia. Pauline era la única que no abandonaba la alcoba, donde tenía que seguir luchando contra las terquedades del enfermo, empeñado a toda costa en comer una chuleta, gritando que tenía hambre, y que el doctor Cazenove era un burro, pues ni siquiera sabía curarle. Por la noche sobre todo, la intensidad del mal aumentaba. La criatura apenas si dormía dos o tres horas. Por lo demás, estaba firme; jamás niñita alguna se había desarrollado más sanamente. La señora Chanteau, tranquilizada, acabó por aceptar la ayuda de aquella niña que, a fin de cuentas, venía a apaciguar la casa. Por fin llegó la convalecencia; Pauline recobró su libertad y una estrecha camaradería quedó establecida entre ella y Lazare.

Sus amistosas relaciones tuvieron lugar al principio en la amplia habitación del joven. Hizo derribar un tabique y, de ese modo, venía a ocupar un espacio equivalente a la mitad del segundo piso. Una cama pequeña de hierro perdíase en un rincón, detrás de una mampara medio destrozada. Adosados a la pared y colocados en estantes de madera blanca, figuraban alineados un millar de volúmenes, libros clásicos, obras descabaladas, descubiertas en el fondo de un granero de Caen y traídas luego a Bonneville. Cerca de la ventana, un viejo armario normando, inmenso, estaba desbordante de una maraña de objetos extraordinarios, muestras de mineralogía, herramientas inservibles, juguetes destripados. Y, además, hallábase allí el piano, coronado por un par de floretes y una careta de esgrima, sin contar el enorme tablero de en medio, una antigua mesa de dibujo muy alta, sembrada de papeles, estampas, potes de tabaco, pipas; y en la que resultaba difícil encontrar un espacio ancho como la mano para poder escribir.

Pauline, solapada en medio de todo aquel desorden, se encontraba a sus anchas. Estuvo un mes explorando la pieza; y cada día realizaba nuevos descubrimientos, un Robinson con láminas, encontrado en la biblioteca, un polichinela perdido debajo del armario. Tan pronto salía del lecho, saltaba de su alcoba a la habitación de su primo y

se instalaba para volver a subir después del mediodía; vivía prácticamente allí. Desde el primer día, Lazare la había aceptado como si se tratara de un muchacho, de un hermanito menor, nueve años más joven que él, pero tan alegre, tan divertido y gracioso, con sus grandes e inteligentes ojos, que ninguna molestia entrañaba para él, pues seguía fumando su pipa, leía medio tumbado sobre una silla con los pies en alto, y escribía interminables cartas en las que dejaba deslizar algún que otro florilegio. Sólo que, en muchas ocasiones, el camarada venía a comportarse con una turbulencia terrible. Bruscamente trepaba sobre la mesa o bien pasaba de un salto a través de la mampara rota. Una mañana, cuando volvió la cabeza, sin haberla oído, se quedó estupefacto al ver su rostro cubierto con la careta de esgrima y un florete en la mano, saludando al vacío. Y si le gritaba entonces que se estuviera quieta, si la amenazaba con echarla, aquello terminaba de ordinario en espantosas peleas entre los dos y dando saltos como si fueran cabras por en medio de la desordenada alcoba. Ella se le echaba al cuello y entonces él la hacía girar como si fuera una peonza, con las faldas al vuelo; en tales circunstancias él mismo se convertía en un rapazuelo y ambos se reían con la misma ingenuidad infantil.

Enseguida, el piano constituyó para ellos motivo de distracción. El instrumento databa del año 1810; era un viejo piano de Erard, sobre el que, en otros tiempos, la señorita Eugénie de la Vignière había dado quince años de lecciones. En la caja de madera de caoba, despojada ya del barniz, las cuerdas suspiraban lejanos sonidos de velada dulzura. Lazare, que no había podido conseguir de su madre un piano nuevo, tocaba en él con todas sus fuerzas, sin conseguir, no obstante, del instrumento las sonoridades románticas que le zumbaban el cráneo; y había adquirido el hábito de reforzar él mismo tales sonidos con otros bucales, para llegar así a producir el efecto perseguido. Su pasión por la música le hizo abusar muy pronto de la complacencia de Pauline; tenía en ella un auditor y desarrollaba su repertorio durante tardes enteras: tratábase siempre de las obras más complicadas que tenía de música, sobre todo las partituras, discutidas entonces, de Berlioz y de Wagner. Y se ponía a soltar mugidos, acabando por actuar tanto con la garganta como con los dedos. Durante las jornadas aquellas, la criatura se aburría mucho, pero permanecía, sin embargo, tranquila escuchándole, por miedo a entristecer a su primo.

A veces les sorprendía el crepúsculo. Entonces, Lazare, aturdido por los ritmos, contaba sus grandes sueños. También él llegaría a ser un músico genial, pese a su madre, pese a todos. En el instituto de Caen tuvo un profesor de violín, que asombrado de su inteligencia musical, le predijo un glorioso futuro. Obrando a escondidas consiguió que le dieran lecciones de composición, ahora se las ingeniaba solo, y tenía concebido ya, en una idea vaga, el proyecto de una sinfonía sobre el Paraíso terrenal; incluso tenía compuesto un trozo, Adán y Eva expulsados por los Ángeles; una marcha de carácter solemne y doloroso que se prestó a tocar una tarde

delante de Pauline. La niña daba su aprobación a la obra, la encontraba muy bien. Luego, se dedicaba a discutir con él. Indudablemente debía experimentar un gran placer componiendo una música tan hermosa; pero quizás hubiera resultado más cuerdo obedecer a sus padres, que querían hacer de él un prefecto o un juez. La casa estaba desolada con aquella disputa entre la madre y el hijo, éste hablando de irse a París para presentarse en el Conservatorio, y ella dándole de plazo hasta el mes de octubre para escoger una carrera de hombre decente. Y Pauline apoyaba el proyecto de su tía, a quien anunció, con aire tranquilo y convencido a la vez, que ella se encargaría de que su primo tomara una decisión. La discusión entre ellos sobre este asunto, constituía motivo de risa; Lazare, furioso, acabó sin embargo por cerrar el piano con violencia, gritando que ella sólo era una «sucua burguesa».

Estuvieron sin embargo enfadados durante tres días, pero luego hicieron las paces. Para que se aficionase a la música, se le había metido en la cabeza enseñarle a tocar el piano. Le ponía los dedos sobre las teclas y la tenía horas y horas haciendo escalas. Pero, decididamente, le sacaba de quicio la falta de entusiasmo que mostraba Pauline. Sólo buscaba reír y encontraba de lo más divertido pasear a lo largo del teclado a la Minouche, cuyas patitas ejecutaban unas sinfonías bárbaras; asegurando además la chiquilla que lo que la gata tocaba era la famosa expulsión del Paraíso terrenal, lo que motivaba el regocijo del propio autor. Se reanudaron entonces las grandes partidas, ella le saltaba al cuello y él la hacía dar vueltas; en tanto que la Minouche, entrando a tomar parte del baile, saltaba desde la mesa hasta el armario. Por lo que se refiere a Mathieu, no tenía entrada allí, sus juegos eran demasiado brutales.

—¡Hagamos las paces, asquerosa burguesita! —repitió un día Lazare, exasperado—. Si quiere, mamá te enseñará a tocar el piano.

—Esa música tuya no sirve para nada —le contestó valientemente Pauline—. Yo, en tu lugar, me haría médico.

Él, por su parte, la contemplaba indignado. ¡Médico a estas alturas! ¿De dónde habría sacado aquello? Su exaltación iba en aumento, para hundirse en su propia pasión con una impetuosidad que parecía querer arrastrarlo todo.

—Escucha —le gritó el joven—, ¡si se me impide ser músico, me mato!

El verano había completado la convalecencia de Chanteau y Pauline pudo seguir a Lazare cuando éste salía de casa. La espaciosa habitación quedó desamparada, y su camaradería marchó entonces a galope en alocadas carreras. Por espacio de algunos días se contentaron con trajinar por la terraza donde vegetaban manojos de tamariscos, quemados por los vientos del mar; luego, invadieron el patio, rompieron la cadena de la cisterna, ahuyentaron la docena de escuálidas aves que vivían de los saltamontes, se ocultaron en la cuadra y en la cochera vacía, cuyas paredes se estaban desconchando; más adelante se adentraron por el huerto, un terreno seco que Véronique labraba como un campesino, y en el que había cuatro bancales sembrados

de legumbres nudosas, plantados de perales con muñones en sus troncos, inclinados todos en la misma dirección por las borrascas del noroeste; y fue partiendo de allí, tras empujar una puertecita, como se encontraron en los acantilados, con el cielo al descubierto, frente a la inmensidad del mar. Pauline había conservado su enorme y apasionada curiosidad por conocer aquella inmensa extensión de agua, tan pura y tranquila en aquellos momentos, a la clara luz solar del mes de julio. Siempre era el mismo mar que ella contemplaba desde cada una de las habitaciones de la casa. Pero aún no se había acercado para contemplarlo a pocos pasos, y comenzó una nueva vida cuando de pronto se halló libre, junto a Lazare, entre la soledad viviente de las playas.

¡Qué magníficas escapadas! La señora Chanteau refunfuñaba, quería que no salieran de la finca, a pesar de la confianza que le inspiraba el sentido común de la pequeña. Por eso no atravesaban jamás el patio, por donde Véronique les hubiera visto salir; se escurrían por el huerto y desaparecían hasta por la noche. Muy pronto, sin embargo, los paseos alrededor de la iglesia, los rincones del cementerio, al abrigo de los tejos, las cuatro lechugas del cura, acabaron por aburrirles solemnemente; y recorrieron entonces del mismo modo todo Bonneville, las treinta casas pegadas a la roca, el banco de guijarros donde los pescadores varaban sus barcas. Y lo que les resultaba más divertido, era, durante la bajamar, irse muy lejos por debajo de los acantilados: caminaban sobre una arena que no podía ser más fina, espantando a los cangrejos; saltaban de roca en roca por entre las algas, para evitar los arroyuelos de un agua limpiísima, llenos de un continuo trasiego de quisquillas; sin hablar de la pesca, de los mejillones comidos sin pan y crudos del todo, de extraños animalitos que se llevaban envueltos en un pañuelo, de los repentinos hallazgos, una platija extraviada, un pequeño bogavante al que oían en el fondo de un agujero. La mar iba creciendo; a veces se dejaban sorprender, y entonces jugaban al naufragio, refugiados sobre cualquier arrecife, en espera de que el agua tuviera a bien retirarse. Estaban entusiasmados, volvían mojados hasta los hombros, con los cabellos a merced del viento, tan hechos a aquel aire impregnado de sal, que se lamentaban de ahogar la noche bajo la lámpara.

Pero su verdadero gozo consistió en bañarse. La playa era demasiado rocosa para atraer a las familias de Caen y de Bayeux. Y así como, cada año, los acantilados de Arromanches se cubrían de nuevos chalets, ni un solo bañista aparecía por Bonneville. Habían descubierto, a un kilómetro del pueblecito, por el lado de Port-en-Bessin, un rincón adorable, una pequeña bahía hundida entre dos pendientes de rocas, e integrada toda ella por una arena fina y dorada. La designaron con el nombre de Bahía del Tesoro, a causa de su oleaje solitario que semejaba hacer rodar monedas de veinte francos. Encontrábanse allí como en su casa; se desnudaban sin sentir vergüenza alguna. Llegado ese momento, él continuaba hablando y medio se volvía para abotonar su traje de baño; en cuanto a ella, en un instante, en un momento tenía en la

boca la corredera de su camisa, y luego aparecía con un cinturón de lana apretado a las caderas, lo mismo que un muchacho. En ocho días la enseñó a nadar: progresaba en esto más que con el piano, con una bravura que motivaba con frecuencia que hubiera de tragarse agua del mar. Toda su juventud reía en aquel áspero frescor, cuando una ola más fuerte que las otras les volcaba al uno contra el otro. Salían del agua relucientes de sal y secaban al viento sus desnudos brazos, sin cesar en sus atrevidos juegos de rapazuelos. Aquello era más divertido aún que la pesca.

Pasaron los días, habían llegado a las primeras jornadas de agosto, y Lazare no tomaba ninguna decisión. En octubre, Pauline debía entrar en un pensionado de Bayeux. Cuando el mar les adormecía, sumiéndoles en una feliz laxitud, echados sobre la arena hablaban de sus asuntos, muy razonablemente. Acababa la niña haciendo que el muchacho se interesase por la medicina; explicándole que si ella fuese un hombre, lo que encontraría más sugestivo sería poder curar a todo el mundo. Desde hacía precisamente una semana, el Paraíso terrenal iba de mal en peor; empezaba a dudar de su genio. Lo cierto era que habían existido verdaderas glorias médicas, cuyos nombres acudían a su memoria: Hipócrates, Ambroise Paré y tantos otros. Una tarde, sin embargo, empezó a dar gritos de gozo, diciendo haber dado con su obra maestra: lo del Paraíso resultaba estúpido, todo aquel trabajo había que rasgarlo; ahora estaba escribiendo la sinfonía del Dolor, una página donde iba anotando, en sublimes armonías la desesperada queja de la Humanidad doliente prorrumpiendo en sollozos bajo el Cielo; y utilizaba al efecto su marcha de Adán y Eva, que convertía tranquilamente en marcha de la Muerte. Durante ocho días, su entusiasmo fue aumentando de hora en hora, pretendiendo resumir el universo en su plan. Transcurrió otra semana, y su amiga quedó atónita, una tarde, al oírle decir que a pesar de todo iría gustoso a estudiar medicina en París. Su sueño era que obrando así, estaba más cerca del Conservatorio: empezaría por trasladarse a la capital, luego ya vería. Su decisión significó un gran contento para la señora Chanteau. Había preferido, claro está, ver a su hijo en la administración o en la magistratura; pero los médicos eran al menos gentes honorables y ganaban además mucho dinero.

—¿No serás acaso una pequeña hada? —dijo la señora abrazando a Pauline—. ¡Ah!, queridita, ¡qué bien sabes recompensarnos por haberte dado acogida entre nosotros!

Todo fue calculado. Lazare partiría el primero de octubre. Y fue entonces, en septiembre, cuando las escapadas dieron nuevamente comienzo con más brío aún si cabe; los dos camaradas querían terminar dignamente su hermosa vida de libertad. Y hasta que llegaba la noche, quedaban abstraídos sobre la arena en la Bahía del Tesoro.

Una tarde, a última hora, echados el uno junto al otro, se dedicaron a observar cómo iban punteando las estrellas, cual si fueran perlas de fuego en un cielo que palidecía progresivamente. Ella, muy seria, estaba afectada por la tranquila admiración

propia de una niña en perfecto estado de salud. Él, en cambio, febril desde que se dispuso a partir, abría y cerraba nerviosamente los párpados, en medio de sobresaltos de su voluntad que le llevaban sin cesar a la concepción de nuevos proyectos.

—Qué hermosas son las estrellas —dijo ella con gravedad, después de un prolongado silencio.

El muchacho, por su parte, dejó que el silencio volviera a imperar. Su regocijo no parecía ser tan claro y evidente, un cierto malestar interno turbaba sus ojos abiertos de par en par. En el cielo, el hormigueo de los astros crecía de minuto en minuto, cual si fueran fragmentos de brasas lanzados a través del infinito.

—Tú no has aprendido todavía lo que significa todo eso —murmuró al fin—. Cada estrella es un sol, alrededor del cual dan vueltas astros como la tierra; se cuentan por miles de millones, y detrás de ellas, siempre hay otras y después otras...

Se calló para continuar diciendo luego en un tono de voz que parecía velar un tremendo escalofrío:

—A mí no me gusta contemplarlas... Se trata de algo que me inspira miedo.

El mar, que empezaba a subir, tenía como un lamento lejano, semejante a la desesperación de una muchedumbre llorando su miseria. Sobre el inmenso horizonte, negro ya, llameaba la polvareda volante de los mundos. Y, en aquella queja de la tierra aplastada bajo el número infinito de estrellas, la niña creyó oír cerca de sí un rumor de sollozos.

—¿Qué es lo que te ocurre?, ¿te encuentras enfermo?

El joven no respondía, sollozaba; cubriéndose la cara con sus manos violentamente crespas, como para no ver. Y cuando ya pudo hablar, balbuceó:

—¡Oh! ¡Morir, morir!

Pauline conservó de aquella escena un recuerdo sorprendente. Lazare se había puesto de pie haciendo un penoso esfuerzo; regresaron a Bonneville en plena oscuridad, las olas alcanzaban sus pies; y ni el uno ni la otra supieron decirse nada. Ella le contemplaba caminar delante suyo, le parecía como si hubiera disminuido de estatura, encorvado bajo la fuerza del viento que soplaba del oeste.

Aquella noche, una recién llegada les esperaba en el comedor conversando con Chanteau. Desde hacía una semana se esperaba de un momento a otro a Louise, niñita de once años y medio que solía pasar anualmente una quincena en Bonneville. Pero, en dos ocasiones, había resultado inútil el intento de ir a esperarla a Arromanches; y ahora se dejaba caer por allí de repente, la noche en que nadie pensaba para nada en ella. La madre de Louise había muerto en brazos de la señora Chanteau, encomendándole a su hija. El padre, señor Thibaudier, un banquero de Caen, se había vuelto a casar seis meses después y tenía ya tres hijos. Absorbido por su nueva familia, con la cabeza torturada por los números, dejaba a la pequeña en pensión y se desembarazaba de ella gustosamente cuando, llegadas las vacaciones, podía enviarla

a casa de algún amigo. Por lo general, ni siquiera se molestaba él personalmente, y por ello, en aquella ocasión había sido un criado el que acompañara también a la señorita, después de ocho días de retraso. ¡Era tanto el ajetreo que llevaba el señor! Y el criado regresó enseguida, diciendo que el señor haría lo posible para venir en persona a recoger a la señorita.

—¡Acércate, Lazare! —gritó Chanteau—. ¡Ya llegó, está aquí!

Louise, sonriente, besó al joven en las dos mejillas. Se conocían poco sin embargo; ella siempre enclaustrada en su pensionado, y él, apenas si hacía un año que saliera del instituto. Su amistad databa escasamente de las últimas vacaciones; y aún así la había tratado un poco ceremoniosamente, presintiéndola ya coqueta y desdeñosa para con los juegos de la infancia.

—Y tú, Pauline, ¿no le das un abrazo? —dijo la señora Chanteau, que entraba en aquellos momentos—. Es mayor, tiene dieciocho meses más que tú... Tenéis que quererlos; me proporcionaréis con ello una gran alegría.

Pauline contemplaba a Louise, fina y delgada, con una cara de facciones irregulares, pero de un gran encanto, y provista de hermosos cabellos rubios, unidos y rizados como los de una dama. Pauline había palidecido al ver como se echaba al cuello de Lazare. Y, cuando la otra le hubo abrazado a su vez con regocijo, ella le devolvió el beso con labios temblorosos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó su tía—. ¿Tienes frío?

—Sí, un poco, el viento no es precisamente caliente —dijo ella, sonrojada por la mentira.

Una vez sentada a la mesa, no probó bocado. No quitaba los ojos de los comensales, y adquirirían ellos un tono negro de animal bravío, en cuanto su primo, el tío o la misma Véronique, prestaban de algún modo atención a Louise. Y parecía sentirse ya con fuerzas bastantes para soportarlo todo, cuando Mathieu, al llegar los postres, hizo su ronda habitual yendo a colocar su gruesa cabeza sobre la rodilla de la recién llegada. Fue en vano que Pauline le llamara, pues el perro no abandonaba a esta última, que no cesaba de atiborrarle de azúcar.

Todos se levantaron y Pauline había desaparecido de allí, cuando Véronique, que estaba desembarazando la mesa, volvió de la cocina con aire de triunfo, diciendo:

—¡Ah!, ¿no dice la señora que le parece tan buena su Pauline?... Asómese al patio y vea lo que está ocurriendo.

Todo el mundo, entonces, se fue hacia allí. Escondida detrás de la cochera, la niña aguantaba a Mathieu arrimado contra el muro y, fuera de sí, impulsada por un loco arrebatado de salvajismo, golpeaba la cabeza del perro con toda la fuerza de sus menudos puños. El animal, aturdido, sin dar muestras de querer defenderse, inclinaba el cuello. Precipitáronse los presentes, pero ella seguía golpeándole y fue preciso

llevársela, tiesa, medio desmayada, tan enferma, al parecer, que hubo que acostarla enseguida; la tía se pasó buena parte de la noche a su lado.

—Muy graciosa, muy linda —repetía Véronique, encantada de haber encontrado por fin un defecto a la criatura.

—Ahora recuerdo que ya me habían hablado en París de sus reacciones coléricas —decía la señora Chanteau—. Por lo visto es celosa; cosa muy fea por cierto... En los seis meses que lleva aquí, ya tuve ocasión de observar ciertos pequeños detalles; pero, realmente, pegar a ese perro, sobrepasa desde luego la medida.

Al día siguiente, cuando Pauline se encontró a Mathieu, le estrechó entre sus temblorosos brazos y le besó en el hocico en medio de una oleada tal de lágrimas, que temieron se reanudara la crisis. Lo ocurrido, sin embargo, no había de servirle de escarmiento, se trataba de un impulso, de una reacción interna que le hacía remontar al cerebro toda la sangre de sus venas. Parecía como si esas reacciones violentas de celos le provinieran de lejos, de algún abuelo materno, es decir, por encima del bello y equilibrado temperamento de su madre y de su padre, de los que, bajo otros aspectos resultaba una imagen viva. Y como, para los diez años que tenía, era extraordinario su sentido lógico, ella misma explicaba que hacía por su parte lo imposible para luchar contra tales impulsos de cólera, pero que sus esfuerzos siempre resultaban inútiles. A renglón seguido, se quedaba triste como quien sufre un mal del que hay que avergonzarse.

—Si la quiero tanto, como usted sabe, ¿por qué dedica su cariño a otras? —respondió la criatura ocultando su cabeza entre los hombros de la tía, dedicada a sermonearla en la alcoba.

Sin embargo, y a pesar de sus propios esfuerzos, Pauline sufrió mucho con la presencia de Louise en aquella casa. Desde que anunciaron su llegada, estuvo esperando con inquieta curiosidad, y ahora se dedicaba a contar los días que faltaban con el deseo impaciente de que se marchara de una vez todo lo cual no era óbice para que la figura de Louise la sedujera, no sólo por su buen porte, sino como señorita inteligente, de una gracia ingenua de criatura poco mimada en su casa; pero, cuando Lazare se hallaba delante, esa misma seducción de mujercita y ese despertar que produce lo desconocido, era, por supuesto, lo que turbaba e irritaba a Pauline. Sin embargo, el joven trataba a esta última como preferida; bromeaba, en cambio con la otra, diciendo que le agobiaba con sus solemnes empaques y hablaba incluso de dejarla sola para que así hiciera mejor su parodia de gran señora, quedando libre para irse más lejos a jugar a sus anchas. Los juegos violentos habían sido abandonados; se dedicaban más bien a contemplar estampas en la habitación o a pasear simplemente por la playa, con pausa y reposo.

Fueron dos semanas, en suma, absolutamente perdidas.

Una mañana, Lazare manifestó que adelantaba su salida en cinco días. Deseaba instalarse en París y tenía que encontrarse allí con uno de sus antiguos camaradas de Caen. Y Pauline a quien la sola idea de aquella marcha desesperaba desde hacía un mes, apoyó sin embargo vivamente la nueva determinación de su primo, ayudando a su tía a hacer la maleta con una actividad no exenta de gozo. Luego, cuando el tío Malivoire hubo conducido a Lazare en su vieja berlina, la chiquita corrió enseguida a encerrarse en el fondo de su alcoba, donde estuvo llorando largo rato. Por la noche se mostró muy amable con Louise; y los ocho días que aún pasó ésta en Bonneville, fueron realmente encantadores. Cuando el criado de su padre vino a recogerla, diciendo que el señor no había podido abandonar su banca, las dos amiguitas se echaron la una en brazos de la otra y juraron seguir queriéndose siempre.

Entonces, lenta y parsimoniosamente, transcurrió un año. La señora Chanteau había cambiado de modo de pensar: en lugar de enviar a Pauline a que hiciera vida de pensión prefirió conservarla a su lado, movida sobre todo por las quejas de su marido, que no podía pasar sin la niña, aunque desde luego no confesara nunca semejante razón egoísta, y hablase más bien de su deseo de instruirla personalmente; decía sentirse rejuvenecer ante la idea de consagrarse de nuevo a la enseñanza. Añadía a este respecto que, estando a toda pensión, oyen muchas veces inconveniencias; lo que ella se proponía era poder responder en todo momento de la perfecta inocencia de su alumna. Consiguióse encontrar, en el fondo de la biblioteca de Lazare, una Gramática, una Aritmética, un tratado de Historia, e incluso un Resumen de la Mitología; y la señora Chanteau volvió a tener entre sus manos la palmeta, una sola lección diaria, dictados, problemas y recitados. La espaciosa alcoba del primo fue transformada en sala de estudios; Pauline tuvo que consagrarse de nuevo al piano, sin contar con las reglas de buena compostura en cuyos severos principios la fue adiestrando, para corregir así sus gestos y andares de muchacho; por lo demás la niña se mostraba dócil e inteligente, ponía empeño en aprender, incluso cuando la materia objeto de estudio la repugnaba. Un solo libro la tenía aburrída, el catecismo. Aún no había llegado a comprender por qué su tía se molestaba el domingo llevándola a misa. ¿Por qué ese empeño? En París jamás la llevaban a Saint-Eustache, a pesar de que se encontraba cerca de la casa. Las ideas abstractas no entraban más que muy difícilmente en su cerebro; y su tía tuvo que explicarle entonces que una señorita bien educada no podía, estando en el campo, dejar de dar buen ejemplo, mostrándose cortés con el párroco. Ella misma no había tenido nunca más que una religión de conveniencias, que formaba parte de su buena crianza, por la misma causa o razón que los buenos modales.

El mar, entretanto, batía dos veces por día Bonneville con el eterno balanceo de su marea, y Pauline iba haciéndose mayor frente al espectáculo que entrañaba aquel inmenso horizonte. Como ya no tenía a su disposición un camarada, no se dedicó más

a jugar. Cuando se hubo cansado de trotar alrededor de la terraza con Mathieu, o de pasear por el fondo del huerto con la Minouche, su único recreo consistía en contemplar el mar, siempre viviente, lívido en los oscuros días de diciembre, de un verde delicado y cambiante en los primeros soles de mayo. El año resultó por lo demás dichoso, la felicidad que su llegada parecía haber traído a la casa, se vio redondeada más aún por un envío inesperado de cinco mil francos que Davoine hizo a los Chanteau, para evitar la ruptura con que éstos le amenazaban. Muy escrupulosamente, la tía iba cada trimestre a percibir en Caen las rentas de Pauline, descontaba sus gastos y el importe de la pensión acordada por el consejo de familia y luego, con el resto, compraba nuevos títulos. Y al regresar, ponía especial interés en que la pequeña le acompañase a su alcoba, donde abriendo el famoso cajón del mueble escritorio le decía cada vez:

—Ya lo estás viendo, pongo estos títulos con los otros... Aumenta el montón, ¿no es eso? No padezcas, aquí lo encontrarás todo, no te faltará ni un céntimo.

En agosto, Lazare se dejó caer por allí una buena mañana, trayéndoles la buena noticia de un completo éxito en su examen de fin de curso. No había de llegar hasta una semana más tarde, pero quiso sorprender a su madre. El gozo que produjo su presencia fue enorme. En las cartas que escribía cada quincena había dejado traslucir una creciente pasión por la medicina. Cuando se asentó de nuevo entre ellos, pareció a todos que estaba absolutamente cambiado; ya no hablaba de música y acabó por aburrirles con incesantes historias sobre sus profesores y sus disertaciones científicas a propósito de todo, de los platos que servían o del viento que soplabla. Una nueva fiebre se había apoderado de él; entregado por entero, fogosamente, a la idea de llegar a ser un médico de genio, cuya aparición vendría a trastornar a las gentes.

Pauline, sobre todo, después de haberle saltado al cuello como rapaza que aún no disimula en absoluto sus íntimas ternuras, estaba sorprendida ante el cambio operado en su persona; le parecía sencillamente otro. Y casi le entristecía que fuera así, que no hablase de música, por lo menos un poco, aunque sólo fuera a título de recreo. ¿Podíase en verdad dejar de amar una cosa, si se la había querido tanto? Cuando ella le preguntó sobre su sinfonía, el muchacho se puso a bromear, diciéndole que todo aquello había terminado definitivamente y que no volvería a ocurrírsele pensar en sandeces; y ella, entonces, se sintió profundamente triste. Parecióle luego que le notaba violento cuando se hallaban frente a frente y se ponía el chico a reír con gesto de malicia, dejando entrever en su mirada y en sus modos, diez meses de una existencia que no resultaba posible contar a una niña. Él mismo había vaciado personalmente su maleta, para poder ocultar sus libros, novelas, volúmenes de ciencia plagados de grabados. Ya no la hacía dar vueltas como una peonza, con las faldas al aire, y se sentía desconcertado a veces cuando ella se empeñaba a entrar y permanecer a todas horas en su habitación. Sin embargo, la niña apenas si había

llegado al desarrollo, y cuando miraba al muchacho lo hacía con ojos puros e inocentes; y así fue como, al cabo de una semana, su camaradería de muchachos quedó reanudada. La ruda brisa del mar le despojaba de los olores del barrio latino; volvía a sentirse niño con aquella chicuela rebotante de salud y de sonora alegría. Reanudaron su vida anterior, todo volvió a empezar como si nada, los juegos alrededor de la gran mesa, las correrías acompañadas de Mathieu y la Minouche en el fondo del huerto, las locas carreras hasta la Bahía del Tesoro, y los cándidos baños bajo el sol, entre la desbordante alegría de las camisas que se agitaban sobre sus piernas como banderas. Precisamente aquel año, Louise, llegada en mayo a Bonneville, había ido a pasar sus vacaciones cerca de Rouen, en casa de otros amigos. Transcurrieron dos adorables meses y ni el menor enojo vino a entorpecer su amistad.

En octubre, el día en que Lazare hubo de arreglar su maleta, Pauline estuvo contemplando cómo amontonaba los libros que se había traído y que estuvieron encerrados en el armario, sin que ni siquiera le pasara por la cabeza abrir uno solo de ellos.

—¿Te los vuelves a llevar, entonces? —preguntó ella con aire desolado.

—Sin duda alguna —respondió el muchacho—. Los necesito para mis estudios... ¡Ah, caramba! ¡Cómo pienso trabajar! Hace falta que dé el golpe.

Una paz de muerte volvió a reinar sobre la casita de Bonneville; los días fueron pasando con monótona uniformidad, trayendo consigo los también cotidianos hábitos, frente al eterno ritmo del océano. Aquel año, sin embargo, en la vida de Pauline tuvo lugar un hecho que dejó señal. Hizo su primera comunión en el mes de junio, a la edad de doce años y medio. Lentamente, la religión se había ido apoderando de ella, una religión seria, superior a las respuestas del catecismo, que seguía recitando sin comprender su alcance. En su joven pero sesuda cabeza, acabó por concebir de Dios la idea de un maestro muy poderoso, muy sabio, que todo lo dirigía, de modo y forma que todo transcurriese en la tierra según las normas de la justicia; y esta concepción simplista le resultaba suficiente para entenderlas con el abate Horteur. Éste, hijo de campesinos de duro cráneo en el que sólo la letra de sus estudios había conseguido penetrar, tuvo por lo mismo que contentarse con atender a las prácticas externas y al buen orden exigido por una discreta devoción. Por lo que se refiere a su persona, sabía cuidar de su salvación y en cuanto pudiera afectar a sus feligreses, si se condenaban ¡tanto peor para ellos! Durante quince años estuvo tratando de asustarles, sin tener éxito en su empeño, y sólo les pedía ya que tuvieran la delicadeza de subir a la iglesia, los días correspondientes a las grandes solemnidades. Todo Bonneville subía en efecto, obedeciendo a las reminiscencias de un hábito y a pesar del ambiente de pecado en que se pudría el pueblecito. Su indiferencia por la salud moral de los demás resultaba una realidad patente en él, que bien hubiera podido llamarse sacerdote de la tolerancia. Cada sábado iba a jugar a las damas con Chanteau, y ello a pesar de que el

alcalde, con la excusa de su gota, jamás había puesto los pies en la iglesia. La señora Chanteau, por lo demás, hacía lo que era menester, asistiendo regularmente a misa y llevando a Pauline con ella. Y ese gran simplismo del sacerdote era precisamente lo que, poco a poco, iba seduciendo a la niña. En París había visto tratar a los curas con mayor desprecio. Pero éste, situado al borde del mar, le parecía realmente un hombre bueno y decidido, con sus gruesos zapatos, la nuca quemada por el sol, sus andares y su lenguaje de colono pobre. Una circunstancia había contribuido esencialmente a que lograra captarse a la gente: el abate Horteur era un apasionado fumador; fumaba en una gruesa pipa de espuma, aunque tuviera sus escrúpulos al respecto, por lo que iba a refugiarse en el fondo del jardín cuando llegaba el caso, permaneciendo allí solo, en medio de sus lechugas; y aquella pipa que tanto procuraba disimular, lleno de turbación, cuando iban a sorprenderle, conmovía mucho a la pequeña sin que ella misma hubiera sabido decir por qué. Hizo su primera comunión con mucha seriedad, en compañía de otras dos chiquitas y de un rapazuelo del pueblo. Por la noche, cuando estaba cenando en casa de los Chanteau, manifestó el cura que jamás había tenido ocasión de ver, en Bonneville, una comulgante que se comportara con mayor unción ante el altar.

Resultó el año menos bueno de lo previsto; el alza de precio que desde hacía tanto tiempo esperaba Davoine que se produjera con relación a los pinos abeto, no llegó a producirse; y eran malas noticias las que llegaban de Caen: se insistía en que, a fuerza de vender perdiendo, el negocio caminaba fatalmente hacia una catástrofe. La familia hubo de vivir en forma mezquina, los tres mil francos de renta llegaban muy justo para cubrir las estrictas necesidades de la casa, teniendo que recortar las más elementales provisiones. La gran preocupación de la señora Chanteau era Lazare, del que recibía cartas que luego ocultaba cuidadosamente. Parecía encaminarse mal, no hacía más que agobiar a la madre con sus continuas demandas de dinero. En julio, con ocasión de ir a cobrar las rentas de Pauline, cayó violentamente y de improviso en casa de Davoine; dos mil francos, entregados ya por él habían pasado a manos del joven; y aún consiguió arrancarle mil francos más, que inmediatamente envió a París. La escribía Lazare que no le resultaba posible ir por allí, si antes no pagaba sus deudas.

Estuvieron esperándole durante toda una semana; pero cada día llegaba una carta retrasando su llegada hasta el siguiente. Su madre y Pauline salieron a su encuentro, alargándose hasta Verchemont. Se cruzaron abrazos en plena carretera, y se adentraron en el polvo, seguidos por el coche vacío, que sólo llevaba la maleta. Pero aquel retorno al ambiente familiar significó menos regocijo que la sorpresa triunfal del año precedente. Había sido suspendido en su examen del mes de julio y estaba que trinaba contra los profesores; toda la velada se la pasó despotricando contra ellos; unos auténticos y estúpidos asnos, de los que ya estaba hasta la coronilla, según él mismo decía. Al día siguiente, en presencia de Pauline, arrojó sus libros sobre un

estante del armario, diciendo airadamente que, por su parte, ya podían pudrirse allí. Aquel disgusto tan súbito tenía consternada a la niña; le escuchaba quejarse ferozmente contra la medicina, poniendo en duda que pudiera servir tan siquiera para curar un simple dolor de cabeza; y, un día en que ella estaba defendiendo a la ciencia, en un arranque de juventud y de fe, el resultado fue que la hizo sonrojar; hasta tal punto se estuvo mofando el muchacho de su ignorante entusiasmo. Por lo demás, no obstante dichas reacciones, el chico se resignaba incluso a ser médico; puesto que, en el fondo todo era broma y mentira, lo mismo daba una carrera que otra; nada le resultaba agradable en definitiva. Oyéndole, Pauline se indignaba ante aquellas nuevas ideas que arrastraba consigo. ¿Dónde habría aprendido todo aquello?; en libros perversos, desde luego; ella, sin embargo, no se atrevía a discutirle nada, acobardada como estaba por su ignorancia supina aunque se sintiera a disgusto ante la continua broma que le hacía el primo, que afectaba además no poder contarle ciertas cosas. Y así fueron transcurriendo las vacaciones, entre constantes bromas, muchas veces suspicaces. En sus acostumbrados paseos, él, ahora, daba la impresión de aburrirse solemnemente; encontraba el mar tonto e inexpresivo, algo siempre igual; por aquel entonces y para matar el tiempo, se había puesto a escribir versos; componía sonetos sobre el mar, de un cuidado estilo y rimas muy sustanciosas. Se negó a bañarse, decía haber descubierto que los baños fríos eran contrarios a su naturaleza y temperamento; es decir, que a pesar de su postura negativa respecto de la medicina, expresaba opiniones tajantes al respecto; condenaba o salvaba a las gentes con una sola palabra. Hacia mediados de septiembre, cuando estaba a punto de llegar Louise, habló repentinamente de volverse a París, pretextando tener que preparar su examen; las dos muchachitas le importunaron a más no poder, queriendo lanzarse un mes antes a la vida de la capital. Pauline fue mostrando mayor dulzura a medida que él iba sintiéndose afligido. Cuando se mostraba brusco y parecía regocijarse desesperándola, ella entonces le contemplaba con ojos tiernos y valiéndose de las mismas risitas que empleaba para calmar a Chanteau, cuando éste bramaba en la angustia de un ataque. Para Pauline su primo debía forzosamente estar enfermo; contemplaba la vida bajo el mismo prisma que los viejos.

La víspera de su partida, parecía Lazare experimentar un tal gozo en dejar Bonneville, que Pauline estalló en sollozos.

—¡Estoy comprobando que ya no me quieres!

—¡Si serás tonta! ¿No es preciso acaso que siga mi camino?... ¡Toda una jovencita lloriqueando!

Oyéndole, Pauline recobraba su valor; volvía a sonreír.

—Estudia a fondo este año, para que así puedas volver contento.

—¡Oh! Es inútil trabajar tanto. ¡El examen era una auténtica estupidez! Y conste que, si no salí bien de la prueba, fue simplemente porque no valía la pena de

empeñarse en ello. Quiero arrebatárselos el título porque mi falta de fortuna me impide vivir con los brazos cruzados, que es la única cosa inteligente que un hombre puede hacer.

Desde los primeros días de octubre, cuando ya Louise hubo regresado a Caen, Pauline se entregó de nuevo a sus lecciones con la tía. El curso correspondiente al tercer año iba a referirse esencialmente a la Historia de Francia simplificada y a la Mitología al uso de los jóvenes; enseñanza superior que había de permitirle comprender los cuadros de los museos. Pero la niña, que tan aplicada se mostró el año precedente, parecía ahora tener la cabeza más pesada: se dormía a veces haciendo sus deberes, repentinos acaloramientos turbaban su rostro. Una loca crisis de cólera contra Véronique, que no la quería en absoluto, según ella misma dijera, la había obligado a guardar cama durante dos días. Notaba además y en sí misma, alteraciones que la turbaban, algo así como un lento desarrollo de su cuerpo, nacientes redondeces, obstructivas y dolorosas, sombras negras de la suavidad y ligereza de una pelusilla, en el sitio más oculto y delicado de su piel. Cuando se analizaba a sí misma con mirada furtiva, por la noche, al ir a acostarse, experimentaba un cierto malestar, una confusión, que la hacía apagar rápidamente la vela. Su voz adquiría una sonoridad que encontraba extremadamente fea; viéndose de aquella forma, no se gustaba a sí misma, pasando los días en una angustiosa espera, de no sabía qué, sin atreverse a hablar a nadie de semejantes cosas.

Finalmente, con la llegada de la Navidad, el estado de Pauline inquietó a la señora Chanteau. Se quejaba de vivos dolores en los riñones, una especie de molimiento general la consumía, surgieron accesos de fiebre. Cuando el doctor Cazenove, convertido en su gran amigo, la hubo interrogado, cogió luego aparte a la tía para aconsejarle que advirtiera a su sobrina del cambio que se estaba operando en ella. Era la ola de la pubertad que remontaba; y decía, además, haber observado, ante la hecatombe de aquella marea de sangre, caer a muchas jóvenes gravemente enfermas. La tía empezó poniendo obstáculos, juzgando exagerada la precaución y expresando su repugnancia respecto de semejantes confidencias: tenía ella como sistema de educación la ignorancia más completa, evitar las realidades embarazosas hasta que no se impusieran por sí mismas. Sin embargo, como el médico insistiera, prometió hablar a la sobrina, aunque nada hizo desde luego aquella noche y fuera aplazando luego, de día en día, el hacerlo. La niña no era precisamente miedosa; y, además, muchas pasaron por el mismo trance sin ser advertidas. Siempre estaría a tiempo de decirle simplemente que las cosas eran así, sin necesidad de exponerse por adelantado a preguntas y explicaciones inconvenientes.

Una mañana, en el momento en que la señora Chanteau abandonaba su alcoba, oyó quejas procedentes de la habitación de Pauline y subió muy inquieta a ver lo que pasaba. Sentada en medio del lecho, con las sábanas revueltas, la jovencita llamaba a

su tía con grito continuado y blanca de espanto; procuraba apartar su ensangrentada desnudez, y contemplaba lo que salía de ella, sobrecogida por un asombro cuyo impulso había acabado de repente con su valor habitual.

—¡Oh! ¡Querida tía, querida tía!

La señora Chanteau lo comprendió todo de un vistazo.

—Eso no es nada, cariño. Tranquilízate.

Pero Pauline, que no cesaba de contemplarse en su airada actitud de persona herida, ni siquiera la oía.

—¡Oh, tía querida, de repente me noté mojada, pero, ya lo ves, es sangre!... Se acabó todo, las sábanas están impregnadas.

Su voz se iba debilitando, le parecía como si sus venas se fueran vaciando a través de aquel rojo arroyuelo. Y entonces le vino a los labios el grito desesperado de su primo; aquel grito cuya significación no alcanzó entonces a comprender, ante el miedo que le inspirara el cielo sin límites:

«Todo se acabó, quiero morir».

En medio de su aturdimiento, la tía intentaba buscar palabras decentes y disimuladas con que expresarse; alguna mentira que la tranquilizara, en fin, sin contarle nada.

—Vamos a ver, ten serenidad, no te martirices; de veras que nada te ocurre, o ¿piensas que estaría tan tranquila si te creyera en peligro?... Puedo jurarte que ese trance les llega a todas las mujeres. Es algo así como sangrar por las narices...

—No, no, dices todo eso para tranquilizarme... Me siento morir, me siento morir.

Ya no hubo ocasión de calmarla. Cuando el doctor Cazenove llegó, temió que surgiera un ataque de fiebre cerebral. La señora Chanteau volvió a acostar a la jovencita, diciéndole que parecía mentira que no le avergonzara su miedo. Pasaron los días y la muchacha salió de su crisis, con el mayor asombro, soñando ahora con cosas nuevas y confusas, conservando oculta, no obstante, y en su fuero interno una pregunta, cuya respuesta la intrigaba.

Fue la semana siguiente cuando Pauline se reincorporó a su tarea y pareció apasionarse por la Mitología. Ya no había vuelto a bajar a la espaciosa habitación de Lazare, que seguía sirviéndole como sala de estudios; precisaba llamarla cada vez que iban a comer; y entonces aparecía, con la cabeza extraviada, entumecida por la inmovilidad. Pero el caso es que arriba, la Mitología quedaba en un rincón de la mesa, y era con las obras de medicina dejadas en el armario, como ella se pasaba las jornadas enteras con los ojos extremadamente abiertos por el deseo de llegar a saber y la frente cogida entre sus dos manos, que se iban quedando heladas por la propia aplicación. Lazare, en sus hermosos días de llameante ardor, había adquirido volúmenes que no le eran de ninguna utilidad inmediata, el *Traité de physiologie*, de Longuet, la *Anatomie descriptive*, de Cruveilhier; y eran precisamente esos dos los que

se habían quedado allí, al llevarse únicamente consigo los libros de trabajo. En cuanto su tía volvía la espalda, se apresuraba Pauline a sacarlos, para luego volver a ponerlos en su sitio al menor ruido que notaba, aunque siempre sin apresurarse, es decir, no como curiosa culpable, sino más bien como estudiosa cuyos padres fueran contrarios a su vocación. Al principio no había alcanzado a comprender nada, al chocar con palabras técnicas que la obligaban enseguida a buscar en el diccionario. Adivinando luego la necesidad de proceder con método, puso todo su empeño en la *Anatomie descriptive*, antes de pasar al *Traité de physiologie*. Y entonces fue cuando aquella niña de catorce años llegó a saber, como quien está haciendo unos deberes, lo que se oculta a las vírgenes hasta su misma noche de bodas. Ojeaba incesantemente las láminas de la *Anatomie*, aquellas soberbias láminas de un realismo sangrante; se detenía en cada uno de los órganos del cuerpo humano, penetrando en los más secretos, aquellos en los que se fundó la vergüenza del hombre y de la mujer; y ella, sin embargo, no sentía vergüenza alguna, aprendía, con toda seriedad, yendo de los órganos que engendran la vida a los que la regulan, alejada, y a salvo de las ideas carnales merced a su amor por la salud. El lento descubrimiento de la máquina humana la llenaba de admiración. Leía todo aquello con auténtica pasión; jamás los cuentos de hadas, ni *Robinson*, en otros tiempos, habían conseguido dilatar más su inteligencia. El *Traité de Physiologie*, constituyó a continuación algo así como el comentario de las láminas; nada quedó oculto en su mente. Y habiendo encontrado un *Manuel de pathologie et de clinique médicale*, descendió incluso hasta adentrarse en las enfermedades horribles y en los tratamientos de cada descomposición. Muchas cosas se escapaban a su capacidad de captación, pero eso sí, tenía la presciencia de lo que sería preciso saber para tranquilizar a los que sufren. Su corazón se quebrantaba por un profundo sentimiento de piedad; resurgía en ella su antiguo anhelo de saberlo todo, para poder así curarlo todo.

Y ahora sabía perfectamente Pauline por qué la oleada de sangre de su pubertad había brotado como un racimo maduro, aplastado en la vendimia. La aclaración de aquel misterio la convertía en un ser grave, lanzado en la marea de la vida que sentía invadirle. Conservaba la sorpresa experimentada y al mismo tiempo un cierto rencor por el silencio de su tía, por la completa ignorancia en que la había mantenido. ¿Por qué dejó que se asustara así?, eso no era justo, el saber no ocasionaba ningún daño.

Nada volvió a ocurrir por otra parte en el espacio de dos meses. Un día, sin embargo, le dijo la señora Chanteau:

—Si vuelves a encontrarte como en diciembre, ¡recuérdalo bien!, no te asustes, por lo menos... Será mejor para ti.

—Sí, ya sé —respondió tranquilamente la jovencita.

Su tía la contempló entonces con verdadero azoramiento.

—¿Qué es lo que tú sabes?

Pauline entonces se sonrojó ante la idea de tener que mentir para ocultar por más tiempo sus lecturas. Pero como la mentira le resultaba insoportable, prefirió confesarse. Cuando la señora Chanteau, abriendo los libros sobre la mesa, percibió los grabados, quedó petrificada. ¡Ella, que tanto esfuerzo ponía para declarar inocentes los amores de Júpiter! La verdad es que Lazare debió haber guardado bajo llave semejantes abominaciones. Y, durante largo rato estuvo interrogando a la culpable, valiéndose de preocupaciones y sobreentendidos de toda especie. Pero Pauline, con su aire cándido, acababa haciendo más embarazosa aún la requisitoria. Y con todo eso ¿qué?, así estaba uno hecho y ningún mal había en ello. Su pasión, puramente cerebral, estallaba de aquella forma, sin que ninguna sensualidad solapada se reflejara aún en sus grandes ojos claros de niña. En el mismo estante había encontrado novelas cuyas primeras páginas se dedicaba a saborear, aunque en el fondo la aburrieran soberanamente, plagadas como estaban de frases cuyo sentido no alcanzaba a comprender. Cada vez más desconcertada, su tía, ya algo tranquila sin embargo, se contentó con cerrar el armario y guardar la llave. Ocho días después, arrastraba de nuevo la llave por allí, y Pauline se ocupaba, de tanto en tanto, como una distracción, en leer el capítulo dedicado a la neurosis, pensando en su primo; o el tratamiento de la gota, con la idea de aliviar a su tío.

Por lo demás, y pese al gesto severo de su tía, no se molestaba gran cosa en disimular ante ella. Los escasos animales de la casa habrían bastado para instruirle, aunque no hubiera abierto los libros. La Minouche, sobre todo, le interesaba sobremanera. La tal Minouche era una bribón a que, cuatro veces al año, se corría unas juergas terribles. Bruscamente, el animalito, tan delicado como era, siempre atento a su propio aseo, sin atreverse a poner la patita fuera de la casa por miedo a ensuciarse, desaparecía durante dos o tres días. Se la escuchaba dar maullidos y retozar, como asimismo se veían relucir en la oscuridad, cual si fueran candelas, los ojos de todos los gatos de Bonneville. Regresaba después con un aspecto abominable, hecha una arrastrada, con el pelambre andrajoso y sucio, que luego se dedicaba a recomponer durante una semana. Seguidamente recuperaba su aire desganado de princesa, buscando acariciarse con la barbilla de la gente, sin parecer darse cuenta de que su vientre iba redondeándose. Véronique se los llevaba a todos en un hueco de su delantal, para echarlos al mar. Y la Minouche, como una madre detestable, ni siquiera los buscaba, acostumbrada a encontrarse libre y creyendo sin duda que la maternidad acababa allí. Aún continuaba acicalándose, haciéndose la guapa hasta que llegaba la noche en que, con toda desvergüenza entre zarpazos y aullidos iba en busca de una nueva ventregada. Mathieu era mejor padre para aquellos hijos, pese a no ser él quien los había hecho, siguiendo al delantal de Véronique entre quejidos, pues tenía la pasión de lamerles la cara a los pequeñuelos.

—¡Oh!, querida tía, esta vez hay que conservar uno —decía en cada ocasión Pauline, indignada, y admirando al mismo tiempo las gracias amorosas de la gata.

Pero Véronique mostraba entonces su enfado.

—No, ¡desde luego, no!, ¡para que nos lo vaya arrastrando por todas partes!... Y luego, ni siquiera lo aguanta un momento. Disfruta del placer, eso sí, pero no quiere, en cambio, molestia alguna.

Existía en Pauline un amor a la vida cada vez más desbordante y que hacía de ella algo así como «la madre de los animales», según propia expresión de la tía. Todo lo que tenía vida, cuanto pudiera resultar susceptible de sufrimiento, la llenaba de una ternura activa y la hacía desplegarse en efusión de cuidados y de caricias. Olvidó por completo París, le parecía haber crecido allí mismo, en medio de aquel rudo sol, al soplo puro de los vientos del mar. En menos de un año, la niña de formas vacilantes habíase convertido en una jovencita ya robusta, de sólidas caderas y ancho pecho. Y las turbaciones que le produjera aquel esparcimiento de la naturaleza, se esfumaban; el malestar de su cuerpo repleto de savia, la inquieta confusión de su más pesado pecho, así como la fina pelusilla más negra sobre su piel satinada de color moreno, desaparecían asimismo como notas de inquietud o de extrañeza. A estas horas, por el contrario, sentía el gozo de su propio desarrollo, la victoriosa sensación de crecer y madurar al sol. La sangre que remontaba y que acababa estallando en roja lluvia, hacía que se sintiera orgullosa. De la mañana a la noche, llenaba la casa con los trinos de su voz, ahora más grave, y que ella misma encontraba hermosa; y cuando, al acostarse, sus miradas se deslizaban sobre la florecida redondez de sus senos, para luego pasar a la mancha de tinta que ensombrecía su sonrosado vientre, Pauline sonreía, respirándose a sí misma unos instantes cual si se tratara de un fresco ramillete, contenta con su nuevo olor de mujer. Significaba aquello aceptar la vida tal y como en realidad es, amarla por sus propias funciones, sin miedo ni desagrado y ofrecerla el más caluroso saludo de bienvenida con la canción triunfante de la salud.

Aquel año Lazare estuvo seis meses sin escribir. Apenas si llegaba alguna que otra postal, para tranquilizar a la familia. Luego, en cambio, una tras otra, agobió a su madre con una serie de cartas. Suspendido de nuevo en los exámenes de noviembre, sintiendo cada vez más repulsión por los estudios de medicina, que entrañaban en sí materias demasiado tristes, acababa de sumirse en una nueva pasión, la química. Por puro azar, vino a trabar conocimiento con el ilustre Herbelin, cuyos descubrimientos revolucionaban entonces la ciencia, y había conseguido entrar en su laboratorio como auxiliar, aunque sin confesar, no obstante, que dejaba la medicina. Pero bien pronto sus cartas estuvieron plagadas de un proyecto concebido por él, que al principio expresó en forma tímida, pero que poco a poco fue convirtiéndose en un entusiasta. Se trataba de una explotación en grande de las algas marinas, que había de producir millones, gracias a los nuevos métodos y reactivos descubiertos por el ilustre Herbelin.

Y en sus cartas, Lazare consideraba detenidamente las posibilidades de éxito: la ayuda que podía prestarle en aquel caso el gran químico, la facilidad de hacerse con la materia prima, la instalación poco costosa. Finalmente, expresó su formal deseo de no ser médico; bromeando sobre el particular y diciendo, incluso, que prefería vender remedios a los enfermos a matarlos él mismo. El argumento de una sólida y rápida fortuna constituía siempre el final de sus cartas, en las que, además, hacía relucir por los ojos de su familia la promesa de no volver a abandonarla, de instalar la fábrica allá abajo, cerca de Bonneville.

Pasaron los meses y llegado el período de vacaciones, Lazare no apareció por allí. Durante todo el invierno, fue detallando así su proyecto en extensas y apretadas páginas, que la señora Chanteau leía en voz alta por la noche, después de la cena. Una noche del mes de mayo, celebróse un gran consejo, pues el joven apremiaba ya por una respuesta categórica. Véronique no hacía más que dar vueltas por allí alrededor, quitando el mantel, haciendo ver que arreglaba la alfombra.

—Es el retrato clavado de su abuelo, embrollón y emprendedor —manifestó la madre echando un vistazo a la obra maestra del antiguo operario carpintero, cuya presencia allí, sobre la chimenea, seguía irritándola siempre.

—Ciertamente en nada se parece desde luego a mí, que siento horror por todo lo que implique algún cambio —murmuró Chanteau entre dos quejidos y estirándose en su sillón donde estaba dando punto final a uno de sus ataques—. Pero tú tampoco, querida; no eres muy sosegada que digamos.

La mujer se encogió de hombros como para significarle que su actividad, la que ella desplegaba constantemente, estaba amparada y dirigida por la lógica. Luego, siguió diciendo pausadamente:

—En fin ¿qué queréis?, no hay más remedio que escribirle dando nuestra conformidad a su empeño... Yo por mi parte, hubiera deseado verle en la magistratura; médico no me parecía ya lo más adecuado; y mira por dónde, nos sale ahora boticario... Que vuelva con nosotros y que gane mucho dinero, siempre habremos conseguido algo.

Y es que, en el fondo, la idea aquella del dinero, era lo que pensaba en su decisión. Su idolatría por el hijo pasaba a cimentarse en un nuevo sueño: veíale inmensamente rico, propietario de una casa en Caen, consejero general, diputado acaso. Chanteau puede decirse que no tenía opinión propia, contentábase con sufrir, abandonando en manos de su mujer el superior cuidado de los intereses de la familia. En cuanto a Pauline, a pesar de la sorpresa que experimentara y de su muda desaprobación por las veleidades y continuos cambios de su primo, era también partidaria de que se le dejara volver para intentar su gran negocio.

—Por lo menos podremos vivir todos juntos —dijo la muchachita.

—Y, además ¡para lo que debe estar haciendo de bueno el señorito Lazare en París! —se permitió añadir Véronique—. Vale más que se cuide un poco el estómago estando en casa.

La señora Chanteau entretanto, daba muestras de aprobación con la cabeza. Seguidamente, cogió de nuevo entre sus manos la carta que recibiera por la mañana.

—Prestad atención, aborda también el aspecto financiero de la empresa.

Y se puso entonces a leer al propio tiempo que hacía comentarios. Se precisaban unos sesenta mil francos para instalar la fabriquita. Lazare había encontrado en París a uno de sus antiguos camaradas de Caen, el grueso Boutigny, que abandonó el latín en el cuarto curso y que ahora se dedicaba a vender vinos por cuenta de otro. Boutigny, muy entusiasmado con el proyecto, ofrecía aportar treinta mil francos: podría ser aquél un socio excelente, un administrador cuyas facultades prácticas garantizaban el éxito material. Restaban pues, treinta mil francos que había que pedir prestados, pues Lazare deseaba conservar para sí la mitad de la propiedad.

—Como habéis podido oír —continuó diciendo la señora Chanteau—, me hace el ruego de que me dirija en su nombre a Thibaudier. La idea me parece buena desde luego. Thibaudier le prestará enseguida ese dinero... Precisamente se da la circunstancia de que Louise parece estar algo malucha y me propongo por ello ir a buscarla para que esté una semana con nosotros; de manera que así tendré ocasión de hablar a su padre.

Los ojos de Pauline turbáronse de improviso, un fruncimiento convulsivo había hecho adelgazar sus labios. Plantada de pie al otro extremo de la mesa, en trance de enjugar una taza de té, Véronique la contemplaba atentamente.

—Primero había pensado en otra cosa —murmuró la tía—, pero como en los negocios industriales siempre se corren riesgos, me había prometido a mí misma no hablar de ello.

Y, volviéndose hacia la jovencita, añadió:

—Sí, queridita; se trataría en síntesis, de que tú misma prestases los treinta mil francos a tu primo... Jamás tendrías ocasión de hacer una inversión tan ventajosa; tu dinero acaso llegara a producir el veinticinco por ciento, puesto que, como es natural, tu primo te haría participé en los beneficios; y eso de ver como toda una fortuna va a parar al bolsillo de un tercero, la verdad, me parte el corazón... Sólo que, lo que tampoco quiero en absoluto, es que arriesgues tu propio dinero. Se trata de un depósito sagrado; arriba está y pienso devolvértelo intacto.

Pauline seguía escuchándola, más pálida aún, presa de una dura lucha interna. Subsistía en ella una especie de herencia en lo que a avaricia se refiere; el desenfrenado amor de Quenu y de Lisa por el contante y sonante dinero de la caja; toda una primera educación recibida en su día en el establecimiento de embutidos, el respeto al dinero, el miedo a que faltase, dieron paso a un desasosiego vergonzoso

que albergaba en su fuero interno, a una secreta vileza que despertaba en el fondo de su buen corazón. Por otra parte, tantas veces le había demostrado su tía el cajón de la mesa escritorio donde dormía su herencia, que la idea de verlo fundirse en las garrapateadas manos de su primo, casi llegaba a irritarla. Y, a pesar de lo que estaba oyendo decir a su alrededor, se callaba, asolada asimismo por la imagen que aparecía en su mente de Louise trayendo un grueso saco de dinero al joven.

—Por consiguiente, y aunque a ti te pareciera bien, sería yo la que no querría — insistió la señora Chanteau. ¿No es así, amigo mío? Se trata de un caso de conciencia.

—Su dinero es su dinero —respondió Chanteau, que lanzó después un grito al tratar de levantar su pierna—. Si las cosas salieran mal, enseguida se echarían sobre nosotros... ¡No, no! Thibaudier estará más que contento prestando ese dinero.

Pero, a todo esto, Pauline parecía recobrar por fin su voz, y en una explosión de su corazón intervino para decir:

—¡Oh!, no me deis ese disgusto. ¡Soy yo quien debe prestarle ese dinero a Lazare! ¿No es acaso mi hermano?... Constituiría una vileza incalificable, el que le rehusase ese dinero. ¿Por qué me hablasteis entonces?... Entrégale ese dinero, tía; dáselo todo.

El esfuerzo que acababa de hacer, anegó sus ojos de lágrimas; no cesaba de sonreír, confusa por haber vacilado, influida aún por un malestar interno que la tenía desesperada. Fue preciso, por lo demás, batallar a este respecto con sus parientes, que se empeñaban en prever los posibles aspectos negativos de la empresa. En aquel caso, por cierto, mostraron ser de una probidad perfecta.

—Vamos, acércate y dame un abrazo —acabó diciendo la tía a quien las lágrimas empezaban a afluir a los ojos—. Eres una niña buena y encantadora... Lazare utilizará tu dinero, puesto que te disgusta que no sea así.

—Y a mí ¿no quieres darme un abrazo? —preguntó el tío.

Todo fueron entonces lloros y besos alrededor de la mesa. Seguidamente, mientras Véronique servía el té y Pauline llamaba a Mathieu que aullaba en el patio, la señora Chanteau, enjugándose los ojos, añadió:

—Significa un gran consuelo, comprobar en ocasiones como ésta que la pequeña tiene el corazón en la mano.

—¡Pardiez! —se atrevió a refunfuñar la criada— con tal de que la otra no tenga ocasión de dar nada, ella sería capaz de entregar su camisa.

Fue ocho días después, un sábado, cuando Lazare regresó a Bonneville. El doctor Cazenove, invitado aquel día a comer, debía traerse el joven en su cabriolé. Llegado el primero, el abate Horteur, que asimismo había de comer con ellos, estaba jugando una partida de damas con Chanteau, estirado en su sillón de convaleciente. Hacía tres meses que le duraba el ataque; nunca había sufrido tanto hasta entonces; y, ahora ya, se sentía en el paraíso a pesar de las terribles comezones que le devoraban los pies: la piel se le llenaba de escamas, el edema había casi desaparecido. Cuando Véronique se

ponía a asar sus palomos, levantaba la nariz cada vez que se abría la puerta de la cocina, vencido nuevamente por su incorregible glotonería; lo que motivaba las consiguientes y discretas amonestaciones del sacerdote.

—No está usted en su papel, señor Chanteau... Créame cuando esté usted esta noche sentado a la mesa, debiera moderarse. En el estado en que se encuentra, la suculencia no le conviene en modo alguno.

Louise había llegado la víspera. Cuando Pauline oyó el cabriolé del doctor, ambas se precipitaron al patio. Pero Lazare, estupefacto, no pareció ver más que a su prima.

—¡Cómo!, ¿pero es esa Pauline?

—Sí, soy yo misma.

—¡Dios mío!, ¿qué es lo que has comido para desarrollarte de esa manera?... A punto de matrimonio, como aquel que dice.

Oyéndole hablar así, la muchacha se sonrojaba y los ojos le ardían de gozo al verse analizada de arriba a abajo. La última vez que marchara, había dejado allí a una rapazuela, una escolar ataviada con una simple blusa, y ahora en cambio, se encontraba frente a un jovencita esbelta, con el pecho y las caderas coquetamente apretados por un vestido primaveral, blanco y con flores de color rosa. Entretanto, ella se había puesto seria; contemplaba a su vez al joven y le encontraba envejecido: parecía como si se hubiera encorvado algo, su risa no era ya tan juvenil, un ligero temblor nervioso atravesaba su semblante.

—Vamos, —continuó él diciendo—, que ahora habrá que tomarte en serio... Buenos días, mi querida socia.

Pauline, se sonrojó más aún; la frase aquella, la colmaba de dicha. Después de haberla abrazado, podía ya su primo abrazar a Louise: ya no estaba celosa.

La cena resultó encantadora. Chanteau, horrorizado por las amenazas del doctor, no se excedió comiendo. La señora Chanteau y el cura hicieron soberbios proyectos para el engrandecimiento de Bonneville cuando la especulación que se llevase a cabo con las algas enriqueciese el país. No se fueron a acostar hasta las once. Ya arriba, cuando Lazare y Pauline se separaban, el joven la preguntó en tono de broma:

—Entonces, cuando uno se convierte en persona mayor ¿se acabó lo de darse las buenas noches?

—¡Nada de eso! —exclamó ella entonces, echándosele al cuello y plantificándole un beso en plena boca, con su anterior impetuosidad de rapazuela.

III

Dos días después, una gran marea dejaba al descubierto las rocas más profundas. Y llevado de la pasión que embargaba a Lazare con motivo de cada nueva empresa que iniciaba, no quiso tener más espera, saliendo disparado, con las piernas desnudas y una simple chaquetilla echada sobre su traje de baño; y Pauline, que formaba parte del comité de investigación iba también en traje de baño, calzada con unos zapatones que reservaba para la pesca de los camarones.

Cuando estuvieron a un kilómetro de los acantilados, en medio del campo de algas, chorreando todavía por la ola que se retiraba, el entusiasmo del joven estalló de improviso, como si, de repente también, descubriera aquella inmensa amalgama de hierbas marinas, por entre las cuales habían atravesado juntos más de cien veces.

—¡Fíjate, fíjate! —gritaba él—. ¡Aquí es donde tenemos la mercancía!... ¡No ha resultado hasta ahora de ninguna utilidad, y la encuentra uno hasta más de cien metros de profundidad!

Fue luego nombrando las distintas especies; haciéndolo además en un tono de gozosa pedantería: las algas propiamente dichas, de un verde tierno, semejantes a finas cabelleras, exhibiendo hasta el infinito una sucesión de vastos céspedes; las ovas, con hojas en forma de lechuga, anchas y delgadas, y de una transparencia glauca; los fucos dentados, los fucos vesiculosos, en tan gran número, que su vegetación cubría por entero las rocas, al igual que un musgo alto; y, a medida que iba bajando al compás del oleaje, encontraban especies de mayor tamaño y de aspecto más extraño, las laminarias, sobre todo el Talabarte de Neptuno, aquel cinturón de cuero verdoso, con rebordes rizados, que parecía cortado para el pecho de un gigante.

—¡Hay que ver!, ¡cuánta riqueza perdida! —insistía él nuevamente—. ¡Si serán torpes!... En Escocia son por lo menos lo suficientemente listos como para comerse las ovas. Por lo que a nosotros se refiere, hacemos la crin vegetal con las algas, y embalamos el pescado con el fuco. El resto es basura, de discutible calidad, que se abandona a los campesinos de las costas... ¡Y decir que la ciencia todavía conserva el sistema bárbaro de quemar algunas carretadas para sacar la sosa!

Pauline, con el agua hasta las rodillas, se consideraba dichosa con aquel frescor salado. Por lo demás, las explicaciones de su primo la interesaban profundamente.

—Entonces —preguntó ella— ¿piensas por lo visto, destilar todo eso?

La palabra «destilar», regocijó mucho a Lazare.

—Sí, llámale destilar, si quieres. Pero se trata de algo bonitamente complicado; ya verás, querida... No importa, retén bien mis palabras: Llegó a conquistarse la vegetación terrestre ¿no es eso?, las plantas, los árboles, de los que nos servimos, e incluso utilizamos para comer; pues bien, quizá la conquista de la vegetación marina nos enriquecerá más aún, el día en que nos decidamos a intentarlo.

Ambos, entretanto, inflamados de celo, iban recogiendo muestras. Cargaron sus brazos y se alejaron tanto, que para volver luego, tuvieron que mojarse hasta los hombros. Y las explicaciones continuaban, el joven repetía incesantemente frases de su maestro Herbelin: el mar constituye una vasta reserva de compuestos químicos, las algas trabajan para la industria, condensando en sus tejidos las sales de las aguas en donde viven, aunque en débil proporción. Por ello, el problema consistía en extraer de esas algas todos los compuestos útiles, por un procedimiento económico. Hablaba entonces de sacar primero las cenizas, la sosa impura que se expende en el comercio, para separar y liberar luego, hasta conseguir en los mismos el estado de pureza perfecta, los bromuros, los yoduros de sodio y de potasio, el sulfato de sodio, así como otras sales de hierro y de manganeso, de modo que no quedase ningún deshecho de la materia prima. Lo que le entusiasmaba sobre todo, era la esperanza de no perder ni un solo cuerpo útil, gracias al método del frío, hallado por el ilustre Herbelin. Existía concentrada allí, una inmensa fortuna.

—¡Dios mío!, ¡cómo os habéis puesto! —exclamó la señora Chanteau cuando estuvieron de vuelta.

—No te enfades —respondió alegremente Lazare, lanzando su paquete de algas por en medio de la terraza—. ¡Mira!, aquí te traemos monedas de cien sueldos.

Al día siguiente, la carreta de un campesino de Verchemont fue a recoger todo un cargamento de hierbas marinas, y empezaron los estudios en la espaciosa habitación del segundo piso. Pauline obtuvo el grado de auxiliar. Durante un mes aquello fue una verdadera fiebre; la habitación se llenó rápidamente de plantas secas, de recipientes donde nadaban toda clase de arborescencias, de instrumentos de bizarros perfiles; un microscopio ocupaba un rincón de la mesa, el piano desaparecía materialmente bajo las calderas y artefactos estrafalarios; el mismo armario reventaba de obras dedicadas a la especialidad, de colecciones que no cesaban de ser consultadas. Por lo demás, las experiencias de esa forma y en pequeño, con minucioso esmero, dieron resultados alentadores. El método del frío llevaba al descubrimiento de que ciertos cuerpos se cristalizan a bajas temperaturas deseadas: cada cuerpo se condensaba sucesivamente y se encontraba separado de los demás. Lazare quemaba algas en una fosa, luego trataba por el sistema del frío, la colada de las cenizas, con la ayuda de un sistema refrigerante, basado en la rápida evaporación del amoníaco. El caso era ahora, ejecutar

en grande semejante manipulación; llevarla del laboratorio a la industria, instalando y haciendo funcionar económicamente los aparatos.

El día en que hubo conseguido que se desprendiesen de las aguas madres, hasta cinco cuerpos bien distintos, la habitación retumbó con los gritos de triunfo que se exhalaban. Había allí, sobre todo, una proporción sorprendente de bromuro de potasio. Aquel remedio, entonces de moda, iba a venderse como el pan. Pauline, que danzaba alrededor de la mesa, como invadida de nuevo por sus antiguas niñerías, bajó la escalera a toda prisa y se presentó de improviso en el comedor, donde su tío estaba leyendo un periódico mientras la tía marcaba unas toallas.

—¡Ah! ¡Algo magnífico!, ahora ya podéis ponerlos enfermos, ¡os daremos bromuro!

La señora Chanteau, que padecía crisis nerviosas desde algún tiempo atrás, acababa de ser sometida a un tratamiento de bromuro por el doctor Cazenove. Ella sonreía diciendo:

—¿Ya tendréis bastante para curar a todo el mundo, pues son muchos los que están perturbados?

La jovencita, de miembros resistentes y cuyo alegre rostro respiraba salud, abrió los brazos como para lanzar su cura a los cuatro vientos.

—Sí, sí, vamos a atiborrar la tierra... ¡Su gran neurosis está perdida!

Después de haber girado una visita por la costa y discutido los emplazamientos, Lazare decidió que instalaría su fábrica en la Bahía del Tesoro. Reunía todas las condiciones del caso: tratábase de una playa inmensa, como enlosada de rocas planas, lo que facilitaba la recolección de las algas; acarreo más directo por la carretera de Verchemont; terrenos a buen precio, materiales al alcance de la mano, alejamiento suficiente, sin ser al propio tiempo excesivo. Y Pauline bromeaba entonces sobre el nombre que en otro tiempo dieran a la bahía, por el oro fino de su arena: no pudieron haberle puesto mejor nombre, un verdadero «tesoro» el que a aquellas horas, iban a encontrar en el mar. Los comienzos fueron soberbios, feliz adquisición de veinte mil metros de landa desierta, autorización prefectoral conseguida sólo con dos meses de retraso. Finalmente, los obreros pusieron manos a la obra. Boutigny habíase presentado por allí, un hombre bajo, colorado, de una treintena de años, de aspecto muy vulgar, que decepcionó mucho a los Chanteau. Había rehusado vivir en Bonneville, por haber descubierto, según dijo, una casa muy cómoda en Verchemont; y la frialdad con que le acogiera la familia fue en aumento, cuando se enteró de que acababa de instalar allí a una mujer, acaso una perdida, que trajo sin duda de algún lugar sospechoso de París. Lazare se encogía de hombros, indignado por los que estimaba prejuicios provincianos; muy condescendiente era aquella mujer, una rubia con auténtica devoción, para consentir enterrarse en aquel país de lobos; no siguió insistiendo por lo demás a causa de Pauline. Lo que se esperaba, en suma, de Boutigny era una supervigilancia activa, una inteligente organización del trabajo. Y el

caso es, además, que se mostraba como un hombre realmente maravilloso, encendido por el genio de la administración. Bajo sus órdenes, los muros subían a ojos vistas.

Entonces, durante cuatro meses, en tanto duraron los trabajos para la construcción del edificio y la instalación de aparatos, la fábrica del Tesoro, como habían acabado por llamarla, se convirtió en motivo de paseo diario. La señora Chanteau no siempre acompañaba a los muchachos; Lazare y Pauline reemprendieron sus correrías de antaño, sólo Mathieu les seguía, arrastrando sus gruesas patas y tumbándose allá abajo, la lengua colgando y con una respiración corta y apresurada, semejante al resoplido de una fragua. Sólo el perro se bañaba aún, lanzándose al mar cuando le tiraban un bastón, teniendo bastante inteligencia para nadar en la misma dirección de la ola y no tener así que tragar agua salada. A cada visita que hacían a las obras, Lazare apresuraba a los contratistas; en tanto que Pauline aventuraba reflexiones prácticas, de una gran precisión a veces. Había tenido que encargarse en Caen los aparatos, a base de planos proyectados por él mismo; y luego vinieron los obreros para montarlos. Boutigny empezaba a testimoniar alguna inquietud al ver cómo aumentaban los presupuestos. ¿Por qué no contentarse con empezar con el número de salas estrictamente necesario y con las máquinas también indispensables?, ¿por qué tan complicadas edificaciones y aquellos enormes aparatos, con vistas a una explotación que hubiera sido más discreto ir ampliando poco a poco, cuando se hubieran podido dar exacta cuenta de las condiciones operativas y de venta? Lazare se enardecía entonces. Lo veía todo inmenso; de muy buena gana hubiera dado a los cobertizos una fachada monumental dominando el mar, desarrollando así, cara al horizonte sin límites toda la grandiosidad de su idea. Luego, la visita se acababa en medio de una fiebre de esperanza, ¿por qué tanto cicatear, si tenían la fortuna al alcance de la mano? Y el regreso resultaba más que alegre, y tenían que acordarse con frecuencia de Mathieu, que se retrasaba continuamente. Pauline se ocultaba de repente con Lazare, detrás de algún muro, divertidos los dos como chiquillos, cuando el perro, asustado de verse sólo y creyéndose perdido, se ponía a vagabundear con un azoramiento que resultaba cómico.

Cada noche, al llegar a casa, surgía siempre la misma pregunta:

«Y qué. ¿Marcha la cosa?, ¿estáis contentos?».

Y la respuesta, siempre era igual también:

«Sí, sí... Pero nunca terminan».

Fueron aquéllos unos meses vividos en completa intimidad. Lazare testimoniaba a Pauline una viva afección, en la que había buena parte de agradecimiento por el dinero que aportó a la empresa. Poco a poco, desaparecía de nuevo la mujer de su mente; vivía junto a ella como si se tratara de un muchacho, de un hermano menor cuyas cualidades le enternecían cada vez más. Era tan razonable la muchacha, de un ánimo y de un denuedo tales, de una bondad tan sonriente siempre, que acababa por

inspirarle una estima inconfesada, un callado respeto, contra el cual se defendía él mismo aún, bromeando. Con suma tranquilidad, hábale contado ella sus lecturas, el susto de su tía a la vista de las láminas anatómicas; y, por un instante quedó sorprendido, sintiéndose incluso violento ante aquella jovencita enterada de todo, aunque conservando la candidez de sus grandes y hermosos ojos. Inmediatamente, sus relaciones volvieron a estrecharse y él tomó la costumbre de hablarle con claridad de todo lo habido y por haber, cuando ella le ayudaba en su trabajo: todo ello en perfecto simplismo científico, usando la palabra apropiada al caso, como si no hubiera otra similar y de menos crudeza. Ella misma, sin poner aparentemente en ello otra cosa que el placer de aprender y de serle útil, abordaba todas las cuestiones. Le divertía, sin embargo, a veces, oyéndola, tantos eran los huecos que tenía su superficial instrucción y tanta era la mezcla de conocimientos, por demás abundante y extraña, que se barajaban en su cerebro: de una parte, las ideas de ayudanta de su tía, de otra, el reducido nivel circunscrito al pudor de los pensionados; luego, los hechos precisos y concretos leídos por ella en los libros de medicina, las verdades fisiológicas del hombre y de la mujer, aclarando y recorriendo la cortina de la vida. Cuando Pauline soltaba alguna ingenuidad, reía él tan fuerte, que la muchacha, entonces, montaba en cólera: en lugar de reírse ¿no le resultaría mejor y más práctico ponerle de manifiesto su error?; y, lo más corriente era que la disputa terminase con una lección; él, entonces, acababa de instruirla en su calidad de joven químico de preparación superior a las circunstancias. Sabía la chica demasiado ya como para no comprender el resto. Por lo demás un trabajo lento se realizaba constantemente en su cerebro, siempre estaba leyendo, coordinaba poco a poco, cuanto había llegado a entender, todo lo que se ponía al alcance de su vista; aunque sin dejar por ello de guardar el consabido respeto a la señora Chanteau, de cuya boca seguía escuchando con cara muy seria mentiras decentes que llegaba a contarla. Era solamente con su primo, en la espaciosa habitación, donde ella se convertía en un muchacho, en un auxiliar de laboratorio al que gritaba desenfadadamente:

—Dime ¿has visto por alguna parte aquella corola?... No tiene más que un sexo.

—Sí, sí —respondía ella—, órganos masculinos formando gruesos ramilletes.

Sin embargo, una vaga turbación parecía hacer presa en su animo. Cuando Lazare la empujaba a veces fraternalmente, permanecía sofocada durante unos instantes, el corazón latiendo fuertemente. La mujer, que ambos se empeñaban en olvidar, despertaba en su carne, a impulsos de su propia sangre. Un día, en ocasión de volverse bruscamente, le dio un golpe con el codo. Ella entonces lanzó un grito y se llevó las manos al pecho. ¿Qué ocurre?, ¿la hizo daño, acaso?, ¿pero si apenas la había tocado!; luego, con la mayor naturalidad del mundo, quiso abrir su pañoleta para ver lo que le había pasado. En ese preciso momento, retrocedió ella instintivamente, permaneciendo ambos unos instantes, confusos, sonriendo con aire forzado. Otro día,

mientras estaban realizando una experiencia, se negó ella a meter las manos en agua fría. El joven, mostraba su asombro con este motivo: ¿por qué?, ¡qué capricho más estrambótico!, si no estaba dispuesta a ayudarlo, mejor haría permaneciendo abajo. Luego, viéndola sonrojarse, comprendió lo que ocurría y la miró con unos ojos desmesuradamente abiertos. ¿Por lo visto, entonces, el rapazuelo aquel, ese hermano menor que creía tener a su lado, era decididamente una mujer?, no se la podía rozar sin que soltase una queja, y no podía tampoco contarse con ella en todas las épocas del mes. A cada nuevo hecho que surgía, mostraba el muchacho la correspondiente sorpresa; era para él un descubrimiento imprevisto que embarazaba a ambos llenándoles de emoción, en medio de su camaradería de muchachotes. Lazare dada la impresión de no experimentar otra cosa que fastidio; todo eso iba a motivar el que no pudieran trabajar juntos, puesto que su colaborador no era un hombre y cualquier nimiedad la descomponía. En cuanto a Pauline, conservaba en cada ocasión una especie de malestar, una ansiedad de la que nacía e iba desarrollándose un delicioso encanto.

Desde aquel momento, fueron desenvolviéndose en la joven una serie de sensaciones, de las que no daba cuenta a nadie. No mentía, sin embargo, se limitaba simplemente a callarse, como obedeciendo a una arrogancia inquieta, por vergüenza incluso. En varias ocasiones llegó a creer que estaba enferma, hasta el punto de aparentar una dolencia grave, pues se acostaba efectivamente en estado febril y, quemada por el insomnio, sentía transportado todo su ser por entre el sordo tumulto de lo desconocido que iba invadiéndola por entero; después, cuando amanecía, sólo se notaba como molida, aunque sin osar quejarse ni siquiera ante su tía. Experimentaba además como calores bruscos una acusada excitación nerviosa, así como pensamientos inesperados que inmediatamente la sublevaban, y, sobre todo, extraños sueños en el transcurso de los cuales solía enfadarse consigo misma. Sus lecturas, esa anatomía y esa fisiología deletreadas apasionadamente, le permitieron conservar una tal virginidad por lo que a su propio cuerpo se refería, que la hacían caer de nuevo en los estupores de la infancia, en ocasión de cada fenómeno que se operaba en ella. Luego, la reflexión conseguía calmarla; no era ella ningún ser aparte; debía esperar por consiguiente que se desarrollase en su propia persona aquella mecánica de la vida, hecha para los demás. Una noche, después de cenar, se puso a discutir sobre la estupidez de los sueños; ¿no resultaba acaso irritante estar tumbada de espaldas, sin defensa alguna y ser presa, al mismo tiempo, de extravagantes imaginaciones?; y lo que más la exasperaba, parece ser, era la muerte, la ausencia de voluntad durante el sueño, el completo abandono de su propia personalidad. Su primo, con sus teorías pesimistas, se metía también con los sueños, como perturbadores de la perfecta dicha de la nada; su tío, en cambio, establecía distinciones, le encantaban los sueños agradables, pero abominaba las pesadillas que

produce la fiebre. Pero la joven insistía en su tesis con tal encarnizamiento que la señora Chanteau, sorprendida, la preguntó qué es lo que veía por la noche. Ella, entonces, balbuceó: nada, absurdos, cosas demasiado vagas e imprecisas como para conservar recuerdo de ellas. Y el caso es que no mentía nunca, sus sueños tenían lugar en medio de una luz crepuscular, las apariciones se limitaban a rozarla ligeramente, su sexo de mujer despertaba a la vida carnal, sin que jamás una imagen limpia puntualizase la sensación. En sus sueños no veía a nadie, podía creer incluso en una caricia del viento del mar, que, durante el verano, entraba por la ventana abierta.

Sin embargo, el gran afecto que Pauline sintiera por Lazare parecía ser cada día más ardiente; ya no se operaba sólo en su camaradería fraternal de siete años, el despertar instintivo de la mujer: sentía también el deseo de consagrarse, una ilusión mostrábale al joven como el ser más inteligente y más fuerte al mismo tiempo. Lentamente aquella fraternidad iba convirtiéndose en amor, con los exquisitos tartamudeos de la pasión naciente, de risas y estremecimientos sonoros, de contactos furtivos e insistentes, toda una encantadora puesta en marcha, que tenía lugar además en el país de las más nobles ternuras, bajo el latigazo del instinto genésico. Él, protegido a este respecto por los desbordamientos vividos en el barrio latino, no teniendo ya curiosidades que satisfacer, seguía viendo en ella a una hermana a quien su deseo no llegaba a desflorar. Ella, por el contrario, todavía virgen, en medio de aquella soledad donde sólo encontraba a él, iba adorándole poco a poco y se entregaba por entero. Cuando estaban juntos, desde por la mañana hasta por la noche, parecía vivir de su presencia, buscando con los ojos suyos, siempre solícita en servirle.

Por aquel entonces, la señora Chanteau quedóse asombrada ante la piedad de Pauline. En dos ocasiones, la vio confesar. Después, bruscamente, los tratos entre la joven y el abate Horteur, parecieron enfriarse; incluso se negó a ir a misa durante tres domingos, y, si volvió a aparecer por allí, fue por no disgustar a su tía. Por lo demás, la buena señora no acababa de explicarse aquello; las preguntas y los comentarios del abate debieron herirla sin duda, puesto que su lengua era pesada en ocasiones. Y fue entonces, con su olfato de madre apasionada, cuando la señora Chanteau adivinó el amor creciente de Pauline. Callóse, sin embargo, y nada le dijo a su marido. Aquella fatal aventura constituía para ella una auténtica sorpresa, pues hasta entonces unas posibles manifestaciones de afecto, acaso un matrimonio, no habían entrado en sus planes. Lo mismo que Lazare, ella siguió tratando a su pupila como una rapazuela; quería por ello reflexionar, prometiéndose a sí misma vigilarlos; aunque nada hizo en definitiva, poco preocupada en el fondo por todo lo que no era el bienestar de su hijo.

Las cálidas jornadas de agosto se echaron encima, y el joven decidió una noche que irían a bañarse al día siguiente, cuando fueran a la fábrica. Movida por sus ideas de conveniencia, la madre les acompañó en aquella ocasión, a pesar del terrible sol de

las tres de la tarde. Sentóse cerca de Mathieu sobre los ardientes guijarros, poniéndose al abrigo de su sombrilla, bajo la cual el perro trataba de asomar la cabeza.

—¡Caramba!, ¿dónde se irá ahora? —preguntó Lazare al ver que desaparecía Pauline detrás de una roca.

—Va a desnudarse, ¡pardiez! —le contestó la madre—. Vuélvete, la estás estorbando, y eso, además, no resulta correcto.

El muchacho quedó asombrado, y aún estuvo mirando unos momentos por el lado de la roca, donde flotaba un blanco faldón de camisa; luego, dirigió los ojos hacia su madre, y decidió finalmente volverse de espaldas. Mientras tanto, también se fue desnudando él a toda prisa, sin añadir nada más.

—¿Estamos ya listos? —preguntó finalmente a gritos—. ¡Pues sí que resulta complicada la cosa, por lo que veo! ¿Es que te estás poniendo el vestido del color del tiempo?

Pauline acudía en aquel momento con toda ligereza, riéndose con una risa demasiado alegre, en la que se notaba algo de embarazo. Desde el regreso de su primo, no se habían bañado juntos. Llevaba ella un traje de gran nadadora, hecho de una sola pieza, ceñido por la cintura y dejando al descubierto las caderas. Con su flexible talle y el pecho erguido, adelgazaba en esa forma, recordaba un mármol florentino. Sus piernas y sus brazos desnudos y sus piecitos desnudos también, calzados con sandalias, conservaban una blancura de niña.

—¿Estamos ya? —insistió Lazare—, ¿lleguémonos hasta Picochets?

—Magnífico, hasta Picochets —respondió ella.

La señora Chanteau gritaba a todo esto:

—No os alejéis... ¡Me dais miedo siempre!

Pero ellos ya se habían zambullido en el agua Los Picochets, un grupo de rocas de las que algunas quedaban al descubierto cuando llegaba la marea alta, se hallaban alejadas alrededor de un kilómetro. Iban nadando los dos, el uno al lado del otro, lo mismo que dos amigos que hubieran salido a dar un paseo por un hermoso camino siempre recto. Al principio les había seguido Mathieu; luego, viendo que se alejaban, el perro volvió grupas para sacudirse y salpicar de lodo a la señora Chanteau. Las exploraciones inútiles repugnaban a su pereza.

—Tú, tú sí que eres prudente —decía la señora—. ¡Es un cargo de Dios arriesgar la vida de esa manera!

Apenas si distinguía ya las cabezas de Lazare y Pauline, parecidas a manojos de algas que navegaban errantes a ras de las olas. Se observaba en el mar una marejada bastante fuerte, avanzaban balanceados por suaves ondulaciones, iban conversando tranquilamente, teniendo como tema de su charla las distintas especies de algas que veían debajo de ellos, en la transparencia del agua. Pauline, fatigada, hizo una plancha,

la mirada en pleno cielo, perdida en el fondo de todo el azul. Aquel mar que la mecía, continuaba siendo su gran amigo. Amaba su áspero aliento, la ola helada y casta, se abandonaba por completo a ese mar encantador, dichosa de notar aquel inmenso vaivén chocar contra su carne, disfrutando la alegría y el gozo que le produjera aquel violento ejercicio, que parecía acompasar los latidos de su corazón.

En un momento dado, sin embargo, exhaló una ligera exclamación. Su primo, inquieto, le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Creo que se me ha roto el traje de baño... Estiré por lo visto demasiado el brazo izquierdo.

Y ambos se pusieron entonces a bromear. La jovencita se había puesto a nadar otra vez tranquilamente, riendo con una risa embarazosa mientras comprobaba el desastre: era la costura de la hombrera que había cedido, todo el hombro y el seno se hallaban al descubierto. Lazare, muy alegremente, le aconsejaba que rebuscase en sus bolsillos para ver si encontraba en ellos algún alfiler. Entretanto iban llegando ya a los Picochets, y el muchacho se subió a una roca, con el fin de recobrar el aliento, antes de regresar a tierra. Ella, por su parte, seguía nadando alrededor del escollo.

—¿No subes?

—No, estoy bien aquí.

Creyó él entonces que se trataba de un capricho tonto, y se mostró enfadado. ¿Le parecía razonable, acaso, lo que estaba haciendo?, si no reposaba unos momentos podían faltarle fuerzas para cuando volvieran. Pero ella seguía en su empeño, sin responder ni una palabra más, yendo con poco ruido con el agua hasta el cuello, sombreando la desnuda blancura de sus hombros, blancos y lechosos como el nácar de una concha. La roca aquella estaba atravesada, hacia la pleamar, por una especie de gruta, donde, en otro tiempo, jugaban a los Robinsones frente al horizonte vacío. Al otro lado, en la playa, la señora Chanteau daba la impresión, desde allí, de algo así como la mancha negra y perdida de un insecto.

—¡Maldito carácter! —acabó por gritar Lazare, echándose de nuevo al agua—. Si empiezas a tragar agua, dejaré que te la bebas, ¡palabra de honor!

Y, lentamente, emprendieron el regreso. Se hacían mala cara; no se hablaban. Como notaba que se sofocaba la joven, le dijo que por lo menos descansara un momento poniéndose boca arriba. Ella no pareció oírle. El desgarrón iba en aumento: al menor movimiento que hiciera para volverse, sus pechos habrían quedado a flor de agua, lo mismo que si se tratara de una florescencia de algas profundas. Sólo entonces comprendió él lo que le ocurría; y, observando su cansancio, viendo que jamás llegaría a la playa, se aproximó a ella resuelto a sostenerla. La muchacha, al principio, quiso desasirse, continuar sola; pero, luego, no tuvo más remedio que abandonarse. Y fue así estrechamente apretados, puesta ella de través, como consiguieron abordarla.

Asustada, la señora Chanteau se aproximó, corriendo mientras Mathieu se dedicaba a aullar entre las olas que le llegaban al vientre.

—¡Dios mío, qué imprudencia!... ¡Ya os decía que ibais demasiado lejos!

Pauline se había desvanecido. Lazare la llevó por la arena entre sus brazos, como si fuera un niño; y ella, en tanto, seguía cogida a su pecho, medio desnuda ahora ya, chorreando ambos agua amarga. Pronto, sin embargo, suspiró la joven y abrió los ojos. Cuando reconoció al muchacho, estalló en fuertes sollozos; le sofocó en un abrazo nervioso, besándole la cara a labios llenos, así como por azar. Estaba inconsciente; tratábase del impulso libre del amor, salido de aquel peligro de muerte.

—¡Oh!, ¡qué bueno eres, Lazare!, ¡oh!, ¡cuánto te amo!

Y quedó sacudida por el arrebató de aquel beso. Cuando la señora Chanteau la volvió a vestir, se apartó de allí el muchacho por propia iniciativa. El regreso a Bonneville resultó dulce y penoso al mismo tiempo; uno y otro parecían rendidos de fatiga. La madre caminaba entre ellos, reflexionando que había llegado la hora de tomar una decisión.

Otras inquietudes vinieron a perturbar a la familia. La fábrica del Tesoro estaba levantada y hacía ocho días que se ensayaban los aparatos, con deplorables resultados. Lazare tuvo que confesarse a sí mismo que había combinado mal ciertas piezas. Se trasladó a París para consultar a su maestro Herbelin, y volvió desesperado: había que rehacerlo todo; el gran químico había ya perfeccionado su método, lo que desde luego entrañaba una modificación absoluta en los aparatos. Entretanto, los sesenta mil francos fueron devorados; Boutigny rehusaba invertir un solo céntimo más; de la mañana a la noche no hacía más que hablar amargamente de despilfarros, con la insoportable tenacidad del hombre práctico acostumbrado a triunfar. Lazare sentía tentaciones de pegarle. Lo hubiera dejado todo plantado allí, a no ser por la angustia que experimentaba ante la sola idea de dejar en aquel abismo los treinta mil francos de Pauline. Su honradez, su orgullo se rebelaban: era imposible abandonar las cosas; debía encontrar el dinero, no se podía dejar así un negocio que rendiría millones más adelante.

—Estate tranquilo —repetía la madre, cuando, le veía enfermo de incertidumbre—. Aún no estamos en el caso de no saber de donde echar mano de algunos billetes de mil francos.

La señora Chanteau maduraba un proyecto. Después de haberla sorprendido, la idea de un matrimonio entre Lazare y Pauline le parecía ahora acertada. Sólo se llevaban, en suma, nueve años, diferencia de edad corrientemente admitida. ¿No vendría aquello a arreglar todas las cosas? Lazare, entonces, trabajaría ya para su mujer, no tendría por qué atormentarse con la deuda contraída, e incluso podría pedir prestado a Pauline la suma que necesitaba. En el fuero interno de la señora Chanteau se agitaba, no obstante, un escrúpulo, el temor a una catástrofe final, la ruina de su

pupila. Sólo que, enseguida descartaba en su mente tal imposible desenlace: ¿es que acaso Lazare no tenía genio? Enriquecería a Pauline; era ella, por el contrario, la que hacía un buen negocio. Nada importaba que su hijo fuera pobre, valía una fortuna, si se decidía a dárselo.

El matrimonio fue acordado del modo más sencillo. Una mañana, la madre interrogó en su alcoba a la joven, quien, inmediatamente, vació su corazón con sonriente tranquilidad. Hizo luego que Pauline pretextara un poco de cansancio; y, después de comer acompañó ella sola a su hijo hasta la fábrica. Cuando, de regreso, la madre le explicó largamente su proyecto, el amor que por él sentía la primita, la conveniencia de semejante matrimonio, y las ventajas que para cada uno de ellos significaba, empezó el joven por quedarse como estupefacto. Jamás se le ocurrió pensar en ello. ¿Qué edad tenía, pues, la niña? Enseguida se sintió conmovido, sin embargo; la verdad era que él también la amaba, y estaba dispuesto, por consiguiente, a hacer lo que quisieran.

Cuando estuvieron de regreso, Pauline acababa de poner la mesa, para estar ocupada en algo; en tanto que su tío, con un periódico sobre las rodillas, contemplaba a Minouche, que se lamía delicadamente el vientre.

—¿Qué os parece entonces, ¿nos casamos? —dijo Lazare tratando de ocultar su emoción con un regocijo ruidoso.

Mientras hablaba, ella había permanecido con un plato en la mano, muy roja, con la voz cortada.

—¿Quién va a casarse? —preguntó el tío, como despertando de un sobresalto.

Su mujer le había prevenido por la mañana; pero el caso era que, el aire glotón con que la gata paseaba la lengua por su pelambre, le tenía absorto. Enseguida cayó en la cuenta, no obstante.

—¡Ah!, sí —exclamó entonces.

Y se puso a contemplar a los dos jóvenes con ojo malicioso, torcida la boca por una punzada dolorosa en el pie derecho. Pauline, dulcemente, volvió a poner el plato en su sitio, acabando por responder a Lazare:

—Si tú así lo quieres, yo, por mi parte, encantada.

—Vamos, cosa hecha, abrazaos —terminó diciendo la señora Chanteau, en trance de colgar en la percha su sombrero de paja.

La jovencita fue la primera en avanzar, con las manos tendidas. Él, sonriente, las cogió entre las suyas, poniéndose luego a bromear con ella.

—¿De modo que abandonaste a tu muñeca?... ¡Ahora comprendo por qué andabas con tantos misterios, y no se te podía ver siquiera cuando te lavabas la punta de los dedos!... ¿Y es a ese pobre Lazare a quien has escogido como víctima?

—¡Oh!, querida tía, ¡haz que se calle o me marchó! —murmuró ella, confusa y tratando de soltarse.

Poco a poco, le iba acercando hacia sí; jugaba aún igual como lo hiciera en la época de su camaradería de escolares, y, de pronto, ella le plantó en la mejilla un beso resonante, que él le devolvió cariñosamente y como pudo en una oreja. A continuación un pensamiento inconfesable pareció ensombrecerla; y añadió con voz triste:

—¡Estrambótico negocio el que estás haciendo, mi pobre niña! ¡Si supieras cuán viejo soy, en el fondo!... En fin, ¡puesto que tanto me quieres!

La cena resultó tumultuosa. Hablaban todos a la vez; hacían proyectos para el futuro, como si estuvieran reunidos por primera vez. Véronique, que había entrado cuando se hallaban en plenos esponsales, cerraba de sopetón la puerta de la cocina sin despegar los labios. A los postres, fueron abordados, por fin, los problemas serios. La madre explicó entonces que la boda no podría tener lugar antes de dos años; quería esperar a que llegase a la edad de emancipación legal; no deseaba en absoluto verse acusada de haber obrado, con la ayuda de su hijo, en forma que pudiera ser interpretada como presión sobre una niña demasiado joven. Aquel aplazamiento de dos años dejó consternada a Pauline; pero la honradez de su tía la conmovió en extremo, y se levantó para darle un abrazo. Se fijó una fecha; los jóvenes sabrían tener paciencia y, así aguardando, podrían ganar los primeros francos de futuros millones. La cuestión dinero pudo de esa manera ser tratada con entusiasmo.

—Cógelo del cajón, tía —repetía la joven—. Todo lo que él quiera, ¡pardiez! Ahora ya es tan suyo como mío.

La señora Chanteau exclamaba, no obstante:

—No, no, de allí no saldrá ni un solo céntimo que tenga una aplicación inútil... Bien sabes tú que puedes tener plena confianza; antes me cortarían la mano... Necesitáis ahora diez mil francos para acabar lo que tenéis entre manos, ¿no es eso?; pues os doy diez mil francos y vuelvo a cerrar el cajón con doble vuelta de llave. Aquello es sagrado.

—Con diez mil francos —dijo Lazare—, estoy seguro del éxito... Los gastos más crecidos ya están hechos, y sería un verdadero crimen desanimarse. Ya veréis, ya veréis... Y tú querida, quiero llegar a vestirme con un traje de oro, como una reina, el día de nuestra boda.

El regocijo todavía fue en aumento con la llegada imprevista del doctor Cazenove. Venía de curar a un pescador, que se aplastó los dedos bajo una embarcación; y pusieron verdadero empeño en retenerlo entre ellos, forzándole a beber una taza de té. La gran noticia no pareció sorprenderle gran cosa. Sólo cuando oyó a los Chanteau exaltarse hablando de la explotación de las algas, el doctor contempló a Pauline con aire inquieto y murmuró:

—Indudablemente, la idea es ingeniosa, resulta plausible un ensayo; pero conste que tener rentas resulta todavía más sólido. En vuestro lugar, preferiría disfrutar enseguida de la dicha, en mi pequeño rincón.

Interrumpióse entonces, al ver una sombra, empañar los ojos de la joven. El vivo afecto que hacia ella sentía le hizo seguir expresándose en contra de sus convicciones:

—¡Oh!, el dinero hace lo suyo; tenéis que ganarlo en abundancia... Y, ya lo sabéis, bailaré en vuestra boda. Sí, danzaré el zambuco del Caribe, que vosotros no conocéis, apostaré cualquier cosa... ¡Fijaos!, se colocan las dos manos en forma de molino de viento, se van dando golpecitos en los muslos y se dan vueltas alrededor del prisionero cuando ya está cocido y las mujeres se disponen a hacerle pedazos.

Empezaron los meses a transcurrir de nuevo. Por aquel entonces, Pauline había recobrado su sonriente calma; sólo la incertidumbre pesaba en su naturaleza franca. La confesión de su amor, la fijación de la fecha para la boda, parecían haber apaciguado hasta las turbaciones de su carne; y aceptaba ya sin fiebre la floración de la vida, aquel lento desenvolvimiento de su cuerpo, ese rojo empuje de sangre, que por un instante tanto la había atormentado de día y violentado por la noche. ¿No era aquella, acaso, la ley común?, había que hacerse mayor para amar. Por lo demás, sus relaciones con Lazare no cambiaron gran cosa; seguían ambos en su tarea aplicados a los mismos trabajos; él, siempre ocupado, prevenido contra el impulso del deseo hacia aventuras fáciles, ella, tan sencilla como siempre, tan recta en medio de su tranquilidad de joven inteligente y virgen que era, protegida en consecuencia por esa doble armadura. A veces, sin embargo, en medio de la destartalada habitación, cogíanse las manos y se reían con aire de ternura. Era un tratado de Ficología lo que hojeaban juntos y hacía que se acercaran sus cabelleras; o bien, examinando un frasco purpurado de bromo, una muestra violácea de yodo, era por lo que se apoyaban el uno en la otra durante algunos instantes; como también que ella se inclinase sobre él, por encima de los instrumentos que cubrían la mesa y el piano; ella le llamaba a veces para que la levantase hasta la estantería más alta del armario. Pero no había en todo ello, en los contactos de cada hora, otra cosa que la caricia tolerada bajo los ojos de los abuelos, una buena amistad, apenas caldeada por una migaja de gozo sensual, entre primo y prima que habían de casarse un día. Como dijera la propia señora Chanteau, eran realmente razonables. Cuando venía Louise y se mezclaba entre ellos, con sus gestos y maneras de niña coqueta, Pauline ni siquiera parecía sentirse celosa.

De esa forma, transcurrió todo un año. Ahora ya funcionaba la fábrica, y quizás eso se convirtió también en su guarda, sobre todo por el ajetreo que ocasionaba. Después de una difícil reinstalación de los aparatos los primeros resultados fueron excelentes, al parecer; el rendimiento era sin duda mediocre, pero, perfeccionando el método, redoblando los cuidados y la actividad, tenía que llegarse sin duda a una producción enorme. Boutigny había conseguido ya amplias salidas para el género, demasiado amplias quizás. La fortuna les pareció algo seguro y a la vista. Y, desde entonces aquella esperanza hizo que se obsesionaran, reaccionando contra las advertencias de posible ruina; la fábrica se convirtió en una vorágine, una especie de abismo donde

iban lanzando dinero a puñados, persuadidos siempre de que en el fondo volverían a encontrarle convertido en lingotes de oro. Cada nuevo sacrificio les encorajinaba más aún.

La señora Chanteau, las primeras veces que hubo lugar a ello, no cogía ninguna suma del cajón de la mesa escritorio, sin antes advertir a Pauline.

—Pequeña, hay que hacer unos pagos el sábado, tres mil francos... ¿Quieres subir conmigo para escoger el título que vamos a vender?

—Pero eso bien puedes hacerlo tú sola —respondía la joven.

—No, bien sabes tú que no hago nada sin que lo sepas. Se trata de tu dinero.

Luego, la señora Chanteau fue relajando su rigidez.

Una noche, Lazare le confesó haber contraído una deuda que ignoraba Pauline: cinco mil francos de tubo de cobre, que ni siquiera se llegó a utilizar. Y como la madre venía precisamente de girar una visita al famoso cajón, acompañada por la joven, resolvió volver sola y coger los cinco mil francos, como así lo hizo efectivamente ante la desesperación de su hijo, al que prometió reponerlos con la primera ganancia. A partir de aquel día, sin embargo, la brecha quedaba abierta; la madre se acostumbró a ello y subió ya sin contar con nadie. Acabó además por encontrar denigrante, a su edad, aquella continua sujeción al simple capricho de una rapazuela; conservaba contra ella, bajo este aspecto, un cierto rencor. Como le tenía dicho, su dinero le sería devuelto, ahora bien, el hecho de que le perteneciese no era una razón suficiente para que dejase de permitirse el gesto de retirar el dinero sin pedirle permiso. Y desde que hiciera ese especie de agujero en el cajón, ya no volvió a exigir que la acompañasen. Pauline, por su parte, experimentó un alivio, puesto que, a pesar de su buen corazón, las visitas al mueble escritorio le resultaban penosas: su sentido lógico le prevenía contra una catástrofe, el prudente temperamento económico de su madre se sublevaba en ella. Al principio, le asombró el silencio de la señora Chanteau; se daba perfecta cuenta de que el dinero se iba lo mismo y de que se prescindía simplemente de ella. Enseguida ella prefirió que así fuese. De ese modo, por lo menos, se evitaba el disgusto de ver, cada vez, cómo el montón de papeles iba disminuyendo. No hubo a pesar de todo entre ellos más que un rápido cruce de miradas a ciertas horas: la mirada fija e inquieta de la sobrina, cuando adivinaba un nuevo préstamo; y la mirada vacilante de la tía, molesta con tener que volver la cabeza. Era algo así como un fermento de odio que germinaba.

Desgraciadamente, aquel año, Davoine fue declarado en quiebra. El desastre aquel estaba previsto; a pesar de lo cual los Chanteau no dejaron de recibir un golpe terrible. Los ingresos quedaban reducidos, pues, a sus tres mil francos de renta. Todo lo que pudieron salvar del desastre, una docena de miles de francos, fue invertido inmediatamente en valores y eso completó, en total, trescientos francos de renta al mes. Ocurrió asimismo que la señora Chanteau, a partir de la segunda quincena, hubo

de coger cincuenta francos del dinero de Pauline: el carnicero de Verchemont esperaba con su factura y no era posible quitárselo de encima. Luego, fueron cien francos destinados a la compra de un cubo para la colada, hasta diez francos de patatas y cincuenta sueldos de pescado. Había llegado hasta mantener a Lazare y la fábrica con pequeñas sumas, vergonzosamente y al día, y en este proceder suyo, incluso cayó más bajo, procurándose los céntimos que precisaba el matrimonio para sus menudos gastos y tapar los agujeros de deudas miserablemente contraídas. A fines de mes, sobre todo, se la veía incesantemente desaparecer con paso discreto y volver casi inmediatamente, con la mano metida en el bolsillo, de donde se decidía a salir de tanto en tanto y en pequeñas cantidades, con motivo de alguna factura. Había ya cogido el hábito; acababa de vivir echando mano del cajón del mueble escritorio, obedeciendo a un impulso instintivo y sin poder resistirse a ello. Sin embargo, en la obsesión que la embargaba siempre que estaba allí, ante el mueble, y cuando bajaba el tablero, lanzaba un ligero grito que luego mantenía excitados sus nervios. ¡Qué hucha tan vieja! ¡Y decir que jamás le había sido posible adquirir una mesa de escritorio como es debido! Aquel venerable mueble que, atiborrado de una verdadera fortuna, había empezado por dar a la casa un aire de regocijo y de riqueza, la asolaba hoy, venía a ser así como una caja envenenada por toda clase de calamidades, soltando la desdicha por sus rendijas.

Una noche, Pauline volvió del patio gritando:

—¡El panadero!... Se le deben tres días, dos francos ochenta y cinco.

La señora Chanteau estuvo rebuscando por sus bolsillos.

—Es preciso que suba —murmuró.

—Quédate aquí —repuso la joven aturdidamente—, yo misma subiré... ¿Dónde tienes el dinero?

—No, no, no sabrías encontrarlo... Está en su sitio...

La tía balbuceaba, y ambas cambiaron entre sí una mirada muda que las hizo palidecer. Hubo unos momentos de penosa vacilación y, luego, la señora Chanteau acabó subiendo, completamente helada por la rabia contenida, y la clara sensación de que su pupila, sabía perfectamente de dónde iba a sacar los dos francos ochenta y cinco. En todo caso, ¿por qué le había mostrado con tanta frecuencia aquel dinero durmiendo en el cajón? Su antigua probidad habladora la exasperaba; aquella pequeña debía seguirla con la imaginación, verla como abría, rebuscar y después volver a cerrar. Cuando hubo bajado de nuevo y pagado al panadero, su cólera se proyectó contra la muchacha.

—Muy limpia llevas la ropa, ¿de dónde vienes? Vamos a ver, ¿has vaciado el agua para regar el huerto? Deja a Véronique que cumpla su cometido. ¡Te lo aseguro!, produces la impresión de que te ensucias adrede; parece como si no supieras lo que

todo eso cuesta... Tu pensión no es tan crecida; no me es posible atar los dos cabos tan fácilmente...

Y así continuó despotricando. Pauline, que al principio había intentado defenderse, la escuchaba ahora sin decir una, sola palabra, sintiéndose apesadumbrada. Desde algún tiempo atrás su tía la quería cada vez menos; ella estaba segura. Cuando Pauline se encontró sola con Véronique, se echó a llorar; y la criada, por su parte, se puso a manejar atropelladamente sus cacerolas, como para evitar tomar parte en el asunto. Refunfuñaba siempre contra la joven; pero por aquel tiempo, y en su rudeza, despertaban ciertos atisbos de justicia.

Llegó el invierno, Lazare perdió ánimos. Una vez más, su pasión había dado un giro; la fábrica le repugnaba y le llenaba de espanto. En noviembre, el miedo hizo presa de veras en él, ante una nueva dificultad de dinero. Había superado obstáculos por el estilo, pero aquel le dejó tembloroso, desesperando de todo, acusando a la ciencia de todos sus males. Su idea de explotación, la forma de enfocarla, le parecía estúpida, habría sido preciso perfeccionar antes los métodos; jamás sería posible arrancar a la naturaleza lo que ésta no quisiera dar; y, con tal motivo arremetía contra su propio maestro, el ilustre Herbelin, quien, habiendo tenido la atención de prescindir de un viaje, para poder visitar la fábrica, permaneció con gesto de verdadero embarazo cuando se vio ante los aparatos, hartos desproporcionados quizás, según decía, para funcionar con la regularidad de los pequeños instrumentos de su gabinete. En suma, que la experiencia parecía haber sido realizada y la verdad era que, con relación a esas reacciones de frío, aún no se había encontrado la forma de mantener al grado preciso las bajas temperaturas necesarias para la cristalización de los cuerpos. Lazare obtenía de las algas una cierta cantidad de bromuro de potassium; pero como luego no llegaba a aislar suficientemente los cuatro o cinco otros cuerpos que precisaba tirar a los desperdicios, la explotación resultaba un auténtico desastre. El joven se sentía enfermo y se declaraba vencido. La noche en que la señora Chanteau y Pauline le suplicaron que se calmase, que intentara hacer un supremo esfuerzo, tuvo lugar una escena dolorosa, repleta de frases hirientes, de lágrimas, de puertas cerradas de golpe y con una violencia tal, que Chanteau, asustado, pegaba saltos en su sillón.

—¡Acabaréis matándome! —gritó el joven encerrándose y dando doble vuelta a la llave, trastornado por una desesperación de criatura.

Al día siguiente, durante el almuerzo, sacó a relucir una hoja de papel cubierta toda ella de cifras. Habíanse ya comido cerca de cien mil francos, de los ciento ochenta mil francos de Pauline. ¿Resultaba razonable continuar en tales circunstancias? Acabarían con todo; y el miedo que experimentara la víspera palidecía de nuevo su rostro. Ahora, además, su madre le daba la razón; jamás le había contrariado, le amaba hasta el extremo de hacerse cómplice de sus faltas. Sólo Pauline intentó discutir aún. La cifra de cien mil francos acababa de aturdiría. ¡Cómo era posible!, ¿hasta ese extremo

habían llegado?, ¡le habían cogido más de la mitad de su fortuna!, ¡cien mil francos que iban a desaparecer bonitamente, si se negaba a seguir luchando! Pero fue en vano que estuviera hablando, mientras Véronique quitaba los cubiertos de la mesa. Después, para no tener que estallar en reproches, subió a encerrarse en su habitación, desesperada.

Detrás suyo se hizo el silencio; la familia, embarazada por la situación, estaba distraídamente ante la mesa.

—Decididamente, esa niña me está resultando una avara, vil defecto en suma — dijo finalmente la madre—. Yo no quiero que Lazare acabe matándose a fuerza de cansancio y contrariedades.

El padre, entonces, aventuró con tímida voz:

—Nada me habías dicho de semejante suma... Cien mil francos, ¡Dios mío!, es terrible.

—Pues bien, sí, son cien mil francos ¿y qué? —interrumpió la esposa con voz breve y seca—, le serán devueltos... Si nuestro hijo se casa con ella, es hombre muy capaz de ganar cien mil francos.

Inmediatamente, pusieron manos a la obra para liquidar el asunto. Era Boutigny quien había aterrorizado a Lazare, presentándole un resumen desastroso de la situación. Lo adeudado ascendía a cerca de veinte mil francos. Cuando vio a su socio decidido a retirarse, manifestó en principio que él también partía para establecerse en Argelia, donde le esperaba una posición soberbia. Quiso luego volver a poner en marcha la fábrica; pero parecía obrar con tal desagrado y repugnancia, complicó de tal modo las cuentas, que acabó por conseguir los terrenos, las construcciones y los aparatos, por los veinte mil francos que se le debían; y Lazare, en el último momento, hubo de considerar como una gran victoria, el sacarle cinco mil francos en documentos, pagaderos de tres en tres meses. Al día siguiente, Boutigny procedía a revender el cobre de los aparatos, acondicionaba los edificios para la fabricación en grande de la sosa que se expende en las tiendas, sin pretender ninguna búsqueda científica, dedicado de lleno a la rutina de los métodos habituales.

Pauline, avergonzada por su primera reacción de jovencita ahorradora y prudente, había vuelto a aparecer muy alegre, mostrándose con todos muy buena y cariñosa, como si en efecto hubiera tenido una falta de qué disculparse. Y cuando Lazare trajo los cinco mil francos en pagarés, el triunfo fue también de la señora Chanteau. Se hizo preciso que la joven subiera para meterlos ella misma en el cajón.

—No dejan de ser cinco mil francos recobrados, querida... Tuyos son y aquí los tienes. Mi hijo no ha querido reservarse para sí ni siquiera uno por todos los pesares sufridos.

Desde algún tiempo. Chanteau vivía atormentado en su sillón de gotoso. Y aunque no osara negarle una firma, la forma en que su mujer administraba la fortuna de su

pupila, le llenaba de temores. La cifra de cien mil francos no cesaba de sonar en sus oídos. ¿Cómo tapar semejante agujero el día en que hubiera de rendir cuentas? Y lo peor del caso era que el protutor, ese Saccard, que entonces tenía escandalizado a París con el alboroto de sus especulaciones, parecía acordarse ahora de Pauline después de parecer haberla olvidado durante cerca de ocho años. Escribía pidiendo noticias, e incluso hablaba de dejarse caer una mañana por Bonneville, de paso para Cherbourg, donde tenía que resolver un asunto. ¿Qué responder si exigía un estado de cuentas, como tenía perfecto derecho a hacerlo? El brusco despertar de su mente, después de tan prolongada indiferencia por su parte, se hacía amenazador.

Cuando Chanteau abordó por fin el tema con su mujer, encontró a ésta conquistada más por la curiosidad que por la inquietud. Por un instante, la esposa había olfateado la verdad, imaginado que Saccard, en medio del galopar de sus millones, quizás estaba sin un céntimo y soñaba con que le enviaran el dinero de Pauline, con vistas a decuplicarlo. Dejó luego de lado la hipótesis y se preguntó si no sería la propia joven quien había escrito a su protutor, a título de venganza. Y, habiendo sublevado a su marido semejante sospecha, imaginó entonces una complicada historia, consistente en cartas anónimas lanzadas por la amiguita de Boutigny, aquella perdida a quien negaban a recibir y que tan por los suelos les ponía por todas las tiendas de Verchemont y de Arromanches.

—¡Después de todo, soy yo quien se burla de ellos; me tienen perfectamente sin cuidado! —dijo ella—. Todavía no ha cumplido la pequeña dieciocho años, es verdad; pero no tengo más que casarla enseguida con Lazare, y asunto resuelto; el matrimonio emancipa de pleno derecho.

—¿Estás segura de ello? —preguntó Chanteau.

—¡Caramba!, esta misma mañana lo leía en el Código una vez más.

Y es que, en efecto, la señora Chanteau se dedicaba ahora a leer el Código. Los últimos escrúpulos luchaban en su fuero interno, y allí era donde trataba de buscar excusas; todo ese trabajo sordo de una captación legal le interesaba además, en ese continuo desmigajamiento de su honradez que, ante la tentación de aquella gruesa suma, durmiendo tan cerca de ella, había destruido un poco a cada hora.

Por lo demás, la señora Chanteau no se decidía a acabar de resolver sobre el matrimonio. Después del desastre dinerario, Pauline habría deseado apresurar las cosas: ¿por qué esperar seis meses, que es lo que faltaba para que cumpliera los dieciocho años? Valía más acabar de una vez, sin pretender primero que buscase Lazare una ocupación. Se atrevió a hablarle a su tía que, viéndose apurada, inventó una mentira; cerrando entonces la puerta y bajando el tono de voz, dijo hacerla confidente de un secreto tormento de su hijo: estaba muy preocupado, le sabía muy mal casarse con ella, antes de conseguirla una fortuna, máxime ahora que había comprometido la suya. La joven escuchaba, llena de asombro sin acabar de

comprender aquel refinamiento novelesco; si él hubiera sido riquísimo ella también se habría casado, puesto que le amaba; y además, ¿cuánto sería preciso esperar?; quizás siempre. Pero la señora Chanteau protestaba; ella se encargaría de vencer aquel exagerado sentimiento del honor, si no se violentaban las cosas. Para terminar, le hizo jurar a Pauline que guardaría silencio, pues temía un arrebató por parte de su hijo, una partida súbita el día en que supiera que adivinaban su modo de pensar, que salía a relucir y se discutía respecto de su persona. Pauline, presa de inquietud, tuvo que resignarse a tener paciencia y callarse.

Mientras tanto, cuando el miedo a Saccard asaltaba la mente de Chanteau, le decía a su mujer:

—Si eso ha de servir para arreglarlo todo, decídeté a casar a esas criaturas.

—No corre ninguna prisa —respondía ella—. El peligro no está llamando a la puerta.

—Pero, puesto que piensas casarlos un día... ¿Me imagino que no habrás cambiado de idea? Se morirían.

—¡Oh!, se morirían... En tanto una cosa no ha sido consumada, se está a tiempo de no hacerla, si tal cosa llega a ser perjudicial. Y además ¿qué?; lo mismo uno que otra son libres, y ya veremos si siempre se siguen gustando tanto.

Pauline y Lazare habían reanudado su anterior vida en común; bloqueados los dos en la casa por la crudeza de un terrible invierno. La primera semana le vio ella tan triste, tan avergonzado de sí mismo y tan furioso contra todo, que se puso a cuidarle como si se tratara de un enfermo, con complacencias y cuidados infinitos; e incluso llegaba a sentir compasión para con aquel niño grande, cuya corta voluntad y temperamento esencialmente nervioso explicaban de sobra sus continuos fracasos y desistimientos; e iba adquiriendo poco a poco sobre él una autoridad rezumbona de madre. Al principio el muchacho intentó rebelarse, dijo que iba a hacerse campesino, amontonó una serie de locos proyectos encaminados todos ellos a conseguir una fortuna inmediata, sonrojándose del propio pan que comía, negándose a permanecer una hora más siendo una carga para la familia. Fueron después pasando los días; dejaba siempre para más adelanté la puesta en ejecución de sus ideas, contentándose con cambiar cada mañana su plan, ese plan que había de conducirle con sólo unos saltos a la cima de los honores y de las riquezas. Ella, asustada por las falsas confidencias de su tía le trastornaba entonces con sus palabras: ¿le pedían acaso que se quebrara la cabeza de aquel modo?, ya buscaría una posición cuando llegase la primavera; enseguida la encontraría; pero, hasta entonces, se le forzaba para que tomase un reposo. Desde el final del primer mes, pareció haberle domado; había caído efectivamente en una ociosidad difusa, en una resignación burlona respecto de lo que él llamaba «fastidios de la existencia».

Cada día que pasaba, Pauline creía notar en Lazare algo desconocido y turbador, que la sublevaba. Lamentaba los accesos de cólera, los esporádicos fuegos de paja en los que solía arder el muchacho demasiado aprisa; cuando le veía burlarse de todo, profesar la nada como teoría con voz apagada y agria al mismo tiempo. Todo aquello era para él, en la paz del invierno, metido en aquel agujero perdido de Bonneville, algo así como un despertar de sus antiguas relaciones de París, de sus lecturas, de sus discusiones entre camaradas de la Escuela. El pesimismo había pasado por allí, un pesimismo mal dirigido, del que no quedaban más que las mordaces ocurrencias del genio, la gran poesía negra de Schopenhauer. Comprendía muy bien la joven que bajo aquel proceso de enfoque humano, había, sobre todo tratándose de su primo, el coraje y la rabia engendrados por la derrota, el desastre de la fábrica, cuyos cimientos aún parecían crujir. Pero no le resultaba imposible descender más en lo que a las causas se refiere; protestaba ardientemente, cuando volvía a adoptar su vieja tesis, la negación del progreso, la inutilidad final de la ciencia. ¿Es que aquel bruto de Boutigny no estaba acaso en trance de ganar una fortuna con su sosa normal y corriente?; entonces ¿por qué haberse arruinado por encontrar algo mejor, para liberar nuevas leyes, puesto que el empirismo acababa haciendo presa en él? Y, en cada ocasión, partía de allí, para acabar sacando en conclusión, mientras fruncía los labios con malévolos risa, que la ciencia sólo tendría una utilidad cierta y concreta, si fuera capaz de suministrar el medio de hacer saltar el universo de un solo golpe, con la ayuda de algún colosal cartucho. Desfilaban luego ante su mente, a través de frías consideraciones, las astucias de la Voluntad que guía al mundo, la ciega estupidez de querer vivir. La vida era dolor y conducía a la farsa moral de los faquires hindúes, a liberarse por el aniquilamiento. Cuando Pauline le oía afectar horror por la acción, cuando anunciaba el suicidio final de los pueblos, precipitándose en masa dentro del vacío, rehusando engendrar nuevas generaciones, el día que su más desarrollada inteligencia les convenciese de la estúpida y cruel comedia que una fuerza desconocida les estaba haciendo representar, la joven se salía de sus casillas, buscaba argumentos, permanecía firme pero ignorante de todas aquellas lucubraciones, por no tener la cabeza metafísica, como él le decía. Pero la joven se negaba a reconocerse vencida, y enviaba bonitamente al diablo a su Schopenhauer, del que quiso leerle algunas páginas; ¡un hombre que escribía verdaderas atrocidades respecto de las mujeres!; le habría estrangulado de no haber tenido por lo menos bastante corazón para amar a los animales. Con excelente salud, siguiendo siempre el camino recto en la dicha de la costumbre y con la esperanza puesta en el mañana, conseguía reducirle a su vez el silencio con el estallido de su risa sonora; era ella quien triunfaba con todo el vigoroso impulso de su pubertad.

—¡Anda, déjalo, no dices más que tonterías...! ¡Ya pensaremos en morir cuando seamos viejos!

La idea de la muerte, que tan alegremente abordaba ella, le ponía serio siempre, con la mirada huidiza. Por regla general cambiaba el tema de conversación, después de haber murmurado:

—Se muere a cualquier edad.

Pauline acabó entonces por comprender que la muerte asustaba a Lazare. Recordaba entonces su terrorífico grito, tiempo atrás, frente a las estrellas; le veía ahora palidecer ante frases, callarse como si padeciera un mal inconfesable; y constituía para ella una gran sorpresa aquel espanto ante la nada, tratándose de un pesimista acendrado, que hablaba de soplar a los astros, lo mismo que si fueran bujías, en la hecatombe universal de los seres que tantas veces mencionaba. El mal, sin embargo, venía de lejos, y ni siquiera podía sospechar ella su gravedad. A medida que avanzaba en edad, Lazare veía erigirse la muerte ante sí. Hasta los veinte años, apenas si un soplo frío le había sobrecogido por la noche, cuando se acostaba. Hoy no podía apoyar la cabeza sobre la almohada, sin que la idea del nunca jamás viniera a helarle el rostro. Le sobrevenían insomnios, no hallaba resignación ante la necesidad fatal que se desenvolvía en imágenes lúgubres. Después, cuando cedía al cansancio, un sobresalto le despertaba a veces, motivando que se pusiera de pie, con los ojos abiertos de par en par, juntas las manos y balbuceando en las tinieblas: «¡Dios mío!». Su pecho parecía resquebrajarse, creía morir; y tenía entonces que volver a encender, esperaba a estar completamente despierto, para encontrar de esa manera un poco de calma. En aquel espanto, un resto de vergüenza le quedaba siempre: resultaba estúpida esta llamada a Dios a quien negaba; parecía tonta aquella herencia de la debilidad humana pidiendo socorro, en el desquiciamiento del mundo. Pero la crisis volvía a aparecer, casi cada noche, semejante a una pasión malvada que le había agotado, a pesar de su razón. Durante el día, además, todo lo llevaba a lo mismo, cualquier pensamiento rápido, una frase dicha al azar a propósito de una escena entrevista, de una lectura llevada a cabo. Cuando Pauline leía una tarde el periódico a su tío, Lazare había tenido que salir, trastornado al escuchar la fantasía de un narrador que mostraba el cielo del siglo XX plagado de vuelos de globos, paseando viajeros de uno a otro continente: él ya no lo vería, pero aquellos globos que no llegaría a contemplar, desaparecían en el fondo de aquella nada de siglos futuros, cuyo curso fuera de su ser le llenaba de angustia. Sus filósofos hacían bien repitiéndole a cada instante que ni un destello de vida llegaba a perderse; su yo rehusaba violentamente acabar. Ya, en esa lucha, su alegría había partido. Cuando Pauline le contemplaba, no comprendiendo siempre los saltos de su carácter y en las horas en que ocultaba su queja con inquieto pudor, ella experimentaba verdadera compasión, sentía la necesidad de ser muy buena y de hacerle feliz.

Las jornadas se sucedían en la espaciosa habitación del segundo piso, en medio de algas, de tarros y de instrumentos, que Lazare no había tenido siquiera la fuerza de

voluntad bastante para desembarazarse de ellos; y las algas caían en migajas, los tarros se decoloraban, en tanto que los instrumentos se descomponían bajo el polvo. Estaban perdidos, sentían calor en aquel desorden. Frecuentemente, desde por la mañana hasta por la noche, los aguaceros de diciembre batían las pizarras de la techumbre, el viento del oeste roncaba como un órgano por las rendijas de las maderas. Pasaban semanas enteras si ver un rayo de sol; su único espectáculo era el mar gris, una inmensidad gris en la que parecía fundirse la tierra. Pauline, para tener ocupadas sus largas horas vacías, se recreaba clasificando una colección de florídeas, recogidas en la primavera. Al principio Lazare, paseando su aburrimiento se contentaba viéndola coleccionar las delicadas arborescencias, cuyo suave rojo y azul conservaban tonos de acuarela; luego, enfermo de ocio, olvidando su propia teoría de la inactividad, desenterró el piano oculto bajo los aparatos abollados y los frascos sucios que lo tapaban por completo. Ocho días después, la pasión de la música le embargaba de nuevo enteramente. Aquello constituía en él la primera lesión, la chifladura del artista, que habría podido encontrarse en el sabio y en el industrial abortados. Una mañana, mientras estaba tocando su marcha de la Muerte, la idea de la gran sinfonía del Dolor que en otro tiempo quiso escribir, había caldeado de nuevo su mente. Todo lo demás le parecía deleznable, conservaba únicamente la marcha; pero ¡qué tema aquél!, ¡qué obra podía hacerse!; y en eso resumía toda su filosofía. Al principio, la vida nacería del capricho egoísta de una fuerza; a renglón seguido, vendría la ilusión de la dicha, el engaño de la existencia, en trazos escalofriantes, un acoplamiento de enamorados, una matanza de soldados, un dios expirando sobre una cruz; el grito del mal se impondría a los demás sonidos, el alarido de los seres llenaría el cielo, hasta el canto final de la liberación, un canto cuya dulzura celeste pondría de manifiesto el gozo del aniquilamiento universal. Desde el día siguiente, se lanzó al trabajo, golpeando el piano, cubriendo el papel de barras negras. Como el instrumento, cada vez más debilitado, parecía agonizar, él mismo cantaba las notas con un zumbido de campana. Jamás hasta entonces una necesidad se había apoderado de él hasta ese extremo, olvidaba el ir a comer, destrozando, por decirlo así, los oídos de Pauline, que, como buena chica que era, encontraba aquello muy bien y le volvía a copiar los trozos sueltos que iba componiendo. Aquella vez sí; había dado con su obra maestra, estaba seguro de ello.

Sin embargo, Lazare acabó por calmarse. Ya no le quedaba escribir más que el preámbulo, cuya inspiración huía de su mente. Todo aquello debía dormir. Y se pasaba el tiempo fumando cigarrillos delante de su partitura, expuesta sobre su gran mesa. Pauline, a su vez, ejecutaba algunas frases, con su habitual torpeza de alumna. Y fue precisamente en aquellos momentos cuando su intimidad se hizo peligrosa. El joven, en efecto, ya no tenía como antes el cerebro ocupado ni los miembros fatigados por el trajín de la industria; y, ahora que se encontraba encerrado cerca de ella, sin

distracción mental alguna y teniendo la sangre torturada por la pereza, la amaba con creciente ternura. Ella era tan alegre, ¡tan buena!, ¡se consagraba a él con tanto regocijo! Al principio creyó estar cediendo a un simple impulso de gratitud, a un redoblamiento de aquel afecto fraterno que la jovencita le inspiraba desde la infancia. Pero, poco a poco, el deseo carnal, adormecido hasta entonces, se fue despertando: por fin veía una mujer en aquel hermano menor al que durante tanto tiempo zarandeara sus anchos hombros, sin sentirse turbado por su olor. Él, entonces, se sonrojaba igual que ella, cuando la rozaba. Ya no se atrevía a acercarse ni a inclinarse sobre sus espaldas para echar un vistazo a la música que la joven estaba copiando. Si sus manos se encontraban en alguna ocasión, permanecían los dos balbuceantes como conteniendo el aliento y con las mejillas ardientes. En lo sucesivo, las tardes enteras transcurrieron de ese modo, con un malestar del que salían quebrantados, atormentados por un deseo confuso de la dicha que les faltaba.

A veces, con el fin de escapar a una de esas situaciones de embarazo que tanto y tan deliciosamente les hacían sufrir, Pauline se ponía a bromear con su deliciosa astucia de virgen erudita.

—¡Ah!, ¿no te lo dije?, soñé que tu Schopenhauer se enteró de nuestro matrimonio en el otro mundo, y que descendía por la noche para tirarnos de los pies.

Lazare, se reía entonces con una risa forzada. Se daba perfecta cuenta de que la joven se burlaba de sus perpetuas contradicciones; aunque una ternura infinita se apoderaba de él, dispersando su aversión a seguir viviendo.

—Sé condescendiente —murmuraba el muchacho—, bien sabes que te amo.

Ella, entonces, ponía un semblante serio.

—¡Desconfía!, preveo que aplazarás la cosa para librarte del peligro por más tiempo... Vuelves a estar sumido en el egoísmo y la ilusión.

—¿Quieres callarte, mala lengua?

Y se ponía a perseguirla alrededor de la habitación, en tanto la joven continuaba soltando jirones de filosofía pesimista, con una voz sesuda propia de cualquier doctor de la Sorbona. Luego, cuando conseguía atraparla, no osaba ya como antes conservarla entre sus brazos y darla algún que otro pellizco de castigo.

Un día sin embargo, la persecución resultó tan acalorada, que la cogió violentamente por el talle. Ella se estaba riendo a carcajadas; y él la empujaba de espalda contra el armario, loco de amor al ver cómo se resistía.

—¡Ah!, ya te tengo, lo que es esta vez... ¿A que no adivinas ahora lo que voy a hacerte?

Sus rostros se tocaban, ella no cesaba de reír, pero con una risa lánguida.

—No, no, suéltame, ya no volveré a hacerlo.

Él, entonces, le plantificó un fuerte beso en la boca. La habitación daba vueltas; les pareció como si un viento de llamarada les transportase al vacío. Se caía ya de

espaldas cuando, haciendo un esfuerzo logró ella desasirse. Permanecieron durante unos instantes como oprimidos, muy sonrojados, volviendo la cabeza. Sentóse luego ella para respirar, y en tono serio con aire de descontento, le dijo:

—Me has hecho daño, Lazare.

A partir de aquel día, el muchacho evitó hasta la tibieza de su aliento y el simple roce de su vestido. La sola idea de un error estúpido, del tropiezo que pudiera tener lugar detrás de una puerta, sublevaba su honestidad. A pesar de la resistencia instintiva de la joven, veía que estaba entregada a él por completo, atolondrada por el impulso de la sangre al primer abrazo, amándole hasta el punto de estar dispuesta a entregarse por entero si él se lo exigía; deseaba en consecuencia, tener cordura por cuenta de los dos, comprendiendo que resultaría ser él en definitiva el gran culpable, tratándose como se trataba de una aventura, respecto de la cual sólo su experiencia era capaz de evitar el peligro. Pero, en aquella sorda lucha sostenida consigo mismo, su amor iba en aumento. Todo había contribuido a incrementar ese ardor, la inacción de las primeras semanas, su pretendida renuncia a todo lo habido y por haber, su desagrado por la vida, imbuido por el cual rechazaba el furioso deseo de vivir, de amar; su empeño en colmar el aburrimiento de las horas vacías con nuevos sufrimientos. Y la música ahora, acababa de exaltarle, esa música que elevaba a ambos al país de los ensueños, sobre las alas del ritmo, ensanchadas sin cesar. Creyó entonces sentirse embargado por una gran pasión, y se juró a sí mismo cultivar de ese modo su genio. No se le ofrecía la más leve duda: sería un músico ilustre, pues para ello le bastaría alumbrar su propio corazón. Todo pareció purificarse, afectaba adorar de rodillas a su buen ángel; ni siquiera pasaba por su mente la idea de apresurar el matrimonio.

—¡Toma!, lee esta carta que acabo de recibir ahora mismo —dijo un día Chanteau, asustado, a su mujer, que retornaba en aquel momento de Bonneville.

Tratábase, una vez más, de una carta de Saccard; esta vez amenazadora. Desde el mes de noviembre se había hartado de escribir pidiendo un estado de cuentas; y como los Chanteau respondieran siempre con evasivas, anunciaba, en fin, que se proponía dar cuentas de su negativa al consejo de familia. Y a pesar de no confesarlo, la señora Chanteau, era presa en aquel entonces del mismo terror que su marido.

—¡El muy miserable! —murmuró la esposa, después de haber leído la carta.

Se contemplaron en silencio, muy pálidos los dos. En la atmósfera quieta del reducido comedor, les parecía oír el estruendo de un proceso escandaloso.

—No tienes que dudarlo más —continuó diciendo el padre— puesto que el matrimonio constituye de por sí motivo de emancipación, cásala y en paz.

Pero aquella oportunidad parecía repugnar a la madre cada día más. Expresaba sus temores a este respecto. ¿Quién era capaz de saber si las dos criaturas congeniaban? Se puede ser una buena pareja de amigos y hacer un matrimonio detestable. En los

últimos tiempos, decía ella, cuántas eran las notas enojosas que había tenido ocasión de comprobar.

—No, convéncete, haríamos mal sacrificándolos, sólo con vistas a nuestra tranquilidad. Esperemos todavía... Y, aparte de todo lo demás, ¿por qué casarla ahora, cuando la muchacha cumplió los dieciocho años el mes pasado y podemos pedir perfectamente la emancipación legal?

Renacía su confianza; subió la mujer a buscar el Código, y los dos se pusieron a estudiarlo. El artículo 478 les tranquilizó, pero en cambio se sintieron turbados ante el artículo 480, donde se establece que las cuentas deben rendirse ante un curador nombrado por el consejo de familia. Ciertamente ella tenía en su mano prácticamente a todos los miembros del consejo, y conseguiría por lo mismo que nombrasen a quien quisiera; sólo que ¿a quién escoger y de dónde sacarlo? El problema consistía en sustituir a un pro tutor que inspiraba serios temores por un curador complaciente.

De repente, tuvo una inspiración.

—¡Ya lo tengo!, el doctor Cazenove... Vive en cierto modo nuestras intimidades, y estoy segura de que no se negará.

Chanteau daba entretanto su aprobación con un movimiento de cabeza. Pero seguía, no obstante, mirando fijamente a su mujer; una idea le preocupaba.

—Entonces —acabó por preguntar—, ¿devolverás el dinero; quiero decir el que queda?

Ella no respondió de inmediato. Había bajado los ojos y hojeaba el Código con mano nerviosa. Luego, haciendo un esfuerzo, contestó:

—Sin duda de ningún género, lo devolveré, y ello constituirá incluso para nosotros el vernos libres de un estorbo. Bien sabes de lo que se nos acusa ya a estas horas... ¡Palabra de honor!, acabaría una dudando de sí misma; daría cien sueldos por no tenerlo ya esta noche en mi mueble escritorio. Por lo demás, siempre hubiera sido preciso devolverlo.

Al día siguiente, y con ocasión de haber ido el doctor Cazenove a dar su habitual vuelta de los sábados por Bonneville, la señora Chanteau le habló del gran servicio que esperaban de su amistad. Le confesó la situación en que se hallaban, el dinero engullido en el desastre de la fábrica, sin haber consultado jamás al respecto con el consejo de familia; insistió a continuación sobre el proyecto matrimonio, fundamentado en el lazo de ternura que les unía a todos y que el escándalo de un proceso iba a romper.

Antes de prometerles su ayuda, el doctor deseó hablar con Pauline. Desde hacía largo tiempo, presentía que era explotada, comida poco a poco; y si hasta entonces había podido callarse, por temor a entristecerla, su deber era prevenirla, ahora que se intentaba tenerle como cómplice. La cuestión fue debatida en el cuarto de la joven. Su tía asistió al principio de la entrevista; había acompañado al doctor para poner de

manifiesto que el matrimonio dependía ahora de la emancipación, pues Lazare no consentiría jamás en casarse con su prima, en tanto pudiera acusársele de querer escamotear la rendición de cuentas. Luego, la tía se retiró, queriendo con ello significar que no buscaba influir en las ideas de la que ella llamaba ya su adorada hija. Inmediatamente, Pauline, muy emocionada, suplicó al doctor que les prestase el delicado servicio de que se trataba y cuya necesidad acababan de ponerle de manifiesto. Fue en vano que tratara el doctor de hacerle aclaraciones sobre su estado: se despojaba de todo, renunciaba a todo recurso; e incluso dejó entrever su miedo respecto al futuro, la ruina completa, la ingratitud, muchos sufrimientos. A cada pincelada, cada vez más negra, que iba añadiendo al sombrío cuadro que la estaba exponiendo, ella protestaba, rehusaba oírle, mostrando una prisa febril por el holocausto.

—No, no me cause más disgusto. Soy una avara, aunque no lo parezca así; y bastante trabajo me cuesta ya el vencerme a mí misma... Que lo cojan todo. Les dejo lo que queda, si con ello han de amarme más.

—En fin —preguntó el doctor—, ¿es la amistad que siente por su primo lo que la impulsa a despojarse de todo?

La joven se sonrojó sin responder.

—¿Y si, más adelante, su primo dejara de amarla?

Ella, entonces, le contempló azorada. Sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas y su corazón latió en el siguiente grito de amor que se subleva:

—¡Oh!, no, ¡oh!, no... ¿Por qué me apena de esa forma?

Entonces el doctor Cazenove se dio por vencido. No se sentía con el valor necesario para despojar aquel gran corazón de la ilusión de sus ternuras. Con harta prisa comenzaría la existencia a mostrarse dura con ella.

La señora Chanteau dirigió la campaña con asombrosa superioridad de intriga. Aquella batalla la rejuvenecía. Salían de nuevo para París, llevando consigo los necesarios poderes. Con inusitada rapidez, los miembros del consejo de familia fueron adscritos a sus ideas; nunca, por lo demás, habían mostrado preocupación alguna por la misión que les fuera asignada: trataban aquel asunto con su habitual indiferencia. Los de la rama Quenu, es decir, los primos Naudet, Liardin y Delorme, opinaban lo mismo que ella; y, por lo que se refiere a los tres de la rama Lisa, sólo tuvo que convencer a Octave Mouret, pues, los otros dos, Claude Lantier y Rambaud, por aquel entonces en Marsella, se habían contentado con enviarle su aprobación por escrito. La señora Chanteau había contado a todos una historia enternecedora y enmarañada, el afecto que sentía por Pauline un viejo médico de Arromanches, la intención que parecía tener de legar su fortuna a la joven, si, se le permitía ocuparse de ella. En cuanto a Saccard, cedió igualmente, después de tres visitas que le hiciera la señora Chanteau, quien le sugirió una idea magnífica, el acaparamiento de la mantequilla del

Cotentin, gracias a un nuevo sistema de transporte. Y la emancipación fue, en efecto, acordada por el consejo de familia y se nombró curador al viejo cirujano de marina Cazenove, respecto del cual el juez de paz recibió los mejores informes.

Quince días después del regreso a Bonneville de la señora Chanteau, tuvo lugar la rendición de cuentas de la tutela, en la forma más sencilla imaginable. El doctor había almorzado; se había entretenido un poco alrededor de la mesa, comentando las últimas novedades de Caen, en donde Lazare acababa de pasar cuarenta y ocho horas con motivo de un pleito con que le había amenazado el canalla aquel de Boutigny.

—A propósito —dijo el joven—, Louise vendrá a darnos una sorpresa la semana que viene... No la reconocía, podéis creerme; vive ahora con su padre y se está convirtiendo en una damisela elegante y pintiparada... ¡Oh!, ¡lo que nos hemos reído!

Pauline no cesaba de mirarle, asombrada ante la cálida emoción que reflejaba su voz.

—¡Por cierto!, y ahora que habláis de Louise —exclamó la señora Chanteau—, he tenido ocasión de viajar con una señora de Caen que conoce a los Thibaudier. Me quedé patitiesa, Thibaudier está dispuesto por lo visto entregar a su hija una dote de cien mil francos. Y, con los cien mil francos de su madre, la pequeña llegaría a reunir doscientos mil... ¡Caramba!, doscientos mil francos ¡bien puede decirse que es una muchacha rica!

—¡Bah! —repitió Lazare—, no necesita nada de eso; es hermosa como un amor... Y ¡tan graciosa ella!

Los ojos de Pauline se habían ensombrecido, una ligera contracción nerviosa oprimió sus labios. El doctor, entonces, que no le quitaba la vista de encima, levantó la copita de ron que estaba terminando de beber.

—Vamos a ver —dijo—, todavía no hemos brindado... Sí, por vuestra dicha, amigos míos. Casaros enseguida y que tengáis muchos niños.

La señora Chanteau adelantó lentamente su copa, sin tan siquiera esbozar una sonrisa, en tanto que Chanteau, al que estaban prohibidos los licores, se contentaba con mover la cabeza, en signo de aprobación. Y a todo esto Lazare acababa de coger la mano de Pauline, en medio de un gesto de abandono encantador, que de por sí resultó suficiente para devolver a las mejillas de la joven toda la sangre de su corazón. ¿No era ella acaso el buen ángel, como él la llamaba, la pasión siempre abierta de la que haría verter el muchacho la sangre de su genio? Ella le devolvió el apretón de mano. Todos brindaron.

—¡Por vuestros cien años! —continuaba diciendo el doctor, que tenía por teoría que los cien años constituyen la edad más hermosa del hombre.

Lazare, por su parte, empezaba a palidecer. La cifra aquella lanzada al azar, atravesaba su ser produciéndole como un escalofrío; evocaba en suma los tiempos en que hubiera dejado de existir, eterno miedo éste siempre latente en el fondo de su

carne. Dentro de cien años ¿qué sería de él?, ¿qué desconocido ocuparía este lugar, delante de aquella misma mesa? Vació su copita con mano temblorosa, mientras Pauline, que le había vuelto a coger la otra, la estrechaba de nuevo, maternalmente, como si estuviera ella viendo pasar por aquel pálido rostro el soplo helado del nunca más.

Después de un silencio, la señora Chanteau dijo muy seriamente:

—Y ahora, ¿qué os parece si termináramos el asunto?

La señora había decidido que se firmara en su alcoba; así resultaba la cosa más solemne. Desde que tomaba salicilato, Chanteau caminaba mejor. Subió detrás de ella, apoyándose en la barandilla; y como Lazare hablase de ir a fumar un cigarro en la terraza, la madre le llamó de nuevo y le exigió que estuviera presente, al menos por cortesía. El doctor y Pauline fueron los primeros en pasar; Mathieu, asombrado ante aquella procesión, siguió el cortejo.

—¡Resulta fastidioso este perro, queriéndole acompañar a uno a todas partes! — exclamó la señora Chanteau, cuando trató de cerrar la puerta—. Vamos entra, no quiero que te pongas a escarbar... Aquí nadie vendrá a molestarnos... Ya verán, todo está a punto.

En efecto, un tintero y unas cuantas plumas se hallaban sobre el velador. La alcoba tenía ese aire pesado, el silencio de muerte propio de las piezas en las que raras veces se entra. Sólo Minouche vivía allí por la mañana. En aquel preciso momento dormía en el fondo del edredón y, sorprendida por aquella invasión, había levantado la cabeza y se dedicaba a mirar a todo el mundo con sus verdes ojos.

—Siéntense... siéntense... —repetía Chanteau.

Las cosas fueron entonces rápidamente arregladas. La señora Chanteau, simulaba desaparecer de escena, dejando desempeñara su marido el papel que le estaba haciendo repetir la víspera. Para obrar conforme a la ley, este último, diez días antes, había enviado a Pauline, asistida del doctor, las cuentas de la tutela, que integraban un espeso cuaderno, las recaudaciones o ingresos de un lado, y los gastos de otro, todo había sido restado, no sólo le pensión de la pupila, sino también los gastos de escrituras, los viajes a Caen y a París, no se trataba ya, pues, más que de aceptar las cuentas mediante documentos privados. Pero Cazenove, tomándose su misión de curador en serio, quiso suscitar una cuestión respecto a los negocios de la fábrica, forzando a Chanteau a entrar en ciertos detalles. Pauline entretanto contemplaba al doctor con mirada suplicante. ¿A qué venía ahora aquello?; ella misma ayudó a compulsar las tales cuentas que su tía escribiera con su más fina y delicada letra inglesa.

Entretanto, Minouche se había sentado en medio del edredón para contemplar mejor aquella extraña tarea. Mathieu, después de haber alargado prudentemente su gruesa cabeza para apoyarla en el borde de la alfombra, acababa de ceder al impulso

de colocarse de lleno en su cálida y acogedora lana, tumbándose allí de espaldas, dedicando a dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo, al tiempo que lanzaba gruñidos de satisfacción.

—Lazare ¡haz que se calle! —dijo finalmente la señora Chanteau impaciente—. No se oye nada.

De pie frente a la ventana, el joven seguía a lo lejos, con la mirada, una vela blanca, para disimular su violencia. Se sentía como avergonzado, escuchando a su padre, que detallaba con precisión las sumas engullidas en el desastre de la fábrica.

—Cállate, Mathieu —dijo alargando el pie.

El perro creyó que le iban a acariciar el vientre, cosa que le encantaba, y se puso a gruñir más fuerte. Felizmente, ya no quedaba más que poner las firmas. Pauline, con un rasgo de su pluma se apresuró a aprobarlo todo. Luego, el doctor, como haciéndolo a disgusto, rasgó el papel timbrado con una rúbrica enorme. Se impuso un penoso silencio.

—El activo —continuó diciendo la señora Chanteau— es, por consiguiente de setenta y cinco mil ciento diez francos con treinta céntimos... Quiero devolver ese dinero a Pauline.

Y en diciendo esto se había dirigido hacia el mueble escritorio, cuya tapa lanzó entonces aquel grito sordo que tan a menudo la había emocionado. En aquel momento, sin embargo, su porte era solemne; abrió el cajón, en donde pudo verse las viejas tapas del registro; eran las mismas jaspeadas de verde y salpicadas de manchas de grasa; sólo que habían adelgazado, los títulos disminuidos en número, no reventaban ya el respaldo de badana.

—¡No, no! —exclamó entonces Pauline—, guarda eso querida tía.

La señora Chanteau se dio por ofendida.

—Estamos rindiendo cuentas, tenemos que devolver el dinero... Lo hacemos por tu bien. ¿Recuerdas lo que te dije hace ocho años cuando lo metía ahí? No queremos quedarnos ni un solo céntimo.

Sacó, pues, los títulos y forzó a la joven a que los contase. Había allí valores por un importe de setenta y cinco mil francos; un paquetito de oro, liado en un papel de periódico, integraba el pico.

—Pero ¿dónde voy a meter eso? —preguntaba Pauline, a quien el manejo de aquella crecida suma coloreaba las mejillas.

—Enciérralo en tu cómoda —respondió la tía—. Eres ya lo bastante mayor como para velar por tu dinero. Por mi parte, ni siquiera deseo volver a verlo... ¡Ahí tienes!, si te estorba dáselo a Minouche para que te lo guarde.

Los Chanteau habían pagado por fin, su regocijo retornaba. Lazare, tranquilizado ya, jugaba con el perro, le incitaba a lanzarse tras de su propio rabo, con el espinazo retorcido, y dando vueltas sobre sí mismo como si fuera una peonza; en tanto que el

doctor Cazenove, entrando de lleno en su papel de curador, prometía a Pauline ocuparse de sus rentas e indicarle los distintos emplazamientos.

Abajo, y en aquel mismo momento, Véronique trajinaba con sus cacerolas. Había subido a fisgonear y, con el oído pegado a la puerta de la habitación, había captado cifras. Desde algunas semanas antes, el sordo trabajo de su creciente ternura para con la joven, alejaba cuantos prejuicios pudiera ésta haberle inspirado en principio.

—Se le han comido la mitad de su dinero ¡estoy más que segura! —refunfuñaba furiosamente—. No, eso no resulta correcto ni mucho menos... Ciertamente es que ninguna razón había para que fuera a caer entre nosotros, pero ¿era bastante esa razón para dejarla desnuda como un gusano?... No, por lo que a mí se refiere, creo ser más justa ¡pobre criatura, acabaré queriéndola de veras!

IV

El sábado aquél, cuando Louise, que venía a pasar dos meses en casa de los Chanteau, apareció en la terraza, encontró allí a la familia reunida. Agonizaba el día, un día del mes de agosto muy cálido, aunque refrescado por la brisa del mar. Y estaba allí el abate Horteur, jugando a las damas con Chanteau; en tanto que la esposa, junto a ellos, bordaba un pañuelo. Y, a unos pasos tan solo, de pie se encontraba Pauline frente a un banco de piedra en el que había hecho sentar a cuatro pilluelos del pueblo, dos niñitas, y dos chiquillos.

—¡Cómo!, ¿tú ya por aquí? —exclamó la señora Chanteau—. Estaba recogiendo mi labor, para salir a tu encuentro hasta la encrucijada.

Louise entonces explicó alegremente que el tío Malivoire la había traído a la velocidad del viento. Se encontraba a gusto; ni siquiera quería cambiarse de vestido; y, mientras su madrina iba a disponer lo necesario para que quedara bien instalada, la joven se contentó con colgar su sombrero en el postigo de la ventana. Había dejado sorprendidos a todos; seguidamente se acercó a Pauline, sonriente y cariñosa, para cogerla por la cintura.

—¡Fíjate en mí!, ¿qué te parezco?... Ahora ya somos mayores... Como sabrás, tengo diecinueve años cumpliditos; soy lo que se dice una solterona...

Se interrumpió unos momentos y añadió vivamente:

—A propósito, te felicito... ¡Oh!, no te hagas ahora la tonta, me han dicho que el acontecimiento tendrá lugar el mes próximo.

Pauline le había devuelto sus caricias, con la ternura y seria amabilidad propias de una hermana mayor, aunque en realidad eran dieciocho meses más joven que ella. Un ligero sonrojo subía a sus mejillas; se trataba de su matrimonio con Lazare.

—Pues no, te han informado mal, te lo aseguro —respondió Pauline—. Todavía no se ha fijado ninguna fecha; sólo se ha hablado de este otoño.

Y es que, en efecto, la señora Chanteau, apurada por sus propias promesas, había hablado del otoño, a pesar de la notoria repugnancia que la cuestión le inspiraba, y de la que los jóvenes empezaban a darse cuenta. Había vuelto a la tesis que constituyó su primer pretexto; hubiera preferido —decía— que su hijo empezara por tener una posición sólida.

—¡Bueno! —siguió diciendo Louise—, ya veo que te encantan los misterios. Estaré en todo caso presente ¿no es eso?... ¿Y Lazare, no se encuentra entre vosotros?

Chanteau, a quien el abate había vencido en el juego, fue quien dio la respuesta.

—¿No le encontraste entonces por el camino, Louise? Estábamos comentando precisamente, que lo más probable es que llegarais juntos. Sí, está en Bayeu realizando una gestión cerca de nuestro subprefecto. Pero volverá esta misma noche, un poco tarde quizás.

Y, disponiéndose a jugar de nuevo, añadió:

—Me toca empezar a mí, señor abate... Puedo asegurarle que acabaremos teniendo el famoso espigón, pues estoy convencido de que, tratándose de este asunto, el departamento no puede negarnos una subvención.

Se trataba de una nueva aventura que apasionaba a Lazare. En las últimas grandes mareas del mes de marzo, el mar había llegado a engullirse otras dos casas de Bonneville. Poco a poco, comido sobre su estrecha playa de guijarros, el pueblecito amenazaba ser definitivamente sumido contra el acantilado si no se tomaba el acuerdo de protegerlo mediante la realización de serios trabajos. Pero tan escasa era la importancia que cabía atribuir a aquel pequeño núcleo urbano con sus treinta edificaciones, que Chanteau, en su calidad de alcalde, trataba en vano desde hacía diez años, de llamar la atención del subprefecto sobre la desesperada situación de sus habitantes. Por fin, Lazare, movido por Pauline, cuyo deseo latente consistía en que se lanzara de nuevo a alguna empresa, acababa de concebir la idea de todo un sistema de empalizadas y estacadas, que había de amordazar al mar. Faltaban solamente los fondos; una docena de miles de francos, por lo menos.

—Ésta sí que se la soplo, amigo mío, —dijo el sacerdote, cogiendo una pieza.

Después y con gran complacencia por su parte el abate se puso a dar detalles sobre la antigua Bonneville.

—Según afirman los más viejos, había una granja debajo de la misma iglesia, a un kilómetro de la actual playa. Hace más de quinientos años que el mar se los está comiendo... Resulta algo inconcebible; de padres a hijos deben ir expiando, sin duda, sus pecados y abominaciones.

Entretanto, Pauline había vuelto a situarse frente al banco donde la esperaban los cuatro pilluelos, sucios, andrajosos y con la boca abierta.

—¿Quiénes son estos chiquillos? —le preguntó Louise sin atreverse a acercarse demasiado.

—Éstos —respondió Pauline— son simplemente unos amiguitos que tengo.

Por aquel entonces, su caridad activa extendíase ya a toda la comarca. Amaba por instinto a los miserables; no le repugnaba en absoluto su lastimoso estado, y llevaba su anhelo hasta el extremo de arreglar con palitos las patas rotas de los polluelos y a colocar fuera de la casa, durante la noche, restos de comida para los gatos

extraviados. Vivía en constante inquietud por los dolientes; era para ella una necesidad y una preocupación poder aliviarles. Por eso los pobres se acogían a sus manos tendidas, lo mismo que los gorriones saqueadores acuden a las ventanas abiertas de las granjas. Bonneville entero, aquel puñado de pescadores roídos de males bajo el continuo aplastamiento de las mareas altas, subía a casa de la señorita, como ellos mismos la llamaban. Adoraba sin embargo y por encima de todo, a los niños, a aquellos pequeñuelos con los calzones despedazados, que dejaban al descubierto sus sonrosadas carnes, por el hambre atrasada que padecían, devorando con los ojos las rebanadas de pan con mantequilla que distribuyera entre ellos. Y los marrulleros padres especulaban con aquella ternura, enviándole su chiquillería, los más andrajosos, los más enclenques, para apiadarla más aún.

—Ya lo estás viendo —continuó diciendo entre risas—, lo mismo que si fuera una dama, tengo mi día de recepción el sábado. Vienen a visitarme... ¡Eh!, tú, pequeño Gonin, ¡hazme el favor de no pellizcar a ese animalote de Houtelard! Si no os portáis bien, me enfadaré... Veamos de proceder con orden.

Y entonces empezó el reparto de alimentos. Era ella quien dirigía la operación, empujándoles con afecto maternal. El primero a quien llamó fue al hijo de Houtelard, un muchachito de diez años, de rostro amarillento de aspecto terroso y sombrío. Enseñó su pierna, tenía en ella una extensa escoriación, y su padre le enviaba a casa de la señorita, para que le pusiera algo encima. Era ella también, quien facilitaba a todo el conglomerado, árnica y agua sedativa. Su pasión por curar había motivado que, poco a poco, acabara teniendo una farmacia muy completa, de la que se sentía orgullosa. Cuando hubo curado la llaga al niño, Pauline, bajando el tono de voz, se puso a darle detalles a Louise.

—Se trata, querida, de gente pudiente; los tales Houtelard, son considerados como los más ricos pescadores de Bonneville. Como debes saber, aquella barca de gran tamaño, es suya... Lo único que sucede es que, debido a su espantosa avaricia, llevan una vida de perro y con una suciedad sin nombre. Y lo peor del caso es que el padre, después de haber matado a golpes a su mujer, se casó luego, con la criada, una joven de horroroso aspecto y dura de carácter, lo mismo que él. Y ahora, entre los dos, se dedican a torturar a este pobrecillo.

Y, sin darse cuenta de la inquieta repugnancia de su amiga, dijo subiendo el tono de voz:

—Oye, tú pequeña, ¿has bebido tu botella de quinina?

Era ésta la hija de Prouane, el sacristán. Hubiérase dicho tratarse de una Santa Teresa infantil, con grandes ojos saltones, en los que ya flameaba la histeria. Tenía once años y apenas si aparentaba siete.

—Sí, señorita —balbuceó la niña—, la bebí.

—¡Embustera! —gritó entonces el cura, sin quitarle la vista de encima al tablero de damas—. Tu padre aún olía a vino de quinina ayer noche.

De repente, Pauline mostróse enfadada. Los Prouane carecían de barca, se dedicaban a recoger cangrejos y moluscos, vivían de la pesca de camarones. Pero, gracias a la plaza de sacristán, habrían podido aún comer pan a diario de no ser por las borracheras. Solía encontrarse al padre y a la madre atravesados en las puertas, medio molidos por el «calvados», el terrible aguardiente normando; en tanto que la pequeña se subía a sus piernas para lamer sus copas. Cuando faltaba el «calvados», Prouane se bebía el vino de quinina de su hija.

—¡Y yo, estúpida de mí, que me tomo la molestia de prepararlo! —decía Pauline—. Escucha voy a ser yo quien te guarde la botella, y tú vendrás todas las tardes por aquí a las cinco. Y te daré además un poco de carne cruda picada; es el doctor quien lo ordena.

Le llegó luego el turno a un muchacho alto de doce años, el hijo de Cuche, un pilluelo escuálido y delgado, con vicios precoces. A éste le entregó un pan, un puchero y una moneda de cinco francos. Tratábase así mismo de una historia deplorable. Después de la destrucción de su casa, Cuche había abandonado a su mujer, para ir a instalarse en casa de una prima; y a aquellas horas la mujer que había buscado refugio en una caseta de aduaneros, en ruina, mantenía relaciones ilícitas con todo el mundo, a pesar de su repugnante fealdad. Le pagaban en especie; alguna que otra vez le daban tres sueldos. Y el chiquillo, forzado a presenciar todas aquellas escenas, reventaba de hambre. Huía sin embargo, dando un salto cual si fuera una cabra salvaje, en cuanto se hablaba de separarle de aquel ambiente de cloaca.

Louise entretanto, se volvía de espaldas, con aire molesto al oír a Pauline explicarle aquella historia, sin embarazo de ningún género. Educada libremente y sin tapujos, dejaba traslucir la tranquila bravura de la caridad ante las vergüenzas humanas; todo lo sabía y hablaba asimismo de todo, con la franqueza propia de su inocencia. La otra, por el contrario, convertida en persona enterada a través de diez años de pensionado, se sonrojaba ante las imágenes que despertaban en su cerebro las frases que iba escuchando, asolada por los sueños que tuviera en el dormitorio colectivo. Tratábase de cosas en las que se pensaba, pero de las cuales nunca debía hablarse.

—¡Observa! —continuó diciendo Pauline—, precisamente la pequeña que queda, esa rubita de nueve años, tan graciosa y sonrosada, es la hija de los Gonin, el matrimonio en cuyo hogar se ha instalado ese viciosos de Cuche... Los tales Gonin, vivían cómodamente y a gusto, tenían una barca; pero el padre ha quedado impedido de las piernas, una parálisis muy frecuente en este tipo de pueblecitos; y Cuche, simple marinero a bordo, pronto se convirtió en el dueño de la barca y también de la mujer. Ahora ya, la casa le pertenece, golpea al impedido, un pobre hombre que se pasa las noches y los días en el fondo de un arca destinada al carbón; en tanto que el

marinero y la prima se reservaron la cama y en la misma habitación además... Yo entonces, he de ocuparme de la niña. La desgracia principal consiste en que ella recoge a menudo cachetes y golpes extraviados; no piensan que la criatura es demasiado inteligente y se da cuenta de todo...

Y se interrumpió entonces para interrogar a la pequeña.

—¿Cómo van las cosas por tu casa?

La niña, había seguido con los ojos la referencia dada a media voz por Pauline. Su hermoso rostro de rapazuela viciosa tenía una risa burlona y solapada que reflejaba perfectamente los detalles que adivinaba.

—Le han vuelto a pegar —respondió la chiquita sin cesar de reír—. Esta noche, mamá se volvió a levantar y cogió un leño... ¡Ah!, señorita ¿sería usted tan buena como para darle un poco de vino?; se han limitado a ponerle un cántaro delante del arca, gritándole que ya podía reventar si quería.

Louise tuvo un gesto de rebelión. ¡Qué mundo tan horroroso!, ¡y todavía su amiga se interesaba por cosas tan horrendas! ¿Era posible que, tan cerca de una gran ciudad como Caen, existieran en esta comarca agujeros como aquél, en donde sus habitantes vivieran de aquella forma, como verdaderos salvajes? Porque, en definitiva, sólo cabía pensar en los salvajes para ofender de ese modo todas las leyes divinas y humanas.

—No, querida mía —murmuró Louise yendo a sentarse al lado de Chanteau—, ¡con lo que vi y supe de tus amiguitos tengo ya bastante!... ¡Bien puede tragárselos el mar, que no seré yo precisamente quien lo lamente!

El abate, que acababa de ganar en el juego, exclamó:

—¡Sodoma y Gomorra!... Hace veinte años que vengo advirtiéndolos. ¡Tanto peor para ellos!

—Tengo solicitada una escuela, —dijo Chanteau, desolado al ver comprometida su partida de juego—. Pero no constituye número suficiente; sus niños se ven obligados a trasladarse a Verchemont; la consecuencia es que no asisten a las clases, sino que se dedican a golpear a lo largo de la carretera.

Pauline les contemplaba, sorprendida. Si los miserables fueran aseados, no habría necesidad de limpiarles. El mal y la miseria se daban allí la mano; pero ella no sentía ninguna repulsión ante el sufrimiento, incluso cuando le parecía que era el resultado del vicio. Con amplio gesto se contentó con poner de manifiesto la tolerancia de su caridad. Y así, prometía a la pequeña Gonin ir a ver a su padre, cuando apareció Véronique empujando delante de sí otra niña.

—Ahí tiene señorita, ¡una más!

Esta última, muy chiquita, cinco años a lo sumo, iba por completo vestida de andrajos, con el rostro negro y los cabellos revueltos. Inmediatamente, con el aplomo del pequeño pródigo hecho a la mendicidad de las grandes carreteras, se puso a gemir.

—Tenga compasión... Mi pobre padre se ha roto la pierna...

—Es la hija de los Tourmal, ¿no es eso? —pregunto Pauline a la criada.

Pero el cura estaba ya fuera de sus casillas.

—¡Ah!, ¡la muy picara! No se moleste escuchándola, hace ya veinticinco años que su padre se torció el pie... ¡Se trata de una familia de ladrones que no vive más que de la rapiña! El padre ayuda a que pasen contrabando, la madre hace verdaderos estragos por los campos de Verchemont, el abuelo se va por la noche a arramblar ostras a Roqueboise, en el parque del Estado... Y ya ve lo que están haciendo de la hija: una pordiosera, una ladrona a la que envían por las casas para saquear todo cuanto se encuentre al alcance de la mano... Obsérvenla como figonea por el lado de mi tabaquera.

Y en efecto, los vivaces ojos de la criatura, después de haber recorrido todos los rincones de la terraza, se habían encendido como una llamita a la vista de la vieja tabaquera del sacerdote. Pero ella no perdía su aplomo y, como si el cura no hubiera contado su historia, repitió una vez más:

—La pierna rota... Deme alguna cosa, mi buena señorita.

Esta vez, Louise se había puesto a reír, hasta tal punto aquel aborto de cinco años, tan encanallado ya como el padre y la madre, llegó a hacerle gracia. Pauline, cuya seriedad no había sido turbada, cogió su portamonedas y sacó de él una pieza de cinco francos.

—Escucha —le dijo—, te daré una igual todos los sábados, si sé que no has estado merodeando por los caminos durante la semana.

—¡Esconda los cubiertos! —gritó todavía el abate Horteur—. La robará.

Pero Pauline, sin responder, despedía a los niños que se iban ya, arrastrando sus zapatos y pronunciando sus consabidas frases de «¡muchas gracias!» y «¡que Dios se lo pague!». Durante todo este tiempo, la señora Chanteau, que volvía de echar un vistazo a la alcoba de Louise, proyectaba abajo su enfado contra Véronique. Aquello era insoportable, ¡también la criada contribuía por su parte a introducir en la casa a los mendigos! ¡Como si no hubiera bastantes con los que ya traía la señorita! ¡Un atajo de gentuza que la devoraba y se reía de ella! ¡Cierto es que se trataba de su propio dinero y podía por consiguiente despilfarrarlo a su gusto!, pero también era verdad que resultaba inmoral fomentar el vicio de aquella manera. La señora Chanteau había oído a la joven prometer cien sueldos cada sábado a la pequeña Tourmal; ¡veinte francos al mes!, la fortuna de un sátrapa no resultaría suficiente a este paso.

—Ya sabes que no quiero volver a ver por aquí a esa ladrona —le dijo a Pauline—. Aunque en —la actualidad seas dueña de tu fortuna, no puedo, sin embargo, permitir que te arruines de un modo tan estúpido. Sigo teniendo una responsabilidad moral... Sí, querida, ¡arruinarse uno es mucho más fácil de lo que puedas imaginarte!

Véronique, que había vuelto a su cocina, furiosa con la reprimenda de la señora, reapareció gritando brutalmente:

—Está aquí el carnicero... Quiere cobrar su cuenta, cuarenta y seis francos con diez céntimos.

Una turbación enorme cortó la palabra a la señora Chanteau. Hizo como si rebuscase en sus bolsillos, lanzó una exclamación de sorpresa y luego añadió en voz baja:

—Dime, Pauline, ¿llevas algo encima?... No tengo dinero aquí, tendré que subir. Luego echaremos cuentas.

Pauline, entonces, siguió a la criada para pagar al carnicero. Desde que guardaba el dinero en su cómoda, volvía a surgir la misma comedia, cada vez que llegaba alguien con una factura. Era aquélla una explotación en toda regla, llevada a cabo sobre la base de pequeñas pero ininterrumpidas sumas, sin darle mayor importancia y como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Es decir, que la tía ni siquiera se tomaba la molestia de coger el dinero del montón: se limitaba a pedirlo y dejaba que fuese la joven quien se despojara por sus propias manos. Al principio habían echado, efectivamente cuentas, se le devolvían diez francos, quince francos; pero luego, las cuentas se iban complicando de tal forma que ya se hablaba de ajustarlas más tarde, en cuanto se casaran; lo que no impedía, naturalmente, que cada primero de mes, Pauline pagase con exactitud su pensión, que habían elevado a noventa francos.

—¡Otra vez su dinero en danza! —refunfuñó Véronique mientras iban por el pasillo—. Yo, en su lugar, la hubiera enviado a buscar el suyo. ¡No puede permitir Dios que la esquilen como a un cordero!

Cuando Pauline de regreso con la cuenta saldada, que entregó a su tía, el sacerdote triunfaba ruidosamente. Chanteau estaba vencido; decididamente, no daba una. El sol iba cayendo, los oblicuos rayos teñían de púrpura el mar, cuya marea empezaba a subir perezosamente. Y Louise, con la mirada perdida, sonreía al regocijo que entrañaba en aquellos instantes la inmensidad del horizonte.

—Ahí tenéis a Louise navegando por las nubes —dijo la señora Chanteau—. ¡Eh!, Louise, hago que suban tu maleta... ¡Estaremos nuevamente pared por medio!

Lazare no estuvo de regreso hasta el día siguiente. Después de su visita al subprefecto, había tomado la decisión de irse a Caen, para ver al prefecto. Y aunque no se traía la subvención en el bolsillo, estaba convencido, en cambio, y así lo dijo, de que el consejo general votaría por lo menos la suma de doce mil francos. El prefecto le había acompañado hasta la puerta, deshaciéndose en promesas formales: no se podía abandonar de aquella forma a Bonneville, la administración estaba dispuesta a secundar el celo de los habitantes del municipio. Lazare se desesperaba no obstante, pues preveía a este respecto retrasos de toda índole, y el menor aplazamiento en la realización de cualquiera de sus deseos se convertía para él en verdadera tortura.

—¡Palabra de honor! —exclamaba—, si dispusiera de los doce mil francos, estimaría preferible adelantarlos... Incluso para hacer una primera experiencia, no habría necesidad de esa suma... ¡Y veréis lo que llegan a aburrirnos hasta que hayan votado la subvención!, estaremos de ingenieros del departamento hasta la coronilla. En tanto que, si nos decidimos a empezar sin contar con ellos, no tendrán más remedio que inclinarse ante los resultados... Estoy más que seguro de mi proyecto. El prefecto, a quien tuve ocasión de explicárselo brevemente, quedó maravillado lo mismo de su baratura que de su simplicidad.

La esperanza de vencer al mar le ponía en estado febril. Conservaba contra él un odio tremendo, desde que le acusaba sordamente de haber sido el motivo de su ruina, en el negocio de las algas. Y si no se atrevía a injurarlo en voz alta, alimentaba desde luego la idea de llegar a vengarse un día. Y qué más hermosa venganza que la de detenerlo en su labor de ciega destrucción, y poder gritarle a título de dueño y señor: «¡No irás más lejos aunque te empeñes!». Había asimismo en aquella empresa, aparte de la grandiosidad del combate, un aspecto de filantropía que acababa de exaltarle. Cuando la madre había visto perder sus jornadas cortando pedazos de maderos, con las narices pegadas a los tratados de mecánica, recordó temblorosa al abuelo, el carpintero emprendedor y embrollón, cuya inútil obra maestra dormía bajo una urna acristalada. ¿Es que iba a renacer el viejo ahora, para consumir la ruina de la familia? Después se había dejado convencer por aquel hijo adorado. Si llegaba a tener éxito, y triunfar como es lógico, aquello significaba al fin el primer paso, una hermosa acción, una obra desinteresada capaz por sí misma de sacarle a la luz; y desde allí se proyectaría fácilmente donde quisiera, tan alto como su propia ambición. Desde aquel día, toda la casa no soñaba otra cosa que en humillar al mar, en conseguir encadenarlo al pie de la terraza con la sumisión y obediencia propios de un perro apaleado.

El proyecto de Lazare era por lo demás y como él mismo decía, de una gran simplicidad. Consistía en unas grandes estacas hundidas en la arena, recubiertas con planchas, detrás de las cuales los guijarros arrastrados hasta allí por las olas, formarían una especie de muralla inexpugnable, donde habría de estrellarse irremisiblemente el oleaje: el propio mar sería quien se encargase de construir el reducto que le detuviera. Los espigones de largas vigas colocados sobre fuertes basamentos, haciendo como de rompeolas a lo lejos, por delante de los muros integrados por los guijarros, vendrían a completar el sistema. Se podría, en fin, si se contaba con los fondos necesarios para ello, construir dos o tres grandes estacadas, como amplias plataformas instaladas sobre armazones, cuyas masas espesas serían capaces de contener las mareas más altas. Su primera idea la había hallado Lazare en el Manuel du parfait charpentier, un libro viejo con sencillas láminas, adquirido sin duda en otros tiempos por su abuelo; pero él perfeccionaba aquella idea, hacía considerables búsquedas, estudiaba la teoría de las fuerzas, la resistencia de los materiales; se mostraba desde luego muy orgulloso

de su nueva ensambladura e inclinación de los espigones, que, según él, harían que el éxito estuviera asegurado.

Pauline se había interesado una vez más por aquellos estudios. Tenía lo mismo que el joven, la curiosidad despierta sin cesar por las experiencias que la situaban ante la captura de lo desconocido. Sólo que, de una lógica más fría, no se hizo demasiadas ilusiones, pensando en los posibles fracasos. Cuando veía remontar la mar, barrer la tierra con su marejada, ponía una mirada de duda en los juguetitos que Lazare había construido, sobre aquellas hileras de estacones, de planchas en miniatura. La espaciosa habitación estaba ahora sembrada de ellos.

Una noche, permaneció hasta muy tarde asomada a la ventana. Desde hacía dos días, su primo hablaba de quemarlo todo; una noche, estando sentado a la mesa, empezó a dar gritos diciendo que acabaría marchándose a Australia, puesto que ya no había sitio para él en Francia. Y mientras tanto ella soñaba en sus cosas y la marea por su parte, en la plenitud de su ascenso, azotaba Bonneville, en el fondo de las tinieblas. Cada sacudida la conmovía profundamente, creía oír, a intervalos regulares, el alarido de los miserables engullidos por el mar. Entonces, el combate que el amor por el dinero libraba todavía con su bondad en lo más íntimo de su ser, llegó a hacerse insoportable. Y, no queriendo oír más, cerró la ventana. Pero los lejanos envites la siguieron sacudiendo, aun metida en el lecho. ¿Por qué no intentar lo imposible? ¿Qué importaba aquel dinero lanzado al agua, si había una sola posibilidad de salvar al pueblecito? Y se durmió cuando ya amanecía, pensando en el estado de ánimo de su primo, influida también por sus tristezas; situada quizás, en fin, sobre su auténtico camino, venturoso para sí misma: él ante todo.

Al día siguiente, le llamó ella antes de bajar; no hacía más que reír.

—¿No sabes?, he soñado que te prestaba tus doce mil francos.

Mostró él entonces su enfado, rehusando violentamente el ofrecimiento.

—¡Quieres, por lo visto, que me marche, para no volver a aparecer por aquí!... No, ya hubo bastante con lo de la fábrica. Aunque no se decírtelo, me muero de vergüenza.

Dos horas después aceptaba, estrechándole las manos con una efusión apasionada. Se trataba, naturalmente, de un simple préstamo; su dinero no corría ningún riesgo, pues el voto de la subvención por parte del Consejo general no ofrecía duda alguna, sobre todo estando ya la cosa empezada. Y ya aquella misma noche fue llamado el carpintero de Arromanches. Hubo interminables conferencias, paseos a lo largo de la costa, una encarnizada discusión sobre presupuestos. La casa entera andaba de cabeza.

La señora Chanteau, sin embargo, se había mostrado enormemente contrariada cuando se enteró de lo del préstamo de los doce mil francos. Lazare, asombrado, no acababa de comprender. Su madre le colmaba de argumentos particularísimos: cierto

era que Pauline les adelantaba, de tanto en tanto, pequeñas sumas, pero, si se exageraban las cosas iba a acabar por creerse indispensable; bien hubiera podido pedirse al padre de Louise que les abriese un crédito. La misma Louise, que tenía una dote de doscientos mil francos, no producía tanto embarazo con su fortuna. Aquella cifra de doscientos mil francos surgía incesantemente de los labios de la señora Chanteau; parecía mostrar como un irritado desdén contra los despojos de la otra fortuna, la que se había esfumado estando en el mueble escritorio y que ahora continuaba fundiéndose en la cómoda.

Chanteau, influido por su mujer, simuló asimismo sentirse contrariado. Pauline experimentó un hondo pesar; incluso dando su dinero, se sentía menos estimada que antes; existía alrededor suyo como un rencor del que no podía explicarse la causa y que aumentaba de día en día. En cuanto se refiere al doctor Cazenove, refunfuñaba igualmente cuando le consultaba por pura fórmula; pero se había visto obligado a decir que sí a todas las sumas prestadas, fueran éstas pequeñas o grandes. Su misión de curador seguía siendo meramente ilusoria, se encontraba desarmado en aquella casa donde era recibido en calidad de viejo amigo. El día de los doce mil francos renunció a toda responsabilidad.

—Niña mía —dijo cogiendo aparte a Pauline—, no quiero seguir siendo su cómplice. Deje de consultarme, arruínese siguiendo los dictados de su corazón... Bien sabe usted que jamás sabré resistirme a sus súplicas; y la realidad es, sin embargo, que eso me produce un sufrimiento incesante, tengo la conciencia revuelta... Prefiero ignorar lo que desapruebo.

Contemplábale ella muy conmovida. Luego, después de un silencio, añadió:

—Gracias, mi buen doctor... Pero ¿no es eso acaso lo más cuerdo?, ¡qué importa todo lo demás, si soy dichosa!

El doctor le había cogido las manos y se las estrechó paternalmente con triste emoción.

—Sí, es usted dichosa... Tenga en cuenta, no obstante, que la desdicha también se compra a veces a un precio muy caro.

En el ardor de aquella batalla que estaba librando con el mar, Lazare, como es natural había abandonado la música. Un fino polvo volvía a posarse sobre el piano, la partitura de su gran sinfonía había vuelto al fondo de un cajón, gracias a Pauline, que había recogido las hojas dispersas hasta por debajo de los muebles. Además, ciertos trozos no acababan de satisfacerle; así la dulzura celeste de la hecatombe final, reflejada en forma vulgar a través de un movimiento de vals, acaso estuviese mejor expresada por un ritmo de marcha muy moderado. Una noche había manifestado que volvería a empezar toda la obra, cuando dispusiera de tiempo. Y su llamarada de deseo, su desasosiego por el continuo contacto con la joven, era una obra maestra remitida a mejor ocasión, de una gran pasión igualmente aplazada y respecto de la

que parecía tener facultad de retrasar o adelantar la hora. Trataba de nuevo a su prima en concepto de vieja amiga, como mujer legítima que estaría dispuesta a entregarse el día en que él abriese los brazos. Desde el mes de abril ya no vivieron estrechamente encerrados, la habitación permanecía vacía; dedicábanse ambos a recorrer la rocosa playa existente delante de Bonneville, estudiando los puntos en que las plataformas y los espigones habrían de ser instalados. A menudo, sumergidos los pies en el frescor del agua, regresaban cansados y puros, lo mismo que les ocurriera en los ya lejanos días de su infancia. Cuando Pauline, para hacerle broma, cantaba la famosa marcha de la Muerte, Lazare se exclamaba:

—¡Calla, por favor...! Fíjate en las olas.

La misma tarde de la visita del carpintero, Chanteau fue presa de un ataque de gota. Ahora ya, tales crisis se repetían casi todos los meses; el salicilato, después de habérselas calmado, parecía redoblar la violencia de las mismas. Y Pauline se encontró entonces encerrada durante quince días ante el lecho de su tío. Lazare, que continuaba sus estudios por la playa, se dedicó en tales circunstancias a llevarse a Louise, con el fin de alejarla del enfermo, cuyas crisis le causaban verdadero espanto. Como la joven ocupaba la habitación destinada a los amigos, situada encima precisamente de la de Chanteau, para poder dormir tenía que taparse los oídos y hundir la cabeza en la almohada. Una vez fuera de casa, volvía a mostrarse sonriente, satisfecha de poder pasear, echando en olvido al pobre hombre, a quien dejaba lanzando alaridos.

Fueron quince días encantadores. Al principio el joven había contemplado a su nueva compañera con sorpresa. Por otra parte ella le hacía olvidar a la otra, gritando con motivo de un cangrejo que subía por su botina, sintiendo un pavor tan grande por el agua, que se consideraba ahogada si él la hacía saltar un charco. Los guijarros herían sus diminutos pies, jamás abandonaba su sombrilla, enguantada hasta los codos, con un continuo miedo a exponer al sol un trocito de su delicada piel. Luego, después del primer asombro del muchacho, se dejó seducir por aquellas gracias indolentes, por esa debilidad siempre dispuesta a pedirle protección. No sólo le afectaba el aire libre del mar, sino que le embriagaba la joven con su tibio olor a heliotropo: no se trataba, en fin, de un muchacho que galopaba a su lado, era una mujer, cuyas medias entrevistas a favor de una ráfaga de viento hacían agitar la sangre de sus venas. Resultaba, sin embargo, menos hermosa que la otra, de más edad y ya palidecida pero tenía un encanto zalamero, sus menudos miembros parecían abandonarse, toda la coquetería de su persona se fundaba en promesas de dicha. Le parecía como si la descubriera de repente, no reconociendo en ella a la delgada chiquilla de antaño. ¿Era posible que los largos años de pensionado hubieran hecho aquella jovencita tan turbadora, tan poseída del hombre dentro de su virginidad, teniendo siempre en el fondo de sus límpidos ojos la mentira de su educación? Y, poco a poco, iba sintiendo por ella un

placer singular, el deseo de una pasión perversa, en la que, su antigua amistad de la infancia convertíase en refinamientos sensuales.

Cuando Pauline pudo abandonar la alcoba de su tío, y volvió de nuevo a acompañar a Lazare, notó enseguida, entre este último y Louise la existencia de algo esencialmente nuevo, miradas y risas a las que no estaba acostumbrada. Quería explicarse qué era lo que les regocijaba y ya no se reía tan a menudo. Los primeros días se mantuvo en actitud maternal, tratándoles como jóvenes alocados a quienes cualquier nimiedad divierte. Muy pronto, sin embargo, hubo de ponerse triste, cada paseo pareció constituir para ella motivo de fatiga y cansancio. Ninguna queja, no obstante, llegó a escapar de sus labios; hablaba de continuas jaquecas; luego, cuando su primo la aconsejaba que no saliese, ella se enfadaba sin apartarse de él un momento, ni siquiera estando en la casa. Una noche, a eso de las dos, Lazare, que todavía no se había acostado, para acabar un plano, abrió la puerta de su habitación, asombrado de oír caminar; y su sorpresa fue en aumento cuando percibió a Pauline, que iba simplemente en enaguas, y que, sin ninguna bujía en la mano, estaba apoyada sobre la barandilla de la escalera, escuchando los ruidos que pudieran surgir de las habitaciones de abajo. Por toda explicación dijo que creía haber oído ruido de pisadas. Pero la mentira teñía de púrpura sus mejillas, y él, por su parte, también se sonrojó al asaltarle una duda. A partir de entonces y sin que mediaran entre ellos más palabras sobre el asunto notóse en los dos un cierto enfado. Él, movía la cabeza, la encontraba ridícula porque ponía mala cara y por sus infantilidades; en tanto que ella, cada vez más sombría y apagada, no le dejaba ni un minuto solo con Louise, estudiando sus menores gestos, languideciendo por la noche en su habitación, cuando les había visto hablando bajito, al regreso de la playa.

Los trabajos seguían adelante. Un equipo de carpinteros, después de haber clavado fuertes tablas de madera sobre una fila de estacas, acababan de colocar un primer espigón. Se trataba por lo demás de un simple ensayo; apresurábanse en previsión de una marea de envergadura; si las piezas de madera resistieran, se completaría el sistema de defensa. El tiempo, por desgracia, resultaba execrable. Los aguaceros se precipitaban sin descanso, y todo Bonneville se mojaba a gusto con tal de ver hundir las estacas de madera con la ayuda de un mazo. Finalmente, la mañana del día en que se esperaba la gran marea, un cielo de color tinta ensombreció el mar; y, a partir de las ocho, redobló la lluvia, inundando el horizonte con una bruma helada. El panorama aquel constituyó una verdadera desolación, pues se había proyectado a una especie de gira consistente en asistir en familia a la victoria de las planchas y de las vigas, bajo el ataque de las grandes masas de agua.

La señora Chanteau resolvió permanecer al lado de su marido, que aún padecía fuertes dolores. Y puso el mayor empeño en retener a Pauline, por tener la garganta irritada desde hacía una semana: estaba ligeramente ronca y un leve acceso de fiebre

se manifestaba cada tarde en ella. La joven, sin embargo, rechazó cuantos consejos de prudencia llegaron a darle y quiso ir a la playa, puesto que Lazare y Louise también se trasladaban allí. Aquella Louise, de andares tan frágiles, siempre a punto de desvanecerse, era en el fondo de una fuerza nerviosa sorprendente, cuando un placer determinado la mantenía en pie.

Partieron los tres, en consecuencia, después del desayuno. Una fuerte ráfaga de viento acababa de barrer las nubes, risas de triunfo saludaron aquel gozo imprevisto. El cielo aparecía con tan amplias franjas de azul atravesadas aún por algunos andrajos oscuros de nubes, que las jóvenes se empeñaron en no llevar consigo más que sus sombrillas. Lazare fue el único que cogió un paraguas. Por otra parte, él respondía de su salud y seguridad; las pondría al abrigo en cualquier sitio, si los aguaceros comenzaban de nuevo.

Pauline y Louise caminaban delante. Sin embargo, desde que se inició la pronunciada pendiente que constituye el camino de descenso a Bonneville, la última de ellas pareció dar un paso en falso sobre la empapada tierra, y Lazare, entonces, corriendo hacia Louise, le ofreció servirla de apoyo. Pauline hubo de seguirles. La jovialidad que mostraba al salir había decaído por completo, sus suspicaces miradas comprobaban, sin lugar a dudas, que el codo de su primo rozaba como una continua caricia el talle de Louise. Bien pronto ya, no vio ella otra cosa que ese contacto; todo desapareció prácticamente de su vista, la playa donde los pescadores del pueblecito esperaban con aire de burla, el mismo mar en ascenso, y hasta el espigón recubierto ya de blanca espuma. En el horizonte, una franja sombría iba creciendo, un nubarrón enorme que avanzaba a galope de la tempestad.

—¡Diablos! —murmuró el joven volviéndose—, creo que vamos a bailarla... Pero todavía nos dejará la lluvia tiempo para ver, y enseguida podemos refugiarnos ahí enfrente, en casa de los Houtelard.

La marea, que tenía el viento en contra, remontaba con una lentitud inquietante. Sin duda, el viento aquel impediría que resultase tan fuerte como se anunciaba. En consecuencia, nadie trató de abandonar la playa. El espigón, cubierto a medias, funcionaba muy bien, cortaba las olas cuya agua ya abatida borboteaba seguidamente hasta los pies de los espectadores. Pero el triunfo lo constituyó la victoriosa resistencia de las estacas. A cada ola que las cubría, haciendo chirriar los guijarros a todo lo ancho de las mismas, se oía cómo esos mismo guijarros iban a caer y se amontonaban al otro lado de las planchas, igual que si se tratara de la brusca descarga de una carretada de piedras; y ese muro en trance de ser elevado, significaba el éxito, la realización de la prometida muralla.

—¡Bien lo decía yo! —gritaba Lazare—. ¡Ahora ya podéis todos burlaros de ella!

Cerca de él, Prouane, que en tres días no pudo descargarse de su borrachera, meneaba la cabeza mientras balbuceaba:

—Todo eso habrá que verlo cuando el viento sople en lo alto.

Los otros pescadores estaban silenciosos. Pero observando la boca torcida de Cuche y de Houtelard, era visible a todas luces que sólo tenían una mediocre confianza en aquellas maquinaciones. Por otra parte, este mar que les aplastaba, tampoco hubieran querido verle batido ni azotado por aquel alfeñique de burgués. Reirían, por el contrario y a mandíbula batiente, el día en que se llevase de por medio sus vigas como si fueran simples pajas. En un momento dado puede esa marea demoler el pueblo y resultará ridículo cualquier intento de oponerse.

Bruscamente reventó el tormentón. Gruesas gotas desprendíanse del lívido nublado, que había invadido ya las tres cuartas partes del cielo.

—Esto no es nada, esperemos todavía un instante —dijo Lazare entusiasmado—. Fijaos, fijaos, ¡ni una sola estaca se mueve!

Había abierto su paraguas por encima de la cabeza de Louise. Esta última, con aires de tórtola friolera, se apretaba más aún contra él. Y Pauline, abstraída, no cesaba de observarles, presa de un coraje sombrío, creyendo recibir en pleno rostro el calor de su acercamiento. La lluvia se hizo torrencial y Lazare se volvió de repente.

—¿Qué haces? —gritó—. ¿Estás loca?... Abre tu sombrilla por lo menos.

Pauline permanecía derecha, erguida bajo aquel diluvio, dando la impresión de no oír. Instantes después, respondió con voz enronquecida:

—Déjame tranquila, estoy muy bien.

—¡Oh! Lazare, te lo ruego —decía Louise desolada—, haz que se venga con nosotros... Estaremos los tres juntos.

Pero Pauline ni siquiera se dignaba rehusar, en su tenaz obstinación. Si se encontraba bien como estaba ¿por que se empeñaban en molestarla? Y, cuando al final de sus ruegos, la insistió diciendo:

—¡Estás haciendo el tonto, corramos a refugiarnos a casa de Houtelard!

Ella, entonces, manifestó con rudeza:

—Corred a donde os plazca... Puesto que hemos venido para ver, yo me quedo aquí contemplando.

Los pescadores habían huido. Pauline quedó, entretanto, bajo el aguacero, inmóvil vuelta hacia las vigas, que las olas cubrían ya por completo. Aquel espectáculo parecía absorberla, a pesar del polvillo de agua que en todo se confundiera ya, un polvillo gris que se elevaba del mar, cribado por la lluvia. Su vestido que chorreaba materialmente permitía ver en los hombros y en los brazos anchas manchas negras. Y no consintió dejar aquel sitio hasta que el viento del oeste se hubo llevado la nube.

Regresaron los tres en silencio. Ni una sola palabra sobre la aventura fue contada al tío ni a la tía. Pauline fue rápidamente a cambiarse de ropa, en tanto que Lazare se dedicaba a contar el éxito completo de la experiencia. Por la noche, cuando estuvieron sentados a la mesa, Pauline volvió a notar un acceso de fiebre; aunque pretendía no

encontrarse mal resultaba evidente la molestia que experimentaba cada vez que se llevaba algo a la boca. Incluso acabo por responder brutalmente a Louise, que se inquietaba con aire enternecedor y le preguntaba a cada momento como se encontraba...

—Realmente, se está haciendo insoportable con su mal carácter —había murmurado detrás suyo la señora Chanteau—. Será mejor no volver a dirigirle la palabra.

Aquella misma noche, a eso de la una, Lazare fue despertado por una tos gutural, de una sequedad tan dolorosa, que se incorporó en la cama para escuchar. Al principio pensó en su madre; luego, mientras seguía con el oído atento, la brusca caída de un cuerpo que hizo temblar el suelo, motivó que saltase de la cama y se vistiese a toda prisa. No podía tratarse más que de Pauline, el cuerpo parecía haber caído detrás del mismo tabique. Con los dedos temblorosos trató de encontrar las cerillas. Por fin pudo salir con su palmatoria, y tuvo la sorpresa de encontrar abierta la puerta de enfrente. Obstruyendo el umbral, tendida de costado, allí estaba la joven, en camisa, con los brazos y las piernas desnudos.

—¿Qué es lo que ocurre? —exclamó él—, ¿has resbalado?

La idea de que todavía seguía rondando para espíarle atravesó su mente. Pero la joven, ni contestaba ni se movía; tenía los ojos cerrados y le pareció estar como atropellada. Indudablemente, y en el momento mismo en que se dispuso a pedir socorro, un vahído la había hecho caer rodando por el suelo.

—Pauline, contéstame, te lo suplico... ¿Dónde te duele?

El joven se había agachado y le iluminaba la cara. Muy sonrojada, parecía arder en medio de una intensa fiebre. El sentimiento instintivo de violencia que la mantenía vacilante ante aquel cuerpo desnudo de virgen, sin atreverse a cogerla en brazos para trasladarla al lecho, cedió inmediatamente ante su inquietud fraternal. Ya no tenía la sensación de verla así desnuda, y procedió a agarrarla por el talle y por los muslos, sin tener siquiera conciencia de aquella piel de mujer que se apoyaba en su pecho de hombre. Y cuando la hubo vuelto a acostar, la interrogó de nuevo, aún antes de cubrirla nuevamente con las mantas.

—¡Dios mío!, háblame, di alguna cosa... ¿Estás herida quizás?

La sacudida acababa de hacerle abrir los ojos. Pero seguía sin hablar; le miraba fijamente. Y, como aún insistiera, ella por fin se echó la mano al cuello.

—¿Es la garganta lo que te duele?

Entonces, con voz alterada, dificultosamente, le dijo en un tono muy bajito:

—No me fuerces a hablar, te lo ruego... Me causa demasiado dolor.

Y enseguida le dio un acceso de tos, esa tos gutural que escuchara desde su habitación. Su cara se fue amarotando, y el dolor llegó a ser tal que sus ojos se

llenaron de gruesas lágrimas. Se llevaba las dos manos a su pobre y quebrantada cabeza, sobre la que golpeaban los martillazos de una cefalalgia espantosa.

—Fue hoy cuando agarraste eso —balbuceaba el medio loco—. ¿Era razonable acaso, estando como estabas enferma?...

Detúvose no obstante, al encontrarse de nuevo ante sus miradas suplicantes. Con mano torpe, trataba la joven de subirse las mantas. El entonces la cubrió hasta la barbilla.

—¿Quieres abrir la boca para que pueda echar un vistazo?

Apenas si pudo ella separar las mandíbulas. El muchacho por su parte acercó la llama de la bujía y observó con dificultad la garganta, reluciente, seca, de un color rojo vivo. Se trataba sin duda de unas anginas. La cara de la enferma dejaba traslucir una sensación de estrangulamiento tan plena de angustia, que el muchacho desde aquel momento, experimentó el loco temor de verla ahogarse de un momento a otro. No podía tragar, cada movimiento de deglución la sacudía por entero. Un nuevo acceso de tos, hizo que perdiera el conocimiento. Y acabó por sentirse loco, corriendo a toda prisa para golpear con los puños la puerta de la criada.

—¡Véronique! ¡Véronique!, ¡levántate!... Pauline se muere.

Cuando Véronique, asustada, medio vestida, entro en la habitación de la señorita, encontró al joven dando muestras de agitación en medio de la alcoba.

—¡Qué país más miserable!, está uno expuesto a reventar como un perro... ¡Más de dos leguas para acudir en busca de socorro!

Se acercó a ella entonces.

—¡Trata de enviar a alguien para que vaya a buscar al doctor enseguida!

La criada se había acercado al lecho, contemplaba a la enferma, sobrecogida al verla tan encarnada, aterrorizada en medio del creciente afecto que sentía por aquella niña, a la que empezara detestando.

—Voy yo misma —dijo simplemente—. Acabaremos antes... La señora bien puede abajo encender el fuego, si es que lo necesitan.

Y, medio despierta aún, se puso unas grandes botas y se envolvió con un chal; luego, después de haber advertido a la señora Chanteau, al bajar, salió a grandes zancadas, por la enfangada carretera. Sonaban las dos en el reloj de la iglesia; la noche era tan oscura que la pobre mujer tropezaba con los montones de piedras.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó la señora Chanteau cuando hubo subido.

Lazare apenas si le prestó atención para contestar. Acababa de rebuscar violentamente en el armario de la alcoba, para ver de encontrar sus antiguos libros de medicina; y, apoyado en la cómoda, ojeando las páginas con sus temblorosos dedos, intentaba recordar sus cursos de antaño. Pero todo era un lío, se confundía, no cesaba de consultar el índice; no encontraba nada.

—Indudablemente, no se trata más que de una jaqueca muy fuerte —repetía la señora Chanteau, que se había sentado al borde de la cama—. Lo mejor sería dejarla dormir.

Él, entonces, estalló indignado.

—¡Una jaqueca!, ¡una jaqueca!... Escucha, mamá, estando ahí tan tranquila me excitas todavía más. Baja a calentar agua.

—No es preciso molestar a Louise, ¿verdad? —preguntó todavía la madre.

—Sí, sí, completamente inútil... No necesito a nadie. Yo llamaré en todo caso.

Cuando estuvo solo, volvió a coger la mano de Pauline para contar las pulsaciones. Contó hasta ciento quince; y notó aquella mano ardiente que estrechaba la suya durante largo rato. La joven cuyos pesados párpados permanecían cerrados, al apretarle la mano en aquella forma, quería con ello significar un gesto de agradecimiento y de perdón al mismo tiempo. Ya que no le era posible sonreír, quería hacerle comprender por lo menos que le había entendido, que se hallaba conmovida viéndole allí, solo con ella, sin pensar más en otra. Por lo general el muchacho experimentaba verdadero horror al sufrimiento, procuraba huir a la menor indisposición de los suyos, como mal enfermero que estimaba ser, tan poco seguro de sus nervios, según él mismo decía, que temía estallar en lágrimas. Por eso experimentaba ella ahora una auténtica sorpresa llena de gratitud, al ver cómo se sacrificaba de aquella forma. Él mismo, tampoco había sabido explicarse el ansia y el ardor con que obraba, el deseo aquel de fiarse únicamente de sí mismo para tranquilizarla. La presión ardiente de su menuda mano le trastornó, quiso entonces darle ánimos.

—No es nada, querida. Estoy esperando al doctor Cazenove... Sobre todo procura no asustarte.

Ella, entonces, siempre con los ojos cerrados, murmuró penosamente:

—¡Oh!, no tengo ningún miedo... Todo esto te esta causando molestias, y eso es lo que me produce tristeza.

Luego, en un tono de voz todavía más bajo, de la misma ligereza que un soplo añadió:

—Me perdonas, ¿verdad?... Me porté hoy del modo más estúpido, ya lo sé.

Él se había inclinado para besarla en la frente, como si se hubiera tratado de su mujer. Pero tuvo que separarse porque las lágrimas le ahogaban. Acudió a su mente todo lo sucedido durante aquellos días pasados, mientras esperaba la llegada del médico. La pequeña farmacia de la joven estaba allí, en una estrecha alacena. Sólo que, como temía equivocarse, empezó por interrogarla respecto de los distintos frascos, acabando por verter algunas gotas de morfina en un vaso de agua azucarada. Cuando intentaba tragar una cucharada, era tan vivo el dolor, que vacilaba cada vez antes de darle otra. Y en eso consistió todo, se sentía impotente para intentar

cualquier otro ensayo. Su espera se iba haciendo insufrible. Cuando ya no podía seguir contemplando su tormento, con las piernas destrozadas de permanecer de pie ante el lecho, volvía a abrir sus libros, creyendo siempre que al fin encontraría el caso y el remedio. ¿Se trataría quizá de una difteria?; el caso es, sin embargo, que no había llegado a observar falsas membranas sobre los pilares en el velo del paladar; y ponía todo su empeño en la lectura de la descripción y del tratamiento de la difteria, perdido entre la lectura de largas frases cuyo sentido se le escapaba, entreteniéndose en deletrear detalles inútiles, lo mismo que un niño que trata de aprenderse de memoria una lección oscura para él. Luego, un suspiro hacía que se acercara de nuevo al lecho, tembloroso, zumbándole la cabeza de palabras científicas, cuyas rudas sílabas contribuían a redoblar su ansiedad.

—¿Cómo vamos? —preguntó la señora Chanteau, que había subido lentamente.

—Siempre igual —le respondió el hijo.

Y, en medio de un arrebató, añadió:

—Esto es espantoso, ese médico no acaba nunca de llegar... Habría tiempo para morirse veinte veces.

Como las puertas de la habitación habían quedado abiertas, Mathieu, que dormía sobre la mesa de la cocina, acababa de subir la escalera, por esa manía suya en seguir a la gente por todas las piezas de la casa. Sus gordotas patas producían sobre el suelo el mismo ruido que unas zapatillas viejas de lana. Parecía estar tan contento con aquella calaverada de noche que quiso saltar a la vera de Pauline, se puso a dar vueltas alrededor de su rabo como bestia inconsciente de la tristeza de sus amos. Y Lazare, exasperado ante aquel gozo inoportuno, le dio un puntapié.

—¡Vete o te estrangulo!... ¿No estás viendo que estorbas, imbécil?

El perro, sobrecogido por la reprimenda, olfateando el aire como si hubiera comprendido todo de pronto, fue a estirarse humildemente bajo el lecho. Aquella brutalidad, sin embargo, había indignado a la señora Chanteau. Y sin esperar más, se bajó de nuevo a la cocina, diciendo con voz seca:

—Cuando quieras... Enseguida va a estar caliente el agua.

Lazare oyó entonces cómo su madre, en la escalera, refunfuñaba que era escandaloso eso de golpear así a un animal, y que acabaría por pegarle a ella misma, si permanecía allí. Él, que por lo general se arrodillaba ante su madre, experimentó a sus espaldas un gesto de loca irritación. A cada minuto que transcurría, iba a echar un vistazo a Pauline. Ahora ya, agotada por la fiebre, daba una impresión de anonadamiento; no quedaba otra cosa de ella, en el escalofriante silencio de la pieza, que el ronquido de su aliento, que parecía convertirse en un estertor agonizante. El miedo le sobrecogió de nuevo, irracional, absurdo: la joven iba seguramente a quedar ahogada de un momento a otro, si los socorros no llegaban. No hacía más que dar paseos de un extremo a otro de la habitación, consultando el reloj a cada instante.

Apenas si eran las tres; Véronique todavía no habría llegado a casa del médico. A lo largo de la carretera de Arromanches, la seguía con su imaginación en la oscura noche: habría sobrepasado con seguridad el bosque de encinas, llegaba ya al pequeño puente; ganaría cinco minutos, descendiendo por la pendiente a toda prisa. Entonces, un violento deseo de saber, de averiguar algo, le impulsó a abrir la ventana, aunque nada pudo distinguir, en aquel abismo de tinieblas. Una sola luz ardía en el fondo de Bonneville; la linterna sin duda de algún pescador que se hacía a la mar. Resultaba el espectáculo de una tristeza lúgubre, cabía traducirlo en un abandono inmenso en que creía percibir cómo rodaba y se extinguía cualquier género de vida. Cerró la ventana; la volvió luego a abrir, pero acabó cerrándola inmediatamente después. Terminó por perder la noción del tiempo, y le produjo asombro oír sonar las tres. Con seguridad que en aquel momento hacía enganchar el caballo, el cabriolé se deslizaba por el camino, agujereando la sombra con su ojo amarillo. Y Lazare, tan embriagado estaba por la impaciencia, ante el creciente sofoco de la enferma, que despertó como en un sobresalto, cuando, a eso de las cuatro, surgió en la escalera un ruido de pasos rápidos.

—¡Usted, por fin! —exclamó.

El doctor Cazenove hizo que encendieran una segunda vela, para examinar a Pauline. Lazare aguantaba una, en tanto que Véronique, despeinada por el viento, salpicada de barro hasta la cintura, acercaba la otra a la cabecera de la cama. La señora Chanteau se dedicaba a mirar. La enferma, somnolienta, no pudo abrir la boca sin exhalar quejas. Cuando la hubo recostado de nuevo, el doctor, muy inquieto cuando entrara, se situó en medio de la habitación con aire ya más tranquilo.

—Esta Véronique ¡buen susto me ha dado! —murmuró—. Después de las cosas extravagantes que llegó a contarme, incluso creí en un envenenamiento... Fíjense, había atiborrado mis bolsillos de drogas.

—Se trata de unas anginas, ¿no es eso? —preguntó Lazare.

—Sí, de unas simples anginas... Desde luego, no hay peligro inmediato.

La señora Chanteau tuvo un gesto de triunfo, como para significar que eso, bien lo sabía ella.

—Ningún peligro inmediato —repitió Lazare, presa del miedo nuevamente—, ¿es que acaso teme complicaciones?

—No —respondió el médico, después de haber vacilado—, pero esos endiablados males de garganta jamás permiten asegurar nada.

Y confesó entonces que, de momento, no había nada que hacer. Deseaba esperar hasta el día siguiente, antes de sangrar a la enferma. A continuación y como el joven le suplicase que intentara cuanto menos aliviarla, le pareció oportuno aplicar unos sinapismos. Véronique subió una vasija con agua caliente y el propio médico le puso las hojas mojadas, haciéndolas resbalar a lo largo de las piernas, desde las rodillas

hasta los tobillos. Aquello no significó en suma más que un nuevo sufrimiento; la fiebre persistía, la cefalalgia iba haciéndose insoportable. Los gargarismos emolientes también resultaban indicados, y la señora Chanteau preparó entonces una decocción de hojas de zarzas, que hubo de abandonar ya en la primera tentativa; hasta tal punto el dolor hacía imposible todo movimiento de la garganta. Eran cerca de las seis, estaba amaneciendo, cuando el médico se retiró.

—Volveré a eso del mediodía —dijo a Lazare en el pasillo—. Tranquilícese usted... No hay más que el dolor.

—¡Entonces le parece poco el sufrimiento! —gritó el joven a quien la enfermedad tenía indignado—. El sufrimiento no debía existir.

Cazenove le estuvo contemplando unos momentos y luego elevó sus brazos al cielo, ante tan extraordinaria pretensión.

Cuando Lazare estuvo de regreso en la alcoba, envió a su madre y a Véronique a que se acostaran un rato: él no habría podido dormir. Estuvo contemplando cómo iba amaneciendo en aquella desordenada pieza; ese lúgubre alborar de las noches de agonía. Con la frente apoyada en un cristal, contemplaba desesperadamente el cielo lívido, cuando un ruido le hizo volver la cabeza. Creyó que Pauline se levantaba; pero era Mathieu, olvidado de todos, que salía por fin de debajo de la cama, para acercarse a la joven, una de cuyas manos colgaba fuera de las mantas. El perro lamía aquella mano con tanta dulzura, que Lazare, muy emocionado, le cogió por el cuello, diciendo:

—Ya lo ves, mi pobre grandote, la amita está enferma... Pero no será nada; ¡va!, todavía galoparemos por ahí los tres.

Pauline abrió los ojos, y a pesar de la contracción dolorosa de su semblante, se la veía sonreír.

Y empezó entonces una existencia plagada de angustias; los quebraderos de cabeza propios de la habitación de un enfermo. Lazare, cediendo a un impulso de salvaje afecto, ahuyentaba a todo el mundo de allí; a duras penas dejaba entrar a Louise por la mañana, para enterarse de las novedades que pudiera haber; la única a quien toleraba abiertamente era a Véronique, en la que había podido percibir una auténtica ternura hacia Pauline. Los primeros días, la señora Chanteau intentó hacerle comprender la inconveniencia de todos aquellos cuidados por parte de un hombre respecto de una muchacha; pero él había protestado diciendo ¿no soy acaso su marido?; bien cuidaban los médicos a las mujeres. Y es que, entre ellos, no había en efecto ninguna violencia púdica. El padecimiento, la proximidad de la muerte quizás, llevaban consigo el equilibrio y el buen sentido. Era él por consiguiente, quien le prestaba todos cuantos pequeños servicios son del caso, la levantaba, la volvía a acostar, obrando siempre como hermano compasivo que sólo veía en aquel cuerpo deseable la fiebre que le estremecía. Era todo aquello algo así como la prolongación de su saludable infancia volvían a la desnudez, casta e ingenua, de sus primeros baños,

cuando él la trataba como una rapazuela. El mundo se esfumaba a su alrededor, nada existía ya, nada que no fuera la poción a beber, el anunciado mejoramiento, atendido en vano, de hora en hora, los detalles nimios de la vida animal adquiriendo con frecuencia una enorme importancia, hasta el punto de determinar el gozo o la tristeza de jornadas enteras. Y así las noches se sucedían a los días; la existencia de Lazare estaba como oscilando por encima del vacío con el miedo, cada minuto que pasaba, a un salto en plena oscuridad.

Todas las mañanas, el doctor Cazenove visitaba a Pauline; e incluso, a veces, volvía por la noche, después de su cena. Desde que tuvo lugar la segunda visita, había decidido practicar una copiosa sangría. Pero la fiebre, cortada por un instante, volvió a hacer su aparición. Pasaron los días, el doctor estaba visiblemente preocupado, sin alcanzar a comprender aquella tenacidad del mal. Y como la joven experimentara un dolor cada vez mayor al abrir la boca, no podía examinarle el fondo de la garganta que aparecía inflamado y de un color rojizo lívido. Finalmente, Pauline se quejaba de una creciente tensión que parecía iba a hacerle estallar el cuello y el doctor le dijo una mañana a Lazare:

—Sospecho que se trata de un flemón.

Le condujo entonces el joven a su cuarto. Había vuelto a leer precisamente la víspera y rebuscando en su antiguo manual de patología, las páginas donde se hablaba de los abscesos retrofaríngeos que arremeten en el esófago, y pueden traer consigo la muerte por sofocación al comprimir la traquea. Muy pálido, preguntó al doctor:

—Entonces ¿está perdida?

—Espero que no —respondió el médico.

Pero él mismo no ocultaba su inquietud. Confesaba su impotencia, casi absoluta, en el caso presente. ¿Cómo ir a buscar un absceso en el fondo, de aquella boca contraída?, y, por lo demás, abrirlo demasiado pronto presentaba graves inconvenientes. Lo mejor y lo más práctico era dejar a la naturaleza que llevara a cabo el proceso de terminación, lo que resultaría en todo caso muy largo y muy doloroso además.

—¡Yo no soy el Sumo Hacedor! —gritaba el doctor, cuando Lazare le reprochaba la inutilidad de su ciencia.

La ternura que el doctor Cazenove mostraba para con Pauline, venía a traducirse en él por un redoble de fanfarrona brusquedad. Aquel venerable anciano, seco como un tallo de escaramujo, acababa de ser tocado en lo más íntimo de su corazón. Durante más de treinta años había recorrido el mundo, yendo de barco en barco, prestando el servicio de hospital en los cuatro extremos de nuestras colonias; tuvo que cuidar las epidemias de a bordo, las monstruosas enfermedades de los trópicos, la elefantiasis de la Guayana, las picaduras de serpiente en la India; había matado hombres de todos

los colores, estudiado los venenos en el territorio de los chinos, arriesgado vidas de negros en delicadas experimentaciones de vivisección. Y hoy, en cambio, aquella jovencita con su erupción en la garganta, le traía de cabeza hasta el punto de no dejarle conciliar el sueño; sus manos de hierro temblaban, su hábito de enfrentarse con la muerte desfallecía ante el temor de un fatal desenlace. Por eso, en su deseo de ocultar aquella emoción indigna, intentaba simular una especie de desprecio por el sufrimiento. Se nacía para sufrir, ¿de qué servía el conmoverse?

Cada mañana, Lazare le decía:

—Ensaye alguna cosa, doctor, se lo suplico... Esto es horroroso, ni siquiera puede adormecerse un poco. Toda la noche ha estado quejándose.

—¡Por lo que más quiera!, la culpa no es mía —acababa de responder el médico exasperado—. Y sin embargo no me es posible cortarle el cuello para tratar de curarla.

El joven entonces, se enfadaba a su vez.

—Por lo visto, la medicina no sirve para nada.

—Para nada en absoluto cuanto la máquina se descompone... La quinina corta la fiebre, una purga actúa sobre los intestinos, se debe sangrar a un apoplético... Y, para todo lo demás, no constituye más que un pequeño consuelo. Hay que remitirse a la naturaleza.

Todo eran por allí gritos arrancados por la cólera de no saber qué hacer. Por lo general, no osaba negar la medicina tan abiertamente, todo y habiendo practicado más que suficiente para ser escéptico y modesto. Perdía horas enteras, sentado al lado del lecho, estudiando a la enferma; y se marchaba después sin dejar siquiera una receta, con los puños cerrados, no pudiendo hacer otra cosa que asistir al desarrollo completo de aquel absceso, que, por una línea divisoria de menos o de más, iba a significar la vida o la muerte.

Lazare arrastró de ese modo ocho días enteros, en medio de terribles zozobras. También él esperaba de minuto en minuto el freno de la naturaleza. A cada respiración penosa, creía que todo había terminado. El flemón se materializaba en su cerebro como una imagen viva; lo veía enorme obstruyendo la tráquea; sólo con que se inflamara un poco más, ya no dejaría paso al aire. Sus dos años de medicina mal digerida redoblaban su espanto. Y era, sobre todo, el dolor lo que le sacaba fuera de sí, en una especie de rebelión nerviosa de alocada protesta contra la existencia. ¿Por qué aquella abominación que entrañaba el dolor?, ¿no resultaba monstruosamente inútil aquel atenazamiento de las carnes, sus músculos quemados y retorcidos, cuando ese mal, además, atacaba el pobre cuerpo de una jovencita, de una blancura tan delicada? La obsesión del mal le llevaba constantemente a la cabecera del lecho. La interrogaba constantemente aun a riesgo de fatigarla: ¿era mayor su sufrimiento?, ¿dónde le dolía ahora? A veces, ella le cogía la mano y la colocaba sobre su cuello: era allí donde notaba como un peso intolerable, una especie de bola de plomo ardiente,

que apretara hasta ahogarla. La jaqueca no se le iba, no sabía ya como colocar la cabeza, torturada por el insomnio; desde hacía diez días en que se viera sacudida por la fiebre no llegó a dormir ni dos horas. Cierta noche, para colmo de desdichas, unos dolores de oído atroces vinieron a sumarse a sus otros males; y, en medio de aquellas crisis, la pobrecilla perdía el conocimiento, pareciéndole como si le triturasen los huesos de las mandíbulas. No confesaba, sin embargo, todo ese martirio a Lazare, mostraba más bien valor, pues le notaba casi tan enfermo como ella misma, con la sangre quemada por su fiebre y la garganta estrangulada por su absceso. E incluso a veces llegaba a mentirle, poniéndose a sonreír en el momento de experimentar las más vivas angustias: el dolor parece aplacarse —le decía— y entonces le impulsaba a descansar un poco. Lo peor del caso era que la pobre no podía tragar su propia saliva sin lanzar un grito, de tal forma su garganta se encontraba tumefacta. Lazare despertaba entonces de un sobresalto: ¿volvía a empezar la angustia? De nuevo se ponía a interrogarla, quería saber en que sitio la hacía daño; en tanto que con semblante doloroso y los ojos cerrados, ella luchaba aún por engañarle, balbuceando que aquello no era nada, alguna cosa que le hizo cosquillas simplemente.

—Duerme, no te molestes... Yo también quiero dormir.

Por la noche representaba aquella comedia del sueño, para que él se acostase. Pero Lazare se empeñaba en velar a su lado, sentado en un sillón. Las noches eran tan malas que el muchacho ya no veía acabarse el día sin sentir un terror supersticioso. ¿Volvería de nuevo a aparecer el sol?

Una noche, sentado al lado mismo de la cama, tenía entre las suyas la mano de Pauline, como hacía de ordinario, para significarle que permanecía allí y que no la abandonaba. El doctor Cazenove se ausentó a las diez, furioso, no queriendo contestar nada. Hasta aquel momento el joven había experimentado el consuelo de creer que ella no se veía en peligro. Alrededor suyo se hablaba de una simple inflamación de la garganta, muy dolorosa, pero que desaparecería con la misma facilidad que un catarro. Ella misma semejaba estar tranquila, con el rostro animado, siempre alegre, pese al sufrimiento que la agobiaba. Cuando se hacían proyectos y se hablaba de su convalecencia, ella sonreía. E incluso aquella noche, acababa de escuchar a Lazare proyectar, para su primera salida, un paseo por la playa. Luego, se impuso el silencio, parecía estar durmiendo, cuando la joven murmuró con voz distinta y al cabo de un cuarto de hora largo:

—Pobrecito amigo, creo que te casarás con otra mujer.

El muchacho quedó sobrecogido, un ligero escalofrío helaba su nuca.

—¿Cómo dices? —preguntó él.

La joven había abierto los ojos y le contemplaba con su aire de valerosa resignación.

—Sé muy bien lo que tengo... —dijo— y prefiero saberlo para poderos abrazar a todos por lo menos.

Lazare mostró entonces su enfado: lo que decía era una locura, ¡qué ideas tan fuera de lugar!; ¡antes de una semana podrá levantarse! Le soltó la mano y fue a buscar cobijo en su habitación con un pretexto cualquiera, pues los sollozos le ahogaban. Allí, en la oscuridad, dio rienda suelta a su infortunio, tumbado de sesgo en la cama, donde desde hacía tanto tiempo no se había acostado. Una certidumbre espantosa le había oprimido el corazón repentinamente: Pauline iba a morir, quizá no pasase de aquella misma noche. Y la idea de que ella lo sabía, de que el silencio que mantuviera hasta entonces era una simple bravura de mujer, manejando la sensibilidad de los demás hasta en el borde mismo de la muerte, acababa de desesperarle. Ella lo sabía, veía por consiguiente llegar la agonía, y estando él a su lado, sin poder hacer nada. Se creía en los últimos adioses, la escena se desarrollaba con lamentables detalles, sobre las tinieblas de la alcoba. Aquello significaba el fin de todo; cogió la almohada con sus convulsivos brazos y hundió en ella la cabeza, para ahogar el hipo de sus lágrimas.

La noche acabó, sin embargo, sin que ocurriera la catástrofe. Aún transcurrieron dos días. Pero, actualmente existía un nuevo lazo entre ellos, la presencia de la muerte a toda hora. Ella no hacía ninguna alusión a la gravedad de su estado, e incluso encontraba fuerzas para sonreír; él mismo llegaba a disimular una tranquilidad perfecta, una esperanza de verla levantarse de un momento a otro; y, sin embargo lo mismo en ella que en él toda era decirse adiós continuamente, a través de la caricia más larga de sus miradas al encontrarse. Por la noche sobre todo, cuando él velaba a su lado, uno a otro acababan oyendo su recíproco pensamiento; la amenaza de la eterna separación enternecía hasta su propio silencio. Nada resultaba de una dulzura tan cruel, jamás habían sentido sus seres confundirse hasta ese extremo.

Una mañana, al amanecer, asombróse Lazare de la calma en que le sumía la idea de la muerte. Trató de recordar fechas: desde el día en que Pauline cayera enferma, ni por una sola vez había notado pasar desde su cráneo hasta los pies, el horror frío de dejar de existir. Y si bien era cierto que temblaba ante la sola idea de perder a su amiga, aquello entrañaba otro horror, un espanto de distinta naturaleza, en el que para nada entraba la destrucción de su propio ser. El corazón sangraba en él, pero le parecía que aquella batalla, librada a la muerte, le igualaba a ella y le proporcionaba el valor suficiente para mirarla cara a cara. Acaso no hubiera en todo ello otra cosa que el cansancio y el embrutecimiento, dentro de la somnolencia que entumecía su miedo. Cerró los ojos para no ver al sol engrandecer, quiso encontrar de nuevo su estremecimiento de angustia, excitando su propio miedo, y repitiéndose a sí mismo que también él, un día, dejaría de existir: no halló respuesta alguna, aquello le era indiferente, las cosas habían adquirido a su alrededor una singular ligereza. Su propio pesimismo quedaba ensombrecido ante ese lecho de dolor; en lugar de hundirle en un

sentimiento de odio contra el mundo, su rebelión contra el dolor no significaba más que el deseo ardiente de que imperase la salud, un exasperado amor por la vida. Ya no habló más de hacer estallar la tierra como una vieja construcción inhabitable; la sola imagen que le obsesionaba, era la figura de Pauline en pleno estado de salud, yéndose con ella cogidos del brazo, bajo un sol que proyectase alegría; sólo experimentaba una necesidad, conducirla aún, sonriente, con pie firme, por los mismos senderos por donde tantas veces habían pasado.

Fue aquel día cuando Lazare creyó que la muerte llegaba. Desde las ocho la enferma estuvo afectada de náuseas, cada esfuerzo que hacía motivaba una crisis de ahogo muy inquietante. Enseguida empezaron los escalofríos, sintiéndose sacudida por un temblor tal que se oyeron castañear sus dientes. Aterrorizado, Lazare gritó por la ventana que enviaran un muchacho a Arromanches, aunque esperaba llegase el doctor hacia las once, como de costumbre. La casa había quedado sumida en un silencio melancólico; iba surgiendo en ella algo así como un vacío, desde que Pauline no la animaba con su vibrante actividad. Chanteau se pasaba las jornadas abajo, silencioso, con la mirada puesta en sus piernas, con el miedo constante a sufrir un ataque, coincidiendo con que nadie podía cuidarle; la señora Chanteau forzaba a Louise para que saliera; vivían ambas prácticamente fuera de la casa, estrechamente unidas, muy íntimas en la actualidad; y no se sentía en el hogar más que el Sordo caminar de Véronique, subiendo y bajando incesantemente, que turbaba así la paz de la escalera y de las vacías piezas de la mansión. En tres ocasiones había ido Lazare a asomarse a la barandilla, impaciente por saber si la criada había podido convencer a alguien para que, haciendo la consiguiente caminata, fuera a avisar al médico. Acababa de entrar nuevamente en la habitación, cuando la puerta, dejada entreabierta, crujió ligeramente.

—¿Es Véronique? —preguntó.

Se trataba, sin embargo, de su madre. Aquella mañana debía acompañar a Louise a casa de unos amigos, por la parte de Verchemont.

—El chico de Cuche acaba de salir hace un momento —respondió ella—. Tiene buenas piernas.

Luego, después de un breve silencio, la madre preguntó:

—¿No está mejor, acaso?

Con gesto desesperado y sin decir una sola palabra, Lazare le mostró a Pauline inmóvil, como muerta, con el rostro bañado en un sudor frío.

—Entonces no iremos a Verchemont —continuó ella diciendo—. Qué tenaces se hacen esas enfermedades sobre las que nada resulta posible saber... La pobre criatura, bien puede decirse que ha sido sometida a una dura prueba.

La señora Chanteau se había sentado y empezó a devanar frases, en el mismo tono de voz, bajo y monótono.

—¡Y nosotras que queríamos ponernos en camino a las siete de la mañana! Ha sido una suerte que Louise no se haya despertado tan temprano... ¡Y todo parece coincidir, además, esta mañana, diríase hecho a propósito! El abacero de Arromanches ha pasado con su cuenta, y he tenido que pagarle. En este mismo momento, está abajo el panadero... ¡Un mes más de cuarenta francos de pan! No concibo lo que está ocurriendo...

Lazare no la escuchaba, absorto por entero ante el temor de ver reaparecer los escalofríos. Pero el ruido sordo de aquella oleada de palabras, le irritaba enormemente. Trató de deshacerse de ella, diciéndole:

—Tienes que darle dos toallas a Véronique para que me las suba.

—Como es natural, a ese panadero hay que pagarle —siguió ella diciendo, como si no le hubiese oído—. Estuvo hablando conmigo, por consiguiente no se le puede dar la excusa de que salí... ¡Ah!, ¡cuán harta estoy de la casa! Todo esto se va haciendo muy pesado y acabaré por cruzarme de brazos... Si Pauline no se encontrase tan grave, podría facilitarnos la solución, adelantándonos los noventa francos de su pensión. Estamos ya a veinte, y se trataría en último término de diez días... La pobrecilla parece estar muy débil...

Volvióse entonces Lazare, haciendo un brusco movimiento.

—¿De qué se trata?, ¿qué es lo que pretendes? —le dijo con sequedad.

—¿No sabes tú dónde guarda su dinero? —añadió la madre.

—No —respondió el joven.

—Debe tenerlo en su cómoda... Si quisieras mirar —insistió ella.

El muchacho rehusó hacerlo, con gesto exasperado. Sus manos temblaban mientras la decía.

—Te lo ruego, mamá... Por compasión, déjame solo.

Las susodichas frases sueltas habían sido cuchicheadas rápidamente, en el fondo de la alcoba. Un penoso silencio acababa de hacerse, cuando una voz tenue surgió del lecho:

—Lazare, coge la llave de debajo de mi almohada y dale a la tía lo que quiera.

Ambos quedaron sobrecogidos. Lazare protestaba; no quería rebuscar en la cómoda. Pero no tuvo más remedio que ceder para no seguir atormentando a Pauline. Cuando le hubo entregado un billete de cien francos a su madre y se acercó de nuevo al techo para deslizar la llave bajo la almohada, encontró a la enferma sumida en nuevo escalofrío, que la sacudía como un arbolillo que está a punto de romperse. Y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas partiendo de sus pobres ojos cerrados.

El doctor Cazenove no apareció hasta su hora habitual. Ni siquiera había visto al pequeño de Cuche, que se dedicaba sin duda a hacer el golfo por las cunetas. En cuanto el doctor hubo escuchado a Lazare y echado una ojeada sobre Pauline, exclamó:

—¡Está salvada!

Aquellas náuseas, esos terribles escalofríos eran simplemente indicios de que el absceso se horadaba por fin. No había por qué temer ya al sofoco, el mal iba ahora a resolverse por sí mismo. El regocijo fue enorme, Lazare quiso acompañar al doctor, y como Martin, el antiguo marinero que permaneciera al servicio de este último, con su pata de palo, estaba bebiendo un vaso de vino en la cocina, todo el mundo quiso entonces brindar. La señora Chanteau y Louise tomaron licor de nueces.

—Yo nunca me sentí seriamente inquieta —decía la primera—. Presumía que al final no sería nada.

—¡Lo cual no es obstáculo para que la pobre criatura lo haya pasado muy mal! —replicaba Véronique—. La verdad es que no me sentiría más contenta si me dieran cien sueldos.

En aquel momento entró el abate Horteur. Venía a saber noticias, y aceptó unas gotas de licor para ponerse a tono de los demás. Como buen vecino, se presentaba por allí cada día para preguntar, pues, desde la primera visita y habiéndole dicho Lazare que no le permitiría ver a la enferma por temor a asustarla, el sacerdote había respondido tranquilamente que se hacía cargo. Contentábase, pues, con rezar sus misas a favor de aquella pobre señorita. Chanteau, brindando con él, le alabó por su tolerancia.

Cuando el doctor hubo partido, Louise quiso subir a abrazar a Pauline. Esta sufría aún de un modo atroz, pero parecía como si el dolor no contase ya. Lazare le gritaba jovialmente que tuviera valor; había cesado en sus disimulos, e incluso exageraba el peligro pasado, explicándola que en tres ocasiones creyó tenerla muerta en sus brazos. Ella, sin embargo, no testimoniaba en forma tan aguda el gozo que experimentaba por hallarse a salvo, aunque se sentía embargada, eso sí, por la dulzura de vivir después de haber tenido el valor de habituarse a la idea de la muerte. Visibles muestras de enternecimiento atravesaron su dolorido rostro; había estrechado la mano del joven, mientras murmuraba con una sonrisa:

—Vamos, mi querido amigo, lo que es ahora no te escapas: seré tu mujer.

Finalmente, la convalecencia empezó por largos sueños. Dormía jornadas enteras, muy calmadamente, su respiración era dulce y tranquila, en medio de una ausencia mental reparadora. Minouche, a la que se impidió entrar en la alcoba, durante las horas inciertas, llenas de nerviosismo de la enfermedad, aprovechaba aquel ambiente de paz y tranquilidad para deslizarse por allí; saltaba al lecho con ligereza y enseguida se acurrucaba al lado de su dueña, pasándose de ese modo los días enteros disfrutando de la tibieza de las sábanas; dedicándose a veces a la interminable tarea del aseo de su pelambre a fuerza de darle con la lengua, aunque haciéndolo, eso sí, con movimientos tan suaves, que la enferma ni siquiera notaba que se moviera.

Durante ese tiempo, Mathieu, admitido igualmente en la habitación, roncaba como un hombre, sobre la alfombra de la cama.

Uno de los primeros caprichos de Pauline consistió en que, el sábado siguiente, permitieran subir a verla a sus amiguitos del pueblo. Empezaron a consentirle que tomara huevos pasados por agua, después de la severa dieta que acababa de observar durante tres semanas. Y pudo, efectivamente, recibir a los niños, sentada, siempre muy débil. Lazare había tenido que rebuscar nuevamente en la cómoda, para facilitarle monedas de cien sueldos. Pero cuando hubo interrogado a sus pobres, empeñándose asimismo arreglar con ellos lo que la joven llamaba sus cuentas atrasadas, fue tal la sensación de laxitud que experimentó, que se hizo precisa volverla a acostar desmayada. Se interesaba igualmente por los espigones y las empalizadas; preguntaba cada día si iban aguantando. Las vigas se habían debilitado ya a aquellas horas, aunque su primo le mentía, hablándole sólo de dos o tres planchas desclavadas. Una mañana en que se quedó sola, aprovechó para abandonar las sábanas, en su deseo de ver la marea alta batir a lo largo de los amazones; y, también en esta ocasión, sus renacientes fuerzas la traicionaron; y habría llegado a caerse, de no entrar Véronique a tiempo para recibirla entre sus brazos.

—¡Desconfía, créeme!, soy capaz de atarte si no obras con cordura —repetía Lazare bromeando.

Se obstinaba siempre en velarla; pero, rendido por la fatiga, se dormía en su sillón. Al principio, había experimentado enorme gozo, viendo cómo se tomaba sus primeros caldos. Aquella salud que iba invadiendo su joven cuerpo, constituía algo exquisito, una especie de renovación de la existencia, en la que él mismo se sentía a su vez revivir. Luego, el hábito de contemplar la salud volvió a apoderarse de él; cesaba de regocijarse ante su presencia como si se tratara de un don inesperado, en cuanto el dolor desaparecía. Y sólo le quedaba como un atontamiento, una especie de tregua nerviosa después de la lucha, la idea confusa de que la vaciedad de todo comenzaba.

Una noche, Lazare dormía profundamente, cuando Pauline le oyó despertarse con un suspiro de angustia. Contemplábele a la débil claridad de la mariposilla, y así pudo ver su espantado semblante, unos ojos extremadamente abiertos que reflejaban horror, y las manos juntas en un gesto de súplica. Balbuceaba palabras entrecortadas:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Inquieta, se había inclinado vivamente hacia él, preguntándole:

—¿Qué te ocurre, Lazare?... ¿Te duele algo?

Aquella voz consiguió tranquilizarle. Eso significaba que le veían. Permaneció en actitud de violencia durante unos momentos, y acabó por no encontrar, como explicación, más que una torpe mentira:

—A mí no me ocurre nada... Eres tú quien te quejabas hace un instante.

El miedo a la muerte acababa de reaparecer en su sueño; un miedo sin fundamento alguno, como surgido de la propia nada; un miedo cuyo soplo helado le despertaba con un gran escalofrío. ¡Dios mío!, ¡un día habrá que morir! Aquello iba adentrándose en el fondo de su ser, le producía verdadero sofoco, en tanto que Pauline, que había reclinado la cabeza sobre la almohada, le contemplaba con aire de maternal compasión.

V

Cada noche, en el comedor, cuando Véronique despejaba la mesa, la misma conversación volvía a empezar entre la señora Chanteau y Louise, mientras Chanteau, absorto por la lectura de su periódico, se contentaba con responder brevemente a las raras preguntas que le hacía su mujer. En las dos semanas durante las cuales Lazare creyó a Pauline en peligro, ni siquiera se dignó bajar para sentarse a la mesa; ahora ya cenaba abajo, pero en cuanto se servían los postres, subía de nuevo para acompañar a la convaleciente; y apenas había llegado el hijo a la escalera, la señora Chanteau reemprendía sus quejas de la víspera.

—Pobre chico, se está agotando... Y no es razonable en verdad que arriesgue de ese modo su salud. Hace tres semanas que apenas duerme... Hoy le encuentro más pálido aún que ayer.

Y también se quejaba de Pauline: la pobrecilla sufría mucho, no se podía permanecer un minuto allí arriba, sin que se le revoliera a uno el estómago. Pero, luego, poco a poco, iba a parar al desorden que aquella enferma motivaba en la casa: todo seguía patas arriba, imposible comer nada caliente, era cosa de preguntarse si aquello era vivir. Y al llegar a este punto se interrumpía a sí misma para preguntar a su marido:

—¿Ha pensado siquiera Véronique en tu agua de malvavisco?

—Sí, sí —respondía él, mirando por encima de su periódico.

La mujer, bajaba entonces el tono de voz y dirigiéndose a Louise, proseguía:

—Resulta raro, pero el caso es que esta desdichada de Pauline jamás nos trajo la felicidad. ¡Y pensar que las gentes la creen nuestro buen ángel! Va, ya estoy enterada de los chismes que corren... En Caen, ¿no es eso, Louissette?, se dice que nos ha enriquecido. ¡Ah!, sí, ¡enriquecido!... Puedes hablar con entera franqueza ¡me tienen sin cuidado las malas lenguas!

—Pero ¡por Dios!, se habla de ustedes como de todo el mundo —murmuraba la joven—. El mes pasado sin ir más lejos, tuve que parar los pies a la mujer de un notario que hablaba de todo eso, sin saber una palabra, naturalmente... Resulta imposible impedir que las gentes hablen.

Desde ese momento, la señora Chanteau, ya no se contuvo más. Sí, eran víctimas de su buen corazón. ¿Es que acaso necesitaban de alguien para vivir antes de la llegada de Pauline? ¿Dónde estaría ella a estas horas, si ellos no hubieran consentido tomarla bajo sus auspicios?, en algún rincón del empedrado de París, con toda seguridad. Y la gente había dado en hablar de su dinero: un dinero respecto del cual, ellos personalmente, sólo habían llegado a sacar sufrimientos; un dinero que parecía haber traído la ruina a la casa. Los propios hechos eran de por sí bastante elocuentes: jamás su hijo se habría embarcado en aquella estúpida explotación, ni tampoco hubiera perdido el tiempo tratando de impedir que el mar aplastase a Bonneville, sin aquella tonta de Pauline, que le trastornaba la cabeza. Y si había comprometido su propio dinero, ¡tanto peor para ella!; él, el pobre muchacho bien había dejado allí también su salud y su porvenir. La señora Chanteau no agotaba su odio metiéndose con los ciento cincuenta mil francos respecto de los cuales su mueble escritorio conservaba aún la fiebre. Eran las grandes sumas engullidas, las pequeñas cantidades cogidas aún diariamente y que seguían ahondando el agujero, lo que la sacaba de quicio, como si olfatease allí un mal fermento donde se iba descomponiendo su propia honradez. Hoy ya la descomposición había tenido lugar, y por ello execraba a Pauline por todo el dinero que le debía.

—¿Qué puedes decir, además, a una tozuda de esa naturaleza? —seguía diciendo—. Es horriblemente avara en el fondo y, al mismo tiempo, el despilfarro personificado. Será capaz de tirar doce mil francos al mar para esos pescadores de Bonneville que se burlan de nosotros, podrá dedicarse asimismo a alimentar a la chiquillería piojosa de la comarca, pero me pongo a temblar en cambio, ¡palabra de honor!, en cuanto tengo que pedirle cuarenta sueldos. ¡Concuerta una cosa con otra!... Tiene el corazón duro como una roca, con sus aires de darlo todo a los demás.

A menudo, Véronique entraba, paseando la vajilla o trayendo el té; procuraba entretenerse, escuchaba, y en ocasiones, incluso, se permitía intervenir:

—¿La señorita Pauline un corazón de roca?, ¡oh!, señora, ¡cómo es posible que diga eso!

Con severa mirada, la señora Chanteau le imponía silencio. Luego, con los codos apoyados sobre la mesa, se sumía en complicados cálculos, como hablando consigo misma:

—Ya no tengo que guardar su dinero ¡a Dios gracias!, pero tendría verdadera curiosidad por saber qué es lo que aún le queda. No creo que llegue a setenta mil francos, lo juraría... ¡Vaya!, contemos un poco: tres mil desembolsados ya para el ensayo de los armazones, doscientos francos, por lo menos, cada mes destinados a limosnas, y los noventa francos de su pensión. Esto va rápido... ¿Quieres apostar, Louisette a que se arruina? Sí, la verás durmiendo sobre la paja... Y, si se arruina ¿qué querrá entonces?, ¿cómo se las compondrá para vivir?

De repente, Véronique, no pudo contenerse:

—Espero que, en tal caso, la señora no se sentiría con valor para echarla a la calle.

—¿Cómo?, ¡qué es lo que estás insinuando! —contestó la dueña en tono de furia—, ¿a qué viene mencionar eso?... No se trata, sábelo bien, de poner a nadie de patitas en la calle. Nunca fui capaz de echar a nadie... Lo único que digo es que, cuando se ha heredado una fortuna, nada parece más estúpido que malbaratarla para convertirse luego en una carga de los demás... ¡Anda pues a tu cocina y ocúpate de tus cosas, hija mía!

La criada se iba masticando sordas protestas. Y el silencio se impuso mientras Louise servía el té. No se oía más que el ligero chasquido del periódico, del que Chanteau leía hasta los anuncios. A veces, este último cambiaba algunas palabras con la joven:

—Anda, ponme un poquito más de azúcar... ¿recibiste por fin carta de tu padre?

—¡Ah!, ¡qué va, de eso ni hablar! —respondía la joven riendo—. Pero, ya lo sabe usted, si estima que estorbo, puedo irme. Bastantes molestias tienen ya con Pauline enferma... Yo quería irme; fueron ustedes quienes me retuvieron. Chanteau intentaba interrumpirla.

—No te están hablando de eso. Demasiado amable eres haciéndonos compañía, en espera de que la pobre muchacha pueda volver a bajar.

—Me refugio en Arromanches, hasta que llegue mi padre, si es que no me queréis más aquí —siguió ella diciendo, sin parecer oírle y con vistas a hacerlo enojar—. Mi tía Léonie ha alquilado un chalet; y por allí hay mucha gente, e incluso una playa donde por lo menos es posible bañarse... Lo único que sucede es que mi tía Léonie ¡resulta aburrida!

Chanteau acababa riéndose con las travesuras de aquella mimosa jovencita. Sin embargo, y aunque no se atreviese a confesarlo delante de su mujer, todo su corazón se volcaba por Pauline, que con tanta solicitud y mano tan suave sabía cuidarle. Y volvía a zambullirse en su periódico, en cuanto la señora Chanteau, perdida en el fondo de sus reflexiones, saltaba bruscamente como despertando de un sueño:

—Ves tú, hay desde luego una cosa que no le perdono, y es el haberme quitado a mi hijo... Apenas si permanece un cuarto de hora en la mesa. Siempre hay que explicarse a toda prisa.

—Eso se acabará enseguida —recalcaba Louise—. Bien precisa que alguien vele a su lado.

La madre meneaba la cabeza. Apretábanse sus labios; y las palabras que parecía querer retener, terminaban saliendo igualmente:

—¡Posiblemente!, pero resulta algo raro siempre, eso de ver a un muchacho, encerrado a todas horas con una joven enferma... ¡Ah!, y conste además que no

pongo ninguna intención en mi comentario; me limité a decir lo que pensaba; ¡tanto peor si luego surgen los disgustos!

Y, ante la mirada embarazosa de Louise, añadió:

—Por lo demás, no tiene que ser muy sano que digamos respirar la atmósfera de aquella habitación. Podría muy bien contagiarte sus anginas. Esas jóvenes que parecen tan robustas, llevan a veces en la sangre toda clase de impurezas. ¿Quieres que te lo confiese?, pues bien, yo no la creo una muchacha sana.

Louise, con dulces palabras, seguía defendiendo a su amiga. ¡La encontraba tan gentil!, y en eso consistía su único argumento, que respondía a las acusaciones de corazón malvado y de mala salud. Un impulso de benevolencia, de equilibrio dichoso, la llevaban a combatir el odio demasiado rudo de la señora Chanteau; y ello a pesar de que cada día la escuchaba, sonriente, incrementar su rencor de la víspera, protestaba, excitada por la violencia de las frases, sonrojada por el sordo placer que experimentaba al sentirse preferida a la otra, dueña y señora de la casa. Era como Minouche, acariciaba a los demás, sin malicia alguna y en tanto no se turbase su propio placer.

Cada noche, en fin, después de haber pasado por las mismas repeticiones, la conversación iba a parar indefectiblemente a este comienzo de frase, pronunciado pausadamente La señora Chanteau tomando aquel punto de partida, se extendía entonces sobre las cualidades que exigía de una nuera perfecta; y sus ojos no se apartaban entonces de los de la joven, intentando hacerla comprender con la mirada las cosas que no se atrevía a decir. El retrato completo de ésta se dibujaba a continuación: una persona joven, bien educada ya conocedora del mundo, capaz de organizar recepciones' mas bien graciosa que bonita, muy femenina sobre todo, pues decía detestar a esas muchachas que parecen chicos y que, bajo la capa de la franqueza resultan brutales en definitiva. Venía luego la cuestión dinero, la única decisiva que ella desarrollaba en una sola frase: la dote no contaba, desde luego, pero su hijo tenía grandes proyectos y no podía comprometerse concertando un matrimonio ruinoso.

—Observa sólo una cosa, querida —seguía diciéndole—, suponte que Pauline no hubiera tenido ni un céntimo y que hubiera aterrizado aquí sin camisa, por decirlo así; pues bien, el matrimonio se habría celebrado al cabo de los años... Pero ¿cómo quieres que no tiemble cuando veo fundirse el dinero en sus manos de esa manera tan absurda? Ya a estas horas, irá muy lejos, ¿no te parece?, con sus sesenta mil francos... No, Lazare vale más que todo eso; jamás le entregaré a una loca capaz de escatimar con los alimentos, para arruinarse luego con una serie de estupideces.

—¡Oh!, el dinero no significa nada —respondía Louise, bajando los ojos instintivamente—. Sin embargo, hace falta.

Sin que hubiera necesidad de puntualizar más sobre la cuestión de su dote, los doscientos mil francos parecían hallarse allí sobre la mesa, iluminados por la claridad durmiente de la lámpara del comedor. Y era notándolos, creyendo verlos por lo que la señora Chanteau vivía aquel impulso febril, haciéndola descartar con significativo gesto los miserables sesenta mil francos de la otra y soñar en la conquista de esta última recién llegada, con su fortuna intacta. Había podido comprobar perfectamente la atracción que hacia la joven sentía su hijo, antes de tener lugar los trastornos que le habían retenido arriba. Si la joven, por su parte, también le amaba, ¿por qué no casarlos? El padre consentiría, sobre todo en el caso de tratarse, como ocurría aquí, de una pasión recíproca. Y ella se dedicaba simplemente a atizar esa pasión, pasándose el resto de la velada murmurando frases turbadoras:

—¡Es tan bueno mi Lazare! Nadie como yo le conoce. Tu misma, Louissette, no puedes llegar a sospechar hasta dónde alcanza su ternura... ¡Ah!, ¡seguro que no habré de compadecer a su mujer!, ¡bien segura puede estar de ser amada!... ¡Y disfrutando siempre de buena salud! Tiene una piel de pollito. Mi abuelo, el caballero de la Vignière, tenía un cutis tan blanco, que se descotaba como una mujer en los bailes de máscaras de sus tiempos.

Louise se sonrojaba, reía, muy divertida por todos aquellos detalles. La corte que la madre le hacía por cuenta del hijo, sus confidencias de alcahueta honesta, que podían ir muy lejos, tratándose como se trataba de dos mujeres, le habrían retenido allí toda la noche. Pero Chanteau acababa por dormirse encima de su propio periódico.

—¿Iremos pronto a acostarnos? —preguntaba entre bostezos.

A continuación, y como desde hacía ya tiempo no continuaba la conversación, añadía por su cuenta:

—Tenéis razón, ella no es mala... Me sentiré contento el día en que vuelva a bajar a comerse la sopa a mi lado.

—Todos estaremos contentos —exclamaba la señora Chanteau con acritud—. Se habla, se dice lo que se piensa, naturalmente, pero eso no impide en modo alguno que se quiera a las personas.

—¡Pobre queridita mía! —manifestaba a su vez Louise—, aceptaría gustosa la mitad de su mal, si eso pudiera hacerse... ¡Es tan gentil!

Véronique, que traía las palmatorias, intervino de nuevo en la conversación:

—Hace usted muy bien siendo su amiga, señorita Louise, haría falta tener una losa por corazón, para colaborar en maniobras dirigidas contra ella.

—Está bien, pero nadie ha pedido tu opinión —insistió entonces la señora Chanteau—. Mejor harías limpiando tus palmatorias... ¡Lo demás es una impertinencia!

Todo el mundo se levantó. Chanteau, buscando huir de aquella explicación tormentosa, se encerraba en su alcoba de los bajos. Pero, cuando las dos mujeres hubieron subido al primer piso, donde tenían sus respectivos cuartos frente por frente,

todavía permanecieron sin acostarse. Casi siempre, la señora Chanteau se llevaba a Louise unos instantes, introduciéndola en su habitación; y, una vez allí se ponía de nuevo a hablar de Lazare, pregonaba sus virtudes, tratando de hacer su retrato, a cuyos efectos sacaba a relucir incluso los más nimios recuerdos sobre su persona: un diente que habían tenido que arrancarle siendo muy chiquitín, la pálida cabellera de su primera infancia, hasta sus vestiditos, su corbata de primera comunión y sus primeros pantalones largos.

—¡Toma!, aquí puedes ver cabellos suyos —le dijo una noche—. Puedo pasar sin ellos, los tengo de todas las edades.

Y, cuando Louise se metía por fin en la cama, no le era posible cerrar los ojos, hallándose como se hallaba bajo la obsesión de aquel muchacho que la madre lanzaba de tal manera en sus brazos. En el lecho, no hacía más que dar vueltas, quemada por el insomnio, le veía surgir de entre las tinieblas, con su blanca epidermis. Con frecuencia, ponía oído atento para ver de escuchar y saber si el joven había subido o no al piso de arriba; y la idea de que, sin duda, aún estaba velando a la cabecera de Pauline, redoblaba su fiebre, hasta el punto de tener que destaparse y dormir con el escote al descubierto.

En la alcoba de Pauline, la convalecencia seguía su lento curso. Y aunque la enferma estuviera, desde luego, fuera de peligro, continuaba muy débil, extenuada por accesos de fiebre que tenían asombrado al médico. Como le decía Lazare, los médicos se muestran siempre perplejos. El muchacho, a cada hora que transcurría estaba más irritable. La brusca laxitud que experimentara desde el final de la crisis parecían molestarle, la alcoba aquella poco aireada, las cucharadas de poción que tenía que darle a horas fijas, todas las miserias, en fin, que trae consigo la enfermedad, y que al principio acogió con tanto ardor. La enferma podía prescindir de él, y el joven volvía a caer irremediablemente en el fastidio que significaba el vacío de su existencia, una inhibición y un aburrimiento en suma que le dejaban con las manos temblorosas, haciéndole que cambiara a cada momento de postura y que se pusiera a pasear mirando desesperadamente las cuatro paredes de la habitación, abstrayéndose delante de la ventana, sin mirar ni ver nada. En cuanto abría un libro para leer al lado de la enferma, empezaba enseguida a lanzar bostezos.

—Lazare —dijo un día Pauline—, debieras salir de aquí e ir a distraerte. Para acompañarme, bastaría Véronique.

Él se negó violentamente. ¿Hasta tal punto no podía soportarle, que deseaba que se fuera? ¿Le parecía acaso caballeroso abandonarla en aquellos momentos y antes de que se hubiera repuesto del todo? Por fin se calmó mientras ella trataba de explicarle con dulzura:

—El que salgas a tomar un poco el aire, no significa precisamente que me abandones... Sal a primera hora de la tarde. ¡Aviados estaríamos si a tu vez cayeras enfermo!

Pero la joven entonces cometió la torpeza de añadir:

—Noto que te pasas el día bostezando.

—¡Que bostezo yo! —exclamo airado—. Sólo te queda por decir que no tengo corazón... ¡Bonita manera de recompensar mis desvelos!

Al día siguiente, Pauline se mostró habilidosa. Simuló un vivo deseo de ver continuar la construcción de los espigones y las empalizadas: las grandes mareas de invierno estaban por llegar, los armazones de prueba iban a ser barridos, si no se completaba el sistema de defensa. Pero Lazare distaba mucho de tener ya aquel su primer impulso de entusiasmo; mostrábase descontento del conjunto con el cual contaba, precisaba hacer nuevos estudios; rebasarían, en fin, el presupuesto calculado, y el consejo general aún no había votado ni un céntimo. Durante dos días tuvo ella entonces que volver a despertar en él su amor propio como inventor: ¿toleraría acaso ser vencido por el mar y teniendo como testigos a las gentes del pueblo, que ya empezaban a tomarlo en broma?; en cuanto al dinero, sería desde luego reembolsado, si lo adelantaba ella, conforme se hubo convenido. Poco a poco, Lazare pareció apasionarse de nuevo. Rehízo sus planes, llamó al carpintero de Arromanches, con el que sostuvo una serie de entrevistas en su habitación, cuya puerta dejaba abierta, para poder atender a la primera llamada de la enferma.

—Ahora ya —declaró una mañana abrazando a la joven— el mar no volverá a causarnos mal alguno, resultará incapaz de quebrar ni tan siquiera una cerilla; me siento completamente seguro de mi proyecto... En cuanto puedas caminar, iremos a comprobar el estado de los armazones.

Aquella mañana precisamente, Louise había subido a saber noticias de Pauline, y cuando se acercó para besarla, le dijo esta última al oído:

—Llévatelo.

Al principio, Lazare se negó. Esperaba al doctor. Pero Louise no cesaba de reírse, repitiéndole a cada momento que por lo visto era lo bastante galante como para dejarla ir sola a casa de los Gonin, donde ella misma escogía las langostas que luego enviaba a Caen. De paso, podría echar un vistazo al espigón.

—Anda, me sentiré contenta si la acompañas —dijo Pauline—. Cógele del brazo, Louise... Y ahora ya no le sueltes.

Ella parecía alegrarse y los otros dos se pusieron entonces a bromear; pero, cuando salieron ambos, se puso otra vez seria y se acercó al borde de la cama, para seguir escuchando sus pasos y sus risas, que se perdían en la escalera.

Un cuarto de hora más tarde, apareció Véronique con el doctor. Luego, la criada se instaló en la cabecera de Pauline, sin abandonar por ello sus cacerolas, subiendo a

cada minuto y pasándose allí una hora a veces, entre guiso y guiso. El fenómeno no surgió así, de repente. Por la tarde volvió Lazare; pero salió de nuevo al otro día y, después, a diario, atraído por la vida exterior, iba haciendo cada vez más breves sus visitas, sin pasar en la alcoba más que el tiempo preciso para enterarse de las novedades que pudiera haber. Era, sin embargo, Pauline la que le impelía de nuevo a marcharse, si él hablaba de sentarse. Cuando regresaba con Louise, les forzaba a contar su paseo, satisfecha de su animación y de la ventolera que reflejaban sus cabelleras. Le parecían tan camaradas, que no sospechaba de ellos lo más mínimo. Y en cuanto llegaba Véronique con la poción en la mano, se ponía a gritar alegremente:

—¡Váyase, por favor!, no hace más que estorbarme.

A veces, y cuando ya se iban, volvía a llamar a Louise para recomendarle que cuidara de Lazare, como si se tratase de un niño:

—Procura que no se aburra. Necesita distracción... Y dad un buen paseo, hoy ya no quiero veros por aquí.

Cuando quedaba sola, su fija mirada parecía seguirles a lo lejos. Se pasaba el día leyendo, en espera de recobrar sus fuerzas, tan quebrantadas aún, que dos o tres horas de estar en un sillón le dejaban agotada. Muy a menudo, dejaba caer el libro sobre sus rodillas; una especie de somnolencia extraviaba su mente que iba entonces a la zaga de su primo y de la amiga. Si pasearon a lo largo de la playa, en aquel momento debían estar llegando a las grutas, donde tan bien se estaba en la arena a esa hora fresca de la marea. Y ante la persistencia de aquellas visiones o imágenes, creía no experimentar otra sensación que la del disgusto de no poder estar con ellos. Sus lecturas, por lo demás, la aburrían. Las novelas que arrastraban por la casa, esas historias de amor en las que se ensalzaban las traiciones poéticas, chocaron siempre con su rectitud, su necesidad instintiva de entregarse para no arrepentirse nunca más de ello. ¿Resultaba acaso posible mentir al corazón propio; que se dejase de querer un día, después de haber amado? Apartaba entonces el libro. Y, a renglón seguido, sus miradas perdidas, veían allá abajo, transponiendo los muros, a su primo que llevaba consigo a la amiga, charlando entre risas.

—Su poción, señorita —decía bruscamente Véronique, cuya desentonada voz surgida detrás suyo, la despertaba de un sobresalto.

Al final de la primera semana, Lazare no entraba ya sin llamar. Una mañana, cuando empujaba la puerta para entrar, percibió a Pauline, con los brazos desnudos, que se estaba peinando en la cama.

—¡Oh!, ¡perdón! —murmuró el joven, echándose hacia atrás.

—¿Qué te ocurre? —murmuró ella entonces—, ¿te doy miedo quizás?

Al oírla, Lazare se decidió a entrar, pero temía abrazarla, volvía la cabeza mientras ella acababa de arreglar sus cabellos.

—¡Anda!, alcánzame una camisola —le dijo tranquilamente—. Ahí, en el primer cajón... Estoy mejor, y me estoy volviendo coqueta.

Él, azorado, no encontraba más que camisas. Por fin, cuando le hubo alcanzado una camisola, esperó junto a la ventana hasta que la joven se hubo abotonado hasta la barbilla. Quince días antes, cuando la creyera en la agonía, la levantó en sus brazos como si fuera una niña, sin fijarse en su desnudez. Ahora, el mismo desorden que reinaba en la habitación le enfurecía. Y ella también, por su parte, contagiada de su violencia, muy pronto dejó de pedirle los servicios íntimos que en otras ocasiones le prestara.

—Véronique, ¡cierra la puerta! —gritó una mañana al oír al joven caminar por el pasillo—. Escóndelo todo y dame esa toquilla.

Pauline, sin embargo, iba mejorando cada vez más. Su gran gozo, en cuanto pudo ponerse de pie y apoyarse de codos en la ventana, consistió en seguir a lo lejos la construcción de los espigones. Se escuchaban con toda claridad los martillazos, y se percibía asimismo el equipo de siete y ocho hombres, cuyas manchas negras se movían como si fueran enormes hormigas, sobre los amarillentos guijarros de la playa. Entre marea y marea procuraban apresurarse en su trabajo; luego habían de retroceder cuando el oleaje subía. Pero lo que sobre todo suscitaba el interés de Pauline era la chaqueta blanca de Lazare y el vestido color rosa de Louise, relucientes al sol. Les seguía con la mirada, les encontraba siempre; habría podido referir la forma en que pasaron el día, sin olvidar el menor gesto. Y ahora que los trabajos se emprendieron a fondo, ya no podían alejarse, irse hasta las grutas, por detrás de los acantilados. Les tenía invariablemente a un kilómetro de distancia, su silueta resultaba de una delicadeza encantadora; parecían muñecos bajo aquel inmenso cielo. Y, en el recobrar aquel de sus fuerzas, en su reacción juvenil de convaleciente, influía en mucho, en su ignorancia respecto de lo que realmente estaba ocurriendo, la afanosa envidia de estar con ellos.

—¡Vaya!, por lo que veo, le distrae el contemplar cómo trabajan esos hombres —repetía a diario Véronique, mientras limpiaba la habitación—. Vale más eso, desde luego, que leer. A mí los libros me trastornan la cabeza. Y, cuando se tiene la sangre suficiente para reponerse, usted misma puede comprobarlo, hay que abrir el pico estando al sol como los pavos para respirar el aire a grandes bocanadas.

No era habladora por lo general, e incluso la consideraban solapada. Pero con Pauline, en cambio, charlaba en prueba de amistad y creyendo hacerla un bien.

—¡Estrambótico trabajo, por lo demás! —dijo la criada contemplando el de aquellos hombres—. Pero, en fin, puesto que eso parece complacer al señorito Lazare... Y cuando digo que le place, no dejo observar al mismo tiempo que ya no tiene el entusiasmo de antes. Pero es orgulloso, se obstina en su propósito, a reserva

del fastidio que pueda reportarle... Así y todo, si abandona un minuto a esos borrachines de obreros, le colocan inmediatamente los clavos atravesados.

Después de haber paseado su escoba por debajo de la cama, continuó diciendo:

—En cuanto a la duquesa...

Pauline, que la escuchaba por encima y distraídamente, mostró su asombro al oír aquella palabra.

—¡Cómo es eso!, ¿la duquesa, dices?

—¡Me refiero a la señorita Louise! Diríase nacida del seno de Júpiter... Si usted viera, su alcoba está llena de potecitos, de pomadas y licores. Desde que se entra allí, se le agarran a una en la garganta todos esos potingues, hasta tal punto embalsaman el ambiente... Y, sin embargo, no es tan bonita como usted.

—¡Oh!, yo no soy más que una simple campesina —continuaba diciendo la joven con una sonrisa—. Louise es muy graciosa.

—¡Posiblemente!, pero, si se la observa un poco carece de carnes. Lo veo sobre todo cuando se está lavando... ¡Si yo fuera hombre, no creo que vacilase gran cosa!

Llevada por el fuego de su convicción, se había acercado a la ventana y se apoyaba de codos al lado de Pauline.

—Obsérvela echada en la arena —le decía— y dígame con franqueza si no parece una quisquilla. Claro está que se halla muy lejos y desde aquí no puede parecer ancha como una torre. Pero, en fin, hay que tener por lo menos aires de algo... ¡Ah!, mire ahora al señorito Lazare cómo la levanta, para que no se moje sus botinas. ¡Vamos, que no es mucho el peso que lleva entre los brazos! Claro está que hay hombres que prefieren los huesos.

Véronique se interrumpía de súbito al notar el estremecimiento de Pauline. Incesantemente la criada reanudaba el tema con el deseo vehemente de contar más cosas. Todo lo que oía, todo lo que veía en la actualidad, le quedaba atravesado en la garganta y la estrangulaba materialmente: las conversaciones durante la cena en las que la joven era devorada con ansia, las risas furtivas de Lazare y de Louise, la casa entera dando muestras de ingratitud, lindantes con la traición. Si hubiera subido inmediatamente, cuando una injusticia demasiado fuerte revolucionaba su buen sentido, se lo habría contado todo a la convaleciente; pero el miedo de poner a ésta más enferma aún la retenía haciendo que se limitase a patalear por su cocina, tratando brutalmente sus ollas y jurándose a sí misma que aquello no podía durar, que en un momento dado estallaría. Luego, una vez arriba, en cuanto se le escapaba alguna frase inquietante, trataba enseguida de arreglarla y la explicaba entonces con una torpeza conmovedora:

—¡A Dios gracias!, al señorito Lazare no le gustan los huesos. Ha estado en París y tiene demasiado buen gusto... Fíjese ahora, acaba de volver a ponerla en la arena, como si lanzase una cerilla.

Y Véronique, temiendo decir otras cosas inútiles, blandía el plumero para acabar de arreglar la habitación; en tanto que Pauline, absorta por completo, seguía hasta por la noche con la mirada fija en el horizonte, contemplando el vestido color rosa de Louise y la chaqueta blanca de Lazare, entre las manchas sombrías de los obreros.

Cuando por fin se acababa la convalecencia. Chanteau sufrió un nuevo y violento ataque de gota, que impulsó a la joven a bajar, pese a su estado de debilidad. La primera vez que salió de su habitación, fue para ir a sentarse a la cabecera de un enfermo. Conforme decía la señora Chanteau con resentimiento, la casa era un verdadero hospital. Desde algún tiempo atrás su marido no abandonaba ya la «chaise longue». Como consecuencia de repetidas crisis, su cuerpo entero se veía afectado, el mal iba ascendiendo de los pies a las rodillas; después a los codos y a las manos. La perla blanca de la oreja se había desprendido, pero otras más fuertes hicieron su aparición; y todas las coyunturas se entumecían. Se trataba ahora ya de la gota crónica, incurable, la gota que anquilosa y que deforma.

—¡Dios mío, cuanto sufro! —repetía Chanteau a cada momento—. Mi pierna izquierda está tiesa como un madero; imposible mover el pie ni la rodilla... Pues, ¡y mi codo!, también parece como si ardiera. Míralo tú misma.

Pauline pudo comprobar entonces en el codo izquierdo un tumor muy inflamado. Se quejaba sobre todo de aquella coyuntura, en donde el dolor se hizo enseguida insoportable. Con el brazo extendido, Chanteau suspiraba, no quitando los ojos de su mano, una mano deplorable con las falanges inflamadas de nudos, con el pulgar desviado y roto, de un martillazo.

—No puedo permanecer quieto, hace falta que me ayudes... Había encontrado una postura cómoda, y de repente vuelta a empezar; se diría que me raspan los huesos con una sierra... Trata de levantarme un poco.

Por más de veinte veces en una hora, era preciso cambiarle de postura. Una ansiedad continua le agitaba, siempre esperando hallar un alivio. Pero la joven se sentía con tan pocas fuerzas aún, que no se atrevía a moverle ella sola; y por eso cuando llegaba la ocasión murmuraba:

—Véronique, cógele suavemente conmigo.

—¡No, no! —gritaba el enfermo—. ¡Véronique no! No hace más que sacudirme.

Entonces Pauline estaba obligada a realizar un esfuerzo que le hacía crujir los hombros. Y, por muy rápidamente que le volviese, lanzaba un alarido que ponía en fuga a la criada. Juraba y perjuraba ésta, que precisaba ser una santa como la señorita, para no hastiarse con semejante tarea; pues el mismo Dios habría escapado con seguridad oyendo aquellos alaridos del señor.

Las crisis se hicieron, sin embargo, menos agudas, aunque, en cambio, no cesaban nunca; durante noche y día, resultaban exasperantes por el malestar que causaban, llegando a producir una tortura sin nombre por la angustia de la inmovilidad. Ya no se

trataba sólo de los pies que parecía roerle un animal, sino que era todo el cuerpo el que se hallaba deshecho y como si lo hubieran colocado bajo una rueda de molino. Y en esto sí que no había alivio posible, no podía hacer otra cosa que permanecer allí, sometido a los caprichos de la enfermedad, siempre atento a cambiar de postura, sin que jamás lograra una hora de calma. Y lo peor del caso era que el sufrimiento le convertía en injusto y brutal, hasta el punto de hablar a la sobrina en tono de furia, lo mismo que a una sirvienta torpe.

—¡Vaya por Dios!, ¡eres tan tonta como Véronique!... ¿Es tolerable acaso que me claves los dedos en el cuerpo? ¡Parece que tengas las manos de gendarme!... ¡Déjame en paz!, ¡no quiero que me toques más!

Ella, sin contestar, con una resignación que nada era capaz de torcer, redoblaba por el contrario su dulzura. Cuando le notaba demasiado irritado, se ocultaba por unos momentos detrás de las cortinas, para que se apaciguase no viéndola. Frecuentemente se echaba a llorar en silencio, y no precisamente por las brutalidades del pobre hombre, sino por el abominable martirio que le hacía ser malo. Y le escuchaba pacientemente hablar a media voz, en medio de sus quejidos:

—Por fin se fue, carece de corazón... ¡Ah!, ya puedo estar reventando que, por lo que veo, sólo voy a tener a Minouche para cerrarme los ojos. No es posible que Dios abandone a un cristiano de ese modo... Apostaría a que está en la cocina bebiéndose el caldo.

Luego, después de haber luchado un momento, refunfuñaba algo más fuerte y se decidía finalmente a llamar:

—Pauline, ¿estás ahí?... Ven a moverme un poco, no hay forma de permanecer de ese modo... Ensayemos por el lado izquierdo, ¿quieres?

Le entraba entonces el sentimentalismo, y le pedía perdón por no haber sido condescendiente con ella. A veces quería que hiciera entrar a Mathieu, para estar así menos solo, imaginándose que la presencia del perro podía hacerle algún bien. Pero tenía, sobre todo, en Minouche una compañera fiel, puesto que le gustaban al animalito las alcobas cerradas de los enfermos y se pasaba las jornadas sobre un sillón frente al lecho. Las quejas demasiado vivas parecían, sin embargo, sorprender a la gatita. Cuando gritaba, se sentaba sobre su cola, viéndole sufrir con sus redondeados ojos, en los que parecía brillar el asombro indignado de una persona cuerda, molesta en su quietud. ¿Por qué el dueño emitiría aquel ruido tan desagradable como inútil?

Cada vez que Pauline acompañaba al doctor para despedirle, le suplicaba:

—¿No podría darle una inyección de morfina? Tengo el corazón partido de oírle.

El doctor se negaba. ¿Para qué?, el ataque sobrevendría luego con mayor violencia. Puesto que el salicilato parecía haber agravado el mal, prefería no ensayar ninguna nueva droga. Hablaba, sin embargo, de probar el régimen de leche, en

cuanto hubiera pasado el período agudo de la crisis. Hasta entonces dieta absoluta, bebidas diuréticas y nada más.

—En el fondo —repetía constantemente—, se trata de un glotón que paga a un precio muy elevado los buenos alimentos ingeridos. Ha comido perdiz, lo sé, he visto las plumas. Al fin y al cabo, ¡tanto peor para él!, bastante le he prevenido; que sufra, puesto que prefiere atiborrarse y correr los consiguientes riesgos... Pero lo que ya resultaría menos justo, hijita mía, sería que acabaras teniendo que meterte en la cama. Debes ser prudente ¿no lo crees así?, tu salud aún requiere cuidados.

Pauline no se cuidaba gran cosa, entregaba, por decirlo así, todas sus horas, y la noción del tiempo, de la vida misma, escapaban a su mente durante las jornadas pasadas junto al tío, con los oídos zumbándole por los lamentos que estremecían la alcoba. La obsesión aquella era tan grande, que incluso echaba en olvido a Lazare y a Louise, limitándose a cruzar con ellos breves frases cuando los cogía de paso; sin verles más que los breves minutos en que atravesaba el comedor. Por lo demás, los trabajos de los espigones se dieron por terminados, violentas tormentas retenían a los jóvenes en la casa, desde hacía una semana; y, cuando Pauline pensaba de repente que ahora se encontraban juntos, se sentía dichosa con sólo saber que estaban cerca de ella.

La señora Chanteau parecía no haber estado nunca tan ocupada. Según decía ella, aprovechaba el desconcierto en querías crisis de su marido sumían a la familia para revisar sus papeles, hacer sus cuentas y poner al día su correspondencia. Y así, a primera hora de la tarde, se encerraba en su habitación, dejando sola a Louise que inmediatamente subía a la de Lazare, pues la soledad le ocasionaba verdadero horror. Habíase establecido la costumbre; permanecían juntos hasta la hora de cenar en la gran pieza del segundo piso, aquella habitación que durante tanto tiempo sirvió a Pauline de sala de estudio y de recreo. La estrecha cama de hierro del joven seguía allí, oculta tras la mampara, en tanto que el piano iba cubriéndose de polvo y la gran mesa desaparecía bajo una aglomeración desordenada de papeles, libros y folletos. En medio de esa mesa, entre dos paquetes de algas secas, había un espigón del tamaño de un juguete, recortado con un cuchillo sobre un trozo de abeto, y que recordaba la obra maestra del abuelo, el puente cuya hornacina de cristal decoraba el comedor.

Desde hacía algún tiempo, Lazare se mostraba nervioso. Su equipo de obreros le tenía exasperado; acabó por desentenderse de los trabajos así como de una prestación personal que constituyera una carga demasiado pesada, sin experimentar la satisfacción de contemplar por fin su idea puesta en marcha. Otros proyectos ocupaban ya su mente, confusos proyectos de porvenir, empleos en Caen, obras encaminadas a elevarle a gran altura. Nunca daba, sin embargo, paso alguno en serio, ya que recaía en una ociosidad que agriaba su temperamento, haciéndole cada vez menos fuerte, menos decidido. Esa inseguridad, ese malestar propio y congénito,

veíase agravado por la profunda sacudida que le produjera la enfermedad de Pauline, que le dejó como quebrantado; sentíase poseído de la continua necesidad de respirar aire libre, de una singular excitación física, como si obedeciera al imperioso deseo de tomarse un desquite contra el dolor. La presencia de Louise aún irritaba más su fiebre; no podía hablarle la joven sin apoyarse en su hombro, le soplaban sus encantadoras risas en la misma cara; y sus gracias de gatita mimada, su olor de mujer coqueta, todo ese abandono amistoso y turbador, acababa de embriagarle. Llegaba a experimentar un deseo enfermizo, combatido por una serie de escrúpulos. Tratándose de una amiga de la infancia, hallándose en casa de su madre, aquello se hacía imposible, la idea de la honestidad entorpecía bruscamente sus brazos, cuando la cogía mientras jugaban y un fuego repentino hacía surgir su sangre a flor de piel. En esa lucha interna sin embargo, jamás era la imagen de Pauline lo que le frenaba: ella ni se hubiera enterado, lo mismo que un marido engaña a su mujer con una sirvienta, sin que nada de particular ocurra. Por la noche, soñaba con auténticas fantasías, habían despedido a Véronique por hacerse insoportable, Louise no era más que una criadita, a cuyo encuentro salía sigilosamente y con los pies descalzos. ¡Qué mal ordenada estaba la vida! Y de ese modo, desde por la mañana hasta por la noche, se dedicaba a exagerar su pesimismo sobre las mujeres y el amor, a través de ocurrencias feroces. Todo el mal provenía de las mujeres estúpidas, superficiales, no sabiendo hacer otra cosa que eternizar el dolor mediante el deseo; el amor no era otra cosa que un engaño, el impulso egoísta de futuras generaciones que pugnaban por vivir. Schopenhauer entero desfilaba por allí, con sus brutalidades que hacían sonrojar a la joven, aunque le causaran un gran regocijo. Y así, poco a poco, la amaba cada vez más; una verdadera pasión desprendíase, en definitiva, de aquellos furiosos desdenes; se lanzaba hacia aquél la nueva ternura con el brío y la fogosidad que experimentara en la primera, siempre en busca de una dicha que acababa abortando.

En Louise, y durante mucho tiempo, no significó todo aquello otra cosa que un natural juego de coquetería. Adoraba las pequeñas atenciones, los halagos y las alabanzas cuchicheados al oído, el ligero roce de los hombres amables; poniéndose inmediatamente triste en cuanto ya no se ocupaban más de ella. Sus sentidos corporales de virgen permanecían dormidos, todo quedaba reducido en ella al cacareo, a las familiaridades excesivas pero autorizadas que le hacían sentirse cortejada a cada minuto. Cuando Lazare se descuidaba de ella unos instantes para escribir una carta o quedar absorto en una de sus súbitas melancolías, sin causa aparente por lo demás, la muchacha se sentía tan desgraciada, que luego se ponía a porfiar, provocándole; prefiriendo, por decirlo así, el peligro al olvido. Más adelante, sin embargo, el miedo la había embargado, un día en que el aliento del joven pasó como una llamarada por su delicada nuca, se hallaba lo suficientemente instruida por sus largos años de estancia en el pensionado como para no ignorar nada de lo que la

amenazaba; y, desde ese momento, había vivido en la espera, a la vez deliciosa y horripilante de una posible desdicha: no es que ello lo anhelase en lo más mínimo, ni siquiera que razonase fríamente y con claridad de conceptos, pues contaba desde luego con escapar del apuro llegado el caso, sin verse forzada, sin embargo, a pesar de exponerse; hasta tal punto su dicha de mujer se basaba en aquella lucha a flor de piel y era asimismo consubstancial con sus propios abandonos y subsiguientes repulsas.

Arriba y en aquella espaciosa habitación, Lazare y Louise se sintieron más aún el uno para el otro. La familia, cómplice, parecía querer perderles; él se hallaba entonces sin ocupación, enfermo de soledad, y ella, por su parte, sentíase turbada por los detalles íntimos y los apasionados informes que le facilitaba la señora Chanteau sobre su hijo. Refugiábase allí la pareja, so pretexto de oír menos los gritos del padre, retorcido abajo por la gota; y allí se pasaban la vida, sin tocar un libro, sin abrir el piano, ocupados únicamente de sí mismos, aturdiéndose mutuamente con charlas interminables.

El día en que el acceso de Chanteau hubo llegado a su paroxismo, la casa entera tembló con sus crisis. Tratábase de lamentaciones muy prolongadas, desgarradoras, semejantes a los aullidos de una bestia a la que están degollando. Después del almuerzo, tragado rápidamente en una exasperación nerviosa, la señora Chanteau se escabulló diciendo:

—No puedo, me pondría también a dar alaridos. Si preguntan por mí, estoy en la habitación, escribiendo... Y tú, Lazare, anda también pronto a tu cuarto y llévate a Louise. Os encerráis bien allí y trata de distraerla, pues si no es así, ¡vaya diversión la que tiene aquí la pobre Louissette!

En el piso superior se oyó entonces a la madre cerrar su puerta violentamente, en tanto que su hijo y la joven subían más arriba.

Pauline había vuelto al lado de su tío. Era la única que permanecía en calma, en medio de la compasión que la inspiraba un dolor tan intenso. Si no le era posible hacer otra cosa que estar allí, quería por lo menos proporcionar al desdichado el alivio de no sentirse solo en su sufrimiento; le notaba más decidido y resistente contra el dolor, cuando ella le contemplaba, sin dirigirle siquiera la palabra. Durante horas y horas se sentaba de ese modo junto a la cabecera del lecho, llegando a apaciguarle un poco, con sus grandes ojos compasivos. Aquel día, sin embargo, con la cabeza vuelta sobre la almohada, el brazo extendido, triturado el codo por el sufrimiento, ni siquiera veía a la muchacha, poniéndose por el contrario, a gritar más fuerte en cuanto ésta se aproximaba.

Hacia las cuatro, Pauline, desesperada, fue a la cocina en busca de Véronique, dejando la puerta del enfermo abierta. Contaba con volver enseguida.

—Habría que intentar algo —murmuraba la joven—. Me están entrando deseos de probar unas compresas de agua fría. Dijo el doctor que eso es peligroso, pero a veces da resultado... Necesitaría un paño.

Véronique estaba de un humor execrable.

—¡Un paño!... Acabo de subir por unas rodillas, y si viera lo bonitamente que me han recibido... Por lo visto, no quieren que se les moleste. ¡Muy correcto!

—¿Y si preguntases por Lazare? —siguió diciendo Pauline, sin acabar de comprender aún.

Pero, fuera ya de sus casillas, la criada había clavado los puños en sus caderas, y soltó la frase antes de reflexionar lo más mínimo:

—¡Ah!, sí; ¡que se cree usted eso!, ¡están muy ocupados allí arriba en lamerse la cara!

—¿Cómo? —balbuceó la joven, que se había puesto muy pálida.

Véronique, asombrada ella misma por el tono de su voz y queriendo desvirtuar aquella confidencia que durante tanto tiempo había sabido reservarse, trataba de encontrar una explicación, una mentira cualquiera que la ayudase a salir del paso, sin encontrar ningún argumento razonable. Había agarrado a Pauline por las muñecas, como precaución; pero ésta, con un gesto brusco, se soltó de una sacudida y se lanzó escaleras arriba como una loca, con tanto sofoco, tan convulsa de cólera, que la criada no se atrevió a seguirla, temblorosa ante aquella blanca máscara, que no reconocía por no haberla visto jamás. La casa parecía dormir, un silencio absoluto diríase que se desplomaba de los pisos superiores; sólo los alaridos de Chanteau remontaban por doquier entre el aire muerto. La joven llegaba de un salto al primer piso, cuando topó con su tía. Allí estaba ella de pie, obstruyendo el rellano como un centinela al acecho, desde hacía quizá largo rato.

—¿Adónde vas? —le preguntó la tía.

Pauline, debido al sofoco que llevaba encima e irritada por aquel obstáculo, no podía responder.

—Déjeme —acabó por balbucear.

Y realizó un terrible gesto que hizo retroceder a la señora Chanteau. Luego, haciendo un nuevo esfuerzo, subió hasta el segundo piso, en tanto que su tía, petrificada, levantaba sus brazos sin lanzar un solo grito. Experimentaba uno de esos accesos de furiosa rebelión que hacían estallar la tormenta en la dulzura alegre de su temperamento y que, ya siendo muy niña, la dejaban como muerta. Con el transcurso de los años, se creyó curada. Pero el soplo de los celos acababa de sobrecogerla de nuevo con tal rudeza, que la joven no hubiera podido detenerse sin destrozarse a sí misma.

Ya arriba, cuando Pauline estuvo ante la puerta de Lazare, se lanzó de un brinco. La llave quedó torcida y el batiente de la puerta fue a estrellarse contra la pared. Y lo que

entonces vio, acabó de alocarla. Lazare, que tenía a Louise acorralada contra el armario, la comía a besos la barbilla y el escote; en tanto que ella, desfallecida, presa del miedo que la inspiraba el hombre, se abandonaba por completo. Indudablemente habían jugado y el juego acababa mal.

Hubo un momento de estupor. Miráronse los tres. Por fin, Pauline gritó:

—¡Ah!, ¡bribona!, ¡más que bribona!

La traición de la mujer, sobre todo, la exasperaba. Con gesto de desprecio había apartado a Lazare, como a un niño cuyas debilidades conocía. Pero esa mujer que la tuteaba, esa mujer que le robaba su marido, mientras ella atendía a un enfermo; eso sí que no tenía perdón. La había cogido por los hombros y no cesaba de sacudirla, con deseos de pegarla.

—Dime, ¿por qué has hecho eso?... Cometiste una infamia, ¡entiéndelo!

Louise, violenta, con ojos vacilantes, balbuceó:

—Es él quien me apretujaba, quien me rompía los huesos.

—¿Él, dices?; ¡déjate de farsear!, habría estallado en lágrimas sólo con que tú le hubieras empujado.

La vista de la alcoba fustigaba más aún su rencor; aquella habitación de Lazare, donde tanto se habían amado y en donde ella también había sentido arder la sangre de sus venas, al soplo ardoroso del joven. ¿Qué iba a hacer con aquella mujer, para vengarse? Con estúpido embarazo el joven, por su parte, se decidió por fin a intervenir, cuando Pauline soltó tan bruscamente a Louise, que las espaldas de ésta fueron a chocar contra el armario.

—¡Toma!, tengo miedo de mí misma... ¡Márchate!

Y, desde aquel instante, Pauline no pronunció más que aquella palabra; persiguió a Louise a través de la pieza, la lanzó hacia el pasillo, la hizo descender los escalones, abofeteándola con el mismo grito:

—¡Márchate!, ¡márchate!... Recoge tus cosas, ¡márchate!

Entretanto, la señora Chanteau había quedado en el rellano del primer piso. La rapidez con que se desarrollara la escena no le había permitido interponerse. Pero iba recobrando su voz; con un gesto significativo ordenó a su hijo que se encerrase en su cuarto; luego, trató de calmar a Pauline afectando sorpresa al principio. Esta última, después de haber acosado a Louise hasta la habitación en que la misma dormía, continuó repitiendo incesantemente:

—¡Márchate!, ¡márchate!

—¡Cómo!, ¿que se vaya?... ¿Has perdido acaso la cabeza?

Pauline, entonces, balbuceó lo ocurrido. Un enorme disgusto la tenía trastornada, para su recta naturaleza y serio temperamento, aquélla era la acción más vergonzosa que pudiera imaginarse, sin excusa ni posible perdón; y a medida que iba pensando

en ello se soliviantaba más, sublevándose por el horror que le inspiraba la mentira y la fidelidad para con sus ternuras. Cuando uno se había dado no intentaba recobrase.

—¡Márchate! —insistía—, haz enseguida tu maleta... ¡Márchate!

Louise, trastornada por completo, sin encontrar una sola palabra con qué defenderse, había ya abierto un cajón, para sacar de él sus camisas. Pero la señora Chanteau mostró entonces su enfado.

—¡Quédate, Louise!... Al fin y a la postre ¿soy yo o no soy yo la dueña en mi casa? ¿Quién se atreve aquí a ordenar y se permite al propio tiempo despachar a la gente?... Esto resulta odioso e inconcebible, ¿no estamos en el mercado!

—¿No oyes quizá lo que te estoy diciendo? —gritó Pauline—, acabo de sorprenderla allí arriba con Lazare... Él la estaba besando.

La madre se encogía de hombros. Todo el rencor acumulado se le escapó en una frase de sospechosa honorabilidad.

—Estaban jugando, ¿dónde está el mal?... Cuanto tú estabas en la cama y él te cuidaba ¿asomamos acaso las narices los demás para ver lo que pudierais estar haciendo?

Repentinamente, la excitación de la joven decayó. Permanecía inmóvil, muy pálida, sobrecogida por aquella acusación que se revolvía contra ella. ¡Mira por dónde se convertía en la culpable y su tía parecía dar crédito a cosas espantosas!

—¿Qué es lo que quieres significar? —murmuró Pauline—. Si hubieras imaginado eso, ¡con seguridad que no lo habrías tolerado en tu casa!

—¡Vamos, vamos!, ¡ya sois mayorcitos! Y no me consta, por otra parte, que mi hijo vaya más lejos de lo debido en su mala conducta... Deja tranquilas a las personas que todavía pueden presumir de mujeres honradas.

Pauline quedó muda durante unos instantes, con sus puros y abiertos ojos fijos en la señora Chanteau, que desviaba los suyos. Seguidamente, subió a su habitación, diciendo con voz breve:

—Está bien, soy yo quien se va.

Volvió a imperar el silencio, un silencio pesado en que la casa entera parecía anonadarse. Y en aquella súbita paz, la queja del tío remontó de nuevo un lamento de bestia agonizante y abandonada. Sin interrupción iba aumentando, independizándose de los demás ruidos que acababa por anular.

Ahora ya lamentaba la señora Chanteau la sospecha injuriosa que dejara escapar. Se daba cuenta de que la injuria era irreparable, y experimentaba una seria inquietud ante la idea de que Pauline iba a llevar a cabo su amenaza de partir inmediatamente. Con tal cabeza, todas las aventuras resultan imposibles; ¿y qué es lo que llegaría a decirse de ella y de su marido, si su pupila merodeaba por los caminos, contando la historia de la ruptura? A lo mejor iba a buscar refugio en casa del doctor Cazenove, lo que significaría un escándalo enorme en la región. En el fondo aquel embarazo que

embargaba a la señora Chanteau, bullía asimismo el terror por el pasado, el temor del dinero perdido, que podía convertirse en una acusación contra ellos.

—No llores, Louisette —repetía a cada paso, sintiéndose acometida de nuevo por la cólera—. Tú misma puedes verlo, en menudo jaleo estamos metidos por su culpa. Y siempre se trata, además, de situaciones de violencia, ¡imposible vivir tranquila!... Voy a tratar de poner remedio a todo ello.

—Se lo suplico —interrumpió Louise—, déjeme marchar... Sufriré demasiado si permanezco aquí... Es ella quien tiene razón, debo partir.

—No ahora en todo caso. Precisa que te entregue a tu padre... Espera un momento, subo a ver si está haciendo, efectivamente, su maleta.

Sigilosamente, la señora Chanteau aplicó el oído a la puerta de Pauline. La oyó caminar con paso apresurado, abriendo y cerrando muebles. Pensó por unos momentos en entrar y provocar una explicación, que ahogaría todo en lágrimas. Tuvo miedo, sin embargo, se sintió balbuceante y como sonrojada ante aquella niña, lo que motivó que aumentara su odio. Y, en lugar de llamar, descendió a la cocina, procurando atenuar el ruido de sus pasos. Acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Has oído la escena que la señorita acaba de hacernos una vez más? —preguntó a Véronique, que se había puesto a limpiar rabiosamente sus cacerolas.

La criada, metida de lleno en su tarea, no respondió.

—Se está poniendo insoportable —añadió entonces la señora—. Yo ya no puede hacer nada... Imagínate que ahora quiere abandonarnos; sí, ahora mismo está preparando sus cosas... ¿Y si subieras tú?, ¿por qué no tratas de hacerla razonar?

Y, como siguiera sin respuesta, preguntó entonces:

—¿Eres sorda?

—¡Si no contesto, es porque no quiero! —gritó bruscamente Véronique, fuera de sí y en trance de frotar una palmatoria hasta desollarse los dedos—. Tiene razón en querer marcharse; yo, en su lugar, hace tiempo que habría puesto tierra de por medio.

La señora Chanteau la escuchaba, con la boca abierta, estupefacta ante aquella desbordada ola de palabras:

—Yo, señora, no soy charlatana por naturaleza; pero no hay que pincharme demasiado, porque entonces lo canto todo... Las cosas son como son, hubiera empezado desde luego por arrojarla al mar el día en que usted trajo a esa pequeña; pero eso no impide, naturalmente, el que no pueda sufrir que se haga daño a la gente, y todos ustedes se empeñan en martirizarla de tal forma que acabaré un día por estirar del cabello al primero que la toque... ¡Ah!, y conste que me mofo de las represalias que conmigo pueda tomar; puede disponer de mi despido si quiere para dentro de ocho días, pero, eso sí, ¡la jovencita va a enterarse de cosas maravillosas!, sí, sí, de todo lo que ustedes la han hecho con su aire de buenas personas.

—¡Quieres callarte, rabiosa endemoniada! —murmuró la señora, inquieta ante aquella nueva escena.

—No, no me callaré... —insistió la criada—. Es mucha la villanía, ¡compréndalo! Hace años que esto me ahoga. ¿No era ya bonita la jugada de haberse hecho con su dinero?, ¡aún precisa, por lo visto, que le partáis el corazón en cuatro pedazos!... ¡Oh!, y cónstele además que sé todo lo que tengo que saber; he visto perfectamente cómo se tramaba todo... Y, ¡mire usted lo que son las cosas!, el señorito Lazare no tiene quizás tanta malicia, pero no vale, sin embargo, mucho más, ya que también sería capaz de darle el golpe mortal, por egoísmo, simplemente por no aburrirse... ¡Miseria pura!, ¡hay seres que parecen nacidos para ser devorados por los otros!

Mientras así se expresaba blandía su palmatoria, luego cogió una cacerola, que hizo resonar como un tambor, bajo los golpes del trapo con que la enjugaba. La señora Chanteau estuvo deliberando consigo misma si la echaba o no fuera. Logró, sin embargo, frenarse y le preguntó fríamente:

—¿No quieres, entonces, subir a hablarle?... Lo hago por ella, es para evitar que cometa estupideces.

De nuevo, Véronique permanecía silenciosa. Finalmente refunfuñó:

—Subiré inmediatamente... La razón es la razón y las tozudeces nunca han servido para nada.

Se tomó el tiempo necesario para lavarse las manos, y enseguida procedió a quitarse su delantal sucio. Cuando se decidió a abrir la puerta del pasillo para alcanzar la escalera, un soplo lamentable entró por allí. Era el grito del tío, continuo y enervante. La señora Chanteau, que la seguía, pareció como si la asaltara una idea, y recomenzó a media voz con insistencia:

—Recálcale, sobre todo, que no puede dejar al señor en el estado en que se encuentra... ¿Me oyes?

—¡Oh!, por eso vocifera de esa forma —confesó Véronique—, es bien cierto.

Y subió la criada, en tanto la señora, que había asomado la cabeza por la alcoba de su marido, se guardó muy bien de volver a cerrar la puerta. Los quejidos se precipitaban en la caja de la escalera, agrandados por la sonoridad de los pisos. Arriba la criada encontró a la señorita a punto de partir, habiendo anudado en un paquete la poca ropa blanca necesaria, y resuelta a hacer recoger el resto a partir del día siguiente por el tío Malivoire. Se había calmado, estaba muy pálida aún, desesperada, pero razonando fríamente y sin experimentar cólera alguna.

—O ella, o yo —respondió la joven a todas las palabras de Véronique, y evitando incluso nombrar a Louise.

Cuando Véronique llevó esa respuesta a la señora, ésta se encontraba precisamente en la habitación de Louise, que se había vestido, y que se obstinaba asimismo en partir enseguida, temblorosa, azorada al menor ruido que producía la

puerta. Entonces, la señora Chanteau no tuvo más remedio que resignarse; envió a buscar a Verchemont el carruaje del panadero, y resolvió acompañar ella misma a la joven a casa de su tía Léonie, que vivía en Arromanches; a la que le contaría una historia inventada, argumentando como pretexto la violencia de las crisis de Chanteau, cuyos quejidos se iban haciendo insoportables.

Después de marchar las dos mujeres, a quienes Lazare había acompañado hasta el carruaje. Véronique gritó desde el vestíbulo y a voz en cuello:

—Ya puede usted bajar señorita: ya no queda nadie.

La casa estaba como vacía, un silencio agobiante reinaba de nuevo, y la continua lamentación del enfermo resonaba más fuerte aún. Cuando Pauline bajaba el último escalón, Lazare, que volvía del patio, se encontró con ella frente a frente. Todo su cuerpo fue presa de un temblor nervioso. Se detuvo unos segundos, quería excusarse sin duda, pedir perdón. Pero las lágrimas le produjeron tal sofoco, que subió precipitadamente a su cuarto, sin haber podido decir nada. Ella, con los ojos secos, y cara muy seria, había entrado en la alcoba de su tío.

Colocado de través en el lecho, Chanteau seguía con el brazo extendido y volcaba la cabeza en la almohada. No osaba moverse y ni siquiera debió darse cuenta de la ausencia de la joven; apretaba constantemente los ojos, abriendo al mismo tiempo la boca, para gritar así más a gusto. Ninguno de los ruidos de la casa llegaban hasta el límite mismo que le permitía su aliento. Poco a poco iba prolongando desesperadamente ese desahogo del dolor, hasta el extremo de incomodar a Minouche, de la que, una vez más y aquella misma mañana, habían sido tirados cuatro pequeñuelos, pero que, ya olvidadiza, ronroneaba beatíficamente sobre un sillón.

Cuando Pauline volvió a ocupar su sitio habitual, el tío daba unos alaridos tan fuertes, que la gata se levantó con las orejas inquietas. Y se puso el animalito a mirarle fijamente, con la misma indignación de una persona inteligente cuya alma se viene a turbar en un momento dado. ¡Si es que ya no había forma de ronronear en paz, aquella situación se hacía insostenible! Y se retiró efectivamente, con el rabo en alto.

VI

Cuando la señora Chanteau regresó por la tarde, algunos minutos antes de la cena, ya no se trató más de Louise. Llamó simplemente a Véronique para que le quitara sus botinas. El pie izquierdo la hacía sufrir.

—¡Caramba!, no tiene nada de extraño —murmuró la criada—, está muy hinchado.

En efecto, las costuras de cuero quedaron marcadas en rojo sobre la carne blanda y blanca. Lazare, que bajaba en aquel momento, se puso a observar.

—Has debido caminar mucho —dijo.

Sin embargo, apenas si había atravesado Arromanches. Por lo demás, aquel mismo día estaba sofocada y era presa de ahogos que iban aumentando desde hacía algunos meses. La señora, entonces, echó la culpa de todo a las botinas:

—Esos zapateros, bien podrían decidirse a hacer empeines más altos... Es un suplicio para mí tener que llevar estos zapatos.

Y, como llevar zapatillas no la causaba sufrimiento, dejó de inquietarla el asunto. Al día siguiente, la inflamación alcanzaba ya el tobillo. Pero a la otra noche desapareció por completo.

Transcurrió una semana. Desde que tuviera lugar a la primera cena que situara de nuevo a Pauline junto a la madre y al hijo, cada uno de ellos se había esforzado por recobrar su gesto y comportamiento de todos los días. No se hizo alusión alguna, y parecía como si nada nuevo hubiera sucedido entre ellos. La vida en familia continuaba su ritmo mecánico, desenvolviéndose bajo los mismos hábitos de afecto, los acostumbrados buenos días y buenas noches, los distraídos y ocasionales besos, intercambiados a una hora fija. Significó sin embargo un alivio que Chanteau pudiera incorporarse de nuevo a la mesa. Esta vez, sus rodillas estaban anquilosadas, y le era imposible ponerse de pie. Pero él no disfrutaba menos de la calma relativa que el dolor le permitía ahora, y ello hasta el punto de no llegar a conmoverle en absoluto ni la alegría ni la tristeza de los suyos; entregado por entero como estaba a su exclusivo bienestar. Así, cuando la señora Chanteau se aventuró a darle cuenta de la precipitada marcha de Louise, el marido la había suplicado que no le hablase de cosas tristes. Pauline, desde que ya no tuvo que estar encerrada en la alcoba de su tío, trataba de ocuparse en algo, aunque sin conseguir ocultar su tormento. Las veladas, sobre todo,

le resultaban penosísimas, el malestar pugnaba bajo la simulación de la paz y tranquilidad habitual. Tratábase en realidad de la existencia de antes, con sus menudos hechos y circunstancias, cotidianamente repetidos; pero, ante determinados gestos nerviosos, incluso en silencio a veces, todos adivinaban el desgarramiento interno, la herida de la que no hablaban pero que indudablemente iba agrandándose.

Al principio, Lazare experimentó el menosprecio de sí mismo. La superioridad moral de Pauline, tan recta y justa, le llenaba de vergüenza y de cólera. ¿Por qué no había tenido valor necesario para confesarse abiertamente a ella y pedirle perdón? Le habría referido aquella aventura, la sorpresa experimentada en su propia carne, el olor de la mujer coqueta que consiguiera embriagarle; y ella, por su parte, estaba dotada de un espíritu y una comprensión demasiado amplios para no hacerse cargo. Pero un insuperable embarazo le impedía hacerlo, temía disminuir más aún su personalidad ante la joven, tratando de darle una explicación que le llevaría a balbucear quizás como si fuera un niño. En el fondo de su vacilación existía, además, el miedo a mentir de nuevo, pues Louise le seguía obsesionando, la tenía presente a todas horas, por la noche sobre todo, con la mirada ardiente por no haberla poseído, cuando la tenía desfallecida bajo sus labios. Aunque a pesar suyo, sus largos paseos le llevaban indefectiblemente por el lado de Arromanches. Una tarde llegó hasta la casita de la tía Léonie, estuvo rondando alrededor de los muros y escapó repentinamente, al ruido de un postigo, como trastornado por la mala acción que estuvo a punto de cometer. Y aquella conciencia de su indignidad, era lo que redoblaba su embarazo: juzgábase a sí mismo, sin poder, no obstante, dar muerte a su deseo; a cada hora que transcurría, planteábasele de nuevo el debate; jamás le hizo sufrir tanto su irresolución. No le quedaban honradez y fuerza de voluntad suficientes más que para evitar el diálogo con Pauline, para ahorrar de esa manera la última bajeza de los falsos juramentos. Quizá la amaba todavía, pero la imagen provocadora de la otra se hallaba continuamente allí, eclipsando el pasado y obstruyendo el porvenir.

Pauline, por su parte, esperaba que él se excusase. En su primer gesto de rebelión llegó a jurarse a sí misma que nunca perdonaría. No tardó mucho, sin embargo, en sufrir secretamente por no haber tenido ocasión de perdonar. ¿Por qué se callaba él, siempre fuera de sí, con aire febril y como si tuviera miedo de quedarse solo con ella? Estaba dispuesta a oírle, a olvidarlo todo, sólo con que diera muestras de un leve arrepentimiento. Y al no llegar la esperada explicación, su cerebro maquinaba, pasaba de una a otra hipótesis en tanto que su natural orgullo la forzaba a permanecer silenciosa; y a medida que las penosas jornadas fueron transcurriendo con lentitud, la joven llegó a imponerse a sí misma, hasta el punto de recobrar su actitud y su comportamiento de hija activa; pero aquella hermosa y valiente calma, ocultaba, sin embargo, una tortura constante, vivida minuto a minuto; por la noche, cuando se encerraba en su habitación, se ponía a sollozar, tratando de ahogar su llanto en el

fondo de su almohada. Nadie hablaba del matrimonio aunque, visiblemente, todo el mundo pensara en él. Se aproximaba el otoño, ¿qué es lo que se iba a hacer? Cada uno de ellos evitaba pronunciarse sobre el particular; parecía como si quisieran aplazar la decisión para más adelante, cuando se atrevieran a abordar de nuevo el asunto.

Fue aquélla la etapa de su vida, en que la señora Chanteau acabó de perder su tranquilidad. En todo tiempo, la verdad es que se había estado devorando a sí misma; pero el sordo trabajo que despizcaba en ella los buenos sentimientos, parecía haber llegado al período de extrema destrucción; jamás había mostrado semejante desequilibrio, estragada por semejante fiebre nerviosa. La necesidad en que se encontraba de constreñirse exasperaba más aún su mal. Sufría por el dinero; era aquélla una especie de rabia cuyo sólo fundamento o impulso era el dinero, y que se iba agrandando además poco a poco, hasta llevarse consigo la razón y el corazón. Siempre la emprendía con Pauline; la acusaba ahora de la marcha de Louise, lo mismo que si se hubiera tratado de un robo con el que se hubiese despojado a su hijo. Había en ello una herida sangrante que rehusaba cerrarse; los más nimios hechos o detalles crecían desmesuradamente; no olvidaba un solo gesto; aún creía estar oyendo el grito aquel de: «¡Márchate!», imaginándose al recordarlo que también la estaban despachando a ella, que se arrojaban a la calle el goce y la fortuna de la familia. Por la noche, cuando se agitaba en una medio somnolencia llena de malestar y preocupaciones, acababa lamentando que la muerte no les hubiera desembarazado de aquella maldita de Pauline. Una serie de planes chocaban en su mente, cálculos complicados, sin que llegara a encontrar, a pesar de ello, el medio razonable de suprimir a la joven. Al propio tiempo, una especie de reacción hacía que redoblara su ternura para con el hijo: le adoraba como quizá no le había adorado estando en la cuna, cuando le pertenecía por entero, entre sus brazos. Desde la mañana hasta la noche, le seguía con ojos inquietos. Luego, en cuanto estaban solos, se echaba en sus brazos y le suplicaba que no se atormentase. ¿Era así efectivamente?, ¿no le ocultaba nada, no se entretenía llorando cuando no había nadie a su lado? Y ella le juraba entonces que todo tendría arreglo, y que estaba dispuesta incluso a estrangular a los demás, para que él fuera feliz. Quince días después de aquellos continuos combates, su rostro había adquirido la palidez de un cirio, sin que hubiera llegado a adelgazar no obstante. En dos ocasiones había vuelto a surgir la inflamación de los pies, pero después se había ido.

Una mañana llamó a Véronique y le mostró sus piernas, que habían ido inflamándose hasta los muslos durante la noche.

—¡Ves cómo se van hinchando! ¡Es un fastidio! ¡Y yo que quería salir!... Mira por donde me veo forzada a guardar cama. No digas nada, para no inquietar a Lazare.

Ella misma no parecía estar asustada en lo más mínimo. Hablaba simplemente de un poco de fatiga, y toda la casa creyó que se trataba de unas agujetas, Y como Lazare

había ido a dar su recorrido por la costa, y Pauline, por su parte, evitaba subir, comprendiendo que su presencia resultaba desagradable, la enferma atiborró los oídos de la criada con furiosas acusaciones contra la joven. No podía contenerse más. La inmovilidad a que había sido condenada, las palpitaciones que la sofocaban al menor movimiento, parecían lanzarla a un creciente desespero:

—¡Dime!, ¿qué es lo que hace abajo?, alguna otra desdicha, con seguridad... Ya verás como ni siquiera es capaz de subirme un vaso de agua.

—Pero, señora —respondía entonces Véronique—, ¡cómo quiere que lo haga, si siente usted verdadera repugnancia por ella!

—¡Déjate, déjate!, tú no la conoces. No hay peor hipócrita. Delante de la gente aparenta tener buen corazón; pero por detrás, si puede, la devora a una... Anda, hijita, la única verdad es ésa, sólo tú supiste ver claras las cosas el día en que me la traje. Si jamás hubiera entrado aquí, no estaríamos donde en realidad estamos... Y acabará con nosotros; el señor sufre como un condenado desde que ella se ocupa de su persona; por lo que a mí se refiere, tengo la sangre alterada, hasta tal punto me trastorna; y en cuanto a mi hijo, está en trance de perder la cabeza...

—¡Oh!, señora, ¿cree usted que puede hablarse así, siendo ella lo amable que en realidad es con todos ustedes?

Hasta que llegó la noche, la señora Chateau se estuvo así solazando. Todo desfiló por allí, sin olvidar el despido brutal de Louise, y lo referente al dinero sobre todo. Sin embargo, cuando Véronique pudo volver a bajar, después de la cena, y encontró a Pauline en la cocina, ocupada en ordenar la Vajilla, soltó a su vez cuanto albergaba su corazón. Desde hacía mucho tiempo la criada procuraba guardar para sí las indignas confidencias de que era objeto, pero esta vez las palabras salieron por su propio impulso.

—¡Ah!, señorita, cuán buena es usted cuidando de su vajilla. Yo en lugar suyo, créame, ¡lo rompería todo!

—¿Por qué? —preguntó la joven asombrada.

—Pues porque usted jamás será capaz de hacer todo lo que la atribuyen.

Y partiendo de ahí, empezó por remontarse a los primeros días:

—¿No es como para hacer montar en cólera al propio Dios?; ha succionado su dinero céntimo a céntimo, haciéndolo además con la mayor vileza posible. ¡Palabra!, hubiérase dicho en todo momento que era ella quien la mantenía... Cuando estaba depositado en su mueble escritorio hacía delante de usted toda clase de escenas, como si la hubieran dado a guardar la virginidad de una doncella; lo que no impedía, naturalmente, a sus agujereadas manos el cavar bonitos hoyos... ¡Ah!, ¡cuánto cinismo y cuánta sangre fría!; ha venido a representar una auténtica comedia, para hacerle cargar con el negocio de la fábrica, y luego para hacer hervir el puchero con el resto de la hucha. ¿Quiere saberlo?, pues bien, sin usted, todos ellos habrían reventado de

hambre... Por eso pasó ella tanto miedo cuando los otros de París estuvieron a punto de enfadarse a propósito de las cuentas. ¡Cáspita!, no le quepa duda de que podría enviarla sin más a los Tribunales... Y todo eso no ha servido para corregirla, ni mucho menos; todavía hoy se la está comiendo y continuará royéndola hasta el último céntimo... ¿Cree usted acaso que miento? ¡Fíjese cómo levanto la mano! He tenido ocasión de ver con mis propios ojos y escucharlo con mis oídos; y conste que no le cuento lo extremadamente sucio por respeto, señorita, como es el caso de cuando estaba enferma y ella sólo rabiaba por no poder rebuscar en la cómoda de usted.

Pauline, escuchaba, sin encontrar la frase adecuada para interrumpirla. Aquella idea de que su familia vivía a sus expensas, la despojaba con acritud de su sensatez, habiéndole echado a perder sus días más dichosos. Pero siempre rehusó para sus adentros reflexionar sobre tales cosas; prefería vivir en la ceguera, acusándose a sí misma de avaricia. Y, en esta ocasión, necesitaba, no obstante, saberlo todo, la brutalidad de aquellas confidencias parecía agravar los hechos aún más. A cada frase que oía, despertaba su memoria; reconstruía antiguas historias cuyo exacto significado le escapaba en su momento; seguía, día por día el trabajo de la señora Chateau alrededor de su fortuna. Lentamente, se había dejado caer sobre una silla, como agotada de repente por una gran fatiga. Un doloroso pliegue cortaba sus labios.

—Tú exageras —murmuró Pauline.

—¡Cómo!, ¿que exagero? —continuó diciendo Véronique en tono violento—. Y no es precisamente la cuestión del dinero lo que me saca de mis casillas. Lo que nunca la perdonaré, para que sepa, es el haberle quitado a Lazare, después de habérselo dado... Sí, ¡como lo está oyendo!, usted no era lo suficientemente rica, precisaba de una heredera. ¿Qué justifica, pues, lo que usted misma está diciendo?, se la convierte en víctima de un pillaje, y seguidamente se la desprecia porque ya no tiene nada... No, ¡sé que no debo callarme y no me callaré, señorita! No se parte el corazón a las gentes en cuatro pedazos, cuando ya se les ha vaciado los bolsillos. Puesto que amaba a su primo y era él quien había de reembolsarle todo a fuerza de gentilezas y amabilidades, resulta francamente abominable eso de querer robarla también por ese lado... Y en tal sentido, hizo cuanto le fue posible, yo misma lo he visto. Sí, sí, cada noche era ella quien atraía a la pequeña, quien la alucinaba respecto del joven, con un montón de cuentos no muy limpios. Tan verdad es como la luz que nos alumbra; ella fue quien lanzó al uno en brazos de otro. En fin, ¡para qué decirle!, hubiera sido capaz de aguantar el cirio con tal de hacer el matrimonio inevitable. Y conste, además, que no fue por su voluntad, que no consiguieran llegar hasta el final... Defiéndala, pues, ahora que la tiene machacada bajo sus pies, y es la causa de que se pase usted la noche llorando como una Magdalena; pues no olvide que la oigo perfectamente desde mi alcoba, y que yo misma acabaré cayendo enferma con todas estas tristezas e injusticias.

—Calla, te lo suplico —balbuceó Pauline a punto de estallar—, me causas demasiada pena.

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Se daba perfecta cuenta de que aquella muchacha no mentía; sus desgarradas afecciones, sangraban en ella. Cada escena evocada, adquiría en su mente una realidad viva: Lazare estrechaba entre sus brazos a Louise desvanecida, mientras la señora Chanteau acechaba en la puerta. ¡Dios mío!, ¿qué había hecho para que cada uno la engañase, siendo así que ella les era fiel a todos?

—Te lo suplico, cállate, todo tu relato me produce ahogo —insistió la joven.

Entonces, Véronique, viéndola tan emocionada, se contentó con añadir sordamente:

—Es por usted, no por ella, si no cuenta nada más... Y, desde esta mañana allá está ella, imputándola a usted un montón de horrores. La paciencia se me agota y bulle la sangre cuando la oigo convertir en mal todo el bien que le ha hecho... ¡Palabra de honor!, pretende ahora que es usted quien les ha arruinado y que le está matando a su hijo. Y si no me cree, vaya usted misma a escuchar a la puerta.

Después, como Pauline estallara en sollozos, Véronique, violenta, le cogió la cabeza entre sus manos y le besó los cabellos mientras repetía:

—No, no señorita, ya no le diré nada más... Precisa sin embargo que usted lo sepa. Resulta demasiado estúpido ser devorada de esa manera... Ya no digo nada más cálmese.

Se hizo un silencio. La criada, extinguía las brasas que quedaban en el horno. Pero no pudo impedir murmurar aún:

—Ahora comprendo por qué se está hinchando: su maldad ha ido a posársele en las rodillas.

Pauline, que observaba fijamente unas de las losas de la cocina, con la mente confusa y pesada a fuerza de tristezas, levantó los ojos. ¿Por qué Véronique decía aquello? La criada, medio confusa, hubo de faltar a su promesa de silencio. Se permitía juzgar a la señora, desde luego, pero también es cierto que la obedecía. En fin, que las dos piernas las tenía afectadas desde por la noche, pero que le estaba prohibido decirlo delante del señorito Lazare. Mientras la criada le iba dando esos detalles, el rostro de Pauline cambiaba repentinamente; y una inquietud reemplazaba al melancólico abatimiento. A pesar de todo lo que acababa de saber, se horrorizaba ante un síntoma que sabía era muy grave.

—Pero no se la puede dejar de esa manera —dijo Pauline levantándose—. Está en peligro.

—¡Ah!, sí, ¡en peligro! —exclamó brutalmente Véronique—. No tiene cara de que así sea, y no le preocupa gran cosa en todo caso, empeñada como está en aplastar a los demás y en acomodarse como un pachá en su lecho... Además, ahora está

durmiendo, hay que esperar hasta mañana, que es precisamente el día en que el doctor viene a Bonneville.

Al día siguiente fue imposible seguir ocultando a Lazare el estado de su madre. Toda la noche, Pauline había estado escuchando, despertándose de hora en hora, creyendo oír incesantemente las quejas a través del tabique. Luego, al amanecer, se durmió con un sueño tan profundo que daban las nueve, cuando el ruido de una puerta hizo que se levantara sobrecogida. Cuando bajaba para enterarse, después de vestirse con apresurada rapidez, encontró precisamente en el descansillo del primer piso a Lazare que salía de la alcoba de la enferma. La hinchazón alcanzaba el vientre, Véronique se había decidido a advertir al joven.

—¿Cómo va? —preguntó Pauline.

Lazare, con la cara descompuesta, empezó por no responder. Con un gesto que le era familiar, se cogía la barbilla entre sus convulsivos dedos. Y, cuando por fin habló su primera palabra, fue esta frase apenas balbuceada:

—¡Está perdida!

Subía a su cuarto con aire de extravió. Pauline le siguió. Cuando ambos estuvieron en la habitación grande del segundo piso, en la que no había vuelto a entrar desde que le sorprendiera con Louise, ella cerró la puerta e intentó tranquilizarle:

—Veamos, ignoras incluso qué es lo que tiene. Espera por lo menos al doctor... Su naturaleza es muy fuerte, siempre hay esperanza.

El sin embargo, se obstinaba en su idea, sobrecogido su corazón por un súbito convencimiento:

—Está perdida, está perdida.

Tratábase de un golpe imprevisto que le tenía abatido. Al levantarse había, como de costumbre, contemplado el mar, bostezando de aburrimiento y quejándose del vacío estúpido de su existencia. Luego, cuando su madre se descubrió hasta las rodillas, la visión de aquellas pobres piernas hinchadas por el edema, enormes y pálidas, semejantes a troncos ya muertos, le había sumido en un enternecimiento de espanto. ¡Triste sorpresa!, ¡la desdicha aparecía así, de un momento a otro! Incluso ahora, sentado en un extremo de su gran mesa, temblándole el cuerpo, aún no se atrevía a mencionar en voz alta la enfermedad que acababa de reconocer. El espanto de una dolencia del corazón, le había obsesionado siempre para los suyos y para él mismo, sin que sus dos años de medicina le hubieran demostrado la igualdad de los males ante la muerte. Estar afectado del corazón, en la fuente misma de la vida, seguía siendo a sus ojos, la muerte horrenda, despiadada. Y era de esa muerte de la que su madre iba a morir, y él mismo moriría con seguridad poco después.

—¿Por qué desolarte de esta manera? —seguía diciéndole Pauline— hay hidrópicos que viven mucho tiempo. ¿Te acuerdas de la señora Simonnot?, acabó por irse de este mundo de una fluxión del pecho.

Pero él meneaba la cabeza, no era precisamente un niño para engañarle tan fácilmente. Sus pies colgantes oscilaban en el vacío, mientras fijaba su vista con obstinación en la ventana. Entonces, por primera vez desde la ruptura, le besó ella la frente, como antes hacía. Volvían a encontrarse el uno al lado del otro en aquella amplia habitación, donde crecieran juntos; todo su rencor quedaba eclipsado por aquel gran pesar que les amenazaba. Ella enjugó sus ojos. Él, no siéndole posible llorar, repetía maquinalmente:

—Está perdida, está perdida.

Hacia las once, cuando entró el doctor Cazenove, conforme solía hacer de ordinario cada semana al subir a Bonneville, pareció asombrarse mucho al encontrar a la señora Chanteau en el lecho. ¿Qué era lo que le pasaba a aquella señora? Incluso se puso a bromear: toda la casa estaba delicada, decididamente sería cuestión de transformarla en hospital. Pero, cuando hubo examinado, palpado y auscultado a la enferma, entonces se puso serio; e incluso hubo de valerse de su gran experiencia y hábito, para no dejar traslucir un cierto azoramiento.

Por lo demás, la señora Chanteau no tenía conciencia en absoluto de la gravedad de su estado.

—Espero me saque de aquí, doctor —le dijo con voz alegre—. Ya lo está usted viendo, todo lo que tengo es miedo; temo que esta hinchazón no acabe ahogándome si sigue subiendo de esa manera.

—Esté tranquila, eso no sube así como así —respondió el doctor riéndose él también—. Además ya nos encargaremos de que se detenga.

Lazare, que había entrado después del examen, le escuchaba tembloroso, ardiendo en deseos de tenerle aparte para poderle preguntar y saber por fin.

—Vamos, mi querida señora —seguía diciendo el doctor—, no se atormente usted más, mañana volveré para conversar un rato... Hasta la vista, voy abajo a escribir mi receta.

Ya en los bajos, Pauline les impidió entrar en el comedor, pues a Chanteau se le seguía hablando de unas simples agujetas. La joven había preparado ya tinta y papel en la mesa de la cocina. Ante su ansiosa impaciencia, el doctor Cazenove confesó que se trataba de algo grave, aunque valiéndose de largas y embrolladas frases para evitar sacar conclusiones.

—En fin, que está perdida —gritó Lazare, con una especie de irritación—. Se trata del corazón ¿no es eso?

Pauline insinuó con la mirada una súplica, que el médico comprendió perfectamente y motivó que le contestara:

—¡Oh!, el corazón... tengo mis dudas. Por lo demás y aunque no lograra mejorarse, todavía puede durar mucho si se extreman los cuidados.

Reaccionó el joven con un encogimiento de hombros característico en él; su peculiar gesto reflejando la cólera del niño al que no consiguen engañar los cuentos con que se le pretende distraer. Y seguía diciendo:

—Y usted no me advirtió sin embargo, doctor. ¡Usted bajo cuyo cuidado estuvo últimamente!... Ese tipo de males jamás surge de pronto. ¿Es que acaso no tuvo ocasión de observar nada?

—Sí, sí —murmuró Cazenove—, había observado desde luego algunos pequeños detalles.

Luego, como Lazare esbozara una sonrisa despreciativa, el doctor insistió:

—Escúcheme, bravo mozo, me considero menos inepto que otro cualquiera, y no es ésta sin embargo la primera vez que se me da el caso de no haber previsto nada y quedar como un estúpido ante la enfermedad... Se hace usted molesto queriendo que uno sepa todo, cuando resulta realmente maravilloso poder deletrear sólo las primeras líneas, tratándose de esta complicada máquina que constituye el armazón humano.

Mostrábase enfadado, escribía su receta con pluma irritada que rasgaba el delgado papel. El cirujano de la marina volvía a surgir en él en los bruscos movimientos de su voluminoso cuerpo. Pero, cuando se hubo puesto en pie nuevamente, su viejo rostro curtido por los vientos de alta mar pareció dulcificarse al ver ante sí a Lazare y Pauline, con la cabeza baja, desesperados.

—Hijitos míos —continuó diciendo—, haremos cuanto sea materialmente posible para salir adelante... Bien sabéis que jamás pretendí dármelas de gran hombre entre vosotros. Pues bien, francamente, no puedo anticipar nada. Me parece sin embargo, que no existe peligro inmediato.

Y se marchó, después de haberse asegurado que Lazare tenía a mano tintura de digital. La receta disponía simplemente fricciones en las piernas con aquella tintura y algunas gotas en un vaso de agua azucarada. Bastaba con eso por el momento, mañana traería píldoras. Quizás se decidiera a practicar una sangría. Pauline sin embargo, quiso acompañarle hasta su cabriolé, con el fin de inquirir la auténtica verdad; pero esa verdad desnuda consistiría realmente en que no se atrevía a pronunciarse. Cuando regresó a la cocina, encontró allí a Lazare relejendo la receta. La sola palabra digital le había hecho palidecer de nuevo.

—¡No se atormente de esa forma! —dijo Véronique, que se había puesto a pelar unas patatas con el fin de poder quedarse y oír—. Los médicos siempre vaticinan catástrofes; y el que éste no sepa qué decir, debe obedecer sin duda a que no se trata de gran cosa.

Una discusión les retuvo alrededor de la fuente en donde la cocinera se había puesto a cortar patatas. También Pauline se sentía más tranquilizada. Por la mañana había entrado a abrazar a su tía y vio que tenía buena cara: no cabía pensar en la

muerte con semejantes mejillas. Pero Lazare daba vueltas a la receta entre sus febriles dedos. La palabra digital resplandecía: su madre estaba perdida.

—Me voy arriba —acabó diciendo.

En la puerta, vaciló unos instantes y preguntó a su prima:

—¿Quieres venir un momento?

También ella tuvo una ligera vacilación.

—Terno contrariarla —murmuró Pauline.

Reinó un silencio embarazoso, y terminó por subir él solo, sin añadir una palabra más.

A la hora del almuerzo, y para no inquietar a su padre, reapareció Lazare, muy pálido. De tanto en tanto, una oscilación de la campanilla llamaba a Véronique, que no hacía más que pasearse con los platos del caldo, que apenas si probaba la enferma; y, cuando volvía a bajar, explicaba a Pauline que el pobre muchacho perdía la cabeza allí arriba. Daba lástima ver cómo titiritaba de fiebre delante de su madre, con las manos torpes y el rostro trastornado, cual si temiese a cada minuto ver que se le iba entre sus brazos. Hacía las tres, acababa de subir una vez más la criada, cuando ésta llamó a la joven inclinándose sobre la barandilla. Luego, cuando Pauline estuvo ya en el rellano del primer piso le dijo:

—Debiera usted entrar, señorita, para echarles una mano. ¡Tanto peor si eso le molesta! Quiere que la cambien de postura, y si usted viera al señorito temblar, sin atreverse siquiera a tocarla... Y, a todo esto tiene prohibido que me acerque.

Pauline entró. Cómodamente sentada con el respaldo de tres almohadas, la señora Chanteau, hubiérase dicho que guardaba cama por simple pereza, de no haber sido por la corta y penosa respiración que levantaba sus hombros. Delante suyo, Lazare balbuceaba:

—¿Quieres entonces que te acomode sobre el costado derecho?

—Sí, muéveme un poco... ¡Ahí!, mi pobre hijito ¡cómo te cuesta entenderme!

Y mientras hablaba así la joven la había cogido ya suavemente y le daba la vuelta, mientras decía:

—Déjame hacer, tengo costumbre de hacerlo con mi tío... ¿Te encuentras ahora bien?

La señora Chanteau, irritada, refunfuñó entonces que la estaban empujando. No podía hacer un solo movimiento sin sentir enseguida un ahogo; y permaneció jadeante durante un minuto, con el rostro terroso. Lazare había retrocedido hasta situarse detrás de las cortinas del lecho. Aún permaneció sin embargo unos momentos, mientras Pauline friccionaba las piernas de la enferma, con la tintura de digital. Intentaba volver la cabeza, pero el ansia de ver hacía que dirigiera sus miradas hacia aquellas piernas monstruosas, verdaderos paquetes inertes de carne descolorida, cuya visión acababa de estrangularle de angustia. Cuando su prima le percibió tan deshecho, estimó lo más

prudente decirle que se fuera. Se acercó entonces hacia él, y como la señora Chanteau iba quedándose adormecida, muy cansada por el mero hecho de haber cambiado de postura, la joven le dijo muy bajito:

—Harías mejor marchándote.

Luchó unos instantes consigo mismo, las lágrimas cegaban sus ojos. Pero tuvo que ceder y bajó avergonzado mientras balbuceaba:

—¡Dios mío!, ¡no puedo!, ¡no puedo!

Cuando la enferma se despertó, no notó en absoluto la ausencia de su hijo. Parecía embargarla como un estupor; se replegaba sobre sí misma, en su instinto egoísta de sentirse vivir. Sólo le inquietaba la presencia de Pauline, a pesar de que ésta se disimulaba todo lo posible, sentada aparte, sin hablar y sin hacer el menor movimiento. Pero, habiendo su tía alargado la cabeza, estimó conveniente informarla con una sola frase:

—No te atormentes, soy yo... Lazare se ha marchado a Verchemont, donde tiene que ver al carpintero.

—Bueno, bueno —murmuró la señora Chanteau.

—No estás lo bastante enferma, ¿no te parece?, como para impedir que se ocupe de sus asuntos.

—Desde luego.

Desde aquel momento, ya no habló más que muy esporádicamente de su hijo, a pesar de la adoración que, la víspera aún, parecía testimoniarle. Quedaba eclipsado de su resto de vida, después de haber constituido la causa y el fin de toda su existencia. La descomposición cerebral que empezaba a tener lugar en ella no le permitía otra cosa que la preocupación física por su propia salud. Aceptó los cuidados de su sobrina sin parecer darse cuenta de la sustitución, preocupada simplemente en seguirla con los ojos, como distraída con la creciente desconfianza que experimentaba, al verla ir y venir constantemente delante de su lecho.

Y, durante ese tiempo, Lazare había bajado a la cocina, como loco y con las piernas destrozadas. La casa entera le daba miedo: no podía permanecer en su habitación, cuyo vacío le aplastaba, y no osaba atravesar el comedor, donde la visión de su padre, leyendo apaciblemente un periódico, hacía que se ahogara en sollozos. Por eso volvía incesantemente a la cocina, el único rincón caldeado y vivo, donde se sentía más tranquilo con la presencia de Véronique, que luchaba con sus cacerolas como en los buenos días de sosiego y tranquilidad. Cuando vio que volvía a sentarse cerca del horno, sobre su silla de paja preferida, le dijo francamente cuanto pensaba respecto de su poco valor:

—En verdad, señor Lazare, que no sirve usted de gran ayuda. Es esa señorita, una vez más, la que se echa el peso a la espalda... Cualquiera creería que nunca hubo enfermos aquí; y lo que resulta más desconcertante es que usted supo cuidar

maravillosamente a su prima, cuando estuvo a punto de morir de sus anginas... ¿No estoy en lo cierto?, sería tonto decirme lo contrario, pues estuvo un par de semanas allí arriba, acomodándola y ocupándose de ella como si fuera una criatura.

Lazare la escuchaba, lleno de estupor. No se le había ocurrido pensar en semejante contradicción. ¿Por qué esas formas de reaccionar tan distintas e ilógicas?

—Pues es verdad —repetía—, es verdad.

—No dejaba usted entrar a nadie —continuaba diciendo la criada—, y la señorita todavía daba más pena contemplarla que a la señora; tanto era lo que sufría. Yo, por mi parte, bajaba trastornada, sin gana tan siquiera para tragarme un pedacito de pan así... En cambio, ahora, su corazón parece haber sufrido un brusco cambio desde que vio a su madre en el lecho. Ni siquiera sería capaz de llevarle unas tazas de tisana... Su madre sería como sea, pero sigue siendo su madre.

Él ya no la oía, miraba fijamente delante de sí, en el vacío. Por fin, murmuró:

—¿Qué quieres que te diga?, no puedo... Será quizá porque se trata de mamá, pero no puedo... Cuando la veo con sus piernas y me digo a mí mismo que está perdida, hay algo que cruje en mi estómago, empezaría a gritar como una bestia, si no huyese de la habitación.

Todo su cuerpo se estremecía en un temblor; había recogido del suelo un cuchillo caído de la mesa y se dedicaba a examinarlo, sin verlo, con los ojos anegados en lágrimas. Se hizo un silencio. Véronique zambullía la cabeza en su puchero, para ocultar la emoción que también la sofocaba; y acabó diciendo:

—Ande, señor Lazare, debiera irse a dar una vuelta por la playa. Me está estorbando, metido siempre entre mis piernas... Y no olvide llevarse a Mathieu. Importuna igualmente, tampoco él sabe qué hacer con su cuerpo, y me cuesta muchos esfuerzos impedir que suba a la habitación de la señora.

Al día siguiente, el doctor Cazenove aún se mostró vacilante. Una súbita catástrofe era, desde luego imposible o acaso se repusiera la enferma por un tiempo más o menos largo, si el edema disminuía. Renunció a sangrarla y se contentó con prescribir las píldoras que trajo consigo, sin dejar de emplear la tintura digital. Su afligida actitud, de sorda irritación le llevaba a confesar que confiaba poco en aquellos remedios, tratándose de uno de esos casos en que la descomposición sucesiva de todos los órganos hacen completamente inútil la ciencia médica. Afirmaba, por lo demás, que la enferma no sufría en absoluto. Y, en efecto, la señora Chanteau no se quejaba de ningún dolor vivo; sus piernas tenían la pesadez del plomo, se ahogaba cada vez más en cuanto se movía; pero, echada de espaldas, inmóvil, seguía teniendo la voz fuerte y unos ojos vivaces que la ilusionaban a ella misma. A su alrededor, nadie, con excepción de su hijo, se resignaba a desesperar, viéndola tan valiente. Cuando el doctor volvió a subir a su coche, les aconsejó que no se quejasen demasiado, pues ya

constituía de por sí una dicha, par ella y para los suyos, el no darse cuenta de que se moría.

La primera noche fue dura para Pauline. Medio tumbada en un sillón, no pudo dormir, le zumbaban los oídos por la fuerte respiración de la moribunda. En cuanto se amodoraba, le parecía que aquel soplo sacudiera la casa y que todo iba a crujir. Luego, con los ojos abiertos, se había sentido sobrecogida por una opresión; revivía los tormentos que echaron a perder su vida, desde hacía algunos meses. Incluso junto aquel lecho de muerte, la paz no reinaba en ella, le era imposible perdonar. En medio de la pesadilla de la lúgubre velada, la torturaban sobre todo las confidencias de Véronique. Sus pasadas violencias, sus envidiosos rencores, despertaban detalles que ella remachaba penosamente. No volver a ser amada, ¡Dios mío!, ¡verse traicionada por aquellos mismos a quienes se ama!, ¡encontrarse de nuevo sola, experimentando el desprecio y la rebelión! Su herida abierta sangraba, jamás había sentido hasta ese punto la injuria de Lazare. Puesto que la mataron a ella, los demás podían morir. Y de un modo incesante, el robo de su dinero y de su corazón volvían a presentarse en su cerebro, en la obsesión del fuerte resoplido de su tía, que acababa por romperle el pecho.

Al amanecer, Pauline siguió considerándose vencida. Su afecto y el sentimentalismo sentido para con los demás no había vuelto a aparecer en ella; sólo el impulso del deber la retenía en aquella alcoba. Y eso acabó de hacerla desdichada: ¿también ella iba a convertirse en mala? La jornada transcurrió en aquella turbación; descontenta de sí misma, procuraba mostrarse solícita, aunque los recelos de la enferma contribuían a desanimarla. Ésta acogía sus atenciones con una especie de gruñido, la perseguía con su mirada suspicaz, observando a sus espaldas todo cuanto hacía. Si le pedía un pañuelo, lo olfateaba antes de usarlo, y al verla traer una botella de agua caliente, se empeñaba en querer tocarla.

—¿Qué será lo que le ocurre? —le decía la joven a la criada, hablándole muy bajito—. ¿Me cree acaso capaz de ocasionarle algún daño?

Después de haberse marchado el doctor y mientras Véronique preparaba una cucharada de poción a la señora Chanteau, ésta, al no percibir a su sobrina, que buscaba ropa blanca en el armario, murmuró:

—¿Es el médico quien ha preparado esa droga?

—No, señora, es la señorita.

La enferma, entonces, probó la medicina con los labios y a continuación hizo una mueca.

—Se nota sabor a cobre... No sé lo que me está haciendo tomar; desde ayer tengo gusto de cobre en el estómago.

Y, con un gesto brusco, tiró la cucharada detrás de la cama. Véronique permaneció con la boca abierta.

—Pero ¿qué es lo que hace? ¡Vaya idea!

A renglón seguido la enferma añadió:

—No tengo deseo alguno de irme todavía de este mundo —dijo reposando la cabeza sobre la almohada—. ¡Observa, escucha!, los pulmones aún están fuertes. Bien pudiera ocurrir, pues, que ella acabase antes que yo, ya que su carne no es muy sana que digamos.

Pauline lo había oído todo. Herida en lo más íntimo de su corazón, se volvió y contempló a Véronique. Pero, en lugar de acercarse, retrocedió más aún, le inspiraba vergüenza aquella abominable sospecha por parte de su tía. Una especie de distensión se producía en ella, sentíase como invadida por un gran sentimiento de piedad frente a aquella desdichada en la que hacían estragos el miedo y el odio; y, lejos de experimentar un nuevo rencor, sintióse desbordada de repente por un enternecimiento doloroso, cuando, agachándose, pudo ver debajo del lecho los medicamentos que iba echando allí la enferma, por miedo a ser envenenada. Hasta que llegó la noche se comportó la joven con una dulzura intrépida, dando incluso la impresión de no preocuparse por las miradas inquietas que no cesaban de observar sus manos. Su más ardiente deseo consistía en llegar a vencer, merced a sus cuidados y ternura, los terrores de la moribunda, de que marchase de este mundo con semejante espantosa idea. Previno a Véronique para que no asustase a Lazare aún más, contándole lo sucedido.

Desde primera hora de la mañana, en una sola ocasión había preguntado la señora Chanteau por su hijo; y se dio por satisfecha con la primera excusa que se les ocurrió, sin mostrar el mínimo asombro por el hecho de no haberle visto más. Por lo demás, aún hablaba menos de su marido; para nada le preocupaba lo que pudiera estar haciendo, allí solo, metido en el comedor. Todo desaparecía para ella, el frío de sus piernas semejaba ir remontando y helarle el corazón, de minuto en minuto. Y, en ocasión de cada comida, era preciso que bajara Pauline con el fin de mentir a su tío. Aquella noche engañó al propio Lazare asegurándole que la hinchazón disminuía.

Pero, en el transcurso de esa misma noche, la enfermedad hizo progresos escalofriantes. Al día siguiente, avanzada ya la mañana, cuando la joven y la criada vieron de nuevo a la enferma, quedaron sobrecogidas ante la expresión extraviada de sus ojos. La cara no había cambiado y continuaba sin tener fiebre; sólo la inteligencia parecía estar afectada, una idea fija acababa la destrucción de aquel cerebro. Se trataba de la última frase; ese ser, devorado poco a poco por una pasión única, caía en el frenesí.

Esa misma mañana, antes de la llegada del doctor Cazenove, hubo momentos de terrible tensión. La señora Chanteau no quería que su sobrina volviera a acercarse a ella.

—Déjate cuidar, te lo ruego —repetía Pauline—. Voy a incorporarte un momento porque estás en una mala postura.

Pero la moribunda se agitaba entonces como si fueran a ahogarla, exclamando con voz de espanto:

—No, no, llevas las tijeras en la mano y quieres hundírmelas en el cuerpo... Lo noto perfectamente, estoy sangrando por todos lados.

Desconsolada, la joven se veía forzada a mantenerse a distancia; y tambaleando de cansancio y de pena, sucumbía por entero a una reacción impotente de bondad. Para conseguir que recibiera con gusto el más mínimo cuidado, era preciso soportar frases rudas y acusaciones que la sumían en un mar de lágrimas. De vez en cuando, sintiéndose vencida, se tumbaba en una silla y lloraba, no sabiendo ya cómo infundir de nuevo a la enferma aquel su antiguo afecto convertido ahora en rabia. Luego, la resignación volvía a apoderarse de ella, procurando ingeniarse en sus atenciones y redoblar su dulzura. Aquel día, sin embargo, su insistencia determinó en ella una crisis que la hizo permanecer temblorosa durante mucho tiempo.

—Escucha, tía —dijo mientras preparaba la cucharada—, es hora de que tomes tu poción. Sabes que el médico te ha recomendado mucho que la tomes puntualmente.

La señora Chanteau quiso ver la botella que acabó por tocar.

—¿Es la misma que ayer? —preguntó.

—Sí, tía.

—No quiero tomarla.

Sin embargo, a fuerza de cariñosos ruegos, la sobrina consiguió que tomara aún una cucharada. La cara de la enferma dejaba traslucir enorme desconfianza. Y, en cuanto tuvo la medicina en la boca, la escupió violentamente por el suelo, sacudida por un acceso de tos, balbuceando en medio del hipo:

—Eso es vitriolo, noto que quema.

Su execración y su terror hacia Pauline, poco a poco agrandados desde el día en que se apoderara de su primera moneda de veinte francos, estallaban finalmente en aquella suprema perturbación de su mal, en una oleada de locas palabras; y mientras tanto, la joven la escuchaba sobrecogida, sin encontrar con qué defenderse.

—¡Te imaginas acaso que no me doy cuenta! —decía la enferma en tono airado—. Tú mezclas en todo cobre y vitriolo... Y eso es lo que me produce ahogo. No tengo nada, y me habría levantado esta misma mañana, si no hubieras disuelto cardenillo en mi caldo, ayer tarde... Sí, estás harta de mí y quisieras enterrarme. Pero soy más fuerte de lo que piensas, y seré yo quien consiga enterrarte.

Las palabras se le trababan cada vez más, su sofoco iba en aumento y sus labios se pusieron tan negros, que todo hacía temer una catástrofe inmediata.

—¡Oh!, tía, mi querida tía —murmuró Pauline horrorizada—, ¡si supieras el daño que te causas a ti misma!

—Perfectamente, eso es lo que tú quieres, ¿no es así? Anda, anda, ¿no ves que te conozco muy bien?; tu plan hace ya mucho tiempo que fue concebido; entraste aquí con el único propósito de asesinaros y despojarnos. Tu idea es hacerte con la casa, y para eso te estorbo yo... ¡Ah!, bribona, más que bribona, debí aplastarte el primer día... ¡Te odio, te odio!

Pauline, inmóvil, lloraba silenciosamente; una sola expresión remontaba a sus labios, cual protesta involuntaria:

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Y a todo esto la señora Chanteau íbase extenuando, y un terror infantil sustituía a la violencia de sus ataques. Se dejó caer de nuevo sobre sus almohadas, y no hacía más que exclamar:

—No te acerques, no me toques... Si me llegas a tocar, pediré socorro... No, no, no quiero beber. Es veneno lo que quieres darme.

Retorcía las sábanas con sus manos crispadas, escondiéndose bajo las almohadas, moviendo constantemente la cabeza y apretando los labios. Cuando su sobrina, desorientada, se acercó para calmarla, ella, entonces, se puso a dar alaridos.

—Escúchame tía, sé razonable... No voy a intentar que bebas nada sin que tú lo quieras.

—Sí, tienes la botella en la mano... ¡Oh!, ¡tengo miedo, mucho miedo!

La enferma agonizaba, su cabeza demasiado baja, alterada por el espanto, se cubría de placas color violeta. La joven, creyendo que expiraba en sus brazos, llamó a la criada. Costó mucho trabajo a las dos conseguir incorporarla y volverla a recostar sobre las almohadas.

Entonces, los sufrimientos personales de Pauline, sus tormentos amorosos quedaron definitivamente eclipsados por aquel dolor común. Ya no pensaba en su reciente queja, todavía sangrante la víspera, ni experimentaba violencia ni sentía celos, ante una miseria tan espantosa. Todo quedaba anegado en el fondo de una inmensa piedad; hubiera querido poder amar aún más, sacrificarse, entregarse por entero, soportar la injusticia y la injuria para mayor alivio de los demás. Era algo así como un gesto de bravura, el empeño de acaparar la mayor parte de cuanto constituye el mal de la vida. Desde aquel momento, no tuvo un solo gesto de abandono; mostróse, por el contrario, ante aquel lecho de muerte, con la misma resignada calma que tuviera cuando la amenazaba a ella misma. Siempre dispuesta, nada parecía repugnarle. Incluso la ternura y el sentimentalismo volvieron a apoderarse de ella; perdonaba a su tía los arranques que tuviera en sus crisis, la compadecía y lamentaba que la rabia se hubiera ido infiltrando lentamente en su ser de aquella manera, prefiriendo recordarla tal como fue en sus buenos tiempos; amándola de nuevo como la amara diez años antes, cuando llegaba con ella a Bonneville, una tarde, con viento de tempestad.

Aquel día, el doctor Cazenove no apareció hasta después del almuerzo: un accidente, el brazo roto de un colono que había tenido que entablillar, le entretuvo en Verchemont. Cuando vio a la señora Chanteau y bajó de nuevo a la cocina, no ocultó su mala impresión. En aquel momento estaba allí Lazare, sentado cerca del horno, poseído de aquella ociosidad febril que le devoraba.

—Ha desaparecido toda esperanza, ¿no es eso? —preguntó al doctor—. He releído esta noche la obra de Bouillaud sobre las enfermedades del corazón...

Pauline, que había bajado con el médico, lanzó de nuevo a éste una mirada suplicante, que le hizo interrumpir al joven con un gesto de enojo. Cada vez que las enfermedades tomaban mal aspecto, solía enfadarse.

—¡Oh!, el corazón, querido mío —dijo entonces el médico—, ¡es la única palabra que, por lo visto, le cabe en la boca!... ¿Es que se puede afirmar algo? Yo creo que el hígado está más enfermo aún. Sólo que, cuando la máquina se descompone, todo se ve afectado, ¡caramba!, los pulmones, el estómago, el propio corazón... Por la noche, en vez de leer a Bouillaud, con lo que no consigue en absoluto más que ponerse enfermo usted también, mejor haría durmiendo.

Y ésa era la consigna de la casa, se le aseguraba a Lazare que su madre se moría del hígado. Él, por su parte, no creía nada y seguía hojeando sus viejos libros en las horas de insomnio; luego se armó una confusión respecto a los síntomas, y lo que explicara el doctor de que los órganos se afectaban unos a otros, acabó por espantarle más.

—En fin —resumió el joven con mucha pena—, ¿cuánto cree que puede durar aún? Cazenove hizo un gesto vago, mientras decía:

—Quince días, un mes quizá... No me interrogue sobre el particular, por favor; me equivocaré y entonces tendrá usted razón cuando dice que nada sabemos y que nada podemos hacer... Es espantoso el progreso que ha hecho la enfermedad desde ayer.

Véronique, dedicada en aquel momento a enjugar vasos, le contemplaba con la boca abierta. ¡Cómo!, ¿entonces era verdad que la señora estaba tan enferma, que la señora se iba a morir? Ella, por cierto, no había podido creer en el peligro, refunfuñaba por los rincones y seguía hablando del rencor contenido para volver locos a los que estaban a su alrededor. Así permaneció unos momentos en actitud estúpida, y cuando Pauline le dijo que subiera a hacer compañía a la señora para que no estuviera sola, se apresuró a salir, enjugándose las manos en su delantal y no encontrando otras palabras que éstas:

—¡Ah!, bien... ¡ah!, bien...

—Doctor —dijo Pauline, que era la única que conservaba la cabeza en su sitio... habría que pensar en mi tío... ¿Cree que debemos prepararle? Véale antes de marcharse.

Pero en aquel momento se presentó el abate Horteur. Esta misma mañana se había enterado de lo que él llamaba indisposición de la señora Chanteau. Cuando supo la gravedad de la enfermedad, su bronceada cara, siempre sonriente, adquirió una expresión de auténtico pesar. ¡Pobre señora!, pero ¿era posible?, ¡ella que parecía tan briosa tres días antes! Incluso el doctor, que no cree en Dios... Luego, después de un silencio, preguntó:

—¿Puedo verla?

El sacerdote había lanzado sobre Lazare una ojeada de inquietud, conocía sus ideas y sospechaba una negativa. Pero el joven, acabado y exhausto, ni tan siquiera pareció haber comprendido. Fue Pauline quien respondió claramente:

—No, hoy no, señor cura. Ignora su estado y su presencia le trastornaría... Mañana veremos.

—Muy bien —se apresuró a decir el sacerdote—; no hay ninguna prisa, esperaré. Pero cada uno tiene que cumplir con su deber, ¿no les parece?...

Después de un momento contestó el doctor:

—¿Quién le ha dicho que yo no creo en Dios? Al fin, Dios no es imposible... Uno ve tantas cosas... ¿quién sabe?...

Movió la cabeza y pareció despertar.

—Usted entre ahora conmigo a estrechar la mano de ese bueno de Chanteau —le dijo el doctor al sacerdote—. Va a necesitar de un gran valor muy pronto.

—Si cree que eso puede distraerle —contestó amablemente el sacerdote— me quedaré con él jugando algunas partidas de damas.

Pasaron entonces los dos al comedor, en tanto que Pauline se apresuraba a subir al lado de su tía. Lazare, que había quedado solo, dudó unos momentos antes de subir él también, pero acabó yéndose a escuchar la voz de su padre, sin tener el valor de entrar; volvió poco después para abandonarse en la misma silla, sumido en el ocio de su desesperanza.

El médico y el sacerdote habían encontrado a Chanteau distraído en jugar sobre la mesa con una bola de papel confeccionada con un prospecto que vino en el periódico. Minouche, tumbada cerca de él, contemplaba la maniobra con sus ojos verdes. La gatita parecía desdeñar aquel juego para ella demasiado sencillo, con las patas metidas bajo el vientre y como reculando ante el cansancio que suponía sacar de allí sus garras. La bola se detuvo ante sus propias narices.

—¡Ah!, son ustedes —dijo Chanteau—. Agradezco su amabilidad, no me divierto gran cosa estando solo... Y bien, doctor, ¿la encuentra usted mejor? ¡Oh!, no es que sienta ninguna inquietud, es la más fuerte de la casa; nos enterrará a todos.

Estimó el doctor que la ocasión era propicia para aclarar las cosas:

—Indudablemente, su estado no es que me parezca muy grave... Pero, eso sí, la encuentro muy debilitada.

—No, no, doctor —exclamó enseguida Chanteau—, usted no la conoce en absoluto. Tiene una fuerza y una resistencia increíbles... Antes de tres días la verá usted en pie.

Y se rehusó a comprender, ante la necesidad que experimentaba de creer sin reservas en la salud de su mujer. El médico, no queriendo decirle brutalmente las cosas, hubo de callarse. Por lo demás, lo mismo daba esperar todavía. Por suerte para él, la gota le dejaba bastante tranquilo, sin tener que sufrir dolores demasiado vivos, sólo que con las piernas cada vez más afectadas, hasta el extremo de que era preciso trasladarle al lecho llevándole en su propio sillón.

—Si no fuera por estas malditas piernas —repetía él— subiría por lo menos a verla.

—Resígnese, amigo mío —dijo el abate Horteur, que a su vez trataba de cumplir su misión de consuelo—. Cada uno tiene que ser portador de su cruz... Estamos todos en la mano de Dios...

Pero interrumpióse entonces, en vista de que sus palabras, en lugar de aliviarle, le inquietaban, y preguntó a Chanteau:

—¿Quiere que juguemos una partida? Eso le despejará la cabeza.

Y fue él mismo a buscar el damero que estaba encima de un armario. Chanteau, embelesado, estrechó la mano del doctor, que se marchaba en aquel momento. Y ya los dos hombres se sumían en su juego, olvidándose del mundo entero, cuando Minouche, excitada sin duda a la larga por la bola de papel que había quedado frente a ella, saltó bruscamente y la hizo volar con un golpe de su pata, persiguiéndola luego alrededor de la pieza y mediante una serie de volteretas rápidas.

—¡Caprichosa maldita! —gritó Chanteau descompuesto—. ¡Hace un momento que no quería jugar conmigo, y en cambio ahora nos impide reflexionar, poniéndose a jugar ella sola!

—Déjela —dijo el cura lleno de mansedumbre—, los gatos se divierten ellos solos.

Cuando atravesaba de nuevo la cocina, el doctor Cazenove, llevado por una súbita emoción, viendo a Lazare, el cual no se había movido del mismo sitio, le cogió entre sus largos brazos y le besó paternalmente sin pronunciar una sola palabra. En aquel preciso momento, bajaba Véronique, azuzando a Mathieu, que corría delante de ella. El perro se dedicaba a rondar incesantemente por la escalera, con su ligero silbido de nariz, que parecía más bien la queja de un pájaro; y, en cuanto encontraba abierta la habitación de la enferma, allí se metía a llorar en ese tono agudo de caramillo, cuya nota persistente agujereaba los oídos.

—¡Anda fuera, anda fuera! —gritaba la criada—, no es precisamente tu música la que la ponga buena.

Luego, cuando percibió a Lazare, exclamó:

—Lléveselo a cualquier parte, nos quitará un estorbo de encima y a usted le sentará bien.

Se trataba de una orden de Pauline. Encargaba a Véronique que procurase sacar a Lazare de la casa y le forzase a dar largos paseos. El muchacho se negaba, sin embargo, necesitaba hacer todo un esfuerzo para ponerse en pie. No obstante el perro había ido a colocarse delante de él y recomenzaba su lloro.

—Ese pobre Mathieu no debe ser muy joven que digamos —dijo el doctor, que le contemplaba.

—¡Caramba!, como que tiene catorce años —respondió Véronique—. Lo que no le impide, sin embargo, correr todavía como un loco tras los ratones... Fíjese, tiene la nariz despellejada y los ojos rojos. Y eso es que ha notado que hay uno debajo del horno desde esta última noche; lo que ha motivado que no pegara un ojo y haya revuelto mi cocina con su hocico; todavía lleva la fiebre en las patas. ¡Un perro tan grande para un animalito tan pequeño, resulta ridículo!... Por lo demás, no hay como los ratones para él, todo lo que es menudo y hormiguea; los polluelos de un día, los cachorros de Minouche, también le encienden y le impresionan hasta el punto de perder las ganas de beber y comer. A veces se queda horas enteras dando resoplidos bajo un mueble por donde ha visto pasar una cucaracha... Precisa decir no obstante, que, en estos momentos advierte cosas que no son corrientes en la casa...

Detuvo la criada su perorata, al observar que los ojos de Lazare se llenaban de lágrimas.

—Váyase a dar una vuelta como le están diciendo —insistió el doctor—. Aquí no es necesario, estaría mejor fuera.

El joven acabó por levantarse penosamente.

—Vámonos —anda, vente conmigo, mi pobre Mathieu.

Cuando hubo dejado al médico en su coche, se alejó con el perro a lo largo de los acantilados. De tanto en tanto tenía que detenerse para esperar a Mathieu, pues éste, en efecto, había envejecido mucho. Sus cuartos traseros se paralizaban, oíanse arrastrar sus gruesas patas como si fueran zapatillas. Ya no hacía ningún hoyo en el huerto, y enseguida caía rendido en cuanto empezaba a dar vueltas tratando de cogerse la cola. Pero se fatigaba rápidamente sobre todo, tosiendo si se lanzaba al agua y tumbándose para roncar al cabo de un cuarto de hora de paseo. Por la playa fue caminando pegado materialmente a las piernas del amo.

Lazare permaneció unos minutos inmóvil contemplando un barco de pesca de Port-en-Bessin, cuya vela gris rozaba el agua como pudiera hacerlo el ala de una gaviota. Luego, reemprendió la caminata. ¡Su madre iba a morir!; aquella idea fija retumbaba en todo su ser. Cuando dejaba de pensar en ello, un nuevo golpe, más profundo, venía a zarandearle; eran como continuas sorpresas que hicieran acto de presencia en su imaginación, una idea a la que en modo alguno podía acostumbrarse, un estupor que brotaba a cada momento, sin dejarle sitio para otras sensaciones. Había momentos, incluso, en que ese pensamiento perdía nitidez y sólo notaba en su

cerebro la penosa vaguedad de una pesadilla, en la que ya no quedaba sobrenadando otra cosa que la ansiosa espera de una gran desdicha. Durante minutos enteros desaparecía prácticamente todo lo que le rodeaba; y, a renglón seguido, en cuanto volvía a ver nuevamente la arena, las algas, el mar a lo lejos, aquel horizonte inmenso, quedaba como asombrado por unos momentos, sin llegar a reconocerlos. ¿Era aquél, efectivamente, el sitio por dónde tantas veces había pasado? El sentido de las cosas parecía haber cambiado en él; jamás había penetrado en aquella forma las realidades que le rodeaban y sus colores. ¡Su madre iba a morir!, y continuaba caminando incesantemente, como para escapar a aquel zumbido que le aturdía.

Bruscamente, oyó un soplido detrás suyo. Se volvió y reconoció al perro que, con la lengua colgante había llegado al límite de sus fuerzas. El muchacho se puso entonces a hablar en voz alta:

—Mi pobre Mathieu, ya no puedes más... ¡Anda, volvámonos! Está bien que se despabile uno; ¡pero así y todo uno no deja de pensar!

Por la noche, cenaban rápidamente. Lazare, cuyo comprimido estómago no toleraba más que algún que otro bocado de pan, se apresuraba para subir a su habitación, dando a su padre el pretexto de tener entre manos un trabajo que urgía. En el primer piso entraba en la alcoba de su madre, donde se esforzaba por permanecer sentado durante cinco minutos, antes de abrazarla y desearle las buenas noches. La enferma, por lo demás, le tenía olvidado por completo, jamás se inquietaba por lo que pudiera ser de él durante el día. Cuando se inclinaba para besarle, ella le tendía la mejilla, como pareciendo encontrar natural aquella rápida despedida del hijo, absorta cada vez más y a cada hora, en el egoísmo instintivo de su próximo fin. Se escapaba, pues, por decirlo así y Pauline era la primera que procuraba abreviar la visita, inventando cualquier pretexto para echarlo.

Pero, ya en sus dominios, metido en la gran habitación del segundo piso, el tormento de Lazare redoblaba en intensidad. Era sobre todo la noche, la larga e interminable noche, lo que más pesaba en su turbado espíritu. Subía unas cuantas velas para no quedarse sin luz; y las iba encendiendo, una después de otra, hasta que amanecía, sobrecogido por el horror a las tinieblas. Cuando se metía en la cama, trataba en vano de leer; sus antiguos libros de medicina eran los únicos que aún podían suscitar su interés, aunque acabara por dejarlos también de lado, pues le daban miedo. Entonces, con los ojos abiertos, permanecía echado boca arriba, viviendo únicamente la sensación de que, muy cerca suyo, detrás del tabique, sucedía algo espantoso cuyo peso le ahogaba. La respiración de su madre moribunda resonaba en sus oídos; y ese zumbido había llegado a ser tan fuerte que, desde hacía dos días, le parecía oírlo en cada peldaño de la escalera, por donde no se arriesgaba a pasar sin apresurar la marcha. Toda la casa parecía exhalar como una queja; se sentía removido en su propio lecho; inquietábanle los silencios que a veces se producían,

corriendo presuroso con los pies descalzos hasta el rellano de la escalera para asomarse a la barandilla. Abajo, Pauline y Véronique, que velaban juntas, dejaban la puerta entreabierta para que el aire pudiese entrar en la alcoba. Y al inclinarse el muchacho percibía la pálida franja de luz durmiente que proyectaba la mariposa sobre el suelo, y volvía a clavarse en su mente aquel fuerte resoplido, ampliado y como prolongándose en la sombra. Cuando volvía para acostarse, también él dejaba la puerta entreabierta, pues experimentaba verdadera necesidad de oír aquel estertor; era como una obsesión que le perseguía hasta en las somnolencias en que acababa sumiéndose hacia el amanecer. Lo mismo que le había ocurrido durante la enfermedad de su prima, el miedo a la muerte, todo iba a morir, y se dejaba llevar por aquel hundimiento de la vida, sin otro sentimiento que no fuera la exasperación por su impotencia para alterar nada.

Fue al día siguiente cuando empezó la agonía de la señora Chanteau, una agonía parlero, que duró veinticuatro horas. Se había calmado, el espanto a ser envenenada ya no le enloquecía; y, sin parar, se ponía a hablar sola, con voz clara, emitiendo frases rápidas y sin levantar la cabeza de la almohada. No se trataba de ninguna conversación, no se dirigía a nadie; parecía tan solo como si, en plena descomposición de la máquina, su cerebro se apresurase a funcionar como un reloj que se desmanda, y que aquella oleada de palabras sueltas y apresuradas constituyeran el último tic-tac de su inteligencia a punto de acabársele la cuerda. Todo su pasado desfilaba por allí, no había ni una sola palabra que se refiriera al presente, a su marido, a su hijo ni a aquella casa de Bonneville, donde su ambición había sufrido por espacio de diez años. Aún era ella la señorita de la Vignière, cuando daba lecciones a domicilio en casa de las familias distinguidas de Caen; pronunciaba familiarmente nombres que ni Pauline ni Véronique habían oído jamás; contaba largas historias, sin solución de continuidad, salpicadas de incidentes, cuyos detalles escapaban a la propia criada, envejecida no obstante a su servicio. Como ocurre con los cofres que se vacían de cartas amarillentas de antaño, parecía como si la moribunda procediese a desembarazar su cabeza de los recuerdos de su juventud, antes de expirar. A pesar de su valor, Pauline experimentaba un estremecimiento; sentíase turbada por aquel desconocido mundo que oía relatar, por aquella confesión involuntaria que salía de nuevo a la superficie, como trabajo y producto de la propia muerte. Y no era ya con aquel resoplido con lo que ahora se llenaba la casa entera, sino con aquella charla terrorífica e inacabable. Cuando pasaba por delante de la puerta, Lazare retenía en su mente algunas de aquellas frases. Procuraba luego analizarlas, pero no les encontraba ningún sentido; se azoraba como si se tratara de una historia ignorada, que su madre contaba ya, desde el más allá y en medio de seres invisibles.

Cuando llegó el doctor Cazenove, encontró a Chanteau y al abate Horteur en el comedor, jugando a las damas. Hubiérase dicho que no se habían movido de allí, y

que continuaban la partida de la víspera. Sentada al lado de ellos, Minouche parecía estar absorta estudiando el tablero de damas. El sacerdote había venido de buena mañana para ocupar de nuevo su plaza como consolador. Pauline, ahora ya, no veía inconveniente alguno en que subiese, y cuando el médico acabó su visita, acompañó al sacerdote hasta la cabecera de la enferma, a quien se presentó como amigo de la casa, deseoso simplemente de saber noticias de ella. La señora Chanteau aún pudo reconocerles, quiso que la incorporasen sobre las almohadas y les acogió en calidad de hermosa mujer de Caen en día de recepción, y en un delirio lúcido y sonriente. Aquel bravo doctor debía estar satisfecho de ella, ¿no es así?, pronto se levantaría; e interrogó después al abate cortésmente sobre su propia salud. Éste, que había subido con la intención de cumplir con su deber de sacerdote, no se atrevió a abrir la boca, sobrecogido por aquella agonía parlanchina. La propia Pauline tuvo que disimular una confiada alegría. Cuando se retiraron los dos hombres, les acompañó hasta el rellano de la escalera, donde el médico le dio en voz baja una serie de instrucciones para los últimos momentos. Las palabras «descomposición rápida», «fenol», surgían a cada instante, en tanto que de la alcoba aún salía el zumbido confuso el flujo inagotable de frases pronunciadas por la moribunda.

—¿Cree usted entonces que pasará la jornada? —preguntó la joven.

—Sí, aguantará seguramente hasta mañana —respondió Cazenove—. Pero no intente incorporarla, podría quedársele entre los brazos... Por lo demás, ya volveré esta tarde.

Se convino en que el abate Horteur permanecería con Chanteau y que él sería el encargado de prepararle para la catástrofe. Véronique, en el umbral de la alcoba, oía tomar todas aquellas medidas con aire azorado. Desde que creyera en la posibilidad de la muerte de la señora, no había vuelto a despegar los labios, se mostraba solícita a su alrededor, con la sumisión propia de una bestia de carga. En un momento dado todos se callaron, subía Lazare, errante por la casa, sin sentirse con fuerzas para asistir a las visitas del doctor y de conocer con exactitud el peligro. Aquel brusco silencio con que era acogido le informó, no obstante, a pesar suyo. Se puso muy pálido.

—Mi querido niño —dijo el médico—, haría bien acompañándome. Almorzaría conmigo y volvería a traerle esta tarde.

El joven había palidecido aún más.

—No, gracias —murmuró—, no quiero alejarme.

Desde entonces, estuvo Lazare a la espera, con una angustia espantosa que le oprimía el pecho. Un cinturón de hierro parecía encarcelarle por los lados. La jornada se eternizaba, y transcurría sin embargo sin que el muchacho se diera cuenta de cómo iban pasando las horas. Nunca volvió a acordarse de lo que había hecho, subiendo, bajando, contemplando a lo lejos el mar, cuyo inmenso mecimiento acababa por aturdirle. El invencible avanzar de los minutos se materializaba por unos instantes y

venían a significar para él como una barra de granito que barriera todo hacia el abismo. Después, se exasperaba, habría querido que todo terminase de una vez, para poder reposar al fin de aquella abominable espera. Hacia las cuatro, cuando subía una vez más a su alcoba, entró bruscamente en la de su madre: quería verla, aún sentía el deseo de abrazarla. Pero, cuando se inclinó para hacerlo, la moribunda continuó devanando la embrollada madeja de sus frases; ni siquiera le tendió la mejilla con ese movimiento cansado con que solía acogerle desde que se puso enferma. Puede que no le viera incluso. Aquello ya no era su madre, con la cara de color plomizo y ya negros los labios.

—Vete —le dijo Pauline con dulzura—, salte un poco... Te aseguro que aún no ha llegado la hora.

Y, en lugar de subir a su habitación, Lazare escapó de allí. Salió llevando consigo la visión de aquel doloroso rostro que ya no reconocía. Su prima le mentía, la hora iba a llegar; sólo que se ahogaba, necesitaba espacio, marchaba como un loco. Aquel beso era el último. La idea de no volver a ver a su madre jamás, le sacudía con furia. Pero le pareció que alguien corría tras él, lo que motivó que se volviera; y, cuando reconoció a Mathieu, que trataba de darle alcance con sus pesadas patas, le entró una especie de rabia, sin razón o fundamento alguno, y empezó a tirarle piedras al perro, prorrumpiendo en injurias, para que volviera a la casa. Mathieu, estupefacto ante aquella acogida, se alejaba un poco, pero luego volvía y le contemplaba con mirada dulce donde parecían relucir lágrimas. Resultó imposible a Lazare deshacerse de aquella bestia que fue acompañándole de lejos como para velar su desesperación. La inmensidad del mar también le producía irritación; se había lanzado a través de los campos, buscaba los rincones perdidos, con el fin de sentirse en ellos solo y oculto. Hasta que llegó la noche estuvo vagabundeando, atravesó tierras de labor, saltó setos vivos. Regresaba por fin, extenuado, cuando un espectáculo que se presentó ante sus ojos, le azotó haciéndole sentir como un espanto supersticioso; ocurría ello al borde de un camino desierto, tratábase de un gran álamo aislado, que la luna en su ascenso coronaba con una llama amarillenta; hubiérase dicho hallarse en presencia de un sesgo en la campiña.

—¡Vamos, Mathieu! —gritó el joven con estrangulada voz—. Apresurémonos.

Regresó corriendo, lo mismo que se había ido. El perro se había atrevido a aproximarse y le lamía las manos.

A pesar de haber caído la noche, no había luz en la cocina. La pieza estaba vacía y lóbrega, enrojecido únicamente su techo por el reflejo de las brasas del horno. Aquellas tinieblas sobrecogían a Lazare, que no se sintió con valor para seguir adelante. Desorientado y absorto, de pie en medio del desorden de trapos y cacerolas, se puso a escuchar los ruidos que estremecían la casa. Al lado mismo, oía la tosecita de su padre, al que hablaba el abate Horteur con voz sorda e ininterrumpida.

Pero lo que le asustaba, sobre todo, eran, en la escalera, una serie de pasos rápidos, de cuchicheos; y luego, en el piso superior, un zumbido que no acababa de explicarse, algo así como el tumulto ahogado de algún trabajo que realizaban con suma rapidez. No osaba razonar, ¿habría acabado todo? Y permanecía inmóvil, sin tener siquiera la fuerza de voluntad de intentar cerciorarse, cuando vio bajar a Véronique: iba corriendo, encendió una vela y se la llevó, procediendo con tal azuzamiento, que no soltó una sola palabra, ni siquiera una mirada. La cocina, iluminada por unos instantes, había caído de nuevo en la más completa oscuridad. Arriba, las pisadas tenían un ritmo más lento, parecían apaciguarse. Hubo todavía una nueva aparición de la criada que, esta vez, venía a buscar una cacerola; y siempre el mismo apresuramiento azorado y mudo. Lazare ya no dudó más, el final había llegado. Entonces, desfallecido, se sentó en el borde de la mesa, y esperó en el fondo de aquel rincón sombrío, sin saber realmente qué esperaba, zumbándole en los oídos aquel gran silencio que acababa de hacerse.

En la alcoba, la suprema agonía duraba desde hacía dos horas, una agonía atroz que espantaba a Pauline y a Véronique. El miedo al veneno había vuelto entonces a hacer su aparición en los últimos estertores. La señora Chanteau se incorporaba, hablando siempre con voz rápida, pero poco a poco agitada por un delirio furioso. Quería saltar del lecho, huir de la casa, donde alguien iba a asesinarla. La joven y la criada tenían que emplear todas sus fuerzas para contenerla.

—Dejadme —gritaba la moribunda—, conseguiréis que me maten... Hace falta que huya, enseguida, enseguida...

Véronique trataba de calmarla:

—Señora, mírenos... Usted no puede creernos capaces de hacerle ningún daño.

La agonizante, agotada, respiraba unos instantes. Parecía buscar en la pieza, con sus turbados ojos que, con seguridad, ya no veían. Luego, continuaba en su incontenible perorata:

—Cerrad el mueble escritorio. Es en el cajón... Sube, ya está aquí. ¡Oh!, tengo miedo, ¡os estoy diciendo que la oigo subir! No le deis la llave, dejadme huir, enseguida, enseguida...

Y se revolvía sobre sus almohadas, mientras Pauline procuraba aguantarla.

—Querida tía... dijo, aquí no hay nadie, sólo estamos nosotras.

—No, no —insistía la moribunda—, escuchad, ahí está... ¡Dios mío!, voy a morir, la muy pilla me lo ha hecho beber todo... ¡Quiero morir, quiero morir!

Sus dientes castañeaban, se refugiaba entre los brazos de su sobrina, a la que ya no reconocía. Ésta la apretaba dolorosamente contra su corazón, cesando en su lucha contra la abominable sospecha, resignándose a que se fuera con ella a la tumba.

Afortunadamente, Véronique vigilaba atentamente; y adelantó los brazos murmurando:

—¡Señorita, tenga cuidado!

Se hallaban ante la crisis final. La señora Chanteau, haciendo un violento esfuerzo, había conseguido sacar sus hinchadas piernas fuera del lecho; y, sin la intervención de la criada, hubiera rodado por el suelo. Una locura de espanto agitaba todo su ser, no hacía más que lanzar gritos inarticulados, con los puños cerrados dispuesta a una lucha cuerpo a cuerpo, dando la impresión de estar defendiéndose contra un fantasma que la tenía cogida por el cuello. En este último minuto debió darse cuenta de que se moría, volvió a abrir sus ojos inteligentes, dilatados por el horror. Un sufrimiento espantoso motivó que, por unos instantes, se llevara las manos al pecho. Luego, volvió a caer sobre las almohadas y se convirtió en una masa negra. Estaba muerta.

Se hizo un gran silencio. Pauline, agotada, quiso todavía cerrarle los ojos: aquello constituía el término o punto final que ella misma había fijado a sus fuerzas. Cuando abandonó la habitación, dejando como custodia, junto con Véronique, a la mujer de Prouane a quien ésta había enviado a buscar después de la visita del doctor, Pauline se sintió desfallecer en la misma escalera; y tuvo que sentarse unos momentos sobre un peldaño, pues no se sentía con valor suficiente para anunciar la muerte a Lazare ni a Chanteau. Las paredes daban vueltas a su alrededor. Transcurrieron algunos minutos, volvió a sujetarse a la barandilla, oyó en el comedor la voz del abate Horteur, y prefirió a Lazare, cuya oscura silueta destacaba sobre el reflejo rojo del horno. Sin hablar, se fue acercando a él con los brazos abiertos. El muchacho había comprendido y se abandonó en los hombros de la joven, mientras ella le estrechaba en un fuerte y prolongado abrazo. Pauline lloraba silenciosamente, y él, en cambio, no podía verter una lágrima; tan ahogado estaba que apenas si podía respirar. Se separó ella finalmente y le soltó la primera frase que le vino a los labios:

—¿Por qué estás sin luz?

Hizo él entonces un gesto, como para responder que con la pena que le afligía no necesitaba luz.

—Hay que encender una vela —siguió diciendo la joven.

Lazare se había dejado caer sobre una silla, incapaz de mantenerse de pie. Mathieu, muy inquieto, no hacía más que dar vueltas al patio, husmeando el aire húmedo de la noche. Entró el animal en la cocina, les contempló fijamente el uno al lado del otro, y fue a apoyar su voluminosa cabeza sobre una de las rodillas del amo, permaneciendo así inmóvil mientras, sin apartar sus ojos de los de este último, le interrogaba ansiosamente. Lazare, entonces, se echó a temblar ante aquella mirada del perro. De pronto, brotaron las lágrimas y estalló en sollozos, con las manos enlazadas alrededor de aquel viejo animal doméstico, al que su madre apreciaba desde hacía catorce años. Balbuceaba el muchacho palabras entrecortadas:

—¡Ah!, mi pobre grandote... Ya no la veremos más.

Pauline, a pesar de su turbación, había acabado por encontrar y encender una vela. No trató de consolarle, satisfecha en el fondo con sus lágrimas. Aún le quedaba una

penosa tarea, la de hacer saber a su tío la triste nueva. Pero, cuando se dispuso a pasar al comedor, donde Véronique había instalado una lámpara desde el crepúsculo, el abate Horteur, acababa de infundir a Chanteau la idea de que su mujer estaba perdida y que el fatal desenlace sólo era cuestión de horas. Por eso, cuando el anciano vio entrar a su sobrina, trastornada y con los ojos enrojecidos, adivinó enseguida la catástrofe. Su primer grito fue:

—¡Dios mío!, sólo una cosa habría pedido, volver a verla viva una última vez... ¡Ah!, ¡esta porquería de piernas!, ¡esta porquería de piernas!

Y añadió poca cosa más. Lloraba unas lagrimitas que pronto se secaban, lanzaba débiles suspiros de enfermo; y volvía rápidamente al tema de sus piernas, las llenaba de injurias, llegando a quejarse de sí mismo. Por unos momentos se estuvo discutiendo sobre la posibilidad de subirle al primer piso para que pudiera abrazar a la difunta; pero luego, aparte la dificultad que entrañaba semejante operación, se estimó peligroso causarle la emoción de aquel supremo adiós, que él, por otra parte, no exigía. Permaneció por consiguiente en el comedor, ante el tablero de damas en desorden, no sabiendo en qué ocupar sus pobres manos de inválido, y sin tener la cabeza bastante firme, según decía, para leer y prestar atención a su periódico. Cuando le acostaron, lejanos recuerdos debieron despertarse en él, pues lloró mucho.

Entonces, dos largas noches y un día sin fin transcurrieron penosamente, esas horas terribles en que la muerte habita el hogar. Cazenove no había vuelto a aparecer más que para certificar la defunción sorprendido una vez más por un final tan rápido. Lazare, que no se acostó la primera noche, estuvo escribiendo hasta el amanecer una serie de cartas a parientes lejanos. Había que transportar el cadáver al cementerio de Caen, para enterrarlo en el panteón de la familia. El doctor se encargó amablemente de cumplimentar todas las formalidades del caso; de entre las cuales sólo una resultó penosa, en Bonneville: la declaración oficial de pésame que Chanteau había de recibir en su calidad de alcalde. Pauline, que carecía de ropa y prendas ligeras adecuadas a las circunstancias, se apresuró a hacérselas, valiéndose para ello de una antigua falda y de un chal de merino con el que se cortó un corpiño. La primera noche y el siguiente día aún transcurrieron en medio de la fiebre de sus respectivas ocupaciones; fue la segunda noche la que se eternizó, haciéndose interminable ante la dolorosa espera del día siguiente. Nadie pudo dormir, las puertas permanecían abiertas, las velas encendidas arrastraban por los escalones y sobre los muebles; en tanto que un olor a fenol había invadido hasta las piezas más alejadas. Todos eran víctimas de ese molimiento general que produce el dolor; con la boca empastada y los ojos turbados, no experimentaban otra cosa que el sordo deseo de asirse de nuevo a la vida.

Por fin, al día siguiente a las diez, la campana de la pequeña iglesia se puso a sonar, al otro lado de la carretera. En atención al abate Horteur, que se portó como un valiente en aquellas tristes circunstancias, habíase resuelto que la ceremonia religiosa

tuviera lugar en Bonneville, antes de trasladar el féretro al cementerio de Caen. En cuanto oyó la campana, Chanteau se removió en su sillón, diciendo:

—Quiero verla partir, por lo menos. ¡Ah!, ¡porquería de piernas!, ¡cuánta miseria y tristeza significa tener semejantes y asquerosas piernas!

Fue en vano que se intentara evitarle el horroroso espectáculo. La campana sonaba cada vez más de prisa, y el pobre hombre se enfadó gritando:

—Arrastradme hasta el pasillo. Oigo perfectamente como la bajan. Enseguida, enseguida. Quiero verla partir.

Fue preciso, pues, que Pauline y Lazare, vestidos de riguroso luto y ya enguantados, le obedecieran rápidamente. Uno por el lado derecho y la otra por el izquierdo, empujaron el sillón hasta el pie de la escalera. Y, en efecto, en aquel mismo momento, cuatro hombres bajaban el ataúd, cuyo peso quebrantaba sus miembros. Cuando apareció el féretro, de madera nueva, con sus relucientes empuñaduras y su placa de cobre recién grabada, Chanteau hizo un esfuerzo instintivo para ponerse en pie; pero sus piernas de plomo le tenían clavado, y tuvo que permanecer allí en su sillón agitado por un temblor tal, que sus mandíbulas hacían un ligero chasquido, como si hubiera estado hablando consigo mismo. Lo estrecho de la escalera hacía difícil el descenso; Chanteau contemplaba la voluminosa caja amarilla acercarse con lentitud; y cuando llegó a rozarle los pies, se inclinó para ver lo que habían escrito en la placa. Ahora ya, el pasillo era algo más ancho, los hombres se dirigían con rapidez hacia las parihuelas, depositadas delante de la terraza. El viejo seguía observando, contemplaba cómo se iban cuarenta años de su vida, las cosas de otros tiempos, las buenas y las malas, que lamentaba perdidamente, como se echa de menos la juventud. Detrás del sillón, Pauline y Lazare lloraban.

—No, no, dejadme —les dijo cuando se apresuraban a trasladarle de nuevo a su sitio, en el comedor—. Iros; yo quiero seguir viendo.

El ataúd había sido depositado sobre las parihuelas; otros hombres procedían a levantarlo. La comitiva se organizaba en el patio, lleno de gentes del pueblo. Mathieu, encerrado desde la mañana, gemía por debajo de la puerta de la cochera, en medio del gran silencio reinante; en tanto que Minouche, sentada sobre la ventana de la cocina, examinaba con aire sorprendido a toda aquella gente y la caja que se llevaban. Y como no acabaran de marchar con suficiente rapidez, la gata, aburrída, se dedicó a lamerse el vientre.

—¿No vas a ir con ellos? —preguntó Chanteau a Véronique, a quien acababa de percibir a su lado.

—No, señor —respondió la criada con estrangulada voz—. La señorita me dijo que me quedara con usted.

La campana de la iglesia seguía sonando siempre, el féretro abandonaba por fin el patio, seguido de Lazare y de Pauline, de negro y a plena luz del sol. Y, desde su sillón

de inválido, en el marco de la, puerta del vestíbulo dejada abierta, Chanteau la veía partir.

VII

Lo complicado de las ceremonias y la necesidad de dejar en orden determinados asuntos retuvieron a Lazare y a Pauline dos días en Caen. Cuando se dispusieron a regresar, después de una última visita al cementerio, el tiempo había cambiado, una borrasca azotaba la costa. Partieron de Arromanches con una lluvia batiente, el viento soplaba tan fuerte que la capota del cabriolé amenazaba con desprenderse y salir volando de un momento a otro. Acordábase Pauline de su primer viaje, cuando la señora Chanteau la trajo de París: había sido aquélla una tempestad parecida, la pobre tía trataba de impedir que asomara la cabeza fuera del coche, y le volvía a atar a cada minuto un pañuelo alrededor del cuello. En su rincón, Lazare también soñaba, veía de nuevo a su madre en aquella carretera, impaciente por abrazarle, cada vez que regresaba: una vez, en diciembre, la pobre madre hizo dos leguas a pie, y la encontró sentada en aquel mismo mojón. La lluvia caía sin descanso, la joven y su primo no intercambiaron una sola palabra desde Arromanches hasta Bonneville.

Sin embargo, cuando estaban llegando, cesó la lluvia; pero el viento, en cambio, redoblaba su violencia, y fue preciso que el cochero bajase para coger al caballo por las bridas. Se detenía por fin el coche ante la puerta, cuando el pescador Houtelard pasó corriendo.

—¡Ah!, señor Lazare —gritó desde lejos—, ¡lo que es esta vez, estamos perdidos! Va a romper todos sus tinglados.

Desde aquel ángulo de la carretera no podía verse el mar. El joven, que había levantado la cabeza, acababa de percibir a Véronique de pie en la terraza, con los ojos dirigidos hacia la playa. Desde el otro lado, junto al muro de su jardín, por temor a que el viento no rajase su sotana, el abate Horteur miraba también. Se inclinó entonces para gritar a su vez:

—Se trata de sus espigones, ¡menuda limpieza!

Lazare, entonces, descendió por la cuesta y Pauline le siguió, a pesar de lo horroroso del tiempo. Cuando fueron a desembocar por la parte baja del acantilado, quedaron sobrecogidos ante el espectáculo que les aguardaba. La marea, una de esas grandes mareas del mes de septiembre, remontaba con un estrépito espantoso; no había sido anunciada, sin embargo, como peligrosa; pero la borrasca, que soplaba del

norte desde la víspera, la hinchaba tan desmesuradamente que verdaderas montañas de agua se elevaban desde el horizonte e iban como rodando a estrellarse sobre las rocas. A lo lejos, el mar era negro, bajo la sombra del nublado galopando sobre el lívido cielo.

—Súbete —dijo el joven a su prima—. Yo voy a dar un vistazo y enseguida vuelvo.

Pauline no respondió, y continuó siguiéndole hasta la playa. Allí los espigones y una gran estacada que fue construida últimamente, aguantaban un espantoso asalto. Las olas, cada vez más voluminosas, golpeaban como arietes, una después de otra; y el ejército que formaban era innumerable; siempre rodaban nuevas y enormes masas de agua. Con sus verdosas espaldas y crines de espuma, cabrilleaban hasta el infinito, acercándose bajo un impulso gigante; luego, en el coraje producido por el propio choque con las rocas, aquellos monstruos, se volatilizaban ellos mismos, convertíanse en polvillo de agua, volviendo luego a caer convertidos en una papilla blanca, que la propia ola parecía beberse y llevarse de nuevo. Bajo cada uno de aquellos hundimientos, los entablados de los espigones crujían. Ya uno de ellos había sufrido la rotura de sus postes de sostenimiento, y la larga viga central, aguantada por un extremo, se agitaba desesperadamente, lo mismo que un tronco muerto al que la metralla hubiera segado los miembros. Otros dos resistían mejor; pero se les notaba temblar en sus empotramientos, fatigarse y como adelgazar, en medio del movedizo apretón que parecía querer valerse de ellos y acosarles, para destrozarles tan solo.

—Bien lo decía yo —repetía Prouane, extremadamente borracho y apoyado en el casco agujereado de una vieja barca—, habría que ver todo eso cuando el viento sople de veras... ¡Tengo la impresión de que la marejada se toma un poco en broma lo de las cerillas de ese joven!

Risitas burlonas y despreciativas acogían sus palabras. Todo Bonneville estaba allí, las mujeres, los hombres, los niños; muy divertidos con los manotazos enormes que recibían los espigones. Ya podía el mar aplastar sus casuchas; le amaban con admiración indolente; habrían tomado la ofensa como propia, si el señor que se llegara por allí lo hubiese domado con cuatro vigas y dos docenas de clavijas. Y lo que estaba sucediendo les excitaba, les hinchaba y enorgullecía cual si se tratara de un triunfo personal; quedaban admirados, viendo por fin a ese mar despertarse y quitarse el bozal con un solo gesto de su boca.

—¡Atención! —gritó Houtelard—, fijaos qué golpe... ¿Habéis visto?, ¡ha arrastrado consigo dos patas!

Se llamaban los unos a los otros. Cucho contaba las olas.

—Serán precisas tres; vais a verlo... —decía—. Una, ¡ésa le ha hecho despegarse!, la segunda... ¡ésa sirvió para barrerlo! ¡Ah!, la muy picara, ¡dos han resultado más que suficiente!... ¡Vaya bribona en todo caso!

Y esa frase venía a significar como una caricia. Reniegos enternecedores brotaban por todos lados. La chiquillería, danzaba y pegaba saltos cuando una masa de agua más escalofriante que las otras se abatía y quebraba de golpe los riñones de un espigón. ¡Uno más!, ¡uno más!, todos se quedarían allí, crujirían como pulgas de mar bajo el zueco de un niño. Pero la marea seguía subiendo siempre y la gran estacada permanecía en pie. Y ése era precisamente el esperado espectáculo, la batalla decisiva. Las primeras olas, en fin, se abismaron en los armazones. Iban a reírse de veras.

—¡Qué lástima que no esté aquí el joven en cuestión! —dijo la voz guasona de aquel pícaro de Tourmal—. Podría reclinarsé un poco de costado para ver de reforzarlas.

Un silbido le hizo callar, algunos pescadores acababan de percibir a Lazare y a Pauline. Éstos, muy pálidos, estuvieron oyendo lo que decían, y continuaban contemplando el desastre en silencio. Aquellas vigas derribadas nada significaban; pero la marea debía subir aún durante dos horas, el pueblo sufriría ciertamente si la estacada no llegaba a resistir. Lazare se había acercado a su prima, manteniéndola por la cintura, para protegerla de las ráfagas, cuyos soplos pasaban como golpes de guadaña. Una lúgubre sombra parecía desprenderse de aquel ennegrecido cielo, las olas aullaban, ambos permanecían inmóviles, vestidos de luto riguroso, en la polvareda de agua producida por las olas, entre el clamor que iba como hinchándose, cada vez más alto y potente. Alrededor suyo, ahora, los pescadores se hallaban a la espera con la boca retorcida por una última risa burlona, pero sordamente corroídos en su fuero interno por una creciente multitud.

—Esto no va a durar mucho —murmuró Houtelard.

La estacada, sin embargo, resistía. A cada ola que los cubría de espuma, los negros armazones embadurnados de alquitrán, reaparecían bajo la blancura del agua. Pero, en cuanto fue rota una pieza de madera, las piezas vecinas empezaron a irse, pedazo a pedazo. En cincuenta años atrás, los más viejos no habían visto un mar tan bravío. Muy pronto fue preciso alejarse, las vigas arrancadas golpeaban a las otras, acababan de demoler la estacada, cuyos restos eran lanzados a tierra violentamente. Sólo quedaba una en pie, semejante a esas balizas que se plantan en los escollos. Bonneville cesaba de reír, las mujeres se llevaban consigo a los niños llorando. La bribona volvía a emprenderla con ellos; era aquél una especie de estupor resignado, la ruina esperada y soportada, tratándose de aquella vecindad tan cercana al inconmensurable mar que les alimentaba y les mataba al mismo tiempo. Se produjo una desbandada, un galope de zapatotes; todos se refugiaban detrás de los muros, demasiados bajos. Nada resistió ya, una masa enorme de agua fue a romper los cristales en casa de Houtelard, inundando su cocina. Aquello vino a significar una completa derrota, ya no quedaba allí más que el victorioso mar, barriendo la playa.

—¡No te metas dentro! —le gritaban a Houtelard—. La techumbre va a desplomarse.

Lentamente, Lazare y Pauline habían retrocedido ante la marea creciente. Ningún socorro era posible, y remontaban hacia su casa, cuando la joven, vuelta de medio lado, lanzó una última ojeada sobre el amenazado pueblecito.

—¡Pobres gentes! —murmuró.

Pero Lazare no les perdonaba sus risas imbéciles. Herido en lo más hondo de su corazón por aquel desastre, tuvo un gesto de cólera y aflojó por fin los dientes:

—¡Que vaya el monstruo a dormir en su lecho, puesto que tanto le aman! ¡Qué caramba!, ¡no seré yo precisamente quién trate de impedirlo!

Véronique bajaba a su encuentro con un paraguas, pues los aguaceros habían vuelto a empezar. El abate Horteur, siempre al abrigo detrás de su muro, les gritó una serie de frases que ellos no pudieron entender. Aquel abominable tiempo, los espigones destruidos, la miseria del pueblo al que dejaban en peligro, entristecían su regreso más aún. Cuando estuvieron de vuelta en la casa, les pareció desnuda y helada; sólo el viento con su continuo aullido atravesaba las piezas sombrías. Chanteau, amodorrado ante el fuego de coque, se puso a llorar en cuanto aparecieron por allí. Ninguno de los dos subió a cambiarse de ropa, para evitar así los espantosos recuerdos de la escalera. La mesa estaba dispuesta, la lámpara encendida, inmediatamente se pusieron a cenar. Fue aquélla una velada siniestra, las profundas sacudidas del mar, que hacían temblar las paredes, cortaban las escasas palabras que se cruzaban entre ellos. Cuando se sirvió el té, Véronique anunció que la casa de los Houtelard y otras cinco habían sido ya derribadas; esta vez la mitad del pueblo perecería en la catástrofe. Chanteau, desesperado por no haber podido encontrar aún el equilibrio en sus sufrimientos, le tapó la boca a la criada, diciéndole que ya era bastante con su propia desdicha y que no quería oír hablar de la de los demás. Después de haberle metido en la cama, todos se acostaron rendidos de fatiga. Hasta que hubo amanecido, Lazare tuvo encendida la luz; y, en más de diez ocasiones, Pauline, inquieta, abrió nuevamente su puerta para escuchar, pero, del primer piso, ahora vacío, sólo subía un silencio de muerte.

Desde el siguiente día, empezaron para el joven las horas lentas y punzantes que siguen a las grandes aflicciones. Se despertaba como de un desmayo, que hubiera tenido lugar después de una caída de la que los miembros conservasen el magullamiento: y ya tenía ahora la cabeza despejada, el recuerdo muy limpio, desprendido por completo de la pesadilla que acababa de atravesar, con la visión turbadora de la fiebre. Cada detalle renacía en él, revivía en sus propios dolores. El hecho de la muerte, con la que aún no tuviera contacto, estaba allí, en su misma casa, en la pobre madre brutalmente desaparecida en breves días. Aquel horror a dejar de ser se convertía en algo tangible: habían sido cuatro y un pozo se ahondaba;

quedaban tres a tiritar de miseria, a apretujarse lo más posible, para volver a encontrar un poco de calor perdido. ¿Consistía, pues, en aquello morir?, venía esto a significar ese nunca jamás, esos temblorosos brazos vueltos a cerrar sobre, una sombra que no dejaba más rastro de sí que un pesar espantoso.

A su pobre madre la perdía de nuevo a cada nueva hora que pasaba y tantas cuantas veces la muerte se alzaba en él. Al principio, nunca llegó a sufrir tanto, ni cuando su prima bajara a echarse en sus brazos, ni siquiera durante la larga crueldad que significó el entierro. No sentía la espantosa pérdida más que cuando regresaba a la casa vacía; y su pesar se exasperaba con el remordimiento de no haber llorado más, bajo el golpe de la agonía, cuando algo viviente de la desaparecida estaba todavía allí. El temor de no haber amado a su madre le torturaba, le sofocaba a veces con una crisis de sollozos. La evocaba sin cesar, estaba perseguido por su imagen. Si subía la escalera, esperaba verla salir de su habitación, con ese pasito rápido con que solía atravesar el pasillo. Frecuentemente, se volvía creyendo oírlo; tan saturado de ella estaba, que acababan por producirle alucinaciones las puntas de un vestido que colgase detrás de la puerta. No le parecía que su madre estuviera enfadada, ni tan siquiera le miraba; no se trataba nada más que de una aparición familiar, de una sombra de la vida de antes. Por la noche, no se atrevía a apagar su lámpara, ruidos furtivos se aproximaban al lecho, un aliento le rozaba la frente cuando se encontraba en plena oscuridad. Y la herida, en lugar de cerrarse, iba siempre ensanchándose; al menor recuerdo surgía una sacudida nerviosa, una aparición real y rápida, que se desvanecía inmediatamente, dejándole la angustia del nunca más.

Todo, en la casa, le recordaba a su madre. La alcoba había quedado intacta, ni un solo mueble fue cambiado de sitio, un dedal arrastraba por la esquina de una mesita, el lado de una labor de bordado. Sobre la chimenea, la aguja del reloj parado, la última hora. Evitaba entrar allí. Después, cuando subía la escalera a toda prisa, una resolución súbita le impulsaba a veces. Y, con el corazón latiendo con fuerza, recibía la impresión de que los viejos muebles amigos, el escritorio, el velador, el lecho sobre todo, habían adquirido una majestuosidad que les hacía parecer otros. Por los postigos, siempre cerrados, se deslizaba una luz pálida, cuya vaguedad aumentaba su turbación, mientras iba a besar la almohada donde se había helado la cabeza de la muerta. Un mañana, cuando llegó a este cuarto, quedó sobrecogido: los postigos, abiertos de par en par, dejaban entrar por oleadas la plena luz del día; una alegre franja de sol vino a cruzarse de sesgo sobre el lecho, hasta la misma almohada; y los muebles estaban adornados con flores que figuraban en todos los cacharros que pudieron ser encontrados. Hizo entonces memoria, tratábase de un aniversario, el del nacimiento de la que ya no existía, fecha que celebraban todos los años, y de la que su prima guardó el recuerdo. No se veían allí más que las pobres flores de otoño, las margaritas y las últimas rosas afectadas ya por las heladas; pero ellas olían a vida; sus

alegres colores encuadraban en la esfera muerta, en la que el tiempo parecía haberse detenido. Aquella piadosa atención familiar le trastornó. Estuvo llorando mucho rato.

Y así el comedor, la cocina, la misma terraza estaban repletos de su madre. La volvía a encontrar en los menudos objetos que recogía, en hábitos que encontraba a faltar de repente. Aquello entrañaba en sí el volver de nuevo a la obsesión, y no decía ni una sola palabra; poniendo una especie de inquieto pudor en ocultar aquel tormento de todas horas, esa continua entrevista con la muerte. Como llegaba incluso a evitar pronunciar el nombre de aquella que le tenía obsesionado, habría podido creerse, observándole, que jamás pensaba en ella, siendo así que no pasaba un instante sin tener en el corazón la dolorosa punzada de su recuerdo. Sólo la mirada de su prima le penetraba. Entonces y para disimular mentiras, juraba haber apagado la luz a medianoche, decía estar absorbido por un trabajo imaginario; presto siempre a encolerizarse si pretendía ir más lejos en el interrogatorio. La habitación constituía su refugio, allí subía para sumirse en sus preocupaciones, sintiéndose desde luego más tranquilo en aquel rincón donde había crecido sin el miedo de hacer partícipes a los demás del secreto de su mal.

Desde los primeros días, había intentado salir, reemprender sus largos paseos. De ese modo al menos, habría escapado al silencio hosco de la criada y al penoso espectáculo de su padre, abatido en su sillón y sin saber qué distracción dar a los diez dedos de sus manos. Pero, una repugnancia invencible a todo cuanto significara salir fuera había surgido en él. En cuanto lo intentaba se aburría, con un aburrimiento además, que casi siempre se traducía en un malestar profundo. El mar aquel, con su eterno balanceo, su obstinado oleaje cuyo bramido martilleaba la costa dos veces por día, le irritaba como fuerza estúpida, batiendo siempre las mismas piedras durante siglos, ajena a su dolor, sin haber llorado jamás por razón de una muerte humana. Aparecía ante sus ojos como algo demasiado grande, demasiado frío; y pensando así se apresuraba a regresar y a encerrarse, para sentirse de esa manera menos insignificante, menos aplastado entre el infinito del agua y el infinito del cielo. Un solo rincón le atraía, el cementerio que rodeaba la iglesia: a pesar de que su madre no estuviera allí, se limitaba a soñar en ella con gran dulzura y, estando en ese ambiente lograba calmarse de modo singular, a pesar del terror que le inspiraba la nada. Las tumbas dormían en la hierba, los tejos habían crecido al abrigo de la nave, no se oía más que el soplo de los chorlitos mecidos por el viento. Y allí se abstraía durante horas y horas, sin poder leer siquiera sobre las losas los nombres de viejos difuntos, borrados por las batientes lluvias del oeste.

Todavía si Lazare hubiera sentido la fe en la existencia del más allá, si hubiera podido creer que un día volvería a encontrar a los suyos detrás de aquel negro muro. Pero le faltaba ese consuelo, estaba demasiado convencido del fin individual del ser, muriendo y perdiéndose en la eternidad de la vida. Existía a este respecto, en el fondo

de su alma, una especie de rebelión disfrazada de su propio yo, con la que no quería acabar. Qué gozo volver a empezar más allá de este mundo, entre las estrellas, una nueva existencia rodeado de parientes y amigos; ¡cuán dulce habría convertido la agonía, esa idea de salir al encuentro de los afectos perdidos, a cuántos besos no daría lugar, y qué serenidad aquella la de vivir juntos la inmortalidad! Pero no, en el fondo de su pensamiento, todo terminaba con la muerte, nada de nuestras afecciones volvía a renacer, el adiós tenía que ser forzosamente hecho para siempre jamás. ¡Oh!, ¡jamás!, ¡jamás!; esa temible palabra era la que llevaba su espíritu hacia el vértigo del vacío.

Una mañana, cuando Lazare se había detenido a la sombra de los tejos, percibió al abate Horteur en el fondo de su huerto, que sólo un muro bajo separaba del cementerio. Llevando puesta una vieja blusa gris, calzado con zuecos, el sacerdote labraba él mismo un trozo de tierra plantado de coles; con el rostro curtido por el aire áspero del mar y la nuca quemada por el sol, parecía más bien un viejo campesino, corvado sobre la dura tierra. Apenas pagado por la misión que cumplía, sin emolumentos eventuales en aquella parroquia perdida, habría muerto necesariamente de hambre, si no hubiera cultivado algunas verduras. Su escaso dinero convertíase normalmente en limosnas; vivía solo, servido por una rapazuela, y viéndose obligado muy a menudo a poner a calentar su sopa al fuego. Para colmo de desdichas, en aquella zona rocosa la tierra no valía nada, el viento quemaba sus ensaladas; no constituía precisamente una diversión tener que luchar con los guijarros, para conseguir a fin de cuentas unas cebollas tan escuálidas. Así y todo, aún se ocultaba cuando se ponía la blusa por temor a que no hicieran broma con la religión. Y ya iba Lazare a retirarse, cuando vio que sacaba del bolsillo una pipa, la atiborraba de tabaco apretándolo con el dedo pulgar para luego encenderla haciendo mucho ruido con los labios. Pero, cuando saboreaba beatíficamente las primeras chupadas, el abate a su vez percibió al joven. Tuvo un gesto de azoramiento tratando de ocultar su pipa; luego se hecho a reír y gritó:

—Veo que está usted tomando el aire... Entre y verá mi jardín.

Cuando ya Lazare estuvo a su lado, añadió el sacerdote alegremente.

—Ya lo está viendo, me encuentra en pleno libertinaje... Pero no tengo más que esto, mi querido amigo, ¡y no es por cierto Dios quien vaya a ofenderse por lo que hago!

Desde entonces, fumando ruidosamente, ya no se quitó la pipa de la boca más que para soltar frases breves. Así, el párroco de Verchemont le tenía preocupado; un hombre dichoso con un jardín magnífico, de tierra fértil donde todo crecía; y, fíjese no obstante —le dijo al joven— en lo mal organizadas que están las cosas, ese cura no mueve el rastrillo ni por casualidad. Seguidamente se quejaba de sus patatas, pues hacía dos años que no medraban, aunque pareciera que el suelo había de serles propicio.

—No quisiera estorbarle —le dijo Lazare—. Siga con su trabajo.

El abate volvió enseguida a coger su laya.

—Desde luego que voy a tener que hacerlo así... Esos galopines van a llegar de un momento a otro para el catecismo, y antes debo haber labrado este trozo.

Lazare se había sentado en un banco de granito, alguna antigua lápida, adosada al muro del cementerio. Contemplaba al abate Horteur luchar con los guijarros, le escuchaba conversar con su aguda voz de viejo niño; y le entraban entonces deseos de ser así, pobre y sencillo, con la cabeza vacía y las carnes tranquilas. Para que el obispado hubiera dejado a aquel buen hombre envejecer en aquella miserable parroquia, precisaba realmente que se le considerara de una gran inocencia de espíritu. Por lo demás, era de aquellos que nunca se quejan y cuya ambición queda satisfecha en cuanto tienen un trozo de pan que llevarse a la boca y agua para poder beber.

—No es muy alegre que digamos vivir rodeado de todas esas cruces —pensó en voz alta el joven.

El sacerdote, sorprendido, había dejado de layar.

—¿Por qué dice usted que no es alegre? —replicó el cura.

—Sí —añadió el joven—, eso de tener la muerte siempre ante los ojos...; por la noche debe soñarse.

El sacerdote volvió a cargar su pipa, cuyo contenido estuvo apretando durante largo rato, y luego añadió:

—Puede usted creer que jamás tengo semejantes sueños... Todos estamos en manos de Dios.

A continuación volvió a coger su laya, y la hundió con un golpe de tacón. Su creencia le guardaba del miedo; no alcanzaba más allá del catecismo: se moría uno y subía al Cielo; nada menos complicado ni más tranquilizador.

A partir de aquel día. Lazare entró casi cada mañana en el huerto del cura. Se sentaba sobre la vieja piedra y se abstraía viéndole cultivar sus verduras, sintiéndose por unos instantes calmado ante aquella ciega inocencia que vivía de la muerte, sin experimentar el menor estremecimiento. ¿Por qué no se convertiría él también en un niño, como aquel anciano? Y en lo más íntimo de su ser, existía la secreta esperanza de despertar a la desaparecida fe, a través de sus conversaciones con un hombre como éste, sencillo de espíritu y cuya tranquila ignorancia le embelesaba. También él se traía ahora consigo una pipa, los dos hablaban, conversando sobre las lochas que se comían las ensaladas o de lo muy caro que costaba el estiércol, pues el sacerdote raras veces hablaba de Dios, dada su habitual tolerancia y su experiencia de viejo confesor. Los demás ejercían su respectiva profesión o actividad, y él por su parte, cumplía con la suya. Después de treinta años de inútiles advertencias, se atenía al estricto ejercicio de su ministerio, con esa caridad bien ordenada del campesino que empieza por atender

a sí mismo. Aquel joven era muy amable acercándose por allí cada día; y no queriendo inquietarle ni luchar contra las ideas de París, prefería entretenerle hablándole de su jardín en interminables charlas; en tanto que el joven, a fuerza de zumbarle en la cabeza palabras inútiles e intrascendentes, creía a veces estar penetrando en la dichosa edad de la ignorancia, en la que no se siente miedo en absoluto.

Pero los paseos matinales iban sucediéndose y Lazare por la noche, en su alcoba, volvía a topar con el recuerdo de su madre, sin sentirse con valor suficiente para apagar su lámpara. La fe seguía estando muerta. Un día, cuando fumaba con el abate Horteur, sentados los dos en el banco, este último hizo desaparecer su pipa al oír un ruido de pasos detrás de los perales. Se trataba de Pauline que venía en busca de su primo.

—El doctor está en casa —le explicó entonces— y le he invitado a almorzar... Vuelve enseguida ¿no te parece?

La muchacha sonreía, pues había descubierto la pipa bajo la blusa del abate. Éste volvió a cogerla rápidamente con esa risa bonachona que ponía cada vez que le pescaban fumando.

—Resulta demasiado tonto —dijo—, diríase que estoy cometiendo un crimen... ¡Vaya!, voy a encenderla de nuevo delante de usted.

—¿No sabe usted?, señor cura —repuso jovialmente Pauline—, véngase a almorzar a casa con el doctor, y la pipa se la fuma usted a los postres.

De repente, el sacerdote, encantado, exclamó:

—Pues bien, acepto... Vayan ustedes andando, que voy a ponerme la sotana. Y llevaré conmigo la pipa, ¡palabra de honor!

Fue aquél el primer almuerzo en que, de nuevo, volvieron a sonar las risas en el comedor. El abate Horteur fumó efectivamente a los postres, lo que significó el regocijo de los comensales; pero ponía en aquel recreo una tal naturalidad y buena fe, que enseguida les pareció aquello lo más natural del mundo. Chanteau había comido mucho y se aflojaba su vestidura, como aliviado por aquel soplo de vida que entraba de nuevo en su casa. El doctor Cazenove contaba historias de salvajes, en tanto que Pauline se sentía resplandecer, contenta y dichosa con tal algarabía, que acaso consiguiera arrancar a Lazare de sus humores sombríos.

A partir de entonces, la joven quiso volver a organizar las comidas de los sábados, interrumpidas con la muerte de su tía. El cura y el médico volvieron de nuevo con regularidad; la existencia de antes se reanudaba. Se bromeaba, el viudo golpeaba sus piernas, diciendo que sin aquella maldita gota, se pondría a bailar; hasta tal punto su carácter aún conservaba alegría. Sólo el hijo seguía con el cerebro trastornado, con mal verbo cuando conversaba, sintiéndose de repente trémulo en el fragor de sus palabras.

Un sábado por la noche estaban en pleno asado, cuando llamaron al abate Horteur para atender a un agonizante. Ni siquiera vació el vaso que tenía delante, y se fue a toda prisa, sin escuchar al doctor que visitó al enfermo antes de venir a cenar, y que, gritando, le decía que ya encontraría muerto a su hombre. Aquella tarde el sacerdote se mostró con tal pobreza de espíritu, que el propio Chanteau, dijo a espaldas suyas:

—Tiene días en que no está muy fuerte que digamos.

—Yo quisiera estar en su lugar —dijo brutalmente Lazare—. Es bastante más feliz que nosotros.

—Quizá —dijo entonces—. Pero Mathieu y Minouche, también son más felices que nosotros... ¡Ah!, en cuanto estás diciendo, creo ver reflejados a nuestros jóvenes de hoy, que han sufrido la mordedura de las ciencias, y que se sienten enfermos porque en ellas no han podido hallar solución ni ver satisfechas las viejas ideas de lo absoluto, amamantados simplemente con la leche de sus nodrizas. Quisiérais encontrar en las ciencias, así de golpe y porrazo, todas las verdades, cuando apenas si llegamos a descifrarlas, y cuando, sin duda, no serán jamás otra cosa que un eterno interrogante. Os limitáis entonces a negarlas, rehusáis la fe, que no quiere saber más de vosotros, y, como es natural, caéis en el pesimismo... Sí, no cabe duda, se trata de la enfermedad de final de siglo; sois unos Werther trastornados.

Sus ánimos iban creciendo: tratábase de su tesis favorita. En sus discusiones, Lazare, por su parte, exageraba su negación respecto de cualquier certeza, su creencia en el mal final y universal.

—¿Cómo vivir —preguntó él entonces— cuando a cada instante las cosas crujen bajo los pies?

El anciano tuvo en aquel instante un arranque de pasión juvenil:

—Pero vivís, y el vivir ¿no es acaso suficiente? Con ello tan sólo el goce entra en acción.

Y, bruscamente, se dirigió a Pauline, que escuchaba sonriendo:

—Vamos a ver, usted, ¡dígame cómo se las compone para estar siempre tan contenta!

—¡Oh!, yo —respondió la joven en tono de broma—, pues trato de olvidarme de mí misma, por miedo a entristecer, y me pongo a pensar en los demás; lo que me ocupa y hace que tome con paciencia mis propios males.

Aquella respuesta pareció irritar a Lazare, quien sostuvo, como obedeciendo a una necesidad maliciosa de llevar la contraria, que las mujeres sí debían tener religión; afectando al propio tiempo no comprender por qué la joven había dejado de practicar desde hacía algún tiempo. Y ella dio sus razones con aire pacífico.

—Callarse, que llega el abate —interrumpió Chanteau a quien aquella conversación aburría soberanamente.

El hombre al que había ido a visitar estaba ya muerto; el abate acabó tranquilamente de cenar, y luego bebieron todos ellos una copita de chartreuse.

Era ahora Pauline quien llevaba las riendas de la casa, y con la madurez sonriente además de una excelente dueña de hogar. Las compras, los menores detalles, pasaban por sus ojos, y el manojito de llaves colgaba de su cintura. Todo ello se había llevado a cabo, naturalmente, sin que Véronique pareciera tomarlo a mal. La criada, sin embargo, continuaba desabrida y como atontada, desde la muerte de la señora Chanteau. Daba la impresión de estarse produciendo en ella una nueva alteración, algo así como un retomo del afecto que un día sintiera hacia la muerta, en tanto que, por otro lado volvía de nuevo a una actitud de desconfiada hosquedad respecto de Pauline. Ésta por su parte procuraba en todo lo posible hablarla con dulzura, pues a la menor palabra mal interpretada, la criada se daba por ofendida; e incluso se la oía quejarse sola, encerrada en su cocina. Y cuando, de ese modo, se ponía a pensar en voz alta, después de largos y obstinados silencios, siempre volvía a surgir en ella el estupor de la catástrofe. ¿Sabía ella acaso que la señora iba a morir? Seguro que de haberlo sabido no habría dicho todo lo que dijo de ella. La justicia por encima de todo, no se debía matar a las personas, incluso en el caso de que las tales personas tuvieran sus defectos. Por lo demás, ella se lavaba las manos. ¡Tanto peor para aquella que constituía la verdadera causa de la desdicha! Este convencimiento, no la calmaba sin embargo, pues no cesaba de refunfuñar y seguía luchando contra su imaginaria falta.

—¿Qué te ocurre para inquietar tu cerebro de ese modo? —le preguntó Pauline un día—. Hicimos cuanto tuvimos en nuestra mano hacer; nada se puede contra la muerte.

Véronique meneaba la cabeza, mientras iba diciendo:

—Déjese usted, no se muere uno así como así... La señora sería lo que fuese, pero me había tomado siendo muy chiquita, y sería capaz de cortarme la lengua, si creyera estar mezclada por cualquier cosa en su asunto... No hablemos más, acabaríamos mal.

La palabra matrimonio no había vuelto a ser pronunciada entre Pauline y Lazare. Chanteau, al lado del cual se ponía la joven a coser para distraerle, se aventuró en cierta ocasión a aludir a ello, deseoso de acabar de una vez, ahora que el obstáculo había desaparecido. Significaba para él una necesidad el conservarla; sentía verdadero horror a caer de nuevo en manos de la criada, si perdía a la joven para siempre. Pauline había dado a entender que no era posible decidir nada sobre el particular, antes de que acabara el luto riguroso. Y no eran sólo las conveniencias sociales las que inspiraban aquella prudente frase, sino que contaba también con que el tiempo le diera respuesta a una pregunta que ella no se atrevía a dirigirse a sí misma. Una muerte tan brusca, aquel terrible golpe del que ella y su primo aún se resentían, dio lugar como a una tregua en sus sangrantes ternuras. Iban despertándose poco a poco,

para sufrir aún más, al encontrar, bajo la irreparable pérdida, su propio drama: Louise sorprendida y echada, sus amores destruidos, su existencia alterada quizás. ¿Qué resolver ahora? ¿Seguían amándose como siempre, continuaba siendo posible y razonable el matrimonio? Todo ello flotaba en el aturdimiento en que les sumiera la catástrofe, sin que el uno ni la otra parecieran estar impacientes por hallar una rápida solución.

Por lo que afecta a Pauline sin embargo, el recuerdo de la injuria se había suavizado mucho. Había perdonado desde hacía mucho tiempo, dispuesta a juntar sus manos con las de Lazare, el día en que éste se mostrara arrepentido. Y no se trataba en ella precisamente del triunfo inspirado por los celos de verle humillarse; sólo pensaba en él, por el contrario, hasta el punto de estar dispuesta a devolverle su palabra, si es que ya no la amaba. Toda su angustia quedaba circunscrita a esta duda: ¿pensaba todavía en Louise?, ¿la había, en otro caso, olvidado, para volver a sus viejos afectos de la infancia? Y cuando soñaba por lo mismo en renunciar a Lazare, antes que hacerle desdichado, todo su ser sucumbía de dolor; esperaba, desde luego, tener el valor suficiente para hacerlo así, pero se hacía también la idea de morir inmediatamente después.

Desde la muerte, de su tía, una idea generosa había surgido en su mente; había proyectado reconciliarse con Louise. Chanteau podía escribirle y ella misma añadiría una frase de olvido en la misma carta. Se sentían tan solos, tan tristes, que la presencia de aquella muchacha constituiría una distracción para todo el mundo. Además, después de una sacudida tan tremenda, lo sucedido aquella víspera daba la impresión de ser ya muy antiguo; tenía además el remordimiento de haberse mostrado muy violenta. Pero cada vez que quería hablarle de ello a su tío, experimentaba una cierta repugnancia para hacerlo. ¿No significaría su idea arriesgar el porvenir, tentar a Lazare y perderle? Quizás habría llegado sin embargo a encontrar el valor y la altivez de someterle a esa prueba, si no hubiera existido en ella un íntima rebelión de su sentido de la justicia. Lo único imperdonable era la traición. Y, además, ¿no debía bastarse a sí misma para que la casa recobrar su alegría? ¿Por qué llamar a una extraña, cuando también ella se sentía desbordante de ternura y de abnegación? Por su parte, aún quedaba orgullo en su propia abnegación, experimentaba una caridad que muy bien podía calificarse de egoísta. Su corazón se acogía afanosamente a la esperanza de constituir la única dicha entre los suyos.

Y ésa fue, a partir de entonces, la gran tarea de Pauline. Se aplicó y se las ingenió para hacer el hogar feliz alrededor suyo, teniéndola a ella como eje. Jamás hasta entonces había mostrado una tal valentía en cuanto a un buen humor y bondad se refiere. El caso es que, cada mañana, amanecía con un despertar sonriente, procurando ocultar con el mayor esmero sus propias miserias, con el fin de no aumentar las de los otros. Desafiaba las catástrofes con su dulce y reposada existencia;

poniendo de manifiesto en todo momento una igualdad de carácter que desarmaba necesariamente la mala voluntad que pudiera haber en los demás. Por aquel entonces, se hallaba bien de salud, fuerte y sana como un arbolillo joven, y el contento que expandía a su alrededor, representaba la irradiación de su propio bienestar. El comienzo de cada nueva jornada la encantaba; dedicábase con especial deleite a rehacer durante aquella jornada y con el mismo espíritu, cuanto ya llevara a efecto la víspera, sin ansiar o esperar nada más; atendiendo luego la llegada del día siguiente al margen por completo de cualquier reacción febril. Ya podía Véronique dedicarse a gruñir ante su horno, convertida en algo raro y extravagante, impulsada por inexplicables caprichos, pues una vida completamente nueva barría, por decirlo así, el luto de la casa; las risas de otros tiempos despertaban de nuevo en las distintas habitaciones, para remontar alegremente luego por la sonora escalera. El tío sobre todo, parecía estar encantado, pues la tristeza fue siempre para él una pesada carga, e incluso contaba historias picarescas, aunque el pobre no había vuelto a abandonar su sillón. Para él, la existencia se había convertido en algo abominable, y por ello precisamente se agarraba a cualquier signo de nueva vitalidad con la ilusión del inválido que se empeñaba en subsistir a pesar de la carga de su dolor. Cada día vivido implicaba para él una nueva victoria, le parecía como si su sobrina caldeara la casa con la misma fuerza y luminosidad del sol, ese sol a los rayos del cual no podía morir.

Tenía sin embargo una pena: Lazare escapaba a sus consuelos. Inquietábase la joven al verle recaer en sus humores sombríos. En el fondo del pesar que sintiera por su madre, existía en él una evidente recrudescencia del espanto que le producía la muerte. Desde que el tiempo borrara su primer pesar, ese espanto surgía de nuevo aumentado por el temor al mal hereditario. También él moriría del corazón, y paseaba así por su mente la certidumbre de un fin trágico y próximo. Y, a cada minuto, se escuchaba a sí mismo, comprobaba su propia existencia, con una excitación nerviosa tal, que incluso le permitía percibir el rodaje de su máquina humana; tan pronto se fijaba en una cosa como en otra, en las penosas contracciones del estómago, en las secreciones rojas de los riñones o en los sordos recalentamientos del hígado; pero, por encima de los demás órganos, era su corazón sobre todo lo que le ensordecía, haciendo resonar sus toques de campana en cada uno de sus miembros hasta alcanzar la punta de sus dedos. Si ponía un codo sobre la mesa, su corazón latía en ese codo; si apoyaba la nuca en el respaldo de un sillón, lo que latía entonces era su nuca; en cuanto se acostaba o se sentaba, el corazón latía en los muslos, en los costados, y en su vientre; y siempre, siempre sin descanso, aquel abejorro continuaba zumbando, midiendo su vida con el rechinar de un reloj que marcha. Entonces, bajo la obsesión de ese incesante estudio de su cuerpo, creía a cada instante que todo iba a desmoronarse, que los órganos se gastaban y volaban en pequeños pedazos, que el corazón, convertido en algo monstruoso, se encargaba por sí mismo de romper la

máquina, a fuerza de martillazos. Aquello ya no era más que existir para oírse vivir, temblando ante la fragilidad del mecanismo, en espera del grano de arena que había de determinar su destrucción.

Hasta tal extremo fueron en aumento las angustias de Lazare. Desde hacía muchos años, al acostarse, la idea de la muerte pasaba por su mente y le helaba las carnes. Y ahora ya, ni siquiera osaba dormirse, corroído por el temor de no volver a despertar. Odiaba el sueño, experimentaba verdadero horror por notar cómo su propio ser se distendía e iba desfalleciendo, cuando su existencia se precipitaba desde el estado de vigilia hasta el vértigo de la nada. Después, sus bruscos despertares le sacudían más aún, le sacaban de lo negro y desconocido, como si un puño gigante le hubiera agarrado por los cabellos arrojándole de nuevo a la vida, en el balbuceante terror a lo desconocido del que acababa de salir. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡era preciso morir!; y jamás hasta entonces habíanse juntado sus manos con un impulso tan desesperado. Cada noche, su tormento llegaba a ser tal que prefería no meterse en la cama. Había notado, en efecto, que, durante el día, si se echaba sobre un diván, dormía sin sacudidas, en una paz infantil. Todo fueron entonces, reposos reparadores, sueños pesados como el plomo, que, desgraciadamente, acababan de echar a perder sus noches. Poco a poco, fue llegando así a los verdaderos insomnios regularizados, prefiriendo sus largas siestas de primera hora de la tarde, y no consiguiendo en cambio amodorrarse más que el amanecer, cuando el alba apartaba de su cerebro el miedo a las tinieblas.

Con todo y eso, solían producirse algunos paréntesis. Lazare se pasaba a veces de dos a tres noches, sin ser visitado por la muerte. Un día, Pauline encontró en su habitación un almanaque acribillado de trazos con lápiz rojo. Sorprendida, le preguntó:

—¡Vaya!, ¿qué es lo que marcas de esta forma?... ¡veo aquí punteadas una serie de fechas!

El muchacho entonces balbuceó:

—¿Quién, yo?, no he marcado nada... No sé...

Pero Pauline le repuso alegremente:

—Imaginaba que eran sólo las chias jóvenes quienes confiaban a los calendarios las cosas que no se dicen a nadie... Si es que piensas en nosotras todos esos días, tu amabilidad es digna de encomio... ¡Ah!, ¡lo que tú tienes son secretos!

Pero, como el joven se fuera turbando cada vez más, ella por su parte tuvo la delicadeza compasiva de callarse. Sobre la descolorida frente del joven, veía pasar en efecto una sombra que le era conocida, el mal oculto del que ella no podía curarle.

Desde algún tiempo atrás la asombraba igualmente con una nueva manía. Dando por cierto que su fin estaba próximo, no salía de una habitación, ni cerraba un libro ni se servía de ningún objeto, sin creer que se trataba de su último acto, pensando en que no volvería a ver el objeto, ni el libro ni la habitación; y, con tal motivo, había

contraído entonces la costumbre de un continuo adiós a las cosas, una especie de necesidad enfermiza de palpar otra vez los objetos, de verlos una vez más. Todo eso se mezclaba con sus ideas o preocupaciones sobre simetría: tres pasos a la izquierda y tres a la derecha; los muebles existentes a ambos lados de una chimenea o de una puerta, habían de ser tocados un número igual de veces cada uno de ellos; todo sin contar con que, en el fondo, existía la idea supersticiosa de que un cierto número de veces que tocara, cinco o siete por ejemplo, impedían que el adiós fuera definitivo. A pesar de su viva inteligencia y de su negación de lo sobrenatural, practicaba con una docilidad de persona inculta aquella religión estúpida, que empezaba él mismo por disimular como si se tratara de una enfermedad vergonzosa. Aquello venía a ser como la revancha del trastorno nervioso en la mente del pesimista y positivista, que declara creer únicamente en el hecho, en la experiencia. Se volvía además molesto y provocador.

—¿Qué te propones con tanto ir y venir? —gritaba Pauline—, van ya tres veces que vuelves a ese armario para tocar la llave... Va, no creo que se esfume por sí misma.

Por la noche, no acababa nunca de abandonar el comedor, ponía en hilera las sillas siguiendo un orden determinado, hacía sonar la puerta un número regular de veces, y aún entraba de nuevo, para poner las manos, la derecha después de la izquierda, sobre la obra maestra del abuelo. Le esperaba ella al pie de la escalera y acababa por echarse a reír:

—¡Vaya maniático que vas a ser cuando llegues a los ochenta años!... Me permito preguntarte ¿te parece razonable importunar de ese modo las cosas?

A la larga no obstante, Pauline cesó de gastar bromas, inquieta por su malestar. Una mañana le sorprendió mientras besaba siete veces la madera del lecho donde su madre había muerto; y la joven se sintió entonces alarmada, adivinando las torturas que envenenaban la existencia de Lazare. Cuando palidecía al encontrar en un periódico una fecha futura del siglo XX, le contemplaba con aire compasivo, que motivaba que él por su parte, volviera la cabeza. El muchacho se sentía comprendido y corría enseguida a ocultarse a su habitación, con el confuso pudor de la mujer de quien se sorprende la desnudez. ¡Cuántas veces se había tratado a sí mismo de cobarde!, ¡en cuántas ocasiones había jurado luchar contra su mal! A veces razonaba, enfrentándose con la muerte cara a cara, luego, para retarla, en lugar de velar en un sillón, se echaba inmediatamente en la cama. Ya podía la muerte venir si quería, estaba dispuesto a esperarla como una liberación. Bien pronto sin embargo, los latidos de su corazón se llevaban sus promesas, y aquel gélido soplo helaba sus carnes, tendiendo luego las manos y lanzando su consabido grito: «¡Dios mío, Dios mío!». Se trataba de espantosas recaídas, que le llenaban de vergüenza y desesperación. Entonces, la piadosa ternura de su prima acababa de agobiarle. Las jornadas hacíanse tan pesadas para él, que las empezaba sin esperar jamás concluir las. Con ese desmenuzamiento de

su ser, había perdido además su alegría juvenil, y hasta su misma fuerza le abandonaba ahora.

Pauline sin embargo, con el orgullo de su abnegación, se empeñaba en vencer. Conocía perfectamente el mal, y trataba de infundir a Lazare su propio valor, haciéndole amar la vida. Pero sólo aceptaba el fracaso continuo como contrapartida a su bondad. Pensó al principio atacarle de frente, volviendo de nuevo a sus antiguas bromas sobre «aquella dañina bestia del pesimismo». ¿Qué sucedía, pues?, bien vistas las cosas era ella ahora quien entonaba el canto al gran Schopenhauer; en tanto que él, como todos esos farsantes de pesimistas, consentían, eso sí, en que se hiciera saltar al mundo con un petardo, pero rehusaban en cambio de un modo absoluto, verse metidos en el baile. Tales burlas zumbonas le sacudían con una risa forzada, pareciendo sufrir de tal modo, que la muchacha no intentó volver a empezar. A renglón seguido, trató de valerse de los consuelos que se prodigan cuando los niños tienen alguna pupa; esforzándose por crearle un medio ambiente amable, una paz sonriente. Y así, a toda hora, podía él verla contenta, fresca, saboreando la existencia. La casa estaba inundada de sol. No tenía que hacer otra cosa si no dejarse llevar por la propia vida; pero eso era precisamente lo que no le era dable hacer, aquella dicha exasperaba más aún su horror y su espanto ante el más allá. Finalmente, la joven, pensando con astucia, soñaba con embarcarle en alguna gran tarea, que aturdiere su imaginación. Enfermo de ociosidad, no sintiendo gusto ni predilección por nada, incluso encontraba demasiado rudo leer, y se pasaba de ese modo las horas devorándose a sí mismo.

Pauline esperó unos instantes. Habían ido a dar un corto paseo por la playa, cuando Lazare, ante las ruinas de los espigones y de la estacada, de la que sólo quedaban algunas vigas, se puso a explicarle un nuevo sistema de defensa, de una resistencia segura, según él mismo aseguraba. El mal provenía de la debilidad de las patas de sostén; era preciso doblar su espesor y darle a la viga central una inclinación más pronunciada. Y como al tratar de explicar todo aquello, se expresara con su voz vibrante y sus encendidos ojos de otros tiempos, la joven le animó para que pusiera manos a la obra. El pueblecito sufría, cada gran marea se llevaba consigo un pedazo; con toda seguridad, si iba a ver al prefecto, obtendría 4a subvención; además, ella le ofrecía de nuevo hacer los anticipos necesarios, y había por otra parte en el proyecto una finalidad caritativa que motivaba el que estuviera orgullosa de poder hacerlo así. Su deseo era sobre todo, lanzarle a la acción, dispuesta a sacrificar en el empeño el resto de su dinero. Pero mientras pensaba así la joven, Lazare se estaba encogiendo ya de hombros. ¿Qué iba a conseguir al fin? Había palidecido, como tantas veces le ocurriera, al surgir en su mente la idea de que, si empezaba aquel trabajo, moriría antes de haberlo terminado. Sin embargo, para ocultar su turbación, invocó su odio contra los pescadores de Bonneville:

—¡Esos valientes mozos que se estuvieron mofando de mí, cuando el maldito mar ocasionaba tantos estragos!... No, no, ¡que el mar acabe con ellos!, así no tendrán motivos para reírse de mis cerillitas como ellos mismos llaman a las estacas.

Dulcemente, Pauline trataba de calmarle. ¡Eran tan desgraciadas aquellas gentes! Después de la marea que había arrastrado consigo la casa de los Houtelard, la más sólida de todas, y otras tres que eran verdaderas chozas, la miseria seguía en auge. Houtelard, que en tiempos anteriores había sido el más rico del país, procedió a instalarse en una antigua granja, veinte metros atrás; pero, los demás pescadores, no sabiendo donde hallar abrigo, campaban ahora en toda clase de cabañas, construidas con armazones de viejos barcos. Tratábase de un desenlace digno de la mayor compasión, vivían en una promiscuidad de auténticos salvajes, en la que mujeres y niños hormigueaban entre la miseria y el vicio; las limosnas de la comarca se iban en aguardiente. Aquellos miserables seres vendían, junto con los dones de la naturaleza, todo lo que se les entregaba en género o especies, los vestidos, los utensilios de cocina, los muebles, con el fin de comprar litros y más litros del terrible calvados, que les dejaban molidos, como muertos, atravesados en el umbral de las puertas. Sólo Pauline abogaba siempre por ellos; el párroco había acabado por abandonarles a su suerte, Chanteau hablaba de presentar su dimisión, por no querer seguir siendo el alcalde de una bandada de cerdos. Y Lazare, cuando su prima trataba de que se apiadara de aquel pueblecito de borrachines, batido por los temporales, se limitaba a repetir el eterno argumento de su padre:

—¿Quién les obliga a quedarse? No tienen más que construir fuera... ¡No se puede ser tan cerril como para continuar agazapados de esa manera bajo las olas!

Todo el mundo se hacía la misma reflexión. Quienquiera que comentase el caso terminaba enfadándose, se les trataba de malditos tozudos. Ellos adoptaban entonces un gesto tosco y como de desafío. Siendo así que habían nacido allí, ¿qué razón existía para que tuvieran que irse? Y eso venía durando desde cientos y cientos de años; nada tenían que hacer en otro sitio. Como solía decir Prouane, cuando estaba muy borracho: «Era preciso ser comido por alguna cosa».

Y cuando le oía hablar así, Pauline sonreía y daba su aprobación con movimientos de cabeza, pues la dicha, según ella, no dependía en definitiva ni de las personas ni de las cosas, sino de la forma razonable en que uno supiera acomodarse a las cosas y a las propias personas. Redoblaba sus atenciones para con los desposeídos y distribuía entre ellos socorros de mayor importancia. Había experimentado, en fin, el gozo de que Lazare se asociase a sus obras de caridad, esperando distraerle de ese modo y llevarle en tal forma, por medio de la piedad a un olvido de sí mismo. Cada sábado, permanecía el joven con ella y, de cuatro a seis de la tarde, recibían a los amiguitos del pueblo, a aquella interminable cola de niños harapientos que los padres enviaban a

casa de la señorita para mendigar. Aquello era un auténtico desastre de pilluelos mal sonados y de rapazuelas piojosas.

Uno de los sábados llovía, y Pauline no pudo hacer su distribución en la terraza, conforme era su costumbre. Lazare tuvo entonces que ir a buscar un banco, que fue instalado en la cocina.

—¡Cómo es eso, señor! —se exclamó Véronique—, ¿es que acaso la señorita piensa introducir en la casa toda esa piojería?... Desde luego es una idea magnífica si es que quieren encontrar en la sopa animalitos de toda especie.

La joven, que entraba en aquel momento con su saco blanco lleno de monedas y su caja de medicamentos, respondió riéndose:

—¡Bah!, luego darás un barrido... Y cae la lluvia tan fuerte además, que el agua habrá lavado ya a esos pobrecillos.

En efecto, los primeros que entraron, traían la cara sonrosada, limpia por el chaparrón. Pero estaban tan mojados que verdaderos mares se escurrían por sus harapos, inundando las losas de la cocina; lo que motivó que el malhumor de la criada fuera en aumento, sobre todo cuando la señorita le encargó encendiese un haz de leña, para que se secaran un poco. Se trasladó el banco, para colocarlo delante de la chimenea... Pronto hubo allí, formando una hilera frioleramente comprimida, toda una chiquillería descarada y socarrona, presta a devorar con los ojos lo que la joven arrastraba consigo, unos cuantos litros de vino, un trozo de carne y un manojo de zanahorias.

—¡Si se me permite decirlo! —continuaba refunfuñando Véronique—, ¡menudos niñitos éstos que cada vez van abultando más y que ya debieran todos ellos estar ganándose la vida!... Por este camino van a conseguir que se les siga tratando como chiquillos hasta que tengan veinticinco años.

Fue preciso que la señorita le rogara que se callase:

—¿Acabaste ya?... El que se hagan mayores no les facilita de por sí que puedan comer.

Pauline se había sentado delante de la mesa, teniendo al alcance de su mano el dinero y los donativos en especie, y se disponía ya a ir llamándoles, cuando Lazare, que estaba en pie detrás suyo, exclamó al percibir entre el grupo, al hijo de Houtelard:

—¡Te había prohibido que volvieras por aquí, grandísimo holgazán!... Tus padres carecen de vergüenza al enviarte para mendigar; cuando lo cierto es que aún tienen de qué comer y existen en cambio otros que se están muriendo de hambre.

El hijo de Houtelard, un muchachito delgado de quince años, crecido demasiado deprisa, con cara triste y cansina, se había echado a llorar.

—Me zurrán cuando no vengo... —dijo acobardado—. La mujer ha cogido la cuerda y papá entonces me ha empujado fuera.

Y mientras hablaba iba remangándose, para mostrar el cardenal amoratado producido por un cordón de nudos. La mujer era la antigua sirvienta con quien se había casado su padre, y que le mataba a golpes. Desde su ruina, la dureza y la podredumbre de su avaricia habían ido en aumento. Ahora ya, vivían prácticamente en una cloaca, desatando su venganza contra el pequeño.

—Ponle en el codo una compresa de árnica —dijo dulcemente Pauline a Lazare.

Luego, tendió ella al niño una moneda de cien sueldos:

—¡Toma!, les darás esto para que no te vuelvan a pegar. Y si te pegan, si el sábado próximo se te nota algún golpe en el cuerpo, adviérteles que no tendrán ni un solo céntimo.

A lo largo del banco, los demás pilluelos, regocijados por la llamarada que les calentaba la espalda, bromeaban entre sí, hundiendo sus codos en el costado de los que tenían como vecinos. Sus vestimentas despedían humo, gruesas gotas resbalaban de sus desnudos pies. Uno de ellos, un chiquitín, había robado una zanahoria que se dedicaba a roer furtivamente.

—Cuche, levántate —continuó diciendo Pauline—. ¿Dijiste a tu madre que espero conseguir muy pronto su admisión en los Incurables de Bayeux?

La mujer de Cuche, esa miserable abandonada que se prostituía con todos los hombres, en todos los rincones de la costa, por tres sueldos o por unos restos de tocino, se había roto una pierna en julio; y estaba contrahecha, cojeando espantosamente, pero sin que su repugnante fealdad, agravada con aquella invalidez, le hubieran hecho perder su clientela ordinaria.

—Sí, se lo he dicho —respondió el muchachito con enronquecida voz—. Pero, no quiere.

El chico, que se había hecho robusto, iba a cumplir diecisiete años. De pie y con las manos colgantes, se balanceaba con aire desmañado.

—¿Qué significa eso de que no quiere? —exclamó Lazare—. Y tú por lo visto tampoco, tú tampoco quieres, pues te dije que vinieras esta semana por el huerto para echarme una mano, y aún te estoy esperando.

El chico continuaba en su movimiento de balanceo.

—No he tenido tiempo —contestó.

Entonces, viendo que su primo iba a encolerizarse, intervino Pauline:

—Vuelve a sentarte; enseguida hablaremos. Trata de reflexionar, o también me enfadaré yo.

Le tocaba el turno a la pequeña Gonin. Tenía trece años, conservaba su hermoso rostro sonrosado bajo la revuelta cabellera rubia. Sin haber sido previamente interrogada, soltando detalles de la mayor crudeza en medio de una oleada de palabras dichas precipitadamente, explicó que la parálisis de su padre le llegaba a los brazos y le alcanzaba ya la lengua, pues no lanzaba más que gruñidos como si fuera

una bestia. El primo Cuche, el antiguo marinero que había abandonado a su mujer para instalarse en su mesa y en su lecho, se había precipitado sobre el viejo aquella misma mañana, con el propósito de acabar con él definitivamente.

—Mamá también le maltrata —continuó diciendo la niña—. Se levanta por la noche con el primo, y se dedica a vaciar potes de agua fría sobre papá, porque gimotea tan fuerte que les causa molestia... ¡Si usted viera cómo le han dejado! Está completamente desnudo, señorita, necesitaría ropa blanca, pues se está quedando sin pellejo...

—Está bien, ¡cállate! —dijo Lazare interrumpiéndola, mientras Pauline apiadada enviaba a Véronique a buscar un par de sábanas.

Lazare la encontraba muy despierta para su edad. Según él, aunque la chica recibiera de tanto en tanto alguna que otra bofetada suelta, también se dedicaba a zarandear a su padre; eso sin contar con que todo lo que se le daba, el dinero, la carne, la ropa blanca, en lugar de ir a parar al inválido servía para que lo festejaran la mujer y el primo. Y de repente, en forma brusca le preguntó:

—Dime, ¿qué hacías anteayer, en la barca de Houtelard con un hombre que luego escapó?

La muchachita se sonrió guasonamente.

—No se trataba de ningún hombre, era él —respondió, señalando con el mentón al hijo de Cuche—. Me había empujado por detrás...

Lazare la interrumpió de nuevo:

—Sí, sí, ya tuve ocasión de ver que tenía tus harapos por encima de la cabeza. ¡Ah!, y a los trece años ¡pronto comienzas!

Pauline entonces le puso la mano sobre el brazo, pues los demás niños, abrían desmesuradamente unos ojos sonrientes en los que llameaban vicios precoces. ¿Cómo poner freno a aquella podredumbre, en ese enorme montón donde los machos, las hembras y sus allegados se corrompían unos a otros? Pauline hubo entregado a la pequeña el par de sábanas y un litro de vino, le habló bajito unos instantes, tratando de infundirle miedo y diciéndole que si seguía haciendo cosas feas, acabaría poniéndose enferma y estropeándose, poniéndose fea antes de llegar a ser una verdadera mujer. Era la única forma de contenerla.

Lazare, con vistas a acelerar aquella distribución que le repugnaba, irritándole a la larga, había llamado a la hija de Prouane.

—Tu padre y tu madre —le dijo— se emborracharon ayer noche una vez más. Y me han dicho que tú estabas aún más bebida que ellos.

—¡Oh!, no, señor —le contestó—, me dolía la cabeza.

Colocó entonces ante ella un plato en donde había alineadas unas albóndigas de carne cruda.

—Cómete eso —siguió diciéndola.

Aparecía de nuevo devorada por la escrofulosis; los desórdenes nerviosos volvieron asimismo a hacer acto de presencia, en la hora crítica de la pubertad. La embriaguez habitual redoblaba su mal, pues se había dado a la bebida junto con sus padres. Después de haberse tragado tres albóndigas, puso un mal gesto, como mostrando desagrado.

—Ya tengo bastante —dijo—, no puedo más.

Pauline había cogido una botella.

—Está bien —dijo la joven—. Si no te comes la carne no tendrás tu vasito de quinina.

Entonces, con ojos relucientes que no apartaba del vaso lleno, la niña consiguió sobreponerse a su propia repugnancia; luego, vació el vaso echándolo sobre su garganta, con el gesto rápido ya aprendido y característico del borracho. No acababa de irse, sin embargo, y terminó por suplicar a la señorita que le dejara llevarse la botella, que le causaría demasiadas molestias eso de venir a diario; prometiéndole al mismo tiempo acostarse con ella, esconderla bien entre sus faldas, para que su padre y su madre no pudieran bebérsela. La señorita se negó en redondo.

—Para que tú misma la vacíes de golpe, antes de haber bajado la cuesta —dijo Lazare—. ¡Es de ti de quien ahora se desconfía, saquito de vino!

El banco se iba desguarneciendo, los niños iban abandonándolo para coger el dinero, el pan, la carne. Algunos, después de haber recibido su parte, querían retrasar la marcha para seguir calentándose al fuego; pero Véronique, que acababa de darse cuenta de que se le habían comido la mitad de su manojo de zanahorias, se los quitaba de encima, lanzándolos despiadadamente bajo la lluvia. ¡Habrás visto!, ¡zanahorias todavía llenas de tierra! Pronto no quedó allí más que el hijo de Cuche, melancólico y como aturdido en espera del sermón de la señorita. Le llamó ella entonces y le habló largo rato a media voz, acabando por darle igualmente el pan y los cien sueldos de todos los sábados; y se fue después con su contoneo de bestia malvada y testaruda, habiendo prometido trabajar, pero bien decidido a no hacer nada.

Por fin, la criada lanzaba ya un suspiro de alivio, cuando de repente exclamó:

—¿No se habían ido todos? ¡Pues todavía veo a una en ese rincón!

Se trataba de la pequeña Tourmal, el aborto de las grandes carreteras, que, a pesar de sus diez años, seguía teniendo una talla de enano. Sólo su desvergüenza parecía desarrollarse, más quejicosa, más encarnizada, dispuesta a la limosna desde que iba en pañales, semejante a los niños fenómenos a los que se deshuesa para las volteretas de los circos. Estaba acurrucada, entre el aparador y la chimenea, como si, temiendo ser sorprendida en trance de hacer algo malo, se hubiera dejado deslizar en aquel rincón. Y eso no pareció natural.

—¿Qué haces tú ahí? —preguntó Pauline.

—Me estoy calentando.

Véronique entretanto echaba una inquieta ojeada alrededor de su cocina. Otros sábados ya, incluso cuando los niños se sentaban en la terraza, habían desaparecido una serie de objetos menudos. Pero todo parecía estar en orden y la rapazuela, que se puso rápidamente en pie, empezó a aturdirles con su voz aguda:

—Papá está en el hospital, el abuelo se ha herido trabajando, mamá no tiene ropa para salir... Tenga piedad de nosotros, mi buena señorita...

—¡No nos des más quebraderos de cabeza, embustera! —gritó Lazare exasperado—. Tu padre está en la cárcel por contrabandista, y el día en que tu abuelo se torció la muñeca, estaba devastando los viveros de ostras en Roqueboise; eso sin contar con que si tu madre no tiene qué ponerse, debe dedicarse a merodear por ahí en camisa, pues han venido a acusarla una vez más de haber estrangulado cinco pollos en casa del posadero de Verchemont... ¿Pretendes acaso burlarte de nosotros, mintiéndonos respecto de cosas que sabemos mejor que tú? Vete a contar tus historias a los caminantes que encuentres por las carreteras.

La criatura, ni siquiera pareció haberle entendido; volviendo a su cantinela con impúdico aplomo:

—Tenga compasión, mi buena señorita, los hombres están enfermos y la madre no se atreve ya a salir... Dios se lo compensará...

—¡Toma!, márchate y no mientas más —le dijo Pauline entregándole una moneda para acabar de una vez.

La criatura no se hizo repetir la frase. De un salto, abandonó la cocina y atravesó el patio con la máxima velocidad que le permitían sus piernas. Pero, en aquel mismo instante, la criada lanzaba un grito:

—¡Ah!, ¡Dios mío, el cubilete de plata que había sobre el aparador! ¡Se lleva el cubilete de la señorita!

La criada, salió entonces de estampía en persecución de la ladrona. Dos minutos después, la traía consigo cogida del brazo, poniendo un terrible gesto de gendarme. Costó muchísimo trabajo llegar a cachearla, pues la criatura no cesaba de revolverse, mordía, arañaba, lanzando alaridos como si la hubieran aplastado. El cubilete no lo tenía en los bolsillos, sino que le fue encontrado entre los andrajos que le servían de camisa, pegado a su misma piel. Y, habiendo dejado de llorar, sostuvo entonces descaradamente, que nada sabía de todo aquello, que sin duda debió caerle encima mientras estaba sentada en el suelo.

—Bien decía el señor cura que acabarían robándoles —repetía Véronique—. ¡Yo misma voy a avisar para que venga la policía!

También Lazare hablaba de prisión, irritado por el aire provocativo de la pequeña, que se erguía como una culebra jovencita a la que han pisado la cola. Era como para abofetearla.

—Devuelve lo que te han dado —gritaba Lazare—. ¿Dónde está la moneda?

Y ya la chiquita se la llevaba a los labios, para tragársela sin duda, cuando Pauline la soltó diciendo:

—Sigue guardándola a pesar de todo, y advierte en tu casa, que es la última que te doy. De ahora en adelante iré yo misma a ver qué es lo que necesitáis... ¡Márchate!

Se oyeron los desnudos pies de la rapazuela saltar por los charcos; luego se impuso el silencio. Véronique empujaba el banco de un lado para otro, se agachaba con una esponja, para enjugar los mares que habían ido escurriendo los harapos de los chiquillos. ¡La verdad es que su cocina estaba resultando un modelo de limpieza!, envenenada por toda aquella miseria hasta el punto que la criada se apresuró a abrir todas las puertas e incluso la ventana. La señorita, con gesto serio y sin pronunciar una sola palabra, recogía su saco y sus medicinas; en tanto que el señorito, con aire de desasosiego, bostezando de desagrado y aburrimiento, se dirigía a la fuente para lavarse las manos.

El gran pesar de Pauline consistía precisamente en eso: ver que a Lazare no le interesaban gran cosa sus amiguitos del pueblo. Y si aún se prestaba a ayudarla el sábado, ese comportamiento suyo no tenía más alcance ni significación que el de mera complacencia para con ella, pues su corazón no vibraba precisamente con aquella tarea. Cuando nada repugnaba a la joven, ni la pobreza ni el vicio, a Lazare en cambio le causaban enfado y entristecían todas aquellas feas y desagradables cosas. Ella permanecía en calma y su amor hacia los demás incluso le hacía sentirse alegre, mientras él por su parte, no podía salir de su ensimismamiento, más que para encontrar fuera nuevos motivos de humor negro. Y así, poco a poco, llegó realmente a causarle sufrimiento aquella chiquillería sucia en la que ya fermentaban todos los pecados de los hombres. Aquella simiente de miserables acababa de estropearle la vida, les abandonaba molido, desesperado, sintiendo odio y desprecio por el rebaño humano. Las dos horas de obras caritativas acababan por convertirle en malvado hasta el extremo de no hallar una razón de ser a la limosna y mofarse de la caridad. Y se ponía a gritar con tal motivo que sería mucho más procedente y acertado aplastar a taconazos aquel nido de insectos perjudiciales, en lugar de favorecer su desarrollo. Pauline le escuchaba, sorprendida ante su violencia y muy apenada además al ver que no sentían las cosas de la misma manera.

Aquel sábado, cuando les dejaron solos, el joven dejó escapar en una frase, todo el sufrimiento que le embargaba:

—Me da la impresión de que salgo de una alcantarilla.

Luego, añadió:

—Es que les amo por ellos y no por mí —respondió la joven—. Si se te presentara el caso, bien recogerías a un perro sarnoso que encontraras en una carretera.

El muchacho entonces tuvo un gesto de protesta:

—Un perro no es un hombre.

—Aliviar por aliviar, ¿nada significa entonces? —repuso ella—. Resulta molesto desde luego el que no enmienden, pues su miseria disminuiría sin duda alguna. Sin embargo, cuando veo que han comido y están calentitos, ¡qué quieres que te diga!, con eso tengo suficiente y me siento contenta: viene a ser en todo caso un dolor menos... ¿Por qué te empeñas en que nos recompensen lo que hacemos por ellos?

Y concluyó Pauline con estas tristes palabras:

—Mi pobre amigo, ya veo que todo esto no te divierte gran cosa, vale más que no sigas ayudándome... No me anima deseo alguno de atormentarte el corazón, y no quiero tampoco hacerte más malo de lo que eres.

Lazare escapaba de sus manos y la joven volvía de nuevo a su aflicción, convencida de su impotencia para sacarle de aquella crisis de espanto y de aburrimiento. Cuando le veía tan nervioso, se resistía a creer en los solos estragos del mal inconfesado, e imaginaba otros motivos de tristeza; la idea de Louise despertaba en ella. Decididamente, Lazare debía estar constantemente pensando en aquella muchacha y arrastraba el sufrimiento de no haberle vuelto a ver más. Quedábase entonces helada, y trataba en el fuero interno de recobrar el orgullo de su abnegación, jurándose a sí misma, proyectar alrededor suyo el suficiente gozo para bastar a la dicha de todos los suyos.

Una noche Lazare tuvo cierta frase cruel.

—¡Qué solo se siente uno aquí! —dijo bostezando.

La joven le miró. ¿Sería aquello una alusión? Pero no se sintió con valor para interrogarle abiertamente. Su bondad estaba en perpetua lucha, su vida iba convirtiéndose en una tortura.

Una última sacudida esperaba a Lazare, su viejo amigo Mathieu no se encontraba bien. La pobre bestia, que había cumplido catorce años en marzo, tenía cada vez más afectadas las patas traseras. Cuando los ataques que sufría le dejaban entumecido, apenas si podía caminar; permanecía en el patio, tumbado al sol, contemplando salir a la gente con ojos melancólicos. Eran sobre todo sus ojos de perro ya turbados, oscurecidos por una nube azulada, de mirada incierta como los de un ciego. Veía aún sin embargo, y se arrastraba para ir a apoyar su gruesa cabeza sobre la rodilla de su amo, al que luego miraba fijamente, con aire triste de entenderlo todo. La buena presencia y la hermosura habían desaparecido en él: su blanca pelambrera rizaba había adquirido un tono amarillento; su nariz, antes tan negra, iba emblanqueciendo; la suciedad y una especie de vergüenza hicieron que se hallara en lamentable estado de presentación, pues nadie se atrevía a lavarle, debido a su avanzada edad. Todos sus juegos habían cesado, ya no se revolcaba por el suelo, ni daba vueltas sobre sí mismo para cogerse el rabo, ni siquiera volvió a tener sus característicos accesos de ternura para con los cachorros de Minouche, cuando la criada se los llevaba para lanzarlos al

mar. Ahora ya, se pasaba las jornadas en esa somnolencia propia del hombre anciano, y le costaba tanto sufrimiento ponerse de pie, se arrastraba de tal forma sobre las patas traseras, que con frecuencia alguno de la casa, sintiéndose compadecido, procuraba ayudarle, sosteniéndole un minuto para que luego, repuesto un poco, pudiera caminar.

Las pérdidas de sangre le agotaban más cada día. Hicieron venir a un veterinario que se puso a reír en cuanto le vio. ¡Cómo!, ¿se atrevían a molestarle por aquel perro? Lo mejor era acabar con él. Se hace necesario prolongar la vida de un hombre, pero ¿con qué objeto dejar sufrir de ese modo a una bestia condenada a morir? Y se puso al veterinario de patitas en la calle, después de abonarle los seis francos de su consulta.

Un sábado, Mathieu perdía tanta sangre, que fue preciso encerrarle en la cochera. Iba sembrando tras de sí toda una lluvia de anchas gotas rojas. Como el doctor Cazenove había llegado temprano, ofreció a Lazare ver al perro, al que se trataba como miembro de la familia. Le encontraron tumbado, con la cabeza levantada, muy débil, pero viva todavía la mirada. El doctor le examinó durante largo rato, con el mismo gesto reflexivo que adoptaba a la cabecera de un enfermo. Y dijo por fin:

—Unas hematurias tan abundantes tienen que provenir forzosamente de una degeneración cancerosa de los riñones... Está perdido. Pero aún puede durar unos días, a menos que una brusca hemorragia no acabe con él.

La desesperada situación de Mathieu, entristeció la comida. Recordóse cuánto le había querido la señora Chanteau, las andanzas que el animal tuvo en su juventud, las chuletas que había llegado a robar echándose sobre la parrilla y los huevos calentitos que se llegara a engullir. Al llegar la hora de los postres no obstante, cuando el abate Horteur sacó su pipa, la alegría volvió a reinar, se le escuchó contar las novedades con respecto a sus peras, cuya cosecha prometía ser soberbia aquel año. Chanteau, a pesar de los sordos picazones que notaba, preludio de un próximo ataque, acabó por tatarrear una canción airosa de sus veinte años. La velada resultó encantadora. El propio Lazare parecía regocijarse.

De pronto, a eso de las nueve, cuando acababan de servir el té, exclamó Pauline:

—¡Observad quién está aquí, ese pobre Mathieu!

En efecto, Mathieu, tambaleándose sobre sus patas, sangrando y suciamente adelgazado, se deslizaba por el comedor. Oyóse inmediatamente a Véronique que le perseguía con un trapo de cocina y que entró azorada diciendo:

—Tuve que entrar en la cochera, se ha escapado. Será preciso que permanezca con ustedes hasta el final; no hay forma de dar un paso, sin encontrársele entre las faldas... Vamos, ven, aquí no puedes quedarte.

El perro bajaba su vieja y tambaleante cabeza, con aire dulce y sumiso.

—¡Oh!, déjale —suplicó Pauline.

Pero la criada se ponía de mal humor:

—No, ¡por Dios!... Estoy harta de enjugar la sangre que va dejando tras de sí. Hace dos días que la cocina está llena. Resulta desagradable a más no poder... ¡Bonito va a quedar el comedor, si sigue arrastrándose por todas partes...! ¡Andando, salgamos! ¿Quieres darte prisa?

—Déjale —repitió Lazare—. Y déjanos tú también.

Entonces, mientras Véronique volvía a cerrar furiosamente la puerta, Mathieu, como si hubiera comprendido la escena, fue a apoyar su cabeza sobre la rodilla de su amo.

Todos quisieron hacerle alguna caricia, se cortaron pedazos de azúcar, trataron de animarle. En otros tiempos, el juegucito de cada noche consistía en colocar un trocito de azúcar, lejos de él, al otro lado de la mesa; el perro entonces, daba la vuelta ininterrumpidamente, y sin interrupción se ponía a lanzar feroces ladridos. Y ese fue el juego que Lazare trató de intentar una vez más, en su mejor y fraternal deseo de distraer con tal recreo la agonía de la triste bestia. El perro, movió unos momentos la cola, dio una vuelta y fue luego a topar con la silla de Pauline. No veía el azúcar, su descarnado cuerpo se inclinaba hacia un lado, la sangre llovía en forma de rojas gotas alrededor de la mesa. Chanteau había dejado de tararear, un sentimiento compasivo oprimía el corazón de todo el mundo, ante el espectáculo del pobre Mathieu moribundo, que caminaba a tientas, acordándose de las hazañas del Mathieu glotón de otros tiempos.

—No le fatiguen —dijo dulcemente el doctor—. Es matarle.

El sacerdote entonces, dedicado a fumar en silencio, y para explicar sin duda la emoción que le embargaba, hizo la observación siguiente:

—Estos perros de gran tamaño, diríase que son hombres.

A las diez, cuando el cura y el médico hubieron marchado, Lazare, antes de subir a su habitación, fue él mismo a encerrar nuevamente a Mathieu en la cochera. Le puso echado sobre la paja fresca, se aseguró de que tuviera al lado su vasija de agua, le dio un abrazo y quiso luego dejarle solo. Pero el perro, haciendo un penoso esfuerzo, se había puesto ya en pie y le seguía. Fue preciso volverle a acostar tres veces. Por fin, obedeció sumiso y estuvo con la cabeza erguida, contemplando alejarse al amo con una mirada tan triste, que éste, desesperado, volvió nuevamente a abrazarle.

Ya en su habitación, Lazare trató de leer hasta la medianoche. Luego acabó por acostarse. Pero no pudo dormir, la imagen de Mathieu no abandonaba su mente. A cada instante volvía a verle, echado sobre la paja, con su mirada indecisa, vuelto hacia la puerta. Y, aunque a pesar suyo, no transcurría un minuto sin que se levantase para ponerse a escuchar, creyendo haberle oído ladrar en el patio. Siempre al acecho, percibía toda clase de ruidos imaginarios. Hacia las dos, fueron una serie de gemidos los que le hicieron saltar del lecho. ¿Dónde sería que estaban llorando? Salió entonces al rellano; la casa estaba oscura y silenciosa, ni el más leve soplo procedente de la habitación de Pauline. Y ya no pudo resistir más al deseo que experimentaba de bajar.

La esperanza de volver a ver su perro le hizo apresurarse súbitamente. Apenas si empleó el tiempo preciso para ponerse un pantalón y, con paso rápido descendió la escalera, llevando en su mano la bujía.

En la cochera, Mathieu no había permanecido tumbado en la paja ni un solo momento. Había preferido irse arrastrando hasta cierta distancia sobre la removida tierra. Cuando vio entrar a su dueño, ni siquiera encontró fuerzas para levantar la cabeza. Éste, después de haber colocado la palmatoria en unos viejos tablones, se había agachado, mostrando verdadero asombro por el negro color que allí tenía la tierra; y, con el corazón deshecho cayó de rodillas al darse cuenta de que el perro agonizaba en medio de su propia sangre, todo un mar de sangre. Era que se escapaba su vida, meneó débilmente el rabo, mientras en la profundidad de sus ojos podía verse como un resplandor.

—¡Ah!, ¡mi pobre viejo perro! —murmuró Lazare—, ¡mi pobre viejo perro!

Hablaba en voz alta y le decía:

—Espera, voy a cambiarte de sitio... No, así te dolerá más... Pero ¡estás tan mojado! ¡Y ni siquiera tengo una esponja a mano! ¿Si quisieras beber un poco?

Mathieu le contemplaba sin apartar de él su fija mirada. Poco a poco un estertor agitaba sus flancos. Sin producir ruido, como salida de una fuente oculta, el mar de sangre se iba ensanchando. Escaleras y toneles hundidos proyectaban grandes sombras sobre el suelo, la bujía iluminaba a duras penas. En la paja hubo como un estremecimiento: tratábase de la gata, la Minouche, que se había acostado sobre el lecho preparado a Mathieu y a la que molestaba la luz.

—¿Quieres beber mi pobre viejo perro? —repetía Lazare.

Había encontrado un trapo, y después de mojarlo en la vasija de agua lo aplicaba al morro de la bestia moribunda. Aquello parecía tranquilizarle, su nariz escoriada por la fiebre iba enfriándose poco a poco. Transcurrió una media hora, él no cesaba de refrescar el trapo, mientras sus ojos se desorbitaban contemplando el lamentable espectáculo y notaba en el pecho la opresión de una tristeza inmensa. Como si estuviera junto al lecho de un enfermo, le asaltaban locas esperanzas: quizá volviese a la vida con aquel simple lavaje.

—Vamos a ver, ¿qué ocurre? —dijo de repente—. ¿Intentas acaso levantarte?

Sacudido por un estremecimiento, Mathieu hacía en efecto esfuerzos para levantarse. Estiraba sus miembros, mientras una serie de hipos y de marejadas provenientes de sus costados, le hinchaban el cuello. Aquello era sin embargo el final; y acabó por postrarse sobre las rodillas de su amo, al que no quitaba los ojos de encima, tratando de verle todavía por debajo de sus pesados párpados. Trastornado por aquella inteligente mirada de moribundo, Lazare le seguía teniendo junto a sí; y ese gran cuerpo largo y pesado como el de un hombre, parecía tener una agonía humana entre aquellos distraídos brazos. Aquello duró algunos minutos. Después, el

joven pudo ver auténticas lágrimas, gruesas lágrimas rodar de sus turbios ojos, en tanto que la lengua salía de la convulsa garganta, como para hacerle una última caricia.

—¡Mi pobre viejo perrito! —gritó Lazare, estallando en sollozos también él.

Mathieu estaba muerto. Un poco de espuma sangrante se escurría de sus mandíbulas. Cuando fue estirado en tierra, parecía dormir.

Entonces, Lazare creyó una vez más que todo concluía a su alrededor. Ahora, era su perro el que moría, y era aquél, sin duda, un dolor desproporcionado a las circunstancias, un desespero en que su vida entera quedaba ensombrecida. Aquella muerte, servía para despertar en su mente las otras, el desgarró sufrido no había sido seguramente más cruel, cuando había atravesado el patio, detrás del féretro de su madre. Algo de ella se iba de nuevo, produciéndole la impresión de que la perdía definitivamente. Los meses de dolor oculto renacían en su mente, sus noches turbadas por pesadillas, sus paseos al cementerio, su espanto ante la eternidad del nunca jamás.

Prodújose un ruido, Lazare se volvió y pudo ver a Minouche que estaba haciendo tranquilamente su toilette sobre la paja. Pero la puerta había crujido entretanto; Pauline entraba, impulsada por la misma preocupación de su primo. Cuando se dio cuenta de su presencia, redoblaron los sollozos del joven; y se puso a gritar, él a quien tanto pareció preocupar el mantener oculto el disgusto que le produjera la muerte de la madre con una especie de púdica salvajez:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Le amaba ella tanto!... ¿Te acuerdas?, le había tenido a su lado desde tan pequeño; siempre era ella quien le daba de comer, y el pobre perro la seguía en la casa por todas partes.

Luego añadió:

—¡Ya no queda nadie, estamos demasiado solos!

Brotaron lágrimas de los ojos de Pauline. La muchacha se había agachado para poder ver al pobre Mathieu, a la imprecisa luz de la vela. Sin buscar consolar a Lazare, tuvo un gesto de desaliento; se sentía inútil e impotente a la vez.

VIII

El tedio venía a constituir, de cuantas tristezas aquejaban a Lazare, un aburrimiento pesado, continuo, que emanaba de todas partes como el agua turbia de una fuente envenenada. Le causaba fastidio el reposo, el trabajo; se sentía aburrido de sí mismo, incluso más que por lo que hicieran o dejaran de hacer los otros. Su ociosidad sin embargo, le avergonzaba acabando por sonrojarle. ¿No era vergonzoso en efecto, que un hombre de su edad perdiese de esa manera sus mejores años en aquel pazo de Bonneville? Hasta entonces, había tenido pretextos para ello, pero, ahora nada le retenía, y se acusaba a sí mismo, menospreciándose, de permanecer allí como un ser inútil, viviendo a cargo de los suyos, cuando ellos mismos apenas si tenían para su propio sustento. Debió haber ganado una fortuna, lo ocurrido significaba una bancarrota por su parte, pues se lo había jurado a sí mismo tiempo atrás. Cierto es que los proyectos para el futuro, las grandes empresas, la riqueza conquistada mediante un golpe de genio, no le faltaban ni habían desaparecido en absoluto; sólo que, en cuanto salía del sueño, ya no contaba con el valor suficiente para poner manos a la obra.

—Esto no puede continuar —decía a Pauline muy a menudo—, hace falta que me ponga a trabajar... Siento deseos de fundar un periódico en Caen.

Y cada vez que hablaba así, le respondía ella:

—Espera al final de tu luto, ninguna prisa te corre... Antes de lanzarte a semejante empresa, reflexiónalo bien.

La verdad del caso era que Pauline temblaba ante la idea de crear aquel periódico, a pesar del deseo que sintiera por verle ocupado. Un nuevo fracaso, habría acabado con él, quizás; y entonces recordaba ella sus continuos abortos, la música, la medicina, la fábrica, todo cuanto llegaba a emprender. Por lo demás, y sólo dos horas más tarde, rehusaba incluso escribir una carta como rendido de cansancio.

Aún transcurrieron varias semanas; una gran marea se llevo tres casas de Bonneville. Ahora, cuando los pescadores encontraban a Lazare, le preguntaban si estaba cansando de luchar. Con seguridad que no había nada que hacer, aunque daba coraje en todo caso ver por allí tanta madera perdida. Y en sus quejas, por la forma en que le suplicaban que no abandonase el pueblo a merced de las olas, había una guasa

feroz propia de auténticos marineros, orgullosos de su mar y de sus garras mortales. Él por su parte, iba irritándose poco a poco, hasta el punto de evitar sistemáticamente atravesar por el pueblo. La visión a lo lejos de las ruinas de la estacada y de los espigones se le hacía insoportable.

Un día en que entraba en casa del cura, Prouane le detuvo.

—Señor Lazare —le dijo humildemente, con una risa maliciosa en el rabillo de sus ojos—, ¿sabe usted, aquellos trozos de madera que se están pudriendo allí abajo en la playa?

—Sí, ¿qué más?

—Si nada hace usted con ellos —añadió— debería dárnoslos... Por lo menos nos calentaríamos con ellos.

Una cólera contenida estuvo a punto de sacar de quicio al joven. Y sin haber recapacitado siquiera, le contestó vivamente:

—Imposible, la semana próxima tengo dispuesto que vuelvan a trabajar los carpinteros.

Desde entonces todo el pueblo se convirtió en un chismorreó. Volverían a asistir al baile puesto que el hijo de Chateau se emperraba en ello. Pasaron quince días, los pescadores no le divisaban sin preguntarle inmediatamente si es que no encontraba obreros. Y así fue como acabó Lazare por ocuparse realmente de los espigones, cediendo también al impulso de su prima, que prefería encontrarle una ocupación que le permitiera estar cerca de ella. Pero volvía a poner en marcha su proyecto sin aquella pasión inicial que le animara; sólo su rencor contra el mar le mantenía firme, pues decía estar convencido de poderlo domar: vendría a lamer los guijarros de Bonneville como una bestia sumisa y obediente.

Una vez más, Lazare dibujó una serie de planos. Había vuelto a calcular ángulos de distancia, estimando en el doble la fuerza de resistencia de las patas. El gasto sin embargo no podía ser muy elevado, ya que se utilizarían la mayor parte de los antiguos maderos. El carpintero presentó un presupuesto que ascendía a cuatro mil francos. Y ante la escasa importancia de aquella suma, consintió Lazare en que Pauline le anticipase, persuadido, decía, de la subvención del Consejo general; ésta era, por lo demás la única forma de abordar los primeros desembolsos, pues se tenía la certeza de que el Consejo no acordaría el libramiento de un sólo céntimo, mientras los espigones permanecieran en ruina. Aquel enfoque de la cuestión le caldeó un poco los ánimos, los trabajos fueron conducidos a buen ritmo. Por lo demás, Lazare estaba muy ocupado; cada semana se trasladaba a Caen, para entrevistarse con el prefecto y con los consejeros influyentes. Acababan de ser colocados los armazones, cuando consiguió por fin que se designase un ingeniero delegado para que emitiera un informe, partiendo de cuya base el Consejo votaría seguidamente la subvención. El ingeniero permaneció todo un día en Bonneville; un hombre encantador que tuvo a

bien aceptar un almuerzo en casa de los Chanteau, después de su paseo por la playa; éstos por su parte evitaron pedirle opinión, como medida discreta, pues no querían en absoluto influir en su ánimo; pero, en la mesa, se mostró muy galante con Pauline, hasta el extremo que ella misma creyó desde entonces en el éxito del asunto. Por ello quince días después, cuando Lazare regresó de un viaje a Caen, la casa quedó estupefacta y consternada ante las noticias de que era portador. La cólera le ahogaba: ¡pues no le había ocurrido hacer un informe desastroso al presumido aquel del ingeniero! ¡Oh!, cierto que en todo momento se había portado con corrección, pero estuvo bromeando respecto de las piezas de madera, empleando una extraordinaria cantidad de vocablos técnicos. Por lo demás, así debieron temer que ocurriría; aquellos señores no estaban dispuestos a consentir que se construyera, con carácter oficial y al margen de ellos, ni siquiera una jaula para conejos. Y lo peor del caso era que, al leer ese informe, el Consejo general había rechazado la demanda de subvención.

Para el joven, aquello vino a significar una nueva crisis de desaliento. Los espigones estaban terminados; juraba y perjuraba que eran capaces de resistir las más fuertes mareas y que todos los diques reunidos reventarían de rabia y de envidia; pero eso, naturalmente, no traería consigo que el dinero retornase a manos de su prima, y se mostraba amargamente desolado por haberla arrastrado en aquel desastre. Ella sin embargo, que logró imponerse a sus propios instintos ahorrativos, reclamaba la entera responsabilidad, recordándole haber sido ella quien le forzara a aceptar los anticipos; como se trataba de una obra de caridad, realmente no lo sentía, y hubiera dado más aún, con tal de salvar aquel desdichado pueblecito. Ello no obstante cuando el carpintero envió su factura, Pauline no pudo reprimir un gesto de dolorosa sorpresa: los cuatro mil francos del presupuesto se habían convertido ahora en cerca de ocho mil. En total, pues, había lanzado más de veinte mil francos en aquellas vigas, que la primera tempestad podía llevarse consigo.

Por aquel entonces, la fortuna de Pauline vióse reducida a una cuarentena de miles de francos. Venía a significar dos mil francos de renta, cantidad más que justa para poder vivir si un día llegaba a verse sola y en la calle. El dinero se había ido poco a poco en la casa, donde continuaba pagando con las manos abiertas. Y por ello se dedicó, desde entonces, a vigilar los gastos con el rigor propio de una administradora prudente. Por lo que se refiere a los Chanteau ni siquiera contaban ya con sus trescientos francos al mes, pues a la muerte de su madre, cayeron en la cuenta de que habían sido vendidos cierto número de títulos, sin poder llegar a descubrir, no obstante, dónde fue a parar la suma que produjo tal venta. Juntando sus propias rentas a las de ellos, apenas si disponía de cuatrocientos francos, y el peso de la casa era grande, viéndose precisa a hacer verdaderos milagros de economía, para poner a salvo el dinero de sus limosnas. Desde el último invierno la curatela del doctor

Cazenove había terminado; Pauline ya era mayor de edad, podía disponer libremente de sus bienes y de su persona; mientras estuvo cumpliendo su misión, el doctor no la molestó gran cosa, desde luego, pues incluso rehusaba ser consultado, pero el caso es que su obligación había cesado unas semanas antes, cuando el uno y la otra se pusieron de acuerdo; pero Pauline se sentía ahora más madura y más libre sin embargo, como convertida de repente en mujer y en ama de casa, sin cuentas que rendir a nadie, obedeciendo por otra parte a la constante súplica de su tío de que se hiciera cargo de todo y no le hablase nunca de nada. Lazare también aborrecía los asuntos de intereses. Disponiendo por consiguiente de los fondos comunes, reemplazaba a su tía, cuyo papel desempeñaba con un buen sentido práctico que a veces dejaba estupefactos a los dos hombres. Véronique era la única que encontraba a la señorita francamente «agarrada»: ¿pues no había que contentarse ahora con una libra de manteca cada sábado?

Los días se sucedieron con monótona regularidad. Ese orden, aquellas costumbres reanudadas sin cesar, que constituían la dicha a ojos de Pauline, exasperaban más aún el aburrimiento de Lazare. Jamás se había paseado por la casa con tanta inquietud como cuando en todas las piezas del hogar reinaba aquella paz sonriente. La terminación de los trabajos de la playa, significó para él un verdadero alivio, pues en el fondo, cualquier preocupación le obsesionaba; y desde el momento en que volvía a caer en la ociosidad, empezaba a sentirse devorado por el malestar y la vergüenza. Cada mañana cambiaba de nuevo sus proyectos para el futuro: la idea de fundar un periódico había sido abandonada como indigna de su personalidad; se indignaba contra la pobreza que no le permitía entregarse tranquilamente a una gran obra literaria e histórica; luego, había terminado por acariciar un plan, hacerse profesor, sufrir unos exámenes si era preciso, para asegurarse las ganancias necesarias con su trabajo de hombre de letras. Entre Pauline y él, ya no parecía quedar otra cosa que su camaradería de antes, algo así como un hábito de afecto que les convertía en hermano y hermana. Y dentro de esa estrecha familiaridad, jamás hablaba él de su matrimonio, bien sea por olvido completo, bien como cosa harto sabida que caminaba por sí sola, sin necesidad de hablar de ella. Pauline por su parte, evitaba también que la conversación versara sobre ese extremo, convencida de que accedería a la primera indicación. Y, sin embargo, lo cierto era que un poco del deseo de Lazare hacia ella, había ido desapareciendo cada día: Pauline captaba su desfallecimiento, sin comprender no obstante que su impotencia para salvarle del mismo no tenía otra causa en el fondo que la acabada de mencionar.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, subía ella para avisarle que la cena estaba servida, cuando le sorprendió escondiendo apresuradamente un objeto que no pudo reconocer.

—¿De qué se trata? —preguntó Pauline riéndose—. ¿Son versos para el día de mi santo?

—Pues no —dijo él muy emocionado y con voz temblorosa—. Nada en absoluto.

Tratábase de un viejo guante olvidado por Louise, y que acababa de encontrar detrás de un montón de libros. El guante, de piel de Sajonia, había conservado un fuerte olor, ese olor salvaje que el heliotropo, perfume predilecto de la joven, endulzaba con un punto o matiz de vainilla; y, muy impresionable a los olores, violentamente turbado por aquella mezcla de flor y de carne, el joven había quedado como abstraído, con el guante, sobre la boca, bebiendo así la voluptuosidad de sus recuerdos.

Desde aquel día, por encima de la vida triste y adormecida que la muerte de su madre ahondaba en él, se puso de nuevo a desear a Louise. Sin duda alguna jamás la había olvidado, pero el recuerdo de su persona dormitaba en su dolor; y era precisa aquella cosa suya, para que existiera un despertar vivo, a través del propio calor de su aliento. Cuando se encontraba solo, volvía a coger el guante, lo respiraba, lo besaba, se imaginaba que aún la tenía entre sus brazos, con la boca hundida en su nuca. El malestar nervioso en que viviera, la excitación que le producían sus largas horas de ocio, hacían que fuera más acusada aún aquella embriaguez carnal. Eran verdaderas orgías en las que se agotaba. Y si salía descontento de esa lucha consigo mismo, volvía inmediatamente a recaer, llevado por una pasión de la que no era realmente dueño. Vino ello a aumentar su humor sombrío, e incluso llegaba a mostrarse brusco con su prima, como si le guardara rencor por sus mismos abandonos. Nada le decía Pauline a sus sentidos carnales, y a veces escapaba de alguna conversación alegre y tranquila, para acudir precipitadamente a su vicio, encerrarse, revolcarse en el recuerdo ardiente de la otra. Y, enseguida bajaba de nuevo con su consabido desagrado por la vida.

Cambió de tal forma en el plazo de un mes, que Pauline, desesperada, pasaba unas noches horrorosas. Incluso durante el día permanecía vigilante a todas horas, siempre en pie de un lado para otro, en aquella casa cuya dirección le estaba encomendada, con su aire de dulce autoridad. Pero por la noche, en cambio, cuando había cerrado la puerta de su cuarto y le era ya permitido tener sus propias penas, se ponía a llorar como una débil criatura. No le quedaba esperanza alguna, el fracaso de su bondadosa conducta se agravaba sin cesar, haciéndose totalmente evidente. ¿Sería posible semejante cosa?, la caridad no bastaba por lo visto, se podía amar a las personas y causarles con ello su desdicha; veía desgraciado a su primo, quizás por culpa de ella misma. Luego, en el fondo de su duda, iba tomando cuerpo el temor a una influencia rival. Y si había experimentado durante mucho tiempo cierta tranquilidad, explicándose aquel humor negro en razón al reciente luto, ahora ya la idea de Louise la asaltaba de nuevo; esa idea que surgió en ella al día siguiente de la muerte de la

señora Chanteau, y que había rechazado con un gesto de orgullo y confianza en su ternura, ahora renacía cada noche, en la derrota de su corazón.

Pauline pasó entonces a vivir en plena obsesión. En cuanto dejaba su palmatoria, caía sentada sobre el borde del lecho, sin valor suficiente para quitarse el vestido. Su alegre compostura desde por la mañana, su orden y su paciencia, la dejaban materialmente rendida, como si hubiera llevado encima todo el día un traje demasiado pesado. La jornada, como las que le precedieron y al igual que las que habrían de seguir, acababa de deslizarse en medio de aquel concentrado tedio de Lazare, que constituía la desesperación de la casa. ¿Para qué su esfuerzo de gozo y alegría si ya no era capaz de caldear aquel rincón amado? Aquella cruel y ya antigua frase de Lazare, resonaba en ella nuevamente, vivían demasiado solos, y la culpa de que así fuera la tenían sus propios celos, que ahuyentaron a todo el mundo. No nombraba a Louise, no quería pensar en ella y sin embargo desfilaba ante su mente, la veía pasar con su aire juvenil, divirtiendo a Lazare con sus coquetas languideces, alegrándose con el vuelo de sus faldas. Los minutos transcurrían, sin poder rechazar su imagen. Ésta era sin duda la joven a quien él esperaba, y nada tan fácil curarle; bastaba con ir en su busca. Y, cada noche, Pauline cuando subía a su habitación, ya no se abandonaba a su anterior laxitud, sentada al borde de su cama, volvía a caer en la misma visión, torturada por la creencia de que la dicha de los suyos acaso se hallaba en manos de la otra.

Las rebeliones íntimas subsistían, no obstante, y seguían indignándola. Abandonaba su lecho y se iba a abrir la ventana presa de verdaderos sofocos. Luego, ante la inmensa oscuridad, frente a aquel mar cuya queja llegaba hasta allí, permanecía apoyada de codos durante horas y horas, sin poder dormir, con la garganta ardiente y absorbiendo las ráfagas del viento de alta mar. ¡No!, jamás sería lo bastante miserable como para tolerar el retorno de aquella muchacha. ¿No les había sorprendido al uno en brazos del otro? ¿No era aquello quizá la traición más baja, junto a ella, en la alcoba lindante y en aquel hogar que ella estimaba como suyo? Tal villanía no era perdonable y sería hacerse cómplice de la misma volver a situarlos juntos. Su celoso rencor crecía más aún ante las escenas que continuamente evocaba, trataba de ahogar sus sollozos, ocultando su cara entre sus desnudos brazos, con los labios pegados a la carne. La noche iba avanzando, las ráfagas de viento pasaban por su escote, echando al vuelo su cabellera, sin conseguir calmar la encolerizada sangre que corría por sus venas. Pero, sorda e invenciblemente, la lucha seguía entre su bondad y su pasión, incluso cuando se hallaba en los excesos de su rebelión interna. Una voz llena de dulzura, que entonces le era como extraña, se empeñaba en hablarle muy bajito de los goces que produce la limosna, la dicha de entregarse a los demás. Quería que aquella voz sutil callara: su abnegación llevada hasta la misma cobardía, resultaba imbécil y estúpida; e inmediatamente, sin embargo, se ponía a escucharla, ya que, enseguida, se le hacía imposible defenderse. Poco a poco, reconocía su propia voz y se razonaba a sí misma:

¡qué importaban sus propios sufrimientos cuando los demás iban a ser dichosos! Sollozaba más bajito, escuchando subir la marea desde el fondo de las tinieblas, agotada y enferma, sin estar vencida aún.

Una noche, se había acostado ya, después de haber llorado en la ventana durante largo rato. En cuanto hubo apagado su bujía y se encontró en plena oscuridad, con los ojos abiertos de par en par, tomó bruscamente una decisión: al día siguiente, antes que nada, haría que su tío escribiese a Louise, para rogarla que viniera a pasar un mes en Bonneville. Nada le parecía más natural y más fácil al mismo tiempo. Inmediatamente se quedó dormida, sumida en profundo sueño; hacía semanas enteras que no reposaba tan sosegadamente. Pero, en la mañana, cuando hubo bajado para almorzar y se vio de nuevo entre su tío y su primo, en aquella mesa familiar en la que se hallaba marcado el lugar de las tres tazas de leche, se sintió ahogada de repente y notó que todo su valor desaparecía.

—Veo que no comes —dijo Chanteau—. ¿Qué es lo que te pasa?

—No me ocurre nada —respondió ella—. Al contrario, he dormido como una bendita.

La sola vista de Lazare la volvía de nuevo a su lucha. El joven comía silenciosamente, cansado ya de aquella nueva jornada que sólo acababa de empezar; y ella no se sentía con valor para entregarlo a otra. La idea de que otra podía hacerse con él, de que le besaría para consolarle, le era insoportable. Cuando el muchacho hubo salido, quiso, no obstante, llevar a cabo lo que decidiera.

—¿Estás hoy peor de tus manos? —preguntó a su tío.

Contempló él entonces sus manos, que invadían los tofos, e hizo mover penosamente las articulaciones.

—No —respondió—. La derecha incluso parece estar más ágil... Si viene el cura, jugaremos una partidita.

Luego, después de un silencio, añadió:

—¿Por qué me lo preguntas?

La joven había creído sin duda que no podría escribir. Se sonrojó, y remitió engañosa lo de la carta para el día siguiente, mientras balbuceaba:

—¡Dios mío!, ¿para qué va a ser?, para saberlo.

A partir de aquel día, la joven vivió sin el más leve reposo. En su alcoba, pasada la crisis de las lágrimas, llegaba a vencerse a sí misma, y se juraba que en cuanto despertase iría a dictarle la carta a su tío. Pero, en cuanto entraba en la vida cotidiana del hogar, entre aquellos a quienes amaba, volvía a sentirse sin fuerzas. Siempre eran detalles pequeños e insignificantes los que le partían el corazón: el pan que cortaba para su primo, los zapatos del joven que encomendaba a la criada, todo cuanto constituye, en fin, el ritmo vulgar y corriente de la familia. ¡Con lo felices que hubieran podido ser en medio de todas aquellas costumbres hogareñas! ¿Para qué llamar a una

forastera?, ¿por qué echar a perder cosas tan dulces, y entre las cuales vivieron durante tantos años? Y, ante la idea de que ya no sería ella, un día, quien cortase así el pan, quien velase por los trajes del muchacho, una gran desesperación estrangulaba su garganta, sentía crujir bajo sus pies la dicha prevista para su existencia. Aquel tormento, unido y mezclado a las pequeñas atenciones de la casa, envenenaba sus jornadas de administradora activa del hogar.

—¿Qué es lo que ocurre, pues? —decía a veces hablando en voz alta consigo misma—, nos amamos, y sin embargo no somos dichosos... Nuestro afecto sólo desdichas produce alrededor nuestro.

Trataba incesantemente de comprender. Quizá la causa de todo aquello fuese simplemente que su carácter y el de su primo no concordaban. Sin embargo, ella habría querido doblegarse cuanto fuere necesario, abdicar toda su voluntad. No conseguía gran cosa pensando, pues la razón hacía que su mente se sublevara; se proponía imponer las cosas que creyese razonables. Su paciencia fracasaba a menudo, ponía caras largas. Hubiera querido, empero, reír, inundar sus propias miserias en una reacción de alegría; pero no podía más, se enervaba a su vez cuando lo intentaba.

—¡Bonito espectáculo! —repetía Véronique desde por la mañana hasta por la noche—. No son ustedes más que tres, y acabarán por devorarse el uno al otro... La señora tenía, desde luego, días muy desagradables, pero, mientras vivió, por lo menos, no se llegó al extremo de tirarse los trastos a la cabeza.

También Chanteau experimentaba los efectos de aquella lenta desafección, que nadie se explicaba. Cuando surgía una crisis, eran más fuertes sus alaridos, en opinión de la criada. Venían luego los caprichos y las violencias propias del enfermo, algo así como un prurito de atormentar continuamente a todo el mundo. La casa se convertía en un verdadero infierno.

La joven, entonces, en las últimas sacudidas de sus celos, se preguntó si realmente tenía derecho a imponer a Lazare la felicidad propia. Lo cierto era que quería verle feliz ante todo, aún al precio de sus lágrimas. ¿Por qué tenerle entonces encerrado de aquella manera y forzarle a una soledad que tanto parecía atormentarle? La amaba sin duda aún y acabaría volviendo a ella cuando la juzgara mejor, comparándola con la otra. En todo caso, debía permitirle escoger: eso era lo justo, y la idea de la justicia seguía imponiéndole en sus decisiones, por encima de todo.

Cada trimestre, Pauline se desplazaba a Caen, por razón de sus rentas. Partía por la mañana y regresaba por la noche, después de haber agotado toda una lista de menudas compras y recados, que iba anotando durante los tres meses. Aquel año, en el trimestre correspondiente al mes de junio, fue en vano que estuvieran esperándola hasta las nueve para cenar. Chanteau, muy inquieto, había enviado a Lazare para que indagase en la carretera, temiendo un accidente; en tanto que Véronique, con aire tranquilo, les decía que cometían un error atormentándose: seguro que la señorita, al

ver que se le hacía tarde, había resuelto pasar la noche fuera de casa, deseosa de cumplimentar todas las gestiones. Se durmió muy mal en Bonneville; y, al día siguiente, desde la hora del almuerzo, volvieron las preocupaciones terroríficas. Hacia el mediodía, como su padre ya no aguantaba más, Lazare se decidió a partir para Arromanches, y estaba a punto de hacerlo, cuando la criada, de vigilancia en la carretera, reapareció gritando:

—¡Ya está aquí la señorita!

Fue preciso arrastrar el sillón de Chanteau hasta la terraza. El padre y el hijo estaban a la escucha mientras Véronique daba toda clase de detalles:

—Es la berlina de Malivoire... He reconocido a la señorita con sus cintas de crepé. Sólo que, y eso es lo que me parece más chocante, diríase que la acompaña alguien... ¡Qué es lo que arrastrará consigo ese rocín!

Por fin se detuvo el coche ante la puerta. Lazare se había adelantado, y abría ya la boca para interrogar a Pauline, que saltó a tierra con toda ligereza, cuando quedó sobrecogido: detrás de ella, otra joven, ataviada con un vestido de seda color lila a mil rayas, saltaba igualmente del coche. Ambas reían como buenas amigas. Su sorpresa fue tan fuerte que se acercó nuevamente a su padre, diciendo:

—Trae consigo a Louise.

—¡Louise!, ¡me parece una buena idea! —exclamó Chanteau.

Y cuando las muchachas estuvieron juntas frente a él, la una todavía de luto riguroso y la otra con su alegre «toilette» de verano, el viejo más que satisfecho con aquella distracción que le llegaba, continuó diciendo:

—Entonces ¿qué?, habéis hecho las paces por lo visto... Bien sabéis que jamás llegué a comprender. ¿No os parece mejor así?, ¿no se trataba de algo tonto en resumidas cuentas? ¡Cuán equivocada estabas, mi pobre Louise, guardándonos rencor, con todo el pesar que tuvimos! En fin, concluyó todo ¿no es así?

Una especie de embarazo mantenía inmóviles a ambas jóvenes. Se habían sonrojado y evitaban que se cruzasen sus miradas. Louise dio un abrazo a Chanteau para ocultar su violencia. Pero el viejo pretendía que le dieran explicaciones:

—¿Os encontrasteis, acaso?

Louise, entonces, se volvió hacia su amiga, con los ojos humedecidos por una reacción de ternura, para decir seguidamente:

—Fue Pauline que subía a ver a mi padre. En aquel preciso instante yo llegaba. Y no hay que reñirla por haberse quedado, pues hice por mi parte cuanto pude para retenerla... Como el telégrafo termina en Arromanches, hemos pensado que llegaríamos al mismo tiempo que un despacho. ¿Me perdonáis?

Abrazó nuevamente a Chanteau, con su mimo de antaño. El viejo, por su parte, no preguntó nada más: cuando las cosas le agradaban, siempre las encontraba bien.

—Y tú, Lazare, ¿no le dices nada?

El joven se había quedado atrás sonriendo con risa forzada. La indicación de su padre acabó por turbarle, tanto más cuanto que Louise, por su parte, volvía a sonrojarse, sin dar un solo paso hacia él. ¿Por qué se hallaba allí aquella joven?, ¿por qué la prima había traído consigo a esta rival, a la que tan rudamente echara de la casa? Se encontraba sumido en una sensación de estupor de la que no conseguía recobrase.

—Dale un beso, Lazare, puesto que ella no se atreve —dijo dulcemente Pauline.

Su absoluta palidez resaltaba sobre el luto, pero tenía el semblante tranquilo y los ojos claros. Con su aire maternal, ese gesto serio que solía adoptar en los momentos importantes de la administración de la casa, contemplaba a uno y a otra; y se contentó con sonreír cuando él se decidió a rozar con sus labios las mejillas que le tendía la otra joven.

De repente, Véronique, que estaba observando todo aquello con las manos colgantes, volvió a meterse en el fondo de su cocina, completamente sofocada. Después de lo que había ocurrido, era preciso tener muy poco corazón. La señorita se hacía imposible, cuando se empeñaba en querer ser buena. Por lo visto no tenía bastante con aquellas menudas piojosas, que arrastraba hasta por su vajilla: ¡ahora se dedicaba a traer consigo a las amiguitas del señorito Lazare! ¡Buena iba a quedar la casa! Cuando la criada se hubo tranquilizado después de estar refunfuñando sobre su honor, volvió otra vez para decir gritando:

—Como ustedes saben, el almuerzo hace una hora que espera... Las patatas se están volviendo carbón.

Se almorzó con apetito, pero, sólo Chanteau se reía abiertamente y con franqueza, demasiado alegre para llegar a fijarse en el persistente malestar de los otros tres. Se desenvolvían en conjunto con una obsequiosidad afectuosa; y parecían conservar no obstante en su respectivo fuero interno un fondo de inquieta tristeza, como ocurre después de las disputas en las que se ha llegado a perdonar, sin poder olvidar las injurias irreparables. Seguidamente se empleó la tarde en instalar a la recién llegada. Volvía a ocupar su habitación del primer piso. Por la noche, si la señora Chanteau hubiera bajado a sentarse a la mesa, con su pasito corto y rápido, se habría creído que renacía el pasado en toda plenitud.

Durante cerca de una semana aún, la violencia continuó imponiéndose. Lazare, que no se atrevía a interrogar a Pauline, seguía sin encontrar explicación a lo que él consideraba simplemente como un extraño pensamiento, pues la idea de un posible sacrificio, de una oportunidad para escoger, tan sencilla como grandiosa, no la entreveía siquiera. Él mismo, en los deseos que estragaban su ociosidad, jamás había soñado en casarse con Louise. Por ello, desde que se hallaban los tres juntos, surgía una situación falsa que les violentaba a todos. Tenían silencios embarazosos, ciertas frases quedaban en sus labios a medio decir, por temor a una involuntaria alusión.

Pauline, sorprendida por aquel resultado imprevisto, se veía obligada a exagerar sus risas para tratar así de volver a la hermosa despreocupación de tiempos anteriores. Pero tuvo al principio un profundo gozo, le pareció notar que Lazare volvía a ella. La presencia de Louise le había calmado, el joven casi la huía, evitando encontrarse a solas con ella, trastornado ante la idea de que pudiera llegar a truncar una vez más, la confianza de su prima; y se lanzaba hacia ésta, proclamándola con gesto enternecido como la mejor de todas las mujeres, una verdadera santa de la que se consideraba indigno. Ella, más que dichosa, disfrutaba enormemente con aquella victoria, cuando le veía tan poco amable para con la otra. Al finalizar la semana, incluso se permitió hacerle algún reproche:

—¿Por qué huyes en cuanto estoy con ella?... Sabes que eso me entristece. Si ha venido a casa, no es para que le pongamos mala cara.

Lazare, soslayando la respuesta, tuvo un gesto vago. Ella se permitió entonces hacer una alusión, la única que jamás escapara de sus labios:

—Si la he traído conmigo, es para que supieras a ciencia cierta que desde hace mucho tiempo os lo he perdonado todo. He querido borrar por completo aquella vil pesadilla, de la que nada queda ya... Y ya lo estás viendo, no siento miedo alguno, tengo plena confianza en vosotros.

La cogió él entre sus brazos y la apretó muy fuerte. Después le prometió ser amable con la otra.

A partir de aquel momento, las jornadas transcurrieron en una intimidad encantadora. Lazare parecía no aburrirse ya en absoluto. En lugar de subirse al cuarto y encerrarse allí como un salvaje, enfermo de soledad, inventaba juegos, sugería paseos, de los que regresaban embriagados por el aire del mar. Y fue entonces, insensiblemente, cuando Louise volvió a hacerse con él por entero. Iba acostumbrándose a ella, se atrevía a darle el brazo, se dejaba penetrar de nuevo por aquel aroma turbador, que exhalaba la más insignificante punta de sus encajes. Al principio, luchó consigo mismo, quiso mantenerse alejado en cuanto notó que remontaba la embriaguez. Pero era la propia prima quien le gritaba que ayudase a la joven, a lo largo de los acantilados, cuando se hacía preciso saltar algún arroyuelo; Pauline, por su parte, saltaba valientemente, igual que un muchacho, mientras que la otra, lanzando un ligero grito de alondra herida, se abandonaba en los brazos del joven. Después, al regreso, él le servía de apoyo, y entonces sus risitas ahogadas, sus cuchicheos al oído, volvían a empezar. Nada inquietaba a Pauline de momento, que conservaba sus andares altivos, sin comprender que se estaba jugando la dicha, con eso de no aparecer nunca cansada ni necesitar el auxilio de nadie. El olor sano de sus brazos de ama de casa no turbaba a nadie. Constituía una especie de temeridad sonriente eso de que ella les forzase a caminar delante y cogidos del brazo para demostrar así mejor su confianza.

Además, ni uno ni otra le habrían engañado a conciencia. Si Lazare se dejaba captar nuevamente por aquella embriaguez, no dejaba por ello de luchar consigo mismo; haciendo luego esfuerzos y mostrándose más afectuoso con la prima. Existía en todo aquello como una sorpresa de su carne, a la cual cedía complacido y deliciosamente, todo y prometiéndose al mismo tiempo que, esta vez, el juego quedaría reducido a las risitas autorizadas. ¿Por qué había de rechazar el disfrute del goce, siendo así que estaba dispuesto a seguir cumpliendo su deber de hombre honrado? Y Louise, por su parte aún eran mayores los escrúpulos que sentía; y no es que se acusara a sí misma de coqueta, pues era mimosa por propia naturaleza; se abandonaba sin saberlo, en un gesto cualquiera, en un hálito; pero no habría sido capaz de pronunciar una palabra, de haber creído serle desagradable a Pauline. El perdón del pasado le conmovía hasta hacerle derramar lágrimas, quería probarle que era una mujer digna, que por lo general se traducen en juramentos, besos y toda clase de zalamerías apasionadas. La vigilaba por ello de continuo, para acudir enseguida, con sólo que le pareciera haber observado alguna duda en su frente. De pronto, abandonaba el brazo de Lazare e iba a coger el de la amiga, mostrándose enfadada por haberse abandonado unos instantes; y trataba además de distraerla, no volvía a dejarla e incluso afectaba empujar al joven para que fuera por delante. Jamás había parecido tan encantadora como cuando se mostraba con aquel gesto emocional continuo, con ese deseo de agradar que la hacía arrebatarse y que la desolaba enseguida, llenando así la casa con el torbellino de sus faldas y sus zalamerías languideces de gatita joven.

Poco a poco, Pauline recayó en sus torturas. Su esperanza, su triunfo, sólo vivido unos instantes, aumentaba la crueldad de las mismas. Ya no se trataba de las violentas sacudidas de antes, de aquellas crisis de celos que la tenían alocada por espacio de una hora; era aquel más bien un aplastamiento lento, algo así como una masa que le hubiera caído encima y cuyo peso la fuese triturando a cada minuto. Ahora ya no había tregua posible, habíase acabado la salud: su desdicha había llegado a todo trance al final. Ciertamente, ningún reproche tenía que hacerles, ambos la colmaban de atenciones, luchaban contra el impulso que arrastraba el uno hacia el otro; y eran esos agasajos precisamente los que la hacían sufrir; empezaba de nuevo a ver claro, desde que ellos parecían entenderse para ahorrarle el dolor de sus amores. La compasión de los dos enamorados se le iba haciendo insoportable. ¿No eran precisamente declaraciones aquellos cuchicheos rápidos cuando los dejaba juntos, y luego esos bruscos silencios en cuanto ella volvía a aparecer, los besos violentos de Louise y esas humildades afectuosas de Lazare? Les habría preferido culpables, traicionándola por los rincones, en tanto que con tales precauciones de honradez y esa compensación de caricias, que lo decían todo, la dejaban desarmada, sin encontrar la voluntad ni la energía necesarias para reconquistar su bien. El día en que se trajera consigo a la rival,

su idea fue luchar contra ella, si era preciso; pero ¿qué hacer con unos niños que se afligían de esa manera por el hecho de amarse el uno al otro? Ella misma había querido aquello; habría podido casarse con Lazare, sin inquietarse por nada ni para nada, sólo con forzarle la mano. Pero todavía hoy, a pesar de su tormento, la idea de disponer de él de ese modo, de exigir el cumplimiento de una promesa, que el joven lamentaba ya sin duda, le trastornaba por entero. Le habría rehusado, aunque ello significara su muerte, si efectivamente amaba a otra.

Entretanto, Pauline continuaba siendo la madre de su pequeño mundo, cuidaba a Chanteau que seguía mal, se veía obligada a suplir a Véronique cuya limpieza y buena disposición se iban echando a perder; sin contar, con Lazare y Louise a quienes simulaba tratar como turbulentos rapaces para poder sonreír así ante sus continuas escapadas. E incluso llegaba a reírse en tono más alto que ellos, con esa hermosa y sonora risa que era fiel reflejo de la salud y la valentía de la vida, con notas limpias propias de un clarín. Desde la mañana hasta la noche, exageraba su actividad, rehusaba acompañar a los muchachos en su paseo, bajo pretexto de una gran limpieza, de una colada o de unas conservas que había de preparar. La casa entera se hallaba en pleno y constante regocijo. Pero era sobre todo Lazare quien se mostraba ruidoso: silbaba en la escalera, golpeaba las puertas, encontraba las jornadas demasiado cortas y demasiado encalmadas. Aunque no estuviera ocupado en nada, la nueva pasión que invadía su ser, parecía exigirle más tiempo y fuerzas de las que realmente disponía. Una vez más, mostrábase dispuesto a conquistar el mundo; y cada día a la hora de cenar aparecían nuevos y extraordinarios proyectos para el futuro. La literatura no era ya de su gusto, confesaba haber abandonado la preparación de los exámenes que se disponía a sufrir para aspirar a profesor; con esa excusa y durante largo tiempo permaneció encerrado en su habitación, con tal desánimo, que ni siquiera llegaba a abrir un libro; y ahora se burlaba de ese su estúpido propósito; ¿no era, en efecto, realmente estúpido sacrificarse de esa manera, para escribir después novelas y dramas? ¡No!, nada había como la política, su plan estaba ya trazado de forma, muy seria: conocía y conservaba alguna relación con el diputado de Caen, le seguiría a París como secretario; y, estando allí en unos meses conseguiría abrirse camino. El Imperio tenía gran necesidad de muchachos inteligentes. Cuando Pauline, inquieta ante aquel desenfrenado galope de ideas, trataba de calmar su fiebre, aconsejándole un modesto pero sólido empleo, él protestaba por su prudencia, la llamaba «abuela», siempre en tono de broma. Y el alboroto volvía a empezar, la casa resonaba en medio de una alegría demasiado voluminosa, en la que se adivinaba la angustia de una miseria oculta.

Un día, cuando Lazare y Louise se habían ido solos a Verchemont, Pauline, que sintió necesidad de valerse de una fórmula para restaurar el terciopelo, subió para rebuscar en el gran armario de su primo, donde creía haberla visto, anotada en un

pedazo de papel y metida entre las páginas de un libro. Y una vez allí, entre los folletos, descubrió el viejo guante de su amiga, aquel olvidado guante, que en ocasiones tuvo embriagado al joven, hasta producirle una especie de alucinación carnal. Aquello significó para ella un rayo de luz; reconoció en ese guante el objeto que su primo había ocultado con tanta turbación la noche en que ella subiera bruscamente para decirle que la cena estaba a punto. Pauline se dejó caer sobre una silla como aniquilada por aquella revelación. ¡Dios mío!, ¡quería ya a aquella joven antes de que ésta estuviera de vuelta, vivía con ella, había acercado a sus labios aquella tela porque conservaba algo de su olor! Se sintió sacudida por fuertes sollozos, en tanto que sus anegados ojos permanecían fijos en el guante que seguían conservando sus temblorosas manos.

—Y qué, señorita, ¿encontró usted la fórmula? —pregunto desde el rellano y con voz fuerte Véronique, que subía a su vez—. Desde luego le digo que la mejor manera, el método más practico, consiste en frotar el terciopelo con piel de tocino.

Entró la criada en la habitación, y nada comprendió al principio al verla derramando lágrimas, con los dedos crispados sobre aquel viejo guante. Pero olfateó el ambiente de la habitación y acabó por adivinar la causa de aquella desesperación.

—¡Caramba! —continuó diciendo con ese gesto brutal que adoptaba cada vez con mayor frecuencia—, no debiera causarle sorpresa lo que fatalmente había de llegar... Ya la previne anteriormente. Les sitúa usted juntos, y, naturalmente, se divierten... Y, además, quizá tuviera razón la señora, esa minina le anima más que usted.

La joven bajó la cabeza, y la otra, como hablando consigo misma, añadió con voz sombría:

—¡Ahí, la señora, a pesar de sus defectos, veía claras las cosas...! Yo, por mi parte, no acabo de digerir eso de que haya muerto.

Por la noche, en su habitación, cuando Pauline hubo cerrado la puerta y colocado la bujía sobre la cómoda, se sentó desanimada en el borde de la cama, diciéndose a sí misma que debía casar a Lazare y a Louise. Durante todo el día un zumbido enorme sacudiéndole el cráneo, la había impedido esbozar una idea clara; era solamente en esta hora de la noche, en que podía sufrir sin testigos, cuando encontraba al fin aquella inevitable consecuencia. Era preciso casarlos; ese pensamiento resonaba en lo más íntimo de su ser como si fuera una orden, algo así como la voz de la razón y de la justicia, a la que no podía hacer callar. Hubo un momento en que, tan animada y decidida como era de por sí, se volvió asustadiza al imaginarse oír la voz de su tía que la gritaba obedeciese. Entonces, vestida, tal y como iba, se tumbó de espaldas en el lecho y hundió la cabeza en la almohada para ahogar sus gritos. ¡Oh!, ¡entregarlo a otra, saberle en brazos de otra mujer, y además para siempre, sin esperanza alguna de poderle recobrar! No, no se sentía con valor suficiente, prefería seguir arrastrando aquella su miserable vida; ¡no sería para nadie, ni para ella ni para la otra joven, y él

mismo acabaría consumiéndose en la espera! Estuvo forcejeando durante largo rato, sacudida por un furioso acceso de celos, que hacía surgir frente a ella imágenes carnales abominables. Siempre la dominaba primero la sangre, una violencia que ni los años ni el buen sentido habían logrado apaciguar. Luego, cayó en un enorme agotamiento, su carne estaba aniquilada.

A partir de aquel momento, tumbada de espaldas, sin encontrar fuerzas para desnudarse, Pauline se puso a razonar durante largo rato. Llegaba a demostrarse a sí misma que Louise haría más que ella por la dicha de Lazare. Aquella criatura tan débil y sensible con caricias de amante, ¿no había sabido sacarle de su tedio? La cosa no ofrecía dudas, la necesitaba así, colgada constantemente de su cuello, alejando con sus besos las ideas tenebrosas, el terror de la muerte. Y Pauline, entonces, seguía su razonamiento, rebajándose a sí misma; creía encontrarse demasiado fría, sin esa gracia amorosa característica de la mujer, no teniendo otra cosa en su haber que la bondad, lo cual no basta en absoluto a los jóvenes. Otra consideración acabó por convencerla. Ella estaba arruinada, y los proyectos para el futuro de su primo, esos proyectos que tanto la inquietaban, precisarían de mucho dinero. ¿Debía imponerle las incomodidades en que vivía la familia, la mediocridad por la que tanto le viera sufrir? Sería aquella una existencia terrible, la amargura pendenciera de las ambiciones frustradas. Por lo que a ella se refiere, sólo podría aportarle cuantos odios y rencores arrastra consigo la miseria, en tanto que Louise, que era rica, llegaría a abrirle camino hacia esas grandes posiciones con las que él soñaba. Se aseguraba que el padre de la joven guardaba para su yerno un destino que tenía a punto; tratábase sin duda de algún cargo en la banca, y aunque Lazare simulase experimentar desdén para con las gentes de la banca y las finanzas, las cosas se arreglarían llegado el momento. No podía vacilar más, ahora le parecía ya que cometería una acción reprobable, si no los casaba. En su insomnio, aquella unión se convertía en un desenlace natural y necesario, que debía por su parte aligerar, so pena de perder su propia estima.

Transcurrió la noche entera en medio de aquella lucha. Cuando amaneció, Pauline se desnudó por fin. Estaba muy calmada, disfrutó en el lecho de un profundo reposo, aunque sin poder dormir aún. Jamás se había sentido tan ligera, a tanta altura ni tan destacada. Todo aquel drama podía darse por finido; acababa de cortar las ligaduras de su egoísmo; no esperaba ya a nadie; y en el fondo de su ser aparecía la voluptuosidad sutil del sacrificio. Ni siquiera sabía encontrar en sí misma su antigua voluntad de llegar a bastarse para lograr la dicha de los suyos; aquella necesidad autoritaria de permanecer al margen, aparecía en aquellos momentos ante sus ojos como la última trinchera de sus celos. El orgullo de su abnegación había desaparecido; aceptaba que los suyos fueran dichosos prescindiendo de ella. Se trataba del peldaño supremo en el amor hacia los demás: desaparecer, darlo todo sin creer no obstante que se da suficiente; amar hasta el punto de sentirse feliz y gozoso con una felicidad

que es obra propia y que no habrá de compartirse. Apuntaba el sol cuando se sumió en un profundo sueño.

Aquel día, Pauline bajó muy tarde. Al despertarse había experimentado el placer de seguir sosteniendo en lo más íntimo de su ser, claras y firmes sus resoluciones de la víspera. Dióse cuenta luego de que se había olvidado de sí misma, y que debía pensar por consiguiente en el mañana, dada la nueva situación que se iba a crear a su alrededor. Si, como imaginaba, tenía el valor de casar a Lazare y a Louise, jamás lo tendría en cambio para permanecer al lado de ellos, compartiendo la intimidad de su dicha: la abnegación también tiene sus límites, temía el retorno de sus propias violencias, cualquier espantosa escena que hubiera ocasionado su muerte. Por lo demás, ¿no hacía ya bastante con lo que se proponía?, ¿quién habría tenido la crueldad de imponerles aquella tortura inútil? Su decisión fue tomada, pues, sobre la marcha y era, además, irrevocable: partiría, abandonaría aquella casa llena de inquietos recuerdos. Tratábase de un cambio total en su existencia, y no estaba dispuesta a retroceder.

A la hora del almuerzo dio muestras, como siempre, de aquella tranquila jovialidad, que nunca la abandonaba. La visión de Lazare y de Louise, uno al lado de la otra, cuchicheando y riéndose, la dejó arrogante, sin notar otra debilidad que un gran frío en su corazón. Luego, como era sábado, proyectó decidir a ambos para que dieran un largo paseo, con el fin de encontrarse sola cuando viniese el doctor Cazenove. Partió la pareja en efecto, y aún así, todavía tomó Pauline la precaución de salir al encuentro de este último en la carretera. En cuanto la vio, quiso el doctor hacerla subir a su cabriolé, para llevarla consigo. Pero ella le rogó que bajara y emprendieran la marcha sosegadamente, mientras Martin, cien metros delante de ellos, conducía el coche vacío.

Y Pauline, entonces, sólo en unas pocas y sencillas palabras vació su corazón. Le contó, sobre todo, su propósito de entregar Lazare a Louise, y su voluntad de abandonar la casa. Aquella confesión pareció a la muchacha algo necesario, no había querido obrar obedeciendo únicamente a su propio impulso, que pudiera ser irreflexivo, y el viejo doctor era el único hombre que pudo oírla.

Bruscamente, Cazenove se detuvo en medio de la carretera y la cogió entre sus largos y delgados brazos. Temblando de emoción, plasmó un fuerte beso en sus cabellos y dijo tuteándola:

—Tienes razón, hija mía... Y, mira por dónde, estoy encantado, pues todo eso podía acabar mucho peor aún. Hace ya meses que me siento realmente atormentado, me ponía malo yendo a vuestra casa; hasta tal punto me daba cuenta de que eras desgraciada... ¡Ah!, lo que es esas buenas gentes, te han desvalijado bonitamente: primero tu dinero, a renglón seguido tu corazón...

La joven trató de interrumpirle:

—Amigo mío, se lo suplico... Les juzga mal.

—Posiblemente —repuso el doctor—, lo que no me impide de todos modos regocijarme por lo que a ti se refiere. Va, va, haz donación de tu Lazare, y conste que no es precisamente un bonito regalo el que haces a la otra... ¡Oh!, es encantador, qué duda cabe, y está lleno de las mejores intenciones; pero prefiero que la otra sea desdichada con él. Esos buenos mozos que se aburren de todo, resultan demasiado pesados de llevar, incluso para unos hombros sólidos como los tuyos. Antes desearía para ti un muchacho carnicero que riera noche y día hasta romperse las mandíbulas.

Luego, viendo que las lágrimas asomaban a sus ojos:

—¡Está bien!, le amas, no hablemos más. Y dame de nuevo un abrazo puesto que eres una jovencita lo bastante decidida como para saber hartarte de razón... ¡Y ese imbécil, que nada comprende!

La había cogido del brazo y la estrechaba contra él. Y entonces se pusieron a conversar sosegadamente, al tiempo que emprendían de nuevo la marcha. Haría bien, por cierto, abandonando Bonneville; y él se encargaría de encontrarla cobijo. Precisamente tenía en Saint-Lö una anciana parienta rica, que buscaba una señorita de compañía. Allí podría estar perfectamente, tanto más por cuanto, aquella dama, que no tenía hijos, podría encariñarse con ella, y adoptarla quizá más tarde. Todo quedó convenido; el doctor le prometió una respuesta definitiva antes de tres días, y convinieron asimismo en no hablar a nadie de aquel proyecto formal de marcha. Ella temía que no se viera en todo ello una amenaza; quería concertar el matrimonio, para irse luego al día siguiente, sin meter ruido y como persona ya inútil.

A los tres días, Pauline recibió una carta del doctor: se la esperaba en Saint-Lö, en cuanto fuera libre y dispusiera de sí misma. Y fue aquel mismo día, durante una ausencia de Lazare, que la joven se llevó consigo a Louise al fondo del huerto, para sentarse en un viejo banco al abrigo de una espesa mata de tamariscos. Enfrente por encima del pequeño muro, una inmensidad azul, cortada en el horizonte por una larga y sencilla línea.

—Querida mía —dijo Pauline con su aire maternal—, vamos a hablar como dos hermanas, ¿quieres?... ¿Me amas un poco...?

Louise la interrumpió, cogiéndola por la cintura, al tiempo que decía:

—¡Oh!, sí.

—Pues bien, si es cierto que me quieres, haces mal en no contármelo todo... ¿Por qué guardas tus secretos?

—Yo no guardo secretos.

—Sí, tú buscas mal... Vamos a ver, ábreme el corazón.

Durante unos instantes, una y otra se miraron tan de cerca que notaban la tibieza de su respectivo aliento. Sin embargo, los ojos de una de ellas se turbaron, poco a poco, bajo la limpia mirada de la otra. El silencio se hacía penoso.

—Dímelo todo. Hablando de las cosas resulta más fácil arreglarlas; es disimulándolas como se acaban cometiendo verdaderas vilezas... ¿No te parece?; a nada conduciría que nos enfadásemos para llegar una vez más a lo que tanto hubimos de lamentar.

Entonces, violentamente, Louise estalló en sollozos. Cogía a la otra por la cintura con sus manos convulsas, había dejado caer su cabeza y la ocultaba en el hombro de su amiga, balbuceando en medio de sus lágrimas:

—¡Oh!, está mal hecho, eso de volver sobre aquello ¡Jamás debía haberse vuelto a hablar, jamás!... Despídeme enseguida antes de producirme esa pena.

Era en vano que Pauline tratara de calmarla.

—No, comprendo perfectamente... Todavía sospechas de mí. ¿Por qué me hablas de un secreto?; hago todo cuanto puedo para que no tengas que dirigirme ningún reproche. No es culpa mía, desde luego, si hay cosas que te inquietan: yo, por mi parte, observo y vigilo hasta la forma de reírme, para que así parezca... Y, sin con todo y eso no me crees, mejor será que me vaya; me iré inmediatamente.

Estaban completamente solas en aquel vasto espacio. El huerto, quemado por el viento del Oeste, se extendía a sus pies como terreno inculto, en tanto que, más hacia lo lejos, el mar inmóvil desarrollaba su infinito.

—¡Pero escucha! —gritó Pauline—, no pretendo hacerte ningún reproche, y lo que deseo, por el contrario, es tranquilizarte.

Y, cogiéndola por los hombros, forzándola a levantar la vista, le dijo dulcemente, lo mismo que una madre que interroga a su hija:

—¿Tú amas a Lazare?... Y él también te ama a ti, lo sé.

Una oleada de sangre había subido al rostro de Louise. Temblaba más fuerte, quería desasirse y huir.

—¡Dios mío!, ¡si llegaré a ser torpe para que no me comprendas! ¿Me crees capaz de abordar semejante tema con la sola idea de atormentarte?... Os amáis, ¿no es eso?; pues bien, es muy sencillo, lo único que quiero es que os caséis.

Louise, desorientada, cesó de agitarse. Una reacción de estupor detuvo sus lágrimas, la dejó inmóvil con las manos tambaleantes e inertes.

—¿Cómo?, ¿y tú?

—Yo, querida mía, vengo interrogándome seriamente desde hace algunas semanas, por la noche sobre todo, en esas horas de vigilia durante las cuales puede verse más claro... Y he tenido que acabar reconociendo que lo único que me une a Lazare es una buena amistad. ¿No has tenido ocasión de comprobarlo tú misma?, somos camaradas simplemente, diríase que dos muchachos y no existen entre nosotros esos arranques de amor...

A todo esto Pauline trataba de encontrar frases apropiadas, con el fin de hacer verosímil su mentira. Pero su rival la seguía contemplando con la mirada fija, como si realmente hubiera penetrado el sentido oculto de sus palabras.

—¿Por qué mientes? —murmuró al fin—. ¿Es que eres capaz acaso de dejar de amar, cuando estás amando?

Pauline se turbó:

—En fin, ¡qué importa!, el caso es que os amáis, y lo natural es que se case contigo... Por lo que a mí se refiere, he crecido junto a él, seguiré siendo su hermana. Las ideas y los sentimientos se esfuman cuando se ha esperado tanto tiempo... Y además, todavía existen otras muchas razones...

Tuvo entonces conciencia de que perdía pie, de que empezaba a extraviarse, y llevada de su franqueza, continuó diciendo:

—¡Oh!, querida mía, ¡déjame hacer! Si todavía le amo lo bastante como para desear que sea tu marido, te creo al mismo tiempo necesaria para conseguir su dicha. ¿Es que eso te desagrade acaso?, ¿no harías tú lo mismo que trato de hacer yo?... Vamos a ver, hablemos sinceramente. ¿Quieres entrar a formar parte del complot?, ¿estás dispuesta a que actuemos conjuntamente para forzarle a ser dichoso? Incluso si él llegara a enfadarse, si creyera deberme alguna cosa, precisaría también que me ayudaras a persuadirle, puesto que es a ti a quien ama y es a ti a quien necesita... Tienes que ser mi cómplice, te lo ruego; tengámoslo todo previsto mientras estamos solas.

Pero Louise la notaba tan temblorosa, tan desgarrada en sus súplicas que ofreció una última resistencia:

—No, no, ¡no estoy dispuesta a aceptar!... Resultaría francamente abominable la labor que llegaríamos a realizar. Tú le sigues amando, me doy cuenta de ello, y ya no sabes qué inventar para torturarte más aún... En lugar de ayudarte, voy a contárselo todo. Sí, en cuanto esté de regreso...

Pauline, con sus caritativos brazos, la estrecho de nuevo contra sí y apretándole la cabeza contra su pecho, la impidió seguir hablando:

—¡Cállate, criatura!... Necesitas hacer lo que te digo, pensemos en él.

Volvió a imperar el silencio, y las dos jóvenes permanecieron fuertemente unidas. Agotada ya, Louise parecía ceder, se dejaba llevar con su acariciadora languidez; una ola de lágrimas habían afluído a sus ojos, pero eran unas lágrimas dulces que resbalaban lentamente. Sin decir una sola palabra apretaba por momentos a su amiga, como si no hubiera encontrado otra forma más discreta ni de mayor profundidad para darle las gracias. Comprendía que la amiga estaba por encima de ella, tan acongojada y altiva al mismo tiempo, que ni siquiera se atrevía a levantar los ojos, por miedo a topar con su mirada. Al cabo de algunos minutos, sin embargo, tuvo un gesto de apresuramiento, volvió la cabeza con un gesto de confusión sonriente, alzó luego los

labios y le dio un beso silencioso. El mar, a lo lejos, bajo un cielo limpio y sin manchas, no ofrecía a la vista ni una sola ola que rompiera su azul inmenso. Era aquella una pureza de admirable simplismo y en la que durante largo rato todavía se esfumaban las palabras que no llegaban a pronunciar.

Cuando Lazare estuvo de vuelta, Pauline fue a reunirse con él en su habitación, aquella tan amplia y querida pieza donde habían crecido ambos hasta hacerse mayores. Quería ella llegar aquel mismo día al término de sus propósitos. Con él, no intentó siquiera fórmulas de transición, sino que le habló resueltamente desde el principio. La pieza estaba repleta de recuerdos de antaño: por allí arrastraban una serie de algas secas, el modelo o maqueta del espigón obstruía el piano, la mesa desbordaba de libros de ciencia y de restos de partituras.

—Lazare —preguntó la joven—, ¿quieres que hablemos? Tengo cosas serias que decirte.

Pareció sentirse sorprendido y se quedó parado delante suyo.

—¿Qué es lo que ocurre?... ¿Acaso papá se ve amenazado?

—No, escucha... No hay más remedio que abordar el tema, puesto que no vamos a resolverlo en absoluto callándonos. Como recordarás, mi tía concibió el proyecto de casarnos; mucho hemos hablado de ello, desde luego, y desde hace meses no constituye la cosa en sí problema alguno. Pues bien, estimo que sería acertado ahora abandonar ese proyecto.

El joven se había puesto pálido; pero no la dejó acabar y se puso a gritar violentamente:

—¿Qué dices?, ¿qué cuentos te traes ahora?... ¿Es que no eres acaso mi mujer? Mañana, si quieres, iremos a hablar con el abate para que ponga el punto final... ¡Y es eso lo que tú llamas cosas serias!

Ella, entonces, le respondió con voz tranquila:

—Algo muy serio es, puesto que te enfadas... Te repito que tenemos que hablar. Somos sin duda alguna viejos camaradas, pero mucho me temo que no existe en nosotros la pasta de los enamorados. ¿Por qué empeñamos en una idea que no constituiría quizás la dicha del uno ni del otro?

Lazare lanzó en aquel momento una oleada de palabras entrecortadas. ¿Era simplemente una disputa lo que ella buscaba? No podía él, sin embargo, pasarse el tiempo colgado del cuello de su prometida. Si fueron aplazando de mes en mes la boda, bien sabía ella que no fue por su culpa. Y era injusto decirle que ya no la amaba. Era tanto lo que la había amado, en aquella habitación precisamente, que ni siquiera osaba rozarla con los dedos, por el terror que experimentaba a perder el control y portarse en forma indebida. Ante ese recuerdo del pasado, un sonrojo subió a las mejillas de Pauline: tenía razón, se acordaba perfectamente de aquel breve deseo, de aquel aliento caluroso con que la había envuelto. Pero ¡cuán lejos estaban ya aquellas

horas de delicioso estremecimiento y qué fría amistad de hermano era la que le testimoniaba ahora! Precisamente por eso respondió la joven con aire triste:

—Mi pobre amigo, si realmente me amases, en lugar de prorrumpir en quejas como estás haciendo, hace ya rato que estarías en mis brazos, te desharías en sollozos y encontrarías argumentos muy distintos para persuadirme.

Lazare palideció aún más e hizo un gesto vago de protesta mientras se dejaba caer en una silla.

—No —siguió ella diciendo—, la cosa está bien clara, ya no me amas. ¡Qué quieres!, indudablemente no estamos hechos el uno para el otro. Cuando permanecíamos encerrados aquí, te veías forzado indudablemente a soñar conmigo. Y, más tarde, ese pensamiento ha huido de tu mente; y si la cosa no ha durado es porque nada tenía para retenerte.

Una última sacudida de exasperación conmovió al muchacho. Se agitó sobre la silla balbuceando:

—En fin, ¿adónde quieres ir a parar? ¿Qué es lo que significa todo esto? Ahora soy yo quien pregunta; regreso completamente tranquilo, subo para ponerme mis zapatillas, eres tú entonces la que cae sobre mis espaldas y sin gritar: ¡atención!, comienzas una historia extravagante... Que no te amo, que no estamos hechos el uno para el otro, que es preciso romper nuestro compromiso matrimonial... Una vez más te lo pido, ¿qué es lo que todo eso significa?

Pauline, que se había acercado a él, dijo lentamente:

—Pues eso significa que tú amas a otra, y que te aconsejo que te cases con ella.

Por un instante Lazare permaneció mudo. Luego adoptó la postura de tomarlo en broma. ¡Vaya por Dios!, ¡volvemos a las consabidas escenas, los celos de siempre capaces de revolverlo todo y lanzarlo por el aire! Ella no podía verle alegre ni un solo día, precisaba que fuera ella la que creara un vacío a su alrededor. Pauline le escuchaba con aire de profundo dolor; y, bruscamente, le puso sobre los hombros sus temblorosas manos, y dejó que su corazón estallase en este grito involuntario:

—¡Oh!, mi amigo, ¡imaginas acaso que busco torturarte!... ¡Entonces es que no comprendes que lo único que quiero es tu gozo, que aceptaré todo con tal de asegurarte el placer de una hora! Amas a Louise, ¿no es eso?; pues bien, lo único que te digo es que te cases con ella... Entiéndelo de una vez, yo no cuento para nada, te la doy.

Él la contemplaba azorado. En aquel temperamento nervioso y sin equilibrio, los sentimientos saltaban de un extremo a otro, a la menor sacudida. Agitáronse sus párpados y se echó a sollozar.

—Cállate, ¡soy un miserable! Sí, siento menosprecio por todo lo que ocurre en esta casa desde hace años... Soy tu deudor, ¡no digas que no! Te hemos cogido tu dinero, lo he despilfarrado como un imbécil, y llega el momento en que desciendo rodando lo

bastante bajo como para que me hagas la limosna de mi palabra, para que me la devuelvas por compasión, como a un hombre sin coraje y sin honor.

—¡Lazare, Lazare! —murmuró ella espantada.

—¡Déjame! Tendría que matarme inmediatamente, si quisiera hacer justicia conmigo mismo... ¿No es a ti a quien debiera amar? ¿No resulta abominable que desee a otra, precisamente porque no estaba destinada a mí, porque es menos buena y menos dotada de salud, y qué sé yo cuántas cosas más? Cuando un hombre descende hasta esas cosas, es porque hay cieno en el fondo de su alma... Ya ves que nada te oculto, y que no trato de excusarme en lo más mínimo... Escucha, antes de aceptar tu sacrificio, yo mismo echaría de casa a Louise y me iría a América para no volver a veros más, ni a la una ni a la otra.

Durante largo rato Pauline se esforzó por calmarle y hacerle razonar. ¿No podía, por una sola vez al menos, aceptar la vida tal y como era, sin exageraciones? ¿No se daba cuenta de que le estaba hablando con cordura y después de haberlo reflexionado mucho? Aquel matrimonio resultaría excelente para todo el mundo. Si ahora le hablaba con voz tan apacible, era sin duda porque, lejos de sufrir, anhelaba lo que estaba pidiendo. Pero, llevada por su buen deseo de convencerle, cometió la torpeza de hacer alusión a la fortuna de Louise y de dar a entender que Thibaudier, al día siguiente de su matrimonio, encontraría para su yerno una situación adecuada.

—¡Magnífico! —gritó él entonces, sobrecogido de nuevo por la violencia—, ¡véndeme ahora! Acaba de decir que si ya no quiero saber nada de ti es porque te he arruinado, y que sólo me queda por cometer la villanía de casarme con una joven rica... ¡Ah!, no, ¡entiéndelo!, todo eso es demasiado sucio. Jamás, ¿lo oyes bien?, ¡jamás!

Pauline, cuyas fuerzas se hallaban a punto de agotarse, cesó de suplicarle. Se impuso un silencio. Lazare había vuelto a dejarse caer sobre la silla con el alma destrozada, en tanto que ella, por su parte, no cesaba de caminar por la amplia pieza, pero con lentitud, entreteniéndose en cada mueble; y, de aquellas viejas cosas amigas, de la mesa donde tantas veces había apoyado sus codos, del armario donde aún aparecían medio escondidos juguetes de su infancia, de todos los recuerdos, en fin, que arrastraban por allí, remontaba a su corazón una esperanza que no quería escuchar, y cuya dulzura, sin embargo, iba apoderándose de ella poco a poco, pero por entero. ¡Si la amase realmente lo suficiente como para negarse a pertenecer a otra! Pero ella conocía sobradamente las reacciones de abandono del día siguiente, ocultas bajo el primer arrebató de esos hermosos sentimientos. Además, era cobarde al esperar; temía ceder a una astucia de su debilidad.

—Ya lo reflexionarás —dijo ella para terminar y deteniéndose frente a él—. No quiero que nos atormentemos más... Tengo la seguridad de que mañana serás más razonable.

El día siguiente, sin embargo, transcurrió en medio de una gran violencia. Una tristeza sorda, una especie de acritud ensombrecía de nuevo la casa. Louise tenía los ojos enrojecidos. Lazare la esquivaba, pasando las horas encerrado en su habitación. Después, en los días que siguieron, aquella situación de violencia se disipó algo; volvieron de nuevo las risas, los cuchicheos, los tiernos roces. Pauline entretanto, esperaba, sacudida por las esperanzas, a pesar de los razonamientos que se hacía. Ante aquella espantosa incertidumbre le pareció no haber sabido jamás lo que era el sufrimiento. Finalmente, una tarde, al caer el crepúsculo, cuando bajaba a la cocina para coger una bujía, encontró a Lazare y a Louise que se estaban abrazando en el pasillo. La joven trataba de huir riéndose, y él, envalentonado por la oscuridad, cogió a Pauline a su vez y le plantó en las mejillas dos sonoros besos de hermano.

—Ya reflexioné —murmuró Lazare—. Tú eres la mejor y la más buena... Pero te amo y te amaré siempre, lo mismo que amé a mamá.

Ella, entonces, tuvo fuerza y valentía para responder:

—Asunto arreglado, pues; me siento muy contenta.

Por temor a desvanecerse no osó entrar en la cocina, hasta tal punto se notaba pálida por el frío que cruzaba su rostro. Sin luz, subió de nuevo a su cuarto, alegando que había olvidado algo. Y una vez allí, entre las tinieblas, creyó que expiraba de sofoco, sin encontrar siquiera lágrimas que derramar. ¿Qué le habría hecho, ¡Dios mío!, para que hubiera llevado su crueldad hasta el extremo de ensanchar la herida? ¿No pudo haber aceptado inmediatamente, el día en que ella contaba con todas sus fuerzas, sin ablandarla con vanas esperanzas? El sacrificio resultaba ahora doble, le perdía por segunda vez; y tanto más doloroso era su pesar cuanto que se había imaginado volver a tenerle entre sus manos. ¡Dios mío!, tenía, desde luego, valor, pero estaba mal hacerle la tarea tan horrorosa.

Todo fue rápidamente arreglado. Véronique, sorprendida, no alcanzaba a comprender, encontraba que las cosas marchaban al revés desde la muerte de la señora. Pero fue, sobre todo, a Chanteau a quien trastornó aquel desenlace. Él, que por lo general no se ocupaba de nada, limitándose a mover la cabeza como signo de aprobación cada vez que los otros expresaban su respectiva voluntad, como retirado y abstraído en el egoísmo de los minutos de calma que robaba al dolor, se echó a llorar cuando Pauline, personalmente, le anunció el nuevo arreglo. La miraba fijamente, balbuceaba, una serie de confesiones escapaban de su boca en forma de frases entrecortadas: la culpa no era suya, su deseo habría sido obrar en otra forma ya desde el principio, lo mismo por lo que se refería al dinero que al matrimonio; pero ella sabía perfectamente que se hallaba demasiado enfermo y que eso vino a entorpecer sus mejores propósitos. Le abrazó entonces la joven, jurándole que era ella quien forzaba a Lazare para que se casara con Louise, obrando además a impulsos de un cálculo

razonado. En el primer momento el pobre viejo no acababa de creerla y le guiñaba los ojos con un resto de tristeza, al tiempo que repetía:

—¿De veras?, ¿de veras?

Luego, al verla reír, se consoló rápidamente e incluso se mostró alegre. En fin, que se sentía aliviado, pues aquel viejo asunto le oprimía el corazón, aunque no se atreviese nunca a mencionarlo. Besó a Louissette en las mejillas y, por la noche, aún se sintió con fuerzas para rememorar una canción vibrante y juvenil. Al irse a acostar, sin embargo, surgió en su ánimo una última inquietud:

—Te quedarás con nosotros, ¿no es eso? —preguntó a Pauline.

Ella, entonces, vaciló unos segundos; y, sonrojándose por su mentira, exclamó:

—Sin duda alguna.

Se hizo preciso un mes largo, para cumplimentar todas las formalidades del caso. Thibaudier, el padre de Louise, había accedido complacido inmediatamente a la petición de Lazare, que era ahijado suyo. No hubo entre ellos discusión de ningún género hasta dos días antes de la boda, cuando el joven rehusó abiertamente la dirección en París de una compañía de seguros cuyo más fuerte accionista era el banquero. Por lo que dijo a su futuro suegro que se proponía pasar aún uno o dos años en Bonneville, donde escribiría una novela, una obra maestra, antes de lanzarse a conquistar París. Por lo demás, Thibaudier se contentó con encogerse de hombros, tratándole amistosamente de tonto redomado.

El casamiento debía tener lugar en Caen. Durante los últimos quince días, todo fueron idas y venidas, una fiebre extraordinaria de viajes. Pauline buscaba aturdirse, acompañaba a Louise, regresaba rendida. Y como Chanteau no podía desplazarse de Bonneville, la sobrina tuvo que prometerle que asistiría a la ceremonia, en la que figuraría como único representante de la familia de su primo. La proximidad de esa jornada la aterrorizaba. La víspera se las compuso de forma que no tuviera que dormir en Caen, pues creyó que sufriría menos viniéndose a pasar la noche en su alcoba, mecida por el balanceo de la inmensidad del mar. Alegó como excusa que la salud de su tío le inspiraba cuidado, que no quería permanecer alejada por espacio de tanto tiempo. Y fue en vano que el propio tío insistiera para que se pasara algunos días allí abajo: ¿se encontraba enfermo acaso?, por el contrario, sobreexcitado en extremo ante la idea de aquella boda, de aquella comida a la que no podría asistir, meditaba socarronamente exigir aquel día a Véronique algún plato de los prohibidos, algún perdigón trufado por ejemplo, manjar que no probaba sin estar seguro de que inmediatamente sobrevenía una crisis. A pesar de todo, la joven manifestó que regresaría por la noche; y contaba también con estar de ese modo más libre, para hacer su maleta al día siguiente y desaparecer.

Caía una lluvia menuda, acababa de sonar la medianoche, cuando la berlina de Malivoire, trajo de nuevo a Pauline la tarde del día de la boda. Ataviada con un vestido

de seda color azul, mal preservada por un pequeño chal, se la veía temblorosa, muy pálida, aunque con las manos calientes. En la cocina encontró a Véronique que la esperaba, adormecida sobre un extremo de la mesa; y la candela que ardía con una llama muy alta hizo oscilar sus ojos de un negro profundo, como saturados de las tinieblas de la carretera, donde los había tenido abiertos de par en par desde que saliera de Arromanches. Sólo pudo arrancar a la somnolienta cocinera algunas frases sueltas: el señor no había sabido obrar con cordura, ahora dormía, no había venido nadie. Cogió Pauline entonces una bujía y subió a su cuarto, helada por el vacío de aquella casa, desesperada por la oscuridad y el silencio que oprimían sus hombros.

Al llegar al segundo piso, sintió prisa por refugiarse en su habitación, pero un movimiento irresistible, que a ella misma causó asombro, le hizo abrir la puerta de la alcoba de Lazare. Levantó la bujía para ver mejor. Nada había cambiado, cada mueble estaba en su sitio; y, sin embargo, experimentaba una sensación de desastre y de anonadamiento, un sordo temor, como si se hallara en la alcoba de un muerto. Caminando muy pausadamente se acercó hasta la mesa, contempló el tintero, la pluma, una página empezada que todavía arrastraba por allí. Luego se fue. Todo había acabado, la puerta se cerró sobre el vacío sonoro de la pieza.

En su alcoba, la misma sensación de hallarse ante algo desconocido, la esperaba. ¿Era aquélla, pues, su alcoba, con sus rosas azuladas decorando el papel de las paredes y la cama de hierro, adornada con cortinas de muselina? ¡Vivía allí, sin embargo, desde hacía tantos años! Sin abandonar la bujía ella, que tan valientemente acostumbraba a ser, realizó toda una inspección, separó las cortinas, miró debajo del lecho, detrás de los muebles. Jamás habría podido imaginarse que una angustia semejante pudiera desprenderse de aquel techo, del que conocía todas y cada una de sus manchas. Y todo eso se traducía en un trastorno, una especie de estupor, que la mantenía allí clavada delante de las distintas cosas y objetos; ya a aquellas horas lamentaba no haberse quedado en Caen; le parecía la casa más escalofriante, tan poblada de recuerdos y tan vacía, expuesta en las tinieblas ya de por sí frías de aquella noche de tempestad. La idea de meterse en la cama se le hizo insoportable. Se sentó, pues, sin quitarse siquiera el sombrero y permaneció algunos minutos inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, fijos en la bujía que le cegaba la vista. Bruscamente experimentó una sensación de asombro, ¿qué hacía en aquel sitio con la cabeza como llena de un tumulto cuyo zumbido le impedía pensar? Era la una, haría mejor metiéndose en la cama. Y empezó, en efecto, a desnudarse con sus cálidas y torpes manos.

En aquella hecatombe de su vida persistía una necesidad de ordenamiento. Guardó cuidadosamente su sombrero, comprobó con una mirada inquieta si sus botinas habían sufrido algún menoscabo. Su vestido fue colocado cuidadosamente en el respaldo de una silla, no llevaba encima más que unas enaguas y la camisa cuando

su mirada recayó sobre su escote de virgen. Poco a poco, una llama tiñó de púrpura sus mejillas. En la turbación de su cerebro, parecían surgir e irse dibujando unas imágenes, la de los otros dos en su alcoba, allí abajo, en una habitación que ya conocía, y adonde ella misma, por la mañana, había ido a colocar unas flores. La recién casada estaba en el lecho, entraba él luego y se le acercaba con una tierna sonrisa en los labios. Con gesto violento, ella hizo entonces resbalar sus enaguas, quitándose a continuación la camisa; y, desnuda ya, seguía contemplándose aún. ¿Acaso no le correspondía a ella esta cosecha del amor? Jamás llegaría, sin duda su noche de bodas. Su mirada bajaba ahora desde los senos, de la misma dureza de un capullo que estalla de savia, a sus amplias caderas, a su vientre, donde dormía pujante la maternidad. Y sin embargo estaba madura, notaba cómo la vida iba hinchando sus miembros y florecía en los pliegues secretos de su carne un vello negro; respiraba su olor de mujer como un ramillete abierto en espera de la fecundación. Y no era ella, sino la otra, en el fondo de aquella alcoba, allí abajo, a quien evocaba limpiamente, desvanecida entre los brazos del marido que ella misma había esperado durante tantos años.

Pero se inclinó aún más. El hilillo rojo de una gota de sangre a lo largo de su muslo la tenía asombrada. Súbitamente comprendió: su camisa, que había resbalado hasta el suelo, parecía haber recibido las salpicaduras de un corte de cuchillo. ¿Sería ese el motivo de que, desde su salida de Caen, experimentase tal desfallecimiento en todo su cuerpo? No esperaba en absoluto tan pronto que surgiera esa herida que la pérdida de su amor acababa de abrir, en las fuentes mismas de la vida. Y la visión de aquella vida que se iba inútilmente, colmó su congoja. Recordó haber gritado de espanto la primera vez que le ocurriera, cuando una mañana se encontró ensangrentada. Y más tarde ¿no había tenido la puerilidad, por la noche, antes de apagar su bujía, de estudiar con mirada furtiva la completa abertura de su carne y de su sexo? Se sentía orgullosa como una tonta, saboreaba la dicha de ser una mujer. ¡Ah!, ¡cuanta miseria!, la lluvia roja de la pubertad caía hoy allí, semejante a lágrimas vanas que su virginidad lloraba en ella. En lo sucesivo, cada mes traería consigo aquel chorro de racimo maduro, aplastado en las vendimias, y jamás sería mujer, envejecería en la esterilidad.

Entonces, los celos volvieron a renacer en sus entrañas, ante los distintos cuadros que su excitación seguía desarrollando. Quería vivir, y vivir además de un modo completo, ¡ella que tanto amaba la vida! ¿Para qué existir si no se llega a dar el propio ser? Veía a los otros dos; la tentación de mutilar su desnudez, le hacía buscar con la vista las tijeras. ¿Por qué no cortar aquel pecho, destrozar aquellos muslos, acabar de abrir ese vientre y hacer que manase la sangre hasta la última gota? Ella era más hermosa que aquella rubia delgada, era también más fuerte, y él sin embargo no la había escogido. Jamás llegaría a conocerle, nada en ella tenía por qué esperar más, ni los brazos, ni los muslos ni los labios. Todo podía ser echado a la basura lo mismo que

un harapo inservible. ¡Era posible que estuvieran juntos, mientras ella permanecía sola titiritando de fiebre, en aquella fría mansión!

Bruscamente se tumbó de bruces en el lecho. Con sus convulsivos brazos había cogido la almohada y la mordía para ahogar sus sollozos, tratando de matar su revolucionada carne, aplastándola contra el colchón. Largas sacudidas la agitaban desde la nuca hasta los talones. En vano se cerraban sus párpados para no ver más; seguían viendo igualmente, verdaderas monstruosidades aparecían en medio de la oscuridad. ¿Qué hacer? ¡Reventarse los ojos, y ver todavía, seguir viendo siempre quizás!

Los minutos pasaban y ella no tenía sin embargo, conciencia más que de la eternidad de su tortura. Una sensación de espanto hizo que se pusiera de pie. Allí había alguien, puesto que oía reír. Pero no vio más que su vela, casi agotada, que acababa de hacer saltar la arandela. Sin embargo, ¿y si alguien la hubiera visto? Aquella risa imaginaria se deslizaba todavía sobre su piel como una caricia brutal. ¿Era ella realmente quien estaba desnuda de aquella manera? El pudor la invadía, había cruzado los brazos delante de su pecho, con gesto inconsciente, para no observarse a si misma. Por fin y con un vivo movimiento se puso una camisa de noche y volvió a hundirse bajo las sábanas que se subió hasta la barbilla. Su cuerpo, que no dejaba de titiritar, se iba reduciendo al mínimo. Cuando se hubo apagado la bujía, no se movió más, anonadada por la vergüenza de aquella crisis.

A primera hora de la mañana, Pauline hizo su maleta, sin sentirse con fuerzas para anunciar su marcha a Chateau. Sin embargo, por la noche, fue preciso decírselo todo, pues el doctor Cazenove tenía que venir a buscarla al día siguiente para llevarla personalmente a casa de su parienta. Cuando lo hubo comprendido todo, el tío, trastornado, levantó sus pobres lisiadas manos en un gesto loco, como para retenerla; balbuceaba, suplicándola. Nunca sería capaz de hacer aquello, no le abandonaría, sería tanto como cometer un crimen pues a buen seguro que iba a morir. Luego cuando la vio empeñarse dulcemente y adivinó las razones que la asistían, el tío se decidió por su parte a confesar la equivocación que había cometido comiendo perdigón la víspera. Unas ligeras punzadas le producían ya quemazón en las articulaciones. Era la historia de siempre, y le tocaba sucumbir en la lucha: ¿comería?, ¿sufriría?, y se decidía por comer, convencido de que lo pasaría mal, contento y aterrorizado a la vez. Quizá no tuviera sin embargo el valor de abandonarle en medio de un ataque.

En efecto, hacia las seis de la mañana, Véronique subió a prevenir a la señorita que estaba oyendo al señor lanzar alaridos en su alcoba. La criada estaba de un humor execrable, refunfuñaba por toda la casa que, si la señorita se iba, ella desfilaría igualmente, porque estaba harta de cuidar a un viejo tan poco razonable. Y, una vez más, Pauline hubo de instalarse a la cabecera de su tío. Cuando el doctor se presentó

para llevársela consigo, ella le mostró al enfermo, que era el que triunfaba, dando alaridos más fuertes, y gritándola que se fuera, si tenía corazón para hacerlo. Acordóse retrasarlo todo.

Cada día, la joven temblaba ante la idea de ver regresar a Lazare y a Louise, a quienes su nueva alcoba, la antigua habitación de su amigo, arreglada a su gusto, esperaba desde el día siguiente al de su boda. Estaban entretenidos en Caen, Lazare escribía que estaba tomando notas del mundo de las finanzas, antes de encerrarse en Bonneville, para empezar una gran novela, donde quería decir la verdad sobre los frangollones de negocios. Luego, una mañana, aterrizó por allí sin su mujer, y anunció que iba a instalarse con ella en París: su suegro le había convencido, aceptaba el cargo en la compañía de seguros, bajo pretexto de que así tomaría notas sobre el terreno, con vistas a su novela; y que más tarde ya vería, volvería seguramente a la literatura.

Cuando Lazare hubo llenado dos cajas con los objetos que se llevaba, y llegó la berlina que venía a buscarle con sus bagajes, Pauline volvió a entrar aturdida, sin encontrar ya en sí aquella su antigua firmeza. Chanteau, todavía muy enfermo, le preguntó:

—¿Supongo te quedarás? ¡Espera cuando menos a que me hayan enterrado!

Pauline no quiso responder inmediatamente. Arriba, seguían hechas sus maletas; las contemplaba durante horas y horas. Puesto que los otros se iban a París, estaba mal eso de abandonar a su tío. Desconfiaba ciertamente de las resoluciones de su primo; pero, si el matrimonio se decidía a volver, siempre tenía en su mano el alejarse entonces. Y, habiéndole dicho Cazenove con gesto furioso, que perdía un empleo soberbio, para estropear su existencia en casa de gentes que estaban viviendo a sus expensas desde que era joven, Pauline tomó de repente una decisión.

—Vete —le repetía ahora Chanteau—. Si puedes ganar dinero y, ser dichosa, yo no puedo obligarte a arrastrar las chanclas con un lisiado cómo yo... Vete.

Una mañana, le respondió la joven:

—No, querido tío, me quedo.

El doctor, que se hallaba presente, marchóse elevando los brazos al cielo mientras clamaba:

—¡Esta pequeña es algo imposible! Y ¡menudo avispero el que existe ahí dentro! No creo que jamás le encuentre salida.

IX

Y los días volvieron a deslizarse en la casa de Bonneville. Después de un invierno muy frío, vino una primavera lluviosa; el mar batido por los aguaceros, semejaba un lago de barro; luego, el verano tardío se prolongó hasta mediados de otoño, con molestas soleadas que dejaban adormecida la inmensidad azul bajo calores abrumadores; después, el invierno hizo su reaparición, y una primavera, y un verano aún, fueron transcurriendo minuto a minuto, al mismo paso, en la marcha cadenciosa de las horas.

Pauline, como si su corazón estuviera resignado por aquel movimiento de reloj, recobraba su amplia y serena calma. Sus sufrimientos se entumecían, medidos por la regularidad de sus jornadas, entretenida en sus ocupaciones que siempre volvían a ser las mismas. Bajaba por la mañana, abrazaba a su tío, continuaba con la criada la conversación de la víspera, se sentaba dos veces a la mesa, cosía a primera hora de la tarde, se acostaba pronto por la noche; y, al día siguiente vuelta a empezar la jornada, sin que jamás un suceso inesperado viniera a romper la monotonía. Chanteau, cada vez más atado por la gota, las piernas hinchadas, las manos deformes, permanecía mudo cuando no lanzaba alaridos, sumido en la beatitud de no experimentar sufrimiento. Véronique, que parecía haber quedado sin lengua, cayó en un desabrimiento sombrío. Sólo las cenas perturbaban aquella paz; Cazenove y el abate Horteur figuraban como comensales exactamente igual que antes, se oían voces hasta las diez, luego los zuecos del sacerdote se iban por las losas del patio, en tanto que el cabriolé del médico partía, con el trote pesado del viejo caballo. La misma jovialidad de Pauline se había convertido en algo tranquilo y sosegado; en aquella alegría intrépida que supo conservar en medio de sus tormentos. Su risa sonora ya no llenaba la escalera y las piezas de la casa, pero seguía siendo la personificación de la actividad y de la bondad en el hogar; aportaba cada mañana a los que la rodeaban un nuevo valor para afrontar la vida. Al cabo de un año, su corazón dormía, podía hacerse la ilusión de que, ahora ya, las horas transcurrían del mismo modo, uniformes y dulces, sin que nada despertara en ella el dolor amodorrado.

En los primeros tiempos, después de la marcha de Lazare, cada carta suya había conseguido turbar a Pauline. No vivía más que para esas cartas, las esperaba con impaciencia, las releía, iba más allá de las palabras escritas, llegando a interpretar

cosas que las tales cartas no decían. Durante tres meses, siguieron un ritmo regular, llegaban cada quince días, eran muy largas, llenas de detalles, desbordantes de esperanza. Lazare se apasionaba una vez más, se lanzaba a los negocios, soñando inmediatamente con una fortuna colosal. Oyéndole a él, la compañía de seguros llegaría a rendir enormes beneficios; y no se estancaría ahí; amontonaba las empresas, se mostraba encantado del mundo financiero e industrial, compuesto por gentes encantadoras, que se acusaba de haber juzgado estúpidamente como poeta. Toda idea que rozara con la literatura parecía olvidada. Luego, no se agotaba nunca escribiendo sobre los goces de su matrimonio, contaba puerilidades de enamorados con relación a su mujer, los besos que se daban, las travesuras llevadas a cabo exhibiendo su dicha para agradecérsela a quien él llamaba «mi hermana querida». Y eran esos detalles, tales pasajes familiares los que motivaban en los dedos de Pauline una ligera fiebre. Quedaba como aturdida ante el aroma de amor que se desprendía del papel, un olor de heliotropo, el perfume preferido de Louise. Aquel papel había dormido entre su ropa blanca: cerraba los ojos, y veía entonces esa ropa agitarse, continuar las frases hasta introducirla en la estrecha intimidad de su luna de miel. Pero, poco a poco, las cartas se fueron haciendo más raras y cortas, su primo cesó de hablar de sus asuntos y se contentó con enviarle recuerdos de su mujer. No daba, además, explicación alguna; cesaba simplemente de contarle todo. ¿Estaba descontento de su situación y las finanzas le repugnaban ya?, ¿se hallaba comprometida la dicha del matrimonio por algún mal entendido? La joven no podía salir, naturalmente de las meras suposiciones; se inquietaba por el aburrimiento y la desesperanza que le parecía adivinar en el fondo de algunas de sus frases, enviadas como a título de queja. Hacia finales de abril, después de seis semanas de silencio, Pauline recibió una carta breve, de cuatro líneas, en la que pudo leer que Louise estaba embarazada de tres meses. Y el silencio comenzó de nuevo; ya no hubo más noticias.

Todavía transcurrieron mayo y junio. Una marea derribó uno de los espigones. Constituyó aquel un incidente notable del que se habló durante mucho tiempo: todo Bonneville se dedicaba a hacer bromas burlonas, hubo pescadores que robaron los armazones rotos. Y tuvo lugar además otra aventura, la pequeña Gonin, que apenas tenía trece años y medio, dio a luz una niña; y no se estaba seguro de que fuese del hijo de Cuche, pues se la había visto con un hombre viejo. Luego, retornó la calma, el pueblecito vivía al pie del acantilado como una de esas vegetaciones obstinadas del mar. En julio fue preciso reparar el muro de la terraza y todo un aguilón de la casa. Cuando los albañiles hubieron dado un primer golpe de zapapico, el resto amenazó con derrumbarse. Permanecieron allí el mes entero, y los presupuestos subieron cerca de diez mil francos.

Siempre era Pauline quien pagaba. Un nuevo agujero se abrió en su cómoda, su fortuna quedó reducida a una cuarentena de miles de francos. Por lo demás,

administraba holgadamente la casa con sus trescientos francos de renta al mes; pero se había visto obligada a vender una vez más títulos suyos para no distraer dinero de su tío. Como en otro tiempo hiciera su mujer, le decía éste que ya echarían un día cuentas. Ella por su parte lo habría dado todo, su avaricia fue siendo minada por aquel lento desmenuzamiento de su herencia; y ya no luchaba más que para salvar el dinero de sus limosnas. La desolaba el temor a tener que interrumpir sus donativos del sábado, pues era en eso donde tenía el mayor disfrute de la semana. Desde el último invierno, se puso a hacer calceta, y todos los pilluelos de la comarca tenían ahora los pies calientes.

Una mañana, hacia fines de julio, cuando Véronique barría los cascotes dejados por los albañiles, Pauline recibió una carta que la dejó trastornada. Aquella carta estaba fechada en Caen y sólo contenía breves palabras. Lazare, sin ninguna explicación, la advertía de su llegada a Bonneville al día siguiente por la tarde. Se fue corriendo a darle la noticia a su tío. Ambos se contemplaron frente a frente. Chanteau reflejaba en sus ojos el terror a que ella le dejase, si el matrimonio venía a instalarse por mucho tiempo. No se atrevió a interrogarla, leía en su cara la firme resolución de marcharse que tenía adoptada. A primera hora de la tarde, subió incluso para revisar su ropa. No quería, sin embargo, dar la impresión de que emprendía la huida.

Fue hacia las cinco y con un tiempo soberbio que Lazare descendió del coche ante la puerta del patio. Pauline se acercó a su encuentro. Pero, antes de abrazarle incluso, se quedó asombrada:

—¡Cómo!, ¿vienes solo?

—Sí —respondió simplemente el joven.

Y, tomando la iniciativa, la besó fuertemente en ambas mejillas.

—Y Louise ¿dónde está?

—En Clermont, en casa de su cuñada. El médico le ha recomendado una zona montañosa... Su embarazo la fatiga mucho.

Y mientras hablaba se dirigía hacia la terraza, lanzando sobre el patio sueltas y prolongadas miradas. Contempló asimismo a su prima; y, una emoción que procuraba contener, hacía temblar sus labios. Y como de la cocina saliera un perro para acosarle las piernas, también el muchacho pareció sorprenderse a su vez.

—¿Qué significa ese animalito? —Preguntó.

—Es Loulou —respondió Pauline No te conoce... ¡Loulou, deja de morder las piernas del amo!

El perro continuó gruñendo:

—Es horroroso, querida. ¿De dónde sacaste semejante espanto de perro?

Tratábase, en efecto, de un pobre animal bastardo, con la pelambre comida por la sarna. Tenía, por otra parte, un humor execrable, siempre gruñón; de una melancolía propia de perro desheredado, capaz de hacer llorar a la gente.

—¡Qué quieres!, me lo dieron jurándome que se convertiría en un animal enorme y soberbio; y, ya lo estás viendo, así se ha quedado... Es ya el quinto que tratamos de sacar adelante: todos los demás murieron y él es el único que se empeña en vivir.

Con aire hosco, Loulou se había decidido a tumbarse al sol, volviendo grupas a todo el mundo. Las moscas volaban por encima de él. Entonces Lazare se puso a pensar en los años transcurridos, en lo que ya no existía y en lo que entraba en su vida de nuevo y de feo. Aún echó una ojeada por el patio.

—¡Mi pobre Mathieu! —murmuró muy bajito.

En la terraza, Véronique le acogió con un vaivén de cabeza, sin dejar de mondar una zanahoria. Pero él se fue directamente al comedor, donde su padre esperaba, inquieto por el ruido de voces. Pauline gritó desde la puerta:

—Sabrás que viene solo, Louise está en Clermont.

Chanteau, cuyas inquietas miradas parecían aclararse, preguntó a su hijo, antes incluso de darle un abrazo:

—¿La esperas aquí?, ¿cuándo vendrá a reunirse contigo?

—No, no —respondió Lazare—, soy yo quien irá a recogerla a casa de su cuñada, antes de volver a París... Pasaré quince días con vosotros y después me largo.

Las miradas de Chanteau reflejaron un grande y mudo regocijo; y, cuando Lazare se decidió por fin a abrazarle, le devolvió dos fuertes y sonoros besos. Experimentó, sin embargo, la necesidad de poner de manifiesto su pasar:

—Es lamentable que tu mujer no haya podido venir, ¡con lo contentos que hubiéramos estado teniéndola entre nosotros!... Otra vez será; es absolutamente preciso que nos la traigas contigo.

Pauline permanecía silenciosa, ocultando bajo la tierna sonrisa de su acogida, la sacudida interior que recibiera. Todo cambiaba, pues, una vez más; ella no se iría y tampoco habría podido decir si estaba contenta o enojada, hasta tal punto dependía la cosa de los otros. Por lo demás, en su contento había como una tristeza, la de haber encontrado a Lazare envejecido, con la mirada apagada y un gesto de amargura en la boca. Conocía muy bien aquellos pliegues que cruzaban su frente y las mejillas; y el caso es que las arrugas habían hecho su aparición, y adivinaba en ellas un aumento del tedio y del espanto. También él se dedicaba a contemplarla. Indudablemente le parecía que se había desarrollado, que había ganado lo mismo en hermosura que en fuerza, pues, sonriendo a su vez, murmuró:

—¡Diablos!, veo que no habéis sufrido durante mi ausencia. Todos estáis rollizos... Papá rejuvenecido y Pauline soberbia... Y, resulta curioso, la casa me parece más grande.

Y mientras hablaba así iba echando una ojeada alrededor del comedor lo mismo que había examinado el patio, sorprendido y emocionado. Su mirada acabó por

detenerse sobre la Minouche, tumbada sobre la mesa y tan ensimismada en su beatitud de gata, que ni siquiera se había movido.

—Hasta Minouche ha dejado de envejecer —siguió diciendo Lazare—. Escucha, ingrata, ¡bien podrías reconocerme!

El joven la acariciaba y la gatita se puso a ronronear, aunque siguió sin moverse.

—¡Oh! Minouche no conoce a nadie más que a sí misma —dijo Pauline alegremente—. Anteayer todavía hubo que lanzar al mar cinco cachorros suyos. Y, como puedes ver, eso no la conmueve gran cosa.

Se adelantó la hora de la cena, porque Lazare había almorzado muy temprano. A pesar de los esfuerzos de la joven, la velada resultó triste. Cosas de las que no se hablaba, entorpecían la conversación; surgían inevitables pausas y silencios. Evitaron seguir preguntándole al ver que respondía con violencia; no intentaron, por consiguiente, saber ni cómo le iban sus asuntos en París, ni por qué se había limitado a anunciarles su llegada desde Caen. Con gesto vago e impreciso, dejaba de lado las preguntas demasiado directas, como queriendo aplazar las respuestas para más tarde. Cuando fue servido el té, dejó escapar simplemente un suspiro de satisfacción. ¡Qué bien se estaba allí, y qué gran tarea se habría abatido con aquella gran calma! Recitó un párrafo de un drama en verso, en el que estaba trabajando desde hacía seis meses. Su prima quedó estupefacta, cuando añadió luego que esperaba terminarlo en Bonneville. Unos doce días le bastarían con seguridad.

Cuando fueron las diez, Véronique entró para decir que la habitación del señorito Lazare estaba preparada. Pero, al llegar al primer piso, cuando la criada pretendió instalarle en la antigua alcoba destinada a los invitados que había sido acondicionada para el matrimonio, Lazare mostró su enfado:

—¡Imaginas acaso que estoy dispuesto a dormir ahí!... Me acostaré arriba, en mi camita de hierro.

La criada refunfuñaba. ¿Por qué aquel capricho?, y, puesto que la cama estaba ya hecha, ¿valía acaso la pena el ocasionarle la molestia de preparar otra?

—Perfectamente —repuso él entonces—, dormiré en un sillón.

Y, mientras Véronique arrancaba furiosamente las sábanas y las subía al segundo, Pauline experimentaba un gozo inconsciente, una brusca alegría que la hizo lanzarse al cuello de su primo para desearle las buenas noches, en uno de esos arranques de su vieja camaradería infantil. Pasaba a ocupar, pues, una vez más su espaciosa habitación, tan cerca de ella, que le estuvo oyendo dar vueltas por la alcoba durante largo rato, como desvelado por la fiebre de los recuerdos que también a ella la mantenían despierta.

Fue sólo al día siguiente que Lazare empezó a tomar a Pauline como confidente; y no es que se confesara de un tirón; al principio fue enterándose de las cosas, a través de cortas frases, lanzadas en el curso de la conversación. Luego, envalentonada, pasó

enseguida a interrogarle llena de inquieta afección. ¿Cómo vivía con Louise?, ¿seguía siendo completa su dicha? Él respondía que sí, pero se quejaba de pequeños disgustos íntimos, contaba hechos insignificantes que fueron motivo de disputas. El matrimonio, sin hallarse al borde de una ruptura, sufría los mil roces de dos temperamentos nerviosos, incapaces de encontrar el equilibrio tanto en el goce como en el dolor. Existía entre ellos una especie de odio secreto, como si hubieran experimentado la sorpresa y la cólera de haberse despreciado recíprocamente, de encontrar tan rápidamente el fondo de su corazón, después del gran amor de sus primeros tiempos. Pauline creyó comprender, en un momento, que las pérdidas pecuniarias habían sido causa de semejante acritud; se equivocaba, sin embargo, sus diez mil francos de renta permanecían casi intactos. A Lazare le habían hastiado únicamente los negocios, lo mismo que le llegaron a aburrir antes la música, la medicina, la industria; y, sobre ese particular, el joven estalló en palabras brutales, jamás había visto un mundo más estúpido ni más echado a perder que el de las finanzas; antes que eso, lo prefería todo, el aburrimiento de la vida provinciana, la mediocridad de una pequeña fortuna; le parecía absurdo aquel afán continuo de dinero, ese reblandecimiento cerebral bajo la danza alocada de las cifras. Por lo demás, acababa de dejar la compañía de seguros y estaba resuelto a probar el teatro, a partir del invierno siguiente, en cuanto hubiera regresado a París. Su obra sería la encargada de vengarle, en ella mostraría la carcoma del dinero devorando a la sociedad moderna.

Pauline no se atormentó demasiado ante aquel nuevo aborto, que por otra parte había adivinado tras el embarazo con que estaban escritas las últimas cartas de Lazare. Lo que la emocionaba sobre todo era la desavenencia poco a poco agrandada entre él y su mujer. Pauline trataba de buscar la causa: ¿cómo habían podido llegar tan rápidamente a aquella situación de malestar, ellos, que tan jóvenes eran y podían vivir tan a gusto sin más preocupación que la de su propia dicha? Innumerables veces trató de darle vueltas al mismo tema, y no cesó de interrogar a su primo que, ante la violencia y el aprieto en que ella le colocaba cada vez, se limitaba a balbucear, palidecía y desviaba la mirada. Ella, por su parte, había reconocido sin vacilar, en aquel gesto de vergüenza y de miedo, la angustia ante la idea de la muerte, cuyo estremecimiento ocultaba antes, lo mismo que se procura esconder un vicio secreto; pero ¿era posible, acaso, que el frío del más allá, se hubiera acostado entre ellos, en el lecho nupcial todavía ardiente? Durante varios días Pauline estuvo dudando: luego, sin que él la hiciera ninguna otra confesión, leyó claro en sus ojos la verdad, una noche en que él descendía de su alcoba, sin luz, trastornado como si huyera de los espectros.

En París, en medio de su fiebre de amor, Lazare había olvidado la muerte. Se refugiaba perdidamente en los brazos de Louise, tan doblegado enseguida por la laxitud, que se quedaba dormido con un sueño de niño. También ella le amaba como

amante, con sus gracias voluptuosas de gata, hecha como estaba únicamente para el culto del hombre, sintiéndose desdichada y perdida, si cesaba de ocuparse de ella tan sólo una hora. Y la satisfacción arrebatada de sus antiguos deseos, el olvido de todo lo demás mientras permanecían cogidos el uno al otro, se habían prolongado mientras creyeron no alcanzar el fondo de sus goces sensuales. Pero llegada la saciedad, él se asombraba de no poder llegar más allá, viviendo ese único afán de caricias, sin pedir ni ser capaz de dar nada más, no le proporcionaba ninguno de los apoyos ni impulsos que exige la vida. ¿Era, pues, tan breve el goce aquel de la carne?, ¿no se podía acaso seguir descendiendo sin cesar y descubrir, también ininterrumpidamente, sensaciones nuevas, cuyo desconocido fuera lo bastante potente como para producir la ilusión de felicidad? Una noche, Lazare se despertó con sobresalto por el soplo helado cuyo ligero roce le erizaba los pelos de la nuca; y se puso a tiritar, balbuceando su grito de angustia: «¡Dios mío, Dios mío!, ¡hay que morir!». Louise dormía al lado suyo. Era la muerte lo que encontraba al final de sus besos.

Vinieron luego otras noches y Lazare tuvo nuevas recaídas en su tormento. Le golpeaba el azar de sus insomnios, sin obedecer a una regla fija, ni poder, por lo tanto, impedirlo ni preverlo. Bruscamente y estando viviendo horas tranquilas, le sorprendía el escalofrío; en tanto que, a menudo, hallándose agitado por la cólera y el agotamiento de un mal día, el miedo no le rendía visita. Y no se trataba ya del simple sobresalto de antaño, la lesión nerviosa aumentaba, la resonancia de cada nueva sacudida quebrantaba todo su ser. No podía dormir sin la mariposa encendida, las tinieblas exasperaban su ansiedad, a pesar del continuo miedo a que su mujer descubriera el mal que le aquejaba. Incluso bajo este aspecto existía un redoblado malestar que contribuía a agravar las crisis, puesto que antes, cuando se acostaba sólo le estaba permitido mostrarse cobarde. Aquella criatura viviente, cuya tibieza sentía al lado, le inquietaba. Desde que el miedo le levantaba de la almohada, cegado de sueño, su mirada se dirigía hacia ella, con la sensación violenta de verla con los ojos abiertos y mirando fijamente los suyos. Pero jamás se movía, a la luz de la mariposa distinguía su quieto semblante, con los labios gordezuelos y sus finos párpados azulados. Empezaba por ello a tranquilizarse, cuando, una noche, la encontró, como se había temido tanto tiempo, con los ojos abiertos de par en par. No decía nada, le contemplaba tiritar y palidecer. Quizás ella también había notado pasar la muerte, pues pareció comprenderlo todo y se lanzó sobre él, en un gesto de abandono propio de la mujer que pide socorro. Luego, queriendo todavía engañarse el uno al otro, simulaban haber oído un ruido de pasos y se levantaron para mirar debajo de los muebles y detrás de las cortinas.

En lo sucesivo, los dos se sintieron avergonzados. Ninguna confesión escapó de su boca; se trataba de un secreto vergonzoso del que no se precisaba hablar en absoluto; únicamente, en el fondo de la alcoba, cuando estaban echados de espaldas y con los

ojos abiertos, se oían claramente sus propios pensamientos sobre el particular. Estaba ella tan nerviosa como pudiera estarlo él, debían contagiarse mutuamente aquel mal, lo mismo que a dos amantes asalta la misma fiebre. Luego, si era él quien se despertaba y veía que estaba dormida, se horrorizaba ante aquel sueño: ¿respiraba aún?, ni siquiera percibía su aliento, quizás acababa de morir repentinamente. Por un instante, le estudiaba el semblante, le tocaba las manos. Luego, tranquilizado, no se volvía a dormir sin embargo. La idea de que ella muriera un día, le llevaba a una meditación lúgubre. ¿Quién de los dos se iría primero, él o ella? Perseguía entonces las dos hipótesis, cuadros de muerte se desarrollaban a través de imágenes precisas, con el espantoso desgarramiento de las agonías y los abominables últimos preparativos, la separación brutal, eterna. Y era al llegar a ese punto cuando todo su ser se rebelaba airadamente: no volverse a ver más, ¡jamás, jamás!, y eso después de haber vivido así, carne contra carne; y creía entonces volverse loco, aquel horror rehusaba entrar en su cráneo. Su propio miedo le convertía entonces en valiente, deseaba partir el primero; y bajo tal suposición volcaba su ternura sobre ella, la imaginaba siendo viuda, continuando sus habituales costumbres, haciendo esto y aquello, es decir, lo que él ya no podría hacer más. A veces para deshacerse de aquella obsesión, la cogía dulcemente sin despertarla; pero le resultaba imposible tenerla mucho rato entre sus manos, la sensación de aquella vida que tenía sobre su pecho y escuchaba latir el corazón, no podía seguir esos movimientos sin notar malestar, pensando siempre en una súbita descomposición. Las piernas que había ligado a las suyas, la cintura que cedía ante sus brazos, ese cuerpo entero tan sutil, tan adorado, le resultaba pronto insoportable al tacto, le llenaba poco a poco de una atención ansiosa, en medio de su pesadilla de la nada. E incluso cuando ella se despertaba, cuando un deseo les anudaba más estrechamente, los labios contra los labios, lanzándose a un espasmo de amor con la idea de olvidar allí toda su miseria, salían del mismo tan temblorosos como antes, y quedaban entonces tumbados de espaldas, sin recobrar el sueño, desilusionados del gozo de amar. En la oscuridad de la alcoba, volvían a abrirse los ojos de ambos para enfocarlos fijamente en la muerte.

Por aquella época es cuando Lazare se cansó de los negocios. Su indolencia volvía a imponerse, arrastraba jornadas enteras de ociosidad, alegando siempre como pretexto su desprecio por los traficantes de dinero. Lo cierto era, sin embargo, que aquella constante preocupación por la muerte le arrebatava cada día más el deseo de vivir y la fuerza necesaria para ello. Caía de nuevo en su antiguo sofisma «¿con qué objeto?». Puesto que el salto final se hallaba a la vista, mañana, hoy mismo, dentro de una hora quizá, ¿para qué tomarse ninguna molestia, apasionarse o preferir esto o lo otro? Todo abortaba. Su existencia no venía a ser otra cosa en definitiva que una muerte lenta, cotidiana, en la que, como antaño, volvía a escuchar la marcha del reloj, que le parecía ir reduciendo su propio compás. El corazón no latía tan de prisa, los

demás órganos funcionaban también más lentamente, pronto, sin duda, quedaría todo paralizado; y, en medio de un continuo estremecimiento observaba aquella disminución de la vida, que, fatalmente, la edad traía consigo. Eran aquellas como pérdidas de sí mismo, la destrucción continua de su cuerpo: el pelo se le iba cayendo, le faltaban varios dientes, notaba cómo sus músculos se le vaciaban, cual si de nuevo volvieran a la tierra. La proximidad de la cuarentena le hacía vivir una melancolía negra, la vejez ahora se desarrollaría rápidamente y acabaría llevándose. Ya creía estar maltrecho y enfermo por todas partes, algo de su cuerpo acabaría crujiendo con toda seguridad, sus jornadas transcurrían en esa espera febril a una catástrofe. Veía luego cómo la gente se iba muriendo a su alrededor, y cada vez que se enteraba de la muerte de un camarada, recibía un golpe fatal. ¿Sería posible, fulanita acababa de desaparecer?, y sin embargo tenía tres años menos, ¡parecía hecho como para durar cien años!; pues, ¡y ese otro ¿cómo había podido ser?, un hombre tan prudente, que hasta calculaba su alimentación! Durante dos días, no pensaba en otra cosa, estupefacto ante la catástrofe, palpándose a sí mismo interrogándose sobre sus propias enfermedades, acabando por buscar disputa con los pobres muertos. Experimentaba el deseo de tranquilizarse, les acusaba de haber muerto por su culpa: el primero de ellos había cometido una imprudencia imperdonable; en cuanto al segundo, había sucumbido de un mal extremadamente raro, cuyo nombre ignoraban los mismos médicos. Pero era en vano que tratara de apartar el importuno espectro, oía siempre rechinar en él los rodajes de la máquina a punto de descomponerse, resbalaba sin forma posible de detenerse por aquella pendiente de los años, al final de la cual el pensamiento de aquel gran agujero negro le humedecía con un sudor frío y erizaba sus cabellos de espanto.

Cuando Lazare ya no fue a su despacho, estallaron las riñas en el matrimonio. Él se dedicaba a pasear la irritabilidad que llevara encima, y que se avivaba al menor obstáculo. El creciente mal que tanto cuidado ponía en ocultar, salía al exterior a través de una serie de brusquedades, de humores sombríos y de actos de maníaco. En un momento dado el miedo al fuego causó en él verdadero estrago, hasta el punto que resolvió mudarse de un tercer piso para pasar a vivir a un primero, de forma que pudiera salvarse más fácilmente, cuando ardiese la casa. El cuidado y la preocupación constante por lo que pudiera pasarle mañana le echaba a perder la hora presente. Vivía a la espera de una desgracia, experimentando, un sobresalto cuando se abría una puerta demasiado fuerte, notando violentos latidos en su corazón cada vez que se recibía una carta. Sentía además verdadera desconfianza respecto a todo el mundo, su dinero permanecía oculto en pequeñas sumas y en diversos sitios completamente distintos, sus proyectos más simples eran mantenidos en secreto; y aún era de apreciar en él algo así como una amargura contra el mundo, proveniente de la idea de que era desconocido y sus sucesivos proyectos habían fracasado debido a una especie de

vasta conspiración de los hombres y de las cosas. Pero, dominándolo todo, ahogando cualquier otro concepto o idea, su tedio iba haciéndose inmenso, tratábase del aburrimiento de un hombre desequilibrado, al que la idea siempre presente de una próxima muerte motivaba que le hastiase cuanto significara acción y que se arrastrara como un ser inútil, bajo el pretexto de la nada que significaba la vida. ¿Para qué agitarse? La ciencia estaba como amojonada, nada cabía impedir y nada podíase llegar a determinar. Estaba poseído de ese aburrimiento escéptico de toda su generación, pero no de ese tedio romántico de los Werther y de los René, llorando la añoranza de antiguas creencias, sino más bien del aburrimiento de los nuevos héroes de la duda, de esos jóvenes químicos que se muestran enfadados y declaran imposible el mundo, porque no han sabido encontrar de repente la vida en sus retortas.

Y, en Lazare por una contradicción lógica, el inconfesado espanto ante el nunca jamás, iba emparejado con una fanfarronada puesta sin cesar de manifiesto y establecida en la nada. Su propio estremecimiento, el desequilibrio de su temperamento hipocondríaco, era lo que le lanzaba a las ideas pesimistas, a ese odio furioso contra la existencia. La contemplaba como un engaño desde el momento en que su duración no era eterna. ¿No se pasaba uno la primera mitad de esos días que integraban su existencia en soñar con la dicha, y la segunda lamentándose y temblando? Así encomiaba aún las teorías del «viejo» como él llamaba a Schopenhauer, del que recitaba de memoria violentos pasajes. Hablaba de matar la voluntad de vivir, para hacer que terminara aquella ostentación bárbara y estúpida de la vida, que la fuerza dominante del mundo ofrecía en forma de espectáculo, con un fin egoísta desconocido. Quería suprimir la vida para de ese modo suprimir el miedo. Siempre llegaba a esta conclusión: no desear nada por temor a lo peor, evitar el movimiento que implica en sí dolor, para caer en la muerte entero e incólume. El medio práctico de un suicidio general, de una desaparición total y súbita, consentida por la universalidad de los seres, preocupaba su mente. Y todo eso salía a la superficie a cada hora, en medio de su conversación normal y corriente, a través de ocurrencias o salidas familiares y brutales. A la menor preocupación, lamentaba no haber reventado aún. Un simple dolor de cabeza hacía que se quejara rabiosamente de su armazón entero. Si estaba con un amigo, su conversación recaía enseguida sobre lo fastidioso de la existencia, sobre la severa muerte de quienes engrasan las flores silvestres en el cementerio. Los temas lúgubres le obsesionaban y llegó a impresionarse con el artículo de un astrónomo caprichoso que anunciaba la llegada de un cometa cuya cola había de barrer la tierra como un grano de arena: no era preciso ir a ver la esperada catástrofe cósmica, el colosal cartucho que iba a hacer saltar el mundo lo mismo que un viejo barco podrido, abarcaría el orbe entero. Y ese deseo de muerte, esas acariciadas teorías sobre el aniquilamiento, no eran otra cosa que la expresión de la

lucha desesperada de sus terrores, el vano alboroto de palabras bajo el cual ocultaba la abominable espera de su propio final.

El embarazo de su mujer, en aquellos momentos, motivó en él una nueva sacudida. Experimentó una sensación indefinible, consistente a la vez en un gran gozo y en una acentuación de su malestar. Contrariamente a las ideas del «viejo», la de ser padre la de haber engendrado la vida, le llenaba de orgullo. Incluso afectando opinar que los imbéciles abusaban del derecho a hacer otro tanto, experimentaba una sorpresa vanidosa, como si un tal acontecimiento le estuviera reservado a él solo. Luego, aquel goce, se echó a perder, y pasó a atormentarse con el presentimiento de que tal embarazo acabaría mal: según él, la madre estaba ya perdida, el niño ni siquiera llegaría a nacer. Desde los primeros meses, el embarazo trajo consigo dolorosos accidentes, el que en la casa todo anduviera patas arriba, se alterasen las costumbres, lo que unido a las frecuentes riñas acabaron por convertirle en miserable a carta cabal. Aquel niño, que habría debido ser para los esposos motivo de acercamiento, aumentaba los malos entendidos entre ellos, los roces de la vida en un ambiente de continuo contacto. Se sentía exasperado, sobre todo por las vagas molestias de que ella se quejaba desde la mañana hasta por la noche. Por eso, cuando el médico habló de una estancia en zona montañosa, experimentó un gran alivio llevándola a casa de su cuñada y escapar de ese modo durante quince días, bajo pretexto de ir a Bonneville para ir a ver a su padre. En el fondo, estaba avergonzado por aquella huida. Discutía sin embargo, con su propia conciencia: una corta separación serviría para calmar los nervios de los dos, y bastaría, en suma, para quedar bien, con que apareciera por allí a la hora del parto.

La noche en que Pauline conoció por fin la historia completa de los dieciocho meses transcurridos, permaneció unos instantes sin voz, aturdida por aquel desastre. Ocurría eso en el comedor, ella había acostado a Chanteau, y Lazare terminaba en aquellos momentos su confesión, frente a la tetera y bajo la lámpara cuya llama se iba extinguiendo.

Después de un silencio, acabó ella por decir:

—Pero ¡ya no os amáis, Dios mío!

Lazare se había levantado para subir a su habitación. Y, con su risa inquieta protestó:

—Nos amamos tanto como es dable amarse, mi querida niña... Por lo visto no sabes nada de nada, metida como estás en este agujero. ¿Por qué el amor habría de salir mejor parado que el resto de las cosas?

Desde que se hubo encerrado en su cuarto, Pauline recayó en una de esas crisis de desespero que tan a menudo la retuvieron allí, sobre la misma villa, desvelada y torturada mientras la casa dormía. ¿Volvería a empezar acaso la desdicha? Cuando creía haber acabado todo para los otros y para ella misma, cuando se había arrancado

el corazón hasta el punto de entregar Lazare a Louise, llegaba bruscamente a conocer la inutilidad de sus esfuerzos: ya no se amaban; era en vano que había llorado las lágrimas y manado la sangre de su martirio. Era a aquel miserable resultado donde había ido a parar, a nuevos dolores, a luchas próximas cuyo presentimiento aumentaba su angustia. Por cuanto había podido vivir hasta entonces, ¡jamás se cesaba de sufrir!

Y, mientras con los brazos caídos miraba fijamente arder su bujía, la idea de que ella sola era culpable, en aquella aventura, remontaba de su conciencia y la oprimía el pecho. Era inútil que tratara de enfrentarse con los hechos: sólo ella había concertado ese matrimonio, sin comprender que Louise no era la mujer que necesitaba su primo; pues ella, lo veía bien claramente a estas horas, era demasiado nerviosa para conseguir equilibrarle, cercana al alucamiento al menor soplo, teniendo como único encanto el ser una amante de la que él ya se había cansado. Pero ¿por qué todas esas cosas no la agobiaron hasta hoy? ¿No se trataba de las mismas razones que la habían impulsado a dejar que Louise ocupara su sitio? Quizás anteriormente la encontraba más zalamera, pareciéndole que tendría poder suficiente para salvar a Lazare de sus humores sombríos. ¡Cuánta miseria!, ¡hacer daño queriendo producir el bien, ser ignorante de la existencia hasta el punto de perder a las buenas personas por cuya salud se vela! Ciertamente era, no obstante y pese a todo, que ella había creído ser buena, solidificar su obra de caridad, el día en que llegó a pagar su gozo con tantas lágrimas. Y su bondad le inspiraba en aquellos instantes un gran desprecio, puesto que la bondad no siempre engendraba la dicha.

La casa dormía en el silencio de la alcoba, ella no escuchaba otra cosa que el ruido de su sangre, cuyas oleadas le oprimían las sienas. Tratábase de una rebelión que, poco a poco, se inflaba dispuesta a estallar. ¿Por qué no se había casado con Lazare? Le pertenecía por entero, pudo muy bien no haberlo dado. Puede que al principio se hubiera desesperado, pero ella habría sabido infundirle enseguida valor, defenderle contra imbéciles pesadillas. Siempre había cometido la estupidez de dudar de sí misma; ésa era la única causa de su desdicha. Y la conciencia de su fuerza, de su salud, todas sus ternuras, retumbaban, se afirmaban finalmente. ¿No valía acaso más que la otra? ¿A que venía entonces su estupidez de haberse desvanecido así? Ahora, en aquellos momentos, le negaba incluso su supuesta pasión, a pesar de sus abandonos de amante sensual, puesto que encontraba en su propio corazón un cariño más amplio, el que es capaz de sacrificarse por el ser amado. Amaba lo suficiente a su primo como para desaparecer, si la otra hubiera conseguido hacerle dichoso; pero, puesto que la otra no sabía cómo conservar la gran dicha que significaba tenerle, ¿no iba ella a actuar, para romper aquella nefasta unión? Y su cólera seguía aumentando; se encontraba más hermosa, más intrépida, contemplaba su pecho y su vientre de virgen, impulsada por el brusco orgullo de la mujer que ella habría podido ser. Una certidumbre fulminante surgía en su mente: era ella quien debió casarse con Lazare.

Entonces, un pesar inmenso la abrumaba. Las horas de la noche iban transcurriendo, caían una a una, sin que se le ocurriera la idea de arrastrarse hasta su lecho. Un sueño acababa de invadir su mente, mientras permanecía con sus grandes ojos abiertos, cegados por la llama alta de la bujía, que no cesaba de contemplar, aunque sin verla. Ya no estaba en su alcoba, imaginaba haberse casado con Lazare; y su existencia común se desarrollaba delante suyo, en cuadros de amor y de felicidad. Tenía lugar todo ello en Bonneville, al borde del azulado mar, o bien en París, en una ruidosa calle; la calma de la pequeña pieza seguía siendo la misma, arrastraban libros por todas partes, sobre la mesa florecían rosas, la lámpara tenía una claridad amarillenta, por la noche, mientras las sombras parecían dormir en el techo. A cada minuto sus manos se buscaban, el muchacho había vuelto a encontrar la alegría intrascendente de su juventud, tanto era lo que ella le amaba, que Lazare acabó por creer en la eternidad de la existencia. A esta hora se sentaban a la mesa; a esa hora salían juntos; mañana volvería a repasar con él las cuentas de la semana. Y se enternecía con todos aquellos detalles familiares del matrimonio, poniendo en su empeño la solidez de su dicha, que allí estaba en fin, a la vista, como cosa real y tangible, desde que se levantaban y empezaban su aseo a primera hora de la mañana, hasta su último beso de la noche. En verano, se dedicaban a viajar. Luego, una mañana se había dado cuenta de que estaba encinta. Pero un fuerte estremecimiento sacudió su sueño, y no llegó más lejos; volvió a verse de nuevo en su habitación, frente a la bujía casi extinguida. Encinta, ¡Dios mío!, la otra estaba embarazada, y jamás llegarían cuantas cosas concibiera su imaginación, ¡nunca sabría de tales goces! El derrumbamiento fue tan rudo que las lágrimas brotaron de sus ojos y estuvo llorando durante mucho rato; con hipos nerviosos que le destrozaban el pecho. La bujía extinguióse finalmente y se hubo de acostar a oscuras.

De aquella noche febril, Pauline conservó una profunda emoción, una piedad caritativa que afectaba por igual al desunido matrimonio y a su propia persona. Su pena tenía como fundamento una especie de tierna esperanza. No habría podido decir, desde luego, qué era o en qué consistía aquello con lo cual contaba; no se atrevía a analizar entre los confusos sentimientos que agitaban su corazón. ¿Por qué atormentarse de aquel modo?, ¿no tenía por delante al menos diez días? Siempre habría tiempo de avisar enseguida. Lo que importaba ante todo era calmar a Lazare, conseguir que ese descanso en Bonneville le resultara provechoso. Y volvió a recobrar su jovialidad, lanzándose los dos en el torbellino que había impulsado su hermosa vida de antes.

Al principio surgió de nuevo la camaradería de su infancia.

—¡Abandona tu drama, tonto, más que tonto!, ¿no ves que van a silbártelo? ¡Anda!, mejor será que me ayudes a comprobar si la Minouche ha escondido mi ovillo encima del armario.

Él sostenía la silla, mientras que, poniéndose de puntillas, la joven se dedicaba a buscar. No cesaba de llover desde hacía dos días, lo que imposibilitaba que abandonasen la espaciosa habitación. Estallaban sus risas cada vez que tenía lugar un hallazgo relacionado con sus primeros años de travesuras.

—¡Oh!, mira, la muñeca que te hiciste con dos de mis cuellos postizos... Y esto, ¿te acuerdas?, es un retrato tuyo que se me ocurrió dibujar aquel día en que estabas tan fea, llorando de rabia porque me negaba a dejarte la navaja.

Apostaba ella a que, de un salto, aún era capaz de subirse encima de la mesa. Él, entonces, también saltaba, satisfecho con todo aquel desorden. Su drama dormía ya en un cajón. Una mañana en que descubrieron la gran sinfonía del Dolor, ella se puso a representar fragmentos, acentuando el ritmo en forma cómica; y, él mismo se burlaba de su obra, cantaba las notas, para mantener así la sonoridad del piano, cuyas extinguidas voces no se oían apenas. Sin embargo, un fragmento de la partitura, la famosa marcha de la Muerte, les puso de pronto serios: verdaderamente, aquello no estaba mal, debían guardarlo. Todo les alegraba y enternecía a la vez: una colección de florideas pegadas por ella anteriormente, encontradas bajo unos libros; un tarro olvidado que contenía una muestra de bromuro, obtenida en la fábrica; la minúscula maqueta de un espigón, medio rota, como triturada bajo la tempestad de un vaso de agua. Dedicábanse luego a corretear por la casa, persiguiéndose como dos rapaces escapados del colegio; subían y bajaban sin cesar de un piso al otro, atravesaban las habitaciones, cuyas puertas se abrían y cerraban ruidosamente. ¿No eran aquéllas las horas de otros tiempos?, tenía ella entonces diez años y él diecinueve; ella se prendaba del muchacho, profesándole una amistad apasionada de niña. Nada había cambiado, el comedor aún conservaba su aparador de nogal claro, su lámpara colgante de cobre, la Vista del Vesubio y las cuatro litografías representando las Estaciones, que tanta gracia les hacían aún. Bajo la hornacina, la obra maestra del abuelo dormía en el mismo sitio, habiendo acabado por formar cuerpo con la chimenea de tal modo que la criada colocaba encima los platos y los vasos. Sólo había una pieza en la casa donde penetraban mudos de emoción, la antigua alcoba de la señora Chanteau, dejada intacta desde su muerte. Nadie abrió más el mueble escritorio; la cortina de cretona amarilla con adornos de ramajes verdosos iba destiñéndose a la luz del sol, al que a veces se dejaba entrar. Por aquellas fechas tuvo lugar precisamente un aniversario de su cumpleaños, y con tal motivo llenaron la alcoba con voluminosos ramos de flores.

Pero muy pronto, en cuanto una fuerte ráfaga de viento se hubo llevado consigo la lluvia, la pareja se lanzó fuera, a la terraza, al huerto, a lo largo de los acantilados; y su alegre jovialidad comenzó de nuevo.

—¿Te vienes a pescar camarones? —le gritaba ella por la mañana temprano, en cuanto saltaba del lecho y a través de los tabiques—. Fíjate, la marea descende.

Salían en traje de baño, volvían a encontrar las viejas rocas, gastadas por las olas, después de tantas semanas y meses. Hubiérase podido creer que la misma víspera habían recorrido ese rincón de la costa. Él se acordaba perfectamente de su configuración y le decía:

—¡No te fíes!, allí abajo hay una hondonada y el fondo está sembrado de gruesas piedras.

Pero ella le tranquilizaba rápidamente:

—Lo sé, no pases cuidado... ¡Oh!, ¡mira qué enorme cangrejo acabo de coger! Una marejada fresca les llegaba hasta la cintura, se embriagaban con el viento salado que soplaba de alta mar. Y aún tenían lugar las escapadas de antaño, los largos paseos, las horas de descanso sobre la arena un refugio escogido en el fondo de una gruta para guardar a que cesara un brusco aguacero, algún que otro regreso, ya adentrada la noche y a través de senderos oscuros. Nada en absoluto parecía haber cambiado bajo el cielo, el mar seguía siendo el mismo, extendiéndose hasta el infinito, repitiendo sin cesar idénticos horizontes en su continua inconstancia. ¿No era ayer cuando habían visto ese azul turquesa, aquellos grandes morados pálidos en que se ensanchaban las corrientes?; y esa agua plúmbea bajo un cielo lívido, aquel aguacero que se veía venir hacia la izquierda y que llegaba con la marea alta ¿no le volverían a ver mañana una vez más, confundiendo fechas y días? Hechos nimios, olvidados ya, acudían de nuevo a su mente, con la viva sensación de una realidad inmediata. Tenía él entonces veintiséis años y ella dieciséis. Cuando Lazare le daba algún que otro empujón en plan de camaradería, ella quedaba con el ánimo oprimido, medio ahogada en una sensación de violencia deliciosa. No le esquivaba, sin embargo, pues para nada pensaba en el mal. Una nueva vida invadía su ser, palabras cuchicheadas, risas sin causa o motivo, prolongados silencios de los que salían temblorosos. Las cosas que más habituales les eran, adquirirían un significado extraordinario, el pedazo de pan pedido en un momento dado, una palabra cogida al vuelo, el mero hecho de desearse las buenas noches cuando se disponían a dormir. Tratábase de todo un pasado, la oleada del cual remontaba en ellos, con la dulzura de las antiguas ternuras adormecidas y que ahora despertaban. ¿Por qué se sentirían inquietos?, ni siquiera podían resistir más, el mar parecía mecerles y languidecer su ánimo, con la eterna monotonía de su voz.

Y así fueron transcurriendo los días sin solución de continuidad. La tercera semana de la estancia de Lazare había dado ya comienzo. No se marchaba, había recibido varias cartas de Louise, que decía aburrirse mucho, pero a la que su cuñada se empeñaba en seguir reteniendo. En sus contestaciones, Lazare la impulsaba a permanecer allí, basándose en los consejos que a este respecto le daba el doctor Cazenove, a quien había consultado al efecto. El ritmo regular y apacible de la casa iba captándole poco a poco, las horas habituales de las comidas, que tuvo que cambiar en París, los malos humores y refunfuños de Véronique, los incesantes dolores del padre,

que permanecía inmutable, con el semblante contraído por el mismo sufrimiento, cuando todo a su alrededor se precipitaba y cambiaba. Volvía asimismo a encontrar las cenas de los sábados, los viejos y conocidos rostros del médico y del abate, con sus eternas conversaciones girando sobre los últimos temporales o sobre los bañistas de Arromanches. La Minouche, a los postres, se subía siempre a la mesa con la ligereza de una pluma y le daba con su cabeza en la barbilla, como forma de acariciarse; y el ligero rasguño de sus colmillos fríos evocaba en su imaginación el medio ambiente de muchos años atrás. Nada había allí de nuevo, con relación a las cosas de antaño, que no fuera Loulou, triste y horroroso, tumbado hecho un ovillo debajo de la mesa, gruñendo en cuanto se le acercaban. Lazare le daba azúcar: el animal entonces, después de haberlo hecho crujir en su boca, mostraba sus dientes con redoblada hosquedad. No hubo más remedio que dejarle de lado, vivía prácticamente solo, como un extraño en la casa, lo mismo que un ser insociable que sólo pide a los hombres y a los dioses que le dejen aburrirse en paz.

A veces, sin embargo, cuando Pauline y Lazare daban unos de sus largos paseos, surgía alguna que otra aventura. Y así fue como un día, cuando ya habían dejado el sendero del acantilado, para no tener que pasar por delante de la fábrica de la bahía del Tesoro, fueron a topar precisamente con Boutigny, en el recodo de un cruce de caminos. Boutigny era ahora un señor grueso, que se había enriquecido con la fabricación de sosa corriente. Había contraído matrimonio con la criatura que se consagró a él hasta el extremo de seguirle al fondo de aquella comarca de lobos; y esa mujer acababa de dar luz a su tercer hijo. Toda la familia, en compañía de un criado y de una nodriza, ocupaban un break soberbio, tirado por un par de blancos y corpulentos caballos. Los dos paseantes tuvieron que apartarse, pegados a la cuneta, para que no les alcanzaran las salpicaduras de las rueda. Boutigny, que conducía, había puesto los caballos al paso. Hubo unos instantes de violencia: hacía tantos años que no habían vuelto a hablarse; y la presencia de la mujer y de los niños hacía más embarazosa aún la situación. Finalmente y con motivos de haberse cruzado sus miradas, se saludaron unos a otros, pausadamente y sin decir una sola palabra.

Cuando el coche hubo desaparecido, Lazare, que se había puesto pálido, dijo haciendo un esfuerzo:

—Por lo visto lleva ahora un tren de vida principesco.

Pauline, a quien sólo la visión de los niños había conmovido, respondió con dulzura:

—Sí, parece ser que en estos últimos tiempos obtuvo grandes ganancias... Sabrás, supongo, que ha vuelto sobre tus antiguas experiencias y ensayos.

Era precisamente aquello lo que oprimía el corazón de Lazare. Los pescadores de Bonneville, con el maligno deseo de mofarse de él y serle desagradables, le habían puesto al corriente de todo ello. Desde hacía algunos meses, Boutigny, auxiliado por

un joven químico que tenía a sueldo, trataba de nuevo la ceniza de las algas por el método del frío; y gracias a su prudente obstinación de hombre práctico, obtenía resultados maravillosos.

—¡Caramba! —murmuró Lazare con voz sorda—, cada vez que la ciencia avanza un paso resulta que es un estúpido quien da el impulso sin proponérselo.

Se echó a perder su paseo, caminaron en silencio, con la airada puesta a lo lejos, contemplando remontar del mar grises vapores que hacían palidecer el cielo. Cuando por la noche estuvieron de regreso, notaban escalofríos. La alegre luminosidad proyectada por la lámpara del comedor sobre el blanco mantel, les hizo reaccionar.

Otro día, hacia el lado de Verchemont, cuando caminaban por un sendero a través de los campos de remolacha, se detuvieron sorprendidos al ver humear una techumbre de paja. Se trataba de un incendio, el sol que caía de lleno, impedía ver las llamas; y la casa ardía sola, puertas y ventanas cerradas, mientras los campesinos debían estar trabajando por los alrededores. Inmediatamente abandonó la pareja el sendero, poniéndose a correr y dar gritos; pero no consiguieron otra cosa que espantar a las urracas que cotorreaban por entre los manzanos. Por fin, de un trozo de tierra lejano, sembrado de zanahorias, hizo su aparición una mujer que llevaba un pañuelo a la cabeza estuvo mirando unos momentos y luego partió, por entre las tierras de labor, a un galope furioso, como para romperse las piernas, iba gesticulando y profiriendo voces que no llegaban a entenderse, de tal forma quedaban estranguladas en su garganta. Cayó al suelo, volvió a levantarse; cayó una vez más, para seguir luego su loca carrera, sangrándole las manos. El pañuelo que llevaba atado a la cabeza había volado por los aires, y sus desnudos cabellos se agitaban desordenadamente al sol.

—Pero ¿qué es lo que estará diciendo? —repetía Pauline, sobrecogida de espanto.

La mujer llegaba en aquellos momentos, y entonces pudieron entender el ronco chillido que profería semejante aullido de una bestia:

—¡El niño!... ¡el niño!... ¡el niño!

Desde primera hora de la mañana, el padre y el hijo trabajaban cerca de una milla de allí, en una pieza de avena que habían heredado. En cuanto a la mujer, apenas si acababa de ausentarse para ir a recoger una cesta de zanahorias; había marchado dejando al niño dormido, y cerrándolo todo, cosa que nunca se atrevía a hacer. Indudablemente, el fuego venía fomentándose desde hacía mucho rato, pues la envergadura del mismo causaba estupor; la pobre mujer aseguraba haber dejado apagado hasta el último rescoldo de brasa. En aquellos momentos la techumbre de paja no era más que un enorme brasero, las llamas se alzaban y removían con un rojo estremecimiento la fuerte y amarillenta luminosidad del sol.

—¿Cerró entonces con llave? —gritó Lazare.

La mujer no le oía. Estaba como loca, había dado la vuelta a la casa, sin razón de ser, quizá para buscar alguna cosa abierta, un agujero que, por otra parte, sabía no

podía existir. Después volvió a caerse una vez más, sus piernas ya no la sostenían, su gris y avejado semblante, ahora al descubierto, agonizaba de desesperación y espanto seguía profiriendo con aullidos:

—¡El niño!, ¡el niño!

Gruesas lágrimas asomaron a los ojos de Pauline. Pero era a Lazare, sobre todo, a quien alteraba los nervios aquel grito, que cada vez motivaba en él una sacudida de malestar. Aquello se hacía insoportable, y, de repente, dijo:

—Quiero ir a buscar su niño.

Si prima le contempló violentada. Trató de cogerle las manos, viendo de retenerle:

—¿Quién, tú?, no quiero... El tejado está a punto de derrumbarse.

—Eso ya lo veremos —dijo él simplemente.

Y gritó a su vez en el mismo rostro de la mujer.

—Su llave, ¿llevará usted encima la llave?

La mujer estaba como extasiada. Lazare le dio entonces un empujón y le arrancó por fin la llave. Luego, mientras la infeliz permanecía en el suelo dando alaridos, él se dirigió hacia la casa. Pauline le seguía con la vista, sin tratar ya de detenerle, como petrificada por el miedo y el asombro; hasta tal punto le parecía que Lazare realizaba algo natural y humano. Una lluvia de pavesas caía continuamente: éste último tuvo que arrojarse rápidamente a la puerta para intentar abrirla, ya que manojos de paja ardiendo rodaban de la techumbre, lo mismo que un reguero de agua causado por una tormenta; y estando ya allí, topó con el primer obstáculo, la llave enmohecida se resistía a dar vuelta a la cerradura. Pero ni siquiera se puso a maldecir, sino que se tomó el tiempo preciso hasta conseguir que abriera, y aún permaneció unos instantes en el umbral, para dejar que escapase la primera oleada de humo que le azotaba el rostro, jamás había estado imbuido de semejante sangre fría, obraba como si estuviera viviendo un sueño, con una precisión de movimientos, una rectitud y una prudencia que motivaba, sin duda, el propio peligro. Bajó la cabeza y desapareció.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío! —balbuceó Pauline, a quien ahogaba la angustia.

En un gesto involuntario, había juntado sus manos, que apretaba hasta destrozarlas; y las ponía en alto en un continuo balanceo, como hacen los enfermos que sufren fuertes dolores. El techo crujía, se hundiría de un momento a otro; no era posible que su primo tuviera tiempo de salir. Notaba una sensación de eternidad, le parecía que Lazare estaba allí dentro desde tiempo indefinido. En el suelo, la mujer, daba todavía más resoplidos, con aire atontado, al haber visto que un señor se metía por entre el fuego.

Pero un grito tremendo se alzó en aquel instante. Era Pauline que lo había exhalado sin querer desde el fondo de sus entrañas y en el momento mismo en que la paja ardiendo del tejado se desplomaba entre las humeantes paredes.

—¡Lazare!

Éste se hallaba en el umbral de la puerta, con los cabellos apenas chamuscados; y cuando hubo lanzado en brazos de la mujer al pequeño, que no cesaba de agitarse y llorar, casi se enfadó con su prima:

—¿Qué es eso?, ¿a qué viene acongojarse de esa manera?

La joven se le echó al cuello, sollozando, en medio de una distensión nerviosa tal, que, por temor a un desvanecimiento, la obligó a sentarse en una piedra musgosa, pegada a los pozos de la casa. Él mismo, ahora, se sentía desfallecer. Había allí una pila de abrevadero llena de agua, donde metió sus manos con auténtico deleite. Aquel frío le hizo volver en sí, y experimentaba a su vez una gran sorpresa por la acción acabada de realizar. ¡Cómo!, ¿era posible que se hubiera metido por entre aquellas llamaradas? Venía a experimentar algo así como un desdoblamiento de su personalidad; se veía claramente en medio de la humareda, demostrando una agilidad y una presencia de espíritu increíbles; asistiendo a aquella especie de revisión de sus propios movimientos, lo mismo que si se tratase del prodigio realizado por un extraño. Un resto de excitación interior infundía en su ánimo un gozo sutil para él desconocido.

Entretanto Pauline se había repuesto algo y le estaba examinando las manos mientras decía:

—No, no será nada, las quemaduras no son profundas. Pero se hace preciso regresar, yo te curaré... ¡Dios mío!, ¡el miedo que me has hecho pasar!

La joven había mojado su pañuelo en el agua para envolverle la mano derecha, que era la más perjudicada de las dos. Se levantaron momentos después y trataron de consolar a la mujer, quien, después de haber besado furiosamente al niño, le había colocado a su lado, sin volver a dirigirle la mirada; y, entonces ya, lamentaba lo ocurrido en la casa, lanzando con este motivo fuertes alaridos, preguntándose a sí misma qué explicación daría a aquellos hombres, cuando lo encontraran todo derribado por tierra. Las paredes aguantaban no obstante; una negra humareda salía del enorme brasero interior, con trepidantes voleadas de chispas, que no llegaban a moverse.

—Vamos, tenga valor pobre mujer —repetía Pauline—. Venga mañana a hablar conmigo.

Cierto número de vecinos, atraídos por la humareda, acudían presurosos. La joven pudo por fin llevarse a Lazare. El regreso fue muy dulce. Poco era lo que él sufría, pero Pauline se empeñaba en darle el brazo para que le sirviera de apoyo. En el trastorno de su emoción, les faltaban todavía las palabras, y se miraban sonrientes. Ella, sobre todo, experimentaba una especie de orgullo feliz. ¿Resultaba, pues, ser un valiente él, que palidecía ante el horror a la muerte? El sendero iba quedando atrás bajo sus pasos, y la joven estaba absorta, sumida en el asombro que le producían aquellas contradicciones del solo hombre a quien había conocido a fondo; pues ella le había visto pasar noches enteras trabajando, permanecer luego ocioso durante meses y

meses, ser de una franqueza desconcertante después de haber mentido sin empacho, besarle la frente en plan de camaradería, mientras ella, por su parte, notaba sus manos de hombre, febriles de deseo, quemarla las muñecas; ¡y mira por dónde, hoy, además, se convertía en un héroe! Tenía razón ella para no desesperar de la vida, juzgando al mundo como algo totalmente bueno o del todo malo. Cuando llegaron a Bonneville su emotivo silencio, desembocó en una oleada de palabras ardientes; los más pequeños detalles renacían en su mente, se contaron veinte veces la aventura, evocando en cada ocasión circunstancias olvidadas, que el uno recordaba al otro, como a la viva luz de un relámpago. Habían mandado ayuda a los campesinos perjudicados por el incendio. El suceso fue motivo de conversación durante mucho tiempo.

Pronto haría un mes que Lazare estaba en Bonneville. Llegó una carta de Louise diciendo que se moría de aburrimiento. Él contestó que iría a recogerla a principios de la semana siguiente. Caían de nuevo horrorosos aguaceros, ese tipo de lluvias torrenciales cuya violencia barría la costa tan a menudo, lo mismo que si al abrirse una esclusa se llevara consigo el mar y el cielo, convertidos en un vapor de agua gris. Lazare había hablado muy en serio de terminar su drama, y Pauline, que quería tenerle cerca de sí para animarle, proseguía su labor de punto consistente en los calcetinitos aquellos que luego distribuía entre los chiquillos del pueblo. No era mucho sin embargo lo que él trabajaba, en cuanto ella se sentaba a su mesa. Todo eran entonces charlas, casi en voz baja, hablando siempre de las mismas cosas, repetidas sin cansancio, con la mirada fija el uno en el otro. Ya no jugueteaban, evitaban cuidadosamente los roces de manos, con la prudencia instintiva de los niños que han sido regañados y presintiendo el peligro de los roces de hombros, de los ligeros contactos de aliento, todavía existentes en sus risas de la víspera. Nada por lo demás les parecía tan delicioso como aquella paz relajada, esa especie de somnolencia en que se deslizaban bajo el torrente de la lluvia, azotando sin cesar la pizarra del tejado. Un silencio bastaba para que se sonrojasen, ponían una caricia en cada una de sus palabras, haciéndolo además involuntariamente, a virtud de aquel impulso que hizo, poco a poco, renacer en ellos y dilatarse, los antiguos días vividos y que habían creído muertos para siempre.

Cierto día, Pauline estuvo levantada hasta la medianoche haciendo labor de punto, mientras Lazare, cuya pluma se había desprendido de sus dedos, le explicaba en pausadas palabras sus obras futuras, dramas sembrados de colosales figuras. Toda la casa dormía, la propia Véronique se fue a dormir muy pronto, y aquella grande a la vez que estremecedora paz de la noche, en la que sólo se elevaba la queja continua de la marea subiendo, les había sumido lentamente en una especie de enternecimiento sensual. Él, vaciando su corazón, confesaba a Pauline que había escogido mal el sendero de la vida: si la literatura esta vez quebraba bajo sus pies, estaba decidido a retirarse a cualquier rincón para vivir como un ermitaño.

—¿No sabes? —continuó diciendo sin abandonar su sonrisa—, a menudo pienso que debimos expatriarnos después de la muerte de mi madre.

—¿Cómo dices, expatriamos?

—Sí, huir bien lejos, a Oceanía por ejemplo, a una de esas islas en que la vida es tan dulce.

—Y tu padre, ¿le hubiéramos llevado con nosotros?

—¡Oh!, no se trata más que de un sueño, ya te lo estoy diciendo... No creo que esté vedado en absoluto imaginar cosas agradables, cuando la realidad no es precisamente todo lo alegre que uno quisiera.

Había abandonado la mesa de trabajo y vino a sentarse en uno de los brazos del sillón que ocupaba la joven. Ella, entonces, dejó caer de sus manos la labor de punto, para reírse a gusto del continuo galopar de aquella imaginación de niño grande y poco equilibrado; y levantaba la cabeza hacia él tumbada de espaldas en el respaldo del sillón, mientras él se encontraba tan cerca de la joven, que notaba en su cadera el calor viviente de su hombro.

—¡Estás loco, mi pobre amigo! ¿Y qué es lo que hubiéramos hecho en ese lugar tan lejano?

—Pues, sencillamente, ¡habríamos vivido!... ¿Recuerdas aquel libro de viajes que leíamos juntos hace doce años? Allí donde te digo se vive como en un paraíso. No saben lo que es invierno, el cielo es eternamente azul, una existencia ideal en fin, bajo el sol y las estrellas... Hubiéramos tenido nuestra cabaña, dedicados a comer deliciosos frutos; sin nada que hacer, ni pena alguna que sobrellevar.

—Entonces como dos salvajes, ¿no?, con anillos colgados de la nariz y plumas en la cabeza.

—¡Efectivamente!, y ¿por qué no?... Nos habríamos amado todo el año de punta a cabo, sin contar los días; lo que no resulta estúpido.

Ella le contemplaba, sus párpados oscilaron, un ligero escalofrío palideció su rostro. Aquel pensamiento de amor descendía hasta su corazón, saturándole de deliciosa languidez. Le había cogido la mano, sin cálculo preconcebido, por una necesidad instintiva de acercarse más, de tener algo de ella; y se dedicaba a jugar con esta mano tibia, cuyos delgados dedos plegaba mecánicamente, siempre riéndose, con una risa embarazosa por demás. Por lo que a ella se refiere, no se inquietaba lo más mínimo, ni veía en todo ello más que un juego de su juventud; luego sus fuerzas fueron debilitándose, en medio de su progresiva turbación, la joven le pertenecía ya por entero. Su misma voz iba desfalleciendo.

—Pero eso de comer siempre frutos, resulta algo mezquino. Habría sido preciso cazar, pescar, cultivar algún campo... Y si son las mujeres quienes trabajan allí, como cuentan, me hubieras puesto a labrar la tierra, ¿no es eso?

—¡Tú!, ¡con tus menudas manitas!... Y los monos, ¿es que no saben hoy acaso adiestrarles como excelentes criados?

Ella, entonces, acogió aquella broma con una carcajada, mientras él añadía:

—Además, esas manitas tuyas ya no existirían... Sí, tenlo por seguro, porque yo las habría devorado, ¡ves, así!

Y en diciendo eso le besaba las manos, y acababa por mordisquearlas, con el rostro encendido, en un impulso de deseo que le cegaba. Y ya no volvieron a hablar, aquello fue una locura común, algo así como un vértigo en el que cayeron juntos, perdiendo todo control y presa del mismo aturdimiento. Ella se abandonaba, deslizada hacia el fondo del sillón, con el rostro enrojecido e hinchado, y manteniendo los ojos cerrados como para no ver nada, con un gesto brutal de su mano le había ya desabotonado la blusa, rompía los corchetes de sus enaguas, cuando sus labios encontraron los de la joven. Le dio entonces un beso, que ella le devolvió furiosamente, cogiéndole por el cuello y apretándole contra sí con todas sus fuerzas. Pero, en medio de esa sacudida de su cuerpo virgen, abrió los ojos y se vio rodando por el suelo, reconoció la lámpara, el armario, el techo aquel cuyas nimias manchas le eran familiares; y pareció despertar en tal momento, con la sorpresa de una persona que vuelve en sí, al salir de una pesadilla. Forcejeó violentamente y se puso de pie. Sus enaguas resbalaban, su corpiño abierto había dejado su pecho al descubierto. Un grito escapó de sus labios, en el jadeante silencio de la pieza.

—¡Déjame, esto es abominable!

Él, loco de deseo, ya no oía nada. Volvió a cogerla y acabó de arrancarle sus vestiduras. Moviendo los labios al azar, buscaba el desnudo de su piel, la quemaba de besos que, cada vez, producían un escalofrío en todo el cuerpo de la joven. En dos ocasiones aún estuvo ella a punto de sucumbir, cediendo al deseo invencible de entregarse, sufriendo horrorosamente en esa lucha que mantenía consigo misma. Habían dado la vuelta a la mesa, jadeantes, con los miembros entrelazados, cuando consiguió él lanzarla sobre un viejo diván, cuyos resortes rechinaron. Con los brazos estirados ella le mantenía a distancia, repitiendo con una voz que enronquecía:

—¡Oh!, te lo ruego, ¡oh!, déjame... ¡Lo que pretendes es algo abominable!

Él, entretanto, con los dientes apretados, no había pronunciado una sola palabra. Creía por fin poseerla, cuando ella consiguió soltarse una vez más, haciendo un esfuerzo tan rudo que él salió disparado y tambaleándose hasta la mesa. Entonces, libre por unos segundos, la joven pudo salir, atravesar de un salto el pasillo y meterse a toda prisa en su cuarto.

Él, por su parte, había conseguido ya darle alcance sin permitirle atrancar la puerta. Y como él empujase, para poder deslizar el pestillo y darle vuelta a la llave, tuvo ella que apoyarse sobre la madera con todo el peso de su cuerpo; y, en tanto le disputaba aquella estrecha abertura ante el temor de que lograra introducir él tan sólo la punta

de su zapatilla. La llave rechinó muy fuerte, un gran silencio pareció desplomarse, y en medio del mismo volvió a oírse de nuevo cómo el mar batía el muro de la terraza.

A todo esto Pauline, sin bujía, con los ojos abiertos en las tinieblas, había quedado apoyada contra la puerta. Al otro lado de la misma, comprendía perfectamente la joven que Lazare no se había movido. Oía su respiración, creía seguir notando la llama de su aliento sobre la nuca. Si ella se apartaba de allí, era muy probable que tratase de derribar la puerta empujando fuertemente con el hombro. Se sentía tranquila estando allí; y, maquinalmente, continuaba empujando con todas sus fuerzas, como si él, por su parte, siguiera tratando de introducirse. Transcurrieron dos minutos interminables en aquella sensación mutua que se obcecaban, apenas separados por aquella delgada capa de madera, ardientes, sacudidos por el estremecimiento del deseo que no les era posible calmar. Luego, la voz de Lazare susurró muy bajito, ahogada por la emoción:

—Pauline, ábreme... Estás ahí, lo sé.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, aquella voz la había caldeado desde el cráneo hasta los talones. Pero no respondió en absoluto. Con la cabeza inclinada, sostenía con una mano sus enaguas colgantes, en tanto que la otra, crispada sobre la deshecha blusa, apretaba su pecho para ocultar la desnudez de sus carnes.

—Sufres tanto como yo, Pauline... Abre, te lo suplico. ¿Por qué privarnos de esta dicha?

Tenía miedo ahora de despertar a Véronique, cuya habitación estaba al lado. Sus súplicas se iban haciendo suaves, parecidas a una queja de enfermo.

—Abre pues... Abre, y nos moriremos a continuación si quieres... ¿no nos amamos desde niños? Tenías que ser mi mujer, ¿te parece algo fatal que lo seas un día?... Te amo, Pauline, te amo...

Ella temblaba aún más cada palabra le oprimía el corazón. Los besos con que le había cubierto los hombros, se avivaban sobre su piel como si se hubiera tratado de gotas de fuego. Pero ella se resistía más aún, por miedo a abrir y a entregarse, como obedeciendo a un impulso irresistible de su cuerpo medio desnudo. Tenía razón, le adoraba ¿por qué rehusar aquel goce, que los dos mantendrían oculto al mundo entero? La casa dormía, la noche no podía ser más oscura. ¡Oh!, dormir en la sombra, abrazados el uno al otro, pertenecerle aunque no fuese más que por una hora. ¡Oh!, vivir, ¡vivir por fin!

—¡Dios mío!, ¡cuán cruel eres Pauline!... Ni siquiera quieres contestarme, con lo mísero que me siento... Abre, te cogeré en mis brazos y te retendré en ellos; nos olvidaremos de todo... Abre, ábreme, te lo ruego.

Sollozaba, y ella también se puso a llorar. Seguía sin embargo silenciosa a pesar de la rebelión de su sangre. Durante una hora, continuó él suplicándola, enfadándose, llegando hasta pronunciar palabras abominables para caer luego en frases de ardiente caricia. En dos ocasiones, creyó que se había marchado, y por dos veces también

volvió él de su alcoba con una tenaz reiteración de furia amorosa. Después, cuando ella oyó como se encerraba rabiosamente en su cuarto, experimentó una tristeza inmensa. Por aquella vez todo había acabado, el triunfo era suyo; pero una desesperación y cierta vergüenza surgían de su victoria, tan violentos que se desnudó y se acostó sin encender la bujía. La idea de verse desnuda, con su ropa medio destrozada, la llenaba de una confusión espantosa. Sin embargo, el frescor de las sábanas calmó un poco la quemazón de los besos que le jaspeaban los hombros; y permaneció durante mucho rato sin moverse, como aplastada bajo el peso del disgusto y de la pena.

Un fuerte insomnio mantuvo a Pauline despierta hasta el amanecer. Aquella abominación la tenía obsesionada. Toda esta velada constituía un crimen que le producía horror. Ahora ya, no podía excusarse ante sí misma, se hacía de todo punto necesario que confesara la duplicidad de sus ternuras. Su afecto maternal para con Lazare, sus sordas acusaciones contra Louise, constituían simplemente el despertar hipócrita de su antigua pasión. Fue resbalando por esa serie de pensamientos, descendía más aún en cuanto afectaba a los sentimientos inconfesados de su corazón, en donde descubría la existencia de un goce ante la desunión del matrimonio, una esperanza de sacar provecho de ello, quizás. ¿No era ella, en efecto, quien había hecho que su primo volviera a las jornadas de antaño? ¿No debió haber previsto que la caída se encontraría al final? A aquellas horas, la terrible situación se alzaba impecable, obstruyendo su vida a todos: era ella quien lo había dado a otra, sin embargo le adoraba y él la quería. Todo ello rondaba por su cabeza, golpeaba sus sienes como un vuelo de campanas. Al principio, resolvió huir al día siguiente. Luego, no obstante, encontró cobarde aquella huida. Puesto que él estaba dispuesto a marcharse, ¿por qué no esperar? Y, además, un sentimiento de orgullo iba apoderándose de ella, esperaba vencerse a sí misma, para no llevar consigo la vergüenza de haber procedido mal. Presentía por otra parte que jamás volvería a vivir con la cabeza alta, si conservaba el remordimiento de aquella velada.

Al día siguiente, Pauline bajó a su hora habitual. Sólo la irritación de sus párpados habría podido descubrir los tormentos sufridos durante la noche. Cuando Lazare apareció a su vez, explicó simplemente su aire de laxitud, diciendo a su padre que había estado trabajando hasta muy tarde. La jornada transcurrió en las ocupaciones de costumbre. Ni uno ni otra hicieron alusión alguna a lo que había pasado entre ellos, incluso cuando volvieron a encontrarse juntos, lejos de la vista y del oído de los demás. No se rehuían, parecían convencidos de su propio valor. Pero, por la noche, cuando se deseaban unas buenas noches en el pasillo, delante de sus respectivas puertas, cayeron locamente el uno en brazos de la otra y se besaron fuertemente en la boca. A continuación, Pauline se encerró en su cuarto, mientras Lazare huía también y se arrojaba sobre su cama llorando.

A partir de entonces aquella fue la tónica de su existencia. Lentamente iban pasando los días, y ellos mientras tanto permanecían el uno junto al otro, en una actitud expectante ante el posible resbalón. Sin abrir jamás la boca para hablar de ello, sin volver a referirse para nada a la terrible noche, en ella estaban pensando no obstante y sin cesar; temían sucumbir conjuntamente, no importa dónde y como fulminados por el rayo. ¿Sucedería por la mañana, al levantarse, o bien por la noche, cuando intercambiaban sus últimas palabras de la jornada?, ¿partiría de él, o acaso de ella, en cualquier rincón apartado de la casa? Todo permanecía oscuro y los interrogantes sin contestar. Su inteligencia y su razón se mantenían incólumes, registrando bajo el prisma de ese mismo temor, cada abandono brusco que tenía lugar, cada locura de un instante; los apretones desesperados detrás de una puerta, los besos punzantes robados en la oscuridad, causaban en ella dolorosa cólera. El suelo temblaba bajo sus pies, se agarraban como un naufrago a las resoluciones tomadas en las horas de tranquilidad y sosiego, para no abismarse en aquel vértigo. Pero ni uno ni otra tenían la fuerza de voluntad suficiente para una separación inmediata, como única solución posible. Ella, bajo pretexto de vigilar así mejor, se obstinaba frente al peligro. Él, por su parte, captado como estaba por entero, cediendo al primer impulso de una nueva aventura, ni siquiera contestaba a las apremiantes cartas que le escribía su mujer. Hacía seis semanas que Lazare se hallaba en Bonneville, y les parecía como si aquella existencia de crueles y deliciosas sacudidas hubiera de durar siempre.

Un domingo, a la hora de cenar, Chanteau se alegró más de la cuenta, después de haberse permitido beber un vaso de vino de borgoña, libertinaje éste que pagaba en cada ocasión a un precio muy crecido. Aquel día, Pauline y Lazare habían pasado horas encantadoras, al borde del mar y bajo un amplio cielo azul; e intercambiaban entre sí en aquellos momentos miradas de ternura, en las que vacilaba la turbación de aquel miedo que experimentaban hacia sí mismos, y que hacía ahora tan apasionada su camaradería.

Los tres se estaban riendo a placer, cuando Véronique, en el momento de traer los postres, apareció por la puerta de la cocina, gritando:

—¡Está aquí la señora!

—¿Qué señora? —preguntó Pauline estupefacta.

—¿Quién va a ser?, la señora Louise.

Hubo exclamaciones ahogadas. Chanteau, azorado, observaba a Pauline y a Lazare que iban palideciendo. Pero este último, en un momento dado se levantó violentamente y con voz temblorosa a la par que colérica exclamó:

—¡Cómo! ¿Louise?, pero ¡si ni siquiera me ha escrito! Le había prohibido venir... ¿Se ha vuelto loca, acaso?

Caía, el crepúsculo, muy dulce y suavemente. Después de haber arrojado su servilleta, Lazare salió a toda prisa, y Pauline le seguía, esforzándose por recobrar su sonriente serenidad. Y era Louise, en efecto, que descendía penosamente de la berlina del tío Malivoire.

—¡Estás loca! —gritó su marido desde en medio del patio—, ¡no se cometen semejantes locuras, sin escribir antes!

Ella entonces, estalló en lágrimas. Allí abajo se sentía muy enferma y, además ¡era tanto lo que se aburría! Al ver que sus dos últimas cartas quedaban sin contestación, sintió un irresistible deseo de irse, deseo éste en que influía sobremanera la obsesión de volver a ver Bonneville. Y si no le había avisado, era precisamente por miedo a que no la permitiese satisfacer ese capricho.

—¡A mí que tanto me complacía la idea de sorprenderos a todos!

—¡Es algo ridículo!, ¡regresarás mañana mismo!

Louise, sofocada ante aquella acogida, cayó en los brazos de Pauline. Ésta, al verla tan torpe en sus movimientos con la cintura engrosada bajo su ropa, había palidecido más aún. Le parecía ahora como si aquel vientre de embarazada, estuviera en contra suya; experimentaba horror y compasión al mismo tiempo. Consiguió por fin vencer la rebelión de sus celos, e hizo callar a Lazare:

—¿Por qué le hablas tan duramente? Abrázala... Hiciste muy bien viniendo, querida, si crees que estarás mejor en Bonneville. Sabes perfectamente que aquí te queremos todos, ¿no es eso?

Loulou aullaba, furioso ante aquellas voces que turbaban la paz habitual del patio. Minouche, después de haber estirado el hocico sobre la terraza, se retiró sacudiendo las patas, como si estuviera a punto de comprometerse en una aventura desagradable. Todo el mundo volvió a entrar, siendo preciso que Véronique colocase un cubierto más y volviese a servir la cena.

—¡Cómo!, ¡eres tú, Louise! —repetía Chanteau, con risas inquietas—. ¿Quisiste sorprender a tu pequeño mundo?... Pues, por lo que a mí se refiere ha estado a punto de atragantárseme el vino.

Sin embargo, la velada acabó bien. Todos habían recobrado su sangre fría. Se hizo cuanto se pudo para no trazar planes respecto a los días venideros. En el momento de subir a acostarse, la situación de violencia surgió de nuevo, cuando la criada preguntó si el señor dormiría en la alcoba de la señora.

—¡Oh! No, Louise descansará más a gusto, —murmuró Lazare, que había captado instintivamente una mirada de Pauline.

—Conformes, duerme arriba, —dijo la joven—. Estoy horriblemente cansada y así dispondré de toda la cama para mí.

Pasaron tres días. Pauline tomó por fin una resolución. Abandonaría la casa el lunes. A aquellas horas ya, el matrimonio hablaba de permanecer allí hasta que tuviera lugar

el parto, que no se esperaba hasta que transcurriera un mes largo, pero Pauline adivinaba además perfectamente que su primo estaba harto de París y que acabaría comiéndose sus rentas en Bonneville, como hombre agraciado por sus perpetuos fracasos. Lo mejor y lo más práctico era cederle inmediatamente el sitio, puesto que no acababa de imponerse a sí misma, y encontraba aún menos que en anteriores ocasiones el valor suficiente para vivir con ellos, en su intimidad de marido y mujer. ¿No era éste también el único medio de escapar de los peligros de la reciente pasión que tantos sufrimientos venían ocasionando a Lazare y a ella misma? Louise fue la única que se asombró, cuando supo la decisión de su prima. Se anteponían razones sin posible réplica, el doctor Cazenove volvía a insistir en que la señora aquella de Saint-Lö hacía a Pauline excepcionales ofertas; y ésta por su parte, no podía seguir rehusando, y sus mismos parientes debían forzarla a aceptar una colocación que aseguraría su porvenir. Chanteau, con lágrimas en los ojos, consentía en ello.

Hubo allí, el sábado, una última cena con el cura y el doctor. Louise, que se encontraba muy mal, apenas si pudo arrastrarse hasta la mesa. Aquello acabó por entristecer la comida, pese a los esfuerzos de Pauline, que procuraba sonreír a cada uno de los allí presentes, con el remordimiento de dejar entristecida aquella casa a la que, desde hacía tantos años, había imbuido una especie de sonora jovialidad. Su corazón desbordaba de pena. Véronique servía la mesa con gesto de tragedia. Cuando le tocó el turno al asado, Chanteau rehusó un dedo de vino de borgoña, poseído de repente de una prudencia exagerada, temblando ante la idea de que pronto no contaría con aquella enfermera que, sólo con su voz, calmaba los dolores. Lazare, febril, estuvo disputando todo el tiempo con el médico sobre su nuevo descubrimiento científico.

A las once, la casa había recobrado su imponente silencio. Louise y Chanteau dormían ya, mientras la criada ponía en orden su cocina. Entonces, arriba, ante su antigua habitación de soltero, que seguía ocupando, Lazare detuvo un instante a Pauline, lo mismo que hacía cada noche.

—Adiós —murmuró.

—Adiós, no —dijo ella esforzándose en reír—. Hasta la vista, puesto que me voy el lunes.

Al mirarse, sus ojos se turbaron, y cayeron el uno en brazos del otro, al tiempo que sus labios se unían violentamente en un último beso.

X

Al día siguiente, a la hora del desayuno, cuando todos se sentaban a la mesa ante las tazas de café con leche, mostráronse asombrados al no ver bajar a Louise. Ya iba a subir la criada para llamar a la puerta de su habitación cuando apareció por fin. Estaba muy pálida y caminaba dificultosamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Lazare inquieto.

—Sufro horriblemente desde el amanecer —respondió ella—. Apenas si conseguí cerrar los ojos; creo haber escuchado todas las horas de la noche.

Pauline exclamó:

—Tenías que haber llamado, te habríamos atendido al menos.

Louise, llegado que hubo a la mesa, sentóse con un suspiro de alivio.

—¡Oh! —continuó diciendo entonces—, nada podéis hacerme. Ya sé de lo que se trata; hace ocho meses que casi no me abandonan esos dolores.

Su embarazo, muy penoso, la había acostumbrado en efecto a sentir continuas náuseas, dolores en las entrañas cuya violencia le hacía a veces retorcerse durante jornadas enteras. Aquella mañana, las náuseas habían desaparecido, pero se notaba como oprimida por un cinturón que le martirizaba el vientre.

—Se habitúa uno al dolor dijo Chanteau sentenciosamente.

—Sí, necesito hacer ejercicio —terminó elidiendo la joven—. Y por eso me he decidido a bajar... Arriba, se me hace imposible estarme quieta.

Tomó solamente tres traguitos de café con leche. Durante toda la mañana estuvo trajinando por la casa, dejando una silla para ir a sentarse en otra. Nadie se atrevía a dirigirle la palabra, pues se arrebatava y parecía sufrir más aún, en cuanto se ocupaban de ella. Los dolores no cesaban. Un poco antes del mediodía sin embargo, la crisis pareció calmarse, aún pudo sentarse a la mesa y tomar un caldo. Pero, entre las dos y las tres, empezaron unos dolores espantosos; y ya no pudo estarse quieta, yendo del comedor a la cocina, subiendo pesadamente a su alcoba para volver a bajar enseguida.

Pauline, arriba, se dedicaba a hacer su maleta. Se iba al día siguiente, le quedaba el tiempo justo de ojear sus muebles y de arreglarlo todo. A cada minuto sin embargo salía a asomarse a la barandilla, atormentada por aquellos pasos, que denotaban la

pesadez del sufrimiento y que hacían vibrar el suelo. Hacia las cuatro, al oír a Louise que parecía más agitada aún, decidió llamar a la puerta de Lazare, que se había encerrado, en la exasperación nerviosa de las desdichas de las que acusaba a la suerte.

—No podemos dejarla así —le dijo—. Hay que hablarle. Vente conmigo.

La hallaron precisamente en el primer piso, doblegada contra la barandilla, sin sentirse ya con fuerzas para bajar ni para subir.

—Mi querida niña —dijo Pauline con dulzura—, nos estás inquietando... Enviaremos a buscar a la comadrona.

Louise entonces, mostró su enfado.

—¡Dios mío!, ¿es posible que me torturéis de esa manera, cuando sólo pido que se me deje tranquila!... A los ocho meses de embarazo ¿qué queréis que haga la comadrona?

—Sería más prudente en todo caso que te viera.

—No, no quiero, sé de sobras lo que me pasa... Por compasión, ¡no me habléis más, no me torturéis!

Y Louise mantuvo su obstinación, con una cólera tan exagerada además, que Lazare se sublevó a su vez y fue preciso que Pauline prometiese formalmente que no se iría a buscar a la comadrona. Aquella comadrona era una tal señora Bouland, de Verchemont, que tenía en la comarca una reputación extraordinaria como mujer habilidosa y decidida. Se aseguraba que no cabía encontrar otra parecida en Bayeux, ni siquiera en Caen. Y es por ello que Louise, de temperamento muy sensible, azotada por el presentimiento de que moriría en el parto, resolvió entregarse en sus manos. Pero no por ello dejaba de experimentar un gran miedo hacia la señora Bouland, ese miedo infundado que inspira el dentista que ha de curarle a uno, pero cuya visita se aplaza todo cuanto se puede.

A las seis, una calma brusca se produjo de nuevo. El triunfo fue de la joven: bien lo decía ella, se trataba de los dolores corrientes, sólo que más fuertes; ¡bonito papel estaríamos haciendo a estas horas si llegamos a molestar a todo el mundo! Sin embargo, como estaba muerta de cansancio, prefirió acostarse, después de haber comido una costillita. Todo habría acabado decía si la dejaban dormir. Y empeñándose en menospreciar los cuidados que pudieran prodigarla, quiso permanecer sola mientras la familia cenaba, e incluso prohibió que subieran a verla por miedo a ser despertada de un sobresalto.

Había aquella noche para cenar, el cocido y un pedazo de ternera asada. El principio de la comida resultó silencioso, aquella crisis de Louise se unía a la tristeza por la marcha de Pauline. Se evitaba el ruido de las cucharas y de los tenedores, como si hubiera podido llegar al primer piso y exasperar aún más a la enferma. Chanteau sin embargo, acabó lanzándose; explicaba historietas extraordinarias de embarazadas, cuando Véronique que traía el trozo de ternera hecho pedazos, dijo bruscamente:

—No sé, pero me parece que ahí arriba se oyen gemidos.

Lazare se levantó entonces para abrir la puerta del pasillo. Todos dejando de comer, prestaron oído. Al principio no se entendía nada, pero luego se dejaron oír unos quejidos ahogados y en forma continua.

—Le han vuelto otra vez los dolores —murmuró Pauline—. Yo subo.

Arrojó su servilleta y ni siquiera probó el pedazo de ternera que le servía la criada. Afortunadamente, la llave estaba en la cerradura y pudo entrar. Sentada en el borde de la cama se hallaba la joven, con los pies descalzos, envuelta en un peinador, balanceándose con un movimiento de reloj, bajo la intolerable fijeza de un fuerte sufrimiento, que le arrancaba grandes y regulares suspiros.

—¿Va empeorando la cosa? —preguntó Pauline.

Louise no respondió.

—¿Quieres, ahora ya, que enviemos a buscar a la señora Bouland?

Ella entonces, con gesto de obsesión resignada, balbuceó:

—Sí, me da lo mismo. Quizás encuentre enseguida la tranquilidad... No puedo más, no puedo más...

Lazare, que había subido tras de Pauline y que estaba escuchando en la puerta, se atrevió a entrar, diciendo que también sería prudente ir enseguida a Arromanches, para traer al doctor Cazenove, en el caso de que se presentaran complicaciones. Pero Louise al oírle, se echó a llorar. ¡Por lo visto su estado no les inspiraba la menor compasión! ¿Por qué martirizarla de aquella manera? Lo sabían perfectamente; la idea de que un hombre la asistiera en el parto, siempre la había revolucionado. Aquello era en ella como un pudor enfermizo de mujer coqueta, un malestar por mostrarse en el abandono que trae consigo semejante sufrimiento y que, incluso la hacía, delante del marido y de la prima, apretar el peinador alrededor de sus pobres y retorcidas caderas.

—Si vas a buscar al doctor —balbuceaba la enferma— me acuesto, me vuelvo de cara a la pared, y no contesto más a nadie.

—Tráete de todas formas a la comadrona —dijo Pauline a Lazare—. Yo no puedo creer que haya llegado el momento. Sólo se trata de calmarla.

Los dos volvieron a bajar. El abate Horteur venía para desearles las buenas noches y quedó mudo ante Chanteau que se mostraba asustado. Intentaron que Lazare comiese por lo menos un pedazo de ternera antes de ponerse en camino, pero, con la cabeza extraviada, manifestó éste que un solo bocado sería capaz de atragantarse, y salió a toda prisa para Verchemont.

—He creído oír que me llamaba —dijo Pauline, lanzándose hacia la escalera—. Si necesitase a Véronique, golpearía en el suelo... Acaba de cenar sin mí ¿no te parece, tío?

El sacerdote, violento por haber caído en medio de un parto, no encontraba las palabras de consuelo habituales en él. Y acabó por retirarse después de haber

prometido que volvería, cuando hubiera visitado a los Gonin, en cuyo hogar el viejo inválido se encontraba muy enfermo. Y Chanteau quedó solo, ante la mesa en pleno desorden, debido a la desbandada de los comensales. Los vasos estaban a medio llenar, la ternera se helaba en el fondo de los platos, los grasientos tenedores y los pedazos de pan mordidos, arrastraban por todos lados debido a aquel golpe de inquietud que acababa de pasar por el mantel. Y al tiempo que ponía una olla de agua en el fuego, como medida de precaución, la criada refunfuñaba al no saber si quitar la mesa o dejarlo todo así, patas arriba.

En el piso, Pauline había encontrado a Louise de pie, apoyada en el respaldo de una silla.

—Padezco demasiado sentada, ayúdame a caminar.

Desde por la mañana, venía quejándose de pellizcos que notaba en la piel, como si una bandada de moscas la hubiera picado muy fuerte. Ahora se trataba ya de contracciones internas, una sensación equivalente a la que habría experimentado si un torno la estuviera apretando el vientre, con una presión cada vez mayor. En cuanto se sentaba o se acostaba le parecía como si una masa de plomo le triturase las entrañas; y experimentaba incesantemente la necesidad de caminar; se había cogido al brazo de su prima que la paseaba desde el lecho hasta la ventana.

—Tienes un poco de fiebre —dijo la joven. ¿Y si bebieras un poco?

Louise no pudo responder. Una violenta contracción la hizo doblegarse, y trató de buscar apoyo en los hombros de Pauline, en un estremecimiento tal, que el temblor alcanzaba a las dos. Escapaban de su boca gritos, que reflejaban a la vez impaciencia y terror.

—Me estoy muriendo de sed —murmuró finalmente cuando le fue posible hablar—. Tengo la lengua seca, y fíjate lo sonrojada que estoy... Pero ¡no, no!, no te apartes de mi lado, caería al suelo. Caminemos, sigamos andando, beberé en cuanto pueda.

Y continuó su paseo, arrastrando las piernas, balanceándose y cargando más el peso de su cuerpo sobre el brazo que la sostenía. Durante dos horas, estuvo caminando sin interrupción. Eran las nueve. ¿Por qué no llegaba la comadrona? En aquellos momentos, deseaba ardientemente verla aparecer e incluso decía que querían verla morir, por tardar tanto en prestarle socorro. Verchemont se hallaba tan sólo a veinticinco minutos, una hora resultaba más que suficiente. Lazare se estaba divirtiendo, o en otro caso habría ocurrido algún accidente, todo había acabado y nadie regresaría. La sacudieron las náuseas y luego vinieron los vómitos.

—Anda, vete ¡no quiero que permanezcas a mi lado!... ¡Será posible Dios mío!, ¡caer tan bajo, estar así para repugnar a todo el mundo!

Y, en la abominable tortura que padecía, conservaba intacta en su mente, esa única preocupación, reflejo de su pudor y de su gracia de mujer. De una gran resistencia nerviosa, a pesar de lo delicado de sus miembros, ponía especial empeño en conservar

el resto de sus fuerzas, molesta por no haber podido ponerse sus medias, e inquieta por los secretos desnudos que su cuerpo mostraba. Una incomodidad mayor sobrecogía sin embargo su ánimo, deseos imaginarios la atormentaban sin cesar, quería que su prima se marchase, y ésta buscaba envolverse con las cortinas de la habitación, para tratar de darle gusto. Y como sea que la criada hubiera subido para ofrecer sus servicios, Louise balbuceó con voz violenta y a la primera pesadez que creyó experimentar:

—¡Oh!, delante de la chica, nada... Te lo ruego, llévatela unos momentos al pasillo.

Pauline comenzaba a perder la cabeza. Sonaron las diez y no sabía cómo explicarse la prolongada ausencia de Lazare. No debió encontrar, sin duda a la señora Bouland; pero ¿qué iba a ser de ella, ignorando como ignoraba cuanto era preciso hacer con aquella pobre mujer cuya situación parecía empeorar? Las lecturas de antaño volvían de nuevo a su mente con perfecta claridad; no habría tenido inconveniente en examinar a Louise, con la esperanza de tranquilizarse y de calmarla a ella misma. La veía sin embargo tan avergonzada, que vacilaba en proponérselo.

—Escucha querida —dijo finalmente—, ¿y si me permitieras ver?

—¿Quién, tú?, ¡oh, no!... Tú no estás casada.

—¡Eso nada importa, mujer!... Me agradaría tanto poder tranquilizarte.

—No, me moriría de vergüenza, nunca me atrevería a mirarte a la cara.

Dieron las once, la espera se iba haciendo intolerable. Véronique partió para Verchemont, llevando consigo una linterna, con orden de examinar las cunetas. Louise trató en dos ocasiones de meterse en la cama, tenía las piernas agotadas por el cansancio; pero volvió a levantarse inmediatamente, y ahora permanecía de pie con los brazos apoyados en la cómoda, agitándose continuamente, aunque sin moverse del sitio, en un perpetuo balanceo de cintura. Los dolores que se producían con motivo de cada ataque, iban haciéndose más frecuentes, hasta confundirse ya en un dolor único, cuya violencia le cortaba la respiración. A cada minuto sus titubeantes manos abandonaban por unos instantes la cómoda para deslizarse a lo largo de sus costados y sostener sus nalgas, como para aligerar el peso que las aplastaba. Y Pauline, de pie detrás suyo, nada podía hacer, sino limitarse a verla sufrir, volviendo la cabeza y simulando estar ocupada en algo, cuando la veía dar vueltas a su peinador con gesto de violencia y persistiendo en su constante preocupación por el aspecto que pudiera ofrecer con sus hermosos cabellos rubios completamente desordenados, y lo descompuesto de su fino rostro.

Era ya cerca de la medianoche, cuando un barullo de ruedas, hizo que Pauline descendiera a toda prisa.

—¿Y Véronique? —gritó la joven desde la terraza, a reconocer a Lazare y a la comadrona—, ¿no la encontrasteis por el camino?

Lazare le explicó entonces que llegaban por la carretera de Port-en-Bessin: todas las desdichas imaginables habían tenido lugar, la señora Bouland se hallaba a tres leguas de allí, atendiendo a una parturienta, ni coche ni caballo para ir en su busca, las tres leguas hechas a pie a paso de carrera, y una vez allí, otra serie de dificultades y molestias como para no acabar de contar. Afortunadamente la señora Bouland disponía de una tartana.

—Pero ¿y la mujer a quien estaba atendiendo? —preguntó Pauline— por lo visto la cosa había acabado y la comadrona ha podido dejarla.

Lazare entonces, con voz temblorosa, dijo en tono apagado:

—La mujer murió.

Se dispusieron a entrar en el vestíbulo, iluminado por una bujía colocada sobre un peldaño de la escalera. Hubo unos momentos de silencio mientras la señora Bouland desataba su capa. Era una mujer morena de corta talla, delgada, amarilla como un limón, con una gran nariz que parecía presidir y dominarlo todo. Hablaba en un tono de voz fuerte y con unos ademanes despóticos, que hacían que los campesinos la venerasen.

—¿Quiere seguir la señora? —dijo Pauline—. Ya no sabía qué hacer, no ha dejado de quejarse desde que amaneció.

En la alcoba, Louise seguía con sus inquietos movimientos frente a la cómoda. Cuando percibió a la comadrona, se echó a llorar. Ésta le hizo una serie de preguntas breves sobre los momentos, sitios y naturaleza de los dolores. Y luego, para terminar, dijo en tono seco:

—Vamos a ver... Nada puedo decir, mientras no haya determinado la presentación.

—¿Va a ser ahora, acaso? —murmuró la joven anegada en lágrimas—. ¡Oh! ¡Dios mío!, ¡a los ocho meses! ¡Yo que creí tener aún un mes por delante!

Sin responder, la señora Bouland daba unas palmadas en los almohadones, colocándolos el uno sobre el otro, en medio de la cama. Lazare que se apresuró también a subir, tenía el aspecto desmañado del hombre que se ve envuelto en el drama del parto. Se había acercado no obstante y depositó un beso sobre la sudorosa frente de su mujer, que ni siquiera pareció tener conciencia de aquella caricia animadora.

—Vamos, vamos —dijo la comadrona.

Louise, azorada, volvió hacia Pauline la vista, cuyo mudo significado comprendió ésta enseguida. Se llevó pues a Lazare y ambos permanecieron sobre el rellano, sin poder alejarse más. La bujía, dejada abajo, iluminaba la caja de la escalera con una claridad de mariposa, cortada de tanto en tanto por bizarras sombras; y allí estaban, el uno apoyado en la pared, y la otra en la barandilla, frente a frente, inmóviles y silenciosos. Sus oídos atentos a cuanto pudiera ocurrir en la alcoba. Seguían oyéndose vagos quejidos, y hubo dos gritos realmente desgarradores. Les pareció como si toda

una eternidad estaba transcurriendo, hasta el momento en que la comadrona les hizo retroceder, para salir ella misma y volver a cerrar la puerta.

—¿Qué es lo que ocurre? —murmuró Pauline.

Con un gesto les indicó que bajaran; y sólo cuando ya lo hubieron hecho, estando en el pasillo, se decidió a hablar.

—El caso amenaza con ser grave. Mi deber es prevenir a la familia.

Lazare palidecía a ojos vista. Un soplo frío le había helado la cara, y sólo se sintió con fuerzas para balbucear:

—¿Qué es lo que pasa?

La criatura se presenta por el hombro izquierdo, según he podido comprobar, e incluso me terno que el brazo sea lo primero en aparecer.

—¿Entonces? —preguntó Pauline.

—En semejante caso, se hace absolutamente necesaria la presencia de un médico... No me es posible aceptar la responsabilidad del parto, sobre todo a los ocho meses.

Se impuso un silencio. Luego, Lazare, desesperado, tuvo un gesto de rebelión. A aquellas horas de la noche ¿dónde querían que encontrase a un médico? Había tiempo sobrado para que su mujer sucumbiese veinte veces, antes de que hubiera podido traer consigo al doctor de Arromanches.

—No creo que exista un peligro inmediato —repetía la comadrona—. Parta enseguida... Yo por mi parte, nada puedo hacer.

Y, como Pauline a su vez le suplicara actuar, por humanidad cuanto menos y para tranquilizar así a la desdichada, cuyos fuertes quejidos seguían invadiendo la casa, la comadrona manifestó con su clara voz:

—No, me está prohibido hacer semejante cosa... La otra, la que atendía allí abajo, está muerta. No quiero que ésta se quede también entre mis manos.

En aquel momento, se oyó llegar del comedor una llamada dolorosa de Chanteau.

—¿Estáis ahí?, ¡os suplico que entréis!... Nadie se acerca a decirme nada. Hace un siglo que estoy a la espera de alguna novedad.

Y entraron, en efecto. Desde la interrumpida cena, Chanteau fue dejado en olvido. Permaneció ante la mesa servida, dándole vueltas a sus pulgares, esperando pacientemente, con su somnolienta resignación de inválido, acostumbrado a largas y solitarias inmovilidades. Aquella nueva catástrofe, que tenía revolucionada a la casa, le entristecía sobremanera; ni siquiera tuvo bastante coraje para acabar de cenar, con los ojos fijos en su plato todavía lleno.

—¿Por lo visto, la cosa no marcha bien? —murmuró.

Lazare se encogió de hombros con gesto de angustia. La señora Bouland, que conservaba toda su calma, le aconsejaba que no perdiera más el tiempo.

—Coja la tartana. El caballo no va muy deprisa; pero, en dos horas, dos horas y media, puede ir y volver... Hasta entonces, yo me encargo de vigilar.

Entonces, tomando una brusca determinación, salió Lazare a toda prisa, íntimamente convencido de que a su regreso encontraría a su mujer muerta. Se le oyó maldecir y fustigar fuertemente al caballo, que se llevó la tartana en medio de un gran ruido a hierro viejo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó de nuevo Chanteau, a quién nadie se dignaba a responder.

La comadrona subía ya de nuevo y Pauline la siguió después de haber dicho simplemente a su tío que aquella pobre Louise sufría mucho. Como ofreciera acostarle, Chanteau rehusó, obstinándose en permanecer allí para seguir el curso de los acontecimientos. Se apoderaba de él el sueño, dormiría perfectamente en su sillón, igual que se pasaba durmiendo tardes enteras. Apenas si hacía un instante que se encontraba solo, cuando vino Véronique, con su farol apagado. Estaba furiosa. Desde hacía dos años, no había soltado tantas palabras a la vez.

—¡Bien pudieron haber dicho que vendrían por la otra carretera! ¡Y yo que me entretenía mirando por todas las cunetas y me alargué hasta Verchemont como una necia!... E incluso, una vez allá abajo, estuve esperando media hora larga, plantada en medio del camino.

Chanteau la contemplaba con los ojos abiertos de par en par.

—Por Dios, hija mía, pero ¿cómo ibáis a encontraros?

—Luego, ya de regreso, mira por dónde veo al señorito Lazare galopando como un loco, en un coche destartado... Le grito entonces que le están esperando, pero él, sin hacerme caso, fustiga más fuerte al caballo, y estuvo a punto de aplastarme... No, ¡estoy verdaderamente harta de hacer recados que nunca alcanzo a comprender! Sin contar con que mi farol se ha apagado.

Y empezó seguidamente a reñir con su amo tratando de que acabase de comer, para poder al menos despejar la mesa. El pobre viejo no tenía apetito, aunque resolvió no obstante comer un trozo de ternera fría, con objeto más bien de distraerse. Lo que le molestaba en aquel momento, era la falta de palabra del abate. ¿Por qué comprometerse a hacer compañía a la gente, si prefiere uno quedarse en casa? ¡La verdad sea dicha, sin embargo, los sacerdotes ponían una cara muy rara cuando las mujeres estaban de parto! Aquella idea pareció divertirle y se dispuso alegremente a cenar solo.

—Ande, señor, acabe de una vez —repetía Véronique—. Pronto va a dar la una y mi vajilla no puede ir arrastrando por ahí de cualquier forma hasta mañana... ¡Bendita casa ésta en donde siempre se están sufriendo sacudidas!

Y empezaba ya a quitar los platos, cuando Pauline la llamó desde la escalera con voz apremiante. Chanteau, volvió a encontrarse, pues, frente a la mesa, dejado en olvido una vez más y sin que nadie se dignara bajar para facilitarle alguna información.

La señora Bouland acababa de tomar posesión de la alcoba con toda su autoridad, echando una ojeada a los muebles y poniéndose a dar órdenes. Dispuso por lo pronto que encendieran fuego, pues la pieza parecía estar demasiado húmeda. A renglón seguido, puso de manifiesto que el lecho aquel resultaba incómodo, demasiado bajo y excesivamente blando; y como Pauline le dijera que en el granero había un viejo catre, encargó a Véronique que fuera a buscarlo y procedió a instalarlo delante de la chimenea, colocando en la cabecera una tabla y cubriéndolo con un simple colchón. Dijo precisar luego de cierta cantidad de ropa blanca, una sábana que dobló en cuatro para resguardar el colchón, así como de otras sábanas, toallas y paños de cocina, que puso a calentar sobre el respaldo de las sillas, previamente colocadas delante del fuego. Bien pronto, la alcoba, sembrada de toda aquella ropa blanca, con el lecho de través, adquirió el aire de una ambulancia, instalada a toda prisa y a la espera de una batalla.

Por lo demás, desde ahora, la comadrona no paraba de hablar; exhortaba a Louise con voz militar, como si mandara en el mismo dolor. Pauline entretanto, le rogaba en voz baja que no mencionase al médico.

—Esto no será nada, joven señora. Preferiría desde luego que estuviera acostada; pero, puesto que eso la molesta, camine sin miedo, apóyese en mí... He tenido ocasión de atender a partos de ocho meses, en los que los niños eran de mayor tamaño que en los otros... No, no, no le hace tanto daño como se imagina. Enseguida vamos a desembarazarla, en dos tiempos y tres movimientos.

Louise no se calmaba. Sus gritos iban adquiriendo un tono horroroso de angustia. Se agarraba a los muebles; por momentos, palabras y frases incoherentes dejaban traslucir incluso algo de delirio. La comadrona con el fin de tranquilizar a Pauline, le explicaba a media voz que los dolores de la dilatación del cuello resultaban a veces más intolerables que los fuertes dolores de la expulsión. Y que incluso había visto ese trabajo preparatorio durar dos días, tratándose del primer hijo. A lo que temía era a la ruptura de las aguas, antes de que llegara el médico, pues la maniobra que entonces se vería obligada a llevar a cabo, iba a resultar peligrosa.

—No es posible resistir más —repetía Louise jadeante—, ya no puedo seguir aguantando... Quiero morir.

La señora Bouland, se había decidido a darle veinte gotas de láudano en medio vaso de agua. A continuación trató de darle fricciones sobre los lomos. La pobre mujer que perdía paulatinamente sus fuerzas, se abandonaba cada vez más: ya no exigía que su prima y la criada salieran de la habitación, se limitaba a esconder su desnudez bajo su recogido peinador, cuyos faldones aguantaba en sus crispadas manos. Pero el corto

respiro motivado por las fricciones no duró mucho; y una serie de contracciones terribles se declararon entonces.

—Esperemos —dijo estoicamente la señora Bouland. No tengo en mi mano hacer nada en absoluto. Es necesario dejar que la naturaleza obre por sí misma.

E incluso se enzarzó en una discusión respecto del cloroformo, contra el uso del cual sentía la repugnancia característica de la vieja escuela. De creerla a ella, las parturientas morían como moscas, cuando estaban en manos de médicos que empleaban esa droga. El dolor era de todo punto necesario, y jamás una mujer adormecida sería capaz de realizar el mismo buen trabajo que una mujer despierta.

Pauline había leído lo contrario. No respondía, sin embargo, con el corazón inundado de compasión ante el estrago que causaba el mal que iba anonadando poco a poco a Louise hasta hacer de su gracia, de su encanto de rubia delicada, un espantoso objeto digno de misericordia. Experimentaba en su fuero interno algo así como una reacción de cólera contra el dolor, una necesidad imperiosa de suprimirlo, que la habría llevado a combatirlo como un enemigo abierto, si hubiera conocido los medios.

La noche entretanto iba transcurriendo, ya eran cerca de las dos. En varias ocasiones, Louise había hablado de Lazare. Había que mentir, se le dijo que seguía abajo y de tal forma impresionado, que temía desanimarla con su presencia. Por lo demás, la parturienta ya no tenía noción del tiempo: pasaban las horas y los minutos le parecían eternos. El único sentimiento que persistía en su constante agitación, era el de que aquello no acabaría nunca, que todo el mundo a su alrededor obraba con mala voluntad. Eran los demás quienes no querían aliviarla; la emprendía contra la comadrona, contra Pauline, contra Véronique, acusándoles de no saber absolutamente nada respecto de lo que debía hacerse.

La señora Bouland se callaba. Dirigía de vez en cuando miradas furtivas al reloj, aunque no esperase al médico antes de una hora, pues ya conocía la lentitud del caballo. La dilatación estaba a punto de ser completa, la ruptura de la bolsa de aguas iba a ser inminente; e impulsó a la joven a que se acostara. Luego la previno:

—No se asuste, si se nota mojada... Y ¡no se mueva por favor! Preferiría no apresurar nada por ahora.

Louise permaneció inmóvil algunos segundos. Necesitaba un excesivo esfuerzo de voluntad para resistir a los sobresaltos desordenados del sufrimiento; su propio mal la irritaba, pronto ya no pudo luchar más, saltó del catre, por un exasperado esfuerzo de todos sus miembros. Y en aquel mismo instante, cuando sus pies tocaban la alfombra, hubo un ruido sordo parecido al de un pellejo que se rompe y sus piernas quedaron mojadas; dos amplias manchas aparecieron en su peinador.

—¡Ya llegó lo que me temía! —dijo la comadrona, maldiciendo entre dientes.

Aunque prevenida, Louise permaneció en el mismo sitio, temblorosa, contemplando aquel riachuelo que salía de ella misma, con el terror de ver el peinador y la alfombra inundados de sangre. Las manchas permanecían pálidas, la oleada se había detenido bruscamente y eso hizo que se tranquilizara. Volvieron a acostarla a toda prisa. Experimentaba una súbita calma, un tal bienestar inesperado, que, con aire de triunfante alegría se puso a decir:

—Era eso lo que me molestaba. Ahora no sufro en absoluto, todo acabó... Bien sabía yo que no podía dar a luz en el octavo mes. El parto tendrá lugar el mes próximo... Ninguno ha sabido por dónde iba, ni unos ni otros.

La señora Bouland, meneaba la cabeza, sin querer echarle a perder aquel momento de respiro, y le contestaba que los fuertes dolores de expulsión estaban todavía por llegar. Advirtió únicamente a Pauline en voz baja, para evitar una posible caída, en el caso de que la parturienta forcejeara. Pero cuando los dolores volvieron a hacer su aparición, Louise ya no trató de levantarse: no tenía en aquellos momentos ni la voluntad ni la fuerza necesarios para ello. Al primer despertar del mal su tez se hizo plomiza, su cara adoptó un gesto de desesperación. Había cesado de hablar, se encerraba en aquella tortura sin fin, para la que no contaba en absoluto con la ayuda de nadie, notándose tan abandonada, tan miserable a la larga, que sólo deseaba morir inmediatamente. Además, ya no se trataba de aquellas contracciones involuntarias que, desde hacía veinte horas, le arrancaban las entrañas; eran los de ahora esfuerzos atroces de todo su ser, esfuerzos que, por otra parte, no podía contener y que ella misma exageraba incluso, por un deseo irresistible de desembarazarse. El empuje, partía de debajo de las costillas, descendía a los riñones, para desembocar en las ingles en una especie de desgarramiento, ensanchado sin cesar. Cada músculo del vientre trabajaba, se atirantaba sobre las caderas, con encogimientos y dilataciones propias de un resorte; incluso los de las nalgas y los muslos se agitaban, y había momentos en que parecían ir a levantarla del colchón. Experimentaba un continuo temblor que no la abandonaba un solo instante; desde la cintura hasta las rodillas se sentía asimismo sacudida por amplias y dolorosas ondas, que podían verse, una a una, descender bajo la piel, en el estiramiento cada vez más rígido de la carne.

—¡Esto no acabará nunca, Dios mío! —murmuraba Pauline.

Aquel espectáculo acababa con la calma y el valor que eran habituales en ella. Parecía como si quisiera aportar su propio impulso, mediante un esfuerzo imaginario a cada uno de los gemidos de trabajadora sofocada con que la parturienta acompañaba su tarea. Los gritos, al principio sordos, iban subiendo poco a poco de tono, se hinchaban hasta convertirse en quejas de cansancio y de impotencia. Era algo así como la rabia, el jadeo violento del leñador, que abate su hacha durante horas y horas sobre el mismo nudo, sin haber podido cortar siquiera la corteza.

Entre ataque y ataque, durante los cortos instantes de reposo, Louise se quejaba de una sed ardiente. Su garganta sin saliva experimentaba penosos movimientos de estrangulación.

—Me muero, ¡dadme de beber!

Bebía un ligero sorbo de tila que Véronique tenía delante del fuego. Pero, con frecuencia, en el momento en que se llevaba la taza a los labios, Pauline tenía que volver a cogerla, pues sobrevenía otro ataque y las manos de la parturienta se ponían de nuevo a temblar; en tanto que su trastornado rostro se teñía de púrpura y el cuello se cubría de sudor, debido al nuevo esfuerzo de empuje que pusiera en tensión los músculos.

Notó asimismo calambres. A cada instante hablaba de levantarse para satisfacer necesidades que pretendía sufrir. La comadrona se oponía a ello enérgicamente.

—Debe permanecer tranquila. Lo que nota es un efecto del trabajo... Cuando sea usted decidida para no hacer nada, habrá adelantado mucho ¿no es eso?

Cuando fueron las tres, la señora Bouland no quiso seguir ocultando a Pauline su inquietud. Síntomas alarmantes empezaban a manifestarse, sobre todo una lenta disminución de fuerzas. Hubiérase podido creer incluso que la parturienta sufría menos, pues lo mismo sus gritos que sus esfuerzos disminuían de fuerza; pero la verdad era que el trabajo amenazaba con detenerse, por un cansancio demasiado grande. Sucumbía propiamente a aquellos sus dolores sin fin, cada minuto de retraso se convertía en un peligro. Reapareció el delirio, e incluso tuvo un desvanecimiento. La señora Bouland aprovechó la ocasión para tantearla una vez más y comprobar mejor la posición.

—Es lo que yo me temía —murmuró la comadrona—. ¿Se habrá roto acaso las piernas el caballo, para que aún no estén de vuelta?

Y, como Pauline la dijera entonces que no podía dejar morir así a aquella desdichada, la comadrona se indignó.

—¡Crea usted que me estoy divirtiendo!... Si intento la maniobra y la cosa sale mal, entonces todos los disgustos recaerán sobre mis espaldas. ¡Y tolerantes que son con nosotras, que digamos!

Cuando Louise recobró el conocimiento, se quejaba de una molestia.

Se trata del bracito que asoma —siguió diciendo la señora Bouland en tono muy bajito—. Está enteramente liberado... Pero el hombro sigue allí y no saldrá jamás.

Sin embargo, a las tres y media, ante la situación cada vez más crítica, acaso se hubiera decidido actuar, cuando Véronique, que subía de la cocina, llamó a la señorita para hablarla en el pasillo, donde le dijo que llegaba el médico. La dejaron unos instantes sola al lado de la parturienta, mientras la joven y la comadrona bajaban a toda prisa. En medio del patio, Lazare balbuceaba impropiedades contra el caballo; pero cuando supo que su mujer todavía vivía, la reacción que experimentó fue tan fuerte,

que se calmó de pronto. El doctor Cazenove subía ya por la terraza, haciendo a la señora Bouland una serie de preguntas rápidas.

—Su repentina presencia la asustaría —dijo Pauline mientras remontaban la escalera—. Ahora que está usted aquí, es preciso que se la prevenga.

—Hacedlo con rapidez —respondió simplemente el doctor, con voz breve.

Pauline entró ella sola en la habitación y los otros aguardaron en la puerta.

—Escucha, querida —dijo entonces a su amiga—, imagínate que el doctor, después de verte ayer, ha temido sin duda algo; acaba de llegar... Debieras permitir que te visite, puesto que la cosa no ha acabado ni mucho menos.

Louise no pareció oírla. No hacía más que dar vueltas desesperadamente sobre la almohada. Por fin, balbuceó:

—Como queráis, ¡Dios mío!... ¿Es que puedo decir acaso lo que quiero? En realidad ya no existo.

El doctor se había acercado. Entonces, la comadrona invitó a Pauline y a Lazare a que bajaran: ella misma iría a darles cuenta de lo que fuera sucediendo, y les llamaría también si necesitaba ayuda. Se retiraron, pues, silenciosamente. Abajo, en el comedor, Chanteau acababa de dormirse ante la mesa que aún no había sido despejada. Debió cogerle el sueño en medio de su ligera cena, prolongada expresamente con la lentitud propia de una distracción, pues el tenedor se hallaba todavía en el borde del plato, en el que podía verse un resto de ternera. Al entrar, Pauline hubo de regular la lámpara que humeaba y estaba a punto de extinguirse.

—No le despertemos —murmuró la joven—. No tiene objeto el que esté enterado.

Sentóse dulcemente en una silla, en tanto que Lazare permanecía de pie, inmóvil. Una horrible espera empezó entonces, ni uno ni otra se decían una sola palabra, ni siquiera les era posible sostener la angustia de sus miradas, por lo que volvían la cabeza en cuanto sus ojos se encontraban. Y a todo esto, ningún ruido llegaba de arriba, las debilitadas quejas, ya no se oían, era en vano que prestaran atención, pues lo único que lograban captar era el zumbido de su propia fiebre. Y era ese gran silencio estremecedor, ese silencio de muerte, lo que, a la larga les aterraba por encima de todo. ¿Qué estaba ocurriendo?, ¿por qué les habían hecho salir? Hubieran preferido los gritos, una lucha, cualquier cosa viviente que siguiera forcejeando en sus cerebros. Los minutos pasaban, y la casa se hundía aún más en aquel vacío. Abrióse por fin la puerta y entró el doctor Cazenove.

—¿Puede decirnos algo? —preguntó Lazare, que acabó por sentarse frente a Pauline.

El doctor no respondió de buenas a primeras. La claridad humeante de la lámpara, esa claridad turbia de las veladas largas, iluminaba mal su viejo y curtido rostro en el que las fuertes emociones sólo conseguían hacer palidecer las arrugas. Pero, cuando

empezó a hablar, el sonido quebrantado de sus palabras dejó traslucir la lucha que se libraba en él.

—Pues bien, el caso es que todavía no he hecho nada —respondió—. No quiero actuar sin consultarles antes.

Y, con gesto maquinal, se pasó los dedos por la frente, como para apartar algún obstáculo, un nudo que no era posible deshacer.

—No somos nosotros sin embargo quienes tenemos que decidir, doctor —dijo Pauline—. La dejamos en sus manos.

El doctor entonces meneó la cabeza. Un recuerdo inoportuno parecía no querer abandonar su mente, se acordaba de algunas negras en cuyos partos había intervenido estando en colonias; de una sobre todo en que el niño se presentaba de aquella manera, por el hombro, y que sucumbió mientras él la libraba de un paquete de carne y huesos. Para los cirujanos de marina, aquellas eran las únicas experiencias posibles en cuanto se refiere a mujeres destripadas sobre la marcha, cuando prestaban por aquellas tierras algún servicio de hospital. Desde que se acogió al retiro en Arromanches, mucho era lo que había practicado, adquiriendo la habilidad que trae consigo la costumbre; pero el caso tan difícil que volvía a encontrar, precisamente en aquella casa a la que le ligaba una buena amistad, acababa de volverle a sus dudas y vacilaciones de antaño. Temblaba como un principiante, inquieto también por sus viejas manos, que ya no tenían la energía de la juventud.

—Es preciso que os lo cuente todo —continuó diciendo—. La madre y el niño, tengo la impresión de que están perdidos. Aunque acaso estuviéramos todavía a tiempo de salvar el uno o la otra...

Lazare y Pauline se levantaron de sus asientos, helados por el mismo escalofrío. Chanteau, despierto por el ruido de voces, abrió sus turbados ojos, y escuchaba con azoramiento las cosas que se decían delante suyo.

—¿A quién debo intentar salvar? —repetía el médico, tan tembloroso como los mismos pobres infelices a quienes planteaba semejante alternativa—. ¿Al niño o a la madre?

—¿A quién?, ¡Dios mío! —exclamó Lazare...— ¿Qué sé yo? ¿Es que puedo permitirme acaso tomar una decisión?

Acudieron de nuevo las lágrimas a sus ojos, estrangulando su voz, mientras su prima, muy pálida, permanecía muda ante aquella temible alternativa.

—Si intento la versión —continuó diciendo el doctor, que discutía sus propias incertidumbres en voz alta— la criatura saldrá sin duda hecha papilla. Y terno fatigar a la madre, que lleva ya mucho tiempo sufriendo... Por otra parte, la operación cesárea aseguraría la vida del pequeño; pero el estado de la pobre mujer no es desesperado hasta el extremo de que me crea con derecho a sacrificarla de ese modo... Se trata de

un problema de conciencia y os suplico seáis vosotros mismos quienes os pronunciéis sobre el particular.

Los sollozos impedían a Lazare contestar. Había cogido su pañuelo y lo retorció convulsivamente en el esfuerzo que hiciera para recobrar algo de su serenidad. Chanteau seguía mirando, estupefacto. Y fue Pauline quien pudo decir:

—¿Por qué se decidió a bajar?... Hace mal torturándonos, cuando es usted solo quien puede saber y actuar.

En aquel preciso momento llegaba la señora Bouland para anunciar que la situación se agravaba.

—¿Se tomó por fin una decisión?... Se debilita por momentos.

Entonces, en uno de esos bruscos arranques que desconciertan, el doctor abrazó a Lazare, tuteándole.

—Escucha, voy a tratar de salvar a los dos. Y si sucumben; pues bien, en ese caso mayor será mi pena que la tuya, porque consideraré que la culpa es mía.

Rápidamente, con la vivacidad del hombre resuelto, discutió el empleo del cloroformo. Había traído consigo todo lo necesario, pero ciertos síntomas le hacían temer una hemorragia, lo que entrañaba una contraindicación formal. Los síncope y la debilidad del pulso le preocupaban sobremanera. También tuvo que ofrecer resistencia a las súplicas de la familia, que pedía el cloroformo, cansada y enferma por su parte debido a aquellos sufrimientos que venía compartiendo desde hacía veinticuatro horas; y se sentía apoyado en su negativa por la actitud de la comadrona, cuyos hombros se encogían de repugnancia y de desprecio.

—Atiendo por lo general el parto de doscientas mujeres cada año —murmuraba—. ¿Y es que acaso necesitan de eso para salir adelante?... ¡Ya sabemos que sufren, todo el mundo sufre!

—Subid, hijos míos —repuso el doctor—. Os necesitaré... Y además, prefiero teneros conmigo.

Todos abandonaban el comedor, cuando Chanteau habló por fin. Llamaba a su hijo.

—Acércate a darme un abrazo... ¡Ah!, ¡esa pobre Louissette! Cuán terribles resultan semejantes complicaciones en el momento en que uno no las espera ¿no te parece? ¡Si por lo menos fuera de día!... Avísame cuando se haya acabado.

Y de nuevo se quedó solo en la pieza. La lámpara humeaba, el pobre viejo cerraba los párpados, cegado por la turbia claridad y rendido nuevamente por el sueño. Estuvo luchando no obstante durante algunos minutos, paseando sus miradas sobre la vajilla que había encima de la mesa y por la desbandada de sillas, de las que aún colgaban las servilletas. Pero la atmósfera era muy pesada y el silencio demasiado aplastante. Hubo de sucumbir, sus párpados se volvieron a cerrar, y sus labios empezaron a emitir

un ligero y regular soplado, en medio del trágico desorden de aquella cena interrumpida desde la víspera.

Arriba, el doctor Cazenove aconsejó que hicieran un gran fuego en la alcoba vecina, la antigua habitación de la señora Chanteau: podríamos necesitarlo después del parto. Véronique, que había estado al cuidado de Louise durante la ausencia de la comadrona, se fue enseguida a encender la chimenea. Luego, fueron tomadas todas las medidas del caso, se pusieron finas sábanas delante de la chimenea, se trajo una segunda palangana, se montó un escalfador de agua caliente y se preparó un litro de aguardiente y manteca de cerdo en un plato. El doctor estimó deber propio prevenir a la parturienta.

—Mi querida niña —dijo—, no se inquiete, pero es de todo punto necesario que intervenga... Todos tenemos su vida en gran estima, y si el pobre pequeño resulta amenazado, tampoco podemos dejarla así por más tiempo... Me permite actuar ¿no es eso?

Louise no parecía oírle. Rígida por los esfuerzos que continuaba haciendo aun a pesar suyo, con la cabeza inclinada hacia la izquierda sobre la almohada y la boca abierta, emitía un quejido bajito, continuo, a modo de estertor. Cuando se levantaban sus párpados contemplaba el techo con extravío, como si hubiera despertado en un lugar desconocido.

—¿Me permite? —repetía el doctor.

Ella entonces, balbuceó:

—Máteme, máteme enseguida.

—Obre rápidamente, se lo suplico —murmuró Pauline al médico—. Aquí estamos para asumir la responsabilidad de todo.

Sin embargo, el doctor insistía, diciéndole a Lazare:

—Respondo de ella, si no sobreviene una hemorragia. Pero el niño me parece estar condenado. En estas condiciones se matan nueve de cada diez, pues siempre hay lesiones, fracturas, e incluso a veces, un aplastamiento completo.

—Ande, ande, doctor —respondió el padre, con un gesto de desvarío.

No se estimó el catre lo bastante sólido. Y la joven fue transportada al lecho grande, después de haber colocado un tablón entre los colchones. Con la cabeza vuelta hacia la pared, adosada a un montón de almohadas, la parturienta tenía los riñones apoyados en el borde mismo de la cama; fueron separados los muslos y colocados los pies sobre los respaldos de dos silloncitos.

—Me parece perfecto —decía el médico comentando todos aquellos preparativos. Estaremos bien, la tarea va a resultar cómoda... Sólo que sería prudente aguantarla, en previsión de que forcejease.

Louise ya no era la misma. Acababa de abandonarse cual si fuera un objeto. Su pudor de mujer, su repugnancia a dejarse ver en su estado y en su desnudez, se

habían desvanecido por fin, arrastrados por el sufrimiento. Sin fuerzas para levantar un dedo, no tenía ya conciencia ni de la desnudez de su piel, ni de aquellas gentes que la estaban tocando. Y, descubierta hasta el pecho, con el vientre al aire, las piernas separadas, en ese estado permanecía, sin un estremecimiento siquiera, exhibiendo su maternidad ensangrentada y boquiabierta.

—La señora Bouland sostendrá uno de los muslos continuaba diciendo el doctor, y usted Pauline, tiene que prestarnos el servicio de aguantar el otro. No tenga miedo, apriete firme, impida todo movimiento... Y ahora Lazare me liaría un gran favor alumbrándome.

Se le obedecía, aquella desnudez había desaparecido también para ellos. No veían otra cosa que la miseria digna de compasión, el drama que entraña un nacimiento reñido, que mataba por sí mismo la idea del amor. Ante la gran claridad brutal, el misterio turbador había desaparecido de la tan delicada piel y de los lugares secretos del rizado vellón de rubios mechones; y no quedaba allí sino la humanidad dolorosa, el alumbramiento en medio de la sangre y la suciedad, haciendo crujir el vientre de las madres, ensanchando en forma horripilante aquella hendidura roja, semejante a un golpe de hacha que abre el tronco y deja deslizarse la vida de los grandes árboles.

El médico seguía conversando a media voz, quitándose su levita y recogiendo la manga izquierda de su camisa hasta por encima del codo.

—Hemos esperado demasiado, la introducción de la mano será difícil... Vean ustedes, el hombro se ha metido ya en el cuello.

En medio de los músculos atascados y tensos, entre los burletes rosáceos, hacía su aparición la criatura. Pero allí estaba detenido, por el estrangulamiento del órgano que no podía franquear. Sin embargo, los esfuerzos del vientre y de los riñones, trataban todavía de expulsarlo; incluso desvanecida, la madre empujaba violentamente, se esforzaba en tan penoso trabajo, obedeciendo a esa necesidad mecánica del alumbramiento; y las ondas dolorosas continuaban su descenso, acompañadas cada una de ellas del grito de su obstinación, luchando contra lo imposible. Fuera de la vulva, colgaba la mano de la criatura. Era una manita negra cuyos deditos se abrían y se cerraban a cada momento, como si se hubiera agarrado a la vida.

—Afloje un poco el muslo —dijo la señora Bouland a Pauline—. Es inútil cansarla.

El doctor Cazenove se había colocado entre las dos rodillas, sostenidas por ambas mujeres. Se volvió un instante asombrado por las claridades danzantes que le iluminaban. Detrás suyo, Lazare temblaba tan fuerte, que la bujía se agitaba en su puño como asustada ante el soplo de un vendaval.

—Mi querido mozo —le dijo el médico—, coloque la palmatoria sobre la mesilla de noche. De esa manera verá mejor.

Incapaz de seguir contemplando aquello, el marido fue a tumbarse sobre una silla, al otro extremo de la habitación. Y hacía bien no mirando más, pues a pesar de todo

continuaba percibiendo la pobre manita del pequeño ser, esa mano que quería vivir, que parecía buscar a tientas un socorro en este mundo al que ella era la primera en llegar.

Entonces, el doctor se arrodilló. Había untado de manteca de cerdo su mano izquierda, que se puso a introducir lentamente, mientras colocaba la derecha sobre el vientre. Fue preciso hacer retroceder el bracito, entrarlo rápidamente de nuevo, para que los dedos del operador pudieran pasar; y esa fue la parte peligrosa de la maniobra. Los dedos, alargados en forma de cono, penetraron seguidamente poco a poco, con un ligero movimiento giratorio que facilitó la introducción de la mano hasta la muñeca. Hundióse todavía más, y continuó avanzando, en busca de las rodillas y luego de los pies del niño; en tanto que la otra mano apretaba más sobre el bajo vientre, para ayudar de ese modo a la tarea anterior. Pero de toda esa labor, nada resultaba posible ver, nada podía observarse que no fuera aquel brazo desaparecido dentro de aquel cuerpo.

—La señora es muy dócil —hizo recalcar la señora Bouland—. Hay ocasiones en que se necesitan hombres para aguantarlas.

Pauline apretaba maternalmente contra sí el miserable muslo que notaba tiritar de angustia.

—Querida, ten valor —murmuró ella a su vez.

Reinó un silencio. Louise no habría podido decir lo que le estaban haciendo, experimentaba únicamente una creciente ansiedad, una sensación de arrancamiento. Y Pauline ya no reconocía en ella a la delicada joven de finos rasgos y tierno encanto, en aquella sucia criatura colocada de través en el lecho, con la cara descompuesta por el sufrimiento. Las flemas que escapaban por entre los dedos del operador, habían ensuciado el dorado vello que ensombrecía la blanca piel. Algunas gotas de una sangre negra se deslizaban por un pliegue de la carne e iban a caer una a una sobre la sábana con la que se había cubierto el colchón.

Surgió un nuevo síncope, Louise pareció estar muerta, y el trabajo de sus músculos se detuvo casi por entero.

—Prefiero que ocurra así —dijo el médico a quien la señora Bouland advertía sobre el particular. Me estaba triturándola mano, que me iba a ver obligado a retirar, hasta tal punto se hacía insoportable el dolor... ¡Ah!, ¡ya no soy ningún joven!, pues si así fuera, con seguridad que ya habría acabado.

Al cabo de un instante, su mano izquierda alcanzaba los pies y los conducía suavemente para operar el movimiento de versión. Se produjo un paro, lo que le obligó a comprimir el bajo vientre, con su mano derecha. La otra, volvía a salir sin sacudidas, la muñeca primero, luego los dedos. Y los pies de la criatura aparecieron por fin. Todos experimentaron un alivio, Cazenove lanzó un suspiro; tenía la frente

bañada en sudor, la respiración cortada, como después de haber realizado un violento ejercicio.

—Vamos por buen camino, me parece que nada malo ocurre, el corazoncito sigue latiendo... ¡Pero todavía no tenemos entre nosotros a ese bravo mozo!

Habíase recobrado e incluso simulaba reír. Con voz viva, pidió a Véronique unos paños calientes. Luego, mientras se lavaba la mano, manchada y sangrante como la de un carnicero, quiso levantar el ánimo del marido, materialmente desplomado sobre su silla.

—Vamos a acabar de un momento a otro, querido. Un poco de esperanza ¡qué diablos!

Lazare no se movió. La señora Bouland que acababa de sacar a Louise de su desvanecimiento, dándole a respirar un frasco de éter, se inquietaba sobre todo al ver que el trabajo de expulsión ya no se hacía. Hablaba en voz baja con el doctor, quien, a renglón seguido, continuó diciendo en voz alta:

—Me lo esperaba. Precisa que la ayude.

Y, dirigiéndose a la parturienta, dijo:

—Procure no contenerse, haga valer sus dolores. Si me secunda un poco, verá como todo marcha bien.

Pero ella hizo entonces un gesto, como para significar que se encontraba agotada y sin fuerzas. Apenas si se la oyó balbucear:

—No noto ni una sola parte de mi cuerpo.

—Pobrecilla mía —dijo Pauline abrazándola—. ¡Vamos que tus penas se están terminando!

Ya el doctor había vuelto a arrodillarse, de nuevo las dos mujeres sostenían los muslos, en tanto que Véronique pasaba al doctor los paños tibios. Éste, había envuelto con ellos los piecitos y tiraba de ellos lentamente, con una tracción suave pero continua; y sus dedos iban remontando a medida que el niño descendía, le cogía por los tobillos, por las pantorrillas, luego por las rodillas, agarrando así cada nueva parte que iba saliendo. Cuando aparecieron las caderas, evitó hacer presión alguna sobre el vientre, contorneó los riñones, y actuó con las dos manos sobre las ingles. El pequeño seguía deslizándose, ensanchando el burlete de sonrosadas carnes, en una tensión creciente. Pero la madre, dócil hasta entonces, forcejeó con brusquedad, bajo los dolores de que volvía a ser presa. Ya no eran solamente los esfuerzos, todo su cuerpo crujía; le parecía que la rajaban con la ayuda de una cuchilla muy pesada, lo mismo que había visto los bueyes en las carnicerías. Su rebelión estalló tan fuerte y violenta, que se soltó de su prima y la criatura resbaló de las manos del doctor.

—¡Atención! —gritó el doctor—. ¡Impidan que se mueva!... Si el cordón no ha sido comprimido, estaremos de suerte.

Había vuelto a coger el cuerpecito, se apresuraba a liberar los hombros, e iba conduciendo los brazos el uno después del otro, para que el volumen de la cabeza no resultase aumentado. Pero los sobresaltos convulsivos de la parturienta le estorbaban, y se detenía en cada ocasión por temor a una fractura. Las mujeres tenían harto trabajo sosteniéndola con todas sus fuerzas sobre aquel lecho de miseria; la parturienta les sacudía a cada instante, trataba de levantarse mediante un atiesamiento irresistible de la nuca. En su continuo forcejeo acababa de agarrarse a la madera de la cama, que no había manera de hacerle soltar; y ella por su parte, buscaba allí un punto de apoyo, distendía violentamente las piernas, con la idea fija de librarse de todas aquellas gentes que la torturaban. Tratábase de un auténtico ataque de rabia, profiriendo horribles gritos en medio de aquella sensación que la embargaba de que la estuvieran asesinando y descuartizando materialmente desde los riñones hasta el vientre.

—Ya no queda más que la cabeza —dijo el doctor, cuya voz temblaba—. No me atrevo a tocar ahí en medio de esos continuos saltos... Puesto que han vuelto los dolores, es señal de que va a parir por sí misma. Esperemos un poco.

El doctor hubo de sentarse. La señora Bouland, sin soltar a la madre, vigilaba la criatura, que reposaba en medio de los sangrantes muslos, retenido todavía al cuello y como estrangulado. Sus pequeños miembros se agitaban débilmente, luego cesaron los movimientos. Volvió a imperar el miedo, el médico concibió entonces la idea de excitar las contracciones para precipitar las cosas. Se levantó y ejerció presiones bruscas sobre el vientre de la parturienta. Transcurrieron algunos minutos de verdadero espanto, la desdichada daba alaridos más fuertes a medida que la cabeza iba saliendo y repelía las carnes, que se iba agrandando en forma de un ancho anillo blanquecino. Por debajo, entre las dos cavidades distendidas y abiertas, la delicada piel se abombaba horrorosamente tan adelgazada, que se temía una ruptura. Brotaron excrementos, la criatura cayó en un último esfuerzo, bajo una lluvia de sangre y de aguas sucias.

—¡Por fin! —dijo Cazenove—. Éste sí que podrá vanagloriarse de no haber venido a este mundo alegremente.

La emoción era tan grande, que nadie se había preocupado por el sexo de la criatura.

—Es un varón, señor —anunció la señora Bouland al marido.

Lazare, la cabeza vuelta contra la pared, estalló en sollozos. Había en él una inmensa desesperación, en su mente surgía la idea de que más les habría valido morir todos, que vivir después de tales sufrimientos. Aquel ser que nacía, la entristecería de nuevo hasta la muerte.

Pauline se inclinó hacia Louise, para besarla de nuevo en la frente.

—Ven a besarla —le dijo entonces a su primo.

Acercóse éste y se inclinó a su vez. Pero se sintió sobrecogido por un escalofrío, al contacto de aquella cara cubierta de un sudor helado. Su mujer estaba sin aliento, con los ojos cerrados. Y se puso de nuevo a sofocar sus sollozos, al pie del lecho, con la cabeza apoyada en la pared.

—Le creo muerto —murmuraba el doctor—. Aten rápidamente el cordón.

En el momento de nacer, el niño, no había exhalado esos maullidos agrios, acompañados del gorgoteo sordo que anuncia la entrada de aire en los pulmones. Era de un color azul negro, lívido en algunos sitios, pequeño para sus ocho meses, con una cabeza de exagerado grosor.

La señora Bouland, con rápida mano, cortó y anudó el cordón umbilical, después de haber dejado escapar una ligera cantidad de sangre. El niño seguía sin respirar, los latidos del corazón permanecían insensibles.

—Se terminó —declaró Cazenove—. Quizá pudieran intentarse fricciones e insufflaciones; pero creo que sería perder el tiempo... Y además, ahí está la madre que precisa en gran manera se piense en ella.

Pauline escuchaba.

—Démelo —dijo—. Quiero ver... Si no respira, será porque se me habrá acabado el aliento.

Y se lo llevó a la pieza vecina, después de haber cogido la botella de aguardiente y una serie de paños.

Nuevos dolores, mucho más débiles, sacaban a Louise de su agobio. Se trataba de los últimos dolores de la liberación. Cuando el doctor hubo ayudado a la expulsión de las secundinas, tirando sobre el cordón, la comadrona la levantó para quitar las toallas, que una ola espesa de sangre acababa de enrojecer. Seguidamente la acostaron entre las dos, lavados los muslos y separados el uno del otro por una sabanilla, y el vientre vendado con una tela ancha. El miedo a una hemorragia todavía atormentaba al doctor, aunque desde luego se aseguró de que no quedaba sangre en el interior, y que la cantidad perdida era casi la normal. Por otra parte, las secundinas le parecían completas; pero la debilidad de la parturienta, y sobre todo el sudor frío que cubría todo su cuerpo, seguían siendo muy alarmantes. No se movía en absoluto, de una palidez de cirio, con la sábana hasta la barbilla, aplastada bajo las mantas que no conseguían recalentarla para nada.

—Permanezca a su lado —dijo a la comadrona el médico, que no abandonaba el pulso de Louise—. Yo mismo no pienso abandonarla hasta que me sienta completamente tranquilo.

Al otro lado del pasillo, en la antigua alcoba de la señora Chanteau, luchaba Pauline contra la creciente asfixia del pequeño miserable ser que se había traído consigo. Se apresuró a colocarle sobre un sillón delante del gran fuego encendido en la chimenea; y, de rodillas, mojando un paño en una taza llena de alcohol, le

friccionaba sin interrupción, con una fe terca, sin notar siquiera el calambre que poco a poco iba atiesando su brazo. Era de carne tan pobre, de una fragilidad tan digna de lástima que su mayor temor consistía en acabar de matarlo si frotaba demasiado fuerte. Por lo demás, su movimiento de vaivén tenía una suavidad de caricia, algo así como el roce continuo del ala de un pájaro. Le daba vueltas a cada uno de aquellos miembros. Pero la criatura seguía sin moverse. Si las fricciones le recalentaban un poco, su pecho en cambio permanecía hundido, ningún soplo parecía levantarle aún. Por el contrario, se había azulado más.

Entonces, sin sentir repugnancia alguna hacia aquella carita blanca, apenas lavada, acopló su boca a su boquita inerte. Lenta y prolongadamente, procedía a soplar, midiendo su aliento para adecuarlo a la fuerza de aquellos estrechos pulmones, en los que el aire no había podido entrar. Cuando ella misma se ahogaba, tenía que detenerse durante algunos segundos; luego, volvía a empezar. Le subía la sangre a la cabeza, sus oídos se llenaban de zumbidos; sintió un poco de vértigo. No le dejaba un instante, y así le fue dando su aliento durante más de media hora, sin verse animada por el menor resultado. Cuando le tocaba aspirar no le llegaba al gusto más que una insulsez de muerto. Con mucha suavidad, había intentado en vano hacer funcionar las costillas, apretando con la punta de los dedos. Con nada alcanzaba éxito, otra en su lugar habría abandonado aquella resurrección imposible. Pero ponía en su empeño una obstinada desesperación de madre que acaba de adecuar a la vida al hijo mal salido de sus entrañas. Quería que viviese, y notaba por fin animarse aquel pobre cuerpo, la boquita había experimentado como un ligero estremecimiento bajo la suya.

Después de cerca de una hora, la angustia de aquella lucha, la tenía desolada; sola en aquella pieza, abstraída de todo. La débil señal de existencia, esa sensación tan breve en sus labios, le dio nuevos bríos. Empezó otra vez las fricciones, continuó de minuto en minuto dándole su aliento, alternando, gastándose con su desbordante caridad. Tratábase de una necesidad creciente de vencer, de crear la vida. Por un momento, temió haberse equivocado, pues sus labios no notaban sino labios inmóviles. Luego, sin embargo, tuvo de nuevo conciencia de una rápida contracción. Poco a poco, el aire entraba, le era captado y también devuelto. Bajo su pecho le parecía oír que se iban regulando los latidos del corazón. Y su boca no abandonó ya la boquita aquella, la compartía por decirlo así, vivía con el pequeño ser; no tenía ambos más que un solo aliento, en aquel milagro de resurrección; un aliento lento, prolongado, que iba del uno al otro como si se tratara de un alma común. Flemas, mucosidades, ensuciaban sus labios, pero el gozo de haberle salvado se llevaba consigo aquel disgusto: lo que aspiraba ahora llevaba en sí un apretado calor de vida, que la embriagaba. Cuando por fin se puso a gritar, con un débil grito quejoso, ella cayó sentada delante del sillón, removida hasta el vientre.

El fuego de la chimenea ardía muy alto, llenando la alcoba de una viva claridad. Pauline seguía en el suelo delante del niño, al que aún no se había mirado. ¡Cuán enclenque era!, ¡qué pobre ser apenas formado! Y una última rebelión remontaba en ella, su salud protestaba contra aquel hijo miserable que Louise daba a Lazare. Echaba una mirada desesperada sobre sus caderas, a su vientre de virgen que acababa de estremecerse. Dada la anchura de sus caderas, habría tenido sin duda un hijo sólido y fuerte. Venía a ser aquel un inmenso lamento de su equivocada existencia, de su sexo de mujer que dormiría estéril. La crisis que la había tenido como agonizante durante la noche de boda, comenzaba de nuevo, frente a aquel nacimiento. Precisamente aquella mañana se había despertado ensangrentada debido al flujo perdido de su fecundidad; y en aquel mismo momento, después de las emociones de aquella terrible noche, le sentía fluir en sí misma, lo mismo que una agua sin utilidad alguna. Jamás sería madre; hubiera querido ella que toda la sangre de su cuerpo se consumiera, se fuese en aquella misma forma puesto que no podía originar la vida. ¿Para qué la servía su vigorosa pubertad, sus órganos y sus músculos obstruidos de savia, el potente olor que remontaba de sus carnes, cuya fuerza pujaba en morenas floraciones? Seguiría siendo ella lo mismo que un campo inculto que se deseca aparte. En lugar de aquel miserable engendro, semejante a un insecto desnudo que había sobre el sillón, veía ella al grueso chicarrón que hubiera nacido de su matrimonio, y no podía consolarse; lloraba el niño que no tendría.

Pero el pobre ser continuaba chillando. Empezó a agitarse y ella tuvo miedo de que se cayera. Su caridad despertó entonces ante tanta fealdad y tanta debilidad. Le tranquilizaría por lo menos, le ayudaría a vivir, lo mismo que había sentido el gozo de ayudarle a nacer. Y, en ese olvido de sí misma, acabó por prestarle los primeros cuidados, le puso sobre sus rodillas, vertiendo todavía lágrimas en las que se mezclaban el lamento de su maternidad y su compasión por la miseria de todos los seres vivientes.

Advertida la señora Bouland, vino a ayudarla a lavar al recién nacido. Empezaron por envolverle en un paño tibio, después le vistieron y le acostaron en el lecho de la derecha en espera de que fuera preparada la cuna. La comadrona, estupefacta de encontrarle con vida, le había examinado con sumo cuidado; y decía que parecía tener buena conformación, pero que costaría mucho trabajo sacarlo adelante de tan enclenque como era. Por lo demás, se apresuró a volver cerca de Louise que seguía estando en grave peligro.

Cuando Pauline se instalaba al lado del niño, Lazare, advertido del milagro, entró a su vez.

—Acércate a verle —dijo ella muy emocionada.

Así lo hizo el padre, pero temblando y sin poder contener la siguiente frase:

—¡Dios mío! ¡Y le acostaste en ese lecho!

Ya al traspasar el umbral de la puerta, Lazare había experimentado un estremecimiento. Aquella alcoba abandonada, ensombrecida aún por el luto y en la que raras veces se entraba, aparecía ante su vista caldeada y luminosa, alegrada por el chisporroteo del fuego. Los muebles sin embargo habían permanecido en su sitio, el péndulo seguía marcando las siete horas y treinta y siete minutos, nadie durmió en la habitación desde que su madre muriera en ella. Y era en ese mismo lecho donde su madre había expirado, en ese lecho sagrado y temible, donde contemplaba renacer a su hijo, de tamaño insignificante en medio de la amplitud de las sábanas.

—¿Te contraría eso acaso? —pregunto Pauline sorprendida.

Respondió que no con la cabeza, no podía hablar, tanta era la emoción que le embargaba. Luego, balbuceó por fin:

—Es que me hace pensar en mamá... Ella se fue, y he aquí otro que también desaparecerá llegado el momento. ¿Por qué habrá venido?

Los sollozos le cortaron la voz. El miedo y su desagrado respecto de la vida estallaron súbitamente, pese al esfuerzo que hacía por callarse, después del espantoso parto de Louise. Cuando hubo puesto su boca sobre la arrugada frente del niño, retrocedió inmediatamente, pues le había parecido notar que el cráneo aquel se hundía bajo, sus labios. Ante aquella criatura tan endeble que él lanzaba a la existencia, un remordimiento le desesperaba.

—Serénate —siguió diciendo Pauline para tranquilizarle. Se convertirá en un buen mozo... El que sea ahora tan pequeño, no significa nada.

Lazare, en medio de su trastornó, la miraba y una sincera confesión escapó de su corazón.

—Es a ti a quien debemos su vida... Y tendré que estarte siempre agradecido.

—¿A mí? —respondió ella—, hice simplemente lo mismo que habría hecho la comadrona, de haberse encontrado sola.

Con un gesto, le impuso él silencio.

—¿Es que me crees lo bastante malvado para no comprender que te lo debo todo?... Desde que entraste en esta casa, no has cesado de sacrificarte. No me refiero ya a tu dinero, pero aún me amabas cuando me entregaste a Louise; es ahora cuando me doy perfecta cuenta... ¡Si vieras la vergüenza que siento, cuando te miro, cada vez que lo recuerdo! Habrías sido capaz de abrirte las venas, siempre fuiste bondadosa y alegre, incluso los días en que te partía el corazón. ¡Ah!, cuánta razón tenías, nada hay como el júbilo y la bondad, el resto es una simple pesadilla.

Trató ella de interrumpirle, pero Lazare continuaba hablando cada vez más alto:

—¡Qué otra cosa sino pura imbecilidad, esas negaciones, aquellas fanfarronadas, toda esa negrura en que me torturaba por miedo y por vanidad! Fui yo quien hizo desagradable nuestra vida, la tuya, la mía, y la de la familia entera... Sí, tú eras la única que obrabas con cordura. ¡Se convierte la existencia en algo tan fácil y sencillo, cuando

la casa está de buen humor y viven los unos para los otros!... ¡Si el mundo revienta de miseria, que lo haga al menos alegremente, compadeciéndose de sí mismo!

La violencia de tales frases la hizo sonreír, al tiempo que le cogía las manos.

—Vamos, cálmate... Puesto que reconoces que tengo razón, eso significa que te has enmendado y que todo marchará bien.

—¡Ah!, sí ¡corregido! Hablo así en este momento, porque hay horas sin duda en que la verdad surge espontáneamente. Pero, mañana volveré a caer en mi tormento. ¿Puede uno acaso cambiar?... No, mi mal no puede mejorar sino que, por el contrario se agravará cada vez más. Lo sabes igual que yo... ¡Es mi propia estupidez lo que me saca de quicio!

Ella entonces, le atrajo hacia sí dulcemente y le dijo en tono de seriedad:

—No tienes nada de tonto ni de perverso, eres sencillamente un desgraciado... Bésame, Lazare.

Y se dieron un beso, delante de aquel pequeño ser que parecía adormecido; se trataba de un beso de hermano y hermana, en el que no quedaba ni rastro del ardiente deseo de que aún estaban poseídos la víspera.

Empezaba a amanecer, un amanecer gris de inconmensurable dulzura. Cazenove vino a ver al niño y se maravilló al encontrarle en tan buen estado. Fue del parecer que le volvieran a llevar a la habitación, pues ahora ya se atrevía a responder de Louise. Cuando presentaron el pequeño a su madre, ésta esbozó una pálida sonrisa. A continuación, cerró los ojos, y quedó sumida en uno de esos profundos sueños reparadores, que constituyen la convalecencia de las parturientas. Se había abierto ligeramente la ventana, para alejar el olor a sangre; y un frescor delicioso, un soplo de vida remontaba con la marea alta. Todos permanecían inmóviles, cansados y dichosos, ante el lecho en que ella dormía. Se retiraron finalmente, caminando de puntillas, y no dejaron a su lado más que a la señora Bouland.

El médico, sin embargo, no se marchó hasta que sonaron las ocho. Tenían hambre de veras; Lazare y Pauline se caían de inanición. Fue preciso que Véronique les preparase un café con leche y una tortilla. Abajo acababan de encontrar a Chanteau, olvidado de todos, durmiendo profundamente en su sillón. Nada se había movido, sólo que la pieza aparecía envenenada por el acre humo de la lámpara que funcionaba aún. Pauline hizo resaltar entonces, riéndose, que la mesa, cuyos cubiertos quedaron en su sitio, iba pronto a estar servida. Barrió las migajas y puso un poco de orden en todo ello. Luego, como el café con leche se hacía esperar, la emprendieron con la ternera fría, con bromas sobre la cena interrumpida con motivo del terrible parto. Ahora que el peligro había pasado dejaban traslucir todos ellos una jovialidad de pilluelos.

—Podéis creerme o no —repetía Chanteau con arrebató, pero dormía sin llegar a estar dormido... Estaba furioso al ver que nadie venía a decirme nada, y no experimentaba sin embargo ninguna inquietud, pues soñaba que todo iba bien.

Su gozo aumentó, cuando vio aparecer el abate Horteur, que acudía presuroso después de haber dicho su misa. Y se puso a gastarle bromas, en tono violento.

—¿Le parece correcto lo ocurrido? ¿A qué viene dejarme abandonada de esa manera?... ¿Le asustan quizá los niños?

El sacerdote, para salir del apuro, explicó entonces que una tarde había atendido en la carretera a una mujer embarazada y bautizado al niño. Seguidamente, aceptó una copita de curaçao.

Un sol luminoso amarilleaba el patio, cuando el doctor Cazenove, se despedía por fin. Como Lazare y Pauline le acompañaban hasta la puerta; preguntó muy bajito a esta última:

—¿No se marcha hoy?

La joven quedó silenciosa unos instantes. Sus abiertos y soñadores ojos se elevaban, parecían contemplar a lo lejos, como mirando hacia el futuro.

—No —respondió—. Debo esperar aún.

XI

Después de un mes de mayo detestable, los comienzos de junio fueron muy calurosos. El viento del oeste soplabá desde hacía tres semanas, algunas tempestades habían devastado las costas, despanzurrado los acantilados, engullido barcas, matado gente; y aquel inmenso cielo azul, ese mar de satén, esas jornadas tibias y luminosas que lucían ahora, alcanzaban una dulzura infinita.

Ante una tarde tan magnífica, Pauline se había decidido a rodar hasta la terraza el sillón de Chanteau, y a acostar a su lado, enfundado en una manta de lana de color rojo, al pequeño Paul, que ya tenía dieciocho meses. Pauline era su madrina, y mimaba al niño lo mismo que al viejo.

—¿No te molestará el sol, tío?

—¡No, en absoluto! ¡Hace tanto tiempo que no lo he visto!... Y Paul, ¿te parece bien que duerma ahí?

—Sí, sí, le irá bien tomar el aire.

Y mientras hablaba así la joven se arrodilló sobre una esquina de la manta y contemplaba al niño, vestido con su ropita blanca de la que sobresalían sus desnudos brazos y piernas. Tenía los ojos cerrados y volvía hacia el cielo su carita sonrosada e inmóvil.

—La verdad es que se ha dormido enseguida —murmuró ella—. Estaba cansado de tanto movimiento... Vigila que los bichos no le atormenten.

Y al propio tiempo amenazó con el dedo a la Minouche, que estaba sentada en el marco de la ventana del comedor, en donde se hacía una gran toilette. A un lado y en la arena, Loulou, estirado en toda su largura, abría de vez en cuando un ojo con aire de desconfianza, dispuesto en cualquier oportunidad a gruñir y a morder.

Cuando Pauline se levantaba, dispuesta a irse, Chanteau lanzó un sordo quejido.

—¿Vuelve a dolerte?

—¡Oh!, ¡sí, vuelve!, mejor dicho, no acaba de dejarme nunca... Me he quejado ¿no es eso? Resulta curioso, pero llega un momento en que ni siquiera me doy cuenta.

Se había convertido realmente en un objeto que inspiraba horrenda compasión. Poco a poco, la gota crónica, había acumulado la cal en todas sus juntas, habíanse formado tofos enormes, sembrando la piel de vegetaciones blanquecinas. Los pies,

que no se veían ya, enfundados en unas zapatillas, se contraían sobre sí mismos, semejantes a patas de pájaro enfermo. Pero las manos eran la mejor muestra de su horrorosa deformidad, hinchadas en cada falange por una serie de nudos rojos y relucientes, combados, los dedos por las hinchazones que los separaban, ambas retorcidas de abajo a arriba, la izquierda sobre todo a la que una concreción del volumen de un huevecito convertía en algo espantoso. En el codo, del mismo lado, un depósito más voluminoso había ocasionado una úlcera. Tratábase ya, entonces de una anquilosis completa, no podía valerse ni de los pies ni de las manos, y las escasas articulaciones que permitían aún un medio juego, crujían como si se sacudiera un saco de bolas. A la larga, su propio cuerpo parecía haberse petrificado en la postura que adoptara para mejor sobrellevar el mal inclinado hacia delante, con una fuerte desviación hacia la derecha, hasta tal extremo que había adquirido la misma forma del sillón y de esa manera permanecía, plegado y torcido, cuando le acostaban. El dolor no le abandonaba ya, la inflamación reaparecía al menor cambio del tiempo, por un dedo de vino o por un bocado de carne tomados fuera de su severo régimen.

—Si quisieras una taza de leche —le preguntó Pauline, ¿quizás eso te refrescaría?

—¡Ah!, sí ¡leche! —respondió entre dos gemidos—. ¡Bonita intervención esa de curar a base de leche! Yo creo que con eso me han acabado de rematar... No, no, nada, es lo que me resulta mejor.

Le pidió no obstante que cambiara de sitio su pierna izquierda, pues él solo no podía hacerlo.

—La muy granuja, está hoy que arde. ¡Colócala más lejos, empújala hacia allá! Bien, gracias... ¡Qué día tan hermoso! ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!

Y con la mirada puesta en el vasto horizonte, continuó gimiendo sin tener conciencia de ello. Su grito de miseria venía a ser ahora como su propio aliento. Vestido con un grueso muletón de color azul, cuya anchura ahogaba sus miembros semejantes a raíces, abandonaba sobre las rodillas sus contrahechas manos, de lamentable aspecto a pleno sol. Y le interesaba el mar, ese azul infinito por donde pasaban blancas velas, aquella carretera sin lindes, abierta ante él, que ni siquiera era capaz de poner un pie delante del otro.

Pauline, a quien inquietaban las desnudas piernas del pequeño Paul, se había arrodillado de nuevo, para bajar un extremo de la manta. Durante tres meses, había estado diciendo cada semana, que se iría al lunes siguiente. Pero las débiles manos del niño la retenían con una fuerza invencible. En el transcurso del primer mes, se temía mucho en las mañanas no llegar a verle vivir hasta la noche. Era ella sola quien en realidad empezaba en cada ocasión el milagro de salvarlo, pues la madre aún estaba en el lecho, y la nodriza que fue preciso tomar, daba simplemente su leche, con la dócil estupidez de una becerra. Tratábase de continuos cuidados y atenciones, de vigilar incesantemente la temperatura, de una existencia ordenada hora por hora; de

una verdadera obstinación en fin, propia de una clueca, para reemplazar de esa manera el mes de gestación que le faltaba. Después de aquel primer mes, la criatura había adquirido felizmente la fuerza de un niño nacido a su tiempo, y fue, poco a poco, desarrollándose. Pero, seguía estando muy enclenque, no le dejaba ni un solo minuto, especialmente después del destete.

—De esta manera —dijo la joven— no tendrá frío... ¡Observa tío lo precioso que está destacando en ese fondo rojo! Le hace parecer completamente sonrosado.

Chanteau, haciendo un penoso esfuerzo, volvió la cabeza, es decir la sola parte de su cuerpo que le era dable mover. Y dijo entonces:

—Si le besas, vas a despertarle. Deja de una vez a ese querubín... ¿Te has fijado en aquel vapor que se ve allí a lo lejos?, ese viene del Havre. ¡Eh!, ¡parece huir!

Pauline no tuvo más remedio que contemplar el vapor para darle gusto. No era otra cosa que un punto negro sobre la inmensidad de las aguas. Una delgada estela de humo manchaba el horizonte. Permaneció unos momentos inmóvil frente a aquel mar tan en calma, bajo el inmenso cielo de suma nitidez, contenta con aquel hermoso día.

—Con todo eso, mi carne guisada se está quemando —dijo ella dirigiéndose hacia la cocina.

Pero, cuando ya se disponía a entrar en la casa, una voz le gritó desde el primer piso:

—¡Pauline!

Era Louise que se asomaba a la ventana de la alcoba de la señora Chanteau, y que ahora ocupaba el matrimonio. A medio peinar, vestida con una camisola, continuó diciendo con voz agria:

—Si es Lazare quien está ahí, dile que suba.

—No, no ha vuelto todavía.

Louise se mostró entonces súbitamente arrebatada.

—Ya sabía yo que no le vería hasta la noche, ¡y eso si se digna volver! Ya durmió fuera de casa esta noche pasada, pese a su promesa formal... ¡Ah!, ¡menuda tranquilidad la suya! En cuanto va a Caen, no hay manera de arrancarle de allí.

—¡Son tan pocas las distracciones que tiene! —respondió dulcemente Pauline—. Además, ese asunto de los pastos le habrá llevado su tiempo... Lo más seguro es que aproveche el cabriolé del doctor para regresar.

Desde que habitaban en Bonneville, Lazare y Louise vivían en continuas pejugueras. Nunca se trataba de francas riñas, pero sí de malos humores renovados sin cesar, de la vida, miserablemente echada a perder, de dos seres que no se comprendían. Ella, después de una convalecencia de parto larga y penosa, arrastraba una existencia vacía, sintiendo verdadero horror por las tareas del hogar, matando los días a fuerza de leer y hacerse la toilette hasta la hora de la cena. En cuanto a él, presa de un inmenso aburrimiento, ni siquiera abría un libro, se pasaba las horas medio atontado frente al

mar, y no intentaba más que de tarde en tarde una huida a Caen, de donde volvía más cansado aún. Y Pauline, que hubo de hacerse cargo del gobierno de la casa, se les hizo indispensable, pues les reconciliaba por lo menos tres veces al día.

—Debieras acabar de vestirme —siguió diciendo Pauline. El cura no tardará seguramente en venir, y tendrás que atenderle junto con mi tío, porque yo estoy muy ocupada.

Pero Louise no abandonaba su rencor.

—¡Será posible!, ¡ausentarse durante tanto tiempo! Mi padre me lo escribía ayer, se nos va a ir el resto del dinero.

En efecto, Lazare se había dejado ya robar en dos negocios desdichados, hasta el punto de que Pauline, inquieta por el niño, le hizo, como madrina, un regalo equivalente a los dos tercios de lo que aún poseía, concertando un seguro que garantizaba a la criatura cien mil francos, cuando llegase a la mayoría de edad. A ella ya no le quedaban más que cinco mil francos de renta, y su única pena consistía en tener que limitar sus acostumbradas limosnas.

—¡Bonita especulación esa de los pastos! —proseguía Louise—. Mi padre le habrá disuadido, y si no regresa, es porque se está divirtiendo... ¡Oh!, y conste además que me tiene sin cuidado, ¡ya puede correrla si quiere!

—Entonces, ¿por qué te enfadas? —replicó Pauline—. ¡Bah!, el pobre muchacho no piensa demasiado en cosas malas... Te dispones a bajar, ¿no es eso? ¡Hazte cargo de que Véronique desaparece precisamente un sábado y deja toda la cocina en mis brazos!

Era aquella una aventura inexplicable, a la que toda la casa prestaba atención desde hacía dos horas. La criada había mondado sus legumbres para el guisado, desplumado y preparado un pato e incluso dispuesto su carne en un plato; luego, bruscamente, parecía como si se la hubiera tragado la tierra, y no volvieran a verla. Pauline había resuelto finalmente poner ella misma el asado al fuego, estupefacta ante aquella desaparición.

—¿Es que no ha aparecido aún? —Preguntó Louise, distraída de su cólera.

—¡Pues no! —respondió la joven—. ¿Sabes lo que estoy pensando en este momento? Pagó por el pato cuarenta sueldos a una mujer que pasaba, y recuerdo haberle dicho con este motivo, que los había visto más hermosos por treinta sueldos, en Verchemont. Inmediatamente su rostro se transfiguró, lanzándome una de sus clásicas miradas de rencor... Pues bien, apostararía a que se ha largado a Verchemont para comprobar si había mentido o no.

Al hacer este comentario, Pauline reía, pero había en su risa una cierta tristeza, pues le afectaban las violencias de que le hiciera objeto Véronique, sin causa razonable. El retroceso que tuvo lugar en la mente de aquella mujer desde la muerte de la señora Chanteau, la había llevado poco a poco al odio que antaño sintiera hacia la joven.

—Hace más de una semana que no hay manera de hacerle abrir la boca —dijo Louise—. Todas las estupideces son posibles con semejante carácter.

Tuvo entonces Pauline un gesto de tolerancia.

—¡Bah!, dejemos que satisfaga sus antojos. No dejará de volver, y por esta vez al menos, no nos moriremos de hambre.

Pero en aquel preciso momento el niño empezó a agitarse encima de la manta, y Pauline acudió presurosa para atenderle.

—¿Qué te ocurre, queridito?

La madre, que seguía asomada a la ventana, miró un instante y desapareció luego en la alcoba. Chanteau absorto por completo, solo volvió la cabeza cuando Loulou se puso a gruñir; y fue él quien previno a su sobrina diciendo:

—Pauline, aquí llega tu gente.

Dos rapazuelos desarrapados se acercaban en efecto; eran los primeros de la banda cuya visita recibía cada sábado. Y como el pequeño Paul había vuelto a dormirse enseguida, se levantó exclamando:

—¡Ah!, ¡pues sí que vienen con oportunidad! No dispongo de un solo minuto... Quedaos sin embargo, sentaos en el banco. Y tú, tío si llegan otros, haces que se vayan sentando al lado de éstos... Es de todo punto preciso que echen un vistazo a mi guiso.

Cuando estuvo de vuelta, al cabo de un cuarto de hora, ya había sentados en el banco dos muchachos y dos chicas, sus antiguos pequeños pobres, aunque ya crecidos y sin haber perdido su hábito de mendicidad.

Por lo demás, jamás una miseria tan grande se había abatido sobre Bonneville. Durante las tempestades de mayo, las tres últimas casas acababan de ser aplastadas contra los acantilados. Todo había terminado, las grandes mareas acabaron de barrer el pueblo, después de siglos enteros de asalto, en esa continua invasión del mar, que cada año devoraba un rincón de la comarca. Sobre los guijarros ya no era dable ver otra cosa que las conquistadoras olas, borrando hasta las mismas huellas de los escombros. Los pescadores, echados del agujero en el que durante generaciones y generaciones se habían obstinado en permanecer, bajo la eterna amenaza, fueron irremisiblemente forzados a remontarse más alto, hacia el barranco, y acampaban amontonados allí; los más ricos, construyeron nuevas edificaciones, los otros obtuvieron cobijo bajo las rocas; todos ellos comenzaban a fundar otra Bonneville, siempre con el temor y a la espera de que la marea llegara también a desalojarles de ese emplazamiento, después de nuevos siglos de batalla. Para acabar su obra de destrucción, el mar hubo asimismo de empezar por arrastrar consigo los espigones y las empalizadas. Aquel día, soplaba el viento del norte, montañas monstruosas de agua se estrellaban con tal estrépito, que las sacudidas hacían oscilar la iglesia. Advertido de lo que ocurría, Lazare no quiso descender. Prefirió permanecer en la

terrazza, contemplando llegar el flujo, mientras los pescadores corrían a ver, excitados por aquel furioso ataque. Un aterrorizado orgullo desbordaba en ellos: ese temible mar aullaba con bastante fuerza, ¿sería capaz de proceder a un nuevo barrido el muy bribón? En menos de veinte minutos, en efecto, había desaparecido todo, destripadas las empalizadas y los espigones destrozados, reducidos a migajas. Y los pescadores se unían a su aullido, gesticulaban y danzaban como salvajes, enardecidos por la embriaguez del viento y del agua, cediendo al horror de aquella escabechina. Luego, mientras Lazare les mostraba el puño, ellos por su parte se habían apresurado a ponerse a salvo, teniendo al alcance de sus talones el rabioso galopar de las olas, a las que nadie podía retener ya. Y ahora, muertos materialmente de hambre, exhalaban sus quejas en el nuevo Bonneville, acusando a ese inconmensurable bribón de mar de la ruina en que les había sumido, y acogíéndose a la caridad de aquella buena y compasiva señorita.

—¿Qué haces tú ahí? —gritó Pauline cuando percibió al hijo de Houtelard. Te había prohibido que volvieras por aquí.

Por aquel entonces, se trataba ya de un buen mozo, que se acercaba a sus veinte años. Su aspecto triste y cansino de niño apaleado había desaparecido en cierto modo para convertirse en socarronería. Respondió bajando los ojos:

—Tiene que compadecerse de nosotros, señorita. ¡Somos tan desgraciados desde que murió el padre!

Houtelard, que saliera a navegar una tarde de tiempo revuelto, no volvió a aparecer más; no pudo hallarse rastro de nada, ni de su cuerpo, ni del de su marinero, ni siquiera un tablón de la barca. Pero Pauline, forzada a controlar y restringir sus limosnas, había jurado no dar nada al hijo ni a la viuda, en tanto vivieran abiertamente amancebados. Desde la muerte del padre, la madrastra, aquella antigua sirvienta que molía a golpes al pequeño, por avaricia y maldad, hizo de él un marido, ahora que ya no tenía edad para golpearle. Todo Bonneville reía con motivo de aquel nuevo amancebamiento.

—Conoces perfectamente la razón por la cual no quiero que pongas los pies en mi casa —siguió diciendo Pauline—. Cuando hayas cambiado de conducta, entonces veremos.

El muchacho entonces con voz quejumbrosa, trató de defender su causa:

—Fue ella quien lo quiso. Me habría seguido pegando. Y, además, no se trata propiamente de mi madre, nada importa que se entienda conmigo o con otro... Deme algo señorita. Lo hemos perdido todo. Por lo que a mí se refiere, ya me las compondría, pero lo hago por ella que se encuentra enferma, ¡oh!, de verdad, ¡se lo juro!

La joven, apiadada, acabó por despedirle con un pan y un cocido. E incluso le prometió ir a visitar a la enferma y llevarle medicinas.

—¡Ah, sí!, ¡medicinas! —murmuró Chanteau—. ¡Trata de hacerle tragar una! Esa gente no quiere más que carne.

Ya se estaba ocupando Pauline de la pequeña Prouane, que tenía toda una mejilla lacerada.

—¿Cómo has podido hacerte eso?

—Caí contra un árbol, señorita.

—¿Contra un árbol?... Diríase más bien que te diste algún golpe en la esquina de un mueble.

Una buena moza ya entonces, de pómulos salientes, siempre con la mirada huraña de una alucinada, hacía vanos esfuerzos por mantenerse correctamente en pie. Sus piernas se abatían, su espesa lengua no llegaba a articular las palabras.

—Pero ¡si has bebido, desdichada! —exclamó Pauline, que la miraba fijamente.

—¡Oh!, señorita, ¡si me deja explicar!

—Estás borracha y caíste en tu casa ¿no es así? No sé que es lo que podéis tener todos en el cuerpo... Siéntate, voy a buscar árnica y un paño.

Se puso seguidamente a curarla, buscando al propio tiempo que sintiera vergüenza de sí misma. ¿Le parecía correcto que una muchacha de su edad, se embriagara de esa manera con su padre y su madre, dos borrachos perdidos a quienes se encontraría muertos cualquier mañana, víctimas del calvados? La pequeña le escuchaba, parecía adormecerse con ojos turbios. Cuando ya estuvo curada, balbuceó:

—Papá se queja de dolores, podría darles friegas si me facilitase un poco de aguardiente alcanforado.

Pauline y Chanteau no pudieron por menos de echarse a reír.

—No, ¡sé dónde iría a parar mi aguardiente! Prefiero darte un pan, que aun así, estoy segura de que lo venderéis para beberos el producto... Sigue sentada. Cuche te acompañará luego.

Al llegarle su turno, el hijo de Cuche se había levantado. Iba con los pies descalzos, y por toda vestimenta, llevaba un viejo calzón y un pedazo de camisa hecha jirones que dejaba entrever su piel, ennegrecida por el aire y arañada por las zarzas. Ahora que los hombres no querían saber nada de su madre, caída en una decrepitud espantosa, él mismo recorría la comarca para llevarle algún que otro amaño. Se lo encontraba uno corriendo por las carreteras, saltando los setos con una agilidad de lobo, viviendo igual que una bestia a la que el hambre lanza sobre cualquier presa. Tratábase del último grado de la miseria y de la abyección, de una descomposición humana tal, que Pauline le contemplaba con remordimiento, como si se hubiera sentido culpable de dejar abandonada una criatura en medio de semejante cloaca. Pero, cada vez que intentaba sacarle de ese ambiente, siempre se mostraba dispuesto a huir, por miedo al trabajo y a la servidumbre.

—Puesto que te veo otra vez por aquí —dijo ella con dulzura—, será porque has reflexionado sobre cuanto te dije el sábado último. Quiero comprobar un resto de buenos sentimientos cuando menos, en las visitas que todavía me haces... No puedes continuar llevando una existencia tan vil, y yo por mi parte, no soy lo bastante rica para obrar de otra manera, me es imposible seguir alimentándote para que sigas sin hacer nada... ¿Decidiste aceptar lo que te propuse?

Desde que se arruinara, trataba la caritativa joven de suplir su falta de dinero, haciendo que se interesasen por sus pobres otras personas igualmente compasivas. El doctor Cazenove había conseguido por fin la entrada de la madre de Cucho en los Incurables de Bayeux, y ella misma tenía cien francos en reserva para vestir al hijo, al que la propia Pauline había encontrado una plaza de mozo en la línea de Cherboiurg. Mientras ella hablaba, el muchacho bajaba la cabeza con aire desconfiado.

—Estamos de acuerdo ¿no es así? —continuó ella diciendo—. Acompañarás a tu madre, y luego te incorporarás a tu trabajo.

Pero, cuando se acercaba hacia él, el muchacho dio un salto atrás. A pesar de tener los ojos bajos no había cesado de mirarla, y llegado el momento creyó que la joven trataba de cogerle por las muñecas.

—¿Qué te ocurre? —preguntó sorprendida.

Murmuró él entonces con su aire inquieto de animal salvaje:

—Quiere cogerme para encerrarme; y eso, no.

Y, a partir de aquel instante, todo resultó inútil. La dejaba hablar, e incluso parecía convencido por la lógica de sus razonamientos, pero en cuanto ella se movía, el muchacho corría hacia la puerta; y con un obstinado vaivén de cabeza, reflejo de una cerrada obstinación, rehusaba cuanto se le ofrecía hacer en favor de su madre y de sí mismo; prefería en suma no comer y vivir libre.

—¡Fuera de aquí holgazán! —acabó por gritar Chanteau, indignado—. Eres demasiado buena; semejante granuja no merece que se ocupen de él.

Las manos de Pauline temblaban por su caridad inútil, y su amor al prójimo quebraba ante aquella miseria voluntariamente aceptada. Tuvo sin embargo un gesto de tolerancia desesperada:

—Compréndalo, tío, el caso es que sufren, y es preciso en todo caso que coman.

Y llamó a Cucho para darle, igual que había hecho los sábados anteriores, un pan y cuarenta sueldos. Pero, incluso entonces retrocedió él, para acabar diciendo:

—Déjelo en el suelo, y aléjese... Yo mismo lo recogeré.

Y la joven no tuvo más remedio que obedecer. Avanzó entonces el muchacho con precaución, sin dejar de vigilar un solo momento. Luego, cuando hubo recogido los cuarenta sueldos y el pan, salió a escape, al galope de sus pies desnudos.

—¡Salvaje! —gritó Chanteau. Cualquier noche de estas vendrás a estrangularnos a todos... Ocorre lo mismo que con esa hija de presidiario que está allí, pondría mi mano en el fuego de que fue ella quien me robó el pañuelo el otro día.

Se refería a la pequeña Tourmal, cuyo abuelo fue a reunirse con el padre en la cárcel. Estaba sola en el banco, junto a la pequeña Prouane, atontada por la embriaguez. Se había levantado, sin oír al parecer aquella acusación de robo, y empezaba ya con sus lamentaciones.

—Tenga compasión, mi buena señorita... No vivimos más que mamá y yo en la casa, los gendarmes entran todas las noches para pegarnos, mi cuerpo es una llaga, mamá está a punto de morir... ¡Oh!, mi buena señorita, necesitamos dinero, caldo graso y buen vino.

Chanteau, exasperado por aquella sarta de mentiras, se removía en su sillón. Pero Pauline hubiera sido capaz de dar hasta su camisa.

—Cállate —murmuró—. Conseguirías más, si hablaras menos... Estate ahí, voy a prepararte una cesta.

Y cuando volvía con una vieja cesta destinada a llevar pescado, en la que metió un pan, dos litros de vino y carne, encontró sobre la terraza a otra de sus clientes, la pequeña Gonin, que traía a su hija, una rapazuela de veinte meses ya. La madre, sólo con dieciséis años, estaba tan endeble, tan poco formada, que más bien parecía una primogénita que llevara de paseo a su hermanita. Le costaba trabajo traerla, pero se decidía a arrastrarla de ese modo, por saber que la señorita adoraba a los niños y no era capaz de negarles nada.

—¡Dios mío! ¡Qué gordita está! —exclamó Pauline cogiendo a la niña en sus brazos—. ¡Y pensar que sólo tiene seis meses más que nuestro Paul!

Muy a pesar suyo, desviaba la mirada con tristeza hacia el pequeño, que seguía durmiendo, en medio de la manta. Esta madrecita, que diera luz siendo tan joven, bien contenta podía estar de tener una niña tan rolliza. Y, sin embargo, se quejaba.

—¡Si supiera lo que llega a comer, señorita! Además no tengo otra ropa blanca, no sé cómo vestirla... Por otra parte, desde que murió papá, mamá y su hombre la toman conmigo. Me tratan como a la última de las últimas, y me dicen que, cuando se comercia con el cuerpo, eso debe producir ganancias en lugar de costar dinero.

Una mañana, encontraron en efecto al viejo inválido muerto en su carbonera; y tan negro estaba a fuerza de golpes, que hubo un momento en que la policía trató de tomar cartas en el asunto. En la actualidad, la mujer y su amante, hablaban de estrangular a aquella mocosa inútil, que se les comía parte de la sopa.

—¡Pobre chiquita! —murmuró Pauline—. He dejado otras cosas de lado, le estoy haciendo unas medias... Deberías traérmela más a menudo, siempre hay leche por aquí y podría tomar unas papillas... Pasaré a ver a tu madre y trataré de meterle miedo, puesto que aún viene con amenazas.

La pequeña Gonin volvió a coger a su hija, en tanto que la señorita preparaba también para ella su correspondiente paquete. Se había sentado y la retenía sobre sus rodillas con la misma torpeza de una pilluela que está jugando con su muñeca. Su clara mirada conservaba como una expresión de continua sorpresa por haberla tenido, y aunque la hubiera amamantado, estaba muchas veces a punto de hacerla caer cuando la mecía en su aplastado pecho. La señorita la regañó severamente un día en que, para poder luchar a pedradas con la pequeña Prouane, acababa de dejar a su niña en el borde mismo de la carretera, encima de un montón de guijarros.

Pero, en éstas, apareció el abate Horteur en la terraza.

—Aquí llegan el mismo señor Lazare y el doctor —anunció.

Y en el mismo instante se escuchó el ruido del cabriolé. Entonces mientras Martin, el antiguo marinero con pata de palo, llevaba el caballo a la cuadra, Cazenove descendió al patio gritando:

—Aquí les traigo un valiente que da la impresión de haber dormido fuera de casa. No iréis a cortarle la cabeza, ¿verdad?

Lazare llegaba a su vez, con pálida sonrisa. Estaba envejeciendo rápidamente, con la espalda encorvada, la cara terrosa, devorado por la angustia interior que le destruía. Iba sin duda a explicar la causa de su retraso, cuando la, ventana del primer piso, que había estado entreabierta hasta entonces, fue cerrada violentamente y como obedeciendo a un gesto de rabia.

—Louise todavía no acabó de arreglarse —explicó Pauline—. Bajaré dentro de un minuto.

Todos se miraron entre sí, hubo unos momentos de violencia, aquel ruido irritado era el prelude de una riña. Después de dar un paso hacia la escalera, Lazare prefirió esperar. Abrazó a su padre y al pequeño Paul; luego, para disimular su inquietud, murmuró con voz desagradable:

—Quítanos enseguida de en medio a esta gentuza. Sabes perfectamente que no me gusta encontrarlos bajo mis pies.

Se refería a las tres chicas que aún quedaban sobre el banco. Pauline se apresuró a ligar el paquete de la pequeña Gonin.

—Iros ahora —dijo la joven—. Vosotras dos vais a acompañar a vuestra camarada, para que no vuelva a caerse... Y tú, procura ser bien prudente con tu bebé. Trata de no dejarlo olvidado en la carretera.

Cuando por fin se iban, Lazare quiso analizar la cesta de la pequeña Tourmal. Y resulta que ya había escondido en ella una vieja cafetera, tirada en un rincón y robada por ella. Las echó de allí a las tres; la que estaba bebida, iba balanceándose entre las otras dos.

—¡Qué pueblo! —exclamó el cura, sentándose al lado de Chanteau—. Decididamente, Dios les abandona. Desde su primera comunión, esas bellacas se

dedican a echar criaturas al mundo, beben y roban a porfía... ¡Ah!, bien les predije las desdichas que les agobian.

—Dígame, querido —preguntó irónicamente el médico a Lazare—, ¿piensa usted reconstruir los famosos espigones?

Pero éste tuvo entonces un gesto violento. Las alusiones a la batalla perdida en su lucha contra el mar, le exasperaban. Y se puso a gritar:

—¡Yo!... Dejaría entrar la marea en nuestra propia casa, sin colocar siquiera una escoba atravesada en el camino y con vistas a detenerla... ¡Ah!, no, ¡nada de eso!, fui demasiado tonto, ¡tal clase de estupideces no se repiten! ¡Cuándo recuerdo haber visto a esos miserables danzar, el día del desastre!... ¿Y saben lo qué sospecho?, que ellos mismos debieron serrar mis vigas, la víspera de las grandes mareas, pues es imposible que se hayan desmoronado solas.

De esa manera, salvaba su amor propio como constructor. Luego, con el brazo tendido hacia Bonneville, añadió:

—¡Qué revienten! ¡Así podré yo danzar a mi vez!

Se fue calmando ya, como extenuado por aquel último estallido de pasión.

—No te hagas el perverso —dijo Pauline—, los volverías a reconstruir.

—¡Oh!, no —murmuró entonces—, me resultaría la cosa demasiado aburrida... Tienes toda la razón, no vale la pena encolerizarse por nada. Que se ahoguen o no ¿es acaso asunto que me incumba?

Reinó otra vez el silencio. Chanteau se hallaba sumido de nuevo en su dolorosa inmovilidad, después de haber levantado la cabeza para recibir el beso de su hijo. El párroco movía sus pulgares dándoles vueltas, el doctor caminaba arriba y abajo con las manos cogidas en la espalda. En aquel preciso momento todos contemplaban al pequeño Paul dormidito y al que Pauline defendía incluso de las caricias de su padre, no queriendo que le despertara. Desde que llegaron, no hacía más que rogarles que bajaran el tono de voz, que no pisaran tan fuerte alrededor de la manta; y terminó por amenazar con el látigo a Loulou, que aún gruñía por haber oído cómo llevaban el caballo a la cuadra.

—¡Te imaginas que va a callarse! —continuó diciendo Lazare—. Seguirá rompiéndonos el tímpano: tenemos lo menos para una hora... Jamás tuve ocasión de ver un perro tan desagradable. Se siente molesto en cuanto uno se mueve, ni siquiera es posible saber si se tiene un animal propio, tanto es lo que vive para sí mismo. Ese sucio personaje no es bueno más que para hacernos recordar a nuestro pobre Mathieu.

—Y ¿qué edad tiene ahora Minouche? —preguntó Cazenove—. Yo siempre la he visto aquí.

—Pues tiene dieciséis años cumplidos —respondió Pauline—, y no padece en absoluto mal alguno.

Minouche, que seguía con su toilette sobre la ventana del comedor, acababa de levantar la cabeza, al pronunciar el doctor su nombre. Permaneció durante unos instantes con una pata levantada y el vientre como desabrochado al sol; luego, volvió a su tarea de lamerse el pelo con delicadeza.

—¡Oh!, ¡no tiene nada de sorda! —siguió diciendo la joven—. Creo, sin embargo, que ha perdido algo la vista, lo que no le impide comportarse como una pilluela... Imagínese que hubo de tirarle al mar siete cachorros, apenas hace una semana. Produce tantos y tantos, que causa verdadera consternación comprobarlo. Sí, desde hace dieciséis años, se les hubiera dejado vivir a todos ellos, habrían acabado por comerse la comarca entera... Pues bien, el martes, desapareció una vez más, y ya ve como se está aseando; no volvió hasta esta mañana, después de tres días y tres noches de abominaciones.

Alegremente, sin embarazo ni sonrojo alguno, continuaba hablando la joven de los amoríos de la gata. Un animal tan limpio, delicado hasta el punto de no salir fuera en tiempo húmedo y que, sin embargo, se revolcaba cuatro veces al año en los barrizales de todos los arroyuelos. La víspera, tuvo ocasión de verla encima de una pared con un gato de gran tamaño, haciendo oscilar los dos en el aire sus erizadas colas; y, después de un intercambio de zarpazos, fueron a caer en medio de un charco, lanzando atroces maullidos. También en esta ocasión la gata había regresado de su juerga con una oreja partida y el pelo del lomo negro de fango. Por lo demás no podía concebirse peor madre. Cada vez que le arrebataban sus cachorros, se lamía como pudiera haberlo hecho en su juventud, sin parecer resentirse de su inagotable fecundidad, volviendo inmediatamente a las andadas.

—Por lo menos, se asea a sí misma —dijo para terminar el abate Horteur, que contemplaba a Minouche valerse de la lengua para la limpieza de su cuerpo—. ¡Con la de truhanas que habrá que ni siquiera se lavan la cara!

Chanteau, con los ojos vueltos hacia la gata, suspiraba más alto, en esa queja continua e involuntaria de la que él mismo perdía conciencia.

—¿Le duele más? —le preguntó el doctor.

—¡Qué sé yo!, ¿por qué lo pregunta? —dijo el viejo despertando con un sobresalto—. ¡Ah!, lo dice porque respiro hondo... Sí, sufro mucho esta tarde. Creí que el sol me iría bien, pero incluso me ahogo, no existe coyuntura en mi cuerpo que no esté ardiendo.

Cazenove le examinó las manos. Todos los presentes, ante el espectáculo de aquellos pobres muñones deformados, se sentían estremecidos. El sacerdote dejó escapar aún una reflexión sensata:

—Con semejantes dados, no puede resultarle cómodo jugar a las damas... Y eso vendrá a ser para usted una distracción de menos.

—Sea cuerdo con la comida —le recomendó el médico—. El codo está excesivamente inflamado, la ulceración avanza cada vez más.

—¿Y qué preciso hacer para ser cuerdo? —gimió desesperadamente Chanteau—. Se me tasa el vino, me pesan la carne, ¿debo cesar de alimentarme en absoluto? En verdad le digo, que esto ya no es vivir... ¡Si pudiera comer por mí mismo!, pero ¿cómo quiere que lo haga con semejantes deformidades en el extremo de cada brazo? Pauline, que es quien me da de comer, está bien segura, sin embargo, de que no cometo ningún exceso.

La joven esbozó una sonrisa.

—Sí, sí, comiste demasiado ayer... Reconozco que la culpa es mía; no se decirte que no, cuando veo que la glotonería te hace tan desdichado.

Todos afectaron entonces animarse, bromeando sobre las juergas que aún se permitía el pobre viejo. Pero sus voces temblaban de compasión, ante aquel resto de hombre, aquella masa inerte, que sólo vivía lo bastante para poder sufrir.

Había recobrado su acostumbrada posición, el cuerpo torcido hacia la derecha, las manos puestas sobre las rodillas.

—Por ejemplo, esta noche —siguió diciendo Pauline—, tenemos un pato asado para cenar...

Pero se interrumpió de repente para preguntar:

—A propósito, ¿no han encontrado ustedes a Véronique al atravesar Verchemont?

Y contó entonces lo de la desaparición de la criada. Ni Lazare ni el médico la habían visto. Mostraron su asombro por los caprichos de aquella mujer, para acabar bromeando: cuando esté de vuelta, lo divertido será que nos encuentre sentados ya a la mesa, para ver la cara que pone.

—Yo les dejo, porque estoy de cocinera —repuso Pauline alegremente—. Si dejase quemar el guisado, o si sirviera el pato poco cocido, es el tío quien me daría el aviso de despedida.

El abate Horteur se puso a reír ruidosamente, y el mismo doctor Cazenove parecía divertirse con la reflexión cuando, en un momento dado, la ventana del primer piso se volvió a abrir bruscamente haciendo un ruido espantoso. Louise no se asomó, sino que se contentó con gritar en un tono seco de voz a través de los entreabiertos cristales:

—Sube, Lazare.

Éste, tuvo un primer movimiento de rebelión, rehusando acudir a una llamada hecha en semejante tono. Pero Pauline le dirigió un ruego silencioso deseosa de evitar la escena delante de todo el mundo; y subió el marido en tanto que Pauline permanecía todavía unos momentos en la terraza para contrarrestar la mala impresión. Se había impuesto el silencio, se contemplaba el mar embarazosamente. El sol oblicuo lucía en aquellos momentos, extendiéndose como una sábana de oro que alumbrase las pequeñas olas azules con débiles llamas. A lo lejos, el horizonte iba convirtiéndose

en una franja de color lila suave. Aquel día tan hermoso, terminaba en una paz soberana, desarrollando el infinito del cielo y del agua, sin una nube ni una vela.

—¡Caramba! —se arriesgó a decir Pauline con gesto sonriente—, puesto que durmió fuera de casa, bien está que se le riña un poco.

El doctor la contemplaba y esbozó a su vez una sonrisa, en la que ella supo hallar la clarividencia demostrada tiempo atrás por el médico, cuando le predijo que no les hacía ningún buen regalo, entregando el uno al otro. Poco después se dirigió hacia la cocina.

—Vaya, les dejo, traten de distraerse... Y tú, tío, llámame si Paul se despierta.

En la cocina, cuando hubo dado la vuelta al guiso y preparado el asador, se puso a trajinar con las cacerolas, impaciente. Las voces de Louise y de Lazare le llegaban a través del techo, cada vez más fuertes, y se desesperaba sólo con pensar que debía oírseles desde la terraza. Resultaban realmente poco razonables, gritando de ese modo como sordos, y haciendo a todo el mundo confidente de su desunión. Sin embargo, no quería subir: para empezar, tenía que hacer aún la cena; y además sentía un cierto malestar ante la idea de meterse con ellos, hasta en su misma alcoba. Por lo general, les reconciliaba abajo, a las horas de vida en común. Pasó unos momentos al comedor, donde estuvo ocupándose en poner los cubiertos, procurando hacer ruido. Pero las voces continuaban, no podía soportar por más tiempo que llegaran a ser desdichados; y se decidió a subir impulsada por esa caridad activa que hacía de la dicha de los otros su propia existencia.

—Mis queridos niños —dijo entrando bruscamente en la alcoba— sé que me vais a decir que vuestras cosas no me incumben; sólo que, comprendedlo gritáis demasiado... Carece de toda lógica y de buen sentido que os revolucionéis de esa manera y tengáis consternada la casa.

Pauline había atravesado la pieza, apresurándose ante todo a cerrar la ventana, dejada entreabierta por Louise. Por fortuna ni el doctor ni el cura se quedaron en la terraza. De una rápida ojeada, pudo darse cuenta de que allí no quedaban ya más que Chanteau, siempre pensativo y a su lado el pequeño Paul que dormía.

Se os oía desde abajo como si hubierais estado en el comedor —continuó diciéndoles—. Vamos a ver ¿qué es lo que aún os preocupa?

Pero ellos se habían lanzado de nuevo a la pelea y siguieron la riña, sin parecer haberse dado cuenta siquiera de su entrada en la habitación. Pauline, ahora, se mantenía inmóvil, sintiéndose molesta en aquella habitación donde los esposos dormían. La cretona amarilla con ramajes verdes, la alfombra roja, los viejos muebles de caoba habían dejado paso a cortinajes espesos de lana y a un mobiliario de mujer delicada; nada en absoluto quedaba allí de la madre muerta, un perfume de heliotropo se desprendía del tocador, sobre el que arrastraban toallas mojadas; y aquel olor la ahogaba un poco; de modo involuntario dirigió una mirada alrededor de la pieza, en la

que cada objeto expresaba por sí mismo la vida de abandono del matrimonio. Si finalmente había aceptado vivir cerca de ellos, en esa usura cotidiana de su propia rebelión, si ya podía dormir por la noche, sabiendo incluso que estaban allí, en aquel desorden de vestidos tirados por todos lados y del lecho preparado ya para la noche. Un estremecimiento recorría todo su cuerpo, el escalofrío de sus celos de antaño.

—¿Es posible que os desgarréis así? —murmuró después de un silencio—. ¿Os negáis, pues, a ser razonables?

—No, no es eso —gritó Louise—, ¡es que ya me harté del todo! ¿Crees que va a reconocer sus errores? ¡Ah!, ¡sí! Me contenté con decirle cuando nos había inquietado el no estar ayer de regreso y mira por dónde su reacción consiste en caer sobre mí como un salvaje, acusándome de haber echado a perder su vida, hasta el extremo de que amenaza con exilarse a América.

Lazare entonces la interrumpió con voz terrible:

—¡Estás mintiendo!... Si me hubieras reprochado la tardanza en volver con dulzura, te habría dado un beso y asunto concluido. Pero eres tú quien me ha acusado de hacerte la vida imposible y de convertir tu existencia en un valle de lágrimas. Sí, tú fuiste quien me amenazó con tirarse al mar, si persistía en mi supuesta mala conducta.

Y volvieron los dos a la carga, despachando a gusto y sin freno su respectivo rencor, almacenado durante los choques continuos de sus caracteres. Habían sido en efecto, los hechos más nimios, unos primeros roces de incompreensión los que, poco a poco, les proyectaron hacia un estado agudo de antipatía, puesto de manifiesto en aquella jornada que continuaba siendo desoladora. Ella, con su dulce cara, acababa por convertirse en mala, en todo cuanto pudiera afectar a sus goces, de una maldad de gata mimada que, al tiempo que recibe caricias, enseña las garras. Y por cuanto a él se refiere, a pesar de su indiferencia, encontraba en las riñas una sacudida al letargo de su aburrimiento, y se obstinaba a menudo en aquella distracción de exacerbarse a sí mismo.

No obstante Pauline les escuchaba. Sufría más que ellos, aquella forma de amarse no le cabía en la cabeza. ¿Por que no sentir la necesidad mutua de perdonar? ¿Por qué no tratar de acomodarse el uno al otro, cuando se debe vivir juntos? Le parecía tan sencillo basar la dicha en el hábito y en la compasión. Y se sentía afligida, contemplaba siempre su matrimonio como obra propia, una obra que a ella siempre le habría gustado fuese sólida para compensar así su sacrificio, con la certidumbre de haberse comportado cuerdamente.

—No te reprocho el despilfarro de mi fortuna —proseguía Louise.

—¡Sólo faltaría eso! —gritaba Lazare—. Si me han robado, la culpa no es mía.

—¡Oh!, se roba únicamente a los torpes que se dejan vaciar los bolsillos... Hemos visto reducidos nuestros ingresos a cuatro o cinco miserables miles de francos de renta, lo más justito para poder vivir en este agujero. Sin Pauline, nuestro hijo acabaría

un día yendo completamente desnudo, pues me temo que acabes comiéndote el resto, con tus extravagantes ideas, con tus acostumbradas empresas que siempre fracasan, una después de otra.

—¡Bah!, puedes continuar, tu padre me obsequió ayer también con bonitos cumplidos. Adiviné que tú le habías escrito. Incluso he tenido que dejar ese negocio de los pastos, una operación segura en que podía ganarse el cien por cien. Pero a mí me ocurre como a ti, estoy harto, ¡al diablo si vuelvo a molestar más...! Viviremos aquí.

—Una hermosa existencia, ¿no es eso?, para una mujer de mi edad. Una cárcel auténtica; sin ocasión o probabilidad alguna de salir y de ver el mundo; teniendo siempre ante nosotros ese estúpido mar que da la impresión de ensanchar aún más nuestro tedio... ¡Ah!, ¡si yo hubiera sabido, si yo hubiera sabido!

—Y yo, ¿crees acaso que me divierto?... Si no estuviera casado podría escapar de aquí,irme muy lejos, intentar aventuras. Pero ahora, todo acabó ya; y aquí me tienes clavado en este rincón perdido, sin otro recurso que dormir... Acabaste conmigo, me doy perfecta cuenta de ello.

—¿Qué yo te he acabado?... ¿Es qué te forcé acaso a casarte conmigo? ¿Es qué no debiste prever que no habíamos nacido el uno para el otro?... Si nuestra vida constituye un error, tuya es la culpa.

—¡Oh!, sí, nuestra vida no ha sido más que eso, un error consumado; pero que tú, además, haces cuanto puedes para convertirla en más insoportable cada día.

En aquel momento, y aunque se había propuesto formalmente mantenerse aparte, Pauline, temblorosa, les interrumpió:

—¡Callad, desdichados!... La verdad es que, esa vida que tan buena podría ser, la echáis a perder vosotros mismos. ¿Por qué excitaros de esa manera diciéndoos cosas irreparables, que luego os producen mayor sufrimiento?...

Louise había caído sobre una silla, sumida en lágrimas, en tanto que Lazare, violentamente sacudido, caminaba dando largos pasos.

—Los lloros no conducen a nada, querida —siguió diciendo la joven—. Lo cierto es que no eres todo lo tolerante que debieras, estás equivocada en muchas cosas... Y tú, mi pobre amigo, ¿es posible que la maltrates de esa manera? Resulta odioso, creí que tenías buen corazón, por lo menos... Sí, no sois los dos más que eso, unos niños grandes, igualmente culpables, y que no sabéis qué hacer para torturaros. Pero yo no quiero que suceda así, ¿lo oís bien?, no quiero ver gente triste a mi alrededor. Vais a daros un beso enseguida.

Y mientras se expresaba así, Pauline trataba de reírse, no notaba en absoluto ese principio de escalofrío que tanto la inquietaba. Sólo le quedaba un ardiente deseo de caridad, el de conseguir tenerles entre sí, la una en brazos del otro, para estar segura de que la riña había terminado.

—¿Que yo le bese?, ¡ah!, no, ¡eso ni pensarlo! —dijo Louise—. Ha llegado a decirme demasiadas estupideces.

—¡Jamás! —gritó Lazare a su vez.

Pauline entonces estalló en franca risa.

—Vamos, no pongáis mal gesto. Ya sabéis que soy muy terca... Mi comida se está quemando, nuestra gente nos espera... Voy a tratarte a empellones, Lazare, si te niegas a obedecer. Ponte de rodillas delante de ella, y abrázala lindamente sobre tu corazón... ¡Vamos, vamos, con más gracia!

Y los lanzó en un apretón de enamorados, y vio como se besaban en la cara, con aire de regocijante triunfo, sin que la menor turbación atravesara por el fondo de sus claros ojos. Significaba aquello en ella la exacerbación del gozo, algo así como una llama sutil que la elevaba por encima de ellos. En aquellos momentos, su primo estrechaba a su mujer con un remordimiento violento; en tanto que ésta, todavía en camisola, con los brazos y el escote desnudos, le devolvía sus caricias llorando más fuerte.

—¿Lo estáis viendo?, vale mucho más eso que pegarse —dijo Pauline—. Y yo me voy, ya no me necesitáis para hacer las paces.

Estaba ya en la puerta, que procedió a cerrar con viveza sobre aquella alcoba de amor, con el lecho a punto, los vestidos esparcidos por todos lados, y cuyo olor a heliotropo llegaba a enternecerla en aquellos momentos como un olor cómplice, que acabaría su tarea de reconciliación.

Abajo, en la cocina, Pauline se puso a cantar, dándole una vez más la vuelta a su guiso. Encendió un haz de leña, montó el aparato para ensartar el pato y se puso a vigilar el asado con ojo maestro. Aquella tarea de sirvienta le divertía, se puso un gran delantal blanco; estaba encantada atendiéndoles a todos, descendiendo de ese modo a los trabajos más humildes, para poder decir así que aquel día le deberían su dicha y su salud. Ahora que reían gracias a ella, su sueño era servirles una comida extraordinaria, cosas que resultaran sabrosas, de las que comerían en abundancia, alegrándoles el rostro alrededor de la mesa.

De repente acudió de nuevo a su mente la idea del tío y del pequeño; se apresuró a ir a la terraza, y su asombro fue extraordinario al ver a su primo sentado al lado del niño.

—¿Cómo! —exclamó Pauline—, pero ¿has bajado ya?

Le respondió él con un simple signo de cabeza, sumido de nuevo en su indiferencia cansina, los hombros encorvados, las manos abandonadas. Y le preguntó también en tono de inquietud:

—¿Espero que no habréis vuelto a empezar en cuanto me ausenté yo?

—No, no —se decidió a contestarle por fin—. Enseguida bajará; cuando se haya vestido... Nos hemos perdonado. Pero ¡para lo que va a durar!, mañana surgirá otro

cuento, y así todos los días y a todas horas. ¿Es que acaso resulta posible cambiar?, ¿está en nuestra mano impedir algo?

Pauline se puso seria, sus entristecidos ojos se fueron tornando hasta posar su mirada en el suelo. Tenía razón, también ella veía claramente transcurrir días parecidos, la misma e incesante disputa entre ellos, que habría de calmar. Y tampoco ella misma estaba muy segura de haber curado, de no ceder aún al impulso de violentos celos. ¡Ah!, ¡qué triste volver a empezar con aquellas eternas miserias cotidianas! Pero sus ojos volvieron a levantarse: ¡se había vencido a sí misma tan a menudo!, y, además, ya veríamos quién se cansaba antes, si ellos de reñir o ella de reconciliarles. Aquella idea le produjo regocijo, y se la contó riendo a Lazare. ¿En qué iba a consistir su trabajo, si la casa era demasiado dichosa?, se aburría sin duda alguna; precisaba, pues, que la dejaran algunas pupas por curar.

—¿Dónde habrán ido el abate y el doctor? —preguntó la joven, sorprendida al no verles allí.

—Deben estar en el huerto —respondió Chanteau—. El abate ha querido enseñarle nuestras peras al doctor.

E iba Pauline a echar una ojeada por el rincón de la terraza, cuando se detuvo delante del pequeño Paul.

—¡Vamos!, ¡ya le tenemos despierto! —gritó—. ¡Fíjate como quiere irse ya de picos pardos!

En medio de la roja manta, Paul, en efecto, acaba de enderezarse sobre sus rodillitas; y se había ido arrastrando, trataba de huir furtivamente caminando a gatas. Pero, antes de llegar a la arena, debió tropezar contra un pliegue de la manta, pues se tambaleó y cayó de espaldas con la ropita remangada, los brazos y las piernas al aire. Perneaba, movía de un lado para otro su sonrosada desnudez, en medio de ese reojo de peonía desvanecido.

—¡Bueno está!, nos hizo una demostración de lo que tiene —prosiguió ella alegremente—. Esperad, vais a ver como camina desde ayer.

Se había arrodillado entretanto a su lado y trataba de ponerle en pie. Se fue desarrollando tan forzosamente, que estaba muy retrasado para su edad; hubo un momento incluso en que se temió se quedara débil de las piernas. Constituía un embeleso para la familia, por lo mismo, verle dar sus primeros pasos, con las manos palpando en el vacío y cayéndose sobre su trasero al menor guijarro que encontraba en su camino.

—¿Quieres no hacer comedia? —repetía Pauline—. No, se trata de algo muy serio, demuestra que eres un hombre... Anda, tente firme, ves a dar un beso a papá, y luego irás a besar al abuelo.

Chanteau, con el rostro estirado por dolorosos pinchazos, volvía la cabeza para contemplar la escena. Y a pesar de su postración, Lazare quiso gustoso prestarse al juego.

—Ven —dijo al niño.

—¡Oh!, precisa que le tiendas los brazos —le aclaró entonces la joven—. No va a aventurarse así como así, pues quiere saber dónde caerá... Vamos, tesoro mío, un poco de valor.

Tenía que dar tres pasos. Y hubo exclamaciones enternecedoras, un entusiasmo desbordante, cuando Paul se decidió a franquear aquel corto espacio, con los balanceos propios del equilibrista inseguro de sus pies. Había ido a caer entre las manos del padre, que le besó en los cabellos, escasos todavía; y la criatura se reía con esa risa vaga y arrebatada de todos los niños, abriendo de par en par una boca húmeda y clara como una rosa. Su madrina llevaba mayor retraso que sus piernas, exhalaba gritos guturales, en los que sólo los parientes pretendían reconocer las palabras de papá y mamá.

—Aún no ha acabado —dijo Pauline—, ha prometido ir a darle un beso al abuelo... ¡Caramba!, ¡lo que es esta vez se trata de un verdadero viaje!

Ocho pasos por lo menos separaban de la silla en que estaba sentado Lazare del sillón de Chanteau. Jamás Paul se había arriesgado a ir tan lejos en este mundo. Constituyó una hazaña de considerable importancia. Pauline se había situado en la ruta para atender a las posibles catástrofes, y fueron precisos dos minutos largos para excitar al niño. Hubo un momento en que la joven creyó iría a parar a sus brazos. Pero se lanzó a fondo, como hombre de valor, y fue sobre las rodillas de Chanteau donde vino a caer. Una serie de «bravos» estallaron a continuación.

—¿Habéis visto cómo se ha lanzado?... ¡Ah!, no tiene ninguna frialdad en los ojos, tened por seguro que será un mozo decidido.

Y a partir de entonces se le hizo volver a empezar el trayecto lo menos diez veces. Ya no tenía miedo, partía a la primera llamada, iba del abuelo a su padre, y volvía otra vez al abuelo, riéndose a todo reír, muy divertido con el juego, siempre a punto de caerse, como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies.

—¡Todavía una vez hasta papá! —gritaba Pauline.

Lazare empezó a cansarse. Los niños, incluso el suyo, le fastidiaban enseguida. Al contemplarle, tan alegre, completamente a salvo ya, la idea de que aquel pequeño sería como su prolongación, el que le cerraría los ojos sin duda, acababa de producirle aquel escalofrío que le estrangulaba de angustia. Desde que resolvió vegetar en Bonneville, una sola preocupación anidaba en su mente, la de que acabaría sus días en la misma alcoba donde su madre había muerto; y no subía una sola vez la escalera, sin decirse para sus adentros que fatalmente un día su ataúd pasaría por allí. La entrada del pasillo se estrechaba, había allí una vuelta difícil que continuamente le inquietaba,

atormentado por saber de qué forma se las compondrían los hombres para sacarle sin andar con empujones. A medida que la edad se llevaba cada día un poco de su vida, aquella idea de la muerte apresuraba la descomposición de su ser, le destruía hasta el punto de aniquilar sus últimas virilidades. Estaba acabado, como él mismo decía, inútil ya, preguntándose a cada instante qué razón podía existir para que se moviera, vaciándose cada vez más en la estupidez de su tedio.

—¡Anda, al abuelo una vez más! —gritaba Pauline.

Chanteau ni siquiera podía tender las manos para recibir y retener al pequeño Paul. Había estimado oportuno separar las piernas, aquellos dedos tan frágiles que se agarraban a su pantalón, le arrancaban prolongados suspiros. La criatura estaba ya acostumbrada a los gemidos sin fin del pobre viejo, a fuerza de vivir cerca de él, e imaginándose sin, duda, a través de su inteligencia apenas despierta, que todos los abuelos sufrían de aquella misma forma. Sin embargo, aquel día, a plena luz del sol, cuando iba a caer contra él, levantaba su carita, detenía la risa y le contemplaba con ojos vacilantes. Las dos manos deformes parecían bloques monstruosos de carne y de cal; el rostro cruzado de rojos pliegues, aplastado por el sufrimiento, se había vuelto violentamente sobre su hombro derecho; en tanto que el cuerpo entero tenía las gibas y las fracturas de unos restos de viejo santo de piedra mal reconstruidos. Y Paul parecía sorprendido al verle al sol, tan enfermo y tan viejo.

—¡Otra vez, todavía otra vez! —gritaba Pauline.

Ella, vibrante de alegría y de salud, no cesaba de lanzarle del uno al otro, del abuelo obsesionado con su dolor, al padre devorado ya por el espanto del día siguiente.

—Quizá pertenezca a una generación menos tonta —dijo ella de repente—. No acusará a la química de echarle a perder la vida, y creerá sin duda que se puede vivir, incluso con la certidumbre de que un día habrá que morir.

Lazare se echó a reír, en medio de su embarazo.

—¡Bah! —murmuró—, padecerá de gota como papá y sus nervios estarán más destrozados que los míos... ¡Fíjate en lo endeble que es! Es la ley de las degeneraciones.

—¿Quieres callarte? —exclamó Pauline—. Yo me encargaré de educarle y ¡verás cómo hago de él un hombre!

Hubo un silencio mientras ella volvía a coger a la criatura en maternal abrazo.

—¿Por qué no te casas, si tanto amas a los niños? —preguntó Lazare.

Ella quedó estupefacta.

—Pero ¡si ya tengo un niño!, ¿no me lo has dado?... ¡Casarme!, ¡jamás en la vida!

Iba meciendo al pequeño Paul, se reía más fuerte, explicando en tono de burla que su primo la había convertido al gran Schopenhauer, que quería quedarse soltera para poder trabajar así en la libertad universal; y constituía ella, en efecto, la personificación

del renunciamiento, del amor al prójimo, la bondad esparcida sobre la humanidad doliente. El sol se ponía sobre la inmensidad del mar, del pálido cielo desprendíase un ambiente de serenidad, el infinito del agua y de la atmósfera adquirirían ese tono dulce y enterecedor de un hermoso día en su declive. Sólo una pequeña vela, a lo lejos, venía a constituir como una chispa, que se extinguió en cuanto el astro hubo descendido bajo la inmensa línea, recta y sencilla, del horizonte. Ya no quedó, entonces, más que la caída lenta del crepúsculo sobre los inmóviles raudales. Y ella seguía meciendo al niño con su sonrisa valiente, de pie en medio de la terraza, azulada por la sombra, entre su agobiado primo y el tío que gemía. Habíase despojado de todo, su risa estrepitosa llamaba a la dicha.

—¿No se cena, acaso, esta noche? —preguntó Louise, que apareció vestida con un traje coquetón de seda gris.

—Por lo que a mí se refiere, lo tengo todo a punto —respondió Pauline—. No sé que pueden estar haciendo en el jardín.

Regresaba en aquel momento el abate Horteur, con aire trastornado. Y como le interrogaran con inquietud, acabó por decir brutalmente, después de haber intentado buscar una frase adecuada para amortiguar el golpe:

—Esa pobre Véronique, acabamos de encontrarla colgada de uno de vuestros perales.

Todos dejaron escapar un grito de sorpresa y de horror, con el rostro pálido bajo el vientecillo de muerte que por allí pasaba.

—Pero ¿por qué? —exclamó Pauline—. No tenía ningún motivo, incluso había empezado a hacer su cena... ¡Dios mío!, ¡supongo, por lo menos, que no será por decirle que le habían hecho pagar su pato diez sueldos de más!

El doctor Cazenove llegaba a su vez. Por más de un cuarto de hora estuvo tratando inútilmente de devolverla a la vida, en la cochera, a donde Martin les había ayudado a llevarla. Y ¿qué era lo que uno podía saber, tratándose de aquel tipo de viejas criadas maníacas? Jamás supo hallar consuelo por la muerte de su dueña.

—Acaso fue eso lo que ha podido arrastrarla a tomar semejante determinación —dijo el doctor, contestando a Pauline—. Se ha colgado simplemente con la cinta de uno de sus delantales de cocina.

Lazare y Louise, helados de espanto, estaban callados. Entonces Chanteau, después de haber escuchado en silencio, se sublevó, de repente, ante la idea de que su cena pudiera quedar comprometida. Y ese miserable sin pies ni manos, al que se precisaba acostar y dar de comer como a un niño; aquel lamentable resto de ser humano, a quien lo poco que quedaba de vida no venía a ser otra cosa que un alarido de dolor, gritó con furiosa indignación:

—¡Ya hace falta ser estúpido para matarse!